Ben Ames Williams

QUE EL CIELO LA JUZGUE



Lectulandia

Richard Harland es un joven escritor al que la vida le sonríe. Su única pesadumbre es la enfermedad de su hermano pequeño, Danny. Durante un viaje en tren conoce a Ellen Berent, la mujer más perturbadora que hubiera visto nunca.

Bella como una diosa, obsesiva hasta el delirio, la joven se impone la misión de conquistar a Richard. Sin embargo, cuando tras desplegar todas sus dotes de seducción y engaño por fin lo consigue, Ellen descubrirá con amargura que el matrimonio no le garantiza la completa posesión de su esposo.

Enferma de celos, poco a poco emprenderá una sorda e implacable batalla contra los «rivales» de su amor por Richard, levantando un vendaval de destrucción y muerte del que serán victimas todos los que la rodean, incluida ella misma.

Lectulandia

Ben Ames Williams

Que el cielo la juzgue

ePub r1.0
Titivillus 04.12.16

Título original: *Leave her to heaven*
Ben Ames Williams, 1944
Traducción: Mary Rowe

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Capítulo I

1

Leick y el barquero aseguraron la canoa para que pudiese ser remolcada sin dificultad. Luego cargaron la gasolinera, tras lo cual se acercaron primero al lugar donde Harland aguardaba. Harland había permanecido apartado, contemplando fijamente la hendidura que se formaba entre unas montañas lejanas y en cuyo lugar nacía seguramente el río. Más allá del embarcadero, precisamente en donde terminaba el camino, había un garaje construido con planchas metálicas, en el cual cabrían aproximadamente media docena de coches. Sentados sobre el pie del depósito de gasolina, tres hombres contemplaban a Harland y a sus compañeros. Durante la espera, éste pudo distinguir fácilmente el leve murmullo de sus voces. No tuvo necesidad de entender sus palabras para saber de lo que hablaban, y no puede decirse que esta seguridad le hiciese dichoso. Leick dijo suavemente:

—Cuando quiera. Estamos listos.

Harland se acercó y saltó a la gasolinera, sentándose a popa, mientras Leick soltaba las amarras. El motor se puso en marcha y partieron.

Wes Barrell, al cuidado del timón, miró hacia atrás y se despidió con un ademán de los tres individuos sentados al pie del poste de gasolina. Harland vio en este movimiento un oculto significado, como si Wes quisiera dar a entender que a su vuelta tendría cosas sabrosas que contar. Leick también miró hacia atrás, pero no tardó en acercarse al barquero y entablar conversación con él. Harland quedó solo. Miró cuanto iba quedando atrás. De una rápida ojeada abarcó el garaje, el limpio y pequeño hotel, la media docena de casas y el almacén. Aquélla sería la última vez que durante mucho tiempo vería un mundo civilizado, con excepción de algún encuentro ocasional con determinadas personas.

«Quizá para siempre», pensó con amargura, con resignación, con una calma absoluta. Y volviendo la espalda a aquel paisaje miró hacia delante.

2

A pesar de su bello nombre —se llamaba *Hazelgrove*[1]—, la aldea junto al lago se le antojó a Harland un horrible montón de casas, un miserable montón de seres. Posiblemente habría en el lugar personas buenas que, tratadas individualmente, resultasen incluso amables y sencillas. Pero, agrupadas, esas personas formaban —en Hazelgrove como en todas partes— una masa que degeneraba en plebe; furiosa, cruel, dispuesta a romper, a chillar, a destrozar, a perseguir…

Harland había llegado en el primer tren, siendo Leick quien se encargó de descargar el equipaje del vagón. Jem Verity, el jefe de estación —Harland le

recordaba perfectamente de otra mañana parecida, cuatro años atrás—, se acercó a Leick con evidente intención de hablarle. Harland se quedó solo, contemplando cómo se alejaba el tren.

Desde el andén, tres hombres le miraron. Posiblemente estaban allí sólo para eso, pero su detenido examen no fue para Harland muy alentador. Cuando Leick y Jem Verity se acercaban de nuevo, éste se detuvo junto al pequeño grupo para decir algo en voz baja. Pronto se alejaron los curiosos. En cuanto a Leick, volvió al lado de Harland.

—Nos conducirá al poblado y llevará los equipajes hasta el embarcadero —dijo —. Todo está en orden. Sólo falta el permiso de estancia en el bosque y la licencia.

Pronto se les unió Jem para llevarlos a la aldea.

La casa del alcalde estaba situada junto al almacén, y fue su propia esposa quien abrió la puerta. Sus ojos eran hermosos y alegres. A su lado se hallaba un niño y una niña. Parecían dispuestos a trabar cordial amistad con los recién llegados. Pero cuando la mujer, joven todavía, fijó los ojos en Harland, dijo apresuradamente a los chiquillos:

—¡Vamos, fuera de aquí! No molestéis a estos señores.

En cuanto los niños hubieron desaparecido, la dueña de la casa dijo, dirigiéndose a Leick, como si conociese de sobra el motivo de su visita:

—Pueden pasar. Ed está en la leñera. Voy a llamarlo.

El alcalde era un hombre joven, de anchos hombros y hermosa frente. Oyó pronunciar el nombre de Harland sin la menor señal de sorpresa o curiosidad, a pesar de que Harland esperaba —y temía— el lógico reconocimiento. Tras las primeras frases de rigor, Leick manifestó que deseaba ver al inspector Forestal. Su interlocutor se ofreció a llevarlos hasta él. Al pasar ante la casa vecina, un muchacho de nueve o diez años salió corriendo a su encuentro.

—¡Hola, Ed! —gritó—. ¿Dónde vas?

—Tengo trabajo, Jimmy —explicó el alcalde—. Vuelve ahora a casa.

El muchacho obedeció de mala gana, mientras Ed se excusaba diciendo:

—Los chiquillos me acompañan siempre que lo permito. Les encanta escuchar mis historias de ciervos, osos, peces, pájaros y otras cosas.

Harland comprendió que Ed gozaba de todas las simpatías del elemento juvenil. Pero también se dio cuenta de que la noticia de su llegada, al divulgarse por el pueblo, habría obligado a las madres a encerrar a sus hijos en los hogares respectivos hasta que él y Leick desapareciesen.

El inspector Forestal vivía en una pequeña granja cerca de la orilla. Una anciana, su madre a buen seguro, después de atisbar concienzudamente tras la cortinilla de una de las ventanas, distinguió el grupo. Cuando los visitantes llegaban a la verja de entrada, el inspector, un joven de rostro inexpresivo, acudió a su encuentro.

—Aquí tienen… Creo que esto es lo que vienen a buscar —dijo rápida y nerviosamente.

Leick cogió el papel y le lanzó una ligera ojeada, mientras Harland sonreía casi divertido ante la prueba tan palpable de que su visita era esperada.

—¿Se van ahora mismo? —preguntó el inspector. Y como Leick asintiera, prosiguió diciendo—. Ed y yo los acompañaremos hasta el embarcadero.

Harland se limitó a hacer un ademán afirmativo. Se daba cuenta de la situación. Al parecer, las autoridades querían cerciorarse de que abandonaba la pequeña aldea. Al dirigirse hacia el embarcadero, Harland volvió instintivamente la cabeza y observó que la madre del inspector les seguía por el camino polvoriento. Luego la vio entrar en una de las primeras casas del poblado, y adivinó que desde alguna oculta ventana seguiría vigilando todos sus movimientos, para explicar después a un atento auditorio cuanto había visto y oído.

Con excepción de aquella mujer y de sus dos compañeros, no vio a nadie más hasta llegar al embarcadero, donde encontraron a Jem y al barquero. Wes Barrell debía conducirlos a través del lago, hasta la misma desembocadura del río, para, enfrentarse al volver con las mil acostumbradas preguntas de su esposa. Cuatro años atrás, Harland había ya tenido ocasión de comprobar la malsana y ávida curiosidad de ésta. Por eso, mientras contemplaba a Barrell ocupado en los preparativos de marcha, pensaba en la escena que le esperaba a la vuelta, y sintió pena por él.

Mientras cargaban el equipaje en el bote que había de ser remolcado, Harland sintió que, si bien aparentemente sólo los tres hombres del garaje contemplaban la escena, muchos ojos estaban fijos en él. Calculó que en el poblado y sus alrededores vivirían unas cincuenta o sesenta personas, consagradas al cuidado de sus campos y jardines y en lucha contra la naturaleza salvaje. Todos trabajaban por cuenta propia, excepto cuando Jem Verity los contrataba para alguna faena especial o cuando servían de guías a los turistas que deseaban remontar el río. Jem era el alma del poblado, y nadie más que él dominaba la pequeña comunidad. Wes Barrell y su embarcación dependían también de Jem. Posiblemente, ni el alcalde ni el inspector Forestal hubiesen conservado sus puestos de ponerse a mal con él.

Harland sintió en aquel momento que los ojos de todas aquellas personas le observaban. Era como si se desnudase ante ellas. Todos conocían sus sufrimientos y sus secretas esperanzas. Sabían cuándo y cómo se casó; cómo y por qué dejó de compartir el lecho con su esposa; su dicha, su dolor, sus sueños… Aunque a cierta distancia, todos ellos habían presenciado la catástrofe que estuvo a punto de destrozarle. Desde el instante en que llegó con Leick a la pequeña estación le había parecido oír en torno suyo el eco de una misma palabra en todos los labios: «¡Asesino! ¡Asesino! ¡Asesino!». Por eso, después de lanzar una última mirada al paisaje y mientras la embarcación se alejaba de allí, se volvió de espaldas. Es decir, volvió la espalda a todos los hombres y todas las mujeres, y con ellos al mundo. No hay nada más deprimente que un pueblecillo feo… Sólo sus propios habitantes pueden ser más horribles.

Harland anhelaba perder de vista todo aquello de una vez.

3

Harland le volvió la espalda al mundo y en aquel mismo instante se llevó a cabo en su apariencia una sutil evolución. Mientras permaneció en el embarcadero, notando tantos ojos fijos en él, se había sentido un poco abatido, agobiado por el peso de un rudísimo golpe, con la cabeza baja, la espalda encorvada y el sombrero algo inclinado sobre la frente, intentando en vano ocultar el rostro.

Pero cuando Leick se acercó a Barrell para hablar con él junto a la rueda del timón, y ambos quedaron de espaldas a Harland, éste se sintió, por vez primera después de muchos meses, maravillosamente solo.

Una cosa es estar aislado y otra estar solo. No hay peor aislamiento que el del individuo que, colocado en la picota, siente cómo un millar de ojos le contemplan. Estar solo, en cambio, es saberse en libertad. Libre de los ojos que escudriñan, de las voces que preguntan y condenan. Harland se sintió solo… E insensiblemente alzó los hombros y levantó la cabeza. Al poco rato se quitó el sombrero para sentir mejor la caricia del sol. Navegaban hacia el Norte, y como estaba ya cerca el mediodía se hallaban frente al sol. El reflejo de éste sobre el agua le hizo parpadear y le obligó incluso a cerrar los ojos. Había perdido la costumbre de contemplar la espléndida luz del día. No obstante, en la misma sensación de dolor supo encontrar placer, y para gozar de toda aquella belleza dejó el sombrero sobre las rodillas, y volvió a abrir los ojos y contempló el paisaje ansiosamente. Su mirada trazó un semicírculo, pero siempre tuvo buen cuidado de no mirar hacia atrás. Sus ojos se fijaron con insistencia en la profunda hendidura que se abría a muchas millas de distancia y a través de la cual se deslizaba el río, alejándose de los lugares en que resplandecía el lago como una gema, para emprender su accidentada ruta hacia el mar. Se sentó, erguido, despierto, aspirando la brisa y gozando del sol. Al avanzar, la embarcación levantó en cierto lugar una estela de espuma, que salpicó las mejillas de Harland. En sus ojos brilló algo parecido a una sonrisa. ¿Cuánto tiempo hacía que no sonreía? No se atrevió ni a recordarlo.

Leick miró hacia atrás para asegurarse de que la canoa que remolcaban seguía sin novedad, y al ver a Harland no pudo evitar que una expresión de sorpresa se reflejase en su rostro.

Harland se dio cuenta de lo que sucedía, e inmediatamente volvió a ponerse el sombrero. No obstante, siguiendo un impulso y como para demostrar su nueva decisión y valentía, se lo quitó otra vez. Leick se acercó a él.

—Hace un día espléndido —dijo.

—Sí. Espléndido.

—Días atrás hizo bastante calor, pero hoy ha refrescado. Se está bien al sol.

—Lo mismo pienso yo.

—Temo que la travesía sea difícil hasta llegar a la segunda presa —explicó Leick

—. Una vez pasada ésta, la ruta se hace más sencilla.

—Lamento no poder prestar más ayuda. No estoy habituado…

—No importa. Pronto se acostumbrará a la nueva vida —dijo Leick con gran seguridad.

Al escuchar sintió Harland que su valor y su ánimo crecían, como un fuego al que echan nuevo combustible. Se levantó para quitarse la chaqueta y la corbata. Luego se desabrochó el cuello y se subió las mangas de la camisa. Leick observó sentencioso:

—No debe tomar mucho el sol el primer día.

—Tendré cuidado —repuso Harland. Y añadió a los pocos instantes, como obedeciendo a un impulso incontenible—: Leick, dime, ¿es cierto que ella está bien?

Había formulado esta pregunta doce, veinte, cincuenta veces, desde que los goznes de unas pesadas puertas chirriaron a sus espaldas al cerrarse y salió al encuentro de Leick, que le aguardaba en un coche con el equipaje y los billetes preparados, siguiendo un bien trazado plan. Una y otra vez repitió la pregunta. Pero Leick respondió como otras veces:

—Sí. Está perfectamente. No podría estar mejor.

Tras una pausa, Harland puso tímidamente una mano sobre el brazo de su interlocutor. Luego dijo:

—Ya sabes cuánto te aprecio. Lo mereces por tu fidelidad.

—¡Bah! —respondió Leick como al descuido—. ¿Qué otra cosa podía hacer? —y añadió luego en tono más grave—: Ya es hora de olvidar todo eso. El pasado ha muerto.

—No puedo remediarlo… Sigo recordando.

—Los recuerdos pueden ser verdaderos tormentos en la vida de un hombre —dijo Leick con dulzura—. Para mí, la vida es como un par de zapatos viejos, que se llevan con absoluta comodidad. Pienso muchas veces con qué desayunaré al día siguiente o en el trabajo que debo realizar hoy y en la mejor manera de llevarlo a cabo. Pero el ayer nunca me preocupa. Hice cuanto pude por ese ayer, y no veo la necesidad de atormentarme pensando en él.

Cuando iba a responder, Harland observó que Wes Barrell les estaba mirando. Inmediatamente cambió de expresión. Leick se dio cuenta, y a su vez miró a Wes. Comprendió que éste ansiaba intervenir en la conversación. En su mirada se reflejaba con toda claridad este deseo. Leick se acercó a él y Harland quedó de nuevo solo.

Siguió contemplando el paisaje, a su derecha, a su izquierda y frente a él. Pero no miró hacia atrás. Nunca más miraría hacia atrás. Ni tampoco pensaría en los seis años últimos. Desde el momento en que, medio enloquecido, quiso rebelarse, logrando sólo que aumentasen en seis meses su condena, se esforzó con todas las ansias de su ser en olvidar aquellos años. Intentó acostumbrarse, aprender la ruda lección del olvido absoluto y pensar tan sólo en el futuro. De este modo consiguió recobrar el equilibrio mental y con éste la razón. Recordar, pensar en el pasado, era correr el riesgo de perder cuanto había ganado.

4

El lago era unas veces ancho, formando ensenadas profundas, y otras, cuando las montañas parecían estrecharse y casi juntarse a ambas orillas, reducido y angosto. Leick llamó la atención a Harland sobre un terreno situado aproximadamente a un cuarto de milla de distancia, en el que un ciervo pastaba sobre una almohada de lirios. Al avanzar, el paisaje evolucionaba paulatinamente. Las montañas que habían parecido uniformes descubrían desde el nuevo ángulo precipicios y acusadas vertientes. Por otra parte, desaparecían salientes y arrecifes para revelar en el mismo lugar curvas y contornos suaves. Con excepción de alguna roca desprovista de vegetación, sobre la cual, a pesar de la estación calurosa, brillaban al sol unas gotas de agua, la selva jamás se interrumpía. No había claros en ella, ni granjas a orillas del lago, ni campos, ni cabañas. La civilización estaba muy lejos. Sólo los leñadores que tenían permiso para recoger determinada cantidad de ramas de pino y abeto, o los pescadores que, despreciando los pececillos del lago, marchaban al río para pescar salmones, se aventuraban por aquellos parajes. Al contemplar el contorno de las montañas, que iban caminando a medida que avanzaban, Harland se dio cuenta de que el pueblecillo debía estar muy lejos. A pesar de lo cual, no miró hacia atrás. Temía equivocarse. Temía que al volverse pudiera distinguir aún, aunque desdibujada, la silueta de un mundo que deseaba olvidar para siempre.

Una hora antes del mediodía llegaron por fin a la presa, situada en el mismo término del lago y que formaba como la antesala del río. El canal estaba abierto, mas el agua no corría por él. Sólo una pequeña filtración se deslizaba por el maderaje, bañando los guijarros del estrecho riachuelo que corría a sus pies. La cabaña del guardián estaba desierta, y el lugar solitario. Leick y el barquero comenzaron a descargar los pertrechos. Había entre los bultos un cesto de naranjas y una caja de productos diversos, entre ellos azúcar, harina y café. En un cubo de madera había también utensilios de cocina y provisiones para los dos días de viaje. Camas portátiles, una lona ligera, el pequeño paquete de Leick, la vieja maleta de Harland, el hacha, los remos y la pértiga completaban el equipaje. La tarea fue realizada en poco tiempo. Harland los dejó trabajar. Paseando junto a la presa, contempló fijamente el estrecho riachuelo. Luego vio cómo Leick conducía la canoa hasta el desembarcadero. Minutos después, el motor se ponía en marcha, y Wes Barrell emprendía el regreso al hogar. Mientras remontaba el lago parecía prestar muy poca atención a la travesía. Su interés estaba concentrado en aquellos dos hombres que quedaban atrás.

Leick encendió una pequeña hoguera en el desembarcadero. Luego llamó a Harland, que se acercó a él.

—¿Dónde está el guardián? —preguntó Harland, recordando al hombrecillo que había visto la otra vez que pasaron por allí.

—Ha muerto —explicó Leick—. Murió en el último desbordamiento. Una helada temprana le cercó, impidiéndole llegar al lago. No pudieron hallarle hasta que el hielo se solidificó lo suficiente para poder caminar sobre él. Cuando le encontraron, debía de hacer una semana que estaba muerto.

Comieron pan tostado con tocino y bebieron té caliente.

—¿Dónde estaban esta mañana los habitantes del poblado? —preguntó Harland, recordando el infranqueable muro de soledad que los había rodeado. Pero Leick no supo contestar.

Harland contempló cómo se alejaba la canoa. Experimentaba el temor de que volviese de nuevo al desembarcadero. Pero antes de que hubieran terminado de comer, ésta había desaparecido tras unos salientes de la orilla, en la lejanía. Suspiró, aspirando el aire a pleno pulmón.

—Se fue —dijo aliviado. Leick asintió alegremente y repuso:

—Sí. Arreglaré las cosas y seguiremos adelante.

5

La primera etapa de viaje fue tediosa. El riachuelo, que pronto, en su ruta a través de los valles, se convertiría en caudaloso río hasta llegar al mar, no era en aquel lugar más que un estrecho arroyo. Al verlo, Leick dijo:

—Sería inútil remontar ahora la corriente en canoa. Cargaremos con ella hasta la desembocadura del arroyo —y añadió—: Tómelo con calma. Piense que no está fuerte. Yo me encargaré de todo.

—Bien. Veremos cómo marchan las cosas —repuso Harland.

Y cuando Leick cargó con la canoa, después de haber fijado la pértiga y los remos al banquillo, Harland cogió a su vez el paquete de Leick, su maleta y el cubo de madera que contenía los utensilios de cocina y comenzó a andar.

El camino, que descendía zigzagueando, llegaba hasta el empinado lugar donde estaba situada la presa. A la mitad de la corta ruta, Harland se detuvo sin respiración. Apretó los dientes y siguió adelante. Pero al alcanzar la cumbre su corazón latía descompasadamente, sentía una fuerte opresión en los pulmones y sudaba angustiado. Se detuvo para descansar sintiendo un profundo desprecio hacia sí mismo. No era su sudor el de un cuerpo ágil y sano tras el ejercicio correspondiente, sino ese líquido untuoso que desprenden los tejidos adiposos que cubren los músculos después de muchos meses de vida sedentaria, cuando éstos se revisten de grasa.

Hubo un día en que Harland estuvo orgulloso de su fortaleza, cuando pasaba los inviernos esquiando y los veranos haciendo largas excursiones por los bosques del Cerro de la Luna una vez terminado su trabajo diario. Ya no era sino una masa de carne fofa y blanca, como uno de esos repugnantes gusanos que viven bajo tierra, en los lodazales, o como uno de esos peces gordos, blandos y ciegos que habitan en

aguas subterráneas y no conocen el sol. La pequeña subida le fatigó tanto que sus manos temblaban sin cesar.

«Soy como un convaleciente», pensó al ver su temblor. Y por unos instantes se sintió intensamente deprimido. Se sentó, encorvando instintivamente las espaldas. ¿Merecía la pena continuar? ¿Seguir luchando contra el pasado? ¿Aceptar la voluntad del destino? ¿No sería mucho más sencillo y hasta justo terminar de una vez, aprovechando aquella quietud, aquella paz? De seguir viviendo, el mundo le miraría con encono, murmurando, siempre que se expusiese a su curiosidad y a sus comentarios. En cambio, allí en la soledad, estaba la paz ansiada. ¿Por qué no quedarse y gozar de ella? ¿Por qué no hacer que el cuerpo corrompido dejase de una vez en libertad al espíritu, demasiado atormentado para seguir viviendo? La muerte sería tan fácil y tan dulce…

Se sentó como vencido por sus razonamientos, hasta que en el silencio de la selva oyó el rumor producido por Leick al avanzar. Se avergonzó al pensar que éste pudiese encontrarle sentado, pero también le avergonzó la idea de fingir una energía de que evidentemente carecía. Optó por seguir sentado. Después murmuró decidido:

—Llegué hasta aquí, Leick, pero me es imposible continuar.

Leick hizo un gesto comprensivo y respondió:

—Tiene tiempo de sobra. Yo he de hacer aún varios viajes…

Y emprendió el descenso hasta el desembarcadero, dejando que Harland librase solo su batalla.

Harland se levantó, y cogiendo de nuevo los bultos siguió adelante. Cuando Leick, cargado con la lona y los demás pertrechos, le alcanzó de nuevo, se apartó para dejarle paso y luego siguió andando silenciosamente. Había desaparecido toda depresión. El esfuerzo de la primera ascensión parecía haber purificado sus pulmones, despertándolos del letargo en que habían estado sumidos. Seguía sudando. Estaba empapado, pero el sabor salado del sudor al rozar sus labios resultaba agradable. Leick desapareció pronto de su vista, y Harland se detuvo una vez más para descansar. No llegó a sentarse; simplemente hizo un alto en el camino y continuó andando inmediatamente. Al tropezar con Leick, que regresaba, vio que éste le hacía un guiño en señal de aprobación.

—Siga adelante —dijo, señalando el camino con un ademán—. Pronto verá la canoa. Éste es mi último viaje.

Un poco más allá, Harland distinguió de nuevo el riachuelo. Un torrente caudaloso se unía a él, engrosándolo y haciendo posible la navegación. No obstante, Harland tenía la certeza de que hallarían varios obstáculos en el camino, y que en determinados momentos tendría que ayudar a Leick a sortearlos. En su maleta llevaba un par de botas, pero prefirió unos zapatos ligeros. Se cambió también de traje, guardando sin contemplaciones la chaqueta y el pantalón. Pensó no sin satisfacción que en lo sucesivo importaría muy poco que sus pantalones estuviesen arrugados. Se puso unos de pana y una camisa de franela que Leick había llevado del Cerro de la

Luna. Con el nuevo atavío, a pesar de que le estaba un poco grande, pues últimamente había adelgazado bastante, se sintió más fuerte, más dichoso… Sin darse cuenta comenzó a cantar, pero calló de repente, impresionado. Había tenido que permanecer silencioso durante tanto tiempo que sintió como si una misteriosa fuerza sellase sus labios. Recordando inmediatamente que era libre para cantar si así lo deseaba, echó la cabeza hacia atrás y, como un perro que aullase a la luna, gritó ante el cielo sereno y sin nubes:

¡Oh! Un buen barco para cruzar el mar
era el «Walloping Window Blind»…

Le sorprendió haber escogido precisamente aquella canción. Hacía tiempo, mucho tiempo que no pensaba en ella. Al recordar la última vez que la escuchó, el pasado resurgió otra vez, enmudeciéndole y curvando sus espaldas bajo el peso de una carga insoportable.

Cuando Leick regresó, halló a Harland tendido junto a la orilla, con la cabeza apoyada en la maleta y cubriéndose los ojos con un brazo para defenderlos de los rayos del sol. Leick contempló el cambio de sus vestidos con evidente aprobación.

—Bien… Está mejor así —dijo.

Pero Harland no respondió, ni se movió hasta que comprendió por el ruido que Leick estaba cargando la canoa. Entonces se levantó y saltó a ella, mientras Leick, sin ningún comentario, colocaba la maleta en la embarcación y lo ponía todo en orden.

Fue un descanso ver cómo el bote surcaba la brillante superficie del río, pero el avance no fue demasiado fácil, y la pequeña embarcación hubo de ser a ratos remolcada y empujada por Leick, que no vaciló para ello en saltar al agua. De vez en cuando, algún pequeño torrente surgía de improviso, aumentando sensiblemente el caudal del río. Los viajeros llegaron hasta una región donde en otro tiempo, tal vez siglos atrás, debieron de abundar los castores. Éstos fueron seguramente los que en primavera amontonaron lodo y guijarros, creando recodos cenagosos que entonces, desaparecidos los castores y contenidas las aguas, se habían convertido en hermosas praderas donde crecía la hierba hasta alcanzar la altura de un hombre. Algunas veces el río se prolongaba por una orilla casi hasta la misma falda de las montañas. Los árboles formaban una verde bóveda, y las aguas, apenas lo bastante profundas para permitir el paso de la canoa, se deslizaban dulcemente sobre un lecho de grava. En la otra orilla se veían millas y millas de bosque pobladísimo. En cierto recodo, sobre una especie de islote natural que llegaba hasta el mismo centro del río, unos ciervos retozaban junto a las piedras. La canoa se acercó sin que los animales se diesen cuenta; cuando, asustados, observaron la presencia de los viajeros, se detuvieron como desafiándolos, para acabar por fin huyendo. Por unos momentos sus colas resaltaron en el horizonte con toda claridad hasta perderse en la espesura de la cercana selva.

—Hay muchos ciervos por estos lugares —dijo Leick—. Nadie los molesta. Sólo los cazadores furtivos, que rondan por aquí en la estación invernal, consiguen a veces algunas piezas.

Después de atravesar varios y pequeños diques construidos por los leñadores y algunos obstáculos naturales que obstruían el camino, siguieron adelante. En más de una ocasión tuvieron que empujar la canoa, y en otras fue Leick quien, con ayuda del hacha y con el agua hasta la rodilla, despejó la ruta.

Así fue transcurriendo la tarde, y poco antes de que se pusiese el sol arribaron a un recodo del camino donde, evidentemente, otros hombres habían acampado antes. Se detuvieron.

—Bueno —dijo Leick satisfecho—, ya hemos pasado lo peor. El camino se hace ahora más fácil. Procure pescar algo para la cena —añadió, y cogiendo su sombrero comenzó a desenrollar un sedal que llevaba atado a él. Luego prosiguió—: Lo demás corre de mi cuenta.

Algo más allá del lugar escogido se extendía un pequeño arroyo, y hacia él se dirigió Harland con los pertrechos de pesca. Las truchas eran jóvenes, valientes y sin duda estaban hambrientas. Volvió con seis de ellas, que cabían perfectamente en la cazuela, y comenzó a limpiarlas. Luego se sentó. Entretanto, Leick, haciendo gala de su gran pericia, preparó los lechos, tendió la lona para protegerse de un inesperado chaparrón y encendió una hoguera. Pronto tuvo la cena lista. Después lavó los platos sin pronunciar palabra, dejando que Harland gozase ampliamente del maravilloso silencio de la selva. Antes de que cerrase la noche se retiraron a descansar, no sin antes fumigar los improvisados lechos para protegerse de los insectos inoportunos. Cuando la oscuridad se hizo completa, se enrollaron en sus mantas y se tendieron cerca el uno del otro.

La noche fue larguísima. Sólo de cuando en cuando un rumor apenas perceptible rompía el silencio. Despierto, saboreando a su antojo el delicioso ambiente cargado del perfume de las briznas de pino, que cubrían el suelo, Harland escuchó el lejano silbido de un tren. Provenía seguramente de la aldea, del lugar que habían abandonado aquella mañana. En más de una ocasión creyó percibir el rumor de los pasos de algún animal salvaje, la rápida carrera de un conejo, el salto de un ciervo atraído por el olor a tocino frito que formó parte de su cena, el aullido de un lobo no demasiado lejano… En determinado momento sintió a su lado el repetido crujir de los dientecillos de un puerco espín. Leick se levantó entonces para alejar de allí al animal, y de este modo volvió a reinar el silencio.

Harland percibió, gozándolos como si fueran parte de sí mismos, todos aquellos rumores, todos aquellos silencios. Sabía perfectamente lo que era el silencio. Aprendió a conocerlo en los meses recién transcurridos. Pero aquél era el silencio mortal de una tumba habitada por seres vivientes. En cambio, aquella noche el silencio tenía alma, tenía vida, tenía libertad.

6

Con las primeras luces grisáceas del amanecer, Leick abandonó el lecho. Casi dormido aún, Harland oyó el ruido del hacha y aspiró el olor del humo de la primera hoguera. Se levantó y se encaminó al riachuelo cercano, donde bañó su cuerpo demasiado pálido. Luego se vistió rápidamente, con un justificado temor a los mosquitos, y buscó refugio junto al fuego. Mientras se desayunaba, Leick coció pan para la comida del mediodía, y antes de que el sol se elevase tras las montañas orientales cubiertas de bosques, cargaron de nuevo los pertrechos en la canoa y reemprendieron la marcha.

Calculando mentalmente la distancia, Harland se dijo que aún faltaban unas treinta millas para llegar a su punto de destino. Cogió un remo para navegar más aprisa, pero, debido a la falta de costumbre, el ejercicio le fatigó extraordinariamente. Le dolían tanto los músculos que hubo de soltar el remo. Leick le miró entonces con aire comprensivo y dijo:

—No debe fatigarse demasiado. Yo solo me basto para manejar esto. Si la corriente nos ayuda, llegaremos a media tarde.

—Es terrible que un poco de ejercicio me canse tanto…

—¡Bah! Eso pasará pronto. Sus músculos se fortalecerán con rapidez. Entretanto, descanse y procure pasarlo bien.

Harland obedeció resignadamente, gozando de la belleza del paisaje. Durante dos horas fue maravilloso cuanto iban viendo. Arroyuelos y pequeños torrentes afluían sin cesar al río central, que atravesaba una región sembrada de pequeñas colinas de unos ochocientos pies de altura, en las cuales crecían pinos y abetos. Junto a la orilla se alzaban abedules, hayas e incluso algunos olmos. Transcurridas esas dos horas, el paisaje cambió totalmente. Eran, desde luego, el mismo río, el mismo cielo, las mismas montañas. Pero habían desaparecido los bosques. Un incendio había destruido toda vegetación. En las vertientes de los montes se elevaban trágicamente los troncos ennegrecidos, como si fueran chimeneas de pobres hogares. Muchos de los árboles incendiados se habían abatido sobre el suelo cubierto ya de maleza. Sólo las ramas quemadas de los que quedaron en pie se elevaban como dedos ennegrecidos, señalando obstinadamente al cielo con aire acusador. En algunos recodos, incluso las raíces de la maleza habían sido consumidas por el fuego impidiendo todo nuevo brote. Como también habían desaparecido las cenizas, las rocas aparecían desnudas, peladas, igual que huesos calcinados. En otros rincones triunfaba otra vez la Naturaleza, y crecían los álamos, los abedules, las zarzas y toda clase de arbustos, que llegaban a los hombros de un hombre de estatura normal. Por estos lugares deambulaban los ciervos, que contemplaban sin temor el paso de la canoa por el río.

Harland preguntó con voz queda:

—¿Todo eso lo destruyó el mismo incendio?

—Sí —respondió Leick—. Ardieron nada menos que veinticinco millas de terreno.

—No ha crecido mucho la vegetación en cuatro años…

—Los principios son siempre difíciles —explicó Leick—. Ahora, una vez nacidos esos árboles, irá todo mucho más de prisa.

¿Cuatro años? Harland quedó pensativo, impresionado por sus propias palabras. ¿Hacía realmente cuatro años desde aquel día en que, sumergido en el río, sólo la cabeza fuera del agua, pudo ver el paisaje convertido en un mar de llamas voraces? Parecía como si una vida entera hubiese transcurrido desde entonces. Una vida amarga, interminable… Miró la vegetación naciente, que iba disimulando la herida que sufrió la tierra. Diez, quince años más tarde, aquella herida estaría cicatrizada, y las montañas lucirían otra vez su manto de verdor. Después pensó que aun en los recodos más castigados por el incendio latía una profunda sensación de belleza y poesía. Las cenizas no estaban muertas. Ocultas en los hoyos y en las hendiduras, aguardaban la semilla de vida que podía hacerlas fructificar de nuevo.

Harland pensó que su existencia entera podía en cierto modo compararse a aquel viaje por el río. Difícil al principio; dichosa, risueña y alegre después, para llegar por último a la desolación más trágica. A pesar de lo cual, del mismo modo que aquella región devastada volvería algún día a sonreír bajo la suave caricia de los bosques, así también el futuro, su futuro, podía ser aún prometedor…

Un sol abrasador caía sobre el valle por donde se deslizaba el río. Harland contempló las aguas, y algunas veces, en el rápido avance, pudo distinguir la precipitada huida de un salmón. Eran peces grandes, de color verdoso y transparente, como el agua por donde se movían y de la que parecían formar parte. Sólo la sombra de sus cuerpos, al seguirlos por el lecho del río, evidenciaban su solidez. Se alzó de su asiento procurando guardar el equilibrio. El movimiento de la canoa era como una pulsación de vida bajo sus pies. Así pudo contemplar mejor aquellos peces, aquellas sombras que se agitaban entre las claras aguas del río.

No hallaron un lugar muy confortable o sombreado para acampar a la hora del mediodía. Aprovecharon una pequeña cañada, y con los restos de un tronco incendiado lograron hacer fuego para guisar. Harland comió muy poco.

—¿Falta mucho? —preguntó cuando hubieron terminado.

Como el incendio había destruido también los postes indicadores del camino, no era fácil adivinar su situación.

—No. Pronto llegaremos —afirmó Leick. Y Harland siguió sentado, contemplando las aguas que corrían libremente.

Dándose cuenta de su impaciencia, Leick se apresuró a empaquetar y reemprendieron la marcha. Dos millas más allá, en la ribera alta del río, vieron una cabaña que evidentemente fue construida con troncos después del gran incendio. El guardián que vivía en ella salió para verlos pasar. Leick alzó un remo en señal de saludo y comprobó que el otro le reconocía.

—Telefoneará en seguida —dijo—. Así sabrá ella que llegamos.

Harland no respondió. El caudaloso Sedgwick, afluente del río central, acrecentaba considerablemente la importancia de éste. Aunque en determinados lugares se estrechaba, porque así lo exigía la proximidad de las montañas, y aunque algunas extensiones de rocas separasen a veces su corriente, era siempre un río potente y veloz. Sus aguas se movían con ágil rapidez y la canoa se balanceaba furiosa y dulcemente, como dotada de vida propia.

El río seguía atravesando la región incendiada, dejando atrás rocas desnudas y troncos requemados. Pero en casi todas partes un prometedor e incipiente verdor hacía soñar en el bosque futuro. Al ver aquel desfile interminable, Harland comenzó a temblar. Le aterrorizaba que tanta desolación no acabase nunca. Buscó ansiosamente en lontananza algún bosque, pero el horizonte le devolvía siempre el mismo paisaje: montañas peladas y una línea árida, con la silueta de los troncos negros resaltando sobre el azul del cielo. Cuando al fin descubrió lo que desde hacía rato buscaba, sintió en los ojos un ligero escozor. Súbitamente se sintió dichoso…

Habían bordeado un punto algo escarpado de la ribera, en donde el terreno se alzaba considerablemente sobre el nivel del agua. El río formaba en aquel recodo una curva en forma de S, y sus aguas se estrellaban con furia contra las piedras. Después corría libremente durante media milla, y al fin, por primera vez desde que penetraron en la región incendiada, Harland divisó el verde oscuro de los abetos, los pinos y los cedros, que mezclaban los distintos tonos de sus follajes como en una sinfonía de color. También distinguió el ramaje brillante de algunos árboles de los llamados «de madera dura». En la distancia parecían multiplicarse.

Harland abarcó todo aquello con la mirada, Leick dijo:

—Son hermosos, ¿verdad? No costó mucho trabajo trasplantarlos. Tuvimos que traerlos por el río desde bastante lejos, e irlos a buscar en un lugar de clima parecido a éste. De no ser así se hubiesen marchitado con toda seguridad. Plantamos setenta, pero algunos se van muriendo.

Harland asintió en silencio. No podía hablar. Sentía en la garganta la opresión del llanto. Leick siguió hablando. Experimentaba una profunda sensación de dicha al recordar el trabajo realizado con tanto amor.

—Sí, fue una labor magnífica. Tuvimos que cercar cada árbol y cavar en torno suyo un hoyo que durante el verano había de estar siempre lleno de fango fresco. Así conseguimos que las raíces fueran saliendo a flote. Después, cuando llegó el invierno con sus inevitables heladas, los trajimos aquí, transportándolos en trineos sobre el hielo. Oportunamente habíamos cavado los nuevos hoyos, igualado el terreno e incluso plantado matas de hierba. Éramos unos treinta hombres, ocupados febrilmente en la tarea de plantar los árboles y arreglar la tierra. Los demás tenían trabajo suficiente para construir la casa —luego añadió pausadamente—: Mire, ahí la tiene.

Hasta entonces habían seguido la corriente principal que bordeaba la ribera norte

del río. Pero últimamente habían virado y avanzaban por el centro. Desde allí se veía claramente la casa. No estaba construida con troncos, según la costumbre de la selva, sino con vigas y tablas bien aserradas. Era de mucho fondo, pero de escasa altura, con anchas verandas y una gran chimenea cuadrangular. Grandes arbustos nacían junto a sus paredes, y alrededor crecía la hierba jugosa y fresca.

Mientras la contemplaba ávidamente, Harland vio que de su interior salía una mujer y se dirigía al desembarcadero, situado a un cuarto de milla de distancia.

Vestía de blanco. Harland observó la rítmica gracia de su paso. Sólo por eso la habría reconocido en cualquier parte. Había en su manera de andar algo característico, indescriptible. No basta con decir que sabía mantenerse erguida, con la cabeza alta y las piernas ágiles. Era algo más, una gracia elegante y serena que trascendía de ella al avanzar. Nunca parecía tener prisa ni caminar con demasiada rapidez. No obstante, Harland sabía por experiencia que era a veces difícil resistir su marcha, por leve y dulce que pareciese. Para hacer honor a su oficio, a la sazón casi olvidado, intentó describir con palabras su modo de andar. Al verla aproximarse al desembarcadero, al que también se acercaba el bote, tuvo la sensación de que se hallaba en un salón y ella iba a saludarle con una reverencia. Sin que sucediese realmente, Harland creyó verla recogerse la falda graciosamente con los dedos e inclinarse. El traje que llevaba añadía un nuevo encanto a su figura.

Junto al desembarcadero se extendía una senda, y por ella, siguió avanzando la grácil figura mientras la canoa se acercaba. Al fin, ésta se detuvo, Harland saltó y pisó los leños que formaban el desembarcadero. No pudo entonces verla claramente, pues tenía los ojos llenos de lágrimas. Pero distinguió su vestido blanco y sintió las manos de ella en las suyas. Después escuchó su voz, que en los últimos y sombríos meses, transcurridos ya para siempre, había recordado tan claramente.

—Bien venido al hogar, Dick —dijo ella, y al ver la agonía retratada en los ojos de Harland, añadió en un murmullo—: ¡Oh, querido!

Y lo abrazó fuertemente.

Capítulo II

1

Aquellos seis años que tanto deseaba Harland olvidar comenzaron cierto día de julio, en un tren que con rumbo al Este había salido de Chicago. Harland se dirigía a Nuevo México, a un rancho propiedad de Glen Robie. Él y Glen se habían conocido el verano anterior a bordo del *Fleurus*, pequeña embarcación que solía transportar a los aficionados a la pesca del salmón desde Quebec a la isla de Anticosti. Robie y su hijo Lin iban hacia el río Júpiter; Harland y su hermano, el pequeño Danny, hacia el Becsie. Danny tenía doce años y Lin Robie uno más. A bordo del *Fleurus* trabaron los pequeños una gran amistad, acercando inconscientemente a Harland y a Robie.

Con sus cuarenta y pico, Robie era realmente una gran persona, uno de esos caracteres generosos y buenos que suele producir el Oeste. Comerciaba en petróleo. Comenzó su carrera sin dinero. La suerte le ayudó y gracias también a su energía indomable y a algunos buenos consejeros logró verse al cabo de unos años dueño de los mejores pozos de Tejas. Después, crear una organización completa para la distribución del petróleo fue cosa sencilla. Su vida era una cadena de éxitos, y su feliz carrera algo corriente en el país. Cuatro o cinco años antes de conocer a Harland había vendido su negocio por una suma tan crecida que convirtió la transacción en milagro de cuento de hadas. Después se apresuró a adquirir unos doscientos mil acres de terreno en las montañas de Nuevo México. Se especializó en la cría de ganado holandés y de caballos de polo. Y como en los arroyuelos cercanos abundaban las truchas, instaló un pabellón de pesca cerca del rancho. La afición común por tal deporte le acercó a Harland.

Harland había pescado salmones en Newfoundland y el Restigouche, y Robie apreciaba los consejos que el otro, con su experiencia, podía darle. Robie, a su vez, conocía este deporte en aguas familiares, e insistió en que Harland y Danny fuesen a visitarle al rancho el verano siguiente para ejercitarse en la pesca con caña.

Harland aceptó en principio pero tenía la íntima convicción de que el asunto no pasaría de allí. Las amistades, como los noviazgos de estío, son agradables mientras duran. Suelen cifrarse en ellas muchas esperanzas, pero todas mueren en cuanto llega la separación. Es fácil, además, invitar a alguien y olvidar después que se le ha invitado…

Harland y Danny gozaron de una magnífica semana en el Becsie. El resto del verano lo pasaron en el Cerro de la Luna. Cuando Harland era niño, su padre solía dejarle bajo la vigilancia de un leñador del bosque llamado Leick Torne, y con él exploraba Harland todos los rincones cercanos a la residencia estival de la familia. Durante una de estas frecuentes excursiones, al remontar uno de los riachuelos, llegaron a un lugar de exuberante vegetación, en el que un lago en forma de media luna se extendía al pie de una montaña. La belleza del lugar dejó a Harland

maravillado, hasta el punto de que él y Leick se empeñaron en llevar hasta allí a su padre. En uno de sus característicos arranques de entusiasmo, éste compró aquellas tierras. Leick y Harland pasaron el verano siguiente en el lugar, construyendo una cabaña con troncos de árboles, una especie de pequeña presa en el lago, para mantener las aguas al mismo nivel, y un refugio donde guardar la canoa y el bote. Cuando murió su padre, Harland bautizó aquel rincón con el nombre de «Cerro de la Luna», porque nadie excepto Danny, Leick y él lo conocían en aquel tiempo.

Al volver de la isla de Anticosti permaneció con Danny en aquel lugar hasta septiembre. Los dos hermanos no tenían más familia en el mundo. Harland le llevaba a Danny diecisiete años. Su padre murió antes de que Harland entrase en la Universidad. Era abogado y tenía excelentes ingresos, pero no dejó muchos bienes de fortuna. Una casa en la calle Chestnut, en Boston, y una renta anual que apenas bastaba para sufragar los gastos de su vida y del pequeño Danny y para pagar la pensión del mayor en Harvard. Mistress Harland, que fue siempre de carácter tímido y quejumbroso, sintió que sus temores aumentaban al empeorar de modo tan sensible la situación económica. Harland vio ensombrecidos sus cuatro años de estancia en Cambridge por las quejas continuas de su madre ante los gastos que ocasionaba su educación. Se situó, pues, a la defensiva, y en cuanto salió de la Universidad buscó trabajo y lo encontró en el «Boston Transcript».

Cuando no era más que un estudiante, Harland se había enamorado apasionadamente de una muchacha llamada Enid Sothera. Pero como sus medios de vida no le permitían ni siquiera pensar en contraer matrimonio, la joven pareja se contentaba con soñar sin hacer demasiados planes para el futuro. Pasaban juntos cuantas horas podían, y estaban, al menos al principio, locamente enamorados. Pero una hoguera recién encendida necesita nuevo combustible para no extinguirse. Las ardientes caricias, precisamente por no poder llegar nunca a un punto culminante de emoción, perdieron parte de su encanto. Una semana antes de graduarse, Enid le comunicó que se casaba con otro. Pasado el primer choque sufrido por su vanidad, Harland sintió un gran alivio. Pero, lo mismo que hubiese hecho un marido engañado, buscó la soledad, temeroso de enfrentarse con la sonrisa e incluso la simpática compasión de sus amigos. Pasó muchas noches sin salir de su casa. Desde sus tiempos de Harvard se había distinguido en Literatura. Además, le gustaba escribir. Por matar el tiempo y llenar sus horas de ocio comenzó una novela. Como suele suceder con los novatos, la novela de Harland fue lo que podríamos llamar una autobiografía. La tituló *Primer amor*, y él era el personaje principal. En cuanto a la figura femenina —Enid, sin ningún género de dudas—, resultó tan ingrata que la ruptura entre ellos era un desenlace feliz.

El primer editor a quien mostró su libro se apresuró a aceptarlo. Harland tenía sin duda, una finísima ironía y una peligrosa facilidad para analizar la fragilidad y la locura humanas. Y como los críticos, saturados de libros vulgares, se muestran siempre magnánimos con la obra de un escritor novel que les parezca prometedora,

su novela obtuvo bien pronto el entusiasmo de un leal aunque reducido sector de público.

El éxito logrado indujo a Harland a abandonar el «Transcript» para empezar una nueva obra. Antes de terminarla murió su madre. La verdad es que nunca se habían llevado muy bien, pero aquel fin tan rápido le hizo olvidar todas sus faltas y recordar intensamente sus buenas cualidades. Se sintió muy solo. Y como resultado de esta soledad, aunque Danny contaba entonces nada más que diez años, Harland se refugió en él buscando consuelo. Danny, que de un modo infantil y tímido había adorado siempre a su hermano mayor, recogió con avidez aquellas muestras de afecto. Y exceptuando las horas que Harland pasaba trabajando y el pequeño estudiando, estaban siempre juntos.

La segunda novela fue bastante mejor que la primera. Para junio, antes de marchar con Danny hacia Anticosti, había terminado la tercera. En octubre fue ésta publicada, y bien pronto creció la venta de manera considerable. Cientos de mujeres que gozaron con su lectura quisieron conocer personalmente al autor, y se empeñaron en invitarle a almuerzos, cenas y reuniones. Aceptando la general creencia de que quien escribe bien sabe hablar, fue solicitado su concurso para diversas conferencias en Boston y otros lugares. Todo esto le resultaba a Harland muy seductor y agradable. Así pasó el invierno. Y el ritmo de su vida le hizo frecuentar menos la compañía de Danny. Cuando en abril sufrió el muchacho un ataque de parálisis infantil, Harland no cesó de hacerse reproches, pensando que de haber seguido bajo sus cuidados el pequeño no habría contraído aquella enfermedad.

Al principio todos creyeron que Danny moriría, pero pasada la crisis siguió viviendo. Sólo sus piernas quedaron prácticamente inútiles. En cuanto estuvo en condiciones de viajar, Harland lo llevó a Georgia para someterle a un tratamiento especial. Hallándose en Warm Springs recibió una carta de Glen Robie hablándole de su rancho de Nuevo México y recordándole su invitación.

Harland pensó rehusar, pero Danny no se lo permitió.

—Será lo único que me consuele de no poder ir yo —dijo—. Además, volverás pronto con un montón de cosas que contarme, y será casi tan divertido como si yo también hubiese estado allí.

Con esa habilidad que tienen a veces los niños para hallar el argumento definitivo y adecuado, añadió algo que convenció a Harland:

—Mira Dick, estamos juntos tanto tiempo que temo que comencemos a aburrirnos. Nos hemos contado ya todo lo que sabíamos. En cambio, de esta manera cuando vuelvas, tendrás tantas cosas nuevas que explicarme que nunca terminaremos de hablar.

Harland acabó por aceptar, y no precisamente de mala gana. Al pensar en los largos paseos a caballo, en los días llenos de sol, en las aguas repletas de truchas, sintió en lo más profundo de su ser unas enormes ansias de marchar. Escribió a Robie diciéndole que aceptaba y explicándole por qué no podía Danny acompañarle.

Emprendió el viaje, deteniéndose antes en Boston para recoger algunos enseres personales y su caña de pescar favorita. Al partir, Danny se despidió de él cariñosamente.

—Escribe un Diario, Dick —dijo el pequeño—. Anota en él cuanto vayas viendo. Piensa que luego te haré muchas preguntas. Lin dijo que hay pavos silvestres en el rancho. Mata uno, pesca muchas truchas y cuéntame tus experiencias cuando vuelvas. ¡Adiós! ¡Adiós! ¡Adiós!

Al alejarse, Harland llevaba todavía en sus oídos el eco de aquella vocecita clara e infantil.

2

El tren salió de Chicago a última hora de la tarde. A la mañana siguiente, después del desayuno, y con un libro bajo el brazo, Harland se dirigió al coche salón. Pero antes de sentarse a leer pensó escribirle una larga carta a Danny. El movimiento del tren hacía a veces su letra casi ilegible. Tomándolo a broma, intercaló algunos dibujos —un rostro absurdo, un animal de especie desconocida, una flor— y sonrió al pensar cómo se reiría Danny. Cuando terminó la carta buscó asiento frente a una muchacha que leía nada menos que su última novela. Sin duda, fue esta coincidencia lo que le decidió. Probablemente, medio millón de personas la habrían leído o la leerían en lo futuro. Pero ver a una desconocida enfrascada en la lectura de una de sus obras fue una experiencia que le agradó, particularmente cuando, como en aquel caso, la lectora tenía una extraña belleza. La joven era de corta estatura. Tenía el cabello oscuro, o tal vez debiera decirse negro; no era lacio, como suele ser el cabello negro, pero tampoco rizado. Era un pelo con tendencia a rizarse; es decir, como si pudiera rizarse si se lo permitiesen. Su piel era fina y suave, de un tono marfileño, aunque ligeramente sonrosada. Y sus labios, exentos de carmín —o, al menos, así lo creyó él —, eran frescos y estaban llenos de vida. Mirando aquellos labios pensó Harland en algunas mermeladas que al secarse suelen quedar adheridas fijamente. Eran unos labios deliciosos —pensó detenidamente en este objetivo, pues le encantaba escoger las palabras que había de emplear—, que inspiraban el ardiente deseo de gustarlos, como si fuesen uno de esos sabrosos bombones rellenos de exquisito licor. El lóbulo de las orejas, que surgía bajo el contorno suave del pelo —lo suficientemente largo para permitir a su dueña anudarlo en la nuca— era casi tan rojo como los mismos labios. Dejando correr libremente el pensamiento, Harland pensó que sería maravilloso poder morderlos. Su garganta era de un tono más pálido que sus mejillas, y su cuerpo sería más pálido aún, como una de esas delicadas figurillas de marfil, de pequeños senos, cintura flexible, caderas redondas y muslos esbeltos. Mirándola con fijeza, unas frases extrañas acudieron a su mente, como las nubes que cruzan a veces por el cielo de estío, palabras misteriosas del lejano Oriente. Pensó en los relatos

maravillosos de *Las mil y una noches*, en heroínas de frente alabastrina, almendrados ojos y labios —¿era ése realmente el calificativo?— como la granada. No estaba muy seguro de lo que podía ser una granada, y probablemente el símil era erróneo, pero le complacía. Pensó también en el incienso, en la mirra, en el pachulí y en otras fragancias misteriosas que ni siquiera tienen nombre; en la endrina, en los bellos racimos de uvas moradas y en el jugo oscuro que surge al ser trituradas entre los dientes.

Una súbita sacudida del tren le volvió a la realidad y, en consecuencia…, a Kansas, el paisaje en el que los campos de trigo se extendían durante millas y millas. Se dijo, no sin cierta ironía, que aquél no era un modo correcto de pensar en una muchacha decente. No obstante, es probable que sea sólo eso lo que piensen muchos hombres al enfrentarse con una mujer bonita. De no ser así, la raza humana acabaría por extinguirse.

Sin embargo, si la desconocida hubiera acertado en aquellos momentos a levantar la vista, si hubiese tropezado con su mirada, se habría sentido avergonzada, sin duda. Por lo cual, Harland procuró concentrar su atención en las páginas del libro que llevaba consigo, la novela *Victoria*, de Conrad, tan conocida. La heroína de Conrad era una de esas mujeres pacíficamente hermosas y casi bovinas, que inspiran al hombre un sentimiento puramente paternal. La muchacha que tenía ante sí, a pesar de su actitud completamente correcta, no podía ser calificada de bovina. Incluso en su pasividad había algo parecido a una ardiente llama, como si las mismas puntas de sus dedos quemasen al tocarlas.

La miró para afirmarse en su criterio, y observó que se había quedado dormida. El libro descansaba sobre su falda, apenas sostenido por las manos inmóviles. Tenía la cabeza apoyada en el respaldo. Evidentemente, dormía como una niña.

Harland sonrió ante la inconsciente provocación.

Conque, después de todo, ¡también ella era bovina! Una mujer en la que ardiese la llama que él imaginó no se dormiría leyendo su libro. ¡Su libro! Si acaso la ofendió con sus anteriores pensamientos, la desconocida se vengaba entonces cumplidamente con su indiferencia. El libro cayó al suelo, y el ruido despertó a la joven. Harland se inclinó para recogerlo, observando de paso que las piernas de la muchacha eran maravillosas. Ésta aceptó el libro con un ademán de aprobación y un cortés «Gracias». Al hablar le miró fijamente, y Harland pudo ver que en sus ojos —aún velados por el sueño— se reflejaba una aguda sorpresa. Harland abrió el libro e intentó leer, pero siguió sintiendo que los ojos de la joven le observaban.

En fin, antes fue él quien la observó a ella… Si en verdad quería mirar, podía hacerlo libremente. Recordó los pensamientos que le asaltaron al mirarla, y se preguntó si los de ella al contemplarle serían análogos. Como muchos hombres, solía a veces mostrarse muy satisfecho al ver su imagen reflejada en el cristal de algún escaparate. En aquellos instantes, y mientras fingía leer, halló una secreta complacencia intentando vestir de forma halagadora los pensamientos que podían

pasar por la mente de ella. Tal vez le hubiera reconocido, pues su fotografía había aparecido repetidamente en varias revistas, tras el éxito de *Tiempo sin alas*. Quizás estuviese haciendo acopio de valor para abordarle. Puede que llegase a pedirle un autógrafo en el libro. No sería la primera vez que le ocurría algo parecido.

Pero al cabo de un rato el detenido examen comenzó a molestarle. Cambió varias veces de postura, encendió un cigarrillo y lo fumó casi furiosamente. Sintió que perdía la paciencia. Por fin levantó los ojos del libro, los clavó en el rostro de ella y sostuvo firmemente su mirada, deseoso de confundirla.

No lo logró. La desconocida no apartó los ojos de él. Siguió examinándole, estudiándole con atención y hasta con cierta expresión de ansiedad y de súplica. Aquello fue demasiado para Harland, que se sintió incapaz de seguir soportando el duelo de miradas.

—¿Pasa algo? —preguntó al fin, enrojeciendo de furor. E inmediatamente se levantó, decidido a volver a su departamento. Pero se detuvo un instante para mirarla de nuevo.

La desconocida parecía despertar de un sueño.

—¡Oh, lo siento! —exclamó grave y quedamente—. Creo que, en efecto, le he mirado demasiado —y extendió una mano hacia él con un ademán de súplica. Harland pudo darse cuenta de que lucía un magnífico solitario en uno de sus dedos—. Le ruego que me excuse —añadió—. El caso es que…, se parece usted extraordinariamente a mi padre…

Y al decir esto sus ojos se le llenaron de lágrimas. Luego tosió un poco como para aclarar la garganta. Evidentemente, estaba confusa.

—No se preocupe —respondió Harland. Y se alejó rápidamente de allí, hacia su departamento.

Estaba temblando y su pulso latía con fuerza.

Pensó que nunca hasta entonces se había dado verdadera cuenta de que existía…

3

Desde el día en que Enid le participó su compromiso con otro, Harland no había sentido especial interés por ninguna mujer. No obstante, le fue de todo punto imposible olvidar a la muchacha que se quedó dormida mientras leía su libro. El hecho de que al encontrarle parecido a su padre se hubiese puesto a llorar le hizo pensar que éste habría muerto hacía poco. Por su aspecto parecía una mujer nerviosa, sensible y emocionable. Su tez, sus grandes ojos, su frente altiva y su voz vibrante hacían evocar el misterioso Oriente y el encanto mágico de una noche cálida en el desierto, bajo un manto de estrellas.

Sonrió de sus absurdos pensamientos y decidió olvidarla. Durante la noche permaneció en su departamento, leyendo, y al amanecer contemplaba distraído el

paisaje, formado por vastas llanuras que se unían unas a otras de manera casi imperceptible. La línea del horizonte parecía estar a veces a quince o veinte millas de distancia, y otras como al alcance de la mano, a la altura misma de los ojos de Harland. En ocasiones, surgía en la línea indefinida la silueta de una granja o de un pajar, que en la distancia resaltaban como el palo mayor de un barco al pasar a lo lejos. Vio cómo unos negros nubarrones se aproximaban en dirección Noroeste, arrojando sobre los trigales una sombra azul como el mar. La lluvia azotó entonces las ventanillas del vagón, pero cesó casi inmediatamente. El sol bañó de nuevo los campos fructíferos. Harland pensó que bastaba con el producto de aquellos campos para satisfacer las necesidades de una hambrienta multitud de seres humanos.

Entretanto, la figura de la desconocida seguía turbando sus pensamientos. Harland lo atribuyó a que en un largo viaje, sea por barco o por tren, siempre parece agudizarse nuestra capacidad romántica, tal vez porque, al pensar que no volveremos a cruzarnos con nuestros compañeros de viaje, experimentamos un dulce sentimiento de irresponsabilidad.

Antes de llegar a su destino, Harland tuvo tiempo de desayunar en el tren. Cuando, ya en el andén, daba una propina al mozo, el pequeño Lin Robie se acercó a él corriendo y lanzando exclamaciones de bienvenida. El muchacho llevaba un mono, camisa de seda, botas de tacón alto y un amplio sombrero. Estaba delgado, pero bronceado y fuerte. Al pensar en Danny, que posiblemente nunca podría volver a correr así, Harland sintió que la pena le ahogaba. Pero Lin le distrajo, estrechando su mano y hablando de muchas cosas a la vez.

—¡Cuánto he sentido que Danny no venga, míster Harland! Pero me alegra mucho que haya venido usted. ¿Cómo está Danny? ¿Se pondrá pronto bueno?

—Quizá se ponga bueno…, algún día —repuso Harland—. Mas para ello ha de sostener una larga lucha.

—Me ha escrito —dijo Lin. Harland ignoraba este detalle—. En su carta me ruega que le atienda y que procure que se divierta mucho. El camino central que conduce al rancho está inundado. Por eso vinimos a esperarle papá y yo. Hemos traído el coche y el camión. Papá debe de estar buscando a los otros. ¿No ha trabado conocimiento con ellos durante el viaje? Mire, ahí están. Vamos. Charlie se cuidará del equipaje.

Harland vio en segundo término la figura de un muchacho joven, de rostro abierto y franco bajo el amplio sombrero. Tenía los hombros anchos y las caderas estrechas, como es corriente en las personas que se pasan la vida a caballo. Lin hizo la presentación.

—Charlie Yates, capataz del rancho. Charlie, éste es míster Harland.

Harland estrechó la mano de Charlie, y notó que el apretón de éste como suele ocurrir con los hombres cuya vida transcurre al aire libre, era dulce y suave, casi como el de una mujer. Conscientes de su fuerza, esos hombres tienen sumo cuidado en no abusar de ella. Lin gritó después ansiosamente:

—¡Vamos, vamos!

Harland le siguió. Poco después distinguió la figura de Glen, el cual, vestido normalmente, pero tocado con el amplio sombrero típico del país, se aproximaba andando entre tres mujeres. Una de ellas era de edad avanzada; tenía el blanco cabello peinado suavemente hacia atrás y anudado a la nuca en forma de moño, y su ojos eran oscuros y profundos. La segunda era joven, de rostro dulce y amable. La tercera era… la muchacha que Harland tanto se había esforzado en olvidar.

Robie se apresuró a estrechar fuertemente la mano de Harland. Su ademán fue de cordial bienvenida.

—Le presento a mistress Berent, a miss Ellen y a miss Ruth —dijo después.

Así pues, se llamaba Ellen. Harland vio que su compañera de viaje apretaba el brazo de su madre, como si quisiera llamar su atención sobre algo. Las dos mujeres cambiaron una rápida mirada.

—Me he permitido hablarles de usted. Creí que se habían conocido en el tren —dijo Robie.

—Ellen le vio, y hasta creo que le miró demasiado —declaró mistress Berent—. Insiste en que se parece al profesor Berent, a pesar de que yo lo encuentro absurdo. Sí, es realmente absurdo. Míster Harland no es más que un muchacho.

—Tampoco yo puedo apreciar el parecido —dijo Robie mirando a Harland detenidamente, hasta hacer que éste se sintiera como un chiquillo cuando los mayores discuten si se parece al padre o a la madre.

Tomaron asiento en el amplio coche. Mistress Berent se sentó junto a Robie. Harland se halló entre Ellen y Ruth, mientras Lin los contemplaba detenidamente desde el traspuntín. Pronto abandonaron la ciudad y se lanzaron en plena región solitaria. Robie conducía a gran velocidad, charlando sin volver la cabeza. Cuando llamaba la atención de Harland sobre algo determinado, éste se limitaba a responder: «Sí», o bien: «Sí, comprendo». Al fin, mistress Berent intervino para exclamar con irritación:

—¡Por el amor de Dios, fíjese por dónde nos lleva! Está muy distraído.

Robie se echó a reír, pero siguió sus indicaciones y guardó silencio. Después fue Ellen quien habló. Se volvió a Harland y le preguntó:

—¿De veras es usted Richard Harland, el autor de *Tiempo sin alas*?

—Supongo que sí —respondió Harland. Y deseó sinceramente que, como siempre que oía la consabida pregunta, no le acometiesen unas irreprimibles ganas de sonreír.

—¡Y pensar que me quedé dormida leyendo su libro, precisamente delante de usted! —murmuró Ellen riendo de buena gana—. No me extraña que se sintiese ofendido. Pero le aseguro que después permanecí despierta hasta media noche, sólo por terminarlo.

Harland no supo qué responder. El movimiento del coche los empujaba al uno hacia el otro. Lin siguió charlando sin cesar. Sólo Harland le respondía de cuando en cuando. Las dos hermanas guardaban silencio. Harland olvidó a Ruth. Mas ni por un

sólo momento dejó de sentir el cuerpo de Ellen al otro lado, tan próximo a él.

4

El hogar de los Robie, planeado por un auténtico artista y construido sin reparar en gastos, era perfecto. Ni demasiado lujoso, ni demasiado sencillo, armonizaba espléndidamente con el paisaje.

Mistress Robie, sorprendentemente joven y bella, les dio la bienvenida cuando llegaron al rancho. Harland vio que adoraba a su esposo y que éste le correspondía. Era fácil comprender que estaban muy orgullosos el uno del otro. Mistress Robie era casi tan alta como su hija Tess, la cual le pareció a Harland que podía tener dieciocho años, a pesar de que la dueña de la casa no aparentaba mucho más de treinta. Tess también se mostró muy agradable desde el primer encuentro.

Lin le acompañó hasta la habitación que se le había destinado. Estaba situada en la parte extrema del edificio, frente a la piscina de baldosas azules en la que se reflejaba la inmaculada belleza de un cielo purísimo. Desde allí podía Harland contemplar libremente el panorama solitario de aquellas tierras, donde las luces cambiantes creaban una sinfonía de colores que era un regalo para los ojos.

Después de comer, Robie y Lin le acompañaron al establo —limpio como un laboratorio— donde se alojaban los caballos de polo. También dieron una vuelta por los verdes pastos donde deambulaba libremente el ganado. Como se alejaron hasta la cañada para visitar el pabellón de caza, Harland no pudo ver los demás invitados hasta que se reunieron para tomar unos cócteles bajo la pérgola situada junto a la piscina. Durante la cena, Robie explicó a Harland —los demás conocían la historia sobradamente— que el profesor Berent fue su mejor consejero en los días en que se dedicaba a la explotación de nuevos campos petrolíferos.

—Cuando los vendí y compré este rancho —añadió— él y Ellen nos visitaron dos veces, el año pasado y el anterior. El profesor tenía la manía de coleccionar pájaros. Solía desollarlos y enviar las pieles y a veces hasta los animales disecados al Museo. Ellen le ayudaba en la tarea —luego, añadió dirigiéndose a mistress Berent—: Lamento que no pudiese usted acompañarlos nunca.

—Ellen no me lo hubiese permitido —repuso mistress Berent con la aspereza que la caracterizaba—. Parecía creer que su padre le pertenecía exclusivamente. Le tenía monopolizado de tal forma que mucho me sorprende que no durmiese con él.

—Papá necesitaba a alguien que le ayudase, míster Harland —dijo Ellen—, y ni a mamá ni a Ruth les hubiese gustado aquel trabajo.

—¡Pues claro que no! —exclamó mistress Berent moviendo la cabeza con indignación—. Cortarle los párpados a una perdiz muerta no me parece un entretenimiento recomendable para pasar la tarde. La verdad, prefiero hacer punto.

Ellen continuó como si no la hubiese oído:

—A mamá le asustaba el arsénico, y Ruth no hubiese sabido cómo emplearlo, lo que, naturalmente, era un problema para papá.

Harland, que, como muchos autores, sabía un poco de todo, recordó que el arsénico en polvo se emplea para conservar las pieles sin curtir.

—Sí, confieso que me asustaba —afirmó violentamente mistress Berent—. No me gusta jugar con venenos… —después, en tono malicioso, añadió—: Ellen, en cambio, se divertía manipulando ese producto. Exactamente como si fuesen polvos de tocador. Creo que hasta debía de empolvarse con ellos la nariz.

Todos rieron, incluso Ellen. Después de la cena tomaron café en la pérgola, junto a la piscina. Bajo las estrellas, que parecían contemplarlos con curiosidad, charlaron en voz baja. Robie dijo al fin:

—Tomaremos el desayuno a las siete para poder salir temprano. Será una larga excursión a caballo, de modo que si alguien prefiere quedarse debe decirlo.

Mistress Berent preguntó, alzando la voz con indignación:

—¿Ha dicho que a caballo?

—No hay ninguna carretera hasta el campamento de pesca. El camino es difícil aun para los caballos.

Ellen exclamó en tono triunfante:

—Ya te dije, mamá, que era mejor que no vinieras. Debes quedarte aquí. No podrías resistir el ajetreo de tantas horas a caballo. Creo que habrías procedido con más prudencia quedándote en Bar Harbor.

—He llegado hasta aquí y pienso ir adonde sea necesario —dijo mistress Berent —. Será mejor que comprendas que esta vez mi decisión es firmísima. Hiciste lo posible por apartarme de la vida de tu padre, pero no conseguirás que me vaya sin ver sus restos. A caballo o a pie llegaré hasta allí. Aunque tuviese que recorrer el camino atada al lomo de uno de esos horribles animales.

Robie se echó a reír y dijo para tranquilizarla:

—Nada le sucederá. Irá tan cómoda como si estuviese sentada en una mecedora.

Al oírle, Harland no pudo menos de sonreír, sospechando que Robie exageraba. Cuando las damas se retiraron, los dos amigos se quedaron bebiendo unas copas. Harland se las ingenió para que Robie hablase de sus invitadas. Le oyó comentar los días que había pasado en Tejas junto al profesor Berent. Mas no era del padre de Ellen de quien Harland deseaba precisamente hablar. Por fin preguntó sin más rodeos:

—Y Ellen, ¿qué edad tiene?

Robie le miró vacilando antes de responder.

—Veintidós años —dijo al fin—. Y Ruth, veinte. Ésta si que es una espléndida chica.

Era como si las comparase mentalmente y Ellen saliese perdiendo en la comparación. Harland comprendió que Robie ocultaba algo. Luego, su anfitrión continuó hablando del profesor Berent.

—Cuando estuvo organizada la explotación de los pozos pasé muchos años sin

saber nada de él. Después los vendí… —en su gesto y en su voz se adivinaba una oculta satisfacción—. La verdad es que me gusta el dinero. ¡Se puede hacer tantas cosas con él! Entregué al profesor Berent un millón de dólares, al fin y al cabo, gracias a su experiencia y a sus consejos logré hacer mi fortuna, y él los aceptó. Éramos demasiado buenos amigos para que los rechazase.

Harland ocultó su asombro con una sonrisa. Luego dijo:

—Ante semejante oferta, muchas personas, vacilarían entre el orgullo y la avaricia. En cuanto a mí, será mejor que no me ponga a prueba. No soy orgulloso.

Robie se echó a reír.

—No vacilaría en ofrecerle dicha cantidad si me encontrase unos cuantos pozos de petróleo, amigo mío —hizo una pausa y luego prosiguió—: Cuando tuve esta casa terminada le invité a pasar unos días a mi lado. Ellen le acompañaba —vaciló de nuevo—. Me ha parecido observar que la muchacha le interesa —verdaderamente, aunque Harland sólo había preguntado la edad de la joven, se adivinaba en su actitud que deseaba hacer una incalculable serie de preguntas—. Ellen es…, muy extraña. Pasaron dos meses en el rancho. Con un par de ayudantes y algunos caballos, andaban siempre de un lado para otro. Antes de que se marchasen pude darme cuenta de que tras la belleza física de Ellen existe la dureza de la roca. Sí… Comprendí que su padre no era nadie, que todo su carácter se estrellaba ante la férrea e indomable voluntad de la muchacha. No permitía que nadie le hiciese al profesor el más pequeño servicio. Los muchachos que les acompañaban arreglaban las monturas de los caballos, preparaban el lugar para acampar y realizaban otras tareas igualmente rutinarias. Pero ella y nadie más que ella preparaba el lecho de su padre, le hacía la comida y creo que hasta se la ponía en la boca como si fuese un niño. Sentía por él un afecto que anulaba la personalidad del profesor. No creo que pudiese llamar suya, con carácter de exclusividad, ni a su propia alma.

—Al parecer se trataba de un cariño que rayaba en la locura, ¿no es eso?

Robie asintió.

—He oído decir que en tiempos medievales existían «cariños hasta la muerte», es decir, dos seres que, unidos por el amor, llegaban en aras de él al sacrificio supremo de la muerte.

—Compadezco al hombre que se case con ella —repuso Harland sonriendo.

—He visto que lleva un anillo de compromiso —dijo Robie.

—Yo también. Supongo que debió de hallar tan enorme vacío al morir su padre que se aferró a un clavo ardiendo en que buscar consuelo… En este caso, «el clavo» es un novio. ¿Cuánto tiempo hace que murió el profesor?

—Falleció en primavera.

—Mistress Berent dijo hace un rato algo que no comprendí, algo así como que quería ver sus restos.

—Sí. Sus cenizas van a ser trasladadas a cierto elevado lugar de la montaña —explicó Robie—, a una meseta rodeada de bosques, a nueve o diez mil pies sobre el

nivel del mar. El profesor Berent solía decir que desde allí casi podía tocarse el cielo. Ciertamente, eso parece posible sólo con extender las manos. Tanto le gustó el lugar que expresó el deseo de que sus restos fuesen trasladados allí cuando dejase de existir. Creo que sabía que su fin estaba próximo. Por eso ha venido la familia. A mí me parece que Ellen hubiese preferido venir sola, pero por una vez su madre ha logrado imponerse.

Harland no contestó. Estaba demasiado pensativo. La oscuridad, rota tan sólo por la vacilante luz de las estrellas, los rodeaba. Pensó que desde hacía diez mil años los hombres hacían siempre lo mismo: contar historias bajo la luz de las estrellas o junto a las llamas de un fuego acogedor, antes de buscar el descanso del sueño. Debió de ser precisamente en la oscuridad, entre el misterio de la noche, cuando se relató y se escuchó el primer cuento, como si esa oscuridad fuese un incentivo para la imaginación humana. Robie dio una última chupada a su cigarrillo, que brilló un momento con más intensidad, y luego lo arrojó al suelo.

—Bien —dijo Harland—, si hemos de madrugar…

5

Entre los desfiladeros había cierto lugar expresamente reservado a la pesca. Estaba rodeado de frondosas montañas de cuatrocientos o quinientos pies de altura. Unas cabañas se alzaban a su mismo pie. Los excursionistas llegaron a aquel rincón bien entrada la tarde. La marcha de los caballos no dejó de ser firme y segura a pesar de la difícil ruta que siguieron. Las sombras comenzaban a invadir las profundidades del desfiladero. Era como si avanzasen hacia un lago clarísimo cuyas aguas se tiñesen de negro ante sus propios ojos. Sólo el murmullo de los arroyuelos cercanos interrumpía el silencio.

Se detuvieron para descansar, pausa que aprovechó mistress Berent para decir airadamente que nunca más volvería a montar.

—Me siento como si hubiese recibido una paliza —dijo, pidiendo que la ayudasen a bajar y lanzando a la vez exclamaciones de dolor al sentir el contacto de otras manos sobre su cuerpo.

A la mañana siguiente, Harland y Robie pescaron a su antojo siguiendo la corriente del río en dos o tres millas de su curso. Allí las aguas caían sobre una cañada muy estrecha, formando cascadas de doce pies de altura y hondísimos estanques llenos de truchas. Robie explicó que la cañada tenía seis u ocho millas de extensión, hasta el lugar en que el río se perdía entre lejanas regiones desiertas.

—El camino no es fácil —admitió—, pero la pesca abunda. Algunas veces lo recorro a pie y hago que al otro extremo me aguarden con mi caballo ensillado.

—Me gustaría hacerlo a mí también.

—Será mejor dejarlo para otra ocasión. Es demasiado ir y volver en un solo día.

Así, pues, la aventura hubo de ser forzosamente aplazada.

Aunque pensaba intensamente en Ellen, Harland la veía muy poco. La joven solía cada mañana ir a caballo a dar un paseo, volviendo siempre con el tiempo justo para cambiarse de ropa y sentarse a la mesa. Al cuarto día, los quehaceres del rancho requirieron la presencia de Robie. Harland no quiso ir solo a pescar, y su amigo le dijo:

—¿Por qué no va a cazar pavos salvajes?

Durante sus largos paseos por los alrededores habían visto muchos.

—Danny me ha pedido que mate uno en su honor.

—No está mal la idea —dijo Robie—. Estamos en época de veda, pero uno menos no nos perjudicará gran cosa. Tome una escopeta y monte a caballo. Cuando vea una manada, colóquese frente a ella sin vacilar. A esos animales no les gusta volar. Es más, no lo hacen casi nunca si no pueden alzar el vuelo en una vertiente o un declive. Tendrá que buscar un lugar elevado si quiere cobrar alguna pieza. Estoy de acuerdo en que es una treta, pero le aseguro que esa clase de caza resulta divertida.

Era la hora del desayuno. Desde el otro extremo de la mesa se dejó oír la voz de Ellen.

—Si lo desea, míster Harland, puedo ayudarle a cazar un buen ejemplar. Ayer vi a media docena de esos animales comiendo saltamontes en cierto recodo. Y estoy casi segura de que volverán al mismo sitio.

—¡Espléndida idea! —exclamó Robie—. Ellen conoce por su nombre propio a todos los pavos del rancho, Harland. Ella le acompañará a cazar.

Harland guardó silencio. Temía que el tono de su voz le traicionase, que descubriera el ritmo acelerado de su pulso. Fue Ellen quien habló.

—Será suficiente con que salgamos después de comer. Suelen ir allí por las tardes.

—¡Magnífico! —exclamó Harland. Y después de una pausa continuó diciendo—: El caso es que mi hermanito Danny, que sufrió un ataque de parálisis infantil y está imposibilitado, me hizo prometerle que le explicaría minuciosamente mis aventuras en el rancho —para ocultar la emoción que le embargaba, se volvió hacia Robie y añadió—: Al parecer, Lin le aseguró que había por aquí potros salvajes…

—¡Pues claro que los hay! —gritó Lin con presteza—. Si lo desea, mañana le acompañaré a verlos. Hoy estoy comprometido con papá.

Para disimular la impaciencia que le consumía, Harland se retiró a su cuarto y empleó el tiempo en escribir a Danny una larga carta. Comenzó por describir a la linda muchacha que en el tren se había quedado dormida ante sus propias narices con su libro en las manos. Sabía que este detalle divertiría mucho al pequeño, y lo describió con minuciosidad. Pero al hablar de su llegada al rancho se guardó de decir que la bella viajera estaba también invitada al hogar de los Robie y que aquella misma tarde irían juntos a cazar pavos salvajes. Permaneció encerrado hasta que mistress Robie llamó para decirle que la comida estaba a punto. Después de comer y

con los caballos ya dispuestos, Ellen se dio cuenta de que Harland partía sin escopeta. Ella fue quien le escogió una y unos cuantos cartuchos. Luego partieron al galope.

Ellen servía de guía. Dieron la vuelta por el desfiladero situado más al Norte, cruzando una empinada senda flanqueada de pinos. Cabalgando tras ella, Harland podía contemplar la curva suave de sus hombros, que la carrera agitaba dulcemente, y su fina cintura. Al trotar, Ellen no se movía; se mantenía firme en la silla, a la manera de los jinetes del Oeste. Para Harland, acostumbrado a la silla inglesa y al estribo corto, aquello parecía mucho más difícil, a pesar de que intentó imitar la gracia elegante de su compañera. Avanzaban en silencio, deteniéndose de cuando en cuando, si el camino se lo permitía, para mirar más allá del desfiladero, hacia el desierto que parecía a sus ojos como un mar lejano.

Cruzaron dos cerros y descendieron a un valle muy parecido a un parque, en donde serpenteaba un arroyuelo. Como el suelo era bastante llano y estaba cubierto por una alfombra de césped, podían cabalgar uno al lado del otro. Las gencianas y otras mil flores y capullos los rodeaban por doquier. Harland escogía mentalmente las palabras adecuadas con que expresar toda la belleza de lo que admiraba. En cuanto a Ellen, no parecía tener muchas ganas de hablar. No lo hizo hasta que hubieron recorrido media milla.

—Dejaremos aquí los caballos —dijo, y señaló el bosque que cubría la ladera de las montañas que circundaban el desfiladero. Después de dejar los caballos en lugar seguro y a salvo de la curiosidad ajena, siguieron caminando a pie—. Ahora sólo nos resta armarnos de paciencia y esperar. Acuden cada día a este recodo en busca de comida.

—No sé donde vamos a escondernos —respondió Harland. Porque no había en realidad muchos lugares donde ocultarse, aparte de algunas irregularidades del terreno. La hierba era de muy poca altura, y las matas de flores apenas alcanzarían unas pulgadas. No había matorrales.

—Nos sentaremos aquí. Bastará con que estemos callados para que no se den cuenta de nuestra presencia.

Le condujo hasta un extraño árbol enano cuya especie ignoraba Harland, y que crecía cerca del riachuelo. Algunas de sus ramas apenas se alzarían a cinco o seis pies del suelo. Pero en su base formaba una pequeña hondonada, junto a la cual se echó Ellen boca abajo, de manera que sin mover la cabeza podía contemplar el fondo del desfiladero. Harland vaciló. No sabía ciertamente dónde colocarse, hasta que oyó decir a su compañera:

—Échese a mi lado. Los veremos llegar a una distancia de media milla. Ayer estuve aquí, y pasaron muy cerca sin observar mi presencia.

Harland ocupó el sitio que Ellen le indicaba. Estaba tan cerca de la joven que hubiera podido abrazarla sin gran esfuerzo. El árbol solitario no daba mucha sombra, de modo que el sol acariciaba sus cuerpos. La pequeña hendidura en donde se ocultaban se le antojó a Harland llena de aromas deliciosos, lo mismo que una taza

rebosante de crema.

El olor de la hierba que cubría el suelo se hizo más intenso al contacto del sol. Después de un rato de contemplar fijamente el desfiladero, Harland sintió un fuerte dolor en la nuca. Distrajo la mirada entre las plantas y las raíces, atraído por el espectáculo de los insectos que les rodeaban. Una pequeña sabandija verde trepó por el tallo de una planta, cruzó hasta el otro y luego descendió de nuevo hasta el suelo. Una cigarra se detuvo a corta distancia de ellos, los miró con sus ojos saltones y abobados y desapareció luego con un rápido batir de alas. Una hormiga alcanzó el brazo de Harland, no sin antes realizar un laborioso y complicado trayecto a través de la hierba. Se colocó en la muñeca, subió sólo un momento, pues no tardó en reaparecer sobre el brazo de la joven, la cual, con la barbilla entre las manos, contemplaba fijamente el desfiladero. Harland siguió con los ojos el viaje de ascensión de la hormiga; la vio subir por el brazo, llegar a la espalda e introducirse luego en el escote, pues Ellen llevaba la blusa abierta. Al sentirla sobre su suave piel, la muchacha la quitó de un manotazo.

—Hace rato que la contemplaba —dijo Harland pensativamente—. Me pregunté hasta dónde se hubiese atrevido a llegar. Comenzó por mi brazo, para pasar luego al de usted.

—Papá y yo solíamos muchas veces tumbarnos sobre el césped y contemplar los insectos en torno nuestro. Cuando queríamos cazar un pájaro que nos interesaba permanecíamos a la expectativa durante horas y horas. Confieso que nunca me aburrí.

—Comprendo… Debían de pasarlo muy bien los dos juntos. —Ellen asintió, y Harland siguió diciendo:

—¿Y siempre hacían lo mismo?

—Nada de eso —respondió Ellen, tan suavemente que a pesar de la corta distancia que los separaba sus palabras eran casi ininteligibles—. Casi desde que comencé a andar nos gustaba a los dos estar juntos y gozar de la vida al aire libre. En invierno llevábamos los esquíes y algunas provisiones. Dormíamos en la nieve. Otras veces íbamos a pescar. Estuve con él pescando salmones en New Brunswick, Newfoundland y hasta en el Gaspe.

Harland se extrañó de que, habiendo coincidido tanto en sus caminos, no se hubiese encontrado con ella anteriormente.

—Una vez, en el Okefenokee, en Georgia, hallamos un pájaro carpintero con el pico de color marfileño. También hablamos con un hombre que aseguraba haber visto palomas viajeras en ese lugar. Pero papá nunca dio demasiado crédito a sus palabras. Después, cuando abandonó del todo la enseñanza, viajábamos de continuo…

—No la he visto pescar desde que estamos aquí.

—No. Cuando vine con mi padre pescamos algunas truchas, pero, francamente, después de haber pescado salmones esto me parece poco interesante.

—También yo he pescado salmones —dijo Harland—. En el Codroy, en el Restigouche y en la isla de Anticosti, con Danny. En Anticosti conocí a Glen y a Lin

Robie.

Ellen volvió la cabeza, apoyando las mejillas en sus brazos cruzados y mirándole con fijeza.

—Ya le dije en otra ocasión que me recordaba a mi padre —dijo—. Naturalmente, me refiero a mi padre cuando era joven, tal como yo le recuerdo de niña. También era rubio, esbelto y simpático.

Harland sintió que se ruborizaba. Ellen preguntó:

—¿Qué edad tiene usted?

—Treinta años.

—Al principio le creí más viejo. Se ha rejuvenecido desde que llegó. Tal vez estuviese fatigado. En el tren me pareció cansado.

Harland no respondió. Después de un momento de silencio, sintiéndola a su lado y experimentado el deseo de sentirla todavía más cerca, dijo:

—Robie me habló de su padre…, y del motivo de su venida.

Pero ella volvió la cabeza para mirar una vez más hacia el desfiladero.

—Tenemos que seguir inmóviles —dijo—. Esos animales son muy astutos.

Fue como un reto, como si con sus palabras quisiera demostrar que no le interesaba lo que él había dicho. Pero poco después, y con un tono de absoluta franqueza, prosiguió diciendo:

—Mamá no está muy acostumbrada a montar. No obstante, confío en que mañana esté dispuesta a ir a caballo. De este modo podremos trasladar los restos de papá al rincón que tanto amaba.

De nuevo Harland guardó silencio. El sol les daba de lleno, pero la brisa hacía el calor más soportable. El silencio los unió, y como quisiera evitar ese acercamiento la joven preguntó:

—¿Tiene usted padres?

—No. Los dos murieron. Sólo tengo a Danny —aun sin mirarla sintió que ella volvía la cabeza y que le contemplaba. Estaba seguro de que le observaba de nuevo —. Danny y yo formamos como un solo ser, a pesar de la gran diferencia de edad que hay entre nosotros. Danny sólo tiene trece años… Desde que sufrió el ataque de parálisis que le dejó imposibilitado paso casi todas mis horas a su lado. Hasta he descuidado mi trabajo… Ésta es nuestra primera separación.

—Entonces —preguntó ella con curiosidad—, la vida termina para usted…, en su trabajo y en Danny, ¿no es cierto?

Harland sonrió. Comprendía perfectamente el oculto significado de sus palabras. Por eso dijo:

—Supongo que pregunta por qué no me he casado, ¿verdad?

—Precisamente. ¿Por qué no se ha casado?

—Pues porque he tenido siempre demasiado trabajo. En cuanto a usted —añadió tras una pausa—, he visto que lleva un anillo de compromiso.

Ella miró su mano, en la que brillaba un gran diamante.

—Se llama Quinton —dijo con voz inexpresiva—. Es abogado y vive en Maine.

—¿Rusell Quinton? —dijo Harland sorprendido.

—Sí. ¿Le conoce?

—Le conozco —contestó él. Recordó a Quinton, algo gordo, algo calvo y entrado en años. Harland se preguntó qué sentimiento podía unir a dos seres tan dispares—. Le conocí en Upsalquitch, durante la temporada de pesca. Estaba allí de paso. Sólo se detuvo a comer.

No dijo que Quinton estaba aquel día de mal humor, y que su presencia había sido casi desagradable. Tampoco habló de los comentarios que hizo Leick sobre él, los cuales no resultaban demasiado halagüeños.

—Era amigo de mi padre —explicó Ellen—, el cual veía con buenos ojos nuestro noviazgo. Nos prometimos. Pero no pienso casarme con él.

Harland sintió que su corazón se desbocaba como un caballo al sentir el contacto de la espuela. Consciente de que los ojos de ella seguían observándole, perdió todo interés de lo que ocurría en el desfiladero. Algunas cabezas de ganado que seguramente pertenecían a Robie, habían salido de la sombra de los árboles y cruzaban los pastos bañados de sol. Pero Harland no les prestó la menor atención. Las palabras de Ellen le habían dejado atónito. Llevaba el anillo de Quinton…, pero no pensaba casarse con él. Harland se sintió absurdamente dichoso. Fue en aquel preciso momento cuando se dio cuenta de que los animales que se veían en el desfiladero eran de color más oscuro, casi negro. Sólo entonces comprendió su error, y murmuró:

—¡Pavos salvajes!

Ellen no se movió. Seguía mirándole fijamente.

—¿A qué distancia calcula que están?

—Por lo menos a un cuarto de milla. Son tan grandes que me parecieron cabezas de ganado.

La miró de reojo y vio que volvía lentamente la cabeza para mirar hacia donde él le había indicado.

—Sí, en efecto, son muy grandes. Hay por lo menos media docena.

Una de las enormes aves sacudió las alas y voló describiendo un semicírculo. Ellen dijo al verla:

—Están cazando cigarras. No cabe duda que bajarán por aquí. ¡Quédese quieto, completamente inmóvil!

Harland la obedeció. Permaneció inmóvil, contemplando el lento avance de los animales. De cuando en cuando dejaba ella escapar una exclamación en voz muy baja, y él respondía casi sin mover los labios, sintiendo el acelerado latir de su pulso, consciente de su proximidad, tembloroso por la forzada tensión de la espera. Los pavos eran ciertamente gigantescos. Tumbado en su puesto de observación y mirando cómo se acercaban por el desfiladero, Harland no podía verlos bien. Las aves parecían todavía mayores de lo que eran en realidad. Cuando se disponía a preparar la escopeta para disparar, Ellen murmuró:

—No. Espere. Deje que se aproximen un poco más. Yo le diré cuándo debe disparar.

Cuando hubieron transcurrido unos minutos continuó diciendo:

—Fíjese en el segundo de la derecha. ¡Apúntele! Es magnífico. No le pierda de vista.

Harland asintió con un murmullo. Sintió que el sudor resbalaba por la mano que tenía en el gatillo, y la bajó para secarla en el pantalón. Los pavos estarían entonces a unos cincuenta o sesenta metros. En aquel instante, Harland creyó que los animales le habían visto. Ciertamente, no debía ser muy difícil descubrir su escondrijo. Cambiando de dirección, volaron en torno al bosque, describiendo un círculo sobre sus cabezas. Harland quiso otra vez disparar, pero aguardó hasta oír decir a Ellen:

—Cuidado… ¡Ahora!

Harland apuntó, y por unos momentos permanecieron inmóviles. Después disparó…

El pavo elegido cayó al suelo. Los demás huyeron volando rápidamente. Pero la víctima tuvo aún ánimos suficientes para intentar incorporarse. Al observarlo, Harland disparó de nuevo. Antes de que se apoderase de él, el animal intentó levantarse otra vez, y Harland volvió a disparar. Cuando llegó a su lado, y antes de cogerle por el cuello, el pavo batió las alas y luego quedó inmóvil.

En aquel momento sintió Harland como si el corazón fuese a estallarle dentro del pecho. La vertiginosa carrera, el esfuerzo realizado, y la desacostumbrada atmósfera de la altura habían, sin duda, fatigado sus pulmones y su corazón. Cuando Ellen, que avanzaba lentamente, se acercó a él, le halló tendido en el suelo, jadeante, pero sin soltar el suave cuello de su víctima.

La joven se arrodilló a su lado, dándose cuenta de lo sucedido.

—Descanse —dijo—. Debí habérselo advertido. No está usted acostumbrado a este clima de altura. Estamos a nueve o diez mil pies sobre el nivel del mar —luego contempló el animal muerto y exclamó—: ¡Qué lástima! La bala le ha destrozado la barba. Hubiera sido digno de figurar en una buena colección.

Harland comprendió la ironía de la situación. A juzgar por su aspecto, también él sería digno de figurar entre los ejemplares de un coleccionista. Intentó incorporarse, pero la joven no se lo permitió:

—Espere un poco más —insistió—. Pronto estará bien.

Él no intentó protestar. Se contentó con permanecer tendido hasta que el corazón latió normalmente. Le bastaba con estar a su lado, admirando la pieza cobrada, cuyas alas extendidas ocupaban más espacio que la misma escopeta. Calcularon que debía de pesar unas veinticinco libras.

—Es mayor que el mejor ejemplar cazado por mi padre. Lamento que le hayamos destrozado la barba. Me hubiera gustado disecarlo y conservarlo junto a los que él mató.

—¿Todavía se dedica usted a eso?

—No, pero podría hacerlo. Tanto en Boston como en Bar Harbor conservo los talleres de trabajo de mi padre en perfecto estado, tal como él los dejó.

—¿Es que… piensa continuar la labor del profesor?

Sus ojos se encontraron.

—No sé siquiera lo que pienso hacer —murmuró ella. Con rápido movimiento se levantó del suelo—. Quédese aquí —dijo—. Voy a buscar los caballos.

—Soy yo quien debe ir por ellos.

—Tiene que descansar durante un rato.

Su solicitud resultaba a la vez halagadora y opresiva. Por un momento quiso Harland rebelarse. La joven parecía tan segura de sí misma, tan dominante… Pero Ellen ya se había alejado. No tardó en regresar montada a caballo y llevando de la brida al de Harland. Siguiendo sus indicaciones, éste envolvió cuidadosamente al animal muerto y lo ató junto a la silla, a la grupa del caballo. Luego emprendieron el regreso, contentos de estar juntos, charlando alegremente y riendo por cualquier cosa. Una especie de embriaguez se había apoderado de ellos súbitamente. Cualquier pensamiento, cualquier idea resultaban divertidos. En la cima de la última colina se detuvieron unos momentos para ver cómo el sol se hundía tras las altas cumbres del Noroeste. Cuando éste hubo desaparecido totalmente, ambos penetraron en las frías sombras del desfiladero lo mismo que bañistas que se aventuran de noche en el mar. Ellen comenzó a cantar una triste canción:

—Decidme, ¿falta mucho? ¿Ya llegamos?
preguntó la doncella moribunda
cuando se aproximaban a su hogar.
—Decidme, ¿se ven ya los grandes olmos
con sus siluetas verdes y orgullosas
rozando la azul cúpula del cielo?

Harland sonrió divertido.

—¿Dónde aprendió eso? —preguntó.

—Charlie Yates me la enseñó hace dos años, cuando estuvo aquí con papá.

—Es una pieza clásica —y unió su voz a la de la joven, la cual le corregía cuando él se equivocaba.

—No sabe pronunciar la palabra «olmos»… Tiene que poner más sentimiento, más dolor… Vamos, probemos otra vez.

Volvieron a empezar. Y el sonido de sus voces avisó a los demás de su llegada. Ante sus gritos de triunfo todos salieron para admirar la pieza cobrada.

6

Antes de dormirse aquella noche, Harland se hizo el propósito de pasar el día siguiente al lado de Ellen. Pero durante el desayuno Lin le recordó que debían ir a ver los potros salvajes, y Harland no encontró ningún pretexto para rehusar. Tess había decidido acompañarlos, y poco después de desayunarse marcharon los tres llevando consigo la comida. Los demás los vieron partir desde la veranda.

Desde el primer momento, Lin se encargó de dirigir la expedición. Harland apenas podía creer que el muchacho, tan hombrecito, tan seguro de sí mismo, fuese en realidad poco mayor que Danny. Con el mono, la camisa a cuadros, el amplio sombrero y las altas botas con que defenderse de la maleza que se oponía a veces en su camino, Tess parecía también un muchacho. Se divertían, como dos cachorrillos, organizando carreras entre sí, charlando y riendo, burlándose el vencedor del vencido, mientras aguardaban que su acompañante los alcanzase.

Ambos eran muy simpáticos, pero Harland deseaba ardientemente que fuese Ellen quien cabalgase a su lado, a través de las amplias praderas sembradas de flores y de los desfiladeros bañados de sol. Seguramente hubiera incluso olvidado el motivo de la excursión, pero Lin no se lo permitió. Siempre que salían de un bosquecillo, y antes de penetrar en otro, se detenían para efectuar un reconocimiento en los alrededores. En tres ocasiones mostró Lin a Harland las huellas de los animales cuya presencia habían decidido espiar. A mediodía, con la pericia de un guía perfecto, encendió una hoguera junto a un arroyuelo y preparó la comida. Harland sonrió al ver la gravedad del chiquillo. Pensó en Danny, en lo mucho que éste hubiese disfrutado con la excursión. Cuando hubieron terminado de comer, montaron de nuevo y siguieron adelante.

Hasta bien entrada la tarde no lograron ver lo que tanto buscaban. Al abandonar la espesura y entrar en una de las praderas que parecían multiplicarse por los contornos, Harland observó que Lin se detenía y que los llamaba rápidamente a su lado. Harland y Tess se acercaron al muchacho, y los tres contemplaron el paisaje. A unos doscientos metros de distancia, brillando al sol como estatuas de bronce, había nueve caballos. Con las crines sueltas, parecían mirarlos sorprendidos. Instantáneamente emprendieron veloz carrera. Sin duda, el semental quería alejar a sus yeguas. Lin corrió tras ellos lanzando exclamaciones, y Tess y Harland le siguieron a galope tendido. Pero los animales desaparecieron pronto tras unos peñascos. Sólo el macho se detuvo un momento para lanzar una mirada de desafío antes de seguir a su pequeño harén. Cuando los excursionistas llegaron a aquel lugar y contemplaron el declive que formaba la roca, creyeron imposible que un animal mayor que un zorro hubiese podido pasar por él. Pero los caballos habían desaparecido en la espesura.

—¿Han bajado por ahí? —preguntó Harland.

Lin se echó a reír.

—Pues claro —respondió—. Son ágiles como cabras monteses y quizá más salvajes. Se encontrarán ahora a una milla de distancia por lo menos.

Estaba orgulloso de su éxito. Para halagarle, Harland no cesó de hacerle preguntas, y así emprendieron el regreso al rancho.

Media hora después de haber visto a los caballos se encontraron bordeando un bosque, desde donde se divisaba un fértil valle de una milla aproximadamente de extensión. Lin detuvo su caballo junto a unos árboles, y Harland le imitó.

En el centro de la explanada se distinguían claramente tres siluetas. Harland reconoció al punto el sombrero grande y claro de Robie. Le acompañaban sin duda dos mujeres. Más allá, al extremo del valle, apareció una cuarta figura. Era una mujer, y avanzaba al galope, describiendo un amplio círculo junto a los otros tres. A pesar de la distancia, Harland adivinó que era Ellen.

Tess dijo evidentemente contrariada:

—No creí que viniesen precisamente hoy. Vámonos, Lin.

Lin cogió su caballo de las riendas y lo ocultó entre los árboles.

—No creo que en estos momentos deseen nuestra compañía —añadió Tess.

Harland se ocultó también, y los tres permanecieron allí varios minutos, contemplando la escena del valle. Ellen seguía galopando, describiendo círculos por la amplia ladera.

Cuando la joven pasó bajo el lugar que les servía de escondrijo, Harland vio que llevaba algo bajo el brazo izquierdo, apretándolo contra su pecho como lo haría una madre con su pequeñuelo. Con la mano derecha arrojaba algo al suelo, como si sembrase.

El ademán era monótono y seguro como el movimiento de un péndulo. Súbitamente, Harland comprendió el significado de los círculos que Ellen describía sobre el suelo verde y rocoso, como las sacerdotisas de un viejo y extraño rito. Creyó hallarse ante un festival pagano, y percibir un ritmo casi bárbaro en los cascos del animal que ella montaba. Pensó en las *walkirias*…

Harland sintió que la sangre hervía en sus venas al verla avanzar erguida, segura de sí misma, con la cabeza orgullosamente levantada, esparciendo las cenizas del hombre a quien con tanta devoción había amado, en lugar por él escogido, una pradera que casi rozaba el cielo.

Desde su escondite vieron los tres cómo Ellen, terminaba su tarea, partía al galope y desaparecía en los linderos del bosque. Harland escuchó a su espalda un sollozo, y al volverse vio a Tess, que le sonreía con los ojos llenos de lágrimas.

—Fue…, maravilloso, ¿verdad? —dijo sinceramente—. El profesor Berent era un gran hombre.

Harland asintió. Lin dijo:

—Debe de haber vuelto al campamento.

Hasta el muchacho, a pesar de sus pocos años, estaba impresionado por la sombría belleza de la escena que acababan de presenciar. Luego se volvió hacia los caballos.

—Vamos —dijo avanzando por entre los árboles—. Volveremos por otro camino

para que no sepan que estábamos aquí.

Emprendieron la marcha a través de senderos rocosos, aprovechando los bosques llanos para galopar. Los caballos, sensibles a la menor presión de las riendas o a la más leve inclinación del jinete, se movían entre los árboles con gracia ágil y elegante, como si danzasen. Llegaron al campamento mucho antes que los demás. Después de dejar los caballos en la cuadra, Tess dijo:

—Sobre todo, que no se enteren de que los hemos visto, Lin.

—¿Por quién me tomas? —repuso el chiquillo, resentido ante la simple sospecha.

La muchacha puso una mano sobre su brazo para tranquilizarle y dijo:

—Ya sé que guardarás silencio. De todas formas, me alegro de haber estado allí.

Lin asintió. Luego, la muchacha se volvió hacia Harland.

—Fue precioso, ¿verdad, míster Harland?

—También yo me alegro de haber estado allí.

Mientras Harland estaba en su cuarto regresaron Robie, mistress Berent y Ruth. Harland oyó a mistress Berent quejarse del trayecto y del caballo, pero no pudo oír la voz de Ellen. Cuando se reunieron para la cena, la joven aún no había vuelto. Mistress Robie parecía preocupada.

—¿Estás seguro de que no le habrá pasado nada, Glen? —preguntó como si dudase.

—No te preocupes —dijo míster Robie—. Probablemente deseaba estar sola unos momentos. Sé que en las noches de luna le gusta pasear a caballo. Y conoce los alrededores tan bien como yo mismo.

—Posiblemente imagina que su padre la acompaña —dijo mistress Berent—. No sé de dónde saca ideas tan absurdas. De mí no, desde luego.

—Hay noches en que también yo quisiera salir a pasear —añadió Robie—. Me seduce la compañía de las estrellas. ¿Sabe si lleva consigo una manta o algo que le reserve del frío?

Ruth dijo tranquilamente:

—Me consta que cogió un jersey muy grueso. Estoy segura de que nada le sucederá.

—Es una pobre estúpida —dijo mistress Berent enojada—. Y yo también lo soy por empeñarme a mi edad en hacer una excursión a caballo por esas montañas. Ruth, temo haber cogido uno de mis clásicos resfriados.

Harland pensó que trataba a Ruth como a una señorita de compañía y no como a una hija.

—No te preocupes, mamá. Te cuidaremos —prometió la joven.

Al terminar la cena comenzó mistress Berent a estornudar, y no tardó en retirarse seguida por Ruth. Harland, emocionado aún por la escena que había contemplado junto a los muchachos, comenzó a sentirse preocupado por Ellen. Deseaba ardientemente estar a su lado en aquellos momentos de dolor y de soledad. Y permaneció sentado en la veranda con la vana esperanza de sentir el rumor de los

cascos de un caballo al aproximarse. Mistress Robie se unió a él al cabo de un rato.

Harland confesó que había presenciado con los niños la emocionante escena.

—Le aseguro que estoy todavía impresionado —dijo.

—Lo mismo ha dicho Tess —repuso mistress Robie—. Glen los vio desde lejos, aunque nada dijo a sus compañeras. Ellas no saben que estaban ustedes allí.

El ansia misma de verla hacía que Harland se sintiera resentido por la tardanza de la joven.

—Ellen debería estar aquí —dijo al fin—. Tendría que saber que con su ausencia no hace más que preocuparla a usted. Ya es bastante enojoso que tenga usted que atendernos y hacer agradable nuestra estancia en este rincón.

—¡Bah! Eso no me molesta. Al contrario, me encanta que Glen y nuestros amigos estén contentos. En cuando a Ellen, es a veces una muchacha difícil. Tal vez la palabra egoísta no acierte a definirla. Cuando una cosa se le mete entre ceja y ceja, tiene que hacerla aunque para ello haya de sacrificar la voluntad de los demás. No es que quiera imponerse; simplemente escoge su camino sin tener en cuenta el que puedan preferir los otros —en su voz no se reflejaba el menor resentimiento. Se limitaba tan sólo a citar los hechos. Luego añadió—: Nunca he conocido a nadie tan seguro de sí mismo como Ellen.

Harland asintió.

—Lo sé —repuso—. Durante la cacería fue ella quien me dijo lo que debía hacer. Yo me limité a obedecer, sin que se me ocurriera ni por un momento entablar una discusión.

—Naturalmente. Lo mismo le sucedía a su padre —contestó mistress Robie tras una pausa—. El pobre no tenía la menor voluntad. Confieso que a veces sentía deseos de abofetearla. Apreciaba mucho al viejo profesor. Me alegra que quisiera hacer aquí su última morada.

Harland observó que alguien se aproximaba entre las sombras. Creyó que era Ellen, y decepcionado vio que se trataba de Ruth.

—Vi desde lejos unos cigarrillos encendidos —dijo la joven—. No debe esperar a Ellen, mistress Robie. Estoy segura de que se encuentra perfectamente.

—No teníamos sueño —dijo mistress Robie, y Harland preguntó ansiosamente:

—¿Dónde cree que estará?

—Tal vez se haya quedado allí para pasar la noche —repuso Ruth. En el silencio, su voz tenía inflexiones de cálida ternura—. Posiblemente se escondió hasta que desaparecimos, y luego volvió allá —y añadió con cierta ironía—: Ellen hace un drama de cualquier cosa.

Un relámpago iluminó el cielo, pero éste seguía sereno, y no se escuchaba el rugido del trueno.

—Creo que va a llover —dijo mistress Robie.

Glen se unió entonces a ellos.

—Ellen sabe perfectamente el camino que debe tomar cuando desee volver —dijo

dirigiéndose a su esposa.

—Sí —afirmó Ruth—. No deben preocuparse.

Y desapareció después de darles las buenas noches. Harland observó que su andar era elegante y armonioso. Le sorprendió que en la oscuridad pareciese la muchacha mucho más bella que de día.

Al cabo de unos momentos, mistress Robie se retiró también. Volvía a relampaguear, Harland dijo:

—Se avecina una buena tormenta.

—A veces las tempestades son aquí terribles —repuso Robie—. He visto un torrente crecer tres pies en menos de una hora, incluso en este recodo, donde su curso es bastante ancho. Bien, buenas noches, amigo.

Harland se quedó solo, reprochándose por preocuparse por Ellen y preguntándose a qué hora volvería. Se retiró a dormir, pero se despertó antes de que amaneciese y volvió a pensar en ella. Se vistió y salió al exterior. Nadie se movía en el campamento. No obstante, algún muchacho debía estar levantado ya, en busca de los caballos. Harland se dirigió al corral. Una sola vaca estaba atada a un poste. Permaneció allí hasta que oyó el ruido de unos cascos aproximarse por el desfiladero. Los caballos se acercaban al galope. Tenían la cabeza erguida y las ancas húmedas de rocío. Penetraron nerviosos en el corral. La vaca se encogió en su rincón, dejándoles libre el camino. Charlie Yates, que los había entrado, se detuvo para liar un cigarrillo y cruzar unas palabras con Harland.

—Todavía no ha vuelto —dijo mirando la senda del desfiladero. Hizo una pausa y añadió—: Es una muchacha terrible. Siempre está dispuesta a hacer lo más peligroso. Debería pensar que mistress Robie está inquieta.

A pesar de que estas palabras fueron como un eco de sus propios pensamientos, Harland lamentó haber tenido que oírlas.

—¿Puede darme un caballo? Voy a salir a su encuentro.

—Me parece muy bien —dijo Charlie—. Le acompañaré si lo desea.

—No es necesario —respondió Harland—. No creo que le haya sucedido nada.

—Desde luego —dijo Charlie—. Ella siempre sabe lo que hace.

Harland comprendió que hasta Charlie debía de estar nervioso, ya que se atrevía a hablar así de una invitada.

Cuando el caballo estuvo ensillado, Harland montó en él y se alejó lentamente, como si quisiera disimular su nerviosismo. Pero cuando estuvo fuera de la vista de Charlie, se lanzó al trote y luego al galope. El sol doraba con sus primeros rayos las cercanas cumbres, pero en el desfiladero la brisa era todavía húmeda y fría. Avanzaba entre las sombras, mientras en el cielo se formaban algunas nubes de color de oro. Cuando al fin abandonó la senda central y comenzó a descender por la ladera, la luz del sol naciente, bajando como una cascada de las cumbres, comenzó a acariciarle. De pronto, en lo más alto de la loma, tropezó con Ellen frente a frente.

El sol brillaba en sus ojos y en su cuerpo. A Harland le pareció por un momento

que su figura era incandescente. En sus mejillas adivinó las lágrimas, y en su pecho las huellas de un dolor contenido e intenso. Su imaginación de novelista ideó muchas frases. La comparó mentalmente a una llama brillante surgida de la hoguera, a un lingote de oro fundiéndose en un blanco crisol de hueso. El dolor y la larga noche, mezclados en un mismo mortero, habían destrozado su alma.

—¿Se encuentra bien? —preguntó él con voz ronca y emocionada.

Ellen asintió con una sonrisa radiante.

—Vamos —dijo ofreciéndole su mano, como si quisiera hacerle partícipe de algo maravilloso—. Estoy lista para regresar al mundo.

Cabalgaron en silencio hasta el campamento, y hasta que dejaron los caballos en lugar seguro —naturalmente, Charlie estaba allí para hacerse cargo de ellos— no habló ninguno de los dos. Por fin ella dijo gravemente:

—Gracias, míster Harland.

Luego se separaron. Pero Harland sentía una extraña excitación. Aún pudo escuchar las exclamaciones y los estornudos de mistress Berent cuando Ellen entró en la cabaña donde se alojaban.

7

Al día siguiente, después del desayuno, Harland aguardó con impaciencia la aparición de Ellen. Permaneció todo el día en el campamento, rechazando la invitación de Robie, que quería ir a pescar al riachuelo. Pero la joven no se dejó ver hasta la hora de la cena. Sin embargo, Harland no consiguió monopolizarla. Cuando se levantaron de la mesa, Ellen se unió a Tess y a Lin en un rincón de la veranda, donde charlaron y rieron por el menor motivo. Sentado con Glen y mistress Robie y a corta distancia del grupo juvenil, Harland ansiaba acercarse a ella. Pero no se atrevió a hacerlo sin que previamente le invitaran. Una luna suave ponía reflejos de plata en la cañada, a pesar de lo cual muchos recodos estaban invadidos de sombras. Acompañada de los dos muchachos, Ellen se levantó, y los tres desaparecieron en la oscuridad. La noche silenciosa devolvía el rumor de sus voces junto al sonido cantarino del riachuelo. Harland los oyó entonar esas absurdas canciones infantiles que han sido la delicia de los niños de todos los tiempos. Tan abstraído estaba que Robie sugirió que se uniese a los cantores. Creyendo que su amigo había leído lo que pasaba por su mente, Harland se ruborizó. Dijo que tenía sueño y que prefería irse a la cama, lo cual llevó a cabo inmediatamente.

Al día siguiente, mientras se desayunaban, Robie propuso dedicar el día a pescar. Harland aceptó, convencido de que Ellen los acompañaría, pero cuando Robie la invitó ella se negó.

—Lin dice que Charlie Yates y uno de los *cowboys* van a buscar la pista de unos potros —explicó—. He decidido acompañarlos.

El día fue para Harland triste y aburrido. Al volver al campamento vieron que Ellen aún no había regresado. Se sentaron en la veranda contemplando la puesta del sol. Por fin dijo Glen:

—Mire hacia allí.

En la cima de la montaña más cercana al campamento se divisaban con toda claridad las figuras de Ellen y de Lin, que súbitamente se lanzaron al galope por la ladera, despreciando el camino central y levantando a su paso una nube de guijarros. De cuando en cuando, los caballos resbalaban sobre sus patas traseras para frenar el descenso, haciendo caso omiso de cuantos pinos y álamos hallaban a su paso. Los gritos de ambos jinetes eran para los animales un nuevo acicate. Lin iba a la cabeza, pero conforme se acercaban al campamento, cuando precisamente atravesaban el riachuelo, tiró con demasiado ímpetu de las riendas y frenó involuntariamente a su cabalgadura. Ellen se adelantó y llegó triunfante a la meta.

Lin había perdido su sombrero, y en la mejilla de Ellen se veía un profundo arañazo; la sangre ponía sobre la piel morena y suave un rojo e impresionante destello. Lin, jadeante y riendo a carcajadas, le explicó a su padre cuanto había sucedido.

—Fue una espléndida carrera por la montaña, papá. Convinimos en no tener en cuenta los obstáculos. Debí ser el vencedor, ya que llevaba ventaja, pero en el último momento desvié la ruta. Creí que era Ellen la que se había equivocado.

—Ellen no se equivoca nunca —dijo Glen riendo—. Sabe perfectamente dónde se halla y a qué lugar se dirige.

—No volverá a tener ocasión de vencerme —declaró Lin.

Pero Ellen siguió riendo y aseguró que le vencería siempre que quisiese. Llevaba un mono, y estaba acalorada y sucia a causa del largo día a caballo. El arañazo que cruzaba su mejilla se le antojaba a Harland una llama viva y rojiza. Lo mismo que Lin, su rostro estaba bañado de sudor. No obstante, a la hora de la cena se presentó en el comedor pulcramente vestida. Llevaba un traje ligero y muy femenino. El contraste que ofrecía aquella delicada y hermosa mujer con el jinete sudoroso que había llegado al campamento una hora antes fue embriagador para Harland. Cuando a la mañana siguiente le propuso Robie una excursión a los pastos de la parte superior de la montaña, aceptó sin vacilar. Estaba decidido a acabar con aquel estado de cosas. Quería olvidar a Ellen de una vez.

Cabalgó junto a Robie casi todo el día inspeccionando los pastos y el ganado que por ellos deambulaban libremente. Robie y Charlie decidieron qué animales jóvenes estaban en condiciones de ser marcados, y fijaron la fecha del jueves para realizar dicha tarea. Al volver al campamento hallaron a Ellen sentada junto a Lin en la veranda. Robie preguntó:

—¿Dónde habéis estado hoy?

—En ninguna parte —contestó Ellen sonriendo—. No teníamos ganas de cansarnos, y decidimos permanecer aquí charlando todo el día.

Harland se preguntó si él sería capaz de pasarse un día entero junto a un muchacho de catorce años que no fuese Danny. Evidentemente, a Ellen le gustaban los niños. Es más, los comprendía. Lin la contemplaba con ojos relucientes. Aquella noche brillaba la luna más que de costumbre. El cielo era como un inmenso manto sin nubes cuajado de estrellas. Lin se retiró para acostarse, y Ellen, tras un momento de silencio, se levantó también.

—He estado sentada demasiado rato —murmuró—. ¿Quiere acompañarme a dar un paseo, míster Harland?

Mistress Berent, que por primera vez desde hacía unos días se había levantado para la cena, lanzó una exclamación irónica. Luego dijo con acritud:

—Recuerde la fábula de la mosca y la araña, míster Harland.

Todos los presentes se creyeron en la obligación de reír. Sólo Harland, enojado, permaneció serio. Pero cuando se encontró a solas con Ellen, su enojo se desvaneció. Siguieron el sendero del riachuelo, a través de la cañada, hasta llegar al puente. La luna era lo suficientemente clara para permitirles ver el más pequeño guijarro del camino. Anduvieron en silencio hasta que Harland, recordando a Danny, dijo al fin:

—Se lleva usted muy bien con Lin.

—Sí. Es muy simpático —repuso ella.

—También yo lo creo. Sin embargo, no sería capaz de pasar todo un día charlando con él.

—¡Oh! Es que usted es un hombre muy serio y prudente —dijo Ellen con ironía —. A veces creo que su cerebro debe llevar barba. O tal vez se empeñe en ser más solemne de lo que es en realidad. Con excepción del día en que fuimos juntos de caza, creo que no le he visto reír sinceramente y olvidar su gravedad.

—Sólo somos en la vida lo que aparentamos ser —dijo él, divertido—. Es cierto que no río muy a menudo, pero, ¿qué importa? La risa es patrimonio de los indolentes. Las personas demasiado ocupadas no tienen tiempo para reír.

—Pero usted está aquí de vacaciones. No tiene nada que hacer.

—El escritor no goza nunca de eso que usted llama vacaciones. Es como una esponja que se empapa de impresiones humanas hasta quedar saturada. Entonces se dirige a su mesa y las traslada al papel.

—Olvidé que era usted escritor —confesó Ellen—. Posiblemente por eso le gusta tanto hacer frases. Desde luego, habrá tenido que trabajar mucho para lograr el éxito en plena juventud —añadió riendo. Su gesto y su voz eran algo burlones—. Supongo que es usted de esa clase de personas que creen que han de ser esclavos de su posición social, que simulan una seriedad que no siempre es sincera. En el fondo, todo eso es pura timidez.

—Me pregunto por qué a los hombres nos parece un halago que nos llamen tímidos —dijo Harland, pensativo.

—Es sin duda porque a los hombres les gusta sentirse… un poco héroes —repuso ella sonriendo—, hacer frente a cualquier situación, por grave que sea.

Habían llegado al puente y, apoyados en la barandilla, contemplaron el agua clarísima que corría a sus pies.

—¡Fíjese! Hasta a la luz de la luna pueden verse las truchas.

La brisa nocturna era fresca, húmeda y fragante.

—También puede percibirse el olor de las flores —dijo él—. Los sentidos parecen aguzarse a esta hora.

—Es cierto —murmuró ella. Estaban tan cerca que sus hombros casi se rozaban. Harland percibió el extraño perfume que trascendía de ella. La rama de un árbol cercano proyectaba su sombra sobre el rostro de Ellen. La nariz, la boca y la barbilla de la joven quedaban ocultas en la oscuridad. Como en el día de su primer encuentro, Harland pensó al mirarla en las misteriosas bellezas de un harén, perfumadas y cubiertas de velos, mostrando sólo los ojos, como ocurría en aquel momento con Ellen. Harland sonrió, y dirigiéndose a la joven, le dijo que la sombra que ocultaba la mitad de su rostro era como un velo oriental.

—*Yashmarks*…. ¿No es así como se llaman? —añadió. Luego continuó—: Claro que, pensándolo mejor, también puede esa sombra compararse a los pañuelos con que en el pasado ocultaban los ladrones el rostro para asaltar los trenes.

—Creo que en el mundo, todos llevamos una máscara —dijo ella. Y comenzó a andar seguida por Harland. Caminaron un rato en silencio. Luego Ellen comenzó a hacerle preguntas acerca de Danny; dónde estaba, cuánto tiempo hacía que estaba enfermo, si mejoraba… Harland respondió a todas, como si al hablar de Danny se despertase su ternura, que se reflejó en sus palabras.

—Yo diría que le quiere demasiado —dijo Ellen de pronto. Sus palabras tuvieron la virtud de turbar a Harland, pues le pareció adivinar en ellas una especie de amenaza para Danny. Después, la joven añadió—: Me gustaría conocerle. Me llevo bien con los muchachos de su edad. Fíjese en Lin.

Aquel sentimiento de temor que había experimentado al oírla le hizo responder con cierta acritud:

—Estoy seguro de ello.

Ellen le miró, sorprendida por el tono de su voz, y apoyó una mano sobre su brazo, como si con aquel ademán quisiera tranquilizarle. Pero Harland guardó silencio hasta que llegaron al campamento.

8

Llegó el día señalado para marcar el ganado. Menos Ruth y mistress Berent, todos quisieron presenciar la operación. Los *cowboys* cabalgaban por entre los animales, buscando las reses seleccionadas de antemano y echándoles el lazo. Luego las conducían junto a la hoguera donde se calentaban los hierros. Alguna vaca seguía decididamente a su retoño, protestando indignada al ver cómo derribaban al becerro.

Lin ayudaba a los muchachos en la faena, pero no era lo suficiente alto y fuerte para dominar a las reses. Sin embargo, lo intentó más de una vez y el resultado fue una lucha enconada en la que casi siempre llevaba las de perder. El becerro gruñía y Lin tan pronto se hallaba por los aires como en el suelo. Acabó molido, sucio y sangrando, pero dichoso. Harland le contemplaba divertido, sintiendo el impulso de desmontar y probar fortuna él también. Pero al pensar en el ridículo que podía hacer con su ineptitud logró dominarse. Naturalmente, creyó que nadie había adivinado sus deseos, pero se equivocó. En el camino de regreso, cuando descendían de las altas y soleadas cumbres hasta la cañada, Ellen se acercó a él y le dijo irónicamente:

—Estaba usted deseando bajar del caballo y derribar un becerro. Lo adiviné en sus ojos.

—En efecto —repuso él, sorprendido—. Pero tuve la fuerza de voluntad necesaria para dominar mis ímpetus.

—El año pasado derribé yo uno —dijo ella—. Es cuestión de maña, no de fuerza. De no haber tenido público hubiera usted podido correr el riesgo sin temor.

—Dentro de una semana me sentiré capaz de hacerlo, aunque sea ante un público numeroso.

—¡Dentro de una semana! —exclamó ella con voz tenue—. ¡Pero si sólo nos queda un día!

Harland la miró intensamente. Pero el sendero se estrechaba en aquel lugar. A la hora de la cena se halló sentado entre Tess y Ellen. Ésta se refirió de nuevo a su próxima partida.

—Parece imposible que haga dos semanas que estamos aquí —dijo—. Es como si hubiésemos permanecido siempre en este lugar.

—Han sido unos días maravillosos —repuso él.

Ellen asintió y bajó los ojos. Después dijo dulcemente:

—Nunca podré olvidarlos.

Y al decir esto hizo un ademán que llamó la atención de Harland. Al mirar detenidamente aquella mano experimentó un estremecimiento. Faltaba en ella la sortija de Quinton, del hombre a quien estaba prometida, pero con quien no se casaría nunca. Durante un rato permaneció con la mirada fija en la mano de Ellen.

—¿Qué sucede? —preguntó ésta al fin.

—¿Ha perdido el anillo?

—No —repuso la joven con decisión, sosteniendo la mirada de él—. Me lo he quitado para siempre hace apenas una hora.

El momento fue de una simplicidad absoluta. No obstante, a Harland le pareció cargado de electricidad. Cuando sus miradas se encontraron, leyó claramente su mensaje, y fue él quien bajó primero los ojos. Contempló fijamente su tenedor junto al plato y comenzó a darle vueltas distraídamente. En cuanto a Ellen, entabló tranquilamente conversación con Lin, sentado frente a ella, mientras Harland intentaba poner en orden sus propios pensamientos.

Se sentía como cogido en una trampa, atado con fuertes ligaduras. Sintió que una absurda cólera se apoderaba de él. Al terminar la cena se excusó diciendo que había de escribir unas cartas y buscó refugio en su habitación, sin querer confesarse a sí mismo que lo que hacía era simplemente huir.

Intentó escribir a Danny, y también trató de leer, pero fracasó en ambas cosas. Se acostó y tampoco pudo dormir. El mensaje de los ojos de Ellen al clavarse en los suyos momentos antes había sido demasiado claro.

Cierto que desde que comenzó a tener éxito con sus libros muchas mujeres le habían mirado cariñosamente. Pero nunca concedió a este hecho la menor importancia. Aquella vez… Se daba cuenta de que podía casarse con Ellen si lo deseaba. Pero hacía muchos años que se había hecho a la idea de no casarse nunca. Y aquella noche decidió no casarse con Ellen. «Estaríamos sumidos en un éxtasis de dicha o en un abismo de tragedia», pensó acertadamente. Y la perspectiva no le seducía demasiado. Era preferible una justa medianía. Quería que su vida fuese como un lugar pacífico y encantador, entre praderas cubiertas de césped y sembradas de olmos, donde pacieran los ciervos y cantase un arroyuelo a la sombra de pequeñas colinas y lejanas montañas, un lugar como había muchos hacia el Norte, siguiendo la corriente del río.

—Sí, un hombre necesita gozar de cierta paz. —Pensó, y al hacerlo no pudo evitar una sonrisa, que Ruth era precisamente el tipo ideal de esposa, sobre todo para un escritor. Fuerte, serena, agradable, y hasta con cierto sentido del humor que revelaba de cuando en cuando en sus ojos risueños. Pero, naturalmente, era absurdo pensar en casarse con Ruth, tan absurdo como pensar en casarse con otra mujer.

Ellen se casaría con él si se lo proponía, pero lo cierto era que no se lo había propuesto. Y no pensaba proponérselo. Suponiendo que en lo futuro se arrepintiese de su decisión, siempre podía consolarse escribiendo un libro sobre ella. El pensamiento le agradó. Comenzó a imaginar la novela, a calcular las emociones y los actos de que sería capaz una mujer como ella, y las reacciones que podría provocar en un hombre. Y del mismo modo que Ellen se durmió leyendo una obra de Harland, éste se durmió aquella noche creando en su imaginación una novela de la cual sería ella la protagonista. Fue su venganza.

9

A la mañana siguiente, al recordar la decisión tomada, Harland experimentó la agradable sensación de quien recobra la libertad perdida. Se reunieron en la veranda para desayunarse, sin que aparentemente nadie hiciese planes para el último día de estancia allí. Sin que decididamente huyese de Ellen, hizo lo posible por evitar su compañía y hasta por aparentar ignorarla. Ni por un momento estuvieron solos. Harland recordó su primitiva idea de recorrer el desfiladero pescando a lo largo del

riachuelo, tal como le había dicho Robie a su llegada. Por lo noche, después de la cena, habló con su amigo de aquel plan. Robie lo halló perfecto, y prometió enviarle un caballo al final del desfiladero para recogerle.

—Necesitará también algunas provisiones. Aunque el recorrido es sólo de diez millas, empleará todo el día en hacerlo. Las primeras dos o tres millas de terreno las conoce sobradamente, pues hemos pescado juntos por allí. Luego la marcha se hace más difícil.

Seguro de escapar del influjo de Ellen, Harland experimentó una especie de maliciosa satisfacción. No habló a nadie de su plan, y decidió salir temprano, antes de que se levantasen los demás. Robie accedió a todo.

—Salga tan pronto como le parezca —dijo—. Haré que le preparen algo de comer. Y que Charlie le acompañe hasta la orilla del riachuelo para traer su caballo.

Así, pues, a la mañana siguiente, antes de que nadie se levantase, Harland emprendió la marcha. Robie le advirtió que tendría algunas veces que vadear el río, pero como las botas resultaban pesadas para una larga caminata a pie, Harland escogió unos zapatos ligeros de suela fuerte. No quiso llevar cesta alguna para el pescado. Se había puesto un traje especial de pescador, sin mangas y con muchos bolsillos. En uno de ellos guardó el paquete que contenía su almuerzo, y en otro un rollo de estopilla para envolver algún buen ejemplar de trucha que decidiese llevar consigo.

Cuando se despidió de Charlie y se halló completamente solo, suspiró satisfecho. La belleza del paisaje, las montañas inmensas, la cañada, los días al aire libre, las noches salpicadas de estrellas y bañadas de luna habían formado en derredor suyo un escenario adecuado para hacerle sucumbir. Una semana más en aquel lugar, y habría llegado a perder la cabeza. En adelante, todo sería distinto. Aunque volviese a ver a Ellen en el rancho, su encanto, su fascinación habrían sido vencidos. Se sintió seguro, a salvo ya. Y este sentimiento le llenó de dicha.

Se entregó de lleno a la pesca, las truchas se disputaban el anzuelo, pero eran todas muy pequeñas. Había tantas, y estaban tan hambrientas, que no tardó en sentirse cansado. Un breve remolino en el agua, al pie de una pequeña cascada, llamó repentinamente su atención. Entre las burbujas divisó una hermosísima trucha que sacaba la cabeza para atrapar a un pequeño insecto que rozaba el agua. Era un magnífico ejemplar, digno de ser conservado. Decidió luchar lo que fuese para conseguirlo. Echó el anzuelo en el lugar en que había aparecido, y sólo logró pescar otros de pequeño tamaño, que fue arrojando al suelo despectivamente. Después de haber tirado siete, logró pescar uno de tamaño respetable. Tendría aproximadamente un pie de largo, pero no era el que buscaba. Pescó a continuación cuatro truchas que pesarían poco más de una libra, hasta que por fin la que vio en un principio mostró de repente la cola. Echó el anzuelo y el pez picó.

Harland sujetó fuertemente la caña y se internó en el río. Tras dos falsos intentos sujetó al pez por las agallas y tiró de él. Con la trucha en una mano y la caña en la

otra subió hasta la orilla. Una vez allí sacó del bolsillo la estopilla y envolvió cuidadosamente el magnífico ejemplar, no sin antes librarlo del anzuelo. Pesaría a buen seguro unas tres libras. Cuando se hallaba admirando la perfección del animal y sus colores que iban palideciendo, ensordecido a causa del rumor del agua que corría a sus pies, observó que una sombra se proyectaba en la misma orilla. Miró hacia lo alto, y a diez pies de distancia distinguió a Ellen, interponiéndose entre el sol y él.

Cuando se recobró de la sorpresa experimentó una súbita sensación de terror, como el animal salvaje que se ve de improviso cogido en una trampa.

Capítulo III

1

La dominante pasión que Ellen había sentido por su padre se inició siendo una niña. Solían pasar el verano en Bar Harbor, y tan pronto como pudo andar, el profesor comenzó a llevarla a la playa para pescar almejas cuando bajaba la marea. Juntos levantaban las algas para ver cómo los cangrejos buscaban cobijo entre las rocas, y cuando el reflujo dejaba al descubierto un mundo completamente nuevo, ambos buscaban caracolillos y estrellas de mar.

Esto ocurría antes de que Ellen cumpliese cuatro años. A esa edad había ya comenzado a creer que su padre le pertenecía íntegramente. Esto divertía al profesor, pero enojaba a mistress Berent. Cuando ésta se refería a su esposo diciendo «papá», Ellen gritaba indignada: «¡No es tu papá, sino el mío!», lo cual regocijaba tanto al profesor que cogía en brazos a la pequeña y la abrazaba fuertemente.

Cuando Ellen cumplió cuatro años, Ruth fue a vivir con ellos. Era sobrina del profesor, hija de su hermano. Al quedar huérfana, los Berent la acogieron en su hogar y la adoptaron legalmente. Hasta la llegada de Ruth, Ellen había dominado despóticamente en la casa. Desde el primer momento tuvo celos del interés que mostraba el profesor por su sobrina. Cuando Ruth tuvo edad suficiente para acompañarlos a la playa, Ellen llegó a rebelarse y hasta gritar: «¡No quiero que vaya! ¡Eres mi papá, no el suyo! ¡Qué se marche!». Al principio rió el profesor aquellos arranques de celos. Si, a pesar de todo, Ruth los acompañaba, Ellen se las ingeniaba para mortificarla, tirándole de las trenzas, haciéndola caer en los charcos y llorando por el menor motivo. La actitud de Ellen acabó resultando molesta para todos, de modo que determinaron dejar a Ruth en casa con mistress Berent, mientras Ellen continuaba en días estivales sus correrías junto al profesor.

Conforme Ellen fue creciendo se acostumbró a acompañarle en sus largos paseos en bote. Pronto aprendió a manejar perfectamente una lancha, a ayudar a retirar los artefactos colocados para atrapar los cangrejos y a nadar en agua helada. Por entonces, empezó el profesor a coleccionar animales, afición que más tarde había de convertirse en obsesión. Comenzó por interesarse por las aves marinas, pues en los islotes cercanos a las rocosas costas de Maine abunda la caza de esa especie. Algunas veces, él y Ellen marchaban de excursión en bote, llevando consigo una tienda de campaña, ropas y provisiones. Su ausencia duraba dos o tres días. Ellen cuidaba del pequeño campamento mientras él vagabundeaba por la playa o recorría el terreno en busca de los anhelados ejemplares. Más tarde, cuando Ellen fue una mujercita, la llevaba a Newfoundland para pescar salmones, o a los bosques para cazar ciervos. Las horas que pasaban juntos eran una bendición para Ellen.

Pero la situación cambió cuando el profesor marchó con Glen Robie a Tejas, donde pasaba la mayor parte del verano. Cuando Ellen cumplió veinte años, Robie

invitó al profesor Berent a su rancho, y la muchacha decidió acompañar a su padre. La salvaje belleza y el extraordinario colorido del inmenso desierto brillando al sol, las montañas cuyas cumbres nevadas rozaban el cielo azul, las praderas, las cañadas cubiertas de flores y las vertientes pobladas de verdes bosques parecieron embriagar al profesor y a su hija. Aquel verano pasaron dos meses en el rancho; al año siguiente diez semanas más.

En el transcurso de esta segunda estancia, y como si adivinase que nunca más podría volver allí el profesor aplazó su partida repentinamente, a fin de contemplar una y otra vez el paisaje que había aprendido a amar. El día antes de su marcha cabalgaron hasta muy lejos, y al caer la tarde llegaron a un lugar apartado que a ambos les había parecido siempre incomparable. Era una llanura que se elevaba en las cumbres, cercada de bosques que impedían ver las demás montañas. Dejaron que los caballos avanzasen lentamente a su antojo. En el cielo no había una sola nube.

—Es como si atravesáramos el camino del cielo —dijo Ellen con voz emocionada.

—Es ciertamente maravilloso —respondió el profesor.

—Quiero que cuando muera traigas aquí mis cenizas y las esparzas por el suelo —dijo Ellen—. ¿Lo harás, papá?

—No debes pensar en la muerte, hija. Vivirás más que yo.

Y sonrió, pero su sonrisa no fue alegre. Era lo suficientemente inteligente para comprender por determinados síntomas que su fin se acercaba.

—Cambiaremos una promesa, papá —dijo ella con serena gravedad—. Si mueres antes que yo, traeré a este lugar tus cenizas. Y si muero yo antes, tú harás lo mismo con las mías.

Durante unos momentos, el profesor guardó silencio. Al fin, respondió sonriendo:

—Cuando yo muera, será tu madre la que decidirá lo que se ha de hacer con mis despojos —y luego, tirando de las riendas añadió—: Démonos prisa. Hemos de correr si queremos llegar antes de que se haga de noche.

De un modo indirecto, esta escena influyó más tarde en Ellen para aceptar a Rusell Quinton como prometido. Lo mismo que en años anteriores, al otoño siguiente Ellen acompañó a su padre a los bosques de Maine para una cacería de ciervos. Se alojaban en un lugar maravilloso, donde Quinton poseía una pequeña casa rústica. Durante los últimos días de estancia en aquel apartado rincón, el propio Quinton, que se presentó allí sin avisar, los acompañaba. Tendría por entonces unos treinta y cinco años. Era abogado, graduado en la Universidad de Maine y en la Facultad de derecho de Harvard; poseía ambiciones políticas, pero como su carácter era apasionado y violento, tenía demasiados enemigos para triunfar. Siete u ocho años atrás había conocido al profesor Berent en el río Mersey, en Nueva Escocia. El deporte de la pesca y su empeño en considerar algunos ríos de Maine como propicios para la pesca del salmón, los acercó. Trabaron cierta amistad, que Quinton, desde que conoció a Ellen, cultivó asiduamente. Se mostraba con Berent inusitadamente amable,

obsequiándole con algún que otro salmón, con una cesta llena de truchas, con un venado o con un par de patos. También le ofreció su pabellón de caza, situado en medio del bosque. Al profesor le era imposible rechazar estos obsequios, a causa de la extremada delicadeza con que le eran ofrecidos. Para corresponder de algún modo le recibía en su casa como a un amigo.

Ellen tendría por entonces unos catorce años. Quinton la acostumbró a que le llamara «tío Russ» y hasta a besarle al encontrarse o al despedirse. Al principio lo aceptó como a un buen amigo de su padre, pero más tarde, cuando la niña se convirtió en mujer, se dio cuenta de que su presencia le producía a Quinton una extraña excitación. Debido a su continua camaradería con el profesor, Ellen era bastante precoz, y adivinó en seguida que Quinton la amaba. Aquel otoño, cuando se presentó inesperadamente en la casa del bosque, comprendió que lo que quería era declararse. Sintiendo excitada su curiosidad de mujer, hizo todo lo posible para animarle.

El momento no fue tan hermoso como ella había soñado. Quinton comenzó por afirmar que tenía que decirle algo que la sorprendería y que tal vez la asustaría. Pero no consiguió ni sorprenderla ni asustarla. Por el contrario, la muchacha le rogó que continuase. Él obedeció vacilando. Al terminar, como si quisiera continuar el juego, Ellen afirmó que mientras su padre viviese no se casaría con nadie.

—Me necesita, y él está antes que nadie.

De nada sirvieron las protestas de Quinton, el cual aseguró que el profesor rebatiría sus argumentos.

—No se trata de lo que quiera mi padre —afirmó Ellen decidida—, sino de lo que quiero yo.

Él continuó implorando, y al fin, enloquecido por su coquetería, la tomó entre sus brazos y la besó. Al verlo tembloroso de pasión, Ellen sintió el orgullo de su dominio, y, cuando él la soltó excusándose torpemente, dijo con dulzura:

—No estoy enfadada, Russ. Sé que los hombres hacen eso con las muchachas. Pero amo demasiado a mi padre para casarme mientras él me necesite.

En un acceso de furor —Ellen conocía su mal genio, que había visto revelarse con los guías—, Quinton gritó:

—¿Quieres decir que tendré que esperar a que muera tu padre?

Pero el silencio lleno de reproches de Ellen le hizo añadir casi inmediatamente:

—Perdóname. Siento haber dicho esto.

—Sé que lo sientes —repuso ella sonriendo—. Cuando te enfureces dices muchas tonterías, como los niños pequeños.

—Me vuelvo loco —dijo él con voz ronca.

—Tal vez por eso me gustes —continuó ella intencionadamente—. Sí, Russ, me gustas más que los demás hombres.

Pero cuando se dio cuenta de la dicha que al oírla se reflejaba en el rostro de Quinton, la joven, temerosa de la emoción que había provocado, corrió al interior de

la casa, junto a su padre, seguida por Quinton.

Esto sucedió el último día de su estancia en aquel lugar. Se sentaron junto a la chimenea, y Quinton hizo muchas preguntas acerca de Nuevo México. Ellen y el profesor contestaron a todas, pero fue ella la que habló de la hermosa pradera de las cumbres, tan cercana al cielo.

—Papá y yo nos hemos enamorado de aquel lugar —dijo—. Los dos deseamos que, al morir, sean llevadas allí nuestras cenizas.

Tan acostumbrada estaba a aceptar como hechos reales sus deseos, que no recordó que al profesor Berent no le había entusiasmado mucho la idea. Sin embargo, éste no se atrevió a contradecirla. Se limitó a desviar la conversación, que tal vez encontrase incluso desagradable, y dijo en tono indiferente:

—Está en un lugar que llaman «El parque de los caballos», porque aún hay en él potros salvajes.

Y a continuación explicó a Quinton cómo los antiguos colonizadores españoles habían llevado al Sudoeste los primeros caballos, trescientos o cuatrocientos años antes, poblando de esos animales la extensa y vasta región.

La conversación siguió por otros derroteros. Ellen la recordaría meses más tarde, usándola en beneficio de sus propios deseos.

Al llegar la primavera, su padre murió inesperadamente mientras dormía. Ellen lo había mirado como algo tan suyo durante tanto tiempo que ni la muerte logró borrar aquel agudo sentimiento de posesión.

Mistress Berent, después de los primeros momentos de dolor, declaró su intención de enterrar a su esposo en Monte Auburn, y Ellen, celosa por no haber sido ella quien decidiese tan importante asunto, gritó:

—¡Imposible, mamá!

—¡Por amor de Dios, hija! —exclamó mistress Berent sorprendida—. ¿Qué se opone a ello? Me gustaría saberlo.

Ellen contestó vacilando:

—No era ésa la voluntad de papá. Quería que incinerasen su cadáver y que yo me encargara de llevar sus cenizas a Nuevo México.

—¿A Nuevo México? —repitió atónita mistress Berent—. Es lo más extraordinario que he oído jamás. ¿Por qué no me lo dijo nunca?

—Hay muchas cosas que a ti no te decía —murmuró Ellen cruelmente.

Comprendiendo que esto era cierto, mistress Berent no se atrevió a discutir.

—Comprendo que quieras enterrarle en Monte Auburn como si fuera un ser vulgar —continuó Ellen—, lo mismo que hacen todas tus amigas con sus esposos cuando mueren. Pero papá es diferente. Odiaba la idea de que le encerrasen en una tumba estrecha.

—Pero, Ellen —repuso su madre llorando—, casi no puedo creerlo. Debió habérmelo dicho…

—No creerás que estoy mintiendo, ¿verdad?

—No sé qué pensar —repuso mistress Berent con súbito furor—. Eres muy capaz de mentir para conseguir tus propósitos.

Ellen siguió firme en su propósito, pero mistress Berent se mostró obstinada por primera vez. Ellen intentó conseguir el apoyo de Ruth. En otras ocasiones le había sido fácil conquistarla con unas frases de cariño. Pero también por primera vez, Ruth no se dejó convencer.

—Pero, querida Ruth, te digo que papá deseaba…

Ruth la miró afectuosamente sin dejar de sonreír. Luego, dijo:

—¿Estás segura? Te conozco bien, Ellen. Sé que puedes llegar a considerar como cierto lo que quisieras que hubiese sucedido.

La incredulidad de mistress Berent y de Ruth, junto a la íntima convicción de su propia mentira enfurecieron a Ellen. Era horrible que la llamasen embustera, pero aún era más horrible saber que la acusación era cierta. Súbitamente recordó la última noche pasada en la casita de Quinton. Estaba segura de que éste, al menos, la apoyaría, y le puso un telegrama.

Papá murió ayer. Te ruego vengas inmediatamente a mi lado.

Sabía que el mensaje excitaría a Quinton.

Éste se puso al momento en marcha. Ellen fue a esperarle a la estación en la mañana del segundo día después de la muerte del profesor; le contó cuanto sucedía y solicitó su ayuda.

—Mamá cree que miento —dijo—, pero tú oíste, perfectamente que papá dijo que deseaba que trasladásemos sus cenizas. Tendrán que creerte.

—Recuerdo que hablaste del asunto, pero…

—No, no fui yo quien lo dijo, sino él —insistió Ellen—. No creo que hayas podido olvidarlo. Todo eso sucedió la noche en que me pediste fuese tu mujer —al decir esto le cogió una mano—. ¿Has podido olvidar aquella noche?

Su voz era a la vez tan trágica y suplicante que Quinton no supo negarse. Le dijo que sí, que recordaba… Y como en aquellos momentos se hallaban en un taxi camino de su casa, Ellen se abrazó a él sollozando, con una mezcla de alivio y de triunfo. Él la estrechó fuertemente y murmuró:

—Ellen, amada mía, tu padre no te necesita ya, pero yo sí… ¡Ellen, te necesito, te necesito!

—Lo sé, Russ —repuso Ellen sin medir el alcance de sus palabras, porque el porvenir nada significaba para ella en aquellos momentos. Lo importante era que tenía un aliado—. Pero antes debo cumplir su última voluntad.

Cuando Rusell Quinton dijo haber oído hablar al profesor de la incineración, mistress Berent no tuvo más remedio que rendirse. Antes de volver a Maine, Quinton había logrado que Ellen le prometiese que se casaría con él en otoño. Sus besos de gratitud no la hicieron experimentar ni enojo ni placer. Quinton era para ella sólo un

aliado contra su madre.

Se había propuesto marchar sola a Nuevo México, pero mistress Berent se negó. Con la tenaz obstinación que sólo los seres débiles pueden demostrar a veces, insistió en que ella y Ruth la acompañarían. Deseaba contemplar el lugar en donde iban a descansar las cenizas de su esposo.

En respuesta a una carta de Ellen, Robie escribió diciendo que estaría ausente del rancho por asuntos de negocios hasta fines de junio. Fijaba para el verano la fecha de su regreso, y aprovechaba la ocasión para invitarlas amablemente a quedarse en Nuevo México unos quince días. Esto significaba no poder veranear en Bar Harbor, y mistress Berent odiaba cuanto interrumpiese la rutina de su vida. Pero cuando Ellen repitió que prefería ir sola, su madre dijo violentamente:

—Eso es una tontería. Sé perfectamente cuál es mi deber. Y aunque nunca he ido más allá de Filadelfia, estoy dispuesta a sufrir cuantas incomodidades sean necesarias para llegar adonde sea —en su tono se adivinaba a la mujer acostumbrada a la ciudad y temerosa de los peligros del campo. Después añadió—: Supongo que míster Robie hará lo posible para hacernos grata nuestra estancia allí.

2

Durante las semanas de espera, mientras la primavera reinaba en Boston y hacía florecer a los tulipanes en el Jardín Público, Ellen se negó a compartir la rutina de la vida que mistress Berent y Ruth habían reemprendido. Opinaba que su comportamiento era inocuo, y que demostraba su falta de sentimiento y de corazón yendo al cine y al teatro. Ella pasaba el tiempo estudiando los papeles de su padre y cuantas cosas habían pertenecido al profesor. Éste había destinado para su uso la habitación más alta de la casa de Boston, instalando unas vitrinas contra la polilla para guardar sus colecciones y poniendo en el techo un claraboya. Ellen limpiaba los escalpelos y las tijeras de disección, arreglaba en los estantes los ovillos de hilo y los paquetes de algodón, ponía en orden los tarros de arsénico y de yeso y los ojos de cristal colocados en un recipiente, y marcaba algunas pieles. En cierta ocasión, el tarro de arsénico llamó su atención. Puso un poco de polvo blanco en la palma de la mano y lo contempló fijamente. Aquel veneno había sido durante muchos años sólo un producto que ella y su padre utilizaban en su trabajo. De pronto se le ocurrió que podía ser mortal. Sólo con que se tomase una cucharadita de aquellos polvos, su muerte sería instantánea. Imaginaba la escena. Su madre y Ruth entrarían en la habitación y la hallarían en el suelo sin vida. Oía sus exclamaciones y sus lamentos: «¡Pobrecilla! ¡Quería tanto a su padre!». Sus ojos se llenaron de lágrimas, y sintió una profunda piedad por sí misma. Pero volvió a poner el arsénico en el tarro y después lo cerró cuidadosamente.

Una semana antes de que emprendiesen el viaje al Oeste, Quinton fue a Boston

para verla. Llegó un sábado y le propuso pasar el domingo entero a su lado.

—Tomaré un coche e iremos a la playa —dijo.

Ellen asintió con indiferencia.

A la hora indicada fue a recogerla. Su aspecto era animado y alegre. En cuanto a Ellen, distaba mucho de estar contenta, pero se sentó a su lado. Llegaron hasta la punta del cabo Ann. Cuando bajaron del coche, y antes de internarse entre las rocas, Quinton sacó de la parte trasera del coche una magnífica cesta que contenía vasos, tazas, platos, termos, tenedores, cuchillos y cucharas, un salero, un azucarero, una garapiñera y un par de cajas de aluminio llenas de bocadillos. Con satisfacción y orgullo mostró a Ellen todos aquellos tesoros.

—¡Oh, Russ! —exclamó ella escandalizada—, ¿por qué has hecho eso? ¿No crees que es una extravagancia?

—Comienzo a amueblar nuestro hogar.

—Es un comedor completo —dijo Ellen. Pero más tarde, mientras comían unos bocadillos sobre las rocas de la orilla, comprendió el orgullo infantil que demostraba Quinton por sus tesoros. Sintió una maliciosa curiosidad por ver lo que sucedía si algo se extraviaba, e intencionadamente, mientras endulzaba su café, dejó caer el azucarero, el cual rodó por la superficie de piedra y fue a parar a una profunda hendidura entre dos rocas. Al menos, una hora estuvo Quinton buscándolo, apartando las piedras pesadas, mojándose los pantalones y caminando descalzo por el agua. Todo fue en vano. Entretanto, Ellen tomaba el sol tumbada cómodamente, tapándose los ojos con una mano para resguardarlos del sol.

A pesar de que los besos que su prometido le dio al llegar la enojaron en vez de agradarle, le molestaba que él la abandonase por un vulgar azucarero. Cuando Quinton volvió a su lado dijo que tenían que marcharse, y cuando él protestó porque apenas habían tenido tiempo de estar juntos, alegó que debió haberlo pensado una hora antes.

—Pero no podía perder el azucarero. Tenía que intentar rescatarlo —dijo él. Y tan infantilmente desconsolado lo vio Ellen por su fracaso que no tuvo más remedio que perdonarle. Se quedaron un rato más, y Ellen se mostró tan dulce con él que Quinton se sintió enloquecer de gozo. Cuando volvió a Maine era un hombre feliz.

En el momento oportuno, Ellen partió para Nuevo México con su madre y con Ruth. Al salir de Chicago, mistress Berent y Ruth se sentaron en el coche salón. Ellen lo hizo en el departamento contiguo. Se retiró temprano. Entre los diversos obsequios que unos amigos le habían hecho al marchar figuraba un libro titulado *Tiempo sin alas*. Janet Mowbray le dijo al regalárselo que todo el mundo hablaba de él. Aquella misma noche, cuando el tren salió de Chicago, Ellen comenzó a leerlo. A la mañana siguiente lo llevaba también bajo el brazo.

Pero Ellen, que nunca había sido muy aficionada a la lectura, no tardó en dormirse en su asiento. El libro resbaló, rozó el pie de la muchacha y cayó al suelo. Ellen Se despertó sobresaltada. Había tenido un sueño feliz, en el cual su padre vivía

de nuevo y ella era dichosa a su lado. El profesor revivió en aquel sueño, joven otra vez, con el cabello muy rubio y los ojos alegres, sin sombra de sufrimiento o de dolor. Al despertar, su mismo padre —o alguien que ante sus ojos adormilados se parecía enormemente al profesor tal como ella acababa de verlo en su sueño— recogió el libro del suelo y se lo dio. Al ver aquel rostro frente a ella, Ellen sintió una fuerte opresión en la garganta. Le dio maquinalmente las gracias, pero ya no pudo dejar de contemplarle con reconcentrada atención. Sus pensamientos, lo mismo que sus ojos, seguían fijos en el desconocido, hasta tal punto que éste hubo de levantar la vista para mirarla, evidentemente confuso. Un ligero rubor cubría sus mejillas. Ellen se dio cuenta de que había conseguido enojarle con su curiosidad. Murmuró unas torpes palabras de excusa y salió del vagón. Volvió junto a su madre y le preguntó con ansiedad no disimulada:

—¿Tuvo papá muchos parientes, mamá? ¿Hermanos, sobrinos o lo que sea?

—Naturalmente. El padre de Ruth era hermano suyo. También tenía otro en Filadelfia, el cual murió hace más de diez años. Pero, ¿a qué viene ahora esa pregunta?

—¿Tuvo hijos ese otro hermano?

—Supongo que no —respondió mistress Berent acremente—, porque era soltero. Pero, ¿qué te pasa, Ellen?

—Hay un hombre en el tren que se parece extraordinariamente a papá —repuso la joven con voz suave—. Creo, incluso, que es pariente suyo.

—No comprendo por qué. Cualquiera puede parecerse a tu padre. Era un hombre corriente, y su aspecto no tenía nada de extraordinario.

En los ojos de Ellen brilló la indignación. Como siempre, fue Ruth la que puso paz entre las dos, diciendo:

—Mamá, a mí siempre me pareció un hombre magnífico —luego—: Ellen, si se presenta la oportunidad, ¿querrás enseñarme al desconocido que tanto te ha impresionado?

—¿Para qué? Posiblemente no sabrías ver el parecido. Ninguna de vosotras veía a papá con los mismos ojos que yo.

A continuación se marchó a su departamento y cerró la puerta.

Sin embargo, siguió pensando en el desconocido. Esperaba verlo en el vagón restaurante a las horas de comer, pero no se presentó la ocasión. También fracasó cuando se dedicó a buscarle decididamente por los otros vagones. Cuando Ruth y su madre se hubieron acostado, ella recorrió el tren de un extremo a otro, pero sin conseguir nada. Comprendió que aquel hombre debía estar encerrado en su departamento, y experimentó el absurdo deseo de llamar a todas las puertas que encontraba al pasar. Le imaginaba solo y triste, y anhelaba poder compartir su soledad. Por fin no tuvo más remedio que declararse vencida. Volvió a su departamento y se acostó, pero no pudo conciliar el sueño. Sentía un horrible peso en su alma, como si estuviese enormemente sola, por el simple hecho de haber perdido

para siempre a su desconocido del tren.

A la mañana siguiente, cuando llegaron al punto de destino, vieron a Glen Robie que las aguardaba en el andén. Tras las primeras frases de saludo, éste le preguntó a mistress Berent:

—¿Han visto a míster Harland en el tren?

—¿Harland? —dijo ella—. ¿Quién es Harland?

—Richard Harland, el autor de *Tiempo sin alas*. Viene en el mismo tren… ¡Oh, ahí está!

Sospechando la verdad, Ellen se volvió para mirar en la dirección que Robie señalaba, y vio a Lin que se acercaba con un hombre joven y apuesto. Sintió como si una mano de hierro apretase en aquel instante su corazón. Sus sentidos se aguzaron de una forma extraña. Y cuando a los pocos minutos se halló sentada en el coche junto a Harland, rozando sus hombros, se apretó las mejillas con las manos, segura de sentirlas ardiendo. Un escalofrío de deleite y a la vez de temor recorrió su cuerpo. Se alegró de que Robie no cesase de hablar, porque así no tenía ella que hacerlo. Temía que su voz la traicionase. Cuando por fin se decidió a decir algo para disimular su emoción, observó que Ruth, sentada al otro lado de Harland, la miraba con una expresión interrogante.

3

Los quince días que siguieron, tanto los pasados en el rancho como los que transcurrieron en el campamento entre las montañas, fueron maravillosos para Ellen. Los pasó en una agonía de deseos, en un estado de dicha y angustia casi incomprensibles. Una tormenta inesperada de emoción la sacudió, dejándola primero sorprendida y luego anonadada. Fue como un torrente cuyo ímpetu no pudo resistir.

Al principio, quiso huir de Harland y de los demás. Cada mañana montaba a caballo y desaparecía. Unas veces estaba ausente todo el día, y otras regresaba a la hora de comer. Pero aunque marchaba sola, Harland ocupaba siempre sus pensamientos. Cierto día se detuvo en un lugar elevadísimo, puso a su caballo en sitio seguro y se sentó sobre un peñasco, contemplando el paisaje que se extendía a sus pies. Permaneció allí durante muchas horas, gozando de la caricia del sol y mirando el infinito. Soñó despierta que Harland acudía a su encuentro deseoso de compartir su soledad, y que mantenía con él una conversación correcta y aparentemente impersonal, pero rica en ocultos significados. Se tumbó en el suelo, con los brazos apoyados sobre el pecho, los ojos cerrados y el ala del sombrero defendiendo su rostro de los rayos del sol. En cada rumor creía adivinar los pasos de Harland. Le imaginaba buscándola ansiosa, ardientemente…

Aquella atención constante y absorbente por cuanto un hombre pudiera decir o hacer; aquella eterna esperanza de que Harland la buscase; aquella emoción

inquietante, rayana a veces en temor, no eran en ella acostumbradas. La misma devoción que experimentó por su padre la privó de sentir lo mismo que una muchacha de quince años ante un joven, lo que toda mujer siente ante la triunfante virilidad, aunque la hayan enseñado a dominar esos sentimientos porque no son «correctos». Cuando Ellen contaba doce años escasos había un estudiante que acudía a casa del profesor Berent para discutir con él ciertas teorías. Durante muchas semanas, aquel muchacho fue para Ellen el ser más extraordinario y atractivo del mundo. Soñaba con él dormida y despierta, y en su edad no podía disimular. Lo de Harland fue distinto. Su pasión fue menos franca, pero más profunda. En aquella otra ocasión, a los doce años, no estaba capacitada para experimentar las reacciones que ahora sentía —aceleración del pulso, un intenso rubor en el cuello y en las mejillas, una suave languidez— al oír la voz de Harland.

Confiando en una mutua trasmisión de pensamiento, se preguntó si Robie le habría dicho el motivo de su estancia allí. Deseaba que su evidente amor por la soledad despertase en él cierta curiosidad, que le impulsase a interrogarla. Solía imaginar las respuestas, las palabras que emplearía para hablar con él de su padre, y también la simpatía, la comprensión que al escucharla podía reflejarse en los ojos de él. Sin querer admitirlo, representaba ante sí misma una tragedia en la cual era ella la triste y dolorida heroína y Harland el espectador curioso y conmovido.

Pero los días pasaban y Harland no hacía nada por aproximarse a ella. Cuando una mañana, a la hora del desayuno, vio Ellen una oportunidad para ofrecerse a acompañarle a cazar pavos, no quiso desperdiciarla. Expuso la idea, escondiendo su ansiedad bajo una fingida indiferencia. Harland accedió. Y la misma sensación de alegría junto al temor incipiente de lo que podría suceder en aquellas horas que iban a pasar juntos, la hicieron declarar que era suficiente marchar después de comer. Durante toda la mañana se reprochó de aquella debilidad. Había acortado sus horas de dicha, ya que si se lo hubiera propuesto habrían podido estar juntos el día entero. Aguardó angustiada hasta el mediodía, temiendo que Harland pudiese cambiar de parecer.

Cuando llegó el momento de partir, el aspecto de Ellen era perfectamente normal. Marchó delante, segura de que los ojos de Harland, que la seguían a corta distancia, no se apartaban de ella. Montaba muy bien, y como lo sabía deseaba que él pudiera comprobarlo. Harland no dijo nada, pero ella sabía que continuaba mirándola fijamente.

Durante aquel silencioso paseo se aguzaron sus sentidos. Nunca le parecieron tan hermosos el cielo y las montañas, ni tan intenso el perfume de los pinos bañados por el sol, ni tan claro y armonioso el canto de los pájaros en el bosque. Hasta la contemplación de los fuertes músculos del caballo al subir una cuesta o bajar una pendiente la sumía en un éxtasis de dicha. En su interior bullía la vida ardientemente, y la joven se daba cuenta de ello. Era esa sensación la que ponía de relieve la figura de Harland a su lado. Al sentirse tan cerca tuvo miedo, un miedo que era a la vez

añoranza.

Desmontaron en un lugar elegido por ella, y después de dejar los caballos en el bosque atravesaron el césped y se dirigieron a una ligera depresión del terreno. Ellen se echó en ella, indicando a Harland que lo hiciera a su lado. Con la barbilla apoyada en las manos, contempló silenciosamente el desfiladero, sintiendo que su corazón parecía querer salirse del pecho. Aun sin mirarle adivinaba la línea vigorosa de su perfil, los hombros que la posición hacía todavía más rectos… Le sentía tan cerca que con un simple movimiento hubiese podido rozar su pie.

Por fin, Harland comenzó a hablar. Dijo algo referente a una hormiga que se había introducido en su escote, y ella habló de su padre a continuación. Aunque su charla pudiera parecer vulgar e indiferente, ella se daba cuenta de que cada palabra encerraba un oculto significado, como si una fuerza misteriosa emanara de ellas y amenazase convertirse en torrente y romper todos los diques. Por fin volvió la cabeza para mirarle y sus ojos se encontraron. Harland admitió que conocía el motivo de su estancia allí, lo cual pareció acercarlos. Siguiendo un instintivo impulso de defensa, Ellen apartó los ojos y volvió a fijarlos en la lejanía. Harland habló entonces de su hermano. Como muchas personas sanas y fuertes, la joven sentía una innata repugnancia por la deformidad humana, y se estremecía al oírle relatar la enfermedad de Danny. Entonces se dio cuenta de lo poco que conocía a Harland. Sólo sabía de él su nombre, su profesión y que tenía un hermanito imposibilitado. Tal vez… Sí, era posible que estuviese casado. Este pensamiento la hizo temblar, e inmediatamente trató de averiguarlo. Cuando le oyó decir que era soltero contuvo incluso la respiración para que él no pudiera darse cuenta de su dicha. Después Harland se refirió al anillo. Por aquellos días había olvidado completamente a Quinton. Habló de éste con Harland, y añadió calmosamente:

—Pero nunca me casaré con él.

La verdad es que hasta entonces no había estado segura de esto, pero en aquellos momentos se dio cuenta de que no deseaba casarse con él.

Sus palabras fueron tan significativas que muchas cosas hubieran podido suceder después. Pero Harland vio en aquel momento los pavos, y apuntando a uno de ellos disparó y lo derribó. Al parecer sólo estaba herido, y fue necesario que corriese rápidamente para rematarlo. La rápida carrera y la altura a que se hallaban agotaron a Harland. Cuando Ellen le encontró en el suelo, exhausto, sintió tal deseo de estrecharlo entre sus brazos y acariciarlo, que tuvo que disimular mirando al animal muerto y hablar como si en realidad fuese muy importante que el tiro le hubiese destrozado la barba. Para ocultar la ternura que casi la delataba, se alejó de allí pretextando que iba en busca de los caballos. Cuando regresó había conseguido dominar su emoción. Halló a Harland alegre, triunfante y dispuesto a charlar. La joven le imitó, y así, en tan exultante estado de ánimo, recorrieron la distancia que los separaba del campamento. Aquella noche, Ellen decidió hacer lo posible por no perder cuanto había ganado durante la tarde.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, mistress Berent, que desde que había llegado estaba casi inválida a causa de la gran distancia que hubo de recorrer del rancho al campamento, declaró que se sentía con ánimos de montar de nuevo y trasladarse al lugar en que debían ser depositadas las cenizas de su esposo. Ellen casi se había olvidado de aquel asunto, pero lo aceptó complacida, como volvemos la última página de un libro cuando otro, lleno de promesas, nos espera.

Convinieron en que aquel día llevarían a cabo la tarea. Pero cuando supo que Harland, Lin y Tess habían resuelto marchar a la pradera de los potros salvajes, deseó ardientemente cambiar de plan y unirse a ellos. Tess era sin duda muy bonita, y temía que Harland lo notase. No pudo cambiar de plan, y pasó una mañana terrible, atormentada por los celos.

Aquella tarde, durante la excursión, mistress Berent no cesó de gruñir y lamentarse. El camino era abrupto, y aún no se hallaba a gusto sobre la silla. Las cenizas del profesor Berent se hallaban en un cofrecillo de bronce que Ellen había guardado siempre cuidadosamente. En el momento de partir, lo envolvió en su jersey y lo sujetó al borrén trasero del arzón. Cuando llegaron al punto de destino, dejó a Robie, a su madre y a Ruth en el centro de la pradera, y al trote de su caballo se dirigió al borde de ésta describiendo círculos. Llevaba el cofre bajo el brazo izquierdo, y con la mano derecha cogía un puñado de cenizas y lo esparcía sin dejar de cabalgar.

Súbitamente, el nervioso movimiento de las orejas del caballo distrajo su atención, y miró hacia los confines del cercano bosque. Vio a Harland, que se hallaba junto a Tess y Lin, y observó que se ocultaban inmediatamente. Al darse cuenta de que Harland, aunque escondido, compartía aquel momento supremo de su vida, sintió que crecía su emoción, e inconscientemente dramatizó más su papel… Cabalgó con más solemnidad, como un soldado en un desfile, con la cabeza alta, mirando fijamente hacia delante, esparciendo las cenizas con rítmico movimiento. Antes de terminar el recorrido por entero de la explanada, comprobó que el cofrecillo se hallaba vacío, pero no se inmutó. Necesitaba seguir representando la tragedia. Y como en la distancia nadie hubiera sido capaz de descubrir la superchería, continuó efectuando círculos y haciendo los mismos ademanes hasta alcanzar los linderos del bosque. Entonces vio la oportunidad de poner un remate perfecto a su representación, y desapareció en medio del bosque.

Cuando estaba a mitad del camino del campamento se le ocurrió otra idea; siguiendo un atajo para rehuir la compañía de los demás, se dirigió de nuevo a las cumbres. Si no volvía a la hora de la cena, Harland, después de los maravillosos momentos del día anterior, decidiría ir a buscarla. La explanada estaba desierta cuando Ellen volvió a ella. En la parte más alta enterró el cofrecillo vacío, en el que se veía grabado el nombre de su padre, y sobre él levantó con guijarros un extraño túmulo. Luego se sentó y contempló fijamente el camino, esperando ver aparecer a Harland.

Pero éste no acudió ni cuando se puso el sol ni cuando la luna brilló en el cielo iluminando el paisaje como si fuese de día. Sin embargo, segura primero de su triunfo, desesperada después de su fracaso, compadeciéndose y repitiendo que nadie, ni siquiera Harland, se preocupaba por su vuelta, siguió aguardando obstinadamente. El «jersey» era realmente un pobre abrigo, teniendo en cuenta la humedad de la noche. Encendió una hoguera y se acercó a ella. No tenía miedo. Incluso comenzaba a encontrar interesante la situación. Le gustaba su papel de hija desconsolada llorando su dolor en la cima de una montaña solitaria. Cuando vio que el caballo, atado a un roble, se impacientaba por la larga espera, le quitó la silla y le dejó en libertad. Extendió en el suelo la manta que había cubierto la silla y se echó sobre ella. Cuando la humedad se hizo más intensa se echó la manta sobre la espalda, sin importarle que el caballo se mostrara nervioso a causa del frío.

Así permaneció hasta el amanecer, ansiando ver aparecer a Harland y furiosa a la vez porque éste no llegaba. Si Harland hubiese mostrado interés por ella desde el primer instante, tal vez hubiese podido olvidarle. Pero como esto no había ocurrido, y como la negación de sus deseos era siempre un acicate para su voluntad, sus vagos sueños llegaron aquella noche a un punto culminante, hasta hacerla tomar una determinación. El hecho de que al regresar le encontrara en el camino pareció prometerle la victoria deseada. No obstante, para exasperarle, pasó la tarde con Tess y Lin y a la mañana siguiente fue con Lin, Charlie Yates y uno de los *cowboys* a inspeccionar ciertas faenas. Como tenía el alma llena de ternura, y no veía cómo expansionarse, se dedicó a Lin abiertamente. Durante todo el día se mostró con él cariñosa hasta la extravagancia. Después de comer dejaron a sus acompañantes y volvieron solos al campamento. Entre bromas, mostrándose siempre encantadora, le hizo el amor al pobre muchacho, que, trastornado, aceptó de buen grado todas las sonrisas, todas las miradas y todas las palabras de afecto que ella hubiese deseado ofrecer a Harland.

Aquella noche, terminada la cena, notó que Harland se alejaba voluntariamente de ella, y le propuso dar un paseo por la cañada a la luz de la luna. Cuando volvió a la habitación que compartía con Ruth y con su madre, ésta dijo:

—Ellen, ¿es que estás coqueteando con ese muchacho?

—Nada de eso, mamá —respondió ella tranquilamente. La palabra «coqueta» era muy pobre para describir el sentimiento apasionado que Harland le inspiraba.

—Pues lo parece —declaró mistress Berent moviendo la cabeza con aire de duda —. Te derrites a su lado como la manteca al calor. Estás comprometida con otro, y así se lo diré mañana mismo a míster Harland. Tendrás tu merecido.

Ellen sonrió fríamente y repuso:

—Será mejor que antes de advertirle te asegures de cuáles son sus intenciones — y salió de la habitación.

Al día siguiente mientras se marcaba el ganado, la invadió una especie de pánico al darse cuenta de que su estancia allí tocaba a su fin. ¡Le quedaba, en realidad, tan

poco tiempo! Al recordar la amenaza de su madre, aquella misma noche, antes de cenar, se quitó el anillo de Quinton, e hizo lo posible porque Harland lo observara. Cuando éste se refirió al anillo desaparecido, Ellen le miró fijamente, tratando de que sus ojos reflejaran sus sentimientos. Quiso que se diera cuenta de que sería suya si él se lo pedía. Cuando vio que Harland bajaba la vista, confundido, comprendió que había logrado su propósito, que la había comprendido.

Después de cenar, Harland dio una excusa y desapareció. Ellen, segura de que cuando todos se hubiesen retirado Harland volvería junto a ella, continuó en la veranda durante mucho rato. Pero él no volvió, y por mucho que ella deseara ir a su lado no logró encontrar un pretexto que justificase su actitud. El deseo se hizo casi insoportable. Cuando entró en su habitación estaba jadeante, tenía los labios secos y el corazón destrozado.

A la mañana siguiente, y como su resolución era irrevocable, hizo un pequeño paquete con el anillo de Quinton, puso la dirección y antes de desayunarse lo depositó en la bolsa de la correspondencia. Estaba segura de que Harland volvería a ella, pero se equivocó. Al día siguiente debían regresar al rancho y al otro se separarían para seguir cada cual su camino. No había dormido en toda la noche, trazando cien planes distintos para atraer a Harland, convencida de que en las pocas horas que le quedaban debía conquistarle si no quería perderle para siempre.

Cuando se presentó en el comedor para el desayuno no vio a Harland. En tono indiferente preguntó por él, y Robie le dijo que había partido al amanecer para recorrer andando la cañada y pescar a lo largo del río. Un muchacho le esperaría al otro extremo con un caballo, para conducirle directamente al rancho. Ellen apretó furiosamente las manos bajo la mesa.

—Voy a buscarle —dijo como si hablase consigo misma. Pero al darse cuenta de que con sus palabras excitaba la curiosidad de los demás, añadió rápidamente—: Siempre he deseado hacer esa excursión. Mande un caballo también para mí, Robie.

Robie asintió cortésmente, pero cuando se levantaron de la mesa, mistress Berent llamó aparte a su hija y le dijo con acritud:

—No quiero que persigas a míster Harland. Vendrás con nosotros, Ellen. ¿No comprendes que te pones en ridículo?

—Le quiero, mamá —respondió Ellen—. Y voy a casarme con él.

—¡Casarte con él! ¡No digas tonterías! Estás prometida a míster Quinton.

—Lo estaba —dijo Ellen, mirando su mano. Y ante el gesto de sorpresa de su madre, añadió—: Ayer le devolví el anillo.

—Cometes un error —dijo su madre—. Míster Quinton no es hombre con quien puedas jugar a tu antojo. Bien sabe Dios que nunca he comprendido lo que viste en él para enamorarte, pero de una cosa sí estoy segura: de que no se conformará fácilmente con tu actitud.

Ellen recordó que Quinton estaba considerado como un enemigo peligroso, pero movió la cabeza y repuso:

—Nada me impedirá que me case con míster Harland. No lograrás impresionarme, pues supongo que es eso lo que intentas —y repitió—: Voy a casarme con míster Harland.

Aun sintiéndose vencida, mistress Berent se obstinó en luchar.

—Ellen —dijo retorciéndose las manos—, no hagas eso. Vente con nosotras: te lo ordeno.

Ellen la miró asombrada. Le asombraba que su madre se opusiese tan tenazmente a sus deseos.

—No lo entiendes, mamá —dijo—. Deseo estar a su lado —y dejando a su madre con la palabra en la boca, desapareció.

Uno de los muchachos del rancho la acompañó a caballo hasta donde era posible cabalgar. Luego, Ellen continuó a pie. Se había vestido como para regresar al rancho, abandonando el mono. Llevaba una falda pantalón, una camisa de seda escocesa y un pañuelo amarillo anudado al cuello. Como cuando pensó su plan los caballos habían partido ya con el equipaje, no pudo cambiarse. La marcha entre las piedras no fue fácil. Las botas de montar no resultaban demasiado apropiadas y resbalaba continuamente. A pesar de todo, siguió adelante sin detenerse un momento.

Por fin vio a Harland, que pescaba truchas en un pequeño estanque. Se deleitó contemplando su figura, admirando la cabeza firmemente erguida sobre rectos hombros; en una palabra, su tipo esbelto y ágil. Sólo cuando le vio satisfecho por haber apresado un buen ejemplar, decidió salir a su encuentro.

Su sombra se proyectó sobre la roca donde Harland se hallaba.

Ellen se movió, y su sombra se movió también.

Cuando él miró hacia arriba se encontró frente a ella.

4

Harland la miró asombrado. No podía decirse que su mirada fuese de bienvenida. Ellen lo comprendió, pero se propuso que se sintiera contento de su compañía. Corrió a su lado y gritó con admiración mirando la trucha:

—¡Qué maravilla!

—¿Por qué ha venido? —preguntó él con acritud.

La joven sintió un nudo en la garganta. Sus mejillas ardían, y su corazón parecía que iba a dejar de latir. No obstante, respondió alegremente:

—Pregunté dónde estaba usted, y Robie me lo dijo. Nunca había pescado en este recodo, y pensé que no le importaría que le acompañase.

Su tono fue indiferente y frío. Después se refirió de nuevo a la trucha, maravillándose de su tamaño y poniendo a contribución todo su encanto para que Harland se alegrase de verla allí. Una vez empaquetado el magnífico ejemplar, Harland lo guardó en uno de los amplios bolsillos de su traje y siguieron avanzando

por el desfiladero.

Al ver que al fin aceptaba su compañía, Ellen sintió el orgullo del triunfo. Por el momento era bastante poder permanecer a su lado. Durante unas horas se entregó de lleno a la pesca, como si sólo por eso estuviese allí. Se divirtieron mucho, aunque no consiguieron pescar ningún ejemplar notable.

Alrededor de la una, Harland propuso detenerse para comer. Ella no había llevado provisiones. Harland aseguró que con los bocadillos que llevaba era suficiente para ambos, y abrió el paquete.

—¡Cielos! —exclamó Ellen riendo—. Yo sola me los comería todos. Estoy hambrienta. Será mejor que asemos unas truchas.

Mientras Harland encendió una hoguera, ella le pidió el cuchillo y, orgullosa de demostrar su habilidad, limpió unas truchas, las ensartó en unas ramas, les echó sal y las puso junto al fuego. Cuando la hoguera estuvo casi consumida, las colocó sobre las brasas hasta que estuvieron deliciosamente crujientes y tostadas.

Las comieron como si fueran mazorcas, mordiendo la carne rosada. Se habían sentado al sol, a la orilla del río. Ellen estaba muy alegre, segura ya de que él se sentía feliz a su lado. Estaba excitadísima, como si hubiese bebido demasiado vino. Tenerle a su lado era un placer no comparable a ninguno de los que había experimentado antes. Al terminar de comer, Harland le ofreció un cigarrillo y él encendió otro. Al contemplar sus fuertes manos sosteniendo el cigarro, tan cerca de sus labios, Ellen sintió como si su corazón fuese a estallar dentro del pecho. Sin dejar de mirarle, aspiró el humo con fuerza y lanzó una bocanada; Harland arrojó al río la cerilla apagada.

Después habló ella distraídamente, interrumpiendo el momentáneo silencio, para el cual sólo hubiese deseado un fin.

—Compadezco a esos pobres pececillos —dijo con ironía—. Las aguas del río forman continuas cascadas, y no les permiten que remonten la corriente. En la otra dirección, el curso de las aguas se pierde inesperadamente en el desierto. No les queda otra alternativa que la resignación. No pueden ir a ningún otro sitio. Supongo que cuando vienen unos pescadores como nosotros y se los llevan deben de sentirse agradecidos.

—Pues nadie lo diría, a juzgar por su comportamiento —dijo Harland—. Y ambos rieron sin motivo, sólo porque estaban juntos, porque eran jóvenes y porque el día era maravilloso. Harland hizo ademán de levantarse, y Ellen sintió como si el tiempo se le escapara de las manos. Temía el fin de un día tan perfecto. Pensó en simular un accidente que los obligase a permanecer allí toda la noche, y se dijo sonriendo: «Mamá es lo suficientemente anticuada para creer que el hecho es comprometedor y decidir que la obligación de un caballero es pedirme en matrimonio».

En aquel momento sonó el lejano estampido de un trueno. El cielo que brillaba sobre ellos era azul y sin nubes, pero Ellen adivinó que se avecinaba una tormenta. Si

llovía mucho, el torrente crecería en pocos momentos, hasta el punto de impedir su avance por el desfiladero. Siguió charlando, haciendo gala de todo su ingenio, con el exclusivo propósito de demorar la marcha. Refiriéndose al triste sino de las pobres truchas que, presas en el río, no podían conocer otros mundos, exclamó:

—¡Son tan estrechos sus horizontes!

—¿Acaso no son estrechos todos los horizontes? —dijo él, divertido por su compasión—. ¿Es nuestra situación mucho mejor que la de las truchas? ¿Le parece nuestro mundo más bello que ese poético y delicioso lugar?

—No obstante, creo que debe de haber muchas truchas descontentas —continuó Ellen burlonamente—. Por ejemplo, el macho tendrá ganas de correr mundo, y los maridos jóvenes de salir por ahí aunque se enojen sus esposas. Puedo imaginarme su conversación: «La vida es muy amable para ti, John, que te pasas el día recorriendo el río. Pero, ¿y yo? ¿Te parece justo que tenga que quedarme en casa, trabajando de la mañana a la noche?».

Harland sonrió. Luego, como si fuese realmente el marido a quien le hubiese hecho el reproche, respondió rápidamente:

—¡Tonterías, querida! Te he dado un bonito hogar, y tienes agua fresca y abundante, peñascos donde guarecerte y muchas moscas en los días de verano. ¿Qué más puede pedir una señora trucha que se respete a sí misma?

—Me gustaría viajar —dijo ella, encantada de hacerle tomar parte en su pequeña comedia y esperando que, distraído, no oyese los truenos cada vez más cercanos—. Nunca creí que por casarme tuviera forzosamente que quedarme aquí, rozando las mismas piedras toda la vida.

—Bueno, bueno, vente conmigo —propuso él—. Si ello ha de hacerte feliz… —tosió un poco, como para darse importancia, y añadió—: Se trata de un viaje de negocios. El viejo Bill Cortapescuezos ha inventado un nuevo sistema para cazar langostas, y quiero comprobar si es tan espléndido como asegura.

Ellen, fiel a su papel, hizo un delicioso mohín de contrariedad.

—¿Cómo quieres que viaje con esta figura tan ridícula que tengo por tu culpa? Las amigas se ríen de mí. No es muy divertido tener cincuenta mil hijos cada otoño. Deberías probar suerte alguna vez.

—Soy el padre… —adujo él—. Y siempre me ha parecido agradable tener tantos hijos —y después, simulando una repentina ternura, Harland añadió—: Ya sabes, querida, que te evitaría gustosamente tanta molestia si estuviese en mi mano.

Ellen comenzaba a hallar difícil su papel. Apenas pudo contener un suspiro de emoción. El absurdo juego los obligaba a hablar en tono tan íntimo que las palabras sonaban en su interior con la musical resonancia de alegres campanas. Alzó la cabeza, decidida a continuar.

—Te recordaré tu promesa en primavera. Estoy segura de que no voy a sacar nada con ello. Comenzarás a discursear acerca de los deberes sagrados de nuestra raza, y… En fin, te conozco demasiado bien.

Se miraron durante unos momentos. Después se echaron a reír, sintiéndose más cerca el uno del otro. Súbitamente, el sol se oscureció y luego se ocultó del todo. Harland miró al cielo.

—¡Hola! —exclamó sorprendido—. He ahí una nube. Creo que es la primera que he visto en el cielo desde que estoy aquí.

—¡Bah! De cuando en cuando descargan algunas tormentas por estas montañas —dijo ella sin darle importancia a sus palabras.

Pero Harland se levantó. Indudablemente, notaba algo extraño en el ambiente. Una brisa ligera comenzó a soplar en el desfiladero.

—Será mejor que regresemos —dijo—. No me gustaría que me cogiese aquí la tempestad.

Ella sabía mejor que Harland que aquello podía ser hasta peligroso. Sin embargo, con perversa obstinación trató de retrasar la marcha, prolongando las horas cuanto le fue posible. Recogió los papeles que habían envuelto los bocadillos y los lanzó a la hoguera. Luego esperó a que ésta se consumiera y echó agua sobre las brasas.

El río se extendía hacia el Sur entre una estrecha garganta flanqueada de rocas de cien pies de altura. Fue difícil hallar un sendero transitable. Unas veces tenían que meterse en el agua o saltar sobre ella de piedra en piedra, y otras trepar por las abruptas rocas. El cielo, cada vez más oscuro, se iluminaba de cuando en cuando por los relámpagos. Harland apresuró el paso, pero Ellen no le miró. Pasó unos minutos contemplando los negros nubarrones que se agrupaban sobre sus cabezas. Harland siguió avanzando sin mirar atrás. Cuando Ellen se dio cuenta tuvo que apresurar el paso para alcanzarle, por lo que, al salir de la garganta estaba rendida. Media hora después de haberse nublado el sol, empezó a llover. La lluvia se acercaba lentamente al lugar donde se encontraban, y vieron que a una distancia de doscientas yardas la espesa cortina de agua azotaba el suelo. Unas gotas enormes caían sobre la tierra todavía caliente por el reciente contacto del sol. Pronto las piedras estuvieron húmedas y frías. Sólo entonces, cuando la lluvia los alcanzó, buscaron refugio bajo una roca saliente. La lluvia caía con furia en el río, convirtiendo las vertientes en temibles cascadas de agua turbia. El ruido era tan intenso que tuvieron que hablarse a gritos. Harland acercó sus labios al oído de Ellen y dijo:

—Nunca creí que pudiese llover con tanta fuerza.

Ellen asintió, y al hacerlo su mejilla rozó la de él. Luego dijo:

—He visto llover así muchas veces en estas tierras. ¿Recuerda que el día que llegamos, hablaron de una inundación? Los pequeños torrentes que abundan por estas montañas se convierten con facilidad en cascadas y ríos que corren libremente por las llanuras desiertas.

El arroyo había comenzado a crecer. Ellen observó fijamente las aguas desde su refugio. El caudal aumentaba visiblemente minuto tras minuto. Calculó que tendrían que recorrer aún unas tres millas por el desfiladero. Pero la lluvia seguía cayendo furiosamente, y la oscuridad se hacía más profunda. Algo asustada comprendía que si

continuaba lloviendo cuando se hiciera de noche —lo cual era lo más probable— tendrían que quedarse allí solos, en la oscuridad. Sin embargo, pensó que sería delicioso acampar junto a una hoguera, buscar refugio y calor en los brazos de Harland, pasar la noche murmurando ternezas. Sus ojos brillaron. Harland miró nerviosamente su reloj, Ellen ni siquiera preguntó qué hora era. La lluvia caía como si hubiese de hacerse eterna.

—Es curioso. Cuando llueve nos parece que no ha de escampar nunca —dijo ella dulcemente.

—Deberíamos continuar.

—¡Bah! Esto pasará.

Las turbias aguas del arroyo arrastraban el barro de ambas vertientes. El río crecía por momentos. Súbitamente, Harland la cogió por un brazo.

—Vamos —dijo—. Si continuásemos aquí media hora más, el agua nos llegaría a la cintura.

La sacudió con tal rudeza que, sin darse cuenta, Ellen se encontró en sus brazos. Tan intensa fue su emoción que sintió que sus fuerzas la abandonaban y cariñosamente se apoyó en él.

—¿Le parece bien? —preguntó Harland.

—Perfectamente —respondió ella. Pero al hablar procuró no mirarle de frente.

Para salir del improvisado refugio tuvieron que atravesar un lugar por donde el agua les llegaba hasta la rodilla. La corriente era muy fuerte, y Harland le apretó la mano para ayudarla. En aquel momento, el arroyo pareció crecer para recibirlos. Su caudal aumentó seguramente unas seis pulgadas, formando una especie de sólido muro. Bajaba impetuosamente por el desfiladero, como si arriba se hubiese roto una presa imaginaria. En el momento en que pisaban tierra firme, el agua sobrepasaba la altura de sus rodillas.

La lluvia y el agua que se deslizaba por las pendientes cercanas les hizo experimentar la ilusión de haberse detenido bajo una cascada. Los amplios sombreros que llevaban —el de Harland pertenecía a Robie, pero el de Ellen era suyo, de otras temporadas pasadas en el rancho— resistieron el primer choque. Pero sus cuerpos quedaron instantáneamente empapados. En cuanto a los sombreros, incapaces de resistir el paso del agua, se les hundieron hasta las orejas. Ellen pensó en que no podrían seguir avanzando en tales circunstancias. El viento y la lluvia hacían la marcha tan fatigosa que sin duda acabarían por sentirse extenuados. Como si le atormentase el mismo pensamiento, Harland miró alrededor, y en la pendiente, a unos veinte metros de distancia, distinguió un peñasco saliente que prometía alguna protección. Apretó de nuevo la mano de Ellen y la obligó a cambiar de dirección para seguirle. Unas veces caminando y otras a gatas, tuvieron que trepar por el camino escarpado y atravesar charcos de agua y de fango y pequeños torrentes. Otras veces tenían que retroceder levemente, pero volvían a avanzar luchando por recobrar el terreno perdido, sonrientes y jadeantes, calados hasta los huesos, rendidos por el duro

esfuerzo realizado. Al fin llegaron a la roca que debía protegerlos del terrible azote del aguacero.

Ellen se sentía tan fatigada que por un momento sólo pensó en aliviar sus pulmones respirando hondamente. Cuando al fin pudo hablar se limitó a decir sonriendo:

—Esto es peor que cazar pavos.

Harland asintió, y ambos se sentaron de espaldas a la roca. El ruido era tan ensordecedor que no les permitía hablar. La cortina de agua era tan espesa que apenas podían distinguir el arroyo que corría a sus pies. Estaban empapados, y el aire era frío. Ellen había observado que la caja de cerillas que Harland sacó para encender la hoguera era impermeable, y al recordarlo se regocijó pensando que las cerillas estarían secas. Si la lluvia no cesaba, se verían obligados a pasar la noche en aquel escondrijo, y hubiera sido horrible no tener fuego para calentarse. Por mucho que hubiese deseado aquella aventura, comprendía perfectamente sus inconvenientes. Robie habría adivinado su crítica situación, pero ni aun el *cowboy* más experimentado hubiese podido hallar sus huellas en aquel laberinto de piedras.

Se contentó con seguir silenciosa, esperando que su corazón dejase de latir desesperadamente. De no haber acudido a su lado, Harland se hubiese hallado solo bajo aquel aguacero. Con los ojos de la imaginación lo vio mojado, tiritando y sufriendo intensamente su soledad. Sintió que la invadía una ternura casi maternal, y se alegró de estar a su lado para sufrir lo mismo que él. Le miró como se suele mirar a un niño a quien debemos cuidar y defender. Harland contemplaba el chaparrón con expresión pensativa y lejana.

—No se preocupe. Pronto pasará —le dijo ella al oído.

—¡Me siento tan impotente! —respondió él con rebeldía.

Ellen se acercó más a él, en parte para resguardarse del frío y en parte para consolarle con su compañía. No podían intentar nada hasta que la lluvia amainase. Ésta seguía cayendo a rachas con inusitada furia, azotando el peñasco que les servía de refugio como si desde lo alto la arrojasen a cubos gigantescos. Su violencia resultaba impresionante. Hasta Ellen sintió temor. No obstante, nada le daba miedo si podía afrontarlo junto a él.

Cuando al fin la lluvia amainó, Harland se incorporó como un prisionero que ve un camino abierto por donde escapar. Con la misma rapidez que se había desencadenado, la lluvia cesó de caer. Las nubes comenzaron a desaparecer, mientras el sol luchaba por brillar en el cielo. La atmósfera estaba llena de vapores espesos y extraños.

—Tenemos que partir —dijo Harland. Y sin más comentarios emprendieron de nuevo la marcha. Ellen le seguía sin pronunciar una sola palabra. Al principio caminaba con dificultad. Tenía los tobillos helados, pero el ejercicio hizo que entrara pronto en calor; durante un rato su paso fue ligero.

No obstante, el avance seguía siendo difícil. Las paredes del desfiladero eran muy

altas, y las rocas hacían imposible el ascenso a la cumbre. A menudo resbalaban sobre el barro o sobre las piedras mojadas. Por algunos lugares tenían que trepar a gatas. Siguiendo la senda que parecía más fácil, se hallaban unas veces muy por encima del nivel del agua y otras bordeando la orilla. Harland se detuvo al oír que su compañera le llamaba a gritos.

—Hemos olvidado las cañas junto a la laguna —dijo Ellen.

—No importa. Hemos pescado bastante por hoy —repuso Harland haciendo una mueca. Ellen respondió con una carcajada.

El arroyo había crecido tanto que era imposible vadearlo. En determinado momento estuvieron al borde del desastre. Fue al pie de un abrupto declive que acababan de pasar, en un recodo donde se formaban grandes charcos de barro que desembocaban en el arroyo. La marcha fue allí todavía más difícil. Harland saltó primero y le tendió a Ellen una mano. Pero cuando la joven iba a cogerla, cedió la superficie bajo sus pies y resbaló hasta el agua entre un alud de barro y piedras. Cuando Ellen vio tan cerca la rápida corriente se sintió embargada por el terror. Por suerte, el arroyo no tenía mucha profundidad en aquel recodo, y aunque la corriente la lanzó con fuerza de un lado a otro, no se mojó hasta más arriba de la cintura. Harland la ayudó a salir, y pronto se encontró en tierra firme. Se apretó a él con verdadera ansia, deseando no tener que separarse nunca.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Harland con cierta severidad.

Ellen asintió, enjugándose el rostro y apartando los húmedos cabellos que habían quedado adheridos a sus mejillas.

—He perdido el sombrero —dijo sonriendo.

—La corriente se lo llevó.

—Y por poco me lleva a mí, ¿verdad?

—Sí. ¡Por Dios, tenga cuidado! ¡Fíjese en el terreno que pisa! Y ahora, continuemos.

Ellen le siguió. Estaba tiritando, pues el baño inesperado la había dejado helada. Sus dientes castañeteaban, y el contacto de las ropas mojadas pegadas al cuerpo era cada vez más desagradable. En aquellas condiciones no podían caminar muy de prisa. La caudalosa corriente que rugía a su lado se le antojó de repente un tiburón que persiguiera a una embarcación y mirase con codicia a sus pasajeros. El suelo era resbaladizo y peligroso. El más pequeño error podía tener fatales consecuencias para ambos. Ellen llegó a pensar que si por desgracia volviera a caer en el río, ninguno de los dos tendría suficiente energía para dominar la situación. Seguramente serían arrastrados por la corriente. De cuando en cuando, con intervalos cada vez más frecuentes, se detenían a descansar; su respiración era jadeante y una fatiga inmensa estremecía sus cuerpos. El aire se fue haciendo más cálido, el cielo aclaró y el sol iluminó las cumbres. La hondonada se llenó de vapores.

El sol luchaba por brillar en el cielo, y, al verlo, Harland se dio cuenta de que la tarde iba declinando. Miró el reloj, y por primera vez se atrevió Ellen a preguntar qué

hora era.

—Van a dar las cinco —respondió él—. ¿Es que no puede andar más aprisa?

—Lo siento… Haré lo posible por complacerle —dijo ella sin el menor rencor. Sin embargo, no tardó en rezagarse de nuevo. Harland se detuvo para esperarla.

—Ya voy —aseguró Ellen. Pero tropezó con una piedra y cayó al suelo. Al oír su leve exclamación de angustia, Harland acudió rápidamente en su socorro.

—No es nada —dijo Ellen. Pero cuando intentó andar de nuevo, cojeaba y no logró disimular una mueca de dolor.

—Será mejor que le vende el tobillo —dijo Harland.

—Sí, creo que es lo mejor —respondió Ellen, sintiendo que el dolor era cada vez más intenso—. Pero no sé si le será posible. ¿De dónde sacará la venda?

—¿Servirá mi camisa? —preguntó él.

Ellen asintió. Se sentó en el suelo y se quitó el zapato y la media, mientras Harland se despojaba de la chaqueta de pescador y de la camisa, la cual rompió por la parte de la espalda hasta la altura del cuello, haciendo con el pedazo varias tiras largas. Desnudo hasta la cintura, su cuerpo apareció mojado y brillante, pero el sol no tardó en secarlo. Los músculos de sus brazos resaltaban bajo la suave piel. Se arrodilló junto a Ellen. Su amplio sombrero le tapaba por completo la cabeza. Ellen, que quería contemplarlo a su antojo, se lo quitó sin decir nada, Harland levantó la cabeza y la miró interrogativamente.

—Debe de pesar mucho —dijo Ellen—. Estará mejor sin él.

—¿Por dónde empiezo? —preguntó Harland.

Ellen le indicó cómo debía colocar la venda. Cuando él hubo terminado, se puso la media sobre el vendaje y se ató el zapato fuertemente. Entretanto, Harland había vuelto a ponerse lo que quedaba de la camisa. Las mangas y la pechera estaban en buen estado, pero ambos rieron de su extraño aspecto.

—Es como uno de esos camisones que suelen confeccionarse para los heridos —dijo Harland.

Ella se irguió para tratar de andar, y exclamó al dar unos pasos:

—¡Magnífico!

Se dio cuenta de que en aquellos momentos él admiraba su valor.

En adelante fue Ellen quien abrió la marcha, que, naturalmente, no pudo ser demasiado rápida. Poco después, asustados, contemplaron la escena que se desarrollaba cerca de ellos. La fuerza de las aguas había socavado la base rocosa de una de las paredes del desfiladero que se elevaba a más de doscientos pies sobre el lecho del río. Dicha pared estaba constituida por una mezcla de pizarra, arcilla y una ligera capa de piedra. Destruida su base, la mole entera se desplomó. Como un glaciar que tropieza con un río crecido por las corrientes primaverales, la pared se estremeció bajo el azul del cielo. Ellen la oyó crujir. Luego la vio derrumbarse como una chimenea que perdiese el equilibrio y se viniese abajo. En aquel preciso instante, un alud de tierra y de pedruscos se precipitó por el desfiladero con tal violencia que el

suelo se estremeció. Las aguas hirvieron como si alguien hubiese hecho estallar una carga de dinamita en el fondo del arroyo. Sin darse cuenta perdieron el equilibrio y se hallaron en el suelo, no sin antes agarrarse el uno al otro. Con los ojos muy abiertos siguieron contemplando la escena.

Pasado el primer momento de terror causado por el impresionante espectáculo. Ellen se dio cuenta de que el alud había puesto un dique a las aguas, y que la corriente quedaba momentáneamente estancada. Estaban prisioneros, como moscas encerradas en una botella. Las aguas comenzaron a crecer, y el desfiladero a llenarse con la rapidez con que se llena un vaso bajo el grifo.

—¡Tenemos que escalar ese lado y salir de aquí! —gritó Harland—. ¡Vámonos!

La cogió de una mano para ayudarla a subir. A sus espaldas, el agua seguía cayendo. El terror les hizo apresurar la marcha. Por fin se detuvieron para mirar atrás, con las manos enlazadas fuertemente. Las aguas no tardarían en llegar al nivel de la improvisada presa. Una pequeña filtración pasaba ya por unas grietas con la misma facilidad con que un cuchillo caliente corta la manteca. La filtración se hacía cada vez más ancha. Vieron cómo algunos peñascos se hundían, y cómo la corriente, canalizada otra vez, seguía triunfante su rápido avance. Esto había ocurrido al otro extremo de donde ellos se encontraban, de modo que las piedras que habían formado una presa eran entonces como un rústico puente por el que podían cruzar a pesar del lodo y de los guijarros. Para ello tenían que pasar precisamente ante el lugar donde había ocurrido el desprendimiento, y por el que de cuando en cuando caía todavía algún pedrusco. Pero si aguardaban demasiado la corriente podría también arrastrar el improvisado pasadizo impidiéndoles cruzar. Tenían que aprovechar la oportunidad, y así se lo dijo Harland a Ellen.

—¡Pero si es imposible! —respondió la joven, acercándose a él castañeteándole los dientes de terror.

—Tenemos que hacerlo.

—Nos hundiremos en el lodo como las moscas en la miel —repuso Ellen—. Nos sepultará un nuevo desprendimiento.

Harland le apretó la mano con tal fuerza que sus huesos parecieron a punto de romperse.

—Pasaremos —dijo con firmeza. Y sonrió atrayéndola hacia sí—. No se preocupe, Ellen —añadió con calma—. No ocurrirá nada. Vamos.

Cogidos de la mano descendieron por la pendiente hasta llegar a la orilla. El lodo les llegaba a las rodillas, y Ellen pensó que no podrían pasar. Una lluvia de piedras y fango caía desde una altura de más de cien pies, salpicándoles la cara. Pero lograron cruzar, y al llegar a un lugar seguro volvieron la cabeza a tiempo de ver cómo la furia de las aguas arrastraba las piedras por donde acababan de pasar.

Harland se echó a reír, orgulloso de haber vencido al terrible enemigo. Al comprobar que era capaz de reír en un momento como aquél, Ellen le miró con orgullo.

—Creí que moriríamos ahogados —dijo al fin con voz ronca.

—Estamos a salvo —repuso él—. Ya le dije que triunfaríamos. ¿Le duele mucho el tobillo?

—No. Está cada vez mejor.

—Cuando lleguemos a un sitio llano la llevaré en brazos.

—¡Bah! El ejercicio me sentará bien.

Pero la frase era tan absurda en aquellas circunstancias que ambos se echaron a reír. La terrible experiencia pasada los había unido más. Miraron al cielo. El sol se escondía ya tras las cercanas montañas. Sus últimos rayos bañaban las cumbres y aunque el desfiladero comenzaba a llenarse de sombras el cielo era todavía claro y sereno. Ellen comprobó que el camino era también más transitable, y su paso se fue haciendo firme y seguro. Las montañas que los rodeaban no parecían ya tan abruptas; era como si quisieran abrir sus garras para dejar en libertad a sus dos desgraciados prisioneros. Cuando llegaron al lugar donde el desfiladero se ensanchaba, era ya casi de noche. La violencia de la corriente, libre de la estrechez de la garganta que había quedado atrás, fue también decreciendo. Continuaban andando por la orilla hasta que al fin llegaron a una explanada cubierta de pinos y álamos. Ellen se dejó caer en el suelo suspirando.

—No puedo continuar sin descansar un poco —dijo—. ¿Cree que nos encontrarán si aguardamos aquí?

Las sombras comenzaron a rodearlos, pero el ensordecedor ruido del torrente no les impedía hablar.

—Naturalmente —dijo él—. Estoy seguro de que nos encontrarán. Descanse ahora. Intentaré encender una hoguera.

Ellen procuró orientarse. El rancho de Robie estaba situado en la parte Norte, y ellos se encontraban en la parte Sur del desfiladero. No podrían encontrarlos hasta que las aguas bajasen. Sin embargo, se guardó muy bien de comunicar a Harland su descubrimiento. Le vio buscar a tientas un poco de leña. La que encontró estaba mojada, pero las briznas y las ramas de los pinos arden lo mismo secas que húmedas. Cuando hubo amontonado la leña, arrancó algunas ramitas de los árboles y buscó las cerillas. La primera se encendió al momento, pero la llama se extinguió en seguida. Probó una tras otra hasta media docena, y al fin vio realizado su deseo. Cinco minutos después, el fuego brillaba ante sus ojos y las ramas crujían levantando chispas que rozaban los árboles. Harland permaneció en pie, contemplando satisfecho su obra.

—¡Ya está! —gritó frotándose las manos.

Ellen, sentada cerca de la hoguera y apoyada en el tronco de un pino, sonrió con aprobación y miró alrededor. Las llamas formaban un círculo de luz, más allá del cual reinaba otra vez la oscuridad. Aquel círculo iluminado resultó simbólico para Ellen. Le parecía casi palpable, como si levantase invisibles paredes y les ofreciera un asilo donde descansar. Harland había construido para ambos aquel refugio en el corazón de

la misma selva, y en el pequeño santuario creado por él Ellen se sintió feliz.

Se volvió para mirarle, y le oyó preguntar:

—¿Cómo se encuentra? ¿Le duele menos el tobillo?

—Sí —repuso ella—. Pero tengo un frío terrible.

Esto era cierto, a pesar del calor de la hoguera cercana, pues tanto ella como él estaban calados hasta los huesos.

—Creo que lo mejor es que se quite la ropa —indicó Harland—. Podríamos ponerla a secar. Tendrá menos frío sin ella.

Ellen obedeció sin replicar, y le entregó la falda y la blusa de colores brillantes, sucia y raída entonces. Sin ningún comentario, Harland cogió ambas prendas y las tendió cerca del fuego para que se secaran. Su actitud era impersonal, completamente indiferente.

En cambio para Ellen la situación tuvo un significado más profundo. En aquellas circunstancias, era lo más lógico olvidar cualquier prejuicio, quitarse la ropa y ponerla a secar; pero por ser Harland precisamente quien estaba a su lado y porque éste tanto significaba para ella, el hecho le pareció simbólico, como si de pronto renunciase a todas sus defensas de mujer. El círculo de luz era como un anillo de esponsales. Su acción fue así igual que una muda entrega, tras la cual se sintió Ellen inevitablemente ligada a él.

Para Harland, en cambio, la escena no tuvo tanta trascendencia.

—Siéntese junto al fuego hasta que entre en calor —dijo, y su voz fue completamente tranquila y serena.

Ellen obedeció, pero después de un momento dijo:

—Me estoy tostando —y volvió a sentarse junto al árbol con las piernas encogidas, como un pequeño montón de carne blanca y suave, mirándole con el alma en los ojos. Harland añadió más leña a la hoguera, y las llamas alcanzaron considerable altura. También él se despojó de una parte de sus ropas, y al hacerlo halló en uno de sus bolsillos la enorme trucha, olvidada con las peripecias pasadas.

—¡Vaya, menos mal! —exclamó satisfecho—. Aquí tenemos cena…

Y dejó en el suelo el hermoso ejemplar para colgar su camisa cerca del fuego. Quedó desnudo hasta la cintura. Las llamas proyectaban extrañas sombras en su pecho y en su espalda. Ellen experimentó la sensación de hallarse sola con él en un mundo que les pertenecía, como si fuesen dos enamorados sentados junto a la chimenea del hogar en un momento de intimidad.

En aquel instante sus ojos se encontraron por entre las llamas. Ambos sostuvieron la mirada. En la de Ellen se reflejaba toda la tormenta de deseos que experimentaba su corazón. Se miraron largamente, sin moverse ni hablar. Como hechizado, Harland se acercó a ella. Ellen siguió mirándole con insistencia. Se daba cuenta de que había llegado el momento en que tanto había soñado.

Lanzando una exclamación ininteligible, Harland se arrodilló junto a ella y la sujetó por los desnudos hombros, con tal fuerza que sus dedos se hundieron en la

carne.

Ellen continuó mirándolo. Harland se inclinó, y al hacerlo halló muy cerca los labios hambrientos que se le ofrecían generosamente. La besó con violencia, abrazándola con fuerza, y Ellen sintió entre sus dientes la ansiada boca de él.

Así, sin cesar de besarla, Harland comenzó a pronunciar palabras absurdas sin ilación, mientras seguía abrazándola. Súbitamente, la joven echó la cabeza hacia atrás para mirarle de nuevo. El reflejo de las llamas ponía sombras extrañas en su rostro.

—Nunca te dejaré escapar —murmuró.

Si Harland adivinó en sus ojos y en sus palabras algo implacable que casi le asustó, ella ni siquiera se dio cuenta.

En la lejanía, más allá del río, oyeron de pronto un grito prolongado. Harland se levantó de un salto y respondió con otro. Sus salvadores se aproximaban.

5

Ellen escuchó el grito lejano con una mezcla de disgusto y de celos. Hubiese preferido estar sola con Harland al menos una hora más. Pero tuvo que seguirle hasta la orilla, a la que él se había dirigido rápidamente para gritar que estaban a salvo. La luna brillaba en un cielo claro y sereno. Vio que alguien se aproximaba a caballo, vadeando las aguas. Cogió entre sus manos la cabeza de Harland y le dio un beso, diciendo sonriente:

—Tendré que vestirme —y fue a refugiarse tras unos árboles cercanos, más allá del fuego.

Harland aguardó en el mismo lugar, hasta que Charles Yates llegó a su lado llevando una botella de café y un paquete de bocadillos. Cuando Ellen se acercó iba completamente vestida. Charlie afirmó que Lin y Robie se hallaban en la otra orilla, y que éste había enviado un mensajero al rancho para comunicar a los demás que habían sido encontrados. Como las aguas iban decreciendo con la misma rapidez con que habían subido, Robie y el pequeño Lin pudieron también vadearlas. Llevaban ropas secas que la previsora mistress Robie había preparado para los dos. De nuevo Ellen se escondió entre los árboles para vestirse, mientras Harland contaba sus aventuras a Glen y a los demás. Por fin, poco después de media noche, llegaron al rancho.

Tan pronto como supo que Ellen estaba a salvo, mistress Berent, exhausta por el largo viaje a caballo, se fue a acostar.

Pero Ruth, mistress Robie y Tess los aguardaban. Loca de felicidad, Ellen abrazó y besó a las tres, Ruth la miró atónita (hacía muchos años que no se besaban), y, al notarlo, Ellen se excusó irónicamente:

—Lo siento, querida. No pude evitarlo. ¡Soy tan feliz!

Ruth comprendió y miró a Harland. Tess, excitada y nerviosa, pedía que le

contasen detalladamente todo lo ocurrido, y Ellen, mirando de cuando en cuando a Harland, le relató la historia de su accidentada excursión por el desfiladero. Cuando terminó, mistress Robie dijo con calma:

—Debes estar fatigadísima después de tantas peripecias.

—Será mejor que nos vayamos a dormir.

Ellen asintió. Harland estaba a su lado.

—Buenas noches —le dijo ella dulcemente—. Te aguardo a las siete en la piscina.

Mistress Robie dijo que creía conveniente que durmiese hasta bien entrada la mañana, pero Ellen contestó:

—¡Por Dios, nada de eso! Quiero aprovechar el último día de mi estancia aquí.

Y antes de seguir a Ruth, que subía ya la escalera, miró de nuevo a Harland.

Ruth le dijo que mistress Berent había encargado que la despertasen en cuanto llegasen. Pero cuando Ellen abrió la puerta suavemente, su madre encendió la luz de la mesa de noche y dijo:

—Pasad, pasad. No os quedéis ahí chismorreando —y añadió dirigiéndose a Ellen —: Bueno, veo que no te has ahogado, aunque creo que lo merecías. Supongo que estarás satisfecha.

—Claro que sí, mamá —respondió Ellen alegremente, y sus ojos brillaban de júbilo mientras cruzaba con Ruth una mirada maliciosa, como si compartiesen un secreto. Mistress Berent notó aquella mirada.

—¿Qué es eso, qué es eso? ¿Qué os traéis entre manos? —inquirió. Pero comprendió inmediatamente y murmuró—: Sospecho lo que ha sucedido. En fin, ¡qué le vamos a hacer! Había creído que míster Harland era más juicioso.

—No conseguirás engañarme, mamaíta —dijo cariñosamente—. Sé que eres feliz simplemente por saberme dichosa.

Y extendiendo los brazos comenzó a danzar por la habitación, gritando alegremente:

—¡Es verdad! ¡Es verdad! Vamos a casarnos en seguida.

Antes de partir pasado mañana —miró el reloj que había sobre la mesa de noche y vio la hora que era—. Es decir, el día de ayer ya terminó, así que nos casaremos mañana mismo.

Mistress Berent frunció el ceño, se sentó en el lecho y dijo con severidad:

—Ellen Berent, te guardarás muy bien de hacer eso.

Pero Ellen, a quien la felicidad hacía más amable, se limitó a decir:

—No protestes, mamá. Todo está decidido.

—¡Decidido! Pero, ¡por el amor de Dios!, eso no es ni siquiera decente, Ellen. ¡Prometerte con uno y casarte con otro! ¿Qué dice míster Harland a eso?

—Ni siquiera sabe que vamos a casarnos mañana —dijo Ellen haciendo un guiño picaresco. Sus palabras eran como una música armoniosa, y su sangre cantaba alegremente en sus venas—. No se lo he dicho todavía —añadió—, pero da lo mismo. Está decidido.

—Antes tendrás que oírme, hija —insistió mistress Berent—. ¿Por qué no esperas hasta el próximo otoño? Ten por seguro que entonces no me opondré. Lo que no quiero es una boda tan absurdamente precipitada. Es como si hubiese sucedido algo irremediable.

Ellen sintió que sus mejillas enrojecían de furor. La oposición comenzaba a ponerla nerviosa.

—Comprendo lo que te preocupa —dijo con desprecio—. ¡La opinión de la gente! Pero, mamá, ¿no comprendes que todo eso es una tontería? ¿Por qué no te decides a cambiar de ideas? ¡Son tan anticuadas!

—Tu caso es peor, hija. No tienes principios ni crees en nada. Sólo piensas en hacer tu voluntad —repuso mistress Berent—. Pero esta vez no te saldrás con la tuya.

Ellen vaciló antes de seguir la discusión.

—¿De veras quieres discutir, mamá? ¿Esta noche precisamente, en que me siento más feliz que nunca? ¿Por qué estropeas así mi dicha?

Después miró a Ruth con aire suplicante, se sentó a su lado en el lecho y le cogió afectuosamente una mano. Sabía la inmensa capacidad de ternura que Ruth encerraba y decidió aprovechar aquella circunstancia para el mejor logro de sus fines.

—¿Por qué no quieres que sea feliz, mamá? —siguió Ellen diciendo—. Richard y yo no intentamos hacer ninguna locura.

Tiene en Georgia a su hermano, imposibilitado a causa de un ataque de parálisis infantil. Richard no quiere separarse de él. Necesita marchar a su lado. Pero también me necesita a mí. Y yo le necesito a él. Queremos estar juntos. No quiero permitir que parta solo. No quiero separarme nunca de él.

Vio claramente que sus frases comenzaban a emocionar a mistress Berent. Sin embargo, ésta exclamó de improviso:

—¡No quieres, no quieres! Eso es lo peor, Ellen. Que en la vida sólo parece importarte lo que quieres y lo que dejas de querer. Lo que puedan querer los demás te tiene sin cuidado.

Ellen apretó levemente la mano de Ruth, como para obligarla a salir en su defensa. Luego dijo:

—Pero, mamá, se trata de mi felicidad y de la de Richard. De nuestra vida…

—Para mí, sólo existen dos personas: Ruth y tú. Vosotras dos sois mi vida —repuso mistress Berent comenzando a flaquear—. Sólo te pido que esperes un poco, unas semanas. Hasta el otoño.

Al hablar, sus ojos se llenaron de lágrimas. Pero aquello tuvo la virtud de impacientar a Ellen, quien dijo en voz más alta y hasta con acritud:

—¡Por Dios, mamá, no empieces a lloriquear! No quiero seguir discutiendo. Soy mayor de edad. Además, las lágrimas no resuelven nada.

Se levantó. Tenía todavía la mano de Ruth entre las suyas. Besó a ésta en la mejilla, y la muchacha, emocionada, respondió a la caricia con toda la ternura de que era capaz.

En aquel momento, Ellen casi la despreció. La comparaba a un perro fiel que a pesar de los malos tratos que recibe lame la mano de su amo ante la menor demostración de afecto. Decidió seguir jugando con el cariño de Ruth, aprovecharse del ansia de amor que ésta sentía.

—Convence a mamá, Ruth. Defiende mi punto de vista —murmuró.

Ruth vaciló. Por fin dijo sinceramente:

—Creo, mamá, que si yo estuviera enamorada, si desease casarme con un hombre y él también conmigo, y los demás se opusieran… No sé cómo explicarme, pero lo encontraría completamente irrazonable.

—¿Te das cuenta, mamá? —exclamó Ellen—. Lo único que yo deseo es que te cases normalmente, que salgas de tu casa sin prisas ridículas.

—Los enamorados siempre tienen prisa —dijo Ellen volviendo a sonreír—. El amor tiene prisa, mamá, y corre lo mismo que la corriente de un río.

—Jamás daré mi consentimiento —insistió mistress Berent—. Es una verdadera locura.

Ellen la miró con los ojos centelleantes de cólera. ¿Por qué seguía negándose, si sabía que, como siempre, tendría que rendirse al fin a su voluntad?

—Sabes por experiencia que no conseguirás que cambie de opinión —dijo en tono glacial.

—En efecto. Sé que, como siempre, harás tu capricho.

Mistress Berent la miró largamente. Después se tendió en el lecho y les volvió la espalda.

—Perfecto —dijo al fin con voz sombría—. Siempre te sales con la tuya. No podía ocurrir ahora de otra forma. Espero divertirme el día de tu boda, querida.

6

Ellen esperaba a la mañana siguiente estar a solas con Harland en la piscina. Pero apareció Robie acompañado por Tess y Lin, y hasta que no hubo terminado el desayuno no vio la manera de llevarle al jardín. Entonces le hizo saber su plan. Se casarían en el rancho aquel mismo día, y marcharían juntos a Georgia. Pero Harland se mostró sorprendido y hasta contrariado. La situación le parecía absurda, pero Ellen dijo con firmeza:

—Me parece lo más natural, querido. ¿Crees que podría regresar tranquilamente a Boston o a Bar Marbor y dejar que partieses solo para Georgia? Sería ridículo. Además, quiero conocer a Danny, pasar junto a él muchas horas, leerle muchos libros, contarle muchas cosas, hacerle dichoso. Así podrás reemprender tu trabajo, y cuando vuelvas, terminada la tarea, ¡seremos tan felices los tres! Me necesitas, querido, y yo a ti. ¡Oh, si supieras cuánto te quiero! —se refugió en sus brazos, sollozando de angustia—. Creo que me moriría si tuviera que separarme de ti —

añadió. Al ver que él se mostraba aún reacio a sus planes, siguió envolviéndole en una ola de suave ternura.

Por fin Harland acabó por aceptar. Sólo puso una única condición: que enviase un telegrama a Quinton diciéndole la verdad.

—¡Claro que lo haré, querido! —asintió ella—. Te aseguro que pensaba telegrafiarle. Dame papel y lápiz. Lo haré ahora mismo.

Pero Harland tuvo que confesar que no llevaba ni lápiz ni papel. Ellen dijo riendo:

—¡Vaya un escritor! ¡Mira que no llevar siquiera un lápiz encima!

—Tengo muchos en mi habitación.

—Entonces, vamos allá.

Le cogió de la mano y le obligó a subir la escalera, sin darle tiempo para negarse o resistir. Cuando se hallaron solos, cerró cuidadosamente la puerta y le besó con renovado ardor, sintiéndole completamente suyo. Sonrió triunfante. Luego cogió la pluma y el papel que él le daba y escribió sin vacilar:

He comprendido que íbamos a cometer un error. Me caso mañana con Richard Harland.

Ellen.

—Ahí tienes —dijo volviéndose a Harland.

Éste leyó sonriendo lo que Ellen había escrito, pero luego dijo repentinamente serio:

—¡Por Dios, Ellen! No hay necesidad de ser tan brusca. Después de todo, ese hombre te quiere. Merece alguna consideración.

—¿Siempre serás tan tolerante con los hombres enamorados de mí? —preguntó ella maliciosamente.

—Piensa en su reacción cuando reciba tu mensaje.

—Lo siento —repuso ella mirándole con ternura—. No puedo pensar ahora en él. Has llenado mi vida de tal modo, Richard, que sólo puedo pensar en ti.

Harland cogió otro papel y pluma.

—Lo escribiré yo —murmuró. Y se sentó ante la mesa. Ellen asintió y se sentó en el brazo del sillón para leer lo que él escribía. Harland, después de romper una o dos hojas, escribió al fin:

Lo siento, Russ, y lamento hacerte desgraciado. Te ruego que me creas. Trata de olvidarme. Me doy cuenta de que nunca te he amado. Creo que te acepté porque eras amigo de mi padre y porque tú me lo recordabas. Sé que eres generoso y que me perdonarás. No regreso a casa. Probablemente pasaremos mucho tiempo sin volver a vernos. Es lo mejor. Créeme. Adiós.

Ellen.

Cuando terminó de escribir, fue ella quien se echó a reír.

—Eres un hombre extraño. ¿Necesitas siempre escribir una novela para decir lo que sientes? En fin, mandar eso costará una fortuna, pero, de todos modos, lo enviaremos por correo esta misma noche.

Cogió el papel para leerlo de nuevo. Luego dijo:

—Se nota a la legua que no lo he redactado yo. No es mi estilo. ¿Cómo te diré? Me parece demasiado literario. Además, ni siquiera mencionas tu nombre. ¿Qué te pasa? ¿Tienes miedo?

—Es mejor que no me metas a mí en eso. Empeoraría las cosas. Así le das una oportunidad para que acceda a tus deseos y rompa el compromiso.

—No creo que Russ sea tan generoso —dijo ella pensativamente. Luego se echó a reír y miró a Harland con ternura—. Pero, en fin, lo enviaremos si te empeñas. Dijimos que por correo, ¿verdad?

—No —insistió él—, es un telegrama. Preferiría recibir la contestación antes de… mañana.

—No creo que nos mande su bendición telegráficamente —dijo ella.

—No importa. Lo enviaremos.

—Perfectamente, señor —repuso ella con fingida seriedad. Luego le abrazó y le besó, exclamando en tono ardiente—: ¡Te quiero, te quiero, te quiero!

Cuando hubieron enviado el telegrama, Harland insistió en hablar con mistress Berent. Ellen abrigaba todavía algún temor, pero éste se disipó al enfrentarse con su madre. La derrota de ésta la noche anterior había sido completa.

—Hágala feliz, míster Harland —dijo la anciana—. Y procure que no se lo coma vivo. Es muy capaz de hacerlo, a fuerza de cariño…

Harland se echó a reír, pero mistress Berent, continuó seria. Ellen le mordió una mejilla a Harland y dijo bromeando:

—¿Lo ves? Ya empiezo a devorarte —luego le cogió de la mano, y añadió—: Ahora debemos decírselo a míster y a mistress Robie. Al fin y al cabo, tienen derecho a saberlo pronto, ya que nos casaremos en su casa —y le obligó a seguirla.

Cuando Robie lo supo, miró a Harland con duda y sorpresa. Luego los felicitó a ambos. Mistress Robie recibió la noticia con su serenidad habitual. Hablaron de detalles, y Ellen, segura de lo que quería, comenzó a disponer lo necesario, y decidió apresurar los preparativos. Robie dijo que no había ningún sacerdote en el pueblecillo cercano al rancho. Para hallar uno tendrían que recorrer cincuenta millas.

—Podemos telefonear —añadió—. Creo que no tendrá inconveniente en venir.

—No, no —insistió Ellen—. No me parece prudente. Es mejor que vaya usted con Richard a ese pueblo y hablen con él. Así podrán traer la licencia necesaria y un anillo para mí. ¡Vamos, vamos, necesito un anillo! —exclamó, empujándolos hacia la

puerta. Luego besó a Harland y le dijo—: Es el último beso que te doy hasta que nos casemos, querido. Ya sabes que no debes ver a la novia antes de la ceremonia.

Harland se alejó con Glen, y Ellen, Ruth, Tess y mistress Robie continuaron trazando planes. Ellen quería casarse en la pérgola, junto a la piscina. Mistress Robie calculó las flores que harían falta para adornar aquel lugar, y Ruth y Tess hablaron del traje que debía llevar. Pasaron una mañana muy atareada, y después de comer, Ellen manifestó que se encontraba rendida y se recluyó en su habitación, rogando que no entrase nadie, ni siquiera Ruth. Harland y Robie no habían regresado cuando se recibió por teléfono el telegrama de Quinton. Tess lo copió en un papel y se lo entregó a Ellen. Quinton decía:

Rehúso aceptar tu determinación. Corro a tu lado. Te quiero.

Russ.

Ellen lo leyó con los ojos brillantes. Tess dijo vacilando:

—Tal vez no debí recibirlo, pero le aseguro que no sabía de qué se trataba —luego preguntó con incontenible curiosidad—. ¿Quién es ese Russ, Ellen?

Ésta comprendió lo que pasaba por la mente de Tess, y sintió un repentino rencor.

—Un hombre lo bastante viejo para ser mi padre —repuso—. Era amigo de mi padre. Desde que le conocí, siendo niña, está empeñado en casarse conmigo. Ha llegado a creer que estábamos prometidos. Hasta me dio un anillo, que he llevado algunas veces.

—Sí, me fijé en él cuando llegó.

—Es un hombre horrible —prosiguió Ellen—, gordo, calvo y con pelos en la nariz.

La descripción hizo reír a Tess. Después, Ellen pensó que no era conveniente que Harland viese el telegrama. Lo rompió en pequeños pedazos y los tiró a un rincón, diciendo:

—Esto es el fin de míster Quinton —luego pensó que debía ganarse a Tess como aliada, y añadió cariñosamente—. Tess, no quiero que te separes ni un solo momento de mí. Hay invitados esta noche para la cena, ¿verdad?

—Creo que sí. Algunos amigos, propietarios de ranchos vecinos. Mamá los invitó hace más de ocho días, y vienen de muy lejos. Pero, naturalmente, podemos aplazar la fiesta y…

—Nada de eso. No me lo perdonaría nunca. Sólo una cosa quiero rogarte: que seas mi carabina, Tess, que no nos dejes solos un momento.

—Pero, ¿por qué? ¡Pobre Harland!

—Es mejor así. Se trata de un presentimiento. ¿Crees en los presentimientos de una novia a punto de casarse? Accede, Tess. Prométeme que no me dejarás sola con él.

Tess, íntimamente encantada de la conspiración accedió de buena gana. Se quedó con Ellen hasta el momento de vestirse para la cena. Cuando Harland volvió con Robie, llamó a la puerta de su prometida.

—No puedes entrar, querido —contestó Ellen—. Tess y yo estamos muy ocupadas. ¿Lo tienes todo listo?

Aun a través de la puerta cerrada le sintió Ellen vacilar antes de responder:

—Sí, todo…

—Espléndido. Hasta luego. Te quiero.

—Es que… Ellen, quisiera hablarte a solas.

—Tenemos toda una vida por delante para hablar.

Oyó como sus pasos se alejaban. Tess murmuró a su lado con expresión maliciosa:

—Parecía preocupado.

—Puede que esté asustado. Debe de ocurrirle lo mismo que a todos los hombres la víspera de su matrimonio.

A la hora de la cena, Ellen, conforme a sus deseos manifestados previamente a mistress Robie, se sentó lejos de Harland. Pero Robie anunció sus planes e invitó a todos los presentes a la boda. Se cruzaron los brindis de rigor, y Harland y Ellen contestaron a ellos. Pero Ellen distaba mucho de sentirse tranquila. Pensaba en Quinton, en el tiempo que podía tardar en presentarse, en el momento de su llegada. Al levantarse de la mesa se colocó como antes junto a Tess. Después, dando una excusa, subió la escalera seguida por la muchachita. Al notarlo, Harland corrió hacia ella, pero Ellen le dijo sonriendo:

—No, querido, prefiero que no subas. No sería correcto. Hasta mañana, amor mío —y le besó sin apenas rozar sus labios.

Cerró la puerta y se apoyó en ella. Estaba temblando. Tess se acercó asustada y le cogió las manos. Pero Ellen no tardó en recobrarse. Suspirando, dijo:

—Estoy muy nerviosa, pero supongo que eso es natural —luego besó a Tess y añadió—: Gracias por todo, querida. Me encuentro muy bien. Buenas noches.

Cuando se quedó sola tuvo la precaución de cerrar la puerta con llave, como si al otro lado le acechasen ocultos y misteriosos peligros. Se desnudó rápidamente y se acostó. Hasta ella llegaba el rumor de las voces, de la música y de muchos pies al bailar. Algunos de los invitados debían de hallarse en la pérgola, junto a la piscina. Sus risas llegaban hasta ella a través de la ventana entreabierta. Alguien llamó entonces a su puerta. Era Ruth, que le preguntó si deseaba algo.

—No, gracias, querida. Estaba casi dormida. Buenas noches.

Pero no se durmió hasta que la casa quedó en silencio y los invitados se hubieron marchado.

Al día siguiente, cuando apuntaba el sol, se casaron en la pérgola, junto a la piscina, como Ellen deseaba. Robie les prestó uno de sus coches para la primera etapa del viaje.

—Dejadlo donde queráis —dijo generosamente—. Comunicadme por telegrama dónde debo mandar por él.

Soportaron resignados la clásica lluvia de arroz, y se alejaron rápidamente. Ellen no dejó de saludar mientras comprendió que el grupo que quedaba atrás podía verla. Después lanzó un suspiro de satisfacción y pasó una de sus manos por el brazo de Harland.

—En realidad —dijo—, no ha sido tan terrible.

Harland le acarició la mano, pero un momento después dijo:

—Lamento que no llegara contestación de Quinton.

—Tal vez estuviera ausente y no recibiese mi telegrama —repuso Ellen.

7

Su habitación en el hotel de Taos daba al Oeste. Ellen se despertó al amanecer y permaneció echada por unos momentos, sintiéndose dichosa, tranquila y satisfecha.

La claridad del día invadía lentamente la habitación. La joven miró a Harland, que dormía aún, tranquilo como un niño. Ellen hallaba un secreto placer en contemplarlo. Admiró la forma de su cabeza, el contorno de sus hombros, la línea de sus dedos… Amaba todo aquello intensamente. Al fin se sentó en el lecho para mirar a través de la ventana las lejanas montañas al otro lado del desierto. El mundo dormía aún entre los vagos vapores de la aurora, todavía indefinido, falto de vida y de color. Ante sus ojos, las remotas cumbres comenzaron a teñirse de rosa en el milagro del amanecer. El mundo renacía a la vida, se revestía de inusitada brillantez. Los rayos del sol doraban el paisaje. Nacía el sol detrás de Taos, detrás de Ellen. Sus rayos, deshaciendo vapores y sombras, cruzaban el cielo. El pueblecito se llenó de luz.

Después, el sol continuó elevándose en el cielo. Las lejanas montañas se iluminaron. Las rocosas laderas y las sombrías hondonadas adquirieron un color cambiante que a Ellen se le antojó maravilloso. Súbitamente, le pareció que el día que acababa de nacer quería arrollarla, como si el sol surgiese por Occidente en vez de hacerlo por Oriente. La luz iba revelando paulatinamente cada repliegue del desierto. Los recodos oscuros y grisáceos en la penumbra quedaban al contacto del sol teñidos de color de rosa, y lo que era brillante relucía con reflejos de bronce. El milagro continuó, y Ellen contempló admirada cómo el desierto cambiaba continuamente de color. Ella había visto a las auroras boreales iluminar cielos otoñales, pero aquel día los colores, aunque no tan brillantes, cambiaban sin cesar como manipulados por Dios, como si el mismo Dios pusiese sus colores en una paleta para recoger los que había de utilizar para adornar al mundo en aquel amanecer.

Había en aquel espectáculo algo sublime que Ellen captó con su mirada. Después sonrió, preguntándose si aquella belleza la hubiese emocionado el día anterior de un modo tan intenso. Desde que conoció a Harland se habían aguzado sus sentidos

respondiendo a una serie de nuevas emociones. Pero en aquella misma sensación halló siempre una ignorada angustia, el continuo temor de perderle, el ansia terrible de no tenerle sólo para sí. Aquella mañana sus sentidos estaban más despiertos que nunca, pero al mismo tiempo se supo más tranquila y en paz.

Mientras contemplaba el espectáculo que seguía desarrollándose ante su ventana, pensó en aquellas montañas —que al principio quisieron ahogar al sol y que luego lo dejaron libre para calentar la tierra, del mismo modo que la mano del durmiente busca una manta cuando el frío se hace más intenso en la noche— debían de estar muy lejos, a muchas millas de distancia, porque los rayos del sol que habían surgido entre ellas no iluminaban todavía la habitación.

No intentó siquiera despertar a Harland. Le agradaba gozar a solas de aquel momento. Cuando por fin el paisaje quedó totalmente iluminado, volvió a tenderse en el lecho y estiró los brazos y el cuerpo, hasta sentir tensos los miembros, rígidos los músculos, ardiente y fluida la sangre en sus venas. Se sintió alegre, satisfecha, en paz con el mundo y con la vida.

Se volvió para mirar a su esposo y sonrió triunfalmente, diciéndose llena de felicidad: «¡Es mío, mío, mío! Para mí no hay nada en el mundo que no sea él, y no quiero que en su vida exista nada que no sea yo».

Casi inmediatamente comprendió que esto no sería posible. Recordó a Danny; a Danny, enfermo, lisiado, con las piernas retorcidas; a Danny, despreciable y repugnante.

Se estremeció como suele uno estremecerse al contemplar a un monstruo. Frunció el entrecejo y quedó pensativa…

Había apartado de su vida a su madre, a Ruth, a Quinton, para entregarse por entero a Richard.

¿Llegaría a vencer a Danny, a destruir el cariño que Richard sentía por él, a tenerle de ese modo entera y totalmente suyo?

Inmóvil, permaneció abstraída durante largo rato hasta que el frío la obligó a volver a la realidad. Rápidamente, se levantó del lecho, cogió una almohada con ambas manos y la lanzó a la cabeza de Harland.

Éste despertó de un salto, le cogió por las orejas, le hundió la cabeza en la almohada y exclamó riendo:

—¡Despierta, despierta, dormilón! ¡Tienes que atenderme! ¡Tienes que cuidarte de mí!

Capítulo IV

1

Danny Harland había considerado siempre a su hermano como a un dios. No obstante, Dick le trató siempre de igual a igual. Desde que tuvo uso de razón recordaba a Dick compartiendo sus juegos y sus entusiasmos e interesándose por las cosas que a él le interesaban. Dick era tan maravilloso que él se sentía tímido en su presencia. Si pasaban unos días separados, Danny sentía al volver a verle unos locos deseos de arrojarse a su cuello y abrazarle fuertemente, pero por miedo a desagradar a Dick dominaba sus ímpetus, adoptaba una actitud digna y le alargaba la mano, que Dick estrechaba enérgicamente, como si fuese la de un hombre. Sin saber por qué se había sentido siempre más cerca de Dick que de su misma madre. Cuando ésta murió, los dos hermanos se unieron todavía más. Algunas veces, cuando estaban solos y Dick leía un libro o se abstraía en sus pensamientos, Danny le contemplaba fijamente, admirando su apostura y pidiéndole que algún día pudiera parecerse a él.

Antes de que Danny cayese enfermo fueron muy buenos camaradas, como si Dick hubiese olvidado la diferencia de edad que existía entre ambos. Después de la enfermedad, Dick cambió de actitud. Fue desde entonces como una madre amantísima. Al acercarse le saludaba con un beso —antes se besaban raramente—, y tan demostrativo se tornó su cariño que Danny llegó a pensar que merecía la pena estar enfermo sólo para gozar de él. Porque sabía cuánto apenaba a su hermano el saberle triste, se esforzó en mostrarse animado y contento siempre que estaban juntos. No dejaba que nada le deprimiese, e hizo frente a su tragedia con inmenso valor. Con el agudo oído peculiar de los enfermos escuchó una vez cómo la enfermera le decía a Dick:

—Es tan valiente que a veces destroza el corazón, míster Harland.

—Sí, es tan valiente —respondió Dick— que no permite que los otros sospechen siquiera su valor.

Danny se estremeció de orgullo. No se le había ocurrido pensar en su valor. Hacía lo que hacía simplemente pensando en Dick. Y cuando en lo sucesivo se sintió alguna vez desesperanzado o deprimido, le bastó recordar aquella conversación para recobrar el ánimo.

Cuando su enfermedad hizo crisis y Dick le dijo que iban a marchar al Sur, a un lugar llamado Warm Springs, en donde posiblemente se pondría bueno, Danny sintió miedo. No le gustaba salir del hogar. Pero Dick, comprendiendo sus temores, le dijo para animarle:

—No pienso dejarte solo allí tampoco. Estaré a tu lado siempre que pueda. Como aquí. Tú y yo no nos separaremos nunca.

—¿Es un hospital? —preguntó Danny temeroso.

—Nada de eso —repuso Dick—. Allí no hay enfermos. Tampoco tú estás

enfermo, Danny. Todos los casos son como el tuyo, personas que han estado enfermas y que se afanan por restablecerse.

Danny se tranquilizó. El largo viaje le fatigó, pero una vez en el sanatorio, situado en la parte alta de una colina para que incluso en verano se gozase de una agradable temperatura, se sintió más tranquilo y hasta contento. Al contemplar el paisaje montañoso le parecía hallarse en Nueva Inglaterra. Durante mucho tiempo no podría moverse sin ayuda; tendría que sufrir un tratamiento enojoso, algunas intervenciones quirúrgicas de poca importancia y semanas enteras de inmovilidad con las piernas enyesadas. Después comenzarían la radioterapia, las corrientes, etcétera. Pero Dick estaría a su lado. Vivía en una de las casitas cercanas al sanatorio, y cada día iba a visitarle llevándole alguna sorpresa.

Las visitas de Dick eran su única ilusión. Solía contemplarle con ansia, atento a sus palabras y a sus menores gestos. Por el tono de su voz y la sombra de sus ojos llegó a comprender la pena que sentía por él. Cuando, al poco tiempo de haber ingresado en el sanatorio, se habló del viaje a Nuevo México, Danny insistió alegremente en que su hermano fuese, sin querer pensar en lo solo que se quedaría. Pero cuando Dick se marchó dio rienda suelta a su dolor. Pasó muchas noches en vela, llorando amargamente y pensando con tristeza en los días solitarios que le aguardaban. Después, lentamente, fue cobrando ánimos. Se dijo que el tiempo pasaba pronto, y que Dick no tardaría en volver. Hizo lo posible por mejorar, para que su hermano observase sus progresos. Y en aquel empeño empleó todas sus energías, hasta llegar a olvidar su propia soledad.

Leía y releía las cartas de Nuevo México, devorando palabra por palabra. La segunda de esas cartas fue una verdadera sorpresa para él. Sin saber por qué, no le parecía de Dick. La primera, escrita en el mismo tren, llena de frases ingeniosas y de detalles cómicos, le hizo reír hasta saltarle las lágrimas. Aquélla sí era de Dick. Pero la segunda fue diferente. En ella no había chistes, ni, al menos, una frase divertida. Al leerla, Danny experimentó la sensación de que Dick le ocultaba algo, que tenía en la punta de la lengua —o, mejor dicho, en la punta de la pluma—, algo que no llegó a confiar al papel. En los libros de Dick, de los cuales era Danny lector asiduo, era aquélla la cualidad más acusada. Sin proponérselo ni decirlo abiertamente, conseguía mantener el interés como si algo muy importante estuviese siempre a punto de suceder. Las cartas de Dick produjeron en Danny la misma impresión. Y llegó a sentir cierto temor.

Danny contaba excitado los días que faltaban para que regresara su hermano. Un día se despertó alegre y dichoso, sin que de momento pudiera saber la causa. Después recordó. Era la fecha en que Dick debía abandonar el rancho para emprender su viaje de regreso. Tres días después lo tendría a su lado.

Tan alegre se mostró Danny todo el día que las enfermeras se burlaron amablemente de su cariño por Dick, diciéndole que estaba tan excitado como una muchacha que esperase a su novio. Pero Danny rió con ellas la broma, pensando a

cada momento: «Ahora habrá salido del rancho. Ahora debe de haber llegado a la estación. Ahora estará en el tren de Chicago».

Aquella noche no consiguió dormir, contando cada vuelta de las ruedas del tren en que Dick se acercaba. En voz muy baja entonó la canción de las ruedas en la historia de Kipling, que tan perfectamente reproduce el sonido de un tren en marcha. Fue para él como un arrullo, y se quedó dormido.

A la mañana siguiente recibió una carta de Dick. Había llegado por avión, y cuando la enfermera se la entregó, el muchacho se sintió alarmado. El sobre era grueso, y no parecía lógico que Dick escribiese una carta tan larga precisamente el día de su vuelta. Rompió el sobre y encontró media docena de cuartillas llenas con la letra menuda y clara de su hermano. Con terrible ansiedad comenzó a leer:

Mi querido Danny:

Temo que esta carta me vaya a ser difícil de escribir. Quisiera incluso no tener que escribirla y estar a tu lado para comunicarte de palabra una maravillosa nueva.

Danny contuvo la respiración. El preámbulo era alarmante. Pero la continuación le tranquilizó.

Lo que tengo que decirte es realmente una buena noticia. Me caso mañana, Danny, con la mujer más maravillosa del mundo, como suele decirse. Sólo que en este caso es la pura verdad. Nos casaremos por la mañana, y aún tardaremos unos días en estar a tu lado. No muchos. Quizás una semana. Sé que te sentirás decepcionado, pues esperabas antes mi regreso pero sé también que eres bueno y que nos perdonarás. Ya sabes lo que es la luna de miel. Aún no sabemos dónde iremos, pero sí puedo asegurarte que durará pocos días.

Danny dejó escapar una exclamación casi ininteligible. La carta resbaló de sus manos, y se quedó mirando fijamente al infinito. De nuevo le invadió la misma sensación de soledad que le había atormentado después de la marcha de Dick. Si éste se había casado, lo más probable es que todo cambiase entre los dos. Sin embargo, deseaba ver a Dick casado y dichoso. Cogió la carta otra vez y siguió leyendo.

Y ahora voy a hablarte de ella, por que supongo que estarás deseándolo. Se llama Ellen Berent, y ha vivido siempre en la calle Mount Vernon, pasando los veranos en Bar Harbor. Parece imposible que no nos hubiésemos visto antes, pero así es. Aunque sin decirte su nombre, te he hablado mucho de ella en mis cartas. ¿Recuerdas a la muchacha del tren? Era Ellen. También fue Ellen quien me llevó a cazar pavos. Acompañaba siempre a su padre cuando salía a pescar

o a cazar, y es la muchacha más adorable que puedas imaginarte. Es gran amiga de Lin, y supongo que también llegará a serlo tuya…

Danny dejó de nuevo de leer. Sus ojos se fijaron en la pared de su alegre y soleada habitación, preguntándose qué efecto le produciría ver a Dick enamorado, y si Ellen le agradaría tanto como su hermano esperaba. Claro que aunque así no fuese lo fingiría. La felicidad de Dick estaba ante todo.

Se mordió los labios y tragó saliva. Por un momento no fue más que un pobre chiquillo inválido y asustado. Se daba cuenta de que Dick ya no le pertenecía como antes. Pero inmediatamente se recobró. Alzó la cabeza e hizo un guiño, asegurándose a sí mismo que estaba muy contento de la felicidad de Dick.

Siguió leyendo. Su hermano no cesaba de hablar de Ellen. Hacia el fin, Dick le contaba su emocionante aventura en el desfiladero y los riesgos que habían arrostrado juntos. «El peligro era tan real —decía— que a veces llegué a creer que no lograríamos vencerlo».

La carta terminaba así:

Un fenómeno se operó en mí aquel día, mientras atravesábamos el desfiladero. Ellen me había gustado desde el principio, pero siempre la miré con un extraño antagonismo. No olvides que era un solterón empedernido, y que como éstos recelaba del matrimonio. Pero antes de que la aventura terminase tuve la repentina sensación de que Ellen y yo éramos ya marido y mujer. Me convencí de que era la muchacha más valiente y adorable que existe bajo la capa del cielo. Luego comprendí que ella opinaba lo mismo de mí. Tal vez te parezca vanidoso, Danny, pero creo que me quiere lo mismo que yo a ella. He aquí una prueba. Yo hubiese preferido aplazar la boda para que tú pudieses estar presente, pero Ellen no quiso aguardar. Dijo que esto significaba marchar de nuevo a Boston, separarnos, no verme durante muchos días, durante muchos meses. Está deseando vivir a mi lado y conocerte. También yo quiero que os conozcáis lo antes posible. Por eso hemos decidido no aguardar.

Nos casaremos aquí mismo, en el rancho, mañana por la mañana. Glen Robie nos ha ofrecido un coche para el viaje. Después de dos o tres días estaremos a tu lado. Prepara una bienvenida digna, Danny. Quiero que seas feliz como lo soy yo. De ahora en adelante seremos tres en vez de dos, con lo cual todos saldremos ganando. Con todo nuestro cariño, y hasta muy pronto.

Dick.

Danny leyó la carta lentamente, devorando cada una de sus palabras. Se alegró de la felicidad de Dick. Le parecía por lo escrito mucho más joven y alegre, como si fuese un muchacho y no un hombre lleno de responsabilidad. Con su penetración y su

sensibilidad características, Danny adivinó en algunos pasajes de la carta que Dick quería tranquilizarse a sí mismo, lo cual le pareció algo raro. Después se esforzó en desechar la idea. Dick no se hubiese casado con Ellen sin haberlo deseado profundamente. Sin duda alguna, Ellen era una mujer magnífica.

Dio alegremente la noticia a médicos y enfermeras.

—¿No es maravilloso? —gritó—. ¡Dick se ha casado con una hermosa muchacha que ha conocido allá! ¡Vendrán en seguida!

Llegó incluso a leerles algunos párrafos de la carta; aquél en que hablaba de Ellen y el que describía su aventura en el desfiladero. Pero se dio cuenta de que sus amigos cambiaban significativas e inquietas miradas. Sabía lo que pensaban, conociendo como conocían su entrañable afecto por Dick. Y para demostrar que no estaba ni siquiera preocupado, habló con un entusiasmo tal vez exagerado, repitiendo una y otra vez que estaba muy contento.

Cuando se quedó solo volvieron las dudas. ¿Le querría Dick tanto como antes? ¿Iría a verle tan a menudo? Y Ellen, ¿le querría también, o se sentiría celosa del afecto que Dick le tenía? Ni aun en tal caso podría formarse una mala opinión de la muchacha. Era lógico que no quisiese ver a su marido atado al pie del lecho de un pobre paralítico que nunca haría nada en la vida, excepto andar con muletas, pasear en coche y nadar. Porque como la enfermedad sólo atacó sus piernas, podría, cuando se hallase fuerte, nadar cuanto le apeteciese. Esto era todo, y, realmente, no era mucho. Dick decía en su carta que Ellen era adorable, y probablemente le gustaría divertirse, bailar, dar fiestas, viajar…

¿Y si le dejaban solo entre extraños? ¿Si decidían vivir en su casa de Boston, pasar el verano en el Cerro de la Luna y pescar en Anticosti, es decir, hacer la misma vida que Dick y él habían hecho antes de caer enfermo? Sería terrible, desde luego, pero ni aun así se mostraría deprimido. No podía, por el hecho de ser un pobre inválido, monopolizar a Dick y a su esposa. Él mismo los obligaría a marchar, igual que había hecho con Dick aquel verano, para que se divirtiesen todo lo posible.

Tal vez cuando estuviese fuerte pudiera acompañarle alguna vez. Andaría por entonces con ayuda de muletas, desde luego, pero andaría. Podría ir al colegio, y con el tiempo quizá fuera escritor como Dick. Al fin y al cabo, para escribir novelas no era preciso andar.

Durante los siguientes días, Danny continuó meditando acerca de su comportamiento en lo futuro. No les haría demasiadas demostraciones de cariño. Tener a un chiquillo inválido colgado siempre del cuello podía resultar insoportable. No quería ser para ellos una carga, sino verlos felices para ser feliz él también.

Cierta tarde recibió un telegrama en el que anunciaban su llegada para el día siguiente. Mientras aquel momento fue todavía incierto, Danny pudo pensar con entera claridad en el plan que había de seguir. Tenía que recibirlos con una alegría tan sincera que ni siquiera Dick pudiese adivinar el miedo que sentía en su interior. Pero al conocer la fecha exacta desapareció todo su valor. ¿Y si Ellen fuese de esa clase de

muchachas que los hombres suelen encontrar muy guapas, presumida, pintada, con los labios y las uñas muy rojos? Sería horrible. Al día siguiente estuvo silencioso, temblando con el terror de lo desconocido. Cuando por fin percibió en el pasillo la voz de Dick y oyó sus pasos en el corredor, cerró los ojos, temeroso de mostrarlos llenos de lágrimas. No los abrió hasta que ambos estuvieron dentro de la habitación.

Entonces vio a Dick, e instantáneamente desapareció su temor. Tenía muy buen aspecto. Estaba más fuerte, y en sus ojos había un nuevo brillo. Su rostro parecía distinto, como transfigurado y lleno de paz. Se inclinó hacia él diciendo: «¡Hola Danny!», y le dio un beso. Danny le abrazó con fuerza, y ambos rieron con los ojos llenos de lágrimas. El frágil cuerpecillo de Danny se apretaba fuertemente contra el de Dick. ¡Oh, qué bien se sentía en los brazos de su hermano!

Entonces dijo Dick:

—Aquí la tienes, Danny —y se sentó al borde del lecho apoyando una mano en los hombros del pequeño y acercando con la otra a su esposa—. Ésta es Ellen.

Danny la miró, repentinamente intimidado. Estaba en pijama, y esto era terrible para un muchachito de trece años. Como Dick había dicho, era maravillosa. Por un momento temió que ella se inclinara para besarle y exclamase: «¡Pobrecillo!», o algo por el estilo. Pero no hizo nada de esto. Se limitó a alargarle la mano y a decir: «¡Hola, Danny!», lo mismo que había hecho Dick. Emocionado y agradecido, el pequeño le estrechó la mano y murmuró: «Buenos días, Ellen», y sonrió. Ella sonrió también.

Entonces Danny se dio cuenta de que todo iría bien, de que la querría tanto como a Dick.

2

Aquel invierno fue para Danny muy feliz. Su corazón cantaba alegremente. Se veía rodeado de amor y de ternura, y cada día parecía aumentar la fuerza de sus pobres piernas. Ganaba una victoria tras otra en la lucha emprendida para recuperar toda la salud a que podía aspirar. Por si eso fuera poco, le era dable contemplar y aun compartir la dicha que gozaban Ellen y Dick. Mirarlos era igual que beber un trago de vino generoso. Ambos parecían resplandecer. Sus ojos brillaban también intensamente. Tenían las mejillas tersas y sonrosadas, la cabeza erguida y la risa a flor de labios. Gozaban de la vida como si el mundo les perteneciese y todos sus deseos estuvieran satisfechos. Danny sintió que Ellen, por formar con Dick un solo ser, compartía el lugar que antes ocupó éste solo en su corazón.

Todo sucedió tal como Dick había previsto. Eran tres en lugar de dos, con lo cual todos habían salido ganando.

Dick trabajaba otra vez en la novela que había comenzado antes de que Danny cayese enfermo, la cual no había vuelto a tocar desde entonces. Se pasaba la mañana

escribiendo. Pero Ellen se presentaba en la habitación de Danny en cuanto se lo permitían las enfermeras, y permanecía a su lado hasta que Dick y Ellen iban a comer. En cuanto el doctor lo autorizó, y siempre que el tiempo lo permitía, salían los tres por la tarde a pescar en coche. Hablaban grave y seriamente del paisaje y de las gentes, de las pasiones, del ansia de poder, de las ideas que atormentaban al hombre y de la paz que los rodeaba y hacía resaltar el torbellino del mundo. Pero otras veces parecían sentirse dichosos y alegres, y entonces reían por el simple placer de reír, porque eran felices y porque esa misma felicidad los embriagaba. Cuando Danny y Ellen estaban solos, ésta no cesaba de hacerle preguntas sobre la vida de Dick, como si nunca supiese bastante de él. Para Danny no había nada más agradable. Buceaba en el pasado para encontrar nuevos detalles de la vida de su hermano, seguro de complacer así a Ellen.

—Parece que te interesa todo lo que se refiere a Dick —decía a veces riendo.

Ellen asentía, con los ojos brillantes y una sonrisa en los labios. Luego respondía:

—En efecto. Tengo celos, ¿comprendes?, de todo cuanto ignoro. Celos de los años en que no le conocía, de todas las personas que trató en ese tiempo, de todo lo que hizo y dijo siendo niño. Sigue contando…

Y proseguía el interrogatorio. Danny le contaba las anécdotas de Dick que le había oído referir a su madre. Ellen quería saber cómo era Dick de niño. Y Danny, que había visto muchas fotografías de su hermano, se lo explicaba y le prometía enseñárselas cuando pudiesen marchar juntos a Boston. También la casa que tenían en Boston parecía interesarle, lo mismo que la casita del Cerro de la Luna. Danny le habló de las bellezas del lago; de Leick; del afecto con que éste los cuidó a Dick y a él; del torrente que desembocaba en el lago, y de las enormes truchas que podían pescarse en él, en un rincón donde el agua era helada. El afán de saber de Ellen era insaciable.

—Temo que me hagas tantas preguntas porque sabes cuánto me gusta hablar de Dick —dijo un día el pequeño. Pero Ellen respondió apasionadamente:

—Nada de eso. No lo hago por ti, sino por mí. Quiero conocer su vida entera.

Naturalmente, no siempre era Dick el tema de sus conversaciones. Algunas veces era Ellen quien hablaba, y lo hacía de ella misma, de su padre y de las aventuras que habían corrido juntos. En otras ocasiones, Ellen le leía. Su voz era grave, dulce, musical y agradable al oído. Al escucharla, Danny olvidaba a veces lo que ella leía, contemplando ensimismado su cabellera, que brillaba al sol, sus mejillas suaves, sus labios que se movían acompasadamente o un mechón rebelde que le cruzaba la frente. Ellen le sorprendió así más de una vez, y riendo se quejaba de su falta de atención. El muchacho enrojecía intensamente, pero confesaba la verdad.

Danny pensaba que era imposible imaginar a una mujer más bella y encantadora que Ellen.

Pronto comenzaron a tramar en secreto pequeñas sorpresas para Dick. Juntos las planeaban y las ponían en práctica, regocijándose luego del asombro que él

demostraba. Así, cuando Danny comenzó a levantarse y a andar con ayuda de las muletas, nada dijeron a Dick. Un día, Danny se vistió, y en cuanto oyeron que Dick se acercaba, le salió al encuentro, dejándole tan sorprendido que por un instante ni siquiera pudo hablar, limitándose a contemplarle con los ojos llenos de lágrimas, mientras Danny y Ellen reían alborozados. Aquélla fue, sin duda, la sorpresa más emocionante que le dieron. La fuerza volvía lentamente a los brazos y al cuerpo de Danny, el cual practicaba regularmente la natación en la piscina. Él y Ellen planearon ir al Cerro de la Luna el verano siguiente, si los médicos se lo permitían, y cruzar a nado las claras aguas del lago. También esto lo llevaron en secreto, para dar otra sorpresa a Dick en el momento oportuno.

Sólo hubo un incidente desagradable en el transcurso de aquel feliz invierno. En el mes de febrero, mistress Berent y Ruth fueron a pasar unos días al Sur, a un rincón de Sea Island. Dick y Ellen decidieron pasar con ellos un fin de semana. Cuando le pidieron su consentimiento, Danny sintió una honda angustia, pero procuró disimularla. No quiso que comprendieran cuán desgraciado se sentiría cuando partiesen, y les aseguró que podían ausentarse el tiempo que desearan. Pero Dick respondió:

—¿Estás seguro, muchacho? A mí no me hace falta abandonarte ni un solo día. Basta con que digas una sola palabra y nos quedamos.

Danny vaciló. Por un momento sintió la tentación de pronunciar esa palabra, pero comprendió que era Ellen quien deseaba marchar, y contestó riendo:

—¡Qué tontería! ¿Crees que no puedo pasarme sin ti? Te das demasiada importancia. Ellen, saluda a tu familia de mi parte. Estoy seguro de que tanto tu madre como tu hermana son encantadoras.

Se esforzó porque su voz resultase lo más convincente posible, y observó que en los ojos de Ellen se reflejaba una expresión de alivio y de alegría, aunque los de Dick siguiesen mirándole con el mismo aire de duda.

Le aseguraron que su ausencia sólo duraría tres días, pero el lunes por la mañana temprano, llamó Dick por teléfono comunicándole que tardarían uno o dos días más en volver. Danny no puso el menor reparo, pero después de colgar el receptor pensó con angustia: «Tal vez vuelva a telefonearme para decirme que se quedan una semana o un mes más… Quizá no quieran regresar nunca».

No obstante, reaccionó casi inmediatamente, comprendiendo lo absurdo de sus temores. El miércoles siguiente estaban a su lado. Volvieron tostados por el sol, y a Danny le pareció que eran los dos seres más bellos y hermosos de la creación.

En el mes de marzo, Ruth y mistress Berent, que se dirigían al Norte en viaje de placer, se detuvieron allí para pasar un fin de semana. Danny encontró a mistress Berent muy divertida, sobre todo cuando se enfadaba. También Ruth le gustó.

—No es tan bonita como tú —le dijo a Ellen cuando se hubieron marchado—, pero también es encantadora. Emana de ella una dulzura especial, una ternura deliciosa. Dick parece apreciarla mucho, ¿verdad?

—Sí, sí, desde luego —respondió Ellen—. Ruth es encantadora.

No obstante, el muchacho pudo darse cuenta de que no le había gustado que simpatizara con Ruth, y se preguntó por qué.

3

Durante la primavera, e incluso cuando el verano se extendía sobre las colinas, el mismo pensamiento atormentó la mente de Danny. ¿Estaría lo suficientemente fuerte para marchar aquel verano con Ellen y Dick al Cerro de la Luna? A raíz de su llegada, Ellen hablaba a menudo de aquel lugar. Danny se entusiasmaba describiéndolo. Pero poco a poco dejó de hacerlo, tal vez porque anhelase demasiado encontrarse allí y el mismo deseo sellara sus labios por temor a no verlo realizado. Nunca hablaba de la posibilidad de su marcha, a menos que Dick y Ellen se refiriesen a ella. Deseaba verse junto al lago como nunca deseó otra cosa en su vida. Todos en el sanatorio eran muy buenos con él, y Danny les estaba agradecido. Y el Cerro de la Luna, a pesar de que nunca había pasado en él más que los tres meses de verano, era para Danny un hogar mucho más verdadero que el de Boston.

No obstante, si le aseguraban que era mejor que se quedara en el sanatorio, se resignaría sin quejas y nadie conocería su anhelo. Firme en la determinación, cuando alguien mencionaba el Cerro de la Luna se esforzaba en contener su entusiasmo.

Algunas veces, cuando estaban los tres juntos, Dick le hablaba a Ellen de aquel lugar, describiéndole el encanto de su paisaje y la vida sencilla que allí solían llevar. Pero cuando el verano se fue acercando, Dick y Ellen dejaron de hablar del Cerro de la Luna, y Danny comprendió la causa. Seguramente no se hallaba lo suficiente bien para marchar. Sintió que estaba llevando a cabo una carrera en la que su contrincante era invisible, ignorando si llevaba ventaja o si en realidad la tenía definitivamente perdida. Lo peor del caso era que en aquella carrera, mientras mayor esfuerzo hacía, más lentamente avanzaba. Para mejorar era necesario estar animado, conservar la calma, hacer exactamente cuanto le ordenaban, todo lo cual era muy difícil, teniendo en cuenta que una voz interior parecía decirle: «¡Corre, corre, corre…!».

Un día en que los dos estaban solos, Ellen se empeñó en hablar de aquello que incesantemente atormentaba al muchacho.

—Tengo que hablarte —comenzó a decir ella con ternura. Y Danny comprendió inmediatamente que iba a referirse al próximo verano. No dijo nada. Dejó que ella le cogiese una mano y siguiera hablando—. El caso es, mi querido Danny, que Richard tiene una profunda añoranza por el Cerro de la Luna. Ha trabajado mucho este invierno, y necesita unas vacaciones. Además, la novela no avanza demasiado. Está estancada. Necesita hallarse en los lugares que tanto ama para que se renueve su inspiración.

Danny se limitó a asentir. Después dijo:

—Desde luego —y su voz parecía tranquila—, Dick ha escrito allí lo mejor de su producción.

—Tú sabes —prosiguió diciendo Ellen— que odia la idea de dejarte aquí solo. Y el doctor Masón no está muy seguro de que aquel clima te convenga.

Danny se humedeció los labios.

—Creí que mi salud había mejorado mucho últimamente —repuso.

—¡Pues claro que estás mejor, querido! —continuó Ellen—. Pero la vida allí es muy dura, y el viaje pesadísimo. Te sería difícil subir y bajar aquellos senderos con las muletas. Richard dice que él y Leick te llevarían en brazos, pero yo he hablado con el doctor Masón, le he contado cómo es el lugar, lo lejos que está de cualquier sitio civilizado…

Danny hubiese preferido que Ellen no le hablase de aquello al doctor.

—Richard no se da cuenta de que el viaje te perjudicaría —continuó Ellen—, y que para Leick sería muy penoso tener que estar siempre pendiente de tus movimientos.

—Lo comprendo y estoy de acuerdo —dijo Danny pesando las palabras.

—Claro que Richard está desolado. Cree que si te quedas aquí solo te sentirás muy desgraciado. Pero yo sé que eres valiente y que quieres mucho a tu hermano. Me consta que harás lo necesario en bien de Dick y de su trabajo.

—Desde luego.

—¡Eres encantador, Danny! —murmuró ella dándole un abrazo—. ¿Verdad que si Richard se niega a marcharse harás lo posible por convencerle? Volveremos en cuanto pase el verano. Para el otoño estaremos aquí los tres otra vez…

Danny sintió un nudo en la garganta que casi le impidió contestar. Temía que los ojos se le llenasen de lágrimas. Sin embargo, dijo con firmeza:

—Lo pasaré muy bien aquí. Comprendo que es el lugar más apropiado para mí hasta que me ponga bueno.

Ellen volvió a repetirle que era encantador, añadiendo que un hombre no sería más valiente. Pero no le besó, y Danny no pudo menos de alegrarse, porque de haberlo hecho no habría podido contener las lágrimas. Sentía un miedo espantoso. Se repitió una y otra vez que si partían Dick y Ellen, que lo eran todo en su vida, y le dejaban solo, seguramente se moriría.

Aunque hizo todo lo posible por ocultar sus temores, no fue él mismo desde aquel día. Hubiese querido por Dick estar más animoso y alegre. Un día, el doctor Masón entró en su habitación y estuvo hablando con él durante una hora. Sus palabras fueron sabias y prudentes, y sus preguntas llenas de delicadeza y de tacto. Era un hombre comprensivo y conocía lo que pasaba en la mente de sus pacientes tanto como en sus cuerpos. Pensando en lo que Ellen había dicho, Danny reconoció que la vida en el Cerro de la Luna, era muy dura. Entonces, el doctor le preguntó:

—No se te habrá ocurrido pensar que *mistress* Harland quiere alejarse de ti, ¿verdad?

—¡Oh, no! —exclamó Danny—. Sé que Ellen sólo desea mi bien.

El doctor sonrió y le pidió que le hablase de la cabaña y del lago, de sus aventuras en el lugar cuando estaba bueno y Dick le acompañaba. Los ojos de Danny brillaron como ascuas. El doctor Masón le miraba, incitándole a continuar. Al fin dijo:

—Dick y tú os habéis llevado siempre muy bien, ¿verdad?

—Naturalmente —repuso Danny—. Apenas nos hemos separado desde que murió mi madre.

—No creo que separaros ahora sea una buena medicina —dijo el doctor haciendo un guiño—. Por lo tanto, ¡al diablo con lo que diga la gente! —a Danny le pareció que, aunque el doctor hablaba en voz alta, lo hacía consigo mismo—. Sólo por hablar del Cerro de la Luna pareces mejor —sonrió y añadió a continuación—: Supon que te ordenase descanso absoluto durante unos días. ¿Te importaría mucho?

—No, señor —contestó Danny—. Haré lo que usted mande.

Su corazón parecía querer salírsele del pecho. Había comprendido…

Aquella tarde, Danny escuchó los pasos de Ellen y de Dick en el pasillo. Pero una de las enfermeras les habló en voz baja, y en vez de entrar en la habitación notó que los pasos se alejaban en dirección al despacho del doctor Masón. Poco después oyó que se acercaban otra vez. Le pareció observar que Dick andaba nervioso y excitado. Luego los vio entrar.

Ellen se detuvo en la puerta como para contemplar la escena. Danny la miró por encima de los hombros de Dick al abrazarle. La vio distinta, muy distinta a la Ellen de siempre. En sus ojos se reflejaba una cólera terrible. Pero todo lo olvidó, porque Dick le decía casi a gritos:

—Bueno, Danny, pórtate bien esta semana. Ponte fuerte. Dentro de ocho días saldremos para el Cerro de la Luna.

Los ojos del muchacho se llenaron de lágrimas.

—¡Oh, es estupendo! —murmuró con voz entrecortada, pues la dicha casi le quitaba la respiración. Dick se echó a reír.

En aquel momento, Ellen se acercó a Dick. La expresión de sus ojos había cambiado. Parecía feliz.

—¿Verdad que es maravilloso, Danny querido?

Capítulo V

1

Durante los meses pasados en Warm Springs —casi un año—, Harland parecía embriagado de dicha, Ellen se amoldó a sus costumbres lo mismo que un perro fiel, ansiosa de hacer lo que a él se le antojara e igualmente feliz si no hacía nada. Cada día, Harland descubría en ella nuevos encantos. Su belleza era un continuo deleite. No obstante, aun en sus momentos de más exaltada felicidad, con su objetiva mente de novelista, Harland pensaba que sus papeles estaban cambiados; que era ella la apasionada amante y que él se dejaba querer; que los arrebatos amorosos de Ellen eran más intensos que los suyos. En contraste con su ardiente cariño, él nunca perdía la calma, sin embargo, se sentía orgulloso de verla tan enamorada.

Ellen veía la diferencia, y decía algunas veces:

—Te quiero mucho más que tú a mí, Richard. Si alguna vez dejases de amarme, me moriría. No tendría interés en seguir viviendo.

Richard se daba cuenta de que decía la verdad, pero también comprendía, y al hacerlo se sentía culpable, que él nunca podría pensar así. El hombre suele ser en esos casos mucho más pasivo que la mujer. Para ésta, la posesión, la entrega, tienen una importancia suprema.

Después de su matrimonio, nuevos y más amplios horizontes se abrieron en la vida de Harland, renaciendo con fuerza insospechada su instinto creador. Su trabajo salió con ello beneficiado, pues volvió a él con renovado deleite haciendo gala de una fecundidad de ideas casi increíble. Era como si hubiese despertado súbitamente en él un sexto sentido. Adivinó en los seres humanos complejos psicológicos que ni siquiera había sospechado hasta entonces, comprendiendo emociones que antes se le antojaron falsas y teatrales. Las horas que pasaba escribiendo le provocaban una intensa excitación.

Su vida al lado de Ellen era completamente feliz. Sólo de tarde en tarde cruzaba alguna nube el claro cielo de su dicha. En cierta ocasión, y como tratando de convencerse a sí misma, Ellen le preguntó:

—¿Crees que me porto bien con Danny, Richard?

—Espléndidamente —aseguró él.

—Te confieso que algunas veces he llegado a odiarle —dijo medio en broma—. Representa tanto para ti…

—¡Ellen la insaciable —contestó él riendo—, la que nunca se ve satisfecha…! —luego añadió con voz ronca—: Cuando os veo juntos pienso siempre en el hijo que podríamos tener.

—Deseas tener un hijo, ¿verdad, Richard? —preguntó ella mirándole fijamente.

—Algún día, claro está. ¿No lo deseas tú también?

—Algún día, claro está —repitió ella. Y luego acercándose a él casi

violentamente, añadió—: Pero todavía no. Quiero tenerte solo para mí, Richard. Tú y yo, nada más. Tú y yo…

Richard la abrazó con fuerza.

—Desde luego. Tú y yo… Es decir, tú, yo y Danny.

—¡Oh, desde luego! —contestó ella con énfasis, sin disimular su contrariedad. Cuando hablaban de Danny solía muchas veces adoptar aquel tono desagradable.

—Somos todo lo que el pobrecillo tiene en el mundo —le recordó él—. No podemos abandonarle.

Ellen le besó riendo.

—No te preocupes, amor mío —dijo—. Le quiero tanto como tú.

2

Poco tiempo después ocurrió un incidente que le hizo recordar aquella conversación. Habían dejado a Danny para pasar un fin de semana en Sea Island con Ruth y mistress Berent. Ésta se mostraba tan irónica como de costumbre.

—¡Vaya, vaya, míster Harland! No parece usted desgraciado… todavía —comentó al verle.

Harland sonrió y repuso:

—No. Claro que vivir junto a su hija no es muy difícil, pero hasta ahora…, no me he muerto… —y abrazó a Ellen por la cintura. Ella le apretó cariñosamente la mano.

—Como ves, mamá, todavía no me lo he comido —dijo Ellen.

Pero mistress Berent repitió obstinadamente:

—No importa. Sé que lo harás con el tiempo.

Aquella noche, durante la cena, les dijo que Quinton había llegado al rancho pocas horas después que ellos partieron.

—Parecía muy nervioso. Se deshizo en improperios y en amenazas. Te aconsejo, Ellen, que no vuelvas a cruzarte en su camino.

—¿Por qué no contestaría a tu telegrama? —preguntó Harland pensativo. E inmediatamente vio que mistress Berent miraba a su hija con aire de reproche.

Ellen se apresuró a responder:

—Pero sí lo hizo, Richard. ¿No te acuerdas? Su respuesta llegó mientras estabas con Robie buscando al sacerdote que debía casarnos.

Harland fue a decir algo, pero cambió de idea. Notó fijos en él los ojos vivaces de mistress Berent. Cuando se quedaron solos, preguntó:

—¿Por qué no me hablaste del telegrama de Quinton, Ellen?

—¡Pobrecito mío! —repuso ella sonriendo—. Te he obligado a encubrir una mentira. ¿Es que tu conciencia te hace demasiados reproches? No tuve más remedio que adoptar esa actitud ante mamá. Ya sabes que es muy exagerada. Hemos de enseñarle a no intervenir en nuestros asuntos.

—Pero, ¿por qué hizo Quinton un viaje tan precipitado?

—Supongo que para evitar la boda. Russ tiene muy mal genio, y no se resigna a perder. Pero yo estaba decidida. De nada le hubiese valido hablarme.

Al ver que Harland vacilaba, se acercó a él y le besó.

—Haría cosas mucho peores que mentir con tal de no perderte, querido —le dijo —. No te enfades porque te quiera tanto.

Y obtuvo su perdón. Los días volvieron a ser alegres. Dieron largos paseos por la playa en compañía de Ruth. Mistress Berent prefería tomar el sol junto a la piscina. Los caminos estaban flanqueados de viejos y frondosos robles y alfombrados de césped oscuro, que en muchas ocasiones, tras una noche de lluvia y tormenta, aparecía claro, como reverdecido. Los jazmines amarillos salpicaban de oro el bosque. Le gustaba explorar lugares nuevos, descubrir nuevos caminos. Al conocer mejor a Ruth, Harland comenzó a hallar en ella un nuevo encanto. No era tan hermosa como Ellen, pero desde luego, era muy bella. Montaba a caballo tan bien como Ellen. Pero así como al regresar de sus paseos el caballo de ésta estaba jadeante de sudor, el de Ruth se hallaba tranquilo y descansado.

Una noche, después de la cena, hubo baile en el hotel. Mientras bailaba con Ruth —la cual lo hacía con la misma perfección con que montaba a caballo— ésta le dijo:

—Dick, quiero que sepas que mamá y yo estamos muy contentas de que te hayas casado con Ellen.

—Lo sé —dijo él, comprendiendo que Ruth quería suavizar la actitud eternamente agresiva de mistress Berent—. Tu madre me recuerda un proverbio que dice que perro que ladra no muerde.

—Al principio tuvo sus dudas —confesó Ruth—, pero ahora es distinto.

—También yo tuve mis dudas al principio —admitió él—. No hay que olvidar que era un solterón empedernido y que me gustaba serlo. Ahora me doy cuenta de que entonces la mitad de mi ser estaba muerto…

—Ellen es muy buena —prosiguió Ruth—, pero muy voluntariosa. Hasta que se enamoró de ti, nadie había podido dominarla. Desde que os casasteis, su carácter ha mejorado mucho.

—No hay mujer que pueda compararse a ella —dijo Harland—. ¡Si vieras cómo quiere a Danny!

—Le quiere porque le quieres tú —afirmó Ruth.

El día en que Harland telefoneó a Danny para decirle que habían decidido prolongar unos días sus vacaciones, mistress Berent se interesó mucho por el pequeño, y Ellen le explicó la vida del sanatorio y de lo que solían hacer los tres.

—Paso toda la mañana a su lado, mientras Richard trabaja. ¡Danny es tan bueno y tan dócil! Richard nos acompaña por las tardes, y algunas veces comemos juntos. Con frecuencia vamos los tres a dar un largo paseo en coche.

—Parece que no les deja solos ni un minuto a usted y a Danny, ¿verdad, míster Harland? —dijo mistress Berent con evidente mala intención.

Harland, sorprendido, se dio cuenta de que aquello era cierto, de que no había estado a solas con Danny ni una sola vez desde que se había casado.

—Nos gusta estar juntos —dijo evitando una respuesta directa. No obstante, se preguntó si Danny no echaría de menos sus antiguas charlas a solas. Al ver que Ellen le miraba angustiosamente, añadió con firmeza—: Y no es mi intención cambiar las cosas.

—No tendrá oportunidad. Ellen se cuidará de ello —aseguró mistress Berent—. No le dejará escapar fácilmente. No creo que pueda disponer en lo futuro de cinco minutos para usted.

Todos rieron, pero Harland permaneció pensativo. Después se pasó una mano por el rostro, con el ademán de un hombre que, andando por el bosque al amanecer, siente que una invisible tela de araña construida durante la noche se interpone de pronto en su camino.

3

La primavera siguió su curso, salpicando de flores las tierras del Sur. En las noches de luna cantaban los sinsontes. Harland le escribió a Leick diciéndole que lo tuviese todo preparado cuando ellos llegasen al Cerro de la Luna. No se cansaba de hablar con Ellen del lugar querido.

—No sé si te gustará —repetía—. Es un poco primitivo…

—Lo adoraré. Tengo que quererlo, aunque sólo sea por lo mucho que significa para ti.

—También Leick te gustará —repuso él. Y a continuación le habló de los años en que él y Leick eran inseparables.

—Es muy probable que llegue a odiarle —repuso ella riendo—. Te conoce mucho mejor que yo. En todo caso, con él podré hablar de ti.

—No te faltarán ocasiones. Allí suelo levantarme al amanecer y trabajar hasta el mediodía. Podrás charlar con Leick durante toda la mañana. Tendrás que conformarte con él y con Danny.

—¿Has hablado con el doctor Masón acerca de la marcha de Danny, Richard? —preguntó ella lentamente—. Creo que le convendría pasar aquí unos meses más.

—Nada de eso. Danny adora el lugar casi tanto como yo. Además, podrá nadar cuanto desee. Tú podrás ayudarle en sus ejercicios.

—Pero, ¿qué dice el doctor Masón?

—No he hablado aún con él —se echó a reír, y con gran confianza en sí mismo añadió—: Pero eso nada importa. Si no da su consentimiento, llevaremos igualmente a Danny.

—Yo no me haría tantas ilusiones, Richard —dijo ella abrazándole—. Tal vez fuera mejor dejarle aquí.

Harland comprendió que tenía razón, y como para vencer sus propios temores, añadió secamente:

—No se trata de dejarle aquí. Si Danny no puede ir, no iremos nosotros tampoco —pero dándose cuenta de su repentina brusquedad, añadió—: Pero no te preocupes. Estoy seguro de que podremos ir los tres.

—Desde luego. Si Danny no puede ir, nos quedaremos. No te preocupes por mí. El verano pasado nos quedamos y fui muy feliz. Ya sabes que no quisiera ser un obstáculo en tu vida.

Tan pasiva, tan sumisa fue su actitud, que Harland no pudo contenerse.

—¡Maldita sea! —exclamó—. Sé que te debo toda clase de consideraciones, pero también se las debo a Danny. —Ellen no contestó, y él, arrepentido de su brusquedad, añadió afectuosamente—: En el Cerro de la Luna no vas a conocerme. Olvido por completo la civilización y me convierto en un salvaje.

—Todos los hombres son salvajes —respondió Ellen—. Les encanta valerse por sí mismos. Pero puedo amoldarme perfectamente. A mí también me agrada sentirme un poco salvaje —se acercó a él y le besó con feroz ternura—. Me gustaría que estuviésemos solos allí este primer verano. Te aseguro que sería todo lo salvaje que quisieras.

Temiendo una negativa, Harland tardó varios días en hablar con el doctor Masón. Al fin le pidió su opinión, y éste repuso:

—No sé qué decirle. Su esposa me ha hablado del lugar. Me parece un poco abrupto para un muchacho que ha de andar con muletas.

Harland lamentó que Ellen le hubiese tomado la delantera, predisponiendo anticipadamente al médico contra el proyecto.

—Ella no sabe cómo es aquello —dijo—. No ha estado nunca allí.

—Oigamos entonces su versión —dijo el doctor.

Harland comenzó a explicarle cuán fácil le sería instalar a Danny cómodamente.

—¿Por qué no habla con él? —sugirió—. Danny conoce el lugar mejor que nadie.

—Así lo haré —afirmó el médico sonriendo. Y añadió—: Posiblemente, su esposa ve este asunto desde un punto de vista que pudiéramos llamar femenino.

—Al fin y al cabo —dijo Harland—, es una mujer.

—La vi muy decidida —respondió el doctor Masón pensativamente. Y Harland creyó adivinar en su tono un velado reproche. Luego añadió—: Pero estoy seguro de que todo lo hace por el bien de Danny.

—Naturalmente —asintió Harland enrojeciendo, y añadió con firmeza—: ¡Le quiere tanto! —luego se preguntó por qué había creído necesario emplear un tono tan enérgico al defender a Ellen.

—¡Claro, claro! —exclamó el doctor Masón levantándose—. En fin, aún no ha llegado el momento de decidir. Hablaré con Danny.

Así fue como Danny marcó al fin la pauta que debía seguir. Cuando Harland conoció la decisión del médico, experimentó tal alegría que ni siquiera se preocupó

de averiguar si también Ellen estaba contenta. Escribió a mistress Huston —la cual había servido a sus padres, desempeñando desde la muerte de mistress Harland el cargo de ama de llaves de la casa de Chestnut Street— diciéndole que llegarían a mediados de junio.

Cuando por fin llegaron, mistress Huston cogió a Danny tiernamente en brazos y lo llevó a la cama, prodigándole toda clase de cuidados. En cuanto a Ellen, le dio tan fríamente la bienvenida que ésta, riendo, le dijo a Harland que se sentía como una intrusa.

—Me ha mirado con el mismo aire de reconvención como si se hallara en presencia de una aventurera que hubieses recogido en el arroyo —dijo.

—Tiene celos —explicó él—. Está acostumbrada a ser aquí la dueña y señora. Pero si quieres ganarte sus simpatías, finge que estás enferma. Le encanta cuidar a los demás. Ya has visto lo que ha hecho con Danny.

—Podríamos dejar aquí a Danny para hacerla feliz —repuso ella bromeando, y añadió—: A propósito, el viaje le ha fatigado mucho. ¿Y si nos quedásemos en Boston?

—Danny no lo permitiría. Sabe cuánto significa para mí el Cerro de la Luna.

—¿Y si le dejases en Bar Harbor con mamá y con Ruth? Danny quiere mucho a Ruth, y sé que a ésta le gustaría cuidarle. Además, de este modo nos sería posible verle a menudo.

—Siempre estás dispuesta a descargar en Ruth tus dificultades —dijo Harland tajantemente, resentido por su obstinación—. A veces me parece que la tratas como a una criada y no como a una hermana.

—No es en realidad hermana mía —repuso ella con indiferencia—. Papá la adoptó. Era hija de un hermano suyo. Cuando éste murió, Ruth, que era una niña, fue a vivir con nosotros, y mamá la convirtió en su esclava. Me consta que cuidaría a Danny perfectamente.

Esta noticia sorprendió a Harland, pero le aclaró muchas cosas, por ejemplo la actitud de mistress Berent y de Ellen hacia Ruth. Sintió por ésta una repentina simpatía; y su irritación aumentó:

—También yo estoy seguro —dijo—, pero no quiero dejar a Danny abandonado como si fuese algo molesto. Tenemos el deber de cuidarle.

Ellen guardó silencio. Cuando se dirigían al Cerro de la Luna se detuvieron una noche en Bar Harbor. Después de cenar, Ellen le enseñó a su marido los espaciosos jardines. Ambos pasearon junto a las rocas de la playa, y entraron en el pequeño taller que el profesor había construido hacía muchos años en una loma sobre el agua. Harland la vio moverse en el ambiente familiar, revisándolo todo, como si hallase un misterioso placer en tocar los objetos que su padre había tocado. Al ver en un tarro la palabra «arsénico», Harland sintió un escalofrío. Lo mismo que a la mayoría de las personas, los venenos le asustaban.

—¿Por qué no tiras eso? —preguntó—. Alguien puede equivocarse y…

—Aquí no entra nunca nadie más que yo, aunque de vez en cuando suele venir Ruth para quitar el polvo —contestó Ellen—. Pero el arsénico es completamente inofensivo, a menos que uno se lo trague.

—Siempre he oído decir que sólo respirar el polvillo que se desprende de ese producto puede causar la muerte. ¿No recuerdas haber oído contar que muchas personas se han envenenado a causa del arsénico que contienen algunos empapelados?

—¡Tonterías! —exclamó ella sonriendo, y ambos abandonaron el taller.

Había salido la luna, y la noche era cálida. Por unos momentos quedaron inmóviles, contemplando el reflejo de la luna en el agua. Las olas, al romper contra las rocas, hacían estremecer el suelo bajo sus pies. Harland sintió una leve emoción, la sensación que se experimenta en el teatro cuando el telón se alza lentamente y la orquesta ejecuta los primeros compases, en el preludio de la tragedia. La noche era incomparable; la luna brillaba, y Ellen, maravillosamente hermosa y enamorada, estaba a su lado. Pero en la vibración de la tierra, transmitida por las rocas batidas por las olas, algo parecía advertirle que aquel mundo firme y delicioso era también inseguro.

Durante largo rato permaneció frente al mar, hablando en voz muy baja. Al fin, Harland sugirió que podía ir a darle a Danny las buenas noches antes de retirarse, pero Ellen se negó.

—Olvida por una vez siquiera todo lo que no sea yo, ¿quieres? —replicó. Y continuó con voz queda—: Con excepción de los primeros días de nuestro matrimonio, no creo que me hayas dedicado por entero tu pensamiento.

—No tengo que pensar en ti, querida. Eres como una parte de mí mismo, lo más grande, lo mejor que hay en mí —dijo él para tranquilizarla. No obstante, había en su voz una ligereza que contrastaba con la profunda intensidad de la de Ellen.

—Nunca podrás comprender cuánto te amo, Richard —repuso ella gravemente—. Nunca podrás comprender cuán celosamente te quiero. Odio la idea de tener que compartir con alguien ese cariño, aunque se trate de Danny…

La pasión que se reflejaba en sus palabras era como el retumbar de la tormenta lejana.

—Siempre te has portado maravillosamente con Danny —insistió Harland, sin abandonar su tono trivial.

—Lo sé, lo sé —dijo ella acercándose a su esposo, que la abrazó por la cintura—. Y no sabes cuánto tenéis que agradecérmelo a veces me siento tan celosa de Danny que le arrancaría los ojos.

Harland se echó a reír, y Ellen le imitó. Luego, él dijo:

—Lo sé, Ellen. Te portas muy bien en este asunto. Sé que para ti es un sacrificio, pero el pobre no tiene en la tierra a nadie más que a nosotros. Ni compañeros ni amigos. Por ahora tenemos que ser para él todo su mundo.

Ellen hundió la cabeza en el hombro de Harland, y con voz apenas perceptible

preguntó:

—¿Lo enviarás al colegio el próximo otoño?

—Sí, siempre que él lo desee. Creo que querrá continuar los estudios junto a sus antiguos compañeros.

—¿A un internado?

—No. Ha sido siempre externo. Vivirá con nosotros hasta que ingrese en la universidad.

—Seré buena con él, Richard —prometió ella ofreciéndole los labios—, todo lo buena que yo puedo ser.

Harland la besó con agradecimiento.

En el mar, la luna ponía reflejos de plata.

4

Durante el desayuno, mistress Berent se mostró tan maliciosa como de costumbre. Dijo que pocos días antes había recibido la visita de Russ Quinton, el cual le preguntó por Ellen.

—El pasado otoño le eligieron fiscal. Está muy orgulloso de sí mismo.

—No puedo imaginarme a Russ como político. Con su temperamento se creará muchos enemigos.

—Tal vez el enviar gente a la cárcel puede ser una válvula de escape para su mal humor —sugirió mistress Berent, y añadió—: No te ha olvidado, Ellen. Aunque parece tomar a broma el asunto yo en tu caso no le daría la oportunidad de vengarse.

—No tengo el menor propósito de matar a nadie, mamá, si es lo que estás pensando —repuso Ellen secamente.

—Parecéis un par de criminales discutiendo sobre su enemigo común, la ley —dijo Harland, y cambió de conversación.

Después de desayunarse partieron hacia el Cerro de la Luna. Siguieron el camino familiar a través de los bosques, hasta Cherryfield, y luego volvieron por la ruta del Norte, por la que avanzaron diez o doce millas. El terreno era accidentado y difícil, por lo que Richard conducía despacio y cuidadosamente. Así llegaron a la granja de Joe Severin, en donde los aguardaba Leick.

Era la última etapa del viaje. Harland, sentado al volante, escuchaba sonriendo las exclamaciones de alegría que Danny lanzaba cada vez que descubría rincones familiares en el paisaje. De cuando en cuando le señalaba a Ellen un punto determinado, y luego se volvía hacia su hermano como buscando la confirmación de sus palabras. «¿Recuerdas, Dick?», o: «¿No es cierto, Dick?», o bien: «¿No es verdad que fue eso lo que hicimos, Dick?».

Harland asentía invariablemente, hasta que Ellen dijo alegremente.

—Parecéis dos conspiradores, mejor dicho, dos grandes embusteros, encubriendo

vuestras respectivas mentiras. No sé cuál de los dos es peor. Tal vez tú, Richard. Te comportas como un niño de dos años.

—Ya te dije que en este lugar me convertía en otro hombre.

—No deseo que seas otro hombre —repuso ella—. Te quiero tal como eres.

Entraron en la granja de Joe Severin —Harland tenía la costumbre de dejar allí el coche—, y hallaron a Leick esperando, en compañía de Joe y de sus hijos, dos muchachos morenos y fornidos que vivían con sus familias en granjas cercanas. Joe era un francés de largas piernas y torso pequeño. Su estatura no pasaba de los cinco pies, pero sus hombros eran anchísimos, su boca optimista y alegres sus ojos. Su esposa, que les sonreía desde la puerta de la cocina, era tan alta como sus hijos. Tenía el cabello rubio y la tez blanca y rosada de las mujeres escandinavas.

Harland miró primero a Leick, a quien hacía casi dos años que no veía, pero su primer saludo fue para Joe y sus hijos. Después, como si quisiera guardar lo mejor para su íntimo, se volvió hacia Leick y durante largo rato le estrechó las manos en silencio. Danny, lanzando gritos de alegría y sin esperar ayuda de nadie, bajó precipitadamente del coche y cogió sus muletas. Joe, tan dulcemente como una mujer, le puso una mano en el hombro y le dijo que había crecido mucho en aquellos dos años. Leick también se acercó a Danny. Entonces, Harland vio a Ellen todavía en el coche, contemplando la escena con el ceño fruncido. Llamó entonces a Leick y a Joe, y en los ojos de éste vio el efecto que la belleza de Ellen le causaba.

Junto a Ellen, Danny y Leick, los tres seres que más amaba en el mundo, Harland se sintió completamente feliz.

Los dejó junto al coche y se acercó a mistress Severin, a quien abrazó y besó cariñosamente. La granjera insistió en que tomasen algo —una taza de café, gachas de harina de avena y buñuelos calientes—, mientras Joe y Leick enganchaban los caballos al carro. Harland obligó a Ellen a entrar. Entretanto, Danny caminaba con la ayuda de sus muletas; sus mejillas estaban arreboladas, y sus ojos brillaban de felicidad.

Permanecieron en la limpia y soleada cocina durante un buen rato. Harland observó apesadumbrado que mistress Severin se mostraba cohibida ante Ellen, y que ésta tampoco parecía hallarse muy a gusto. Decidió dejarlas solas, seguro de que Ellen sabría conquistar a la buena mujer. Misteriosamente excitado por la sorpresa que tenía preparada, llamó a Danny diciendo:

—Vamos, milord. El carruaje os aguarda.

Danny salió tras su hermano, y los dos hijos de Joe sacaron del granero un cómodo sillón con una argolla de hierro a cada lado para sujetarla. Al verlo, Danny lanzó un grito de alegría.

—¡Es maravilloso, Dick! —exclamó.

Pero, a pesar de su sonrisa, sus ojos se llenaron de lágrimas. Harland comprendió que en aquel momento Danny se daba más cuenta que nunca de su desgracia.

—Siéntate a ver si resulta cómodo —dijo Harland. Danny tomó asiento y declaró

que era perfecto. Leick miró a Harland y se pasó la mano por la boca, y éste comprendió que Leick también se daba cuenta de lo cruel que aquel momento debía de ser para el muchacho. Ambos recordaron cómo otras veces, al llegar a la granja, Danny emprendía veloz carrera por el bosque hasta llegar al Cerro de la Luna. Para consolar a Danny y para levantar su propio ánimo, apresuró la partida. Decidió conducir el carruaje, y si el camino se hacía demasiado difícil, bajar y llevar los caballos por la brida.

—Puedes montar o caminar, como prefieras —le dijo a Ellen.

Al principio prefirió ella montar. Los otros cuatro hombres cargaron con la silla de Danny y emprendieron la marcha. En cierta ocasión, éstos quedaron rezagados, y Harland, olvidando la amargura de un momento antes, vio a Ellen que estaba incomprensiblemente resentida.

Después, queriendo suavizar su actitud, dijo ésta:

—Creo que hasta ahora no me había dado cuenta de lo que Danny va a sufrir. Hay tantas cosas que no podrá hacer y que, sin embargo, podremos hacer nosotros…

—Nosotros sólo haremos lo que él pueda hacer, Ellen. He adquirido una canoa automóvil y un bote muy ligero para atravesar el lago. Danny aún no lo sabe. Será una sorpresa. Podrá remar cuanto guste; procuraremos pasar muchas horas junto al lago para no separarnos de él.

—Supongo que lo que me quieres decir es que debemos supeditar nuestra vida a la suya. Es como si los tres estuviésemos inválidos, ¿no es cierto? Si él anda con muletas, nosotros tendremos que hacerlo también.

Harland notó la amargura que se reflejaba en su voz, y repuso con suave reconvención:

—Te ruego que por nada del mundo dejes entrever a Danny esa verdad.

—Desde luego —contestó ella—, pero espero que si deseáramos ausentarnos durante algunos días para pescar salmones en New Brunswick, por ejemplo, podríamos dejarle con Leick, que lo cuidaría perfectamente.

—No me gusta ir a pescar sin Leick —repuso él, vacilante—. Es para mí como una costumbre.

—Y Danny otra —contestó ella secamente.

—Y tú la tercera —dijo Harland, sin querer notar el rencor de su voz—. ¿Puede haber tres costumbres más sanas?

Dejaron el carruaje cinco o seis millas más allá al final del camino del bosque, y siguieron a pie. El sendero seguía el curso de la corriente, que formaba pequeñas cascadas hasta la misma laguna donde nacía. Harland fue señalando los recodos que Leick había aclarado para permitir el paso de la silla.

—Ha hecho lo mismo en los alrededores de la cabaña —explicó—. También ha arreglado los escalones, para que Danny pueda trasladarse fácilmente con ayuda de las muletas al lugar donde se guarda el bote. Claro que eso no podrá hacerlo al principio, pero sí cuando esté más fuerte.

Pero Harland era demasiado dichoso en aquel momento para albergar el menor recelo. Desde un pequeño cerro mostró a Ellen el tejado de la casita situada en la falda de la montaña, aproximadamente a una milla de distancia.

—Verás fácilmente un gran claro entre los árboles, los cuales fueron talados frente a la casa para dejar que penetrase el sol —dijo señalando a lo lejos—. Y más allá, en la parte norte, hay un elevado montículo donde puede contemplarse todo el lago.

Llegaron al punto de destino mucho antes que los demás. Se detuvieron junto al pabellón en que se agrupaban los botes, al borde del lago. Constaba de dos pisos y estaba construido de vigas de madera.

—Tengo arriba un despacho en el que suelo trabajar —dijo Harland—, pero ya tendremos tiempo de ver todo eso.

Y prosiguieron andando hasta la casita, situada unas cien yardas más allá, a unos cien pies sobre el nivel del agua. Unas vigas de madera todavía verde demostraban que en época reciente se había añadido un ala completa al pequeño edificio. La sala de estar se extendía de un lado a otro de la casa. La cocina y la despensa estaban en la parte norte, y su dormitorio, contiguo al de Danny, se hallaba en el ala recién edificada, con una terraza cubierta donde se podía dormir al aire libre si el tiempo lo permitía.

Antes de que Danny y los demás llegasen, Harland mostró a Ellen sus dominios. En realidad, había poco que ver.

—Hice que Leick construyese esta nueva ala, porque antes sólo había un dormitorio, que, naturalmente, ocupábamos Danny y yo. ¿Te gusta? —preguntó esperanzado.

—Es precioso —afirmó ella con voz apagada. El tabique que separaba su dormitorio del de Danny estaba formado por tablas muy delgadas.

—Si Danny se despierta de noche y desea algo, podemos oír hasta sus más leves movimientos —dijo.

Harland se dio cuenta de lo que había querido dar a entender.

—Comprendo que están demasiado próximas —repuso como excusándose— y que no estaremos tan solos como hubiésemos querido. Pero, ¿qué importa? Nos pasaremos la vida al aire libre, siempre que haga buen tiempo.

—Y Leick, ¿dónde duerme? —preguntó ella sin abandonar su tono irónico—. ¿En la cocina, para que también podamos oír sus menores movimientos?

Harland trató de reír.

—¡Bueno, bueno! —dijo abrazándola—. Leick tiene su habitación en el pabellón donde guardamos los botes.

Ellen se desasió de su abrazo y se acercó a la puerta.

—Ahí están —dijo al oír voces en el exterior—. Voy a acostar a Danny.

Y salió, seguida por Harland, que la miraba tristemente. ¡Esperaba tanto de aquellas vacaciones! ¡Había gozado tanto con la alegría de Danny y con la dicha de

mostrar a Ellen su amado rincón! Ahora… Era evidente que ella estaba defraudada.

Ellen y Leick ayudaron a Danny a bajar de la silla, y aunque éste insistió en que no estaba cansado, ella se empeñó en acostarle. Harland dio las gracias a Joe y a sus dos hijos por la ayuda prestada. Joe, que seguramente había leído sus tristes pensamientos, dijo tranquilizándole:

—Deje que se acostumbre a esto y verá que dichosa se siente.

Harland le miró con agradecimiento, y Joe y sus hijos se alejaron. Leick se acercó a él y le dijo mirando hacia la casita:

—Cuando arregle las cosas a su gusto se sentirá más contenta.

Tanto Joe como Leick habían comprendido lo que pasaba por la mente de Ellen. Pero Harland hacía tiempo que había aprendido a no sorprenderse de la clarividencia de los hombres sencillos.

5

Durante los primeros días, Harland vio cuán diestramente se las ingeniaba Leick para despertar en Ellen el instinto doméstico que duerme en toda mujer. La primera tarde, el leñador se acercó a ella para preguntarle:

—No le he puesto ninguna percha en su alcoba, señora, hasta saber dónde deseaba usted colocarlas. ¿Quiere usted que las ponga detrás de la puerta?

Cuando aquel problema estuvo resuelto, Leick le planteó otros, hasta que al fin fue Ellen quien le buscó para poner en práctica algunas ideas. Leick, que con un hacha, un cuchillo de dos mangos, un berbiquí y unos cuantos clavos podía hacer milagros, colocó perchas y estantes donde ella dispuso, y construyó una mesa rústica y varias sillas que hicieron las delicias de Ellen.

Harland dejó que Leick obrase con arreglo a su criterio, recordando que otras veces le había resuelto problemas que parecían insolubles. Se abstuvo de hacer comentarios con Ellen, convencido de que si ella reconocía su derrota se dispondría a luchar con nuevos bríos. En cambio, habló con Leick de su esposa.

—Se siente aquí completamente dichosa —dijo Harland triunfalmente cuando hubo transcurrido la primera semana.

—Desde luego —asintió Leick—. Arreglando la casa a su gusto ha llegado a sentir cariño por ella. Siempre ocurre lo mismo. Amamos a las personas y a las cosas por lo que hacemos por ellas. Tendremos que mantener ese interés.

—Es maravillosa, ¿verdad? —dijo Harland, que necesitaba compartir su orgullo con los demás.

—Ella tiene de usted una alta opinión —dijo Leick haciendo un guiño.

—Lo sé. Y será difícil mostrarme digno de la opinión que ha formado de mí.

—Creo que ella preferiría estar aquí a solas con usted. No es muy agradable para una mujer bella encerrarse aquí con dos hombres y un pobre paralítico, sin salir nunca

de excursión.

Harland comprendió que aquello era cierto, pero ya no experimentaba recelos. Los días se sucedían en medio de la más agradable delicia. Se levantaban al amanecer, despertados generalmente por el ruido que hacía Leick por la cocina, y Harland y Ellen se dirigían al pabellón de los botes para bañarse en el lago. Se hallaba éste envuelto aún en las primeras nieblas matinales, y el agua, a pesar de ser fría, parecía templada en comparación con la helada brisa.

A su regreso, Danny, ayudado por Leick, se vestía, y los tres tomaban el desayuno, unas veces en el interior y otras en la veranda bañada por el sol. Harland se pasaba la mañana escribiendo en su despacho en la parte alta del pabellón de los botes. Danny marchaba hacia el embarcadero utilizando los escalones especiales que Leick había construido para él. Estaba más fuerte cada día. Usualmente, a última hora de la mañana, él y Ellen se bañaban en el lago. En el agua, su impotencia era menos patente. Si la tarde era buena, se bañaba otra vez con Ellen y con Harland.

A veces salían a pasear en canoa o en lancha. Tenían dos canoas y un esquife, construido por Leick para el transporte de la leña, además de una canoa automóvil, con la cual solían explorar el lago. En su más apartado extremo, lejos del pabellón donde guardaban las embarcaciones, había una pequeña playa tan llana y lisa que, aun internándose cien yardas en el agua, ésta apenas llegaba a cubrir los hombros. Era allí donde con más frecuencia se dirigían. Harland era un nadador resistente, aunque carecía de estilo, pero Ellen, esbelta y graciosa, nadaba con la armonía y la perfección de un pez. El agua parecía su elemento. Harland y Danny la contemplaban con el mismo deleite.

Otras veces pasaban la tarde tendidos en la ancha orilla cercana a la casita, hablando poco o nada, tomando el sol y dejando que sus rayos les acariciasen libremente. Harland y Danny se pusieron tan morenos que sus cuerpos parecían de bronce, mientras que las piernas, los hombros y la espalda de Ellen, adquirían un delicioso color tostado que a Harland le parecía maravilloso. Al atardecer, el sueño los vencía, y no tardaban en acostarse.

Harland era completamente feliz. Ellen le parecía más bella que nunca. Tocar su mano, oírla hablar, mirarla, bastaban para que ardiesen sus mejillas y sintiese que le ahogaba la emoción. La joven tenía un aspecto indolente, adormecido, y una sonrisa retozaba en sus ojos semicerrados. Si Harland la rozaba con la mano, notaba que su cuerpo era cálido como la piel de un gato después de haber tomado el sol. Sus días estaban llenos de dicha y de amor por Ellen; también su trabajo marchaba bien, todo lo cual hacía que Harland se sintiese satisfecho de sí mismo. Después del almuerzo, Harland acostumbraba a leerles lo que había escrito. Danny hallaba siempre su trabajo perfecto, pues lo juzgaba sin espíritu crítico. En cambio, Ellen no parecía interesada. Solía escuchar perezosamente, devorando a Harland con la mirada, y si éste levantaba la vista y sus ojos se encontraban con los de ella, sentía que su pulso latía con más fuerza. Cierta vez le dijo sonriendo acusadoramente:

—Te he dicho muchas veces que prefiero mirarte a enterarme de lo que escribes sobre los demás —repuso ella, y en su voz se reflejaba una molesta adulación—. ¿Sabes que cuando lees en voz alta se te mueven las orejas?

Hacían pocos comentarios, pero casi siempre personalizando, como si cuanto él escribiese tuviera algo que ver con ella. En una ocasión dijo, arrastrando las palabras como si tuviera sueño:

—Eres uno de los hombres que sólo imaginan a la mujer en el hogar, que les basta con que sea una buena cocinera. ¿Es eso lo que quisieras de mí, Richard?

Harland sonrió, molesto por la ironía de ella.

—Verás, quisiera de ti algo más que eso.

Ellen le cogió la mano.

—Eres un chiquillo. Mira, Danny se ha ruborizado. Supongo que también quisieras que fuese madre. ¿Serías muy dichoso si tuviéramos un hijo?

—Soy feliz ahora —respondió él, y siguió leyendo.

Uno de los personajes intentaba demostrar en determinado momento que el hombre necesita tratar a mucha gente para adquirir experiencia.

—Es muy gracioso que seas tú quien opine así, teniendo en cuenta que te escondes aquí todo el verano sin querer ver a nadie —dijo Ellen riendo.

—¡Oh! Un escritor es un caso distinto. Tiene que encerrarse en sí mismo para conocer mejor a los demás.

—¿Y no tiene que tratar con multitudes de personas para aprender a conocerlas?

—Odio a las multitudes. Las personas, cuando forman parte de una multitud, me parecen huevos que anden. De cuando en cuando siento tentaciones de romper la cáscara y ver lo que hay dentro.

—No creo que puedas pasarte la vida cascando huevos humanos —observó ella —. Puede darse el caso de que estén crudos y se derramen.

Pasaban así muchas tardes, charlando en voz baja, tan absortos el uno en el otro que llegaban incluso a olvidar que Danny los oía. Si éste se quedaba dormido, rendido por el cansancio, marchaban como chiquillos traviesos a navegar en la canoa junto a la orilla o a recorrer el bosque. Les gustaba ir sin Danny hasta la playa favorita, al otro extremo del lago. Ellen, cumpliendo lo que le había prometido a Harland, se mostraba allí algunas veces tan salvaje como él. En las tardes calurosas, sus voces y sus risas resonaban a través de las aguas y llegaban hasta Leick, ocupado en pequeñas tareas acerca de la casa. Volvían de esas aventuras serenos y tranquilos.

Pero también había momentos en que a Harland le parecía ver su cielo cubierto de nubes, y otros en que incluso creía escuchar el lejano rugido del trueno.

Un día, después del acostumbrado rato de lectura, Ellen dijo secamente:

—Tu héroe no parece tener muy buena opinión de las mujeres.

—Es porque aún no ha encontrado a la que soñó.

—Si quieres que las mujeres lean tu libro tendrás que hacer que la halle pronto.

—Creí que a las mujeres les interesaban los hombres.

—Eso es lo que solemos decir —repuso ella sonriendo—, pero en el fondo todavía nos interesan más las otras mujeres. ¡Pobre amado mío! Creo que no entiendes mucho a las mujeres, ¿verdad?

—Estoy aprendiendo. Tú me enseñas un poco cada día.

—Pues aún te queda mucho por aprender —dijo ella mirándole pensativamente.

—No creo que las mujeres sean tan misteriosas —repuso Harland esforzándose por sonreír.

—Sabes muy poco de las mujeres, incluso de mí, para que te des cuenta de tu ignorancia —dijo ella al fin. Sus labios no sonreían. Inquieto sin adivinar la causa. Harland miró a Danny, y vio que éste contemplaba a Ellen con grave atención, como tratando de comprender sus palabras.

6

El lago se extendía en forma de media luna al mismo pie de la montaña, en cuya ladera estaba situada la casita. El terreno se elevaba abruptamente hasta alcanzar los doscientos pies sobre el nivel del agua. Después su ascensión se hacía más gradual, hasta llegar a una pequeña loma que se prolongaba en dirección sudeste. En la parte norte de la falda de la montaña había un estrecho terreno de dos o tres pérticas de extensión, cubierto de pedruscos y de abetos jóvenes, que se introducían en las aguas casi hasta la mitad del lago. En el mes de julio, Danny intentó cruzar a nado la pequeña ensenada que formaba el estrecho trozo de tierra, y llegar hasta la orilla. Ellen le acompañó en el esquife. Habían decidido no decir nada a Harland de sus planes. Abandonaron el embarcadero una cálida y tranquila mañana, dos horas después del desayuno. Harland, que se hallaba en su despacho, percibió el sonido de los remos al alejarse. Pero tan absorto estaba en lo que escribía que no salió a decirles nada. Los que partían hablaban en voz baja para no molestarle. No dio importancia al hecho, hasta que al mediodía, terminada su tarea, se dio cuenta de que no habían vuelto. Cogió entonces su canoa automóvil y fue a buscarlos.

Al salir de la ensenada que se formaba junto al pabellón distinguió el blanco esquife a una milla aproximadamente de distancia, cerca de la playa del norte. Creyó que estarían pescando. Al acercarse observó que en el bote sólo había una persona. Sintió un ligero sobresalto, pero pronto vio la cabeza de Danny surgir del agua, junto a la popa de la embarcación, y lo comprendió todo.

Paró el motor y se detuvo junto a ellos. Danny estaba a cincuenta metros de la orilla. Ellen dijo para tranquilizarle:

—Está fuerte, Richard. Fuerte y sano. Y nada fatigado. ¿No estás orgulloso de él? —luego gritó a Danny—. ¡No hagas caso de nosotros! ¡Sigue nadando, Danny hasta alcanzar la orilla!

Danny nadaba con rapidez, mirando a Richard.

Éste hizo una mueca y dijo con orgullo:

—¡Espléndido, Danny! ¿Es cierto que ha recorrido a nado toda esa distancia, Ellen?

—Toda la ensenada —aseguró ella.

—Son tres cuartos de milla aproximadamente. ¡Es maravilloso!

—Y seguiría nadando todo el día —dijo Danny dándose importancia.

Cuando ya se aproximaban a la orilla, Ellen, que también llevaba un bañador ceñido y suave, se arrojó al agua para vadear a su lado aquella distancia. Cuando la profundidad fue disminuyendo hasta que les impidió nadar, ayudó a Danny a subir al bote y le envolvió en una manta seca para evitar que se enfriara. Harland puso en marcha el motor y los llevó hasta el embarcadero.

Leick los aguardaba. Ayudado por Harland, llevó al muchacho hasta la casita. Ellen insistió en que debía acostarse inmediatamente. Harland le friccionó con una toalla de tejido fuerte, y Leick le llevó una taza de caldo caliente. Juntos celebraron la gran hazaña. Danny estaba muy nervioso, y Harland se sentía tan orgulloso como él.

—Debisteis advertirme lo que tramabais —dijo—. Pensad que os podía suceder algo.

—¡Tonterías, Dick! —dijo Danny confiado—. De haber necesitado ayuda, allí estaba Ellen para prestármela. Además, queríamos darte una sorpresa.

—Es igual —murmuró Dick, que con su excesiva imaginación veía la tragedia que hubiese podido ocurrir—. Tendríais que…

Pero Ellen interrumpió:

—Vamos, Richard, no estropees nuestro triunfo.

Y después de recomendarle silencio con la mirada y tapar bien a Danny, que se había dormido, ambos salieron de la habitación.

Danny durmió toda la noche. Ellen y Harland salieron al exterior hablando en voz baja para no despertarle. Subieron a la cercana loma, más allá de la casita, desde donde podían contemplar la media luna que formaba el lago a sus pies. El panorama era magnífico. En la lejanía se divisaba el Katahdin y otros picos más cercanos. En un estuche impermeable colgado de un clavo fijo a un alto abeto, Harland guardaba unos gemelos con los cuales solía contemplar el nido de águilas situado en unas cepas muertas más allá de las aguas, la pareja de somorgujos que vivían en el lago, y los ciervos que algunas veces, en verano se refugiaban en sus orillas huyendo de un enjambre de moscas. Volvió a referirse a la hazaña de Danny aquella mañana, hasta hacer que Ellen protestase.

—No seas tonto, Richard. En realidad, no estaba tan cansado. Cierto que se ha dormido, pero puede que eso se deba a la excitación. La travesía a nado ha sido para él una liberación. ¿Por qué no quieres comprenderlo?

—No dejo de pensar en lo que hubiese podido ocurrir —confesó él, e insistió luego—: No volváis a intentar nada parecido sin contar conmigo.

Ellen le obligó a callar poniéndole una mano en la boca.

—No seas tonto, querido —dijo quedamente.

El suelo, en la extensión de tierra situada bajo la loma en donde se encontraban, se hallaba cubierto de musgo verde y suave. Ellen le condujo hasta allí y le obligó a tenderse junto a ella, lo mismo que el día lejano en que salieron a cazar pavos.

—Comprenderás, querido —le recordó—, que el hecho de que Danny duerma nos ofrece la posibilidad de pasar juntos toda la tarde. La verdad es que no disponemos de muchas horas de soledad —se echó a reír y continuó—: Hasta de noche si te mueves en el lecho, Danny puede oír el crujido de los muelles.

—Otro año trataremos de tener un poco más de intimidad.

—¡Bah! Si a ti no te importa, tampoco me importa a mí.

Pero él se volvió de espaldas, para protegerse de la luz del sol que le obligaba a hacer muecas, y respondió:

—No puedes engañarme, Ellen. Sé que eso te disgusta.

—Desde luego —confesó ella, y le besó la palma de la mano—. El caso es que nunca me han gustado las carabinas.

—Por el contrario, yo creo que burlarlas es algo divertidísimo.

—¡Oh, Richard, Richard —exclamó ella riendo—, cómo te quiero!

Leick era demasiado inteligente para salir en su busca, y como Danny durmió bastante rato, ambos disfrutaron de una tarde deliciosa. Cuando al fin decidieron regresar, Ellen se irguió, abrió los brazos y con la respiración alterada contempló la belleza del paisaje que se extendía ante ellos.

—Richard —dijo—, adoro todo esto. Lo quiero tanto como tú —se acercó más a él y añadió—. Amor mío, prométeme que cuando muera esparcirás mis cenizas por este lugar. Quiero que subas aquí un día que haga viento y las dejes caer para que éste las arrastre. ¿Me lo prometes?

—No podría seguir viviendo si tú faltases —contestó Harland abrazándola fuertemente.

—Claro que podrás. Yo no viviré mucho. Siempre he estado segura de ello. Además, no me interesa vivir demasiado. No quiero llegar a vieja… —y añadió besándole—: En cambio, tú sí vivirás hasta la ancianidad. ¿Me lo prometes, Richard?

Harland intentó hacerla callar con una sonrisa. Pero tanto y tan seriamente insistió ella que tuvo que rendirse y prometer con aire solemne que lo haría.

—Ahora no podré nunca sentirme desgraciada por nada —aseguró ella—. Vamos, querido. Despertaremos a Danny.

El verano transcurrió plácidamente, sin que nada, excepto algún cambio de tiempo, interrumpiese la rutina de su vida. Dos o tres veces por semana iba Leick a la ciudad a buscar el correo y a hacer algunas compras. Harland no tenía mucha correspondencia. Escribía pocas cartas, y recibía pocas también. En cuanto a Ellen, escribía semanalmente a su madre, y tenía noticias de ella, o, mejor dicho, de Ruth, cada vez que Leick iba a la ciudad. En cierta ocasión le dijo Harland:

—Creo que a Ruth le gustaría esto. Deberíamos invitarla.

—Claro que no tenemos habitación para huéspedes.

—No importa. Le cederé mi cama. Yo dormiré con Leick. Creo que sobra allí una otomana. Me gustaría ver a Ruth. Es una excelente muchacha.

Ellen le miró un instante. Después dijo sonriendo:

—En realidad, creo que lo mejor será que no venga. No me gusta tener que compartirte con toda la familia.

Y ambos se echaron a reír.

Si el tiempo era bueno, pasaban las horas al aire libre. Si llovía o hacía frío, se quedaban en el interior junto al brillante fuego de la chimenea. El trabajo de Harland progresaba. Danny estaba cada día más fuerte; Ellen, más hermosa y amable. Harland se sentía tan poderoso como un gigante. Los días claros, cuando algunas nubecillas blancas cruzaban como barcos por el mar azul del cielo, y ellos contemplaban a través de millas y millas de bosques las cumbres de Mount Desert e incluso algunos trozos del océano; los días en que la lluvia cálida lo empapaba todo y velaba el paisaje con su cortina gris; las noches lluviosas, en que las gotas resonaban sobre el tejado y les hacían sentir la dicha de saberse seguros y abrigados; los días en que soplaban las primeras brisas de otoño, o en que el viento frío aceleraba la circulación en sus venas, los numerosos días en que el aire no era ni demasiado fresco ni demasiado caliente; los amaneceres suaves, en que aparecía envuelto en nieblas el lago tranquilo; las noches silenciosas y cuajadas de estrellas; el rumor del viento que agitaba las copas de los árboles; los atardeceres en que se oía el canto de los pájaros en lo más intrincado del bosque, o las noches de luna en que se escucha el grito burlón de los somorgujos que vivían en el lago, el batir de las alas de los grandes búhos en el valle; los ciervos que acudían atraídos por el montón de mondas de patatas que Leick preparaba con sal y dejaba para ellos en el exterior, los puercoespines que roían las puertas; los chillidos de los coatís en la cañada; el aullido de los lobos en la noche…, todo esto formaba como un rico néctar que Harland bebía con deleite a cada momento, sintiéndose alegre y en paz, sin desear nada más.

En la cabaña había muchos libros: novelas detectivescas, una nutrida serie de los antiguos favoritos que Harland había leído en otro tiempo, y las últimas novedades publicadas, todavía con las sobrecubiertas, que el editor de Harland y otros editores le enviaban de vez en cuando. Pero a Ellen no le gustaba leer, y Harland, con excepción de las horas en que trabajaba en su despacho, se pasaba el tiempo con ella y con Danny, por lo que casi nunca se abrían aquellos libros. Los días transcurrían tranquilos y serenos, dejando en Harland una sensación de dicha absoluta. Excepto los momentos en que le emocionaba la misma animación de Danny, o en que, contemplando su desdichada situación, sentía cierto rencor, Harland nada podía pedirle a la vida.

Ciertamente, no encontraba en Ellen el menor defecto.

7

Una calurosa tarde de agosto, Harland adivinó por el ambiente que se aproximaba una tempestad de lluvia. Danny dijo:

—¿Recuerdas cómo acuden las truchas al manantial cuando presienten que va a llover? Vamos a probar suerte, Dick.

Harland accedió, pero Ellen dijo:

—No me gustan las tormentas. Creo que con este tiempo es mejor que nos quedemos en casa.

—Puedes quedarte. Danny y yo iremos a pescar unas cuantas.

—No me fío de vosotros —dijo ella sonriendo—. Seríais capaces de cualquier cosa, hasta de buscaros un disgusto.

Harland vaciló. Miró a Danny, y le pareció ver en sus ojos una traviesa invitación. Se echó a reír y dijo:

—¿Temes que hablemos mal de ti a tus espaldas? Danny y yo siempre hemos sabido guardarnos solos.

De pronto se le ocurrió que ni una sola vez en aquellos meses había podido estar solo con Danny. Ellen les acompañaba constantemente. En otros tiempos solían pasar juntos muchas horas charlando como dos hombres y discutiendo cuantos problemas se le ocurrían a Danny. Tal vez el muchacho echase de menos aquellas horas de camaradería.

—Iremos solos, Ellen —dijo con súbita decisión—. Quédate, y procura que a nuestra vuelta esté encendido el fuego. Regresaremos antes de que estalle la tormenta.

—Por favor, Richard, no vayas.

—¿Por qué? —preguntó él, cada vez más determinado a vencer su actitud.

—Danny se mojará.

—No sería la primera vez —dijo él riendo—. No creo que nos derritamos. Al fin y al cabo, no estamos hechos de azúcar.

Como si se diera cuenta de la tensión que existía entre los esposos, Danny dijo:

—Voy a colocar las cañas en el bote, Dick —los aparejos de pesca se hallaban en el pabellón donde se guardaban las embarcaciones. Danny tomó sus muletas y se alejó por el camino. Ellen se acercó a Harland y le cogió por un brazo.

—Por favor, Richard… —dijo una vez más.

—¿No te parece absurda tu actitud?

—Tal vez, pero las mujeres somos a veces absurdas.

—Déjanos gozar de una o dos horas de soledad a Danny y a mí, Ellen. Tenemos muchas cosas que contarnos. Un muchacho de su edad es a veces tímido ante una tercera persona. Tú le tienes todo el día. ¿Por qué no me dejas que de vez en cuando

le tenga yo también?

—Sé que no tengo razón —añadió ella—, pero es que… estoy triste esta tarde, Richard. Déjale que vaya con Leick. Quédate conmigo. ¡Tenemos tan poco tiempo para estar solos!

—Volveremos en seguida —insistió él—. No exageres las cosas, Ellen. ¿Por qué no hemos de salir juntos Danny y yo alguna vez?

Pero Ellen, sin contestar, entró en su habitación y cerró la puerta. Harland se quedó solo. Se sentía asombrado y absurdamente culpable, y a la vez furioso. Pero apretó los labios firmemente y salió sin añadir una palabra.

Él y Danny se divirtieron mucho pescando. Guardaron algunas truchas para el almuerzo y dejaron otras en libertad en el mismo momento de pescarlas, Danny lanzaba exclamaciones de alegría durante los diversos incidentes de la pesca, pero Harland no cesaba de mirar hacia el embarcadero, con la esperanza de que Ellen cambiase la idea y acudiera a su encuentro. Pero esto no sucedió. Cuando, calados y chorreantes, regresaron al hogar, la hallaron sonriente. Les había preparado ropas secas y ayudó a Danny a cambiarse. Excepto su extraño desasosiego, parecía tan cariñosa como de costumbre, y ni siquiera les hizo nuevos reproches. Pasaron una velada muy agradable; hasta el punto de que Harland olvidó la nota discordante de aquella tarde. Por la noche, cuando se quedaron solos, se excusó y se abrazó a él apasionadamente. Como es lógico, Harland la perdonó. Al día siguiente todo estaba tan tranquilo —al menos en apariencia— como en días anteriores. Pero la lluvia no logró terminar con el calor. Los días siguieron siendo sofocantes. El lago resplandecía bajo un sol abrasador, y cuando nadaban en él notaban que el agua era tan templada como la misma brisa.

La segunda noche, Danny vio sobre un muro externo de la cabaña un colibrí que parecía herido o enfermo. Llamó a los demás para que lo viesen, y juntos se acercaron sin que el pájaro intentase alzar el vuelo. Ellen lo cogió gentilmente. No le descubrieron ninguna herida, pero, aunque vivo, permanecía entre sus manos, pasivo e inmóvil. Lo entraron, y Ellen le dio calor y un poco de agua con azúcar y coñac. Admiraron la belleza de sus colores, e hicieron un nido de algodón con la esperanza de que curase. No obstante, al día siguiente le hallaron muerto. Tenía las alas extendidas y la cola abierta como un pequeño y hermoso abanico. Era tan bello que a los tres se les llenaron los ojos de lágrimas.

—Es como si hubiera volado —murmuró Danny—, como si se hubiera remontado en el aire dejando aquí el cuerpo.

Leick debía ir aquel día a la ciudad. Siguiendo un impulso, Ellen dijo:

—Encargaré a Leick que traiga el maletín con el instrumental de papá, y disecaré el pájaro para que lo guardes, Danny. Así, tal como está, como si fuese a remontar el vuelo.

Harland quiso protestar, recordando su disgusto al ver el arsénico y sospechando que el maletín debía de contener un frasco. Pero al ver la alegría que se reflejaba en el

rostro de Danny se abstuvo de decir lo que pensaba. Así, después de prepararles el desayuno, Leick partió, llevando aquel encargo entre los muchos que debía realizar en la ciudad.

En su alegre habitación del pabellón en donde se guardaban los botes, y ante su mesa de trabajo, Harland escribió durante mucho rato, al principio con cierta indolencia, pero luego, conforme crecía el calor de su inspiración, dejando que corriese la pluma con creciente rapidez, hasta quedar completamente absorto en su tarea. A media mañana oyó como Ellen y Danny partían en el esquife. Percibió el rumor de los remos y comprendió que marchaban en silencio para no molestarle. Luego, a cierta distancia, oyó la voz de Danny, que cantaba alegremente una de sus canciones favoritas:

¡Oh! Un buen barco para cruzar el mar
era el «Walloping Window Blind».
Ningún viento arredraba a sus marinos
ni la mente del capitán turbaba…

La canción se perdió en la distancia, a medida que el bote se alejaba. Harland sonrió y volvió a su trabajo. Fue una de esas mañanas de magnífica inspiración en la que pudo escribir cuanto se le ocurrió. Olvidó todo lo que le rodeaba, para entregarse de lleno a lo que iba surgiendo de su pluma. Sólo al cabo de un rato empezó a pensar en Danny y en Ellen cruzando juntos el lago. Nunca le parecía Ellen tan perfecta como cuando la contemplaba cuidando a Danny. Pensó que sería una madre encantadora cuando tuviesen hijos. El instinto de la paternidad se hacía en él cada día más fuerte. Ellen, en cambio, tenía ciertos reparos que él no había logrado vencer. Sería mejor aguardar a que Ellen estuviese tan ansiosa como él por tener un hijo. Pensó que era lógico que ella, como mujer, tuviera miedo de una responsabilidad tan grande.

Volvió a su trabajo, y una vez más el espíritu creador se adueñó de él por completo. Escribía con rapidez, repitiendo algunas veces en voz alta cualquier frase, para juzgarla mejor, y cambiando una palabra de vez en cuando. En ocasiones permanecía absorto contemplando el papel. Otras veces, tachaba una línea, la escribía de nuevo y volvía a tacharla, repitiendo la operación hasta dos veces, hasta quedar satisfecho de ella. Encendió un cigarrillo, sin darse cuenta de que al borde mismo de la mesa de toscos leños en que trabajaba había una larga hilera de ellos, a los que apenas había dado un par de chupadas. Los cigarrillos olvidados levantaban a su lado columnas de humo cuyo color azulado resaltaba en la atmósfera tranquila.

Por fin se detuvo y ordenó las cuartillas escritas. Tenía los ojos brillantes, pues se daba cuenta de que el trabajo había sido bueno. Después inclinó los hombros como si le agobiase un peso oculto. Había escrito tanto que tenía turbios los ojos; había fumado tanto que estaba medio mareado, y le dolía la mano con que había manejado

la pluma. Salió al exterior y tomó el camino de la casita, tan absorto que ni siquiera se dio cuenta de que Ellen y Danny no habían vuelto todavía.

Al llegar a la puerta llamó a Ellen, pero nadie respondió. Se preguntó qué hora podía ser. En el Cerro de la Luna no tenía el tiempo demasiada importancia. El sol era su único y mejor reloj. Calculó que si Ellen y Danny estaban todavía en el lago podría verlos fácilmente desde el mirador de la cabaña, y hacia allá se dirigió.

Al llegar distinguió perfectamente el blanco esquife. Estaba cerca de la faja de terreno que se extendía desde el lugar en que él se encontraba hasta la mitad del lago. Contempló sorprendido el pequeño bote. Después sacó rápidamente los gemelos del estuche. Alguien había cambiado la graduación de los cristales; tal vez Ellen, que era algo corta de vista. Tenía tanta prisa que sus manos se movían torpemente, y tardó un momento en ver el esquife, a Ellen y el agua que la rodeaba.

Cuando logró distinguir con toda claridad lo que allí sucedía, sintió como si su corazón dejase de latir.

Conteniendo la respiración continuó mirando durante un instante. Después, lanzando un grito, tiró los gemelos y echó a correr hacia el embarcadero, sintiendo que el terror le asfixiaba.

Capítulo VI

1

Hasta después de su matrimonio con Harland, Ellen no llegó a pensar detenidamente en lo que aquello significaba.

En Taos, la primera mañana que despertó a su lado pensó en Danny sintiendo una ligera turbación. Pero esas dudas desaparecieron en los días de loca dicha que siguieron, cuando ella y Harland estaban siempre juntos, cuando el sonido de su voz, el simple contacto de sus manos, la hacían vibrar con igual rapidez con que los relámpagos se encienden en el horizonte lejano. Era como una tempestad de ternura que los arrollaba, como esos cálidos chaparrones de primavera que fertilizan dulcemente el terreno helado. Y así como tras esas lluvias queda limpio el suelo y la atmósfera clara y transparente, así también Ellen vio después las cosas con mayor lucidez. Se sintió preocupada, porque el influjo de las apasionadas horas que pasaron juntos parecía crecer el impulso creador de Harland, que se había convertido en un autor de fama. La molestó que no bastase ella sola, el impulso que en él despertaba, para satisfacerle.

—¿Tanto significa para ti tu arte, Richard? —le preguntó una vez.

—Naturalmente. Escribiendo me gano la vida.

—Tengo suficiente dinero para los dos.

—Y yo tendría que vivir del dinero de mi mujer —repuso él sonriendo—. Además, no escribo solamente por dinero. Escribir es para mí un sistema de decirte cuánto te amo —y la besó.

Ella le miró con un malicioso aire de reto. Luego respondió:

—Prefiero que me expreses tu cariño de otro modo.

Y se echó a reír. Pero su risa estaba muy lejos de ser sincera. En realidad, odiaba cuanto pudiese apartarle de Harland. En Sea Island comprobó que su marido se llevaba muy bien con Ruth. En el viaje de vuelta a Warm Springs hablaba tan a menudo de ella que Ellen dijo sonriendo:

—Richard, debiste casarte con Ruth y no conmigo. Os compenetráis maravillosamente.

—No creo que hasta la fecha tú y yo nos hayamos llevado muy mal —dijo él riendo entre dientes. Y añadió burlonamente—: ¿Celosa?

—Siempre he tenido celos de Ruth —repuso ella—. Todos la quieren, y a mí en cambio… Ruth es tan… tan… —vaciló, y al fin dijo con enojo—: ¡tan insoportablemente buena!

Harland se echó a reír.

—Y tú eres mala y cruel —dijo, frenando el coche para abrazarla.

—Tengo celos de todo lo que tocas, Richard —murmuró ella—. Del traje que llevas puesto, de la silla en que te sientas, del lecho donde duermes, del terreno que

pisas…

Su voz era ronca y temblorosa, su mirada, ardiente y apasionada. Harland la estrechó con más fuerza, murmurando frases cariñosas, como si quisiera consolarla.

Pero en muy contadas ocasiones dejaba ella traslucir la intensidad de su cariño, su deseo de excluir de la mente de Harland todo cuanto no se refiriese a ella. En realidad, no se atrevía, porque Harland siempre sabía situarse a la defensiva y evadir lo peligroso de la situación. Ellen no quería acostumbrarle voluntariamente a que se resistiese. De ese modo, aunque no ganaba victorias, tampoco tenía que admitir insultantes derrotas. Aún durante su diplomática campaña para dejar a Danny solo todo el verano en Warm Springs, trabajó bajo cuerda, procurando influir sobre el doctor Masón e incluso en el propio Danny. Todo menos atacar a Harland directamente. De este modo, evitando tratar con él la cuestión, evitó también la sensación externa de fracaso.

Cuando llegaron a la granja de Joe Severin y vio el afecto que él y Harland se profesaban, y el cariño que éste le tenía a Leick, Ellen odió a los dos, porque le robaban una parte de Harland, algo que ella no podría nunca poseer.

En el Cerro de la Luna dirigiendo los trabajos de Leick en la casita, que quiso arreglar a su gusto, se propuso conquistar a éste. Creyó que así lograría separarle de Harland, el cual tal vez se sintiera celoso y le obligase a abandonar el lugar. Adoptó con él la más encantadora familiaridad, pensando que si Leick se propasaba en algo, ella sabría aprovecharse de la situación. Le obligó a hablar de sí mismo, de la granja en que vivió con sus padres hasta que éstos murieron, escuchándole con fingido interés. Luego le preguntó por qué no se había casado.

—A mi madre le gustaba llevar la casa —explicó Leick en tono afable—. Nunca encontró una mujer que pudiese satisfacerla en este sentido. Además, durante los últimos años, mi padre estaba enfermo y tenía yo a mi cargo todo el trabajo. No podía abandonarlos.

Ellen dijo que era una lástima y una vergüenza que hubiese sacrificado así su vida por ellos. Pero Leick respondió:

—Pues mire, señora, siempre he hecho lo mismo: sacrificarme por los otros y olvidarme de mí mismo. Incluso me parece que he logrado sentirme a gusto haciéndolo.

Ellen se echó a reír, insistiendo en que muchas jóvenes se habían seguramente disputado sus favores, a lo cual respondió Leick haciendo un guiño:

—En tal caso, le aseguro que no me he dado cuenta. Nunca he entendido a las mujeres.

Tan seguro le vio siempre de sí mismo que sospechó que era bastante más inteligente de lo que parecía, llegando incluso a temer su mirada perspicaz e intensa. Aquel cuarto habitante de su pequeño mundo estaba siempre a mano si le necesitaba, pero no molestaba jamás. Ellen sabía que las horas de trabajo de Dick eran sagradas, y que ni ella ni Danny podían molestarle, éste hacía a veces una pausa en su tarea

para reunirse con Leick en el embarcadero y cambiar con él unas palabras. Ellen escuchaba sus voces desde la cabaña y envidiaba a Leick aquel privilegio del que ella se sabía excluida.

No obstante, era Danny a quien más envidiaba y odiaba. Por la noche, sólo un débil tabique de tablas separaba su lecho de Harland, es decir, que el muchacho estaba más cerca de su esposo que ella misma, puesto que el tabique tendría apenas unas pulgadas, mientras que una distancia de tres o cuatro pies separaban su lecho del de Richard.

Cuando en las noches calurosas dormían en la veranda, el lecho de Harland estaba en medio, el de Danny a un lado y el suyo al otro. Y si se despertaba y le costaba volver a conciliar el sueño —en algunas ocasiones permanecía largo rato con los ojos abiertos, escuchando los distintos rumores del bosque—, podía oír la tranquila respiración de Danny con la misma claridad con que percibía la de Harland.

Comprendió que el lazo que unía a Harland y a Danny no era puramente físico, sino espiritual y, sobre todo, muy fuerte. Si durante la noche Danny se despertaba y hacía algún leve ruido, o si su sueño era agitado y rozaba sin darse cuenta el tabique que los separaba, Richard se despertaba y decía en voz baja:

—¿Qué pasa, Danny? ¿Estás bien?

Y Danny contestaba con voz soñolienta:

—Sí, Dick, estoy bien.

Ella, en cambio, podía levantarse, caminar por la habitación, salir al salón e incluso al exterior sin que Harland se despertase siquiera. Algunas veces su sueño era ligero como el de un gato, acechando el odioso momento en que Danny se movía y Richard le llamaba con tierna solicitud. Cuando esto sucedía quedaba silenciosa, mordiéndose los labios en la oscuridad. Más de una vez, cuando ambos habían vuelto a dormirse, se levantaba, se movía por la habitación y hacía una serie de ruidos innecesarios sólo por comprobar si ella también podía despertar a Harland. Al ver su fracaso, se desesperaba y ya no dormía hasta el amanecer.

En los raros instantes que podía estar a solas con Harland, cuando intentaba revivir los momentos de apasionada locura que al principio habían disfrutado juntos, la situación tenía un aire clandestino que hallaba odioso; pero al mismo tiempo se aguzaba en ella el deseo de disfrutarlos mejor, porque cuando Danny estaba delante, Richard se mostraba siempre muy comedido. Si se acercaba a él y le sorprendía con un beso, solía decir en tono de amable reconvención:

—¡Cuidado! Danny puede vernos.

—Pero, ¿qué importa? Al fin y al cabo, eres mi marido.

—Ya lo sé. Pero puedes aturullarle.

Ellen protestaba, y él recibía riendo sus protestas. Pero con el tiempo sus celos le hicieron experimentar una desesperada sensación de alarma. Danny era un obstáculo en su vida, un escollo que nunca podría vencer.

Decidió situarse a la defensiva, y se mostró encantadora con su rival, hasta

conquistarle. Juntos conspiraban, preparando agradables sorpresas a Harland, como, por ejemplo, la del día en que Danny nadó por el lago. Desde aquel día planearon otra sorpresa: Danny atravesaría el lago en su parte más extensa, nadando de punta a punta. Estaba dispuesto a hacerlo, y ella lo animaba, pero Danny había insistido en no decir nada a Dick hasta que hubiese llevado a cabo la hazaña. En cuanto a Ellen, se guardó mucho de manifestar que Richard había prohibido que intentasen solos la aventura.

Habían proyectado quedarse en el Cerro de la Luna hasta setiembre. Corría el mes de agosto, y Ellen creía sinceramente poder resistir los días que faltaban. A la sazón, y después de unos días de calor agobiante que habían excitado sus nervios, surgió el incidente de las truchas. Danny propuso salir de pesca antes del aguacero, y Harland, sin hacer caso de la oposición de su esposa, accedió a su capricho. Las palabras que su madre había pronunciado en Sea Island el invierno anterior («Ellen no permitirá nunca que estéis solos») cobraron una importancia verdaderamente excepcional y estuvo casi resuelta a acompañarlos. Pero se lo impidió su misma desesperada obstinación. Cansada de luchar, los dejó partir solos.

Cuando se hubieron marchado se tendió en el lecho con los ojos resecos, sola para enfrentarse con la verdad. Para ella era aquello el principio del fin. Danny había ganado la batalla. Ganaría otras muchas, y poco a poco le iría separando de Harland. Comprendió que mientras Danny viviese no tenía más remedio que compartir a Harland con él.

¡Mientras Danny viviese! ¡Mientras Danny viviese! La frase martilleaba su cerebro con la persistencia de un disco de gramófono rayado que repite el mismo fragmento una y otra vez.

2

Desde aquel momento, como una figura que se moviera entre las sombras, las cuales impiden que sea reconocida, la idea de la muerte de Danny, o de su propia muerte, se fijó en la mente de Ellen. De algún olvidado ascendiente había heredado una intensidad emotiva y un apasionamiento casi esclavos. No conocía los términos medios. Tenía que ser extremadamente dichosa o inmensamente desgraciada. La pasión que había sentido por su padre se había concentrado en Harland, pero éste no se sometió abiertamente como aquél. Siempre sentía en él algo lejano, algo que ella no podía ver ni tocar. En algunos momentos, mientras le estrechaba entre sus brazos, Ellen se daba cuenta de que él no se entregaba totalmente al abrazo, y entonces llegaba incluso a odiarle. Le hubiera gustado azotarle, hacerle padecer; y su indignación no hacía sino crecer al ver que él tomaba cariñosamente a risa su violencia.

Harland se le escapaba como se escapa la arena entre los dedos cuando

pretendemos aprisionarla con la mano. En cierto modo, lo había perdido. O había perdido algo suyo que posiblemente nunca más —al menos mientras viviese Danny — podría recobrar. Pero Danny podía morir. Sin Danny, Harland, que sin duda llegaría a olvidarle, sería completamente suyo. Cuando, con el pretexto de disecar el colibrí, envió a Leick a buscar el maletín de su padre a Bar Harbor, no lo hizo con una idea determinada. Sólo sabía que en aquel maletín había un frasco de arsénico, y que el arsénico podía ser mortal.

Leick partió después del desayuno. La mañana era hermosa y tranquila. El sofocante calor que durante varios días los había molestado persistía aún, cubriendo el terreno como con una sábana agobiadora. Hasta Danny, habitualmente resignado, confesó:

—Estoy harto de esto, Ellen. ¿Y tú? De continuar así acabaremos por pelearnos. —Ellen no contestó, y el muchacho siguió diciendo—: Voy a pasarme el día en el agua… —luego tuvo una súbita inspiración y murmuró excitado—: Ellen, ¿y si intentara hoy la gran travesía del lago? —su tono era persuasivo—. No creo que se me pueda presentar mejor oportunidad. No hace viento, el agua está tibia como la leche, y me consta que puedo hacerlo. Ayer nadé una hora seguida sin fatigarme.

—La idea no es mala para ti, que estarás en el agua. Pero ¿qué hago yo entretanto? ¿Quedarme en el bote, soportando el sol durante horas?

—Puedes nadar conmigo algunos ratos. Y otros cuidar el bote desde el agua. Así evitarás al menos el calor. Vamos, Ellen. Será una sorpresa magnífica para Dick. Verás cómo le gusta.

Ellen tuvo el presentimiento de algo terrible e inminente. Y sintió a la vez una extraña alegría.

—Será un baño muy largo, Danny. Puedes resfriarte —dijo dudando.

—¿No crees que es ridículo hablar de resfriados en un día como hoy? —preguntó él riendo.

Por fin, Ellen dio su conformidad, no sin tomar antes las debidas precauciones. Cuando se encaminaron hacia el embarcadero, Danny con sus muletas y Ellen con un traje ligero sobre el bañador, para protegerse de los ardorosos rayos del sol, ésta tuvo la precaución de coger una manta, por si tenía que recoger a Danny antes de terminar la travesía, y el tarro de crema para untarle antes de que se echara al agua. El plan era iniciar la travesía en un extremo del lago, precisamente en la parte de la pequeña ensenada donde había una playa suave. Danny esperaba llegar a éste antes de que Dick terminase su trabajo matinal.

—Será un buen momento para darle tan magnífica sorpresa —dijo el muchacho, pensando en lo que Dick diría al verle y en la respuesta que él le daría orgullosamente.

En silencio, subieron al esquife. Ellen se hizo cargo de los remos. Cuando se alejaban, murmuró con rebeldía:

—No creas que es tan fácil remar en esta embarcación.

Danny se echó a reír. Luego comenzó a cantar el «Walloping Window Blind». Poco después, seguro de que Harland ya no podía verlos, se dispuso a emprender su gran aventura. Se quitó los soportes que sujetaban sus piernecillas deformes y trató de no ver aquellos tobillos flacos y escuálidos. Su deformidad le producía náuseas. Remó más aprisa. Danny cogió la crema y se untó los brazos, las piernas y los hombros. Los músculos de sus anchas espaldas estaban más desarrollados que los de muchos chicos de su edad, como si así quisiera compensar la debilidad de sus piernas. Se untó también el pecho y el estómago.

Ellen hubo de reconocer que era un muchacho guapo. Tenía una hermosa cabeza, una noble frente coronada de rizos, unos grandes ojos de mirar inteligente y una boca bien dibujada y llena de ternura. Su cabeza parecía demasiado grande para su cuerpo. Al verle así, llegaba uno a olvidar su defecto físico. Para Ellen su indiscutible belleza ponía más de relieve la deformidad de sus piernas.

—Deja que te unte la espalda antes de que te arrojes al agua —dijo.

Danny asintió. Su cuerpecillo brillaba al sol, y algunas gotas de sudor resbalaban sobre la superficie grasienta. También aquello le desagradó. Odiaba el espectáculo de un cuerpo engrasado. Sintió en su interior una intensa repugnancia, la misma que experimenta el lobo al lanzarse sobre el miembro herido.

Danny hablaba sin cesar, quejándose de no tener un reloj para ver cuánto tiempo empleaba en la travesía. Como siempre, se habían desayunado muy temprano, pues tenían por costumbre levantarse al salir el sol y aun antes. Danny calculó que serían en aquel momento las nueve y media.

—Dick trabaja siempre hasta el mediodía —siguió diciendo—. Creo que al menos podré llegar a la ensenada antes de que salga de su despacho. ¿No te parece, Ellen?

Distraída asintió sonriendo, pero una voz repetía en su mente sin cesar: «Me quitará a Harland. Me lo quitará… Él nunca dejará de quererle. No puedo luchar contra él. Richard no será completamente mío mientras viva Danny».

Al acercarse a la playa, charlando alegremente, el muchacho se volvió de espaldas a Ellen, le largó el tarro de crema y apoyó las piernas, tiesas como dos trozos de cuerda, sobre la popa de la embarcación. Ellen le untó con una espesa capa de crema.

—Ya está —dijo al terminar.

Danny se introdujo en el agua, que tenía allí poca profundidad, agarrándose al casco de la embarcación, y luego comenzó a nadar rápidamente, internándose en el lago. Ellen le siguió con la vista, observando cómo se alejaba de la orilla. Danny había fijado, como primer objetivo, el trozo de tierra que penetraba hasta casi la mitad del lago. Cuando hubiese llegado a él podría considerarse a mitad del camino. Ellen se dio cuenta de que el muchacho se guiaba por los postes indicadores situados en la playa que acababan de dejar, y al cabo de un momento dijo tranquilamente:

—No te preocupes por la dirección. Sígueme. Yo te guiaré —y se adelantó

remando.

El sol quemaba cada vez más. Una brisa ligera rizaba las aguas levemente. La refracción hacía que la costa frente a ellos quedase algo confusa, formando como un muro bajo o como una pared oscura.

Ellen calculaba su avance por una roca de la orilla, un árbol seco, el nido de las águilas… Lamentó no haber llevado un sombrero o siquiera las gafas oscuras, pues el reflejo del sol sobre las aguas casi la cegaba. Le dolía la cabeza. Si miraba a Danny, el espectáculo de sus piernas —cuya deformidad aumentaba bajo el agua— la hacía estremecer de repugnancia. Eran en efecto dos miembros fláccidos, como sin hueso, que flotaban tras él.

El muchacho seguía nadando de costado, braceando y respirando acompasadamente. Fue Ellen la que comenzó a sentirse mal. Súbitamente creyó hallarse cogida en una trampa, atada de pies y manos. Ansiosa de escapar, y para darle prisa, dijo:

—No adelantas mucho que digamos, Danny. No estás ni a la mitad del camino.

—Tengo que apresurarme —repuso el muchacho mirando el trayecto recorrido.

—Puedes resfriarte estando en el agua tanto rato —dijo Ellen—, y tal vez te dé un calambre.

—¿Resfriarme? ¿Hoy? ¡Imposible! —dijo Danny riendo—. El agua parece un caldo.

Los minutos siguieron transcurriendo lentamente. Aparentemente no se movía del mismo sitio, pero ambas orillas estaban cada vez más lejanas. Ellen contempló el punto a donde se dirigía, deseosa de llegar pronto a tierra firme. El peligro se cernía en el aire, se extendía como una capa aceitosa sobre el cristal sereno de las aguas, y teñía de rojo la tranquila bóveda del cielo. Ellen sintió la opresión del terror. Pero era por sí misma, no por Danny, por quien sentía miedo.

Llegaron a la parte más profunda del lago. Sólo un cuarto de milla los separaba del trozo de tierra que Danny había fijado como primer objetivo. Hasta aquel momento, el muchacho había nadado sobre el lado izquierdo, pero de pronto cambió de postura. Ellen contempló impávida el movimiento de la cabeza, del brazo, de los hombros y de las deformes piernas que se arrastraban tras él. Observó que Danny había disminuido la velocidad. Vio también que volvía la cabeza para decir excusándose:

—Comenzaba a fatigarme y he aminorado la marcha para descansar.

—Flota un rato —le indicó Ellen, sintiendo una extraña opresión en la garganta.

—¡Bah! Estoy perfectamente —dijo él disimulando una mueca de dolor—. Sentí una punzada en el costado, pero ya ha desaparecido.

Y emprendió de nuevo la marcha.

Ellen siguió contemplándole atentamente. Como experta nadadora que era, pensó que Danny debía abandonar la empresa y subir al bote. Pero pensó también: «Supongamos que no estuviese aquí. Supongamos que al nadar sintiese un calambre

y quedara indefenso, a merced de las aguas. ¿Serán muy profundas en esta parte del lago? ¿Se hundiría lentamente en la sombría profundidad?».

—Creo que, efectivamente, estoy algo fatigado —confesó Danny, deteniéndose para mirar a Ellen en busca de consejo.

De haberle ella aconsejado que abandonase la absurda empresa, Danny hubiera obedecido. Pero Ellen no lo hizo.

—Descansa —dijo—. No irás a rendirte ahora que casi has conseguido el triunfo, ¿verdad? No hay prisa, Danny. Tenemos todo el día por delante.

Danny asintió, pero cuando comenzó a nadar de nuevo su exagerado ímpetu al bracear traicionaba el cansancio que sentía. Ellen pensó que su deber era ayudarle a subir al bote, envolverle en la manta y volver a la orilla rápidamente.

Pero… Si deseaba abandonar la aventura, nadie más que él tenía que decirlo, sólo él había de decidir.

—Ahora verás mis ánimos —dijo Danny jadeante. Pero al hablar tragó un poco de agua, y añadió después de toser y hacer algunas muecas—: Mejor será que no abra la boca.

Siguió nadando. La meta estaba cada vez más cerca. Ellen vio que tenía los labios amoratados. Su corazón latía fuertemente. Agarró los remos con tal fuerza que se hizo daño. Danny inició la braza de pecho.

—Es un descanso cambiar de posición —dijo, respirando con dificultad—. Estamos llegando ya, ¿verdad?

En efecto, sólo unas cien yardas le separaban del estrecho trozo de tierra.

—Sí. Estamos llegando… Una vez allí, estarás camino del fin.

Danny dio aún unas brazadas y luego volvió a descansar, chapoteando sin cesar para sostenerse a flote.

—En realidad, creo que comí demasiado —dijo haciendo una mueca—. Me duele el estómago. Creo que…

Vaciló, emitiendo luego unos sonidos inarticulados. La cabeza comenzó a hundirse como si la empujasen hacia abajo, y desapareció sin que ninguno de los dos pronunciase una palabra. Ellen había visto cómo muchos animales —focas, tortugas, somorgujos— se hundían de la misma forma, como si el agua se los tragase. Veía aún su silueta blanca a pocos metros de la superficie, hecha un horrible garabato, como una pelota, con la cabeza hacia abajo. Por un momento logró casi salir a flote otra vez. Un brazo surgió de las aguas, como buscándola. Pero cuando la boca iba a abrirse para pedir auxilio, se le llenó de agua, y volvió a hundirse una vez más.

Ellen contemplaba la escena sin tomar una decisión. Sabía que Danny se estaba ahogando, pero sabía también algo terrible: que si Danny se ahogaba, Richard sería completamente suyo. No pensaba: «Le dejaré ahogar», pero tampoco pensó: «Puedo salvarle», ni hizo el menor movimiento para ello. Estaba como paralizada, vencida. Era como un espectador que contemplase en escena un drama terrible que sabe ha de tener un desenlace satisfactorio.

Decidió seguir inmóvil.

El cuerpecillo de Danny volvió a subir a la superficie. En sus ojos desorbitados había una mirada suplicante, como si quisiera expresar con ellos todo lo que no podían decir sus labios. Tosía y se debatía por salir a flote y sacar la cabeza para alcanzar el bote, situado a menos de veinte pies, en el que Ellen continuaba tan inmóvil como si fuese de piedra.

En su terrible lucha abrió una vez más la boca para hablar, pero de nuevo se llenó de agua. Ellen vio sus ojos en blanco.

El agua debió de penetrar en sus pulmones, pues perdió el conocimiento y dejó de luchar.

Se hundió de nuevo. Pero esta vez no volvió a salir a la superficie.

3

Durante uno o varios minutos —Ellen no supo nunca cuántos fueron— permaneció inmóvil en el blanco esquife, sobre las aguas tranquilas, contemplando el lugar donde el cuerpo de Danny acababa de hundirse. El sol era entonces abrasador, a pesar de lo cual sintió frío. En la superficie surgieron unas rápidas burbujas, que desaparecieron después de romperse, y Ellen vio en ellas toda una gama de colores producidos por el contacto del sol. En sus oídos sonaba un rumor terrible y ensordecedor que parecía provenir de las escarpadas laderas que cercaban al lago. Uno de los remos se escapó de sus manos, pero no hizo el menor movimiento por recuperarlo, y el remo siguió flotando junto a la pequeña embarcación. Le era imposible pensar… Le era imposible sentir… Algo inmenso llenaba en aquellos momentos su mundo. ¡Danny había muerto!

Entonces, por entre el estrépito que amenazaba aplastarla surgió un nuevo rumor. Aguzó el oído, y no tardó en darse cuenta de lo que sucedía. Había escuchado aquel ruido el día en que Danny intentó la travesía del lago por la parte más corta, cuando Richard, utilizando la canoa automóvil, había acudido al encuentro de ambos. Aquel ruido metálico, ¿no era acaso de la canoa? Indudablemente, Richard se acercaba.

Richard se acercaba. La ronca trepidación del motor fue aproximándose hasta infundirle una terrible sensación de pánico. Temía el momento de enfrentarse con su pena, y tal vez, ¿por qué no decirlo?, con su cólera. Hasta entonces, la tragedia no le había parecido muy real, como un drama mal representado en cualquier escenario. Había que atenerse a la realidad y actuar. Danny estaba bajo su cuidado cuando le sucedió la desgracia. Richard opinaría que su deber consistía en salvarle. E instintivamente, como si no fuese demasiado tarde, se quitó el traje y se arrojó al agua. Era una hábil nadadora, y pronto se hundió en las profundidades del lago, saliendo sólo de vez en cuando para respirar. Al oír más cerca el motor de la canoa que se aproximaba, surgió por un momento a la superficie y volvió a hundirse

inmediatamente. Danny había desaparecido en un lugar algo apartado de donde estaba detenido el esquife. Se dirigió allí buceando. Vio la oscura silueta de unas rocas, y llegó a sentir en un pie el roce de ellas. Subió a la superficie una vez más. Afortunadamente, el lago no era en aquella parte demasiado profundo. Se veía con ánimo de explorar el fondo hasta encontrar a Danny. Se hundió una y otra vez. Quería encontrarle, salvarle, si era posible, antes de que llegase Richard.

Tan entregada estaba en su tarea que no advirtió en uno de los breves momentos en que salió a la superficie, que el ruido del motor había cesado. Siguió buscando. Cuando volvió a salir a flote vio a Richard nadando cerca de ella. Tenía el rostro extrañamente teñido de rojo.

—¡Richard, Richard! —gritó nadando hacia él—. ¡Estás herido!

Efectivamente, en la frente de Harland sangraba una profunda herida.

—¿Dónde está? —se limitó él a preguntar con voz enronquecida, pasándose una mano por la herida.

—¡Por aquí! ¡Ha de estar por aquí! —gritó Ellen. Y se hundió tras de Richard. Bajo el agua distinguió la silueta bronceada del cuerpo varonil. Evidentemente, Richard se había desnudado antes de echarse al agua. Un instante después salieron a la superficie, hundiéndose a continuación.

La dramática búsqueda se prolongó mucho rato por el fondo del lago. Con los oídos sordos y la respiración jadeante siguieron buscando. Pero sólo encontraron pedruscos y lodo, a pesar de que la clara luz les favorecía. Se separaron. Richard nadó hacia un lado y Ellen hacia otro. Estaban silenciosos, rendidos de fatiga, a punto de darse por vencidos.

En aquel momento distinguió Ellen algo blanco y brillante sobre el fondo, y comprendió inmediatamente que era el cuerpo de Danny. Lo cogió por un brazo, y el cuerpo inerte no opuso resistencia. Luego le sujetó por el cinturón del bañador, y los brazos de Danny le rodearon la garganta, como si quisiera al someterse darle las gracias por haber acudido al fin a salvarle. Luchando por salir otra vez a la superficie, Ellen sintió las deformes piernas de Danny pegadas a las suyas. Por fin surgió a la luz del sol llevando el cuerpo de Danny. Vio que Richard se hallaba a unos treinta pies de distancia y gritó:

—¡Lo he encontrado, Richard!

Harland se aproximó rápidamente. El esquife abandonado había marchado a la deriva. Harland cogió a Danny, y Ellen le siguió sin poder apartar de su mente el recuerdo de aquellos brazos estrechando su cuello, de aquel cuerpo que se aferraba a ella, de aquella mejilla helada que rozó la suya.

Vio que Harland, al llegar a la orilla, dejaba en el suelo el cuerpo de Danny y comenzaba a hacerle la respiración artificial.

En aquel momento, Ellen había olvidado por completo su papel en el drama. Sintió un dolor lacerante al darse cuenta de la pena que Richard experimentaba.

—Es inútil, amor mío —dijo—. Ha estado en el fondo demasiado tiempo —y

apoyó una mano en la espalda de Harland.

Éste no repuso. Se limitó a apartar de sí aquella mano que rozaba su hombro. Ellen se desplomó llorando. Escondió el rostro entre las manos y estuvo sollozando durante mucho tiempo. No lloraba de remordimiento ni de pena, sino de temor. Cuando consiguió dominar las lágrimas, miró de nuevo a Harland. La herida de su frente ya no sangraba, pero tenía el rostro todavía manchado de rojo. También los hombros y la espalda de Danny estaban manchados de la misma sangre.

Sin moverse, Ellen murmuró:

—¿Estás cansado, Richard? ¿Quieres que siga yo?

Pero él únicamente se limitó a negar con la cabeza, y Ellen le repitió:

—Es inútil, querido. Es inútil cuanto hagas.

Tampoco él respondió. Ellen miró hacia el lago, protegiéndose los ojos con el brazo. Vio que el esquife marchaba a la deriva y que debía de estar a más de un cuarto de milla de distancia. Se levantó y se arrojó al agua, decidida a recuperarlo, pensando en lo sencillo que sería sumergirse en aquellas aguas dulces y suaves y no salir nunca más. ¿Sentiría Richard mucha pena? Por fin llegó al bote y subió a él. Vio que sólo disponía de un remo. Miró alrededor, y al comprobar que el otro flotaba a cierta distancia bogó hacia él para recuperarlo.

Estaba entonces frente a la costa norte del lago. Al mirar hacia atrás vio la canoa automóvil en que Richard había ido a su lado. La mitad del casco estaba fuera del agua, y se hallaba no muy lejos de la playa, encallada frente a la punta en donde habían estado ella y Danny. Ellen recordó que Harland le había advertido repetidamente que existían allí unas rocas peligrosas. Éste debió de chocar contra ellas cuando avanzaba a toda velocidad, al saltar de la canoa. Esto explicaba la herida que tenía en la frente.

Remó en aquella dirección, sin cesar de preguntarse cómo Harland había podido olvidar un peligro que tan bien conocía, Al principio pensó que Richard, una vez terminado su trabajo, habría resuelto salir a su encuentro en la canoa. Pero, en tal caso, ¿cómo había olvidado las rocas? Debió de haber recordado aquel peligro, a menos que algo inesperado se lo hubiese hecho olvidar.

Comenzaba a ver claro. Si Harland, en su prisa, había olvidado las rocas, sólo una cosa podía haberle hecho perder hasta tal punto la serenidad.

Ellen comprendía lo sucedido. Sus ojos contemplaron la pequeña loma desde la que podía verse el lago en toda su extensión. Terminado el trabajo matinal, Richard debió de subir a la loma para buscarlos. Entonces vería a Danny luchando y a ella sentada en el bote mientras el muchacho se ahogaba.

Sus trémulos labios murmuraron: «¡No, no, no!».

Pero estaba segura de haber adivinado la verdad. La actitud de Harland era una confirmación, si es que ésta hacía falta. Su loca, su ciega carrera por el lago era, por otra parte, la mejor prueba.

4

En cuanto comprendió la verdad, Ellen tembló de miedo. Permaneció inmóvil, con los remos en la mano, contemplando el cuerpo moreno y desnudo de Richard, el cual seguía esforzándose en oprimir y aflojar las costillas de Danny sin darse por vencido. Su primera intención fue huir, escapar. Pero esto, ¿no era confesarse culpable? Además, si huía perdería a Harland para siempre. ¿Qué resolución adoptar? ¿El de la negación rotunda? Pero nada podía negar si antes no la acusaban. ¿Y acaso la misma acusación en labios de él no bastaría para separarlos? Se aferraba obstinadamente a la idea de no perderle, y mientras el esquife seguía avanzando no dejaba de reflexionar hasta que al fin creyó haber dado con una solución para retenerle a su lado. Decidida, siguió remando y no tardó en llegar a tierra. Al borde mismo del lago, y diseminadas por el suelo, vio las ropas de Richard, que seguramente éste había abandonado al lanzarse al agua en busca de Danny. El mono estaba en la orilla, y los zapatos casi en el agua. No le fue posible hallar un calcetín. Los calzoncillos estaban en el agua, a poca distancia de la playa, y también logró recuperarlos.

Después se acercó a Harland, que continuaba haciéndole a Danny la respiración artificial. El sudor le cubría la frente y resbalaba por su pecho desnudo. Al verla, bajó la cabeza y prosiguió su tarea. Ellen, que había comprendido la muda desesperación de su mirada, no se atrevió a decir lo que había planeado. Se apartó y aguardó. Al cabo de algún tiempo —quizá horas—, Harland tuvo que darse por vencido. Demasiado apenado para erguirse, se dejó caer en el suelo y escondió el rostro entre las manos. Estaba rendido.

Ellen se levantó, sacó una de las mantas del esquife y le cubrió con ella cuidadosamente, acariciándole el pelo.

—Descansa, Richard —dijo con ternura—. Descansa, amor mío.

Durante mucho rato, el más absoluto silencio reinó entre ambos. Por fin, Richard se volvió y la miró con ojos inquisitivos. Ellen cogió con ambas manos un poco de agua y lavó la sangre que se había secado en su rostro. Después, con una punta de su vestido, que sumergió en el lago, le limpió la frente y las mejillas.

—Tardamos demasiado en encontrarlo —dijo con voz queda y emocionada. Y se sentó a su lado, acariciándole las mejillas y pasándole la mano por la herida de la frente—. ¡Te quiero tanto, Richard! ¡Te quiero tanto! —añadió.

Harland no hizo el menor movimiento. Sólo su pecho, agitado por la respiración todavía fatigada, indicaba que estaba vivo. No obstante, Ellen tenía la seguridad de que pronto comenzaría a hablar, a hacerle toda clase de crueles reproches. Tenía que tomar la delantera.

—Richard —dijo gravemente—. ¿Podrá servirte de consuelo saber que vamos a tener un niño?

Se dio cuenta de que él la había oído, porque sus pupilas se dilataron como si

hubiese pasado bruscamente de la luz a la oscuridad.

—Vamos a tener un niño —repitió ella—. Un hijo, Richard. Nuestro hijo.

Al oírla. Harland volvió la cabeza y contempló el cuerpo de Danny. Ellen vio que sus ojos estaban secos y ardientes. Se levantó, cogió la otra manta y envolvió el cadáver. Se arrodilló junto a él y dijo con voz emocionada:

—Cuando le encontré me echó los brazos al cuello —recordaba aquel abrazo, confiado y absoluto—. Danny siempre me quiso mucho, lo mismo que yo a él.

Harland se levantó, y al hacerlo la manta cayó al suelo.

—Tienes la ropa dentro del esquife —dijo Ellen apresuradamente—. Sólo se ha perdido un calcetín. Date prisa. Tenemos que llevarle a casa —dijo señalando el cuerpo de Danny—. Además, he de curarte la frente.

Si conseguía someterle, si lograba que la obedeciese, tal vez llegase a dudar de lo que había visto con sus propios ojos.

Harland se levantó en silencio, se puso el mono y se abrochó el cinturón. Luego cogió el cuerpo de Danny y lo colocó en el fondo del esquife.

—Aguarda —dijo Ellen—. Apóyalo en mí —y cogiendo entre sus manos la cabeza de Danny, la apoyó sobre sus rodillas. Harland empujó el esquife, saltó a él y cogió los remos.

Ellen deseaba oírle hablar. Su silencio era lo más terrible. Pero Harland ni siquiera la miraba. Remó sin tregua hasta el embarcadero, sin pronunciar palabra. Ella tampoco se atrevió a hablar. De perderle, también podía considerarse perdida. Ya no tenía remedio. No podía hacer más de lo que había hecho.

Súbitamente se le ocurrió que tenía que hacer algo más.

Le había manifestado hacía un momento que iban a tener un hijo, lo cual era mentira; pero había que convertirlo pronto en realidad. Si él llegaba a sospechar la superchería, estaba definitivamente perdida. Pero no por eso se sintió desmayar. Él no podía probar nada. Para recordarle aquel nuevo lazo que los unía, dijo suavemente:

—Hace dos días que lo sabía, pero no me había atrevido a decírtelo por temor a equivocarme. Escogí este momento porque he creído que necesitabas saberlo, que nos necesitabas a los dos. Mi hijo y yo te consolaremos, te haremos olvidar la pérdida de Danny.

Harland continuó remando sin mirarla. La escena había durado mucho tiempo. Danny nadando, la búsqueda del cuerpo en el fondo del lago, las horas pasadas intentando en vano volverle a la vida… Ahora, el sol se escondía ya tras las próximas y elevadas montañas, dejando el lago en sombras, al menos el lado por donde avanzaban, aunque en el otro extremo brillasen todavía algunos rayos. Harland, con la cabeza vuelta hacia la popa, estaba atento a los remos, pero Ellen sintió que sus temores aumentaban. Leick era inteligente y astuto. No sería fácil engañarle. Tuvo miedo de enfrentarse con él. Hacía tiempo que veía en él a un enemigo, persuadida de que el leñador la odiaba por haberse interpuesto entre él y Harland. Podía adivinar la verdad. Se esforzó en dominar su temor y en decir con voz segura, buscando

protección en Harland:

—Leick nos aguarda en la orilla. Ha vuelto temprano.

Harland la miró, y por unos instantes fijó los ojos en las dos orillas del lago, como si buscase algo que no podía encontrar. Por su mirada comprendió Ellen que estaba meditando. Súbitamente asió los remos con más fuerza, como si hubiese tomado una decisión, y se dirigió al embarcadero. Ellen comprendió que cualquiera que fuese la decisión adoptada, Richard hablaría con Leick al abandonar el bote. Por sus palabras podría deducirse si había ganado o perdido la batalla. Abrazó a Danny con verdadera ansia, como buscando refugio en su cuerpo inerte.

Remaron a lo largo del embarcadero, desde el que Leick los contemplaba, mirando con especial atención el bulto blanco que Ellen apretaba contra sí, Leick la miró a los ojos. Después, sus ojos se encontraron con los de Harland, y murmuró unas palabras a manera de interrogación. Harland quiso responder, pero de sus labios surgió un sonido ronco y extraño. Tosió ligeramente, como para aclararse la garganta y dijo:

—Danny se ha ahogado, Leick.

Leick dejó escapar una exclamación, como si le hubiesen dado un mazazo en la cabeza. Harland se humedeció los labios resecos y añadió:

—Fuimos a nadar a la playa, y Danny se hizo cargo de la canoa automóvil. Comenzó a describir círculos, hasta que de pronto tomó mal una curva y salió despedido de la embarcación. Cuando nos dimos cuenta (estábamos en la playa y sólo disponíamos del esquife), era demasiado tarde. Se ahogó al intentar alcanzar la playa a nado —después añadió completando su mentira—: La canoa se estrelló contra las rocas. Temo que haya quedado destrozada.

Ellen sintió que su corazón latía más aprisa. Siguió una larga pausa. Por fin Leick dijo con voz ronca:

—Tiene usted una herida en la frente.

La frase fue por sí sola una pregunta. Harland vaciló y repuso al fin:

—Me di contra una roca cuando buceaba tratando de encontrarle.

Leick asintió pero miró significativamente el mono que Richard llevaba puesto, Ellen comprendió lo que aquella mirada quería decir. Si, en efecto, todos habían ido con el propósito de bañarse ¿por qué no llevaba Richard el bañador? Leick lo había comprendido. No, no era tan fácil engañarle. Pero Ellen conocía de sobra su lealtad. Si Harland la protegía, Leick haría lo mismo. Su corazón entonó un himno de triunfo. ¡Harland era suyo!

Había abrazado su propia causa. Contando con su apoyo, Ellen se sentía capaz de hacer frente al mundo entero.

5

Harland cogió el cuerpo de Danny y lo puso en brazos de Leick, el cual lo sostuvo como si fuese una pluma y echó a andar. Harland se encargó de guardar el bote. Ellen dijo con voz queda:

—Llévelo a casa, Leick. Voy en seguida.

Tenía que actuar ante Leick, ante Harland, ante el mundo entero con una naturalidad perfecta. Estaba ya segura de que Richard conocía la verdad, que sabía que ella había dejado ahogar a Danny. Su loca carrera por el lago era la mejor prueba. Y si por esto no bastara, estaba la mentira que acababa de decirle a Leick. Comprendió que la noticia de que iban a tener un hijo le había sellado los labios para siempre. A nadie, ni aun a ella misma dejaría nunca entrever la verdad. Sería en lo futuro una perfecta farsa: él simulando que no sabía lo que ella había hecho; ella, aparentando ignorar que él lo sabía.

Tendría que actuar maravillosamente si no quería perder la partida, pues si Richard se daba cuenta de que ella sabía su secreto tendrían que hablar de la horrible verdad. Y como no podrían evitar una serie de palabras desagradables, terminaría la trágica farsa.

Desde aquel momento, Ellen se ajustó a su papel. Fue la esposa cariñosa y abnegada, apenada por la muerte de Danny, pero olvidando todo dolor y emoción en sus esfuerzos por consolar a Harland. Corrió hacia la casa y abrió la puerta. Luego apartó la colcha del lecho de Danny, para que Harland lo depositase en él. Después, al ver la inmovilidad y el silencio de Leick, abrazó a su esposo y le dijo:

—Yo le velaré, Richard. Haré cuanto sea necesario. Usted, Leick —añadió volviéndose hacia el fiel servidor—, cuide a míster Harland. Lléveselo de aquí.

Harland obedeció y Ellen cerró la puerta tras ellos. Cuando al fin se quedó sola se esforzó en recobrar el dominio sobre sí misma. Se pasó ambas manos por las mejillas y las sintió frías. Estaba temblando. La asaltó el terror de lo que Leick pudiera decir a Richard, y abrió la puerta para ver lo que hacían. Vio a Harland solo en la veranda, y oyó a Leick moverse en la cocina. Se dirigió al fregadero y llenó una vasija de agua. Estaba dispuesta a enfrentarse con las acusaciones de Leick. Pero éste guardó silencio, y Ellen, sin pronunciar una sola palabra, salió con el agua, y con una toalla se dispuso a lavar el cuerpo de Danny. A causa de la grasa con que el muchacho se había untado antes de arrojarse al agua, su cuerpo estaba cubierto de arena y de briznas de hierba, que seguramente habían quedado adheridas mientras Harland luchaba frenéticamente por volverle a la vida. Venciendo su repugnancia, se esforzó en limpiarlo. Luego cambió las sábanas del lecho, colocó lo mejor posible las deformes piernas, cubrió el cadáver con otra sábana y salió de la habitación.

Harland se hallaba aún en la veranda. Leick se acercó a ellos y dijo que la cena estaba lista, pero Ellen, que aún llevaba puesto el bañador, rogó que la perdonasen un momento y entró en su habitación. Sobre el lecho distinguió el maletín de su padre, que Leick había recogido en Bar Harbor. Recordó el arsénico. Si Richard la hubiese

denunciado a Leick, sólo le hubiera quedado aquel recurso. Pero Harland había decidido callar. Podía, pues, seguir viviendo.

Cuando salió, halló a Richard sentado a la mesa. Tomó asiento junto a él, y cogiéndole la cara con ambas manos, le besó.

—Me hago cargo de tu pena, Richard —murmuró—. Pero el niño y yo procuraremos consolarte.

Richard la abrazó por la cintura y la atrajo hacia sí.

Ellen comprendió que Richard quería mostrarse bueno, amable y cariñoso con ella, recordando al ser que llevaba en las entrañas. Para aclarar la situación, murmuró en su oído:

—¡Si supieras cuánto me reprocho lo sucedido, amor mío! No debí permitírselo. Pero, ¡parecía tan dichoso! Quería darte una sorpresa, y… Sé que nunca me lo perdonarás, pero, ¡por Dios, sé bueno conmigo!

—Sí, sí, Ellen —respondió él amargamente—. Ha sido inevitable.

—¡Eres tan bueno!

Apenas comieron durante la cena, que transcurrió en silencio. Cuando terminaron, Leick se acercó a ellos.

—Pensaba ir a ver a Joe Severin esta noche —dijo—. Tendremos que telefonear a Cherryfield para que venga alguien a primera hora de la mañana.

Harland no contestó. Ellen vaciló, temiendo quedarse a solas con Richard.

Al fin dijo:

—Sí, Leick; vaya esta misma noche. Confío en que estará de vuelta por la mañana a primera hora.

Al ver que Harland ni siquiera levantaba la cabeza, le hizo una seña a Leick y salió seguida de éste.

—Está deshecho —dijo cuando estuvieron solos—. Usted y yo tendremos que atender a todo. Creo que lo mejor será trasladar el cadáver a Boston. Infórmese de las salidas de los trenes, Leick. Y active los preparativos.

—Sí, señora —repuso Leick con voz inexpresiva y sin mirarla de frente—. Lo haré en cuanto haya terminado de fregar los platos.

—Yo me cuidaré de eso —contestó ella—. Váyase ahora, que todavía no está demasiado oscuro.

Leick partió, y Ellen y Harland quedaron solos. Éste salió y se sentó junto al muro del sendero, mientras ella ponía en orden la cocina. Desde allí podía ver el resplandor de los cigarrillos que él fumaba incesantemente. Antes de que Ellen terminase, Harland entró, y cogiendo una lámpara se encaminó a la pequeña habitación donde se hallaba el cadáver de Danny.

Ellen no quiso molestarle. Se dirigió a su habitación y comenzó a cepillarse el pelo cuidadosamente, tal vez para calmar los acerados latidos de su pulso. Después se tendió en el lecho. Pero al ver que transcurría el tiempo y Richard no aparecía, decidió ir en su busca. Le encontró sentado junto al lecho de Danny. Se acercó a él y

atrajo su cabeza hacia su pecho, murmurando.

—Lo sé, lo sé, querido —observó la actitud pasiva de Richard, y añadió—: ¿Crees realmente que he tenido la culpa? No podría resistir tu acusación, amor mío.

Él no la miró siquiera. Seguía con la vista fija en Danny.

Luego dijo como desafiándola:

—¿Por qué había de acusarte?

—Porque me advertiste que no le permitiera cruzar el lago si tú no estabas con nosotros. ¡Pero si supieras cuán feliz se sentía pensando en la sorpresa que iba a darte! A pesar de todo. Sé que no debí permitírselo. ¡Siempre me lo reprocharé!

Harland suspiró con resignación. Luego dijo en un tono que reflejaba su rendición:

—Está bien, Ellen. Olvídalo. Sé que no podías hacer nada.

—Fue terrible —añadió ella lastimeramente—. Se hundió sin que pudiera darme cuenta. Hacía unos momentos estaba perfectamente; me distraje viendo el vuelo de un águila, y cuando me volví para mirarle…, había desaparecido, Richard —sus dientes castañeaban—. No volvió a salir a flote. No gritó, no luchó. En aquellos momentos, un remo se soltó del escálamo y fue a parar muy lejos. Tuve que valerme de uno solo, y, seguramente me aparté del lugar; cuando me di cuenta de lo sucedido y me arrojé al agua, no pude hallarle. ¡Oh, Richard, Richard! ¡Nunca podré perdonármelo!

—No fue culpa tuya.

—Debí quitarle la idea de la cabeza —insistió ella— ¡pero estaba tan ilusionado por sorprenderte! —disimuló un estremecimiento como si la ahogase la emoción del recuerdo—. Cuando por fin le encontré en el fondo, me echó los brazos al cuello. Fue como si en aquel ademán quisiera demostrarme su cariño, su perdón… ¿Me perdonas tú también, Richard? ¿Me quieres?

Él asintió sin mirarla. Luego dijo:

—Claro que te quiero.

Ella se estrechó más contra él.

—Vete a la cama, querido. Tienes que dormir. Déjame darte lo que está de mi mano: sueño, descanso y paz.

—Prefiero quedarme aquí con él —repuso Harland con voz sombría.

—No debes hacer eso. No es necesario. Danny estará siempre con nosotros. Además, te necesitamos. Ya sabes… Tu hijo y yo —se levantó y le abrazó murmurando—: Nos necesitamos ahora mucho más que antes, Richard. Estamos solos en la vida.

Harland continuó inmóvil. Su actitud seguía siendo pasiva.

—La vida nunca tiene fin, amor mío. Danny se ha ido, pero en cambio vas a tener un hijo. Un nuevo ser ocupará el lugar que otro dejó vacío. Nacer y morir… Son dos cosas que se complementan…

Harland la siguió, y mientras se desnudaba, Ellen salió para encender la luz del

cuarto de Danny. Quería que estuviese encendida toda la noche. Al regresar halló a Richard en el lecho. Apagó la luz y se acostó a su lado.

—Hazme sitio, amor mío —dijo. Harland obedeció. En la calurosa noche sintió el cuerpo de ella muy cerca del suyo. Ellen comenzó a llorar.

Al fin, Harland dijo, impotente:

—No llores más, Ellen. No llores.

—Le queríamos tanto, Richard… —murmuró ella abrazándole.

—¡Calla, Ellen, por favor!

—Sé que me guardas rencor. Fue mía la culpa.

—Calla, querida.

—Lo sé. Lo sé. Siento que tu reproche se interpone entre los dos —le abrazó con verdadera ansia y añadió—: Pero no me dejes, Richard. No me dejes nunca. ¡Te necesito tanto!

—No te dejaré nunca —repuso Richard. Y la besó en los labios, húmedos de lágrimas.

—Apriétame fuerte, Richard. Tengo miedo. Tengo mucho miedo.

A pesar de que no hacía sino representar el papel que había escogido, Ellen sintió un inesperado alivio al no tener que disfrazar su apasionado ardor. Aunque Danny reposaba muy cerca, no podía oírla.

Capítulo VII

1

Durante los primeros momentos, Harland creyó volverse loco al darse cuenta de lo que sucedía. Después, el golpe sufrido cuando el bote chocó de improviso contra una roca le aturdió, y su lucha terrible por hallar el cuerpo de Danny y volverle a la vida le dejó exhausto. Pero todo aquello desapareció ante la certeza de que Danny había muerto y que era precisamente Ellen quien le había dejado ahogar. Después, cuando Ellen dijo que iban a tener un hijo, Harland sintió como si alguien le arrojase al rostro un cubo de agua fría.

Fue haciendo cuanto ella le pedía. Pero mientras cruzaba el lago en dirección al embarcadero, comenzó a ver claro. La canoa automóvil, encallada en una roca, le volvió a la realidad. Lentamente fue recordando todo lo sucedido, llegando al fin a una conclusión. Ellen, su adorada Ellen, había dejado que Danny se ahogase.

Aunque sabía positivamente que esto era cierto, aunque pareciese increíble, recordaba perfectamente lo que había visto. Había leído u oído decir que muchas mujeres, durante la primera fase del embarazo, sufren trastornos psicológicos que pueden incluso degenerar en locura, y se aferró a esta teoría, deseoso de hallar no sólo una explicación, sino una posible justificación.

Desde el instante en que Ellen le dio la noticia se impuso la obligación de protegerla, cualquiera que hubiese sido su conducta. Tenía que defenderla ante el mundo, aunque sólo fuera por ella y por aquel hijo que llevaba en las entrañas.

Por eso mintió cuando llegaron al embarcadero y tuvo que darle una explicación a Leick. Por eso inventó la historia de Danny y la canoa automóvil, a pesar de ver en los ojos del fiel servidor una expresión de duda y reconocer lo débil de su explicación.

Al volver de casa de Joe Severin, Leick comprobaría que nadie había comido aquel día en casa, y se diría que era absurdo que fueran a bañarse por la tarde sin comer antes. En cuanto a la canoa automóvil, Harland había dicho que estaba vacía cuando se estrelló, pero si Leick llevaba a cabo una investigación, sus perspicaces ojos verían fácilmente dónde Harland había desembarcado chorreando sangre, y por dónde cruzó la punta de tierra el que iba en la canoa, con lo cual quedaba descubierta la mentira. Tenía que darse prisa en borrar toda huella comprometedora si no quería que Leick adivinase la verdad.

Así, pues, cuando Leick partió para la granja de Joe Severin, sintió un repentino alivio, pero no se atrevió a salir en la oscuridad para llevar a cabo su plan. Tendría que esperar a que amaneciese. Quedó sólo con Ellen en la casa, asumiendo el papel que estaba decidido a representar en adelante. Pero en cuanto despuntó el día salió y se dirigió al lago.

Subió a la lancha y se acercó remando al lugar en que la canoa había quedado

abandonada. Aflojó silenciosamente los tornillos que sostenían el motor y lo metió en la lancha. Después se arrojó al agua, que tenía poca profundidad, y dejó en libertad a la canoa que, con la proa rota, se llenó muy pronto de agua. Después la remolcó hasta la cercana orilla, donde la abandonó. Entre las sombras del amanecer halló manchas de sangre seca y sus propias pisadas sobre la arena. Borró las manchas oscuras y las huellas de sus pisadas cubriendo éstas con ramas de abeto, hasta asegurarse de que Leick no podría reconstruir la escena. Después remó de nuevo hacia la cabaña.

Amanecía. Las primeras luces teñían el cielo de colores brillantes. Sintiéndose incapaz de enfrentarse con Ellen, se dirigió a su despacho. Desde allí contempló la salida del sol por las montañas de Oriente, cubiertas de espesos bosques. La dorada neblina que cubría el lago fue desvaneciéndose poco a poco, hasta desaparecer arrastrada por el sol. Éste era aún un gran disco rojo y velado. Al reflejarse en el lago, éste se tiñó también de rojo en una ancha faja alargada. Tan quietas y tranquilas estaban las aguas que esta faja se marcaba nítidamente, sin que nada la alterara.

Harland miró sin ver aquel espectáculo. Danny había muerto. Ellen le había dejado morir. El Cerro de la Luna, que fue hasta entonces un paraíso, se había convertido en un lugar detestable que no quería volver a ver. Se marcharía. Lo abandonaría para siempre. Pero no podía hacer lo mismo con Ellen…, y con el hijo que iban a tener…

Mientras contemplaba la salida del sol recordó el empeño demostrado por Ellen en dejar a Danny en Warm Springs o en Bar Harbor con Ruth. De haber consentido, Danny estaría vivo aún. Harland no pudo menos de reprocharse su actitud. Lamentó haber insistido en llevarle consigo; haberse casado con Ellen; haber desoído las veladas advertencias de Glen y las intencionadas frases de mistress Robie y hasta su propio instinto, que le inducía a huir de ella.

Levantó la cabeza y contempló la faja sanguinolenta del lago. ¿De qué servían ya los reproches? Era inútil que se los hiciese a Ellen, o que se los repitiese a sí mismo. Danny no podía resucitar.

Se esforzó en defender a Ellen, en luchar a su favor y en contra de sí mismo, repitiéndose que había obrado bajo el dictado de un instinto primitivo, impulsada por el ansia de la maternidad. Indudablemente, había querido dejar libre el camino para el hijo que había de nacer. Había dejado que Danny se ahogase porque el niño significaba mucho para Harland y ella quería que el hijo de ambos fuese todo para él.

Llegó hasta a excusarla. Se daba cuenta de que, aunque no era fácil, tenía que defenderla, protegerla y hacer que el mundo la creyese inocente… Aunque sólo fuera por aquel hijo que iba a nacer.

Nunca podría decirle a su hijo «Sí, tu madre asesinó a mi hermano». Sólo él conocía la verdad. Incluso Ellen debía ignorar que él la sabía.

Llegó a resignarse, a aceptar el porvenir que ella le había impuesto.

Por eso, cuando desde la casita cercana escuchó la voz de Ellen que le llamaba marchó a su encuentro… hacia su esclavitud.

2

Ellen preparó el desayuno. Harland se sorprendió al hallarla más hermosa que nunca, tan luminosa y brillante como la misma aurora. Tenía las mejillas frescas y sonrosadas, y los ojos radiantes. Antes de que se levantaran de la mesa aparecieron Leick y Joe Severin, acompañados de un individuo de voz suave que Leick había enviado a buscar a Bar Harbor para que hiciese por Danny todo lo que podía hacerse ya.

—Me permití telefonear a su madre, señora —dijo Leick, gravemente—. Creí que sería oportuno darles la noticia. Hablé con su hermana.

Ellen le dio las gracias y se volvió hacia Harland.

—¿Por qué no nos vamos antes de que apriete el calor, Richard? Nada podemos hacer aquí. Los demás pueden seguirnos más tarde. Nos encontraremos en Bar Harbor.

—Preferiría quedarme.

—Y yo marchar, amor mío —dijo Ellen mirando fijamente a Leick—. No me siento con ánimos para soportar esto.

Con la seguridad de que ya siempre tendría que acatar la voluntad de Ellen, Harland asintió. Se pusieron en camino, atravesando en silencio la senda del bosque. Sólo el rumor del arroyuelo, con sus pequeñas cascadas, les acompañaba.

Cuando el sendero se estrechó, Ellen tomó la delantera. Sus movimientos eran fáciles y llenos de gracia. Harland la miraba, recordando que, a pesar de lo que había hecho, aquel cuerpo frágil y esbelto encerraba un nuevo ser y el día de mañana ese ser tomaría cuerpo, tendría forma y facciones, sería capaz de reír y de amar. De la misma manera que Ellen había privado de la vida a una criatura humana —porque, indudablemente, había asesinado a Danny, lo mismo que si le hubiese atacado con un remo—, iba luego a dar vida a un nuevo ser. Asombrado, Harland comprendía que sólo por su complicidad en el misterio de la reproducción se sentía todavía capaz de amarla.

Llegaron al camino principal, donde estaba parado el carro de Joe Severin. Los caballos se sacudían alegremente las moscas. Siguieron andando uno al lado del otro, pues aquel camino lo permitía, haciendo algún que otro comentario sobre lo que iban viendo: una flor silvestre, huellas diversas en cualquier surco húmedo, el abeto desde donde los veía pasar un puerco espín, el musgo que cubría una vertiente... Al fin llegaron a la granja de los Severin. Estaba desierta, y Harland comprendió su pena y sintió su simpática y silenciosa ternura. Ellen preguntó por su madre, y Ruth respondió:

—Se ha quedado en la cama. No se encuentra muy bien este verano, y la obligo a descansar cuanto puedo.

Entraron para verla. Mistress Berent apretó fuertemente las manos de Harland y

dijo con amargura:

—No me diga nada, y yo tampoco hablaré... No sé lo que haya podido suceder, pero no quiero saberlo.

Ellen se acercó para besarla, y Harland vio el enojo con que recibía su caricia. Sus ojos brillaron de furor.

En la atmósfera se adivinaba el peligro. Harland se apresuró a decir:

—Ha sido terrible para Ellen. Fue ella quien encontró el cadáver…

Entonces, desobedeciendo a mistress Berent, explicó a su modo lo sucedido, como si quisiera que Ellen aprendiese de memoria el relato para poder repetirlo de la misma manera en lo sucesivo.

—Danny se entretenía describiendo círculos en el centro del lago con la canoa automóvil. Tuvo un accidente y salió despedido. Se hundió antes de que pudiésemos evitarlo. Le buscamos nadando bajo el agua, que afortunadamente no tenía allí mucha profundidad. Cuando Ellen logró encontrarle, era demasiado tarde…

Mistress Berent no le soltó las manos mientras escuchaba y cuando él terminó de hablar se las apretó con más fuerza, como si supiera toda la verdad y agradeciese a Harland la protección que dispensaba a su hija. Ruth indicó que a la enferma le convenía descanso, y salieron de la habitación. Ellen siguió a Ruth, pero Harland prefirió dar un paseo por la playa, en la que estuvo bastante tiempo, contemplando el agua que chocaba suavemente contra las rocas. Cuando Ruth se acercó para avisarle que la comida estaba servida, cambió con ella algunas palabras. Fue una conversación tranquila y sencilla, pero Harland adivinó que ella comprendía; sintió su solicitud y su afecto, y se creyó súbitamente más fuerte.

3

Mistress Berent no estaba lo suficientemente fuerte como para acompañarlos a Boston, y Ruth tuvo que quedarse en Bar Harbor con ella. Harland y Ellen partieron en compañía de Leick, que quería a Danny casi tanto como el propio Harland. Fue un viaje triste y sombrío.

Ellen quiso quedarse en Boston, pero Harland decidió acompañar a Leick al Cerro de la Luna para recoger sus cosas. Ella protestó, alegando que Leick podía hacerlo sin ayuda de nadie, pero como Harland se mostraba obstinado, decidió ir con él. Una vez en Bar Harbor intentó de nuevo disuadirle.

—Sólo conseguirás atormentarme volviendo allá, Richard —suplicó, y le abrazó llorando—: No vayas, querido, no vayas. Yo no quiero ir.

—No tienes por qué ir. Es mejor que te quedes. Volveré mañana mismo —respondió Harland. Y partió con Leick.

Apenas hablaron durante el viaje. Cuando llegaron a la casa del bosque era demasiado tarde para hacer nada. Durante el camino, lo mismo que durante la cena y

mientras limpiaban los cacharros, Harland creyó ver en Leick una actitud acusadora, como si hubiera adivinado la verdad y aguardase una explicación. Se conocían tan bien que era difícil que existiese un secreto entre ellos. Se sentaron en la veranda, Leick con su pipa y Harland fumando cigarrillo tras cigarrillo. Aunque hablando poco, el mismo pensamiento les obsesionaba.

Harland habló al fin. Sus palabras fueron como la respuesta a una pregunta que no se había llegado a formular.

—Leick —dijo—, Ellen y yo vamos a tener un hijo.

No dijo nada más, pero en sus palabras había un oculto significado, como si con ellas suplicase comprensión. Era como si hubiese dicho: «Sé que sabes que Ellen mató a Danny. Sé que te preguntas por qué la tolero, por qué no la acuso. Pero no puedo. Es totalmente imposible, Leick. Tengo las manos atadas».

—¿De veras? —dijo—. Eso cambia el aspecto de las cosas.

—Desde luego. Cambia..., mi actitud hacia ella.

—Naturalmente —repuso Leick lanzando un suspiro de alivio. Dio unas chupadas a su pipa y añadió—: En fin, creo que será mejor dormir y descansar.

Se levantó y vació la pipa. A pesar de su laconismo, Harland comprendió que había querido decir: «Comprendo. Cumpla con su deber. Puede confiar en mi fidelidad».

A la mañana siguiente, Harland se levantó muy temprano. Se dirigió a la loma desde donde se distinguía el lago para buscar los gemelos que había abandonado precipitadamente. Los encontró sobre el césped, y recordó que en aquel mismo sitio se había tendido junto a Ellen, para contemplar el cielo salpicado de nubecillas blancas. El recuerdo le hizo sentir más su soledad.

Al volver a la casa, Leick le llamó a la cocina. Parecía más animado. Mientras se desayunaba decidieron lo que tenían que hacer. Harland dijo que debían remolcar la canoa automóvil y tratar de arreglarla, pero Leick le interrumpió:

—¡Oh! La remolqué hasta aquí antes de marchar con Joe. Tiene fácil arreglo. Quedará como nueva.

Aunque Harland estaba seguro de que Leick sabía la verdad, se alegró de haber actuado con tanta rapidez y haber borrado las pisadas y las huellas de sangre.

Emplearon la mañana en empaquetar todo lo que Harland tenía intención de llevarse, que no era mucho.

En un rincón del dormitorio hallaron el maletín del profesor Berent, aquel que Leick había traído de Bar Harbor para que Ellen pudiese disecar un colibrí para Danny. Ahora, Danny había muerto también. Al recordar la belleza del pájaro, los brillantes colores de sus alas abiertas y del abanico de su cola extendida, Harland pensó en su hermano. Indudablemente, el muchacho había logrado también la perfección suprema. Ya no significaban nada sus piernas deformes. Aunque su fe resultara casi infantil, logró consolarse. Sintió los ojos humedecidos, y se dejó caer sobre el lecho, llorando tranquila y silenciosamente, hallando en su misma debilidad

una secreta fuente de energía.

Mientras almorzaban le dijo a Leick:

—No quiero volver más aquí. Te regalo la casa, si es que puede servirte para algo.

—Si a usted no le interesa, menos me interesa a mí —replicó Leick.

Harland le agradeció aquella demostración de afecto.

—De todos modos, te la regalo —insistió—. Puedes venderla y sacar algún dinero. El caso es —siguió diciendo amargamente— que no quiero volver aquí; no quiero pensar más en este lugar.

Partió aquella misma tarde. Leick quedó solo, Harland, prometió avisar a Joe Severin para que al día siguiente recogiese sus cosas en el carro. Aquel último paseo por el bosque solitario le pareció muy largo. Se apresuró tanto como pudo, ansioso por salir de allí y dejar atrás los bosques sombríos.

Cuando llegó a Bar Harbor era ya de noche y había pasado la hora de la cena. Ruth salió a su encuentro.

—¿Dónde está Ellen? —preguntó Harland.

—En la cama —respondió Ruth—. Ha tenido uno de sus trastornos habituales. Indigestión. Gastritis aguda, según dice el médico. Pero se pondrá bien en uno o dos días.

—No sabía que padeciese del estómago —murmuró Harland alarmado, recordando que la salud de Ellen era preciosa en aquellos momentos.

—Sí, suele tener esos ataques desde muy niña.

—¿Y cómo está?

—No se encuentra muy bien —contestó Ruth—. Hemos mandado a buscar a una enfermera para que la cuide. Le han dado un calmante.

—¿Qué le hizo daño? —insistió Harland.

—¡Oh! Supongo que la culpa es mía —dijo Ruth tratando de sonreír—. *Mistress* Freeman tuvo ayer el día libre, y me vi obligada a hacer la comida —luego añadió más seria—: Míster Quinton estuvo aquí ayer tarde. Habló con el doctor Hamper.

Harland conocía a éste por referencias. Leick se había encargado de los trámites necesarios en la muerte de Danny, y fue el doctor Hamper quien firmó el certificado de defunción.

—Míster Quinton se empeñó en que Ellen le contase lo de Danny. Naturalmente, no debió de ser muy agradable para ella. Supongo que eso la perjudicó.

Harland encendió precipitadamente un cigarrillo, sin mirar a Ruth. Había olvidado a Quinton... Éste no sólo era el fiscal de la Audiencia, sino que tenía fama de hombre violento. Ellen se había portado muy mal con él. Recordó la conversación que había sostenido en el mes de junio, en la que *mistress* Berent le advirtió a Ellen que no se enfrentase con Quinton en lo futuro. «No intento cometer ningún crimen..., por ahora», había dicho ella con cierta ironía.

Pero ahora... Había matado a Danny. Y si Quinton investigaba las circunstancias que rodeaban la muerte del muchacho, podía llegar fácilmente a saber la verdad.

—¿Vino sólo por verla? —preguntó Harland cautelosamente.

—No. Se dirigía a Augusta, y se detuvo para saludarnos.

—Supongo que Ellen estará dormida —dijo Harland, mientras se preguntaba a sí mismo si alguna vez llegaría a verse libre de la pesadumbre de saberla culpable.

—Dormía hace un momento —respondió Ruth—. Pero puede que ya se haya despertado.

Harland dijo que quería sentarse a su lado por si le necesitaba cuando se despertara, y Ruth le condujo a la habitación de Ellen. Una enfermera abrió la puerta. Después de una breve conversación en el vestíbulo, accedió a abandonar su puesto para que lo ocupase Harland durante un rato.

—Llámeme si me necesita —dijo antes de salir.

Harland estuvo sentado varias horas junto al lecho de Ellen. Inmóvil, con el pálido rostro enmarcado por la cabellera oscura, estaba hermosísima. Harland pensó que no había visto una mujer más bella. Al recordar las amenazas de Quinton sintió un agudo deseo de protegerla. Su aspecto era en aquellos momentos tan infantil e inocente que era imposible pensar que no fuera buena. Una de sus manos reposaba sobre la colcha. Harland se inclinó para rozarla con los labios. Era su esposa. Entre marido y mujer existe un lazo que nada ni nadie logra romper. Podía condenarla..., pero sin dejar de amarla y de defenderla.

Harland veló su sueño durante muchas horas. Al fin vio que movía los labios y la cabeza. La oyó quejarse y llamar a la enfermera.

—Seguramente sentirá náuseas cuando se despierte —dijo ésta—. Será mejor que se acueste, míster Harland. Yo la atenderé. He descansado bastante. Son cerca de las dos.

—Ha sufrido mucho. Los últimos días han sido terribles para ella —dijo él solícito.

—Pronto se pondrá bien —aseguró la enfermera, y al ver que Ellen se despertaba acompañó a Harland hasta la puerta.

Ellen estuvo enferma tres días, durante los cuales no permitió que Harland se separase de su lado. Débil, pálida, emocionada, se limitaba a sonreír tristemente y a sujetar con fuerza la mano de su esposo.

Cuando estuvo más fuerte, Harland se la llevó a Boston. Al hacerlo sintió el consuelo de la huida. Era un descanso dejar a Quinton atrás.

Capítulo VIII

1

Cuando Ellen le explicaba a Harland su aversión a tener un hijo, afirmaba siempre que esta aversión era pasajera. Su excusa era siempre la misma: que deseaba serlo todo para él durante algún tiempo. No obstante, la realidad era muy distinta. Temía la incomodidad de aquellos largos meses, los dolores del momento crítico, los años de esclavitud y sacrificio que para cuidar un niño tendría que soportar.

Sólo el pánico experimentado tras la muerte de Danny la obligó a aferrarse a la idea de la maternidad como a una tabla de salvación. Estaba segura de que sólo así podría conservar a Harland. Y no se equivocó. Fueran cuales fueran sus pensamientos, lo cierto es que Harland se mostró solícito y atento durante aquellos meses. Al llegar a Boston la instó para que consultase a un médico, pero Ellen, que no estaba segura de hallarse embarazada, se negó, alegando que no había tanta prisa. Cuando al fin sus esperanzas se convirtieron en realidad, tardó aún unas semanas en visitar al médico. Ignorando completamente el misterio de la maternidad, tenía miedo de que el doctor, con un simple reconocimiento, descubriera la mentira que le había dicho a Harland. Sólo pasados unos meses consintió en acudir al médico. Y aun así, a uno que únicamente conocía de oídas. Harland había mencionado el nombre de Saunders, un médico de la antigua escuela que había asistido a sus padres. Ellen le conocía, pero daba la casualidad de que era el médico de la familia de su madre, e incluso había atendido a la propia Ellen. No se atrevió a acudir a él, porque recordaba que en una ocasión la había acusado de embustera, pues solía fingirse enferma para salirse con la suya, y el doctor Saunders la había descubierto más de una vez.

Nada de eso explicó a Harland. Se limitó a decir:

—No. El doctor Saunders no es tocólogo.

—Pero puede recomendarte a uno —repuso Harland.

—¡Bah! Sé a quién dirigirme —le aseguró.

Y acudió al doctor Patrón.

Era éste un hombre de aspecto imponente, de cejas pobladas e hirsutas y de ojos soñolientos. Vio desde el primer instante que Ellen estaba muy nerviosa, y comenzó contándole una historia intrascendente, riendo con una risita ahogada. Ellen sonrió amablemente, y la conversación fue sencilla y normal hasta que el médico la vio más tranquila. Cuando Ellen le explicó el motivo de su visita, se limitó a hacer una serie de preguntas concisas, aceptando las respuestas sin comentario alguno. Al despedirse tuvo unas frases amables.

—Diga a su esposo que soy lector asiduo de sus obras y que me gustaría mucho conocerle.

Pero a Ellen no le sedujo la perspectiva.

¿Qué le diría a Richard aquel hombre?

Desde aquel día crecieron sus temores. El doctor, basándose en las fechas que ella le había dado, aseguró que el niño nacería en mayo; pero Ellen sabía que esto era imposible. Nacería después. Y en tal caso, ¿no descubriría Richard la verdad? ¿Hasta qué punto puede en esos asuntos fijarse una fecha segura? ¿Podían nacer hijos demasiado pronto, demasiado tarde? ¿Por qué no consultar el asunto con el doctor Patrón? No se atrevió a hacerlo por miedo a levantar sospechas. A escondidas, temerosa de ser descubierta y de que pudiera adivinar sus propósitos, buscó en la biblioteca algún libro que tratase de aquel tema. Pero no pudo hallar una definición clara y exacta. A medida que iban transcurriendo los meses, la criatura que tenía que nacer comenzó a obsesionarla como la máscara del peligro surgida de alguna vieja tragedia griega. El doctor Patrón le aconsejó que fuera a verle regularmente, pero Ellen, temerosa de que llegase a sospechar la verdad, no le visitó hasta que sintió que la criatura se movía. Las preguntas del médico se le antojaron demasiado insistentes. Por si fuera poco, aquel latido humano que sentía en su interior resumió para ella todos los peligros. Sintió verdadero pánico. Como lo que más temía era que Harland descubriese la verdad, también de él tuvo miedo. Cuando comprobó que su cuerpo se deformaba, comenzó a separarse paulatinamente de Harland. Después de almorzar le convencía para que saliese a distraerse. Si él le proponía visitar a mistress Berent y a Ruth, Ellen se negaba rotundamente. Harland iba solo, y ella no se enojaba. Al contrario, se alegraba de que la dejase sola con cualquier pretexto.

Transcurrió el invierno y llegó la primavera. Ellen pasaba sola muchas horas; mejor dicho, con la única compañía de aquel ser que se agitaba en sus entrañas, preparando impecablemente la última batalla. La asaltaban temores horribles. Y era precisamente la criatura que crecía en su cuerpo el compendio de todo su terror.

2

La salud de mistress Berent, se resintió mucho aquel invierno. A mediados de marzo, y aprovechando un día en que se sentía algo mejor, fue a ver a Ellen. Llegó jadeante, sólo por subir los pocos escalones que separaban de la calle la puerta del principal.

Al ver su fatiga, Ellen protestó:

—Deberías estar en la cama, mamá, en vez de andar de visita.

—Hace seis semanas que no te veo —repuso mistress Berent—. La gente empieza a preguntarme el motivo de tu actitud. Como no ibas a mi casa, he tenido que venir a la tuya.

—No voy a ningún sitio —aseguró Ellen—. No tengo ganas de ver a nadie.

Guardó silencio, esperando que se marchasen después de su exabrupto. Pero mistress Berent se sentó sin que nadie la invitase.

—¿Por qué? —preguntó con acritud—. ¿Es que le tienes miedo a la gente? ¿Es

que tienes algo de que avergonzarte?

Antes de que Ellen pudiese contestar, Ruth intervino sonriendo:

—¡Oh, mamá! No creo que hayas venido a discutir. Ellen —añadió volviéndose hacia ésta—, hacía un día magnífico, el primero realmente primaveral, y pensé que a mamá le convendría respirar un poco de aire puro.

—El aire no es precisamente puro en esta vieja casa —respondió Ellen—, aunque estén abiertas todas las ventanas.

Comenzó a pasear por la habitación. Creía que sólo estaban allí para espiar; pero no se atrevía a demostrar sus sospechas temiendo excitar la curiosidad de su madre. Se dominó, esforzándose por fingir una repentina amabilidad.

—De todos modos, me alegro mucho de veros.

—¿Por qué no vamos a dar un paseo? —preguntó Ruth—. Tenemos el coche a la puerta.

—No quiero salir —respondió Ellen rápidamente moviendo la cabeza. Luego se volvió a mistress Berent y añadió—: Si mal no recuerdo, mamá, te he oído decir que en tu tiempo las damas que se respetaban no salían de día a la calle cuando estaban encinta.

—¡Pero, hija, si no se te nota nada! —exclamó mistress Berent mirándola detenidamente—. Es muy extraño, teniendo en cuenta que sólo te faltan dos meses.

Ellen sintió como si su corazón dejara de latir. En realidad, las palabras de su madre eran una acusación. No obstante, se esforzó en responder con tono indiferente:

—El doctor Patron dice que es cuestión de constitución.

Mistress Berent se aclaró la garganta. Ruth dijo en tono amable:

—Te encuentro más bonita que nunca, Ellen.

—¡No seas estúpida! Tengo todavía un espejo.

—Creo que la mujer que va a tener un hijo tiene siempre una belleza especial.

—Hablas como pudiera hacerlo Richard —dijo Ellen riendo secamente—. Tuve que consentir en lo del hijo para conservar su amor.

Mistress Berent movió la cabeza.

—Richard es un buen muchacho, Ellen. Has sido muy afortunada casándote con él.

—Recuerda todo lo que hiciste por evitarlo.

—Por su bien, no por el tuyo —repuso la anciana con acritud—. Estoy convencida de que no le mereces.

—¡Mamá, por Dios! —exclamó Ruth. Luego añadió con una sonrisa—: Has sido siempre tan gruñona… Pero ya sabes que no logras asustarnos.

—Richard es un hombre bueno y sencillo —insistió mistress Berent como hablando consigo misma—, confiado y crédulo —Ellen la miró con aprensión. Pero la anciana, se limitó a añadir—: Procura que siga siempre así, Ellen. No te burles de las cosas que él ama.

—Soy capaz de todo por él, mamá —aseguró Ellen—. Lo sabes de sobra —

mistress Berent lanzó una mirada escrutadora que a Ellen le fue imposible soportar. Se volvió rápidamente hacia Ruth—: No creo que a mamá le convenga fatigarse —dijo con la esperanza de alejarlas.

Pero mistress Berent exclamó:

—¡Tonterías! —luego preguntó—: ¿Dónde está Richard? Me gustaría verle.

—Supongo que en el club —respondió Ellen—. A esta hora no está nunca en casa.

—Ya lo sé —dijo Ruth—. Algunas veces va a vernos. A mamá le convienen sus visitas. La verdad es que para nosotros son muy agradables.

Ellen guardó silencio. Pero mistress Berent dijo:

—También a él le conviene visitarnos. Le haces muy desgraciado con tu absurdo comportamiento, Ellen. Le he dado algunos consejos, pero Richard se niega a escucharme.

Ellen enrojeció profundamente y dijo con voz dura:

—Ya me imagino a los tres criticándome entre sorbo y sorbo de té, como tres viejas chismosas.

—Te equivocas, Ellen —terció Ruth, conciliadora—. Dick está asustado ante el problema de la paternidad. Imagina siempre lo peor. Comprenderás que no puede hablar de esas cosas contigo.

—¿Por qué no? —preguntó mirándola fríamente—. ¿Por qué ha de hablar contigo de cosas que no puede decirme a mí? ¿Con quién se ha casado? ¿Contigo, con mamá o conmigo? —su cólera se había desatado y las arrollaba como un alud—. Claro que ya sé lo que pasa. Tú también le quieres. Has estado siempre enamorada de él.

Mistress Berent se levantó indignada.

—¡Mereces una paliza! —exclamó violentamente—. Eres insoportable… Eres…

Ruth se esforzó en calmarla y le dijo a Ellen gravemente:

—No te equivocas, Ellen. Quiero a Dick. Pero no como imaginas. Le quiero como le quiere mamá, como las dos te queremos a ti.

Ellen se mordió los labios.

—Lo siento —dijo—. La verdad es que estoy nerviosa y que no sé siquiera lo que digo.

Mistress Berent se arregló el abrigo de pieles y se dirigió a la puerta.

—Vamos, Ruth —dijo todavía encolerizada—. Adiós, Ellen.

—Aguarda, mamá. Tomaremos un poco de té.

—Muchas gracias. Prefiero tomarlo en casa.

Ellen miró a Ruth con aire suplicante.

—Dile que se quede —imploró. Aunque poco antes deseaba que se marchasen, en aquellos momentos sintió un repentino temor a quedarse sola—. Lo siento, Ruth —añadió—: No supe lo que decía. Convence a mamá para que se quede. Richard vendrá en seguida.

Ruth intercedió y mistress Berent se quedó. Tomaron el té y charlaron de cosas

intrascendentes durante un buen rato. Pero Ellen no apartaba la vista de Ruth. No podía olvidar la expresión que había visto en sus ojos un momento antes. Cuando Harland entró, la siguió observando. Vio que sus labios temblaban ligeramente y que se clavaba las uñas en las palmas de las manos. En realidad, cuando dijo que siempre había estado enamorada de él lo hizo sin fijarse en lo que decía, sólo por herirla y mortificarla. ¿Y si fuese cierto? ¿Y si Ruth hubiera estado enamorada de Richard? ¿Si lo estuviese todavía?

Cuando al fin se despidieron, Harland las acompañó hasta el coche. Ellen observó desde la puerta cómo ayudaba a mistress Berent a subir al coche y cómo besaba su arrugada mejilla. Después vio cómo apretaba cariñosamente la mano de Ruth, y le oyó decir:

—Adiós. Nos ha alegrado mucho la visita. Hasta pronto.

El coche desapareció, y Richard volvió de nuevo junto a Ellen.

—¡Qué buena es Ruth!, ¿verdad? —dijo ésta observándole atentamente.

—Las dos son encantadoras —respondió él mirando el coche que se alejaba.

—Siempre he de discutir con mamá, pero no creo que nadie pueda discutir con Ruth.

—¡Bah! Tu madre gruñe mucho, pero no hace nada.

—No sé cómo Ruth puede soportarla y ser siempre tan buena con ella. Es maravillosa —insistió mirándole con los ojos semicerrados—. No sé qué será de ella cuando mamá muera.

—¡Oh! Ruth será siempre la misma. Muy amable y muy dichosa… —dijo Harland pensativamente—. Es su carácter, su personalidad.

Ellen al oírle sintió un súbito terror, un miedo terrible de no poder ya agradarle y hacerle dichoso. Se echó a reír y dijo cogiéndole una mano:

—Ven, amor mío. Esta noche estoy de muy buen humor. Vamos a celebrarlo.

Le obligó a seguirle hasta su habitación y a vestirse de etiqueta para la cena.

—Hazlo por mí —insistió—. Sigue la broma.

Ella se puso también su traje más elegante, y cogiéndose a su brazo bajó al comedor, insistiendo en que tomase un cóctel. Se mostró encantadora durante la cena y después de ella. Jugaron a los cientos, pero como Harland ganaba siempre, ella no quiso seguir jugando. Conectó la radio, buscó música ligera y le obligó a bailar. Por fin, su animación acabó por contagiar a Harland. Ellen le sintió más suyo, más enamorado. No le había visto así desde la muerte de Danny.

Se retiraron a descansar después de medianoche, y cuando Ellen estuvo en el lecho, Richard se acercó para besarla y darle las buenas noches.

—¿Lo pasaste bien, Richard?

—Muy bien, querida.

—Dime, Richard, ¿te gusto?

—Te quiero —repuso él dulcemente.

—Ya sé, ya sé que me quieres —dijo ella casi con indiferencia—. Pero eso no me

basta. También deseo gustarte.

Harland se inclinó para besarla de nuevo.

—No debes preocuparte por eso —dijo sinceramente—. Buenas noches, Ellen —añadió desde la puerta—. Que duermas bien.

Pero Ellen tardó mucho en conciliar el sueño, recordando que él no había respondido a su pregunta y experimentaba un repentino terror por sentirse espantosamente sola.

3

Desde entonces, Ellen tuvo un nuevo motivo de preocupación. Richard había querido a Danny, y éste había muerto. Pero, ¿y si Richard buscaba consuelo en Ruth, que siempre había estado enamorada de él y que le llamaba Dick, como solía hacer el propio Danny?

Acarició esta idea como el disciplinante acaricia el látigo, y se empeñó en evitar la compañía de Harland y en obligarle a aceptar la de Ruth. Hacía muchas semanas que se desayunaban en la cama, y empezó también a hacerse servir la comida en su habitación, negándose a sentarse a la mesa con Harland. Al ver su actitud, él la creyó enferma y quiso llamar al doctor Patrón. Pero Ellen, que había observado que durante el último reconocimiento que el médico le había hecho parecía sorprendido y la miraba con aire interrogante, no quiso enfrentarse con él, optando por comer de nuevo junto a Harland. Pero siguió empeñada en que saliese cada tarde, procurando por todos los medios que saliese también por la noche.

—Vete a ver a Ruth —decía algunas veces, observándole, celosa—. Su compañía es muy agradable. La mía, en estas circunstancias, resulta insoportable incluso para ti.

Al ver su insistencia, Harland salía después de cenar. Ella le imaginaba siempre con Ruth, y a veces no se equivocaba, ya que al volver le daba recuerdos de su madre o algún mensaje de ésta o de Ruth.

Una noche de abril, cuando le preguntó a Harland dónde había estado, éste respondió que había ido aquella tarde a ver al doctor Patrón.

—¿Para qué? —inquirió ella con terror.

—Estoy preocupado por ti —repuso él evasivamente—. No tienes buen aspecto.

Puso las manos bajo la mesa, para que él no pudiese verlas, y apretó violentamente los puños. Luego dijo tratando de sonreír:

—¿No sabes que no debes decirle eso nunca a una mujer? Por el simple hecho de habértelo oído me siento ya mucho peor, Richard.

El miedo la ahogaba.

—El caso es que llamó la enfermera del doctor Patrón para preguntar por qué no habías ido últimamente. Debías ir a reconocerte cada mes. ¿Por qué no lo has hecho?

—¡Tonterías! —exclamó ella intentando quitar importancia a la cuestión—. Es

como una vieja comadre. Me receta cualquier potingue y unas pildoritas siempre que voy. No te preocupes, querido. Tengo más interés que tú en que nuestro hijo nazca sano y fuerte.

—Es en ti en quien pienso, no en el niño.

—¡Embustero! —dijo ella sonriendo—. Sabes muy bien que eso no es cierto.

—Sí, lo es, Ellen —insistió él—. El niño no es todavía para mí un ser real. En cambio, tú sí lo eres. Y te veo cada día más fatigada y decaída.

—Me encuentro perfectamente —afirmó ella de nuevo a pesar de que sus nervios estaban en tensión y sentía deseos de gritar.

—El doctor cree que el ejercicio te haría bien. Podríamos salir a pasear cuando haga buen tiempo.

—El tiempo no es ahora muy bueno. O hace un frío horroroso o están las calles mojadas —y se echó a reír como si quisiese así cobrar confianza. Súbitamente odió la solicitud de su esposo; le odió incluso a él—. La próxima vez que tengamos un hijo —añadió con ironía— procuraré que nazca en otoño.

—¡Magnífico! —exclamó él—. Pero no se trata del próximo, sino de éste. Debes cuidarte, Ellen.

—Tengo sueño —dijo ella fingiendo un bostezo—. Tal vez tengas razón. Empezaré a cuidarme acostándome ahora mismo.

Harland la acompañó hasta su habitación. Desde que empezó el año se había ella empeñado en dormir en habitaciones distintas. Cuando estuvieron a la puerta se volvió para besarle y dijo:

—Buenas noches, Richard.

—Deja que te ayude a desnudarte.

—¡Por el amor de Dios, Richard, vete ya! —gritó exasperada—. ¡Sé hacerlo sola perfectamente!

—Es que estoy muy preocupado por ti.

—¡Déjame sola! —gritó histéricamente—. ¡Por lo que más quieras, déjame!

Harland la miró; parecía dolorido y asombrado. Ellen entró en su habitación y cerró la puerta violentamente, apoyándose en ella cómo si temiese que él intentase entrar. Desde fuera le llegó la voz de Richard, que murmuraba humildemente:

—Buenas noches, Ellen.

—Buenas noches.

—Entraré antes de acostarme para ver si estás bien tapada.

Ellen se mordió los labios nerviosamente, pero pudo dominar su voz al contestar:

—Está bien. Procura no despertarme.

Oyó sus pasos que se alejaban por el corredor, y se acercó silenciosamente al tocador para contemplarse en el espejo. Richard había dicho la verdad. Sus mejillas habían perdido la exquisita redondez que en otro tiempo la caracterizaba. Su cabellera carecía de brillo, y tenía los ojos hundidos. Los sufrimientos de los meses pasados habían marcado arrugas en su rostro, y sobre todo, en las comisuras de sus labios. Y

aunque sabía que era falso, culpó de todo aquello al inocente ser que llevaba en sus entrañas. Era él quien la trastornaba, quien le quitaba fuerza, quien alteraba sus nervios y quien atormentaba sus sueños. Le odió, y estuvo a punto de odiar también a Richard.

Al darse cuenta de esto, hundió la cabeza entre los brazos y lloró amargamente durante un buen rato. Sentía lástima de sí misma al ver que la vida se burlaba de ella. Si había querido tener un hijo había sido sólo por conservar el amor de Richard, y cuando por culpa de ese hijo, su belleza que Richard había amado tanto, desaparecía, él dejaba de quererla. La abandonaba. No podía sentir interés por un cuerpo deforme. Siguió llorando. Estaba sola, completamente sola en un mundo perverso y amargo. Súbitamente odió a Richard, a su madre, a Ruth… Incluso se odió a sí misma.

La criatura se agitó en sus entrañas. La amenazó con los puños cerrados y gritó con los dientes apretados:

—¡Te odio! ¡Te odio a ti también, pequeño monstruo! ¡Te odio! ¡Quisiera que murieses!

Después, como si sus propias palabras hubiesen sido una revelación, quedó inmóvil contemplando el espejo. Su cabeza era un caos.

El niño había servido a sus propósitos, evitando la catástrofe después de la muerte de Danny. Ahora, aquella misma criatura, que le ayudó a conservarlo, era quien le apartaba de él. Estaba segura de que si recobraba su belleza, si llegaba a ser la misma de antes, podría recuperarle.

Contempló atentamente su cuerpo deformado, recordando su deseo y preguntándose cómo podría convertirlo en realidad.

Capítulo IX

1

Hacía tiempo que Ruth se había dado cuenta de que mistress Berent y Ellen, a pesar de la diferencia de edad, tenían un carácter muy parecido. Existía entre ambas una misteriosa aproximación psíquica, por la cual mistress Berent podía adivinar las reacciones de Ellen o interpretar sus actos con la mayor precisión. Algunas de sus frases u opiniones, aunque en el momento de pronunciarlas pudieran parecer injustas o crueles, se convertían con el tiempo en profecías. Cuando Harland se casó con Ellen, mistress Berent predijo el desastre. Pero hasta que murió Danny habían sido tan felices que Ruth no cesaba de demostrarle su equivocación. Y aunque no lograba convencerla, conseguía al menos que no respondiese nada. El día en que Leick telefoneó comunicándoles que Danny se había ahogado, mistress Berent, no con su acostumbrada violencia, sino con evidente amargura, dijo:

—Ruth, estoy segura de que Ellen tiene algo que ver en eso. Le ha odiado siempre.

Recordando que pocas veces se equivocaba, Ruth experimentó un súbito terror.

—¡Mamá! —exclamó—, lo que dices es horrible —y añadió como queriendo vencer su propio temor—: Es ridículo. Ellen quería mucho a Danny, no sólo por él, sino por Dick.

—Ellen nunca ha querido a nadie más que a sí misma.

—En eso es igual que tú —dijo Ruth con burlona actitud—. Y ahora, deja de decir tonterías o te mando a la cama.

En realidad, la salud de la anciana flaqueaba aquel verano. Ruth, procurando no demostrar sus temores, la cuidaba con abnegación. Hizo cuanto pudo para que mistress Berent olvidase sus sospechas, pero la anciana se mostró obstinada. Cuando Ellen y Harland marcharon a Boston, Leick se presentó un día en Bar Harbor llevando algunas cosas que Ellen se había dejado en el Cerro de la Luna. Ruth, que regresaba de una diligencia, le halló con mistress Berent. Al salir, el buen hombre parecía como si se sintiese contento de escapar. Cuando hubo partido, la anciana dijo:

—Es un indecente embustero. He intentado sonsacarle en el asunto de Danny, pero fue inútil. Repite la misma historia como un loro.

—¡Pero, mamá —exclamó Ruth indignada—, te comportas como una chiquilla despechada!

—Bien, no soy la única que piensa así. Dice Leick que Russ Quinton estuvo en el Cerro de la Luna e hizo muchas preguntas. Sospecho que él tampoco cree una palabra de esa historia.

—Míster Quinton es un entremetido, pero tú no tienes excusa.

—Soy libre para pensar lo que desee.

—Procura entonces razonar mejor —dijo Ruth con severa ternura—, o lograrás

que al fin pierda la paciencia.

Lamentó al instante lo que había dicho. Pero lamentó más que mistress Berent callase resignada, cuando en otro tiempo no se dejaba dominar por nadie. Mejor que con palabras, comprendió que mistress Berent envejecía, y que tras su tono mordaz había una temblorosa inseguridad que quería ocultar a toda costa.

Poco después regresaron ellas también a Boston. Llegó el invierno. Harland fue un día a tomar el té con ellas, y al salir le dijo a Ruth:

—Me preocupa la salud de tu madre.

—No se encuentra muy bien —asintió Ruth—. Pero no quiere que llame al doctor Saunders. He hablado con él. Dice que se trata de vejez, simplemente. Aconseja reposo y tranquilidad. Sobre todo, mucha calma —sonrió y añadió—: Esto no es tan sencillo. A mamá le gusta exaltarse.

—Es una excelente persona —repuso él.

—Ahora está asustada —dijo Ruth—. Sabe perfectamente lo que le ocurre. Por eso chilla tanto, para mantener a flote su valor.

—¿No sería mejor que alguien te ayudase a cuidarla?

—Nada de eso —repuso Ruth riendo—. No permitiría que otra persona se acercase a ella. Siempre nos hemos llevado muy bien —sus ojos se llenaron de lágrimas—. A veces me da pena ver cuán fácilmente la domino.

Pasó el invierno y llegó la primavera. Ruth veía que Harland temía por Ellen. Hizo lo posible por tranquilizarle, hablándole de lo orgulloso que se sentiría cuando fuera padre y de lo felices que serían Ellen, el niño y él. En algunas ocasiones lograba su propósito. Pero cierto día de abril le vio muy abatido, y, al preguntarle por Ellen, él le confesó sus temores.

—No me gusta dejarla sola —dijo—. Pero Ellen se empeña en alejarme de su lado. Dice que la pongo nerviosa paseando de un lado a otro —se echó a reír con cierta inquietud y añadió—: Anoche me obligó a salir después de cenar. Al regresar vi que había salido. Me disponía a avisar a la policía cuando apareció. Estaba sudorosa y jadeante. Había estado paseando por la Explanada hasta quedar rendida.

Ruth vaciló antes de responder. Condenaba interiormente la actitud de Ellen, pero no quería demostrárselo a Harland.

—Supongo que el ejercicio le sentaría bien —dijo al fin.

—Sí, supongo que sí.

—¿Se encuentra bien hoy?

—Sí. Creo que el paseo no la perjudicó.

—Estas semanas, hasta que el niño nazca, deben de parecerle interminables.

Harland asintió con tristeza.

—También lo son para mí.

2

Al día siguiente, y creyendo que con su visita arreglaría las cosas, Ruth fue a ver a Ellen. Con el pretexto de que había ido de compras, llegó a la casa de Chestnut Street cargada de paquetes. Harland había salido. Ellen estaba en la despensa, pintando una alacena. La anciana mistress Huston, que había sido cocinera de la madre de Harland y que ahora servía a éste y a Ellen, la miraba con severa desaprobación.

—¡Hola, Ruth! —dijo Ellen con una sonrisa de bienvenida—. Coge una brocha y ayúdame.

—Creo que ya es hora de que le haga algún regalo al pequeño —explicó Ruth—. Pero, dime, ¿qué estás haciendo?

—Coloca todo eso sobre la mesa del comedor —dijo Ellen—. Tengo las manos llenas de pintura. La verdad es que esta oscura despensa siempre me preocupó. Incluso me había quitado las ganas de comer. Creo que pintada de blanco quedará limpia y brillante.

—Mejor hubiese sido encomendar esa tarea a un pintor —dijo Ruth sonriendo—. Hay tanta pintura en el suelo y en tu cabello como en los anaqueles.

—Estaba cansada de no hacer nada.

—¿Pero no comprendes que eso puede perjudicarte? —dijo Ruth.

Al oírla, mistress Huston dijo triunfalmente:

—También yo se lo he dicho, señorita.

Pero Ellen las miró y se echó a reír.

—¡Bah! ¡Historias de pueblo! Además, estoy terminando.

—Y terminará mal, si no deja de pintar de una vez —dijo mistress Huston.

—¡Bah! —repitió Ellen, y volvió a reír—. Vamos, Ruth, abre los paquetes. Enséñame tus compras mientras termino este estante.

Estaba muy alegre. Tenía los ojos brillantes, las mejillas sonrosadas y la cabellera revuelta. Ruth tuvo que reconocer que sus temores eran absurdos, y comenzó a deshacer los paquetes, sacando dos mantillas, una colchita de seda y una serie de pequeñas prendas de punto. Ellen, sin dejar de pintar, miró complacida todo aquello. Cuando terminó le pidió a mistress Huston, cada vez más escandalizada y dispuesta a protestar ante aquella nueva extravagancia, que le vertiera un poco de aguarrás sobre las manos mientras se las lavaba.

Cuando Ellen y Ruth se quedaron a solas, ésta dijo:

—Mistress Huston es como una gallina a la que tú quisieras arrebatar un polluelo, ¿verdad?

Ellen asintió sonriendo:

—Richard dice que le encanta cuidar a los enfermos. Si la dejara, me pasaría los días en la cama. Me canso de decirle que estoy bien, que tener un hijo es perfectamente normal, pero todo inútil. Si la dejase, me trataría como a una pobre inválida.

—Tu aspecto, que digamos, no es precisamente el de una inválida.

—No, me encuentro perfectamente. Anoche fui a dar un paseo que me sentó muy bien. Creo que es lo que necesitaba. Hace tiempo que no me sentía como hoy.

Contemplaron los regalos una y otra vez. Al ver la animación de Ellen y al oír sus risas, Ruth decidió que los temores de Richard, aunque lógicos, eran completamente infundados. Besó a Ellen al despedirse y le dijo alegremente:

—¡Estoy tan contenta de haber venido! Debe de ser maravilloso tener un hijo, Ellen. Ya sé que lo has pasado mal durante todo el invierno, pero el fin se aproxima.

—Sí —dijo Ellen—, sólo falta un mes. Dale un beso a mamá de mi parte. Tal vez Richard y yo vayamos esta noche a veros. Parece que el ejercicio me conviene.

Se mostró tan alegre y tan afectuosa que Ruth volvió a su casa completamente tranquila.

Ellen y Richard fueron a verlas aquella noche. Mistress Berent los recibió en su saloncito. El buen humor de Ellen contagió a Harland, y los cuatro lo pasaron muy bien. Hasta mistress Berent dejó de hablar con acritud. Cuando ella y Ruth se quedaron a solas, dijo:

—¡Vaya! Ellen estaba esta noche encantadora. Nunca la había visto así.

—Sí —respondió Ruth—. Es como si tuviese un magnífico secreto que no quisiera revelar. Dick también parecía muy feliz.

—Tal vez se corrija y aprenda a ser una perfecta esposa —dijo mistress Berent pensativa—. Creo que envejezco, Ruth, y eso me dulcifica. El caso es que he llegado a veces a odiar a Ellen, desde que era niña. Tú me pareces más hija que ella. No obstante, esta noche estaba encantadora —después añadió con su habitual sequedad —: En fin, espero que si hace a Richard desgraciado tendrá el castigo que merece.

—¡Los hombres son tan infantiles! —dijo Ruth—. Supongo que por eso hay tantas esposas, que se sienten tiranas —y añadió riendo—: La verdad es que a todas las mujeres nos gusta mandar, ¿no crees?

—Eso no reza contigo, querida —repuso mistress Berent en un tono extrañamente dulce—. Serías incapaz de tiranizar a un hombre. Yo soy la que siempre te ha tiranizado a ti.

Durante los dos o tres días que siguieron, Ruth no volvió a ver a Ellen. Inesperadamente, cierta mañana, cuando ayudaba a mistress Berent a prepararse para el desayuno, oyó el teléfono. Era Richard.

—¿Te he despertado, Ruth?

—No. Hace rato que estoy levantada y vestida.

—¿Puedo ir a tomar el desayuno?

—Naturalmente —hizo una pausa, porque había observado que la voz de Harland era apenada—. ¿Qué pasa, Dick? ¿Algo desagradable?

—El niño. Hemos perdido el niño —dijo con voz sombría—. ¡Oh, sí, sí! Ellen está bien. Pero hemos perdido el niño —Ruth se estremeció—. Estoy en la clínica —añadió Harland—. Ellen acaba de dormirse. Tomaré un taxi e iré en seguida.

3

Ellen permaneció en el hospital por espacio de un mes. Durante todo este tiempo, y siguiendo las indicaciones de Ruth, Harland comió muchas veces en casa de mistress Berent. Aquella primera mañana, cuando fue a visitarlas, Ruth le encontró deshecho, como un balón deshinchado, cual si todo hálito de vida le hubiese abandonado. Habló mucho, repitiendo las mismas cosas una y otra vez, como si quisiera hallar un secreto consuelo en su charla inconsciente. Según dijo, Ellen se había levantado en sueños y se había arrojado por la escalera. Su grito había despertado a Harland, que corrió a su lado. A pesar de que ella afirmó no haberse hecho daño, Richard adivinó lo que podía suceder y llamó al doctor Patrón. Éste insistió en que fuese trasladada a la clínica. No obstante, el niño, un robusto varón, salió muerto.

Mistress Berent y Ruth le prodigaron toda clase de consuelos, convenciéndole para que descansara un rato en la habitación que había pertenecido al profesor Berent. Con una solicitud casi maternal, Ruth le mostró el camino, le ayudó a quitarse el abrigo y la corbata, le desató los cordones de los zapatos y le tapó cuidadosamente cuando le hubo acostado.

Harland durmió hasta el mediodía. Al levantarse Ruth creyó que iría a la clínica, pero él no se movió de allí. Fue ella quien propuso llamar al doctor Patrón, y él aceptó. El doctor dijo que Ellen había tomado un sedante y que dormía en aquellos momentos.

—Está perfectamente —añadió. A Ruth le extrañó que su tono fuese tan conciso —. Pero no quiere ver a nadie durante uno o dos días —y añadió—: Excepto a míster Harland, naturalmente.

Ruth repitió a Dick lo que le había dicho el médico.

—Mañana iré a verla —dijo.

Comió con ellas, y cuando terminó se marchó, prometiendo que volvería a cenar. Pero a la hora en que debía estar de regreso comunicaron a Ruth desde el club que míster Harland no podía acudir para la cena.

Ruth casi se alegró. Prefería que Richard no hablase con mistress Berent, que cuando se quedaron solas habló de Ellen con rencor y amargura, sin que Ruth llegara a comprender el motivo. Al verla tan excitada quiso llamar al doctor Saunders, pero mistress Berent volvió a encolerizarse. Ruth sintió un gran alivio al ver que al fin se dormía.

Harland se presentó a día siguiente, a la hora de almorzar. Parecía exhausto y desalentado.

—Ayer no pude venir —dijo—. Intenté jugar al *bridge*. Creí que una partida lograría distraerme. Cuando me di cuenta, había bebido demasiado. He dormido en el club.

—No me extraña —afirmó Ruth comprensivamente—. Espero que te haya

sentado bien.

Estaba tan preocupada por su madre que había dejado de pensar en Ellen, y cuando Harland preguntó por mistress Berent, Ruth, creyendo distraerle, le habló de su indisposición.

—Anoche se encontraba mal, y hoy está muy postrada.

Siguió hablando, con el ansia de hacerle olvidar a Ellen, pero le vio abstraído, pensativo, con la boca contraída.

—Me gustaría acompañarte a ver a Ellen —dijo al fin—, pero no puedo. De todos modos, a ella le bastará con verte a ti.

—No pienso ir yo tampoco —dijo él. Pero al ver la mirada sorprendida de Ruth, añadió evasivamente—: Odio las clínicas. Lo mismo me sucedía cuando Danny estaba en Warm Springs —su tono tembló al decir esto, y vaciló antes de añadir en tono sombrío—: Pero, naturalmente, tendré que ir.

Durante las semanas que Ellen permaneció en la clínica, Ruth sufrió mucho al ver la constante desesperación de Harland. No quería ni siquiera adivinar los motivos de su actitud. La pérdida del pequeño debía de haber sido un golpe muy fuerte para él, pero otros padres que habían pasado por el mismo trance lograron sobreponerse. Rendirse al desaliento no era propio de Harland. Solía desayunarse en su casa y trabajar toda la mañana.

—Al menos, procuro trabajar —le dijo a Ruth cierto día—, pero no hago nada. Me paso el tiempo contemplando el reloj, como un chiquillo que en el colegio aguarda con ansia la hora de salida.

Iba todos los días a comer a casa de mistress Berent, y lo hacía a solas con Ruth, pues la anciana, desde que supo lo ocurrido a Ellen, no se sentía con fuerzas para bajar al comedor. El doctor Saunders la visitaba diariamente. Por las tardes, si Ruth tenía que salir, Harland permanecía junto al lecho de la enferma. Cuando Ruth volvía, le hallaba algunas veces leyendo en voz alta, mientras la anciana dormitaba, y otras charlando animadamente. Pero siempre la actitud de Harland era de una persona vencida, destrozada. Ruth hubiese deseado infundirle fuerza y ánimos, pero no se atrevía ni a hablarle, temiendo lo que él respondiese.

Durante las horas de libertad en que Harland acompañaba a mistress Berent, ella iba a la clínica a ver a Ellen. La encontraba delgada y pálida, pero radiante, como animada por una misteriosa fuerza interior. Hablaba mucho, y estaba extrañamente alegre. Sin embargo, a Ruth le pareció que su alegría era fingida y casi desesperada, como si quisiera esconder bajo el torrente de sus alegres palabras cuantos pensamientos la mortificaban.

Preguntaba siempre por Harland, lo que no dejó de extrañar a Ruth, pues sabía que Ellen le veía a diario. Se lo dijo así, y Ellen respondió:

—Sí, ya sé que viene. Pero lo que hace es visitar a un enfermo. Hasta creo percibir olor a flores. ¡Su aire es tan tétrico…! —se echó a reír. Luego continuó—: Cuando él está aquí me siento como un cadáver encerrado en su ataúd. Veo tan falsa

su ficticia animación que casi preferiría que llorase.

—No le gustan las clínicas —dijo Ruth disculpándole—. Todo cambiará cuando vuelvas al hogar.

—Sé que le cuidas bien. Richard me repite cada día que eres maravillosa.

—Come y cena conmigo todos los días.

—¿Con mamá y contigo?

—Mamá no baja al comedor desde hace tiempo —contestó Ruth en tono ligero, para que Ellen no se preocupase por la enfermedad de mistress Berent—. Dick le hace compañía muchos ratos. Le dejé en casa cuando salí. Ya sabes que mamá siempre le ha apreciado mucho —añadió riendo—, y si la dejo con Dick no protesta porque yo salga.

—Sé buena con él —suplicó Ellen—. ¡Pobrecillo! Temo no haber logrado hacerle dichoso. Pero con el tiempo procuraré conseguirlo.

Durante el tiempo que Ellen pasó en la clínica, mistress Berent cambió de una forma impresionante. De habladora como era se tornó silenciosa, y cuando decía algo su voz sonaba fría, sin inflexiones. Parecía como si buscase refugio en el silencio. Ruth que la observaba con atención, comparó aquel silencio con la ficticia vivacidad de Ellen. A decir verdad, el mutismo de una y la alegría de otra eran como una barrera con la cual se protegían de algún peligro que sólo ellas conocían.

También Ruth estaba preocupada, porque era evidente que mistress Berent se hallaba más débil cada día. Ruth insistía una y otra vez en que la visitase el doctor Saunders, y la anciana ni siquiera protestaba. Durante una de aquellas visitas, que duró media hora, el doctor dijo con su proverbial simpatía:

—Lo único que usted necesita es descanso. Pronto estará bien, mistress Berent.

Ruth pensó que los médicos obran mal tratando a sus clientes como si fuesen chiquillos ingenuos a quienes pueden consolarles los cuentos de hadas. Mistress Berent respondió con su antiguo tono belicoso:

—No diga tonterías, doctor. Sé perfectamente que estoy muy enferma —luego, más tranquila, añadió—: No crea que me importa. He vivido más de lo que deseaba.

Ruth, que, como siempre, estaba a su lado, se llevó la mano a la garganta, como si quisiera así detener el desenfrenado latir de su corazón.

—¡Tonterías! —protestó el doctor—. Vivirá usted lo suficiente para enterrarnos a todos.

—¿Enterrarlos? —repuso mistress Berent—. Creí que estaba de moda la incineración.

Sólo Ruth se dio cuenta de que al decir eso pensaba en Ellen y en su extraña insistencia en la época en que murió el profesor Berent.

Mistress Berent hablaba últimamente de su hija en tono acerbo e implacable. Un día, después que el médico salió de la habitación, dijo:

—Ya sabes, Ruth, que en nuestra familia no se dio nunca un caso de sonambulismo.

Ruth no respondió. Recordaba, no sin cierta sensación de culpa, que también a ella le asaltó aquel mal pensamiento. Le constaba que Ellen no había sido nunca sonámbula… hasta la noche de la caída. Aunque esto era cierto, las deducciones posteriores resultaban odiosas. Ruth se felicitó de no haber referido a mistress Berent las extravagancias de Ellen, como su empeño en pintar la despensa y salir por la noche a caminar hasta quedar extenuada.

Otras veces, mistress Berent murmuraba frases que sugerían mucho, aunque aparentemente significaba poco.

—Me gustaría hablar otra vez con Leick —le dijo un día.

Ruth comprendió que la muerte de Danny no se apartaba de su pensamiento, y que interiormente culpaba de ella a Ellen.

—Le verás cuando volvamos a Bar Harbor —dijo para tranquilizarla.

—Creo que no iré este verano a Bar Harbor —murmuró mistress Berent—. Estaré mucho más tranquila en otro lugar.

Ruth sintió como si una mano helada le oprimiese el corazón.

Pasó el tiempo, y Ellen pudo al fin abandonar la clínica. No obstante, siguió guardando cama. Ruth apenas podía ir a verla. Mistress Berent estaba cada vez más débil, y como se había negado a que la atendiese una enfermera, Ruth no se apartaba ni un solo instante de su lecho. Harland iba menos a la casa de Mount Vernon Street.

Una noche, después que Ruth le arregló el lecho para que durmiese y apagó la luz, mistress Berent dijo:

—Sé buena con Richard, Ruth. Te necesitará.

—Claro que sí, mamá. Y ahora, buenas noches.

—Buenas noches, querida.

A la mañana siguiente, cuando Ruth entró en la habitación, mistress Berent parecía todavía dormida, pero su respiración era dificultosa. No recobró el conocimiento. A los tres días había dejado de existir.

4

Ruth y Ellen decidieron vender la casa. Era demasiado grande para que Ruth viviese sola en ella. Pronto encontraron comprador. A primeros de julio debían entregar las llaves, y como tenían que decidir lo que harían con los muebles, cuando Ellen se halló lo suficientemente fuerte se presentó en su antiguo hogar dispuesta a ayudar a Ruth. Decidieron vender muchas cosas en pública subasta. Ruth quiso conservar otras para amueblar el pequeño pisito adonde pensaba trasladarse. Ellen no reclamó nada. Sólo ante la puerta de la habitación en que había trabajado su padre pareció vacilar. Luego dijo:

—Cuídate tú de eso, Ruth. Me sería imposible ver cómo se lo llevan todo. Aunque comprendo que no hay más remedio.

Entró en la habitación, y se empeñó en permanecer sola en ella.

—En el fondo, soy una sentimental —confesó—. El caso es que quiero quedarme aquí sola un rato para decir adiós a papá.

Minutos después, cuando bajó a reunirse con Ruth, indicó la conveniencia de entregar al Museo algunos ejemplares de los animales disecados por su padre, lo mismo que los papeles y las notas del profesor. Ruth prometió ocuparse de ello y avisar a un empleado del Museo para que seleccionase lo que creyese conveniente. El resto se lo cederían al subastador.

Una semana después, Ruth se trasladó al «Hotel Tarleton», situado cerca de la calle Chestnut, donde vivían los Harland. Pensaba permanecer allí hasta encontrar un piso que le gustase. Creyó que tal vez Harland y Ellen desearan pasar el verano en Bar Harbor, y dos días más tarde, mientras cenaban juntos, se lo preguntó. Harland miró a Ellen con cierta vacilación.

—¿Te gustaría? —inquirió.

Era la primera vez que Ruth los veía juntos desde la muerte del niño. Resultaba evidente que en ellos se había operado un cambio. Aparentemente, Ellen era la misma, pero Harland no se mostraba cariñoso.

—¡No, no! —repuso Ellen con aspereza—. No me interesa ningún lugar conocido. Me gustaría volver a Nuevo México, sólo que es inútil, ¿verdad, Richard? Aquello fue demasiado perfecto para que pueda repetirse.

—En efecto, aquello pasó —dijo él—. Cuando una cosa muere, no resucita nunca.

Su tono fue sombrío. Ruth vio que Ellen le miraba con profunda desesperación.

—Tendremos que inventar algo nuevo, algo agradable para los dos —dijo Ellen. Y como si tuviera una súbita inspiración, añadió—: ¡Ya está! Ruth, el otro día vi en casa las cañas de pescar de papá. No las habrás vendido, ¿verdad?

—No. Decidí guardarlas con todos sus enseres personales y los de mamá.

—Escucha, Richard —prosiguió entonces Ellen—. Papá y yo teníamos pensado explorar cierto río de la parte norte del Canadá. El Miminegouche. Vamos allá, querido. Estoy lo suficientemente documentada. Nos instalaremos en una pequeña aldea junto al lago, y así podremos navegar río abajo en busca de truchas, primero y de salmones, después. Papá y yo conocimos en Newfoundland a un caballero que había estado allá, y aseguraba que el río era maravilloso en su parte alta —y cada vez más animada, siguió dando detalles del lugar—. Estaremos fuera una semana. Mejor dicho dos, o tal vez un mes. ¡Oh, Richard, será maravilloso!

—No estoy seguro —dijo éste vacilando—. No sé si estás bastante fuerte. ¿Qué te parece, Ruth? —añadió mirando a ésta.

—Sois pesadísimos —gritó Ellen encolerizada—. ¿Creéis que no sé guardarme sola? —Y antes de que Ruth pudiese hablar, siguió diciendo—: Ya sé lo que vamos a hacer. Ruth nos acompañará. De ese modo, si caigo enferma tendré quien me cuide. Pero no creo que eso suceda. Estoy perfectamente, y en el campo me pondré todavía

mejor. Y tú, Ruth, te encontrarías muy sola sin mamá y sin nosotros. Sí, desde luego, es una idea perfecta. Iremos todos.

—No he pescado en mi vida, Ellen —dijo Ruth riendo.

—¡Bah! Ya aprenderás. El primer día que cogí una caña pesqué un salmón.

Tantos razonamientos adujo, que llegó a convencerlos. Ruth la comparó mentalmente a una chiquilla caprichosa. Ni por un momento Ellen había dejado de examinar a Ruth y a Harland, observando sus posibilidades de rendición y haciendo esfuerzos por vencer sus defensas, hasta salirse con la suya, como solía hacer siempre.

A pesar de todo, Ruth quiso que fuese Harland quien decidiera. Le vio tan triste, tan deprimido, que creyó que la necesitaba mucho más que la propia Ellen.

Ésta se mostraba excitada y llena de ansiedad. Finalmente, Harland aceptó por ella. En cuanto a Ruth aceptó también, pero por él.

5

Una mañana de los primeros días de junio descendieron en la pequeña y bien cuidada estación de un pueblo llamado Hazelgrove. Leick, que los precedió para buscar los guías, les aguardaba. Uno de los guías se llamaba Tom Pickett. Era un muchacho rubio y esbelto, que, según calculó Ruth, no pasaría de los veinte años. El otro, más viejo que Leick, se llamaba Simón Verity, y era un individuo de corta estatura, de carácter alegre y de espaldas tan anchas que casi resultaban deformes. Ambos vivían en el pueblo y, según había afirmado Jem Verity, eran dos buenas personas.

—Simón se ha pasado la vida pescando salmones en el río y cazando ciervos —explicó—. Si él no encuentra algún salmón, estoy por decir que nadie lo encontrará. Tom no es tan experto, pero es listo y dispuesto, maneja bien el hacha y la canoa, y es además un excelente cocinero. Sólo tendrán que decirle las cosas una vez —y luego añadió en el mismo tono que emplearía un buen comerciante—: Leick y yo hemos inspeccionado el equipo: tal vez necesiten algunas cosas más. En tal caso, recuerden que en el almacén tengo cuanto puedan desear.

En el coche de Jem se dirigieron de la estación al pueblecito. Por el camino sólo vieron alguna que otra pequeña granja. Al llegar a la aldea, Ruth observó que las casas eran limpias y de armoniosa construcción. Todas estaban pintadas de blanco y tenían un pequeño jardincillo, alguno de los cuales estaba lleno de flores que ponían en el paisaje una alegre nota de color.

Mistress Verity, una mujer enormemente gorda, de ojos alegres y vivaces, reinaba de manera absoluta en el almacén. Ruth la halló muy simpática. Harland discutió con Jem y con los guías la cuestión del aprovisionamiento. Ruth se dio cuenta al mirarle de que algo había cambiado en él. Al bajar del tren y percibir el suave perfume de los

bosques húmedos de rocío, creyó observar indicios de ese cambio. Indudablemente Harland se hallaba perfectamente en aquel ambiente.

Una vez realizadas las compras, Leick y Harland marcharon a buscar las licencias de armas y el permiso para deambular libremente por el bosque.

Ruth y Ellen aguardaron en el embarcadero, junto a los guías. Cuando Harland volvió, el barquero que había de conducirlos a través del lago no había aparecido todavía. Harland y Jem Verity fueron en su busca. Antes de que volviesen, el equipaje estaba cargado, las canoas dispuestas para el remolque y todo listo para partir en seguida. La gasolinera inició la marcha a través del lago. Ellen se sentó a proa, y Ruth y Harland a popa. Ruth no cesaba de hacer preguntas. ¿De qué vivían las gentes en una aldea como aquélla? ¿Trabajaban en el campo? ¿Cazaban? ¿Ponían trampas? ¿Contaba el pueblo con muchos habitantes? ¿Qué podía reservarles el porvenir?

—Eres tan curiosa como mistress Barrell, la mujer del barquero —dijo Harland divertido—. Cuando Jem y yo fuimos a buscarle, sus preguntas fueron interminables. Parecía una ametralladora.

—Lo comprendo —dijo Ruth—. Resultaría terrible ser curiosa y vivir en un lugar como éste, donde no hay motivos que exciten esa curiosidad. Al ver a unos desconocidos debió de enloquecer de alegría.

Tom Pickett y Simón iban sentados sobre el equipaje, fumando en pipa silenciosamente. Ellen se hallaba al lado de Wes Barrell, junto al timón. Llevaba la cabeza descubierta, y su oscuro cabello ondeaba al viento. Al cabo de un rato se volvió para mirar a Ruth y a Harland, y los vio riendo alegremente. Ruth se dio cuenta del detenido examen de que estaban siendo objeto, y se estremeció al ver la penetrante mirada de Ellen. Se levantó y se acercó a ésta.

—¿Estás contenta? —le preguntó.

—Desde luego.

—¿No te ha fatigado el viaje en tren?

—¡De ninguna manera! Yo sólo me siento fatigada en las capitales —luego añadió—: Parece que Richard y tú lo pasáis muy bien. El observaros fue un placer para mí.

—Nunca había visto de cerca una aldea como ésta —explicó Ruth—. Dick me daba toda clase de detalles.

Wes Barrell se volvió hacia ella, y dijo haciendo una mueca picaresca:

—No hay mucho que contar. En Hazelgrove nunca pasa nada de nada. Eso es precisamente lo que desespera a mi mujer.

Ruth comenzó a hacerle preguntas sobre su familia, pero sin darse cuenta fue ella quien se encontró dando respuestas y detalles que no tenía intención de dar. Ellen los dejó y se dirigió al otro extremo de la embarcación, donde Harland y Leick charlaban tranquilamente.

Al llegar al extremo del lago, el viejo guardián de la presa, un anciano asmático que al respirar, jadeaba como un perro en un día caluroso, salió de su cabaña para

saludarlos. Dijo que era el mes de junio más seco que recordaba. Mientras los guías preparaban un lugar donde acampar y encendían fuego para hacer la comida, Ruth, Harland y Ellen contemplaron el lecho seco del río. Leick se unió a ellos.

—Va a soltar agua suficiente para que cubramos la primera etapa —dijo—. De ese modo no tendremos que ir cargados, y como quiera que la presa hace tiempo que no se utiliza, puede muy bien prescindir de esa agua. El buen hombre sólo está aquí por costumbre, porque no tiene un sitio mejor donde ir.

—¿De qué vive? —preguntó Ruth con curiosidad—. He visto junto a su cabaña un pequeño jardín. No creo que pueda cultivar nada en él.

—Claro que no. Lo tiene para atraer a los ciervos —explicó Leick—. De esa forma puede matar alguno de vez en cuando, con la excusa de que el animal se comía los guisantes del huerto. Se alimenta de carne de venado, tocino, galletas y patatas —se volvió hacia el fuego que Tom Pickett acababa de encender, y añadió dirigiéndose a Harland—: He decidido darle una oportunidad a ese muchacho. Ya veremos lo que da de sí. Creo oportuno que Simón Verity conduzca la canoa de miss Ruth. Yo llevaré la de mistress Harland. Usted puede ir con Tom.

Ruth vio que Harland se mostraba sorprendido.

—Me va a parecer muy raro no estar contigo.

—Tom no es un pescador experto —dijo Leick—, pero usted puede indicarle lo que ha de hacer. En cuanto a Simón, se encargará de que pesque miss Ruth. Yo atenderé a mistress Harland lo mejor que sepa.

Harland aceptó, pero cuando volvieron a las canoas después de comer y expuso el plan a Ellen, ésta puso reparos:

—Debes ir con Leick. No podrías prescindir de él… Le echarías de menos.

Pensando sólo en el bien de Harland, Ruth apoyó a Ellen.

—Naturalmente. Y no te preocupes por mí, Dick.

—Leick piensa de otra manera, y es él quien dirige la expedición. Además, no tiene importancia, puesto que vamos a salir juntos.

—¿Y cuando pesquemos? No podremos hacerlo todos en el mismo sitio —observó Ellen—. Leick puede hacerte falta para explorar el terreno.

Ruth comprendió sorprendida que por alguna razón Ellen prefería viajar sin Leick. Pero Harland dijo resueltamente:

—Está decidido. Simón conoce el río a la perfección, y quiero que Ruth goce de una buena pesca —luego, al ver que el equipaje estaba acondicionado en las canoas y éstas dispuestas a zarpar, añadió saltando a una de ellas—: Vamos, vamos…

Cada uno ocupó el lugar indicado, y a una señal el viejo guardián, ayudado por Wes Barrell, abrió el dique de la presa. Pronto las canoas se perdieron de vista, Ruth y Simón iban al frente de la pequeña caravana, y se internaron en el bosque.

6

Habían planeado viajar lentamente. En el primer lugar escogido para acampar, unas millas más allá de la presa, pasaron varios días. Después de la primera noche, en la que apenas pudo dormir, Ruth comenzó a disfrutar de aquella experiencia tan nueva para ella, y a sentirse dichosa tan lejos del mundo y de la civilización. Durante las largas horas que permaneció en la canoa acompañada por Simón, pudo apreciar que éste era un buen compañero. Le preguntó detalles de su vida, y supo que estaba casado y que no tenía hijos.

—Tuvimos uno —dijo Simón—, pero se nos murió. Después no hemos podido tener otro —su granja estaba situada a una milla de la aldea—. Antes de partir dejé plantado el huerto. Mi mujer cuidará de todo hasta que yo vuelva.

Dijo que Jem Verity era el hombre más importante del poblado.

—Un buen negociante… Nunca deja escapar el dinero que se pone al alcance de sus manos. Pero es una excelente persona.

Ruth pensó que Simón era también una excelente persona. Conocía perfectamente la selva por donde avanzaban. Le reveló secretos y bellezas que ella sola nunca hubiese acertado a comprender. Un día la llevó a un arroyo tributario del río y le enseñó la vivienda de castores. Destrozó parte de ella, y ocultos tras unas matas aguardaron hasta que llegó un castor y reparó los desperfectos. Otro día la condujo hasta un pequeño estanque cercano al campamento para pescar en el atardecer. Dos castores jugaban en la orilla y se internaban de vez en cuando en tierra para mordisquear alguna rama de los olmos cercanos. Uno de ellos se sentó al borde del estanque, lavándose el hocico, las orejas y su enorme panza con tal energía que Ruth no tuvo más remedio que soltar la carcajada. El ruido asustó al animal que, después de mirarlos con aire de reproche, se hundió en el agua y desapareció.

Simón le descubría siempre nuevas maravillas y le mostraba cosas inesperadas: una nutria que huía, las huellas de un ratón almizclero, el esqueleto de un pez que debió ser devorado por un visón. Cuando le preguntaba qué eran los ruidos que oía en el silencio de la noche, Simón imitaba el silbido de un mapache, el quejumbroso ladrido de una zorra, el gruñido de un puerco espín. Ruth aprendió a amar aquellas noches tranquilas, cuyo silencio sólo era roto por los apagados rumores de la selva. Le gustaba permanecer despierta, escuchando atentamente, y aunque dormía muy poco, se levantaba siempre fresca y lozana, como si hubiese descansado mucho.

Constaba el campamento de tres tiendas: una grande, que ocupaban Ruth y Ellen, y otras dos más pequeñas. En una de éstas dormían Harland y Leick; en la otra, Tom y Simón. Tom era el más animado del grupo. Su carácter infantil se regocijaba extraordinariamente con las aventuras de la expedición. Simón era el más reposado, a pesar de tener la sonrisa a flor de labios. Cuando Tom reía, el bosque entero parecía hacerle eco. Y si Harland pescaba un buen ejemplar, hacía tanto ruido que sus gritos hubiesen podido escucharse al otro lado del río. Simón había dicho que Tom se casaría a su regreso. «Nada menos que con Alice Morrow —dijo—. Eso explica su alegría».

Ruth quiso un día hablar de Alice con Tom, pero éste, después de decir que era muy buena; enrojeció y no supo qué añadir.

Al principio no pescaban sino truchas pequeñas, casi todas destinadas a la sartén. Conforme se adentraban en el río y éste se iba haciendo más caudaloso, pescaban también salmones. Los primeros fueron muy apreciados. Tom solía condimentarlos de un modo muy sencillo, asándolos y aderezándolos con cebollas silvestres. Pero Leick quiso lucirse una noche, y tomando tres buenos ejemplares los limpió, los cubrió de grasa y los puso a cocer en el horno portátil, con trozos de cebolla y de tocino salado. Ruth pensó que nunca había comido nada tan exquisito.

Cada día encontraba Ruth un nuevo motivo para apreciar las cualidades de Leick. Hasta entonces sólo le había visto cuando, procedente del Cerro de la Luna, iba a Bar Harbor para algún encargo. Admiraba su lealtad hacia Harland. Estaban siempre juntos y la actitud de Leick hacia Dick era como la de un padre que vela amorosamente por su hijo. Servía a Ellen con igual esmero, pero en sus relaciones con ella había algo extraño que Ruth no comprendía. A veces le parecía que miraba a Ellen con ojos inescrutables, y sentía que la estaba vigilando.

La tensión que existía entre Harland y Ellen preocupaba mucho a Ruth. Era evidente que Harland había cambiado. En el tren había insistido en que Ruth y Ellen ocupasen el mismo departamento, mientras él dormía en otro. En el río, cuando terminaban de cenar y aún no había oscurecido, Ellen le invitaba a dar un paseo por el mismo, dejando atrás a los guías. Leick se inquietaba y los seguía río abajo y río arriba, y se mostraba nervioso hasta que volvían. Si paseaban en las cercanías, Ruth oía con toda claridad la voz de Ellen y las respuestas frías y concisas de Harland. Cuando volvían, estaban siempre demasiado silenciosos. Otras veces, si Harland se hallaba solo y Ellen se aproximaba a él, Ruth contemplando a lo lejos a quienes tanto amaba, comprendía claramente que él no se alegraba de tenerla a su lado. Si por la noche o por la mañana, al darse los buenos días, Ellen se acercaba para besarle, él aceptaba el beso de mala gana. Nunca demostró ternura ni emoción.

Así, aunque aparentemente se sucedían los días con entera placidez, la oculta tensión iba haciéndose cada vez más insoportable. Ruth pudo comprobar que, aunque por distintas razones, también los guías parecían preocupados. Simón hablaba cada día de la terrible sequía, de la poca agua que corría por el río. Tanto él como los otros tenían sumo cuidado en apagar cualquier hoguera que encendiesen. En cierta ocasión, después de haber comido con Simón junto al río, Ruth arrojó al agua la colilla de su cigarro, pero calculó mal la distancia y ésta quedó encendida sobre la hierba. Simón se levantó rápidamente y la apagó.

—Lo siento —dijo Ruth.

—No tiene importancia —dijo Simón—. Es costumbre, especialmente en un verano tan seco como éste. Si el bosque llegara a arder, creo que no habría medio humano de apagarlo.

Ruth miró la superficie del terreno, cubierta hasta la orilla de una hierba tan seca

como la yesca.

—Sería horrible —murmuró—. No me gustaría que estos bosques desapareciesen.

—Desde luego —afirmó él—. Sería horrible.

7

Al terminar la segunda semana de vacaciones prosiguieron la marcha en canoa río abajo, llegando hasta la misma desembocadura del Sedgwick. Acamparon en una gran explanada junto al río, muy cerca del bosque. El lugar era maravilloso. Un arroyuelo bajaba de las altas montañas. En el silencio de la noche se oía claramente su rumor desde las tiendas de campaña. Mientras los guías lo preparaban todo para acampar, Ruth dijo a Ellen:

—Hermoso lugar para instalar un hogar, ¿verdad?

Ellen contempló las montañas que le rodeaban y repuso con disgusto:

—Las cumbres están demasiado cercanas. Parece como si quisieran empujarnos al agua. Prefiero los lugares llanos, el espacio abierto.

—¿Era así el paisaje en el Cerro de la Luna?

—No, pero allí las montañas eran más simpáticas, menos altas e imponentes.

A Ruth le pareció que en su voz vibraba un trágico dolor.

—Fuimos tan felices allí… —murmuró Ellen—. No creo que Richard quiera volver; yo, en cambio, espero hacerlo algún día.

Ruth deseó interiormente que pudieran ir juntos. Tal vez allí, solos los dos, pudieran recuperar lo que evidentemente habían perdido. Al día siguiente fue a pescar con el viejo Simón. Cuando regresó, estaba muy excitada.

—He encontrado un lugar ideal para edificar una cabaña —dijo después de la cena—. Que lo diga Simón. Es un espació llano y triangular, a espaldas del río. Está situado a suficiente altura para que no resulte húmedo. Unos olmos magníficos flanquean aquella parte del río. El bosque parece allí un parque —después de proponer que trasladasen el campamento a aquel lugar, añadió—: Es mucho más hermoso que esto, ¿verdad, Simón? ¿A qué distancia cree que está?

—A unas cuatro o cinco millas —respondió Simón.

Ellen los oía con indiferencia, pero Harland le hizo varias preguntas. Ruth se dio cuenta de que había conseguido interesarle, y pensó en la posibilidad de un nuevo Cerro de la Luna donde quizás el matrimonio pudiera ser feliz otra vez.

—Naturalmente, no lo he explorado —continuó diciendo—, pero desde el río me pareció maravilloso. Creo que podría convertirse fácilmente en un nuevo Jardín del Edén.

Harland sonrió al ver su entusiasmo.

—En donde sólo podrían vivir Adán y Eva, ¿verdad? —dijo irónicamente. Luego

añadió—: Lo visitaremos. ¿Cree que abunda la pesca en ese lugar, Simón?

—No sé qué decir. Como el agua merma cada día… Lo que nos está haciendo falta es que llueva, a ver si crece el río de una vez.

—Bueno, dejemos la pesca a un lado. Iremos simplemente a explorar el terreno —declaró Harland.

Ruth no se había dado cuenta hasta entonces de que Ellen no había hecho preguntas ni tomado parte en la conversación.

—Te gustará mucho, Ellen —le dijo con ansiedad.

—¡Oh! No pienso acompañaros —respondió Ellen—. Podéis ir juntos. Me quedaré aquí de guardia con Leick. Llegaremos hasta el gran estanque que hay en la desembocadura del Sedgwick.

—Vete tú con Dick. Yo me quedaré aquí —dijo Ruth—. Simón puede decirles a Leick y a Tom dónde está ese lugar. Te gustará verlo, Ellen.

Pero Ellen se mantuvo firme, y al día siguiente, cuando amanecía, Ruth, Simón, Tom Pickett y Harland partieron río abajo. El día prometía ser caluroso. No corría ni un soplo de brisa.

—Ayer creí percibir olor a humo en el aire —dijo Simón—. Estoy seguro de que en la parte sur se ha declarado algún incendio.

En el horizonte se distinguía una ligera neblina que se interponía entre ellos y el sol.

Dos o tres veces se detuvieron en el camino para pescar. Ruth logró un salmón de más de veinte libras, que terminó por escapársele. Harland, que acudió a su lado con Tom, se lamentó de su mala fortuna, pero Ruth no parecía disgustada. Al contrario, casi podía decirse que estaba alegre.

—Me encanta ver cómo pican el anzuelo —afirmó— y cómo luchan. Pero cuando los veo fatigados y vencidos, cuando todo depende de tirar de ellos, prefiero que escapen.

—No eres como Ellen, que se desespera si logran huir —comentó Harland.

—Tal vez no tenga suficientemente desarrollado el instinto de matar —dijo Ruth riendo. Pero le sorprendió ver que una sombra pasaba por los ojos de Harland.

Dedicaron la mañana a pescar salmones. Ruth luchó decidida con uno, y Harland con dos, pero todos, mal enganchados, lograron escapar. Dejando a Dick empeñado en atrapar a un cuarto, Ruth y Simón se dirigieron al lugar que pensaban explorar. Cuando llegaron los demás, Simón tenía en conserva, pescado asado, mermelada, pan tostado y un buen té caliente.

La niebla que iba cubriendo el cielo se hizo más espesa. El sol era como una gran bola roja. Simón dijo pensativamente:

—Hay un incendio no lejos de aquí. Percibo perfectamente el olor a humo. El viento sopla en dirección sur, y me parece que el fuego puede propagarse hacia aquí.

En la parte sur, y junto al río, se elevaba un enorme macizo montañoso. No era fácil que el viento pudiese propagar el incendio hasta la hondonada en que se

hallaban. Ruth y Harland decidieron no preocuparse, y después de comer exploraron la selva, atravesando primero los matorrales que crecían junto al río y que dificultaban el avance. Eran arbustos de poca altura, pero sus ramas entrelazadas formaban una barricada. Decididos a seguir adelante, Ruth y Harland lucharon con aquel obstáculo hasta llegar a terreno más abierto, sin hacer caso de la fatiga y de los arañazos. Ruth perdió el sombrero, y al detenerse a recuperarlo se le trabó el pelo en unas matas. Harland acudió en su ayuda.

—«¡Absalón, hijo mío, hijo mío!» —dijo riendo—. Confiesa que has fracasado. Creía que habían dicho que el bosque era como un parque. ¡Vaya parque!

—Ya verás más adelante. Ya verás… —dijo ella. Y siguieron avanzando. Unos metros más allá exclamó de repente—: ¡Ahí tienes! Hasta el río puede verse claramente.

Esto era cierto. Arces, hayas y robles crecían abundantemente en aquel recodo, pero dejaban terreno libre entre sus troncos, y a través de sus ramas podía distinguirse la línea plateada del río.

—Esto está mejor —reconoció él—. Y está bastante elevado sobre el nivel del agua.

Pero el terreno estaba cubierto de maleza, y algunos troncos derribados por el viento obstruían el paso. Harland se lo hizo notar a Ruth, que respondió:

—Claro que eso no podía yo verlo desde la canoa, pero creo que podrían ser eliminados con facilidad. Y también podían talarse algunos árboles, para gozar del paisaje.

Ansiaba contagiarle su entusiasmo, pensando que sería beneficioso para él y para Ellen. Dijo en tono de alegre reto:

—¡Vamos, no te empeñes en hallar tantas faltas! Simulemos que somos exploradores en busca de una buena tierra donde establecerse. Si los exploradores se dejasen vencer por unas cuantas matas rebeldes nunca llegarían a ninguna parte.

Harland se echó a reír.

—Bueno —dijo—, reconozco que el lugar tiene posibilidades. Y ahora, veamos. ¿Dónde construiríamos la cabaña?

—Hay que dar con el mejor lugar —repuso ella.

Y siguieron buscando a través del bosque, caminando sobre trozos de terreno pantanoso, pisando frutos y hojarasca, apartando la maleza al avanzar. Llegaron al fin a una pequeña loma. A Ruth le pareció un lugar perfecto, pero él dijo que el agua estaba demasiado lejos. Siguieron explorando hasta descubrir un oculto arroyuelo en donde se agitaban las truchas. Hundieron unas ramas en el agua, y los peces se lanzaron hambrientos sobre ellas. Ruth dijo que casi había podido ver en sus ojuelos una mirada de triste desaliento.

—Prosigamos —dijo al fin—. No me gusta engañarlos.

Continuaron andando a través del bosque. El terreno era cada vez más abrupto. Harland calculó que debían encontrarse a media milla del río. La tierra era fértil y

magnífica, al menos en un espacio de sesenta o setenta acres.

—Lo suficiente para instalar una granja —dijo— y cultivar maíz, alubias, guisantes y todo lo que hiciese falta. Incluso podrían criarse dos cerdos y una o dos vacas.

Sus ojos brillaban al hablar. Ruth no le había visto tan animado desde la muerte de Danny, hacía casi un año. Deseó intensamente que fuera Ellen quien se hallase con él en aquellos momentos. Pero como Ellen no estaba presente, fue ella quien compartió su dicha.

Durante una o dos horas recorrieron el lugar. Parecían dos chiquillos que hubiesen perdido la noción del tiempo. Ruth lo veía todo a través de los ojos de Harland, cuyo entusiasmo aumentaba a cada nuevo descubrimiento. El arroyuelo que bajaba de las montañas cercanas formaba una cascada de doce pies de altura.

—¡Ahí tienes! —gritó él—. La energía eléctrica que nos hace falta. Si ahora con la sequía hay tanta agua, creo que no ha de faltarnos fuerza suficiente para iluminar la cabaña, calentarnos y guisar. ¿Sabes, Ruth? Voy creyendo que a fuerza de paciencia y trabajo podría convertirse este rincón en un delicioso refugio.

—Está muy lejos de la civilización —dijo ella, intentando estimular su imaginación.

—Pero está muy cerca del río, en donde abundan los salmones, de un arroyuelo lleno de truchas y de un bosque donde hay mucha caza. Además, podría construirse un pequeño aeródromo. Sería fácil despegar sobre el agua. El viento debe soplar en esa dirección.

Esta frase los volvió pronto a la realidad, porque un viento bastante fuerte comenzaba a agitar las copas de los árboles.

—Está oscureciendo —dijo Harland mirando al reloj—, y sólo son las tres y media. Deben de ser nubes. Quizá llueva y crezca por fin el río.

—Me parece oler a humo —dijo Ruth, recordando la observación de Simón—. ¿Crees que el incendio se aproxima?

—Me parece que no —murmuró Harland inclinándose junto al arroyo para beber. En aquel momentáneo silencio, Ruth creyó oír un grito en la lejanía. Cuando Harland se levantó con los labios todavía húmedos, Ruth preguntó:

—¿Oíste algo?

—No. Sólo he notado que el agua estaba fría como el hielo.

—Pues yo he oído un grito. ¡Escucha!

No oyeron nada. Una ráfaga de viento sofocante llegó hasta ellos a través de los árboles. Ruth la sintió en sus mejillas, y lo mismo debió de suceder a Harland, pues volvió intranquilo hacia el río. Pero para no alarmarla, se limitó a decir con tanta indiferencia que ella adivinó su nerviosismo:

—Será mejor que regresemos. Los muchachos se preguntarán dónde nos hemos metido —miró alrededor y añadió pensativamente—: No me gusta abandonar todo esto. Volveré aquí algún día.

Y comenzó a andar. Ruth le siguió. De pronto Harland se detuvo.

—He oído un grito —dijo. Se llevó las manos a la boca a modo de altavoz y lanzó un grito. Luego escuchó atentamente. De nuevo oyeron gritar a lo lejos. Pero el viento hizo imposible saber de dónde provenía la voz. Harland volvió a gritar, pero esta vez no obtuvo respuesta.

—No pueden oírnos —dijo Ruth—. El viento sopla en dirección contraria.

Harland asintió, y empezaron de nuevo a andar. Caminaban al principio apresuradamente, pero pronto aminoraron la marcha.

—Confieso que estoy nervioso —dijo Harland—. Hemos de andar con cautela. No quisiera equivocar el camino. Es preferible avanzar en línea recta —a continuación le explicó a Ruth la mejor manera de lograrlo—: Busca los árboles frente a ti y comprueba si están en línea recta. Pasa el primero, y al llegar al segundo busca un tercero en la misma dirección. Creo que el grito que oímos procedía de ahí.

Pero después de andar unos cien metros se encontraron de nuevo junto al arroyuelo que acababan de abandonar.

—Lo que oí debió de ser el eco —dijo Harland riendo—. Sigamos por aquí. El arroyo nos conducirá al río.

Ruth le siguió a cierta distancia para que las ramas que él apartaba al pasar no le hiciesen daño. El arroyo serpenteaba entre alisos y cedros. Pero Harland estaba completamente decidido a no apartarse de él. Hubo un momento en que creyeron escuchar el rumor de unas voces en la lejanía, pero no podían más de lo que hacían. Silenciosos, siguieron andando.

A los quince o veinte minutos, llegaron al río. Estaban sudando y tenían la cara arrebolada, no sólo por la rapidez de su marcha, sino por el ambiente cada vez más sofocante. Al llegar a la orilla se detuvieron estupefactos. Ninguno de los dos acertó a hablar.

Tanto por la parte sur como en la parte este, el cielo estaba cubierto de humo. Junto a la oscura mole de la montaña que se alzaba al lado del río, se divisaba ya el rojizo resplandor de las llamas, dispuestas a devorarlo todo.

Ruth se acercó a Harland.

—Esto se pone feo, ¿verdad, Dick? —dijo con calma.

—¡Mira! —exclamó él—. El fuego baja por la ladera como si fuese lava. En el rato que estamos aquí ha llegado hasta la mitad del camino del río.

—Me parece incluso sentir el calor de las llamas —dijo Ruth.

Harland la cogió de un brazo.

—Vamos —dijo—. Los muchachos deben de estar más arriba, detrás de esa curva que forma el río.

Silenciosos, muy cerca el uno del otro, emprendieron la marcha casi corriendo.

8

Cuando llegaron junto a las canoas no encontraron a los guías. Pronto vieron a Simón junto a la orilla, a un cuarto de milla de distancia, y le llamaron. A su vez éste llamó a Tom y se acercó corriendo. El humo del fuego cercano hacía casi irrespirable la atmósfera. Tosían sin cesar. Harland mojó su pañuelo y le dijo a Ruth que se tapara con él la boca y la nariz.

—Moja también el sombrero y cúbrete con él todo el pelo.

Como su sombrero de fieltro era bastante usado, Ruth no opuso reparos. Simón le invitó a subir a la canoa.

—Será mejor que nos marchemos —le dijo a Harland—. El incendio se acerca rápidamente. Tom no tardará en venir. Está en el bosque buscándolos. Creímos que se habían extraviado.

Ruth, que era lo bastante prudente para obedecer sin protestar, subió a la canoa, y Simón comenzó a remar hacia el Norte. Al fuerte impulso de su brazo, la pequeña embarcación avanzaba con rapidez. Ruth miró hacia atrás para ver a Harland, que se había quedado para aguardar a Tom. Vio que el fuego había llegado hasta la misma orilla. El viento del Sur soplaba con fuerza, formando cascadas y remolinos sobre las aguas. De vez en cuando cruzaban el aire chispas de fuego, ramas ardiendo y columnas de humo, lo mismo que si algo hubiese hecho explosión dentro del río. Observó que en la orilla ardía un árbol. En la distancia parecía una antorcha gigantesca. El incendio había pasado con enorme facilidad la pequeña barrera del río. Nubes de humo inundaron entonces la hondonada que en el río se extendía, impidiéndole ver las llamas. La figura de Harland se perdió pronto entre las sombras.

—No podemos abandonar a míster Harland —dijo apresuradamente—. Suponga que a Tom le haya sucedido algo.

—Tom está perfectamente. Ya nos alcanzarán —repuso Simón, y siguió remando con energía.

Ruth no podía comprender cómo el incendio se había propagado tan aprisa, y así se lo dijo a Simón. Pero éste, jadeando por el esfuerzo que llevaba a cabo, repuso:

—El viento… corre… rápidamente… mucho más rápidamente… que… un caballo.

Ruth se quitó el pañuelo con que se cubría la boca y volvió a humedecerlo. El humo seguía persiguiéndolos. Procedía del Sur, y avanzaba por las laderas. Estaban, pues, frente al lugar del incendio. Escapar río abajo era imposible, pues las llamas se interponían en su camino. Se preguntó hasta dónde tendrían que llegar para vencer el peligro.

Después de media hora, que les pareció un siglo, cuando habían recorrido una milla aproximadamente, escucharon el rumor de unos remos al chocar con el agua. Indudablemente, la canoa de Harland los seguía. Harland, remaba, y Tom usaba la pértiga para avanzar con más rapidez. Ruth tomó un remo de su propia canoa e intentó ayudar, pero no pudo hacerlo. Simón dijo con voz entrecortada, fatigado por el esfuerzo:

—Déjeme. Puedo hacerlo yo solo.

Ruth soltó el remo. Comprendía perfectamente la prisa de Simón. Ella también estaba excitadísima, pero no tenía miedo. La otra canoa los seguía a cierta distancia, pero Harland había dejado de remar. Ruth observó que también él llevaba algo atado al rostro.

Simón tosía sin cesar. Se acercó a la orilla, y se cubrió la nariz y la boca con una especie de máscara. Tom se acercó a ellos.

—¿Vas bien? —le preguntó Harland a Ruth.

—Muy bien. Sólo lamento no poder ayudar.

—No te preocupes. Pronto saldremos de todo esto.

Pero el humo se iba haciendo más denso. Ruth sintió que se le escocían los ojos y que tenía las manos ardiendo, y las sumergió en el agua. Simón cogió la pértiga y siguieron avanzando río arriba. Cuando hubieron recorrido una milla, Ruth creyó hallarse cerca del campamento. Recordó que muy cerca de éste había un bosque de abetos por donde el fuego podía propagarse con rapidez. Sin embargo, tenía la esperanza de que si llegaban al campamento podrían considerarse a salvo. Doblaron una curva, y en la montaña más cercana a la orilla distinguieron de nuevo las llamas. El fuego bajaba rápidamente por la ladera y avanzaba hacia ellos. El viento arrastraba las ramas ardiendo. Una vez más, Simón puso proa a tierra.

—Será mejor que nos mojemos las ropas, señorita. Vamos a sentir mucho calor durante media milla. Después, el río tuerce hacia el Norte; el incendio quedará atrás.

Ruth y Harland obedecieron. Luego continuaron el accidentado avance, bordeando el terreno incendiado. Las chispas saltaban hasta el mismo centro del río y se apagaban silbando. Una chispa roja fue a parar a la canoa de Ruth, apagándose inmediatamente al caer en el agua que chorreaba de su ropa y que formaba un charco a sus pies.

Doblaron la curva que formaba la orilla y dejaron el fuego atrás. Siguieron en dirección Norte, pero el río, haciendo una curva, tomó otra vez la temida dirección del Oeste. No era fácil observar el paisaje. El humo lo envolvía todo, y el incendio retumbaba y estremecía el aire como si un terremoto lo sacudiese. El río avanzaba hacia el Oeste y luego hacia el Sudoeste. Ruth creyó distinguir detalles familiares en el paisaje. El campamento no podía estar lejos. Tal vez a media milla. Pronto verían entre la cortina de humo la silueta blanca de las tiendas.

Pero al acercarse observaron que el lugar donde habían estado las tiendas era también pasto de las llamas. Ruth ahogó una exclamación. Frente a ellos, el incendio había cruzado de nuevo el río, estableciendo como una cabeza de puente en la otra orilla. El fuego destructor se extendía ya río abajo y río arriba, llegando hasta el bosque en la parte norte.

Simón cambió de ruta sin pronunciar palabra, pero sin vacilar. Tampoco Ruth preguntó nada. Lo vio remar enérgicamente hacia una especie de banco de grava que se extendía en el mismo centro del río. Tom le siguió, y ambas canoas se detuvieron a

la orilla del banco. El aire sofocante parecía penetrar en sus pulmones, impidiéndoles la respiración. Ruth se quitó el pañuelo de la boca y se lo puso otra vez a manera de mordaza. Simón dijo con voz ronca:

—Tenemos que permanecer aquí. Será mejor que nos metamos en el agua y aguardemos a que todo pase.

Saltó al agua, que allí tenía poca profundidad, y ayudó a Ruth a hacer lo mismo.

—No se asuste, señorita. Sumergiremos las canoas en el agua y así podrán servirnos cuando las necesitemos de nuevo.

El agua estaba deliciosamente fresca. Ruth se sentó en el fondo, dejando sólo la cabeza fuera. Se quitó el jersey, lo mojó convenientemente y enrolló su pelo, colocando aquél a manera de turbante. Respiró después intensamente, sintiendo la frescura del agua, y miró alrededor para ver qué hacían los otros. Los tres hombres habían llenado de piedras las canoas y las hundieron bajo el agua.

Simón dijo:

—Siéntese aquí, señorita —y le indicó una de las canoas hundidas—. Ayúdenos a que no salga a flote.

Colocó la embarcación de manera que, sentada sobre la popa, a Ruth sólo le quedaba la cabeza fuera de la superficie.

—Esto es —dijo Simón en broma—. No me negará que es una magnífica localidad para presenciar el desarrollo de los acontecimientos, sea el que sea.

Harland se acercó. Llevaba el rostro casi oculto por la gruesa camiseta de lana que se había atado a la cabeza.

—A esto le llamo yo una magnífica aventura —dijo alegremente.

—Me gustaría saber dónde está Ellen.

—Leick la habrá puesto a salvo.

—Deben de estar sufriendo por nuestra causa.

—Estamos perfectamente, y lo mismo les ocurrirá a ellos.

—Tengo un miedo horrible —dijo ella francamente—. Sospecho que no estoy hecha para estas aventuras.

Harland la cogió del brazo. Su mano buscó la de Ruth bajo el agua y la estrechó con fuerza.

—A juzgar por tu modo de hablar, no pareces muy asustada.

—Tal vez no, pero ya verás cómo estaré mañana, cuando haya pasado todo.

—Mañana te permitiré estar tan asustada como quieras —dijo él riendo.

Las horas fueron transcurriendo lentamente. En aquel lugar del río las aguas estaban estancadas. No había corriente alguna. Aquellas aguas constituían su defensa. Con la cabeza fuera de ella, contemplaban ansiosos al enemigo cercano. Ruth separó el jersey que casi le cubría el rostro, para ver mejor la escena que se desarrollaba ante sus ojos. El banco de arena en el que buscaban refugio formaba un semicírculo casi al pie de una montaña de unos trescientos o cuatrocientos pies de altura. Estaba, pues, bastante resguardado, y era además tan ancho que el fuego no podía propagarse a

través de él. Pero al Norte y Sur, el incendio había cruzado el río, y las llamas, al impulso del viento, no estaban demasiado lejos. El humo se arremolinaba formando una cortina espesa, negra a veces como la misma noche y otras enrojecida a la claridad de las llamas. Estaban cercados. El calor se hacía insoportable, e indicaba claramente que el fuego estaba muy cerca. Con frecuencia se hundían en el agua para mojar sus improvisados turbantes. Sólo así conseguían cobrar ánimos para seguir resistiendo.

Tan espeso era el humo que, con excepción del furtivo resplandor de las llamas, el día parecía noche cerrada. No supieron cuándo anochecería. En la parte norte, ambos incendios habían llegado a unirse. Al otro extremo los árboles ardían junto a la orilla y las llamas cercaban el bosque de abetos. Una ráfaga de viento aclaró por breves momentos la atmósfera, y entre nubes de humo vio Ruth que la montaña de la parte sur era una inmensa hoguera, cuyas chispas se elevaban hasta el cielo. Era como una mole de llamas, y pensó que tarde o temprano los aplastaría. El humo se hizo de nuevo más denso.

A pesar del jersey mojado con que Ruth se cubría la cabeza, el calor se hacía casi insoportable. Cuando se hundía en el agua para mojarlo y salía a la superficie otra vez, del jersey se desprendía una nube de vapor. Las aguas estancadas, faltas del movimiento de la corriente, estaban calientes. Ruth se preguntó si seguirían calentándose hasta llegar a hervir, y si ellos quedarían cocidos como las langostas en un caldero. La idea le hizo tanta gracia que se echó a reír. Su risa resultó histérica. Harland preguntó qué ocurría.

Riendo todavía, ella explicó la idea que se le había ocurrido.

—¡Cállate! —exclamó él con violencia—. No quiero que pienses esas cosas. Mejor dicho, no debes pensar en nada. Sigue quieta y mojada. Las aguas no llegarán a hervir.

Pero el tiempo pasaba, y el ruido era cada vez más ensordecedor, como si quisiese llegar hasta los más recónditos ámbitos del mundo. El humo seguía llenando la atmósfera. Acercando la nariz al agua, lograban librarse por un momento de aquel olor acre y desagradable. El fuego era como un inmenso rebaño que huye por el camino que ellos ocupaban y los ensordeciera el rumor de sus pezuñas. Cuando, de vez en cuando, Ruth escudriñaba en la oscuridad, ansiosa de saber lo que ocurría, sólo lograba distinguir algunos chispazos rojizos. Sobre las aguas caían muchas ramas ardiendo, y como su parte superior no se sumergía inmediatamente, permanecían encendidas un buen rato, como antorchas que atravesasen misteriosamente la corriente. Algunas de ellas eran muy grandes, tan grandes que Ruth pudo formarse una vaga idea de la fuerza del fuego y del viento, que las había arrancado de cuajo y hecho danzar en el aire.

De vez en cuando se producía un momento de calma y el incendio parecía decrecer. Ruth se lo hizo observar a Harland y éste repuso:

—La fuerza de un incendio decrece siempre al caer la noche. Estoy seguro de que

con el alba, resurgirá más poderosamente todavía.

—¿Crees que tendremos que permanecer aquí toda la noche?

—Sí, y parte del día de mañana, hasta que el fuego se extinga.

El terrible significado de aquellas palabras la dejó anonadada, llegando incluso a perder el sentido de la realidad. Con el cuerpo casi completamente sumergido, se sentía ligera e ingrávida. Flotaba de una manera casi irreal. De cuando en cuando se agarraba a la canoa sobre la que estaba sentada, como si quisiera darse cuenta de que todavía existía. Harland le aconsejó que se acercase a la orilla y se tendiese en el agua para cambiar de postura, pero ella se negó, alegando que estaba perfectamente. La invadió una extraña sensación de estupor. El agua tibia le daba sueño. Algunas veces creyó que iba a dormirse. Harland se acercó más a ella y le cogió una mano. Se sintió confortada al comprender que no estaba tan sola. El tiempo parecía haberse detenido. No obstante, la noche interminable pasó al fin.

9

Al observar que el fuego se avivaba y que el ruido adquiría un ritmo más acelerado, comprendieron que amanecía. Ruth despertó en la seminconsciencia en que estaba sumida y que tanto la había ayudado a resistir la tortura de la noche pasada. El agua, que parecía tan caliente, había llegado a helarla, y tuvo que ponerse en pie más de una vez para no perder el sentido. Harland la cogía entonces de la mano, hasta que la ardiente brisa secaba momentáneamente sus ropas, infundiéndole un hálito de vida. Pero el calor no tardaba en hacerse insoportable, y volvía a sumergirse en el agua.

Al nacer el día, Ruth estaba, más que fatigada, agotada por el largo baño. La piel de sus dedos estaba arrugada y amoratada. Se sentía fláccida, como vacía. Se lo dijo a Harland, y éste se sentó junto a ella y la abrazó como para protegerla. De no haberlo hecho, Ruth se hubiera desplomado vencida por el sueño. Dormir hubiera sido delicioso. El agua parecía invitarla a olvidar. Habían hablado muy poco durante la noche. Ruth recordaba algunas veces a Ellen, pero sólo remotamente. Leick la habría salvado. Y si así no fuera, poco podían hacer ellos. Ellen ya no era una figura real, sino un recuerdo, algo lejano, apartado… Comprendió que Ellen estaría sufriendo por ella y deseando tener a Harland junto a sí.

Este pensamiento consiguió emocionarla. No obstante, se alegró de que él estuviera a su lado, sufriendo en su compañía, rodeando con su brazo su cintura, sosteniendo con su cuerpo fuerte y vigoroso el débil peso del de ella. Súbitamente recordó lo delicioso que había sido explorar aquel maravilloso lugar en su compañía. ¡Harland le había parecido tan distinto! Alegre, animado, hasta rejuvenecido. Toda aquella belleza había desaparecido ya a causa del voraz incendio. Sólo rescoldos quedaban atrás. Ruth sintió como si hubiese perdido para siempre algo muy hermoso.

Se encogió de hombros…

Con las primeras claridades del día, el fuego ganó en fuerza e incremento. Tan insensible estaba Ruth que ni siquiera observó el cambio. No notó que el humo se hacía más espeso, ni que el calor aumentaba. De repente oyó la voz del viejo Simón a su lado. Hablaba seguramente con Harland, pero, a pesar de sus esfuerzos, Ruth no pudo entender lo que decían. Notó después que entre ambos la cogían por los brazos y la obligaban a ponerse en pie. Las rodillas se le doblaron, y apenas se dio cuenta de que los dos hombres la arrastraban hacia la orilla.

No pudo resistir más y perdió el conocimiento. Harland se sentó en la orilla y apoyó la cabeza de Ruth en sus rodillas. Después le apartó del rostro el jersey que lo cubría. Cuando ella abrió los ojos distinguió en lo alto un trozo de cielo claro que surgía entre espesas nubes de humo.

—La fuerza del incendio decrece —dijo Harland—. Por la parte norte la atmósfera es aún sofocante, por lo cual nos hemos situado lo más lejos posible de allí. En cambio, ha refrescado en la ribera del sur. ¿Cómo te sientes? —preguntó después.

—Muy cansada y muy débil —confesó Ruth—. Lo siento —añadió tras una pausa—. El baño me ha dejado sin fuerzas.

—Pronto podremos salir de aquí —dijo él—. En cuanto mejore la situación.

Simón y Tom avanzaron entre el humo para poner a flote la segunda canoa. Luego, como sus ropas se habían secado y el calor era aún sofocante, se arrojaron al agua para mojarlas de nuevo.

Una hora después intentaron un nuevo ataque. Pero la grava del terreno estaba tan caliente que despedía humo si el agua la salpicaba. Siguieron, pues, dentro del agua, aunque no completamente sumergidos.

De vez en cuando, Harland rociaba las ropas de Ruth para aliviarla de la molestia del calor.

Ruth preguntó qué hora era. Harland no lo sabía. Durante el prolongado baño debió penetrar agua en su reloj, pues se había parado. Simón calculó que sería media tarde.

—¿Tienes hambre? —preguntó Harland.

Ruth asintió con la cabeza, y Simón se dirigió a una canoa para ver lo que podía hallar. Volvió con una lata de alubias, otra de té, un frasco con azúcar y un bote de leche condensada. Lo demás estaba mojado e inservible. Con unos cuantos leños encendió una pequeña hoguera para hervir el té y calentar las alubias. El té, fuerte y caliente, le infundió nuevas fuerzas. Las alubias la hicieron revivir. La atmósfera era ya mucho menos sofocante. Podían permanecer en tierra con tranquilidad. Simón creía conveniente pasar allí la noche.

—Sería absurdo emprender la marcha río arriba —afirmó—. El fuego ha destruido todos nuestros enseres. Claro que podríamos partir esta misma noche, pero será mejor aguardar a Leick y a *mistress* Harland. Vendrán tan pronto como puedan.

El humo los hacía toser. Por otra parte, la tierra quemaba aún bajo sus pies.

Tenían que remojarse de vez en cuando para resistirlo.

—No es fácil que pasemos frío —añadió Simón con cierta ironía.

—¿Crees que el campamento haya quedado completamente destruido? —preguntó Harland.

—Desde luego —declaró Simón—. Además, es imposible llegar hasta allí.

Decidieron montar guardia durante la noche, por si Ellen y Leick se presentaban. Al oscurecer pudieron sentarse en el suelo sin miedo a quemarse, y hasta tenderse a descansar.

Simón halló en cierto recodo una especie de montículo de arena, formado seguramente por la propia corriente durante la primavera. Valiéndose de aquella arena y ayudado por Harland, formó un lecho para Ruth. Unos pequeños hoyos marcaban el lugar donde debían reposar los hombros y las caderas. Ruth se echó sintiéndose casi cómoda. Harland se tumbó a su lado. A pesar del cansancio y la intranquilidad de la situación, Ruth no tardó en dormirse profundamente. Sólo una vez, a media noche, se despertó porque sentía frío. Se acercó a Harland, que, aun dormido, le rodeó la cintura con un brazo, y volvió a dormirse.

Cuando se despertó era de día. Abrió los ojos, y lo primero que vio fue a Ellen erguida ante ella, mirándola con ojos acerados. Desasiéndose del brazo de Harland, que todavía rodeaba su cintura, Ruth dijo alegremente:

—¡Hola Ellen, querida Ellen!

Harland continuaba inmóvil. Ellen se echó a reír y dijo con cierta ironía.

—Vamos, Ruth. Será mejor que le despiertes.

Ruth notó algo raro en su tono que heló en ella todo impulso de alegría y la dejó atónita.

Capítulo X

1

En realidad, Harland no llegó a experimentar serios temores por la seguridad de Ellen. En su opinión, Leick se bastaba para ponerla a salvo, y, en efecto, no se había equivocado. Hallaron un lugar seguro para acampar, aunque no pudieron disponer de mantas y tiendas. Por Leick supieron que todo, tiendas, utensilios y provisiones, habían sido pasto de las llamas. No tenían más remedio que volver a la civilización. Viajando todo el día a través del río, llegarían por la tarde a la estación. Así, pues, después del desayuno (Leick se había cuidado de guardar un salmón pescado por Ellen antes de iniciarse el fuego), se pusieron en marcha, río abajo.

Durante siete u ocho millas, el bosque estaba destruido. Todo él había ardido, y el humo los hacía toser. Muchos árboles ardían aún. Las llamas devoraban el tronco como si fueran ratones voraces. En las laderas todo estaba carbonizado. Unos peñascos desnudos de vegetación brillaban como huesos calcinados. El lugar que tan alegremente habían explorado Ruth y Harland no era más que un montón de cenizas sembradas de negros troncos como un acerico repleto de alfileres. Harland se sintió deprimido. Se daba cuenta de que su sueño de convertir aquel rincón en un escondido paraíso había arraigado en él más de lo que creyó en un principio.

Avanzaban las canoas una detrás de otra, siguiendo la corriente. Sus ocupantes hablaban muy poco. Al pasar junto a una montaña cercana al río, en donde el fuego había respetado algunos árboles, Tom Pickett, el único que conservaba el buen humor, dijo riendo, que parecía el rostro de un hombre a quien hubiese afeitado su mujer. Charlaba por los codos. Harland apenas le oía. Se había desplomado en su asiento, fatigado, exhausto, temeroso de volver al mundo y a lo que esto representaba: su vida junto a Ellen. Mentalmente comparó su destino a lo sucedido en el bosque. Lo mismo que el gran incendio había convertido al bosque en un páramo, su vida había quedado destrozada por la acción de un fuego devorador.

La muerte de su hijo, llegado al mundo antes de tiempo, fue como el tiro de gracia que acabó de destruir el amor que pudo sentir por Ellen. No se le ocurrió culparla de aquella segunda tragedia de su vida.

Fue mistress Huston, la anciana servidora que tanto le amaba, quien, para consolar su tristeza, declaró que Ellen nunca había querido al hijo que debía de nacer, y que hizo cuanto estuvo en su mano para perderlo.

—Había odio en sus ojos, señorito. Le odiaba, y hacía muchas imprudencias cuando creía que nadie la miraba. Si usted la hubiese visto… —añadió acaloradamente—. Trabajaba como nunca. Subía y bajaba la escalera como una loca cuando no estaba en casa; pintó enteramente la despensa, sabiendo perfectamente lo malo que es el olor del aguarrás en esos casos. Sí, y no es eso todo. Colgaba cortinas, tomaba aceite de ricino y… ¡qué sé yo! ¡Hacía tantos disparates! ¡Sonambulismo…!

¡Venirme a mí con esas patrañas!

Harland la obligó a callar, seguro de que hablaba por hablar, mejor dicho, que era la tristeza que sentía ante la desesperación de él lo que la hacía expresarse así. No obstante, cuando mistress Huston acogía a Ellen con grandes demostraciones de cariño, y a pesar de sospechar que todo se debía a su proverbial actitud abnegada con los enfermos, sintió una repentina amargura. La Prensa de la capital había tratado extensamente de sus aventuras. Por eso, cuando abrió la puerta de la casa de Chestnut Street, mistress Huston se limitó a estrechar a Ellen contra su pecho y a decir con aire de reproche mirando a Harland:

—¡Pobrecita! ¡Pobrecita! Debe de estar agotada. Venga y la meteré en la cama. Ya dije que no debía marchar en el estado en que se hallaba. Nadie con sentido común se la hubiese llevado al bosque, a dormir en el suelo, rodeada de ranas, de serpientes y de… Bueno, cualquiera sabe de qué más.

—No sé a qué viene todo eso —dijo Harland—. Lo pasamos muy bien, hasta que se produjo el incendio.

—¡El incendio! —exclamó indignada mistress Huston—. De no haber sido eso hubiera sucedido cualquier otra cosa.

Hasta Harland se dio cuenta de la dulce mirada de Ellen, de su tono suave al murmurar:

—¡Es usted tan buena conmigo, mistress Huston! No creo que pueda acostarme sin ayuda. ¿Quiere acompañarme?

Ambas se alejaron, dejando a Harland, solo, avergonzado y hasta furioso.

Ellen guardó cama durante tres días, y como permitió a mistress Huston que la cuidase y la mimase, se ganó la simpatía de la anciana. Si Harland se movía de un lado a otro, mistress Huston no tardaba en hacerle callar, con el pretexto de que no debía despertar a la pobre enferma. Si salía, le reprochaba que tuviese humor para divertirse mientras su desdichada y dulce esposa seguía postrada en el lecho. La situación comenzaba a resultar cómica, pero Harland no tenía ganas de reír. Es más, le enojaba la hipocresía de Ellen, dispuesta a simular que estaba enferma para ganarse el favor de la ingenua y leal servidora.

Al fin no pudo contenerse más, y le dijo a Ellen cuanto pensaba de ella. El resultado de aquella conversación fue lo que tanto deseaba Harland evitar. Tanto él como ella dijeron cosas que nunca deberían haber dicho. Fue al cuarto día de su llegada. Ellen había insistido en que cenase en una pequeña mesita junto a su lecho, mientras ella lo hacía acostada. Mistress Huston lo preparó todo, disfrutando al entrar las bandejas y rogando que tocasen el timbre si necesitaban algo. Cuando quedaron solos, Ellen dijo maliciosamente:

—¡Hay que ver cómo disfruta la pobre cuidándome!

—¿Por qué se lo permites?

—¿Qué quieres decir, Richard? —preguntó ella—. ¿Pretendes que, débil como estoy, ande por la casa normalmente?

—¡Bah! Estás más buena que ella. La pobre es vieja para subir y bajar tanto la escalera. ¿No has visto cómo se cansa? Además, ¿a qué viene tanta comedia, Ellen? Estoy seguro de que estás perfectamente. Lo haces únicamente por… atraértela.

—Claro —dijo Ellen sonriente. Y añadió con una mirada burlona—. Me consta que así la hago feliz.

—Yo me encargaré de que termine la comedia.

—Será mejor que no lo intentes, querido —murmuró Ellen—. Ya no eres el mismo a sus ojos. Últimamente ha llegado a creer que eres un bruto, y temo que en lo futuro pueda pensar que eres un monstruo…

Harland la miró con frialdad.

—Bueno, cambiemos de conversación —dijo ella—. ¿Cómo va tu trabajo?

—Hace meses que no he escrito una sola línea.

—¿De veras? Bueno, todo cambiará cuando las cosas se normalicen —repuso sonriente—. Cuando esté buena del todo haré trasladar tu cama a mi habitación —hacía mucho tiempo que dormían en cuartos distintos—. Me necesitas, amor mío. ¡Y deseo tanto ayudarte…!

Su tono era ligero. Tanto, que fácilmente podía pasar por burlón. Harland se dio cuenta de cuáles eran sus verdaderas intenciones. Le estaba dando a entender que podían rehacer sus vidas. Encendió un cigarrillo. En realidad, no sabía qué decir. Deseaba terminar la farsa. No podía permanecer impasible a su lado. Su sola presencia le era odiosa. En aquel preciso momento entró mistress Huston para llevarse los platos. Ellen siguió preguntando en tono cortés qué había hecho durante el día.

—Ruth vino a tomar el té. Lamento que no pudieses verla —dijo—. Piensa pasar en Bar Harbor los meses de agosto y setiembre. Ha alquilado un pisito en la ciudad, y no quiere partir sin dejarlo arreglado —como él no hiciera comentario alguno, siguió diciendo—: ¿Es que ya lo sabías?

—Sí —repuso Harland—. Fui a verlo antes de que firmase el contrato. Ruth quiso conocer mi opinión.

Mistress Huston había salido, dejándolos nuevamente. Harland se levantó diciendo:

—Bueno. Comprendo que quieras descansar, y yo me he comprometido para jugar al *bridge*. Hasta mañana, Ellen.

—Cuando vuelvas, ten la bondad de entrar.

—Temo que sea un poco tarde —se excusó él, dirigiéndose hacia la puerta.

—Entonces —murmuró ella extendiendo los brazos—, dame un beso.

Harland volvió sobre sus pasos. No tenía ganas de besarla, pero sabía que no era fácil evadir aquella obligación. Se inclinó sobre ella, que le estrechó fuertemente contra sí y dijo:

—Abrázame, Richard. Abrázame fuerte…

En realidad, no era muy cómoda la postura de Harland. Los brazos de ella

oprimían su cabeza, y le dolían los músculos del cuello.

—¿Recuerdas la primera vez que me besaste, la noche de nuestra gran aventura en el desfiladero? —como él no respondiese, Ellen insistió—: Di, Richard, ¿no recuerdas?

—Naturalmente que lo recuerdo.

—¿Recuerdas que te dije que nunca te dejaría escapar?

Le abrazo y le besó apasionadamente. Harland se vio arrollado, ahogado entre sus brazos. Fue entonces cuando le invadió una extraña sensación, rápida como el fuego al propagarse por la hierba seca. Creyó estar preso en una trampa, y reaccionó indignado. Con todas sus fuerzas intentó desasirse. Se apartó de ella. Estaba furioso y asustado al mismo tiempo.

—¿Tienes miedo, querido? —dijo Ellen suavemente con los ojos semicerrados—. En fin, ¿qué más da? Mañana haré trasladar tu cama a mi habitación.

—¡No! ¡No! ¡No quiero que hagas eso! ¡Es inútil, Ellen! ¡No lo hagas! —gritó con voz ronca.

—Quiero que vuelvas a mí.

—Y yo no quiero volver —de nuevo experimentaba el mismo terror que un momento antes—. Nunca —repitió con voz estridente.

Tendida aún en el lecho, en la misma posición en que Harland la dejó al deshacerse de su abrazo, Ellen le miró con sus ojos claros y duros como el acero.

—¿Nunca? —preguntó.

Harland se pasó el dorso de la mano por los labios para borrar la grasienta huella de la pintura que ella usaba. Luego acabó de limpiarlos con una punta de su pañuelo.

—Es inútil, Ellen —dijo fríamente.

—Inútil… —repitió ella otra vez como un eco. A juzgar por su inmovilidad, parecía dormida; pero sus ojos estaban muy abiertos.

Harland intentó huir.

—Buenas noches —dijo volviéndose hacia la puerta sin que Ellen se opusiese. La voz de ésta sonó clara y suave, y Harland experimentó la sensación de que le golpeaba en pleno rostro.

—Estás enamorado de Ruth —dijo Ellen.

Harland se quedó inmóvil. Ni siquiera se volvió para mirarla. Después de una corta pausa, Ellen siguió diciendo con voz fría:

—Hace tiempo que me he dado cuenta. Tal vez antes que vosotros mismos, Richard. Pero seguí el juego. Hice como si nada hubiera visto. Por eso insistí en que Ruth nos acompañase, querido, para asegurarme…

Harland se volvió bruscamente, y ella añadió:

—Lo sabía hace tiempo, mucho antes de que os encontrara dormidos, el uno en brazos del otro.

Harland no oyó sus palabras. La terrible acusación le había ensordecido, como si grandes campanas repicasen junto a sus oídos. Estaba como loco. Se acercó a ella. De

momento lo había olvidado todo, menos aquello que no podía olvidar. Al ver su extraña agitación, Ellen guardó silencio. Fue él quien lo rompió para decir entrecortadamente y en voz baja:

—Escucha, Ellen. Lo que quieres es imposible. Vi cómo dejaste ahogar a Danny.

Sus labios siguieron moviéndose, pero sin que de ellos saliese ningún sonido. O sus pensamientos tumultuosos no permitían la ilación de una frase, o su boca se negaba a pronunciar ciertas palabras. La contempló. Deseable, hermosísima, tentadora… No obstante, todo en su interior estaba corrompido. Tenía que apartarse de ella con horror. Pero no podía decirle lo que en realidad pensaba. La había querido demasiado. Había jurado respetarla, amarla, defenderla. ¿Cómo decirle ahora que la odiaba?

—Lo sabía —dijo ella inesperadamente.

—¿Sabías que yo te había visto? —Harland creyó que no entendía sus palabras, que sus oídos le engañaban—. ¿Sabías que vi cómo dejabas que se ahogara?

—Naturalmente —repuso ella con calma. Su tono era frío e impersonal—. ¿Por qué no me mataste entonces, Richard? ¿Por qué no me matas ahora? Sería muy sencillo.

Pero Harland sintió como si él hubiese de ser la víctima y no el verdugo. Se situó a la defensiva. Ellen continuó sin piedad alguna:

—Fuiste tú quien mintió a Leick, no yo. Fuiste tú quien prefirió protegerme.

—Era mi deber.

—O creíste que era tu deber —repuso ella con una sonrisa burlona—. Porque íbamos a tener un hijo, ¿verdad, querido? Era mentira entonces. A pesar de que luego la convertimos en verdad.

Harland se pasó una mano por los ojos. Sintió que sus rodillas se doblaban y se sentó, contemplándose las manos fijamente.

—No fue mi intención ahogar a Danny —dijo ella, no porque intentase defenderse, sino porque quería ser franca de una vez—. No fue algo premeditado. Danny sintió un calambre y se hundió. Se me ocurrió entonces que si no volvía a salir a flote serías completamente mío —volvió a sonreír—. Soy celosa, Richard, y te amo desesperadamente. Pensé que sólo me amarías a mí. Mientras pensaba eso, Danny se hundió para siempre. Lamenté entonces lo sucedido. Me horroricé e intenté salvarle por todos los medios. Te juro que lo intenté, Richard. Pero era demasiado tarde. Eso es todo —luego añadió en voz baja y serena—: Tú mentiste para protegerme, de manera que eres mi cómplice. Es un lazo de unión entre nosotros, Richard, un lazo que nunca podremos deshacer —hizo una pausa y añadió—: Tenemos que seguir así, ponernos una máscara ante el mundo. Sólo nosotros sabemos la verdad…

Harland murmuró una palabra que era al mismo tiempo un juramento y una súplica.

—De no hacerlo así —siguió diciendo Ellen—, podría haber sorpresas e interrogatorios. Tenemos que simular que todo está como antes —viendo que él no

respondía, sonrió perversamente y añadió—: Lamento lo de Ruth. Pero consuélate. Podrás verla a menudo. Nos ha invitado a cenar el viernes en su nueva casa. Haré un esfuerzo por ir en bien vuestro.

Harland se levantó, se acercó a ella y dijo en voz baja:

—Si te atreves a ligar de nuevo mi nombre al de Ruth, te dejo para siempre.

Ellen le miró interrogativamente. Después sus ojos se llenaron de lágrimas, y, escondiendo la cabeza entre los brazos, dijo con desesperación:

—¡Es verdad! ¡Es verdad! ¡La quieres!

2

El pisito de Ruth estaba situado frente al río. Cuando Harland y Ellen llegaron había preparado ya unos cócteles. Sólo faltaba añadirles hielo.

—Tenemos *curry*, Ellen —dijo—. Con mucho arroz. Dick, espero que te guste el *curry*.

Harland asintió y miró a Ruth. No la había visto desde que Ellen había formulado su terrible acusación. Con el cabello en desorden y las mejillas rojas a causa de su labor en la cocina, estaba tan hermosa como siempre. Su belleza no era impresionante. No había en ella nada que despertase el sentimiento intenso, el apasionado afán, el loco impulso de luchar y el ansia de la posesión; nada de lo que Ellen le inspiró en otros tiempos. El amor —si es que en realidad fue amor lo que sintió por Ellen— era una aventura siempre excitante, un apetito eternamente insatisfecho. Y si esto era el amor, ciertamente no amaba a Ruth, ni podría amarla nunca.

La vio charlar con Ellen, servir la cena que ella misma había preparado rehusando toda ayuda, alegre, animada, esforzándose porque también ellos estuvieran alegres. El *curry* resultó perfecto. Tanto Harland como Ellen repitieron, y Ruth se sonrojó de alegría como toda cocinera cuando un plato suyo tiene éxito. Al fin no pudieron comer más. Se levantaron y ayudaron a Ruth a quitar le mesa. Una doncella se encargaría de todo lo demás. Ruth les enseñó el piso, y por fin se sentaron en un confortable saloncito.

—¡Tengo tantas cosas que hacer! —añadió—. Creo que lo mejor será que vendamos la casa, Ellen, suponiendo que se presente un buen comprador. He pensado que se podría transformar el pabellón en donde papá tenía su taller, para pasar allí los veranos. No está bastante apartado y en medio del bosque. Si no tienes ningún inconveniente, compraré tu parte.

Ellen accedió a todo.

—En ese pabellón trabajábamos papá y yo, pero no pienso volver a pisarlo. Y, a propósito —preguntó después—, ¿qué hiciste con las cosas del taller de la ciudad?

Ruth dijo que el Museo de Historia Nacional había aceptado algunos animales

disecados y los apuntes del profesor.

—En cuanto al resto —añadió—, lo envié a la Institución Morgan. No había nada de valor.

—Supongo que no les enviarías el arsénico —dijo Ellen riendo—. Seguramente no saben ni lo que es.

—¡Oh, no, claro que no! El arsénico lo arrojé al fuego. Primero se me ocurrió echarlo al sumidero, pero pensé que podía matar algún pez en el puerto pues a éste van a parar las alcantarillas —se echó a reír como si se burlase de sí misma, y añadió —: La verdad es que tuve muchísimo miedo hasta de tocarlo.

Les preguntó qué pensaban hacer durante el verano, y Ellen respondió que aún no habían trazado ningún plan.

—Es la primera vez en mi vida que no tengo nada que hacer —afirmó—. Richard trabaja toda la mañana en su despacho, y algunas veces hasta media tarde.

Al oírla, Harland no pudo menos de admirar su talento para inventar mentiras.

—Tal vez me decida a coleccionar animales, como hacía papá. El caso es que, según el doctor Patrón, ya no podré tener hijos.

Los ojos de Ruth expresaron un sincero dolor.

—¿De veras, Ellen? —preguntó mirando a Harland—. ¡Cuánto lo siento!

Harland seguía contemplando a Ellen como fascinado. Admiraba su maravilloso tacto, su habilidad en evitar toda curiosa pregunta para lo futuro.

—Tengo que buscar alguna distracción —siguió diciendo Ellen—. Y ese asunto lo conozco muy bien. Será fácil procurar una licencia de coleccionista en Massachusetts, y posiblemente en Maine. Las autoridades federales no me la negarán. Me conocen en muchos museos, y creo que darán todas las referencias necesarias.

—En el taller de Bar Harbor hay muchas cosas de papá. ¿Por qué no me acompañas y escoges lo que necesites? —preguntó Ruth—. Podríais ir los dos. O tal vez prefieras conservar el taller para ti.

Ella repuso con énfasis que no se veía con ánimos de trabajar allí.

—Pero podemos pasar una semana en tu compañía durante el mes de setiembre. Naturalmente, si puedo convencer a Richard para que abandone su trabajo por unos días —sonrió, mirando a Harland con aire de reto. Luego, añadió—: ¡Está siempre tan ocupado! ¿Qué dices, querido?

Harland accedió en tono indiferente, y antes de despedirse la visita había quedado decidida.

3

Ellen sufrió aquella noche una fuerte indigestión, igual que las que había tenido siendo niña. Sus gritos despertaron a Harland, que acudió a su lado.

—Lo siento —dijo ella excusándose—. Me duele mucho. Parece como si algo

ardiera dentro de mí.

Y siguió retorciéndose sobre el lecho, en el paroxismo del dolor.

—Debería estar acostumbrada y no quejarme, pero el dolor es más fuerte que yo.

Se estremeció y siguió quejándose. Harland quiso ayudarla a levantarse, pero todos sus esfuerzos resultaron vanos. Se sintió impotente, lo mismo que cualquier hombre en su lugar. Llamó a mistress Huston y después, siguiendo las indicaciones de Ellen, telefoneó al doctor Saunders.

—Conoce mis ataques —dijo Ellen—, y sabe perfectamente lo que hay que hacer.

Cuando llegó el doctor, parecía, en efecto, seguro de sí mismo. Lo primero que hizo fue ordenar a Harland que saliese de la habitación.

—No es muy agradable el espectáculo —dijo—. Si necesito algo, mistress Huston me ayudará.

Ellen pasó muchas horas con dolores, fatigas, vómitos y una sed insaciable. Por otra parte, su estómago no soportaba ni una cucharada de líquido. Cuando Harland pudo verla, quedó sorprendido. Estaba pálida y sudorosa; tenía las facciones contraídas y parecía casi desvanecida.

—Ya pasó todo —dijo el doctor—. Pronto se encontrará bien. Tendrá que estar dos o tres días a dieta. Sólo podrá tomar agua de cebada.

—He oído decir que ha tenido con frecuencia esos ataques.

—La conozco desde niña, y la he asistido varias veces por este motivo.

—¿Y a qué se deben, doctor? ¿Cuál es su diagnóstico?

—Supongo que se trata de intolerancia gástrica debido a una intensa alteración nerviosa. Su madre decía que Ellen tenía uno de esos ataques cuando no podía salirse con la suya. Claro que eso sucedía cuando era una chiquilla. Por entonces la cogí en muchas mentiras. Solía decir que se sentía muy mal cuando deseaba imponer su voluntad, lo mismo que muchas mujeres alegan un dolor de cabeza para conseguir algo de sus esposos. No obstante, este ataque no ha sido una excusa. Fue horrible. Creo que había comido *curry*, el cual es muy indigesto para las personas de estómago delicado.

Cogió el sombrero y añadió antes de salir:

—Piense, míster Harland, que Ellen lleva una temporada de gran tensión nerviosa. Creo que ahora se sentirá más tranquila. Dentro de ocho días estará perfectamente.

—Me ha parecido que se encontraba muy mal.

—Lo ha estado —convino el médico—. Se trata de una gastritis aguda o algo parecido.

—¿Es peligroso?

—Según y cómo. Siempre puede presentarse un colapso. Pero estoy seguro de que el peligro ha pasado ya. Se ha dormido y eso es buena señal. Volveré por la tarde. Si lo cree necesario, no vacile en llamarme antes. Pero no es la primera vez que la veo así. Además, ella se conoce muy bien, casi mejor que yo mismo.

Volvió aquella tarde y al día siguiente, y al fin dio de alta a la paciente, afirmando que podía levantarse en cuanto se sintiese con fuerzas. Ellen tardó una semana en bajar. Mistress Huston disfrutó cuidándola, y Ruth retrasó su marcha a Bar Harbor, yendo a diario a casa de los Harland para ayudar a mistress Huston, charlar con Ellen y tranquilizar a Richard.

—Sé lo que son esos ataques de Ellen —dijo a Harland—. Aunque ella lo atribuye a mi *curry*, otras veces los ha padecido sin comer. Lo que pasa es que Ellen es muy nerviosa y está en continua tensión. Llega un momento en que no puede más, y entonces estalla. Hay que pensar que ha sufrido mucho en los últimos meses —le cogió por un brazo y añadió emocionada—: Sé bueno con ella, Dick. Será su mejor medicina. Si es dichosa a tu lado, pronto se pondrá bien.

Ellen dijo algo parecido el día que Ruth partió para Bar Harbor, sólo que su tono resultó algo burlón.

—Lamento lo sucedido, Richard, pero siempre me ha pasado lo mismo. Si no obtengo lo que deseo me da un ataque. Alguien me dijo que son reflejos. Tal vez sea eso lo que tengo. Cuando no me salgo con la mía, el estómago refleja mi contrariedad. Si no quieres tener a tu lado a una esposa enferma, tendrás que esforzarte en ser muy amable.

Harland comprendió que aquél era un nuevo eslabón en la cadena que los unía. El secreto de la muerte de Danny los había convertido en cómplices. Tenía que portarse decentemente con ella. Intentaría ser más amable, más cortés.

Así transcurrió el mes de agosto. Al aproximarse la fecha de su visita a Bar Harbor, Ellen parecía mucho más animada. La noche antes del día fijado para la marcha, a la hora de la cena, estaba más bella que nunca. Como sabía que mistress Huston había cobrado por Ellen un repentino afecto, y que toda frase de encomio que se le dirigía a ésta la satisfacía mucho, Harland le dijo que estaba muy hermosa.

—Gracias, querido —respondió ella—. Supongo que será porque he pasado una tarde deliciosa.

—¿Dónde has estado? —preguntó Harland.

—En el Banco, contemplando mis bienes como un avaro. Me gusta ser rica, Richard. Además, tenía que hablar con míster Carlson —parecía incomprensiblemente misteriosa. Luego añadió—: ¿Te gustaría saber de lo que hemos hablado? Tal vez un día lo sepas.

—¿Quién es míster Carlson?

—El director del Banco en donde tenemos depositados los valores. Un encanto… Gruñón, desagradable… Creo que debe tener cien años. En cuanto me ve comienza a reñirme, y no acaba nunca. Fuma enormes cigarros, o, mejor dicho, los devora, y deja que la ceniza le caiga sobre el chaleco sin hacer nada por evitarlo. Siempre parece tener sueño. No le soy simpática, pero me da lo mismo. Yo le adoro. Es algo así como nuestro abogado (cuando digo «nuestro» me refiero a Ruth y a mí), y por eso fui a verle. He hecho testamento. ¿No te interesa? Pues debiera interesarte, porque te

menciono en él más de una vez.

—También yo debería hacer testamento —murmuró él pensativamente. Aunque no había publicado ningún libro desde su matrimonio, el éxito de *Tiempo sin alas* había despertado el interés por sus obras anteriores. Sus ingresos aumentaban de día en día. La adaptación a la pantalla de una novela suya le había proporcionado grandes beneficios, y como sus gastos personales nunca fueron exagerados y algunos valores que escogió al azar habían subido, estaba en camino de convertirse en hombre rico—. Me ocuparé de eso cuando regresemos.

—Te sentirás muy contento después de haberlo hecho —le aseguró ella—. Papá siempre nos aconsejaba lo mismo, pero no me decidí hasta que vi morir a mamá. De todos modos, he tardado demasiado. Menciónname en tu testamento, Richard, tal como he hecho yo contigo —hizo una pausa y añadió cariñosamente—: Hazlo, Richard. Será lo mejor. Haría valer mis derechos si intentaras deshacerte de mí.

—Nunca intentaré deshacerme de ti —dijo él gravemente—. Por algo somos marido y mujer.

—¿Hasta que la muerte nos separe? —preguntó ella con ternura—. Sólo que a nosotros no puede separarnos ni la muerte. Si muero, mi fantasma seguirá persiguiéndote, Richard. Lo tengo todo planeado —y añadió sonriendo—: ¿Recuerdas que la primera vez que me besaste afirmé que nunca te dejaría escapar? Pues lo dije en serio. Y sigo creyendo lo mismo. No suelo cambiar fácilmente de opinión, querido.

Su tono era casi burlón, pero Harland vio en sus ojos una expresión que no pudo descifrar.

4

Harland temía el viaje a Bar Harbor, pero al emprenderlo estaba Ellen alegre y animada como si entre ambos no se interpusiese un sombrío abismo. Hacía un tiempo espléndido y el aspecto del campo era maravilloso. Harland llegó a olvidar por un momento cuanto había sucedido entre los dos. Rió con ella y volvió a encontrarla encantadora. Discutieron el lugar donde se detendrían para almorzar. Ellen propuso llevar unos bocadillos y comerlos donde les apeteciese. Compró un pan, una lata de pollo, mantequilla, mermelada y una botella de leche, y cuando dejaron atrás Wiscasset detuvieron el coche cerca del mar, atravesaron un campo de rastrojos y buscaron refugio en una de las pequeñas bahías que se formaban en la costa rocosa. Se sentaron a la sombra de unos viejos robles, sobre el césped maravillosamente verde y se dispusieron a comer.

Habían olvidado los cuchillos.

—Pero eso, ¿qué importa? —dijo Ellen—. El pan está cortado, y en cuanto a la mantequilla, ¿tienes algún reparo en que la toque con los dedos?

—En absoluto —respondió él echándose a reír. Una vez untada la mantequilla, Ellen sacó el pollo de la lata y preparó unos bocadillos, que le fue ofreciendo alegremente.

—Están riquísimos —declaró—. Y ahora, encárgate tú de la leche.

Al abrir la botella, Harland apretó con demasiada fuerza y hundió el tapón de corcho. Un chorro de leche les saltó al rostro, y ambos soltaron la carcajada. Ellen limpió con un pañuelo las gotas que habían quedado sobre el traje de Harland y sobre su propio jersey. Luego preparó dos bocadillos más. De postre comieron pan con mermelada.

—Tendrás que arreglártelas solo esta vez. Tengo los dedos llenos de arena —dijo Ellen, y añadió—: ¡Cielos! ¿Qué haría la gente antes de que se inventase el cuchillo? Ponme un poco de mermelada en este pedazo de pan.

Al terminar, tenían las manos tan sucias que tuvieron que acercarse a la orilla para lavárselas. Ellen no tenía muchas ganas de continuar la marcha. Se tendió sobre el césped, bajo los robles, riéndose de él y de su prisa por partir.

—Me haces mucha gracia, Richard. Parece como si tuvieras miedo de que alguien nos sorprendiese —protestó—. Mira alrededor, querido, y verás que no hay una sola casa. Nadie puede vernos. No te comprometo en lo más mínimo.

Oyeron el ruido de una lancha motora que se acercaba.

—Yo no estaría tan seguro —dijo Harland—. Alguien se acerca.

—Échate a mi lado, y nadie te verá. A mí no pueden verme. Nos ocultará la misma playa.

La marea bajaba, y el lugar en que se hallaban quedaba bastante alto. Richard no obedeció hasta que la lancha se hizo visible. Ellen dijo:

—¡Pronto! Es absurdo que te vean solo sentado ahí. Comprenderán que una mujer ha de estar forzosamente contigo, y tal vez sospechen lo peor.

Harland sonrió y se tendió a su lado.

—Todo esto me recuerda nuestra famosa cacería de pavos —dijo Ellen. Y añadió —: Richard, ¿por qué no me besaste aquel día? Lo deseaba con toda mi alma.

—Calla —dijo él—. Pueden oírte.

Pero ella se acercó más y le abrazó.

—Dame un beso, Richard —le rogó. Y al ver que él continuaba inmóvil, añadió —: Si no me besas, empezaré a gritar. Te aseguro que mi voz es de una potencia que asusta. Creerán que me estás matando.

Él no tuvo más remedio que ceder. Ellen lo abrazó fuertemente, y su abrazo duró hasta que la lancha motora se alejó. Harland se apartó entonces y contempló la embarcación. Llevaba seis pasajeros, veraneantes sin duda.

—Deben dirigirse a Bath —dijo, fingiendo ignorar sus sentimientos y el acelerado latir de su corazón, y tratando de aparentar ante ella, y ante sí mismo, que no estaba emocionado por la proximidad de aquel cuerpo, por el aire cálido que soplaba por los campos y por el largo y apasionado abrazo. Ellen siguió silenciosa,

Harland se volvió y observó que le estaba mirando fijamente. Como el bote se veía aún, volvió a tenderse a su lado. Ella le cogió entonces la mano y se la llevó a la boca, besándola tiernamente. Luego la apoyó en su pecho y la apretó con fuerza, hasta que él, forcejeando, logró desasirse.

—¡Pero Richard! —dijo Ellen con leve tono de reproche—, ¡al fin y al cabo estamos casados! —Harland seguía silencioso, luchando por recobrar el dominio sobre sí mismo. Ellen añadió—: ¿Es que nunca volverás a amarme?

—Tenemos que marchar, Ellen.

—¿Es que no tienes… ni siquiera recuerdos? —preguntó ella en tono de reto. Harland se sentó y miró fijamente las aguas oscuras—. ¿No tienes ya nada que ofrecerme?

Richard habló al fin, no para vengarse ni para herirla, sino para poner en orden sus ideas.

—Recuerdo la noche en que vi tu mano sin el anillo de Quinton. Leí en tus ojos que podía casarme contigo si lo deseaba. Me marché a mi habitación y estuve meditando varias horas. Entonces decidí no casarme contigo.

—¿Eso decidiste? —dijo ella, riendo burlonamente.

—Sí. Fue sólo mi cabeza quien trazó ese plan —continuó Harland—. Pero aquel día en el desfiladero, o, mejor, aquella noche junto a la hoguera, algo se impuso a mi cerebro.

La miró casi con lástima, pero estaba decidido a poner en claro las cosas.

—Eres muy hermosa, Ellen, más que ninguna otra mujer. Por eso me hiciste olvidar aquel día los planes que mi cerebro había trazado.

—¿Por qué no olvidas ahora también?

—¿Me aceptarías aún en esas condiciones?

—Te aceptaría fuese como fuese. Aceptaría cuanto quisieras darme.

—No, Ellen —dijo él moviendo la cabeza—. No… Soy un ser humano… y un hombre, pero repito que no. Puede que un día llegues a vencerme. Pero será una victoria tan triste que quizá haya de ser calificada de derrota. Créeme… Sigamos así, viviendo como ahora. No me pidas más; si acaso lograras más de lo que ahora tienes, ten por seguro que seré todavía menos tuyo que hoy.

Ellen continuó tendida y su pecho se agitaba al respirar. Harland sintió que su pulso latía con más fuerza. ¡Sería tan fácil y tan dulce sucumbir! Pero sabiendo que después se despreciaría a sí mismo, resistió.

Ellen guardaba silencio, pero su silencio era su mejor arma y así lo comprendió Harland. Por eso dijo con rapidez:

—Entérate de una vez para siempre. Cuando pienso en lo que has sido capaz de hacer, te desprecio y te odio. Siento náuseas y ganas de vomitar. Y lo peor es que, a pesar de todo, aún te deseo. No debes esperar nada de mí. Te despreciaría todavía más si cediese. Déjame. Es la única manera de que conserve el respeto que me debo a mí mismo. ¡Por el amor de Dios, Ellen, déjame al menos eso!

Ellen permaneció unos segundos inmóvil y silenciosa. Luego se incorporó y le tendió una mano sonriendo, dispuesta a aceptar su decisión.

—Gracias, Richard —dijo con calma—. Ahora sé a qué atenerme. Sigamos, pues hacia Bar Harbor.

Reemprendieron la marcha. Harland se sentía algo culpable, y se mostró con ella atento y amable, riendo siempre que ella lo quiso.

No obstante, por nada del mundo hubiera aminorado la velocidad, como si en ella estuviese su salvación.

5

Ruth los recibió con alegría, conduciéndolos inmediatamente a su habitación. Ésta daba al mar, y tenía dos camas. Al verlas, Ellen no pudo menos de sonreír. Esperaba que él dijese algo, pero Harland se obstinó en permanecer callado.

Había sido fácil engañar a mistress Huston con respecto a las dos habitaciones, pues alegaron que mistress Harland dormía mal si lo hacía con otra persona, y la buena mujer, celosa de la salud de Ellen y sabiéndola delicada, asintió sin hacer objeciones. Pero a Ruth no iba a ser tan fácil convencerla, y Ellen se limitó a callar.

—Bajad en cuanto podáis —dijo Ruth—. Hace horas que os aguardaba. Mistress Freeman, la cocinera, está que echa chispas. Teme que la comida se estropee y que no pueda lucirse. De todos modos, tomaremos antes unos cócteles.

—Danos cinco minutos —dijo Ellen. Y Ruth salió, dejándolos solos. Ellen se acercó a él y dijo en tono burlón—: ¿Crees que podrás resistirlo? Si así no fuera, le diría a Ruth que me instalase en otra habitación.

—Nada de eso. Está bien así.

—No me gusta molestarte.

—Está bien así —respondió cortésmente.

Ellen se volvió de espaldas. Harland creyó que lloraba. Súbitamente se sintió culpable. Luego, al verla cepillarse el pelo ante el espejo, observó que sonreía y que le enviaba un beso con la punta de los dedos, y comprendió que había sido un estúpido.

Después de cenar tomaron café en la terraza. El atardecer era magnífico en la Bahía de Frenchman. Cuando se hizo completamente de noche, Ellen se levantó diciendo que iba a acostarse.

—Estoy cansada —dijo—. El viaje, el día al aire libre… Pero no tengas prisa, Richard. Quédate con Ruth.

Harland agradeció aquella prueba de consideración. Mientras hablaba con Ruth de cosas intrascendentes en la noche cuajada de estrellas, aspirando el perfume de las flores que subía del jardín, pensaba en Ellen intensamente. La imaginó desnudándose. Vio la escena que en otro tiempo había conocido de sobra. Pensó en su manera de

quitarse el vestido, tirando de él hacia arriba, y ocultando momentáneamente la cabeza. ¡Oh, aquel ademán! Solía contemplarlo acechando el momento en que su cabeza volvía a aparecer prisionera todavía entre los brazos para besarla fuertemente. Después la vio ponerse el suave camisón de seda, sentarse ante el tocador para cepillarse el cabello hasta dejarlo brillante, y, por último, quitarse las medias y colgarlas a los pies del lecho para que recibiesen allí, a la mañana siguiente, la primera caricia del alba. Recordó perfectamente el perfume que de ella emanaba, la fragancia de su pelo. ¡Parecía siempre tan pequeña y delicada dentro de su camisa de dormir!

Permaneció junto a Ruth más de una hora. Cuando entró en la habitación, Ellen estaba todavía despierta. Tenía la luz encendida.

—¿No puedes dormir? —preguntó Harland.

—No, pero he descansado perfectamente. El murmullo de vuestras voces me servía de arrullo.

Se dio cuenta de que ella le miraba intensamente, mientras cogía su batín y su pijama y se dirigía al cuarto de baño, pero preguntó en tono casual:

—¿Te importa que lea un rato?

—Nada de eso, Richard.

Se esforzó en concentrar su atención en el libro. Pero era difícil sintiendo los ojos de Ellen fijos en él. Sin embargo, no quiso mirarla. De pronto, Ellen dijo:

—Buenas noches, Richard.

—Buenas noches, Ellen.

Ellen se volvió de espaldas, y aunque Harland estaba seguro de que no dormía, no volvió a oír su voz. Al cabo de un rato dejó el libro a un lado y apagó la luz.

Le era muy difícil conciliar el sueño. Demasiadas dudas turbaban su mente. Era imposible para los dos pensar así toda la vida. ¿Por qué no tomar una decisión? ¿Por qué no confesar al mundo su fracaso y separarse, o si no, rendirse de una vez y recobrar aquellos momentos de delicioso éxtasis que sólo junto a ella había conocido?

El problema fue para él una obsesión en los dos días y las dos noches siguientes. Ellen no intentó con ningún pretexto atacar su fortaleza. Pero tanto por la noche cuando se retiraban, como por la mañana cuando se despertaban, Harland veía en ella una extraña actitud expectante, como si hubiese formulado una pregunta y ésta siguiese incontestada. No rogaba, tampoco se lamentaba. Simplemente se limitaba a aguardar.

Harland creyó que el asunto había quedado definitivamente resuelto durante su conversación en la playa. ¡Pero una decisión basada en palabras tiene a veces tan poco valor! Se daba cuenta de que tenía que rendirse —y si lo hacía era para siempre —, o bien huir, también para siempre, de su lado.

El tercer día estuvo a punto de capitular. Se despertó temprano, antes de amanecer, y contempló ansiosamente la mata de pelo oscuro extendida sobre la

almohada, muy cerca de él. Bajo la sábana adivinaba las familiares curvas de aquel hermoso cuerpo. Cuando por fin la aurora iluminó la habitación se dio cuenta de que ella le estaba mirando y que esperaba con la misma expresión sumisa que tenía últimamente. Era como si quisiera decirle con los ojos que ponía su vida entera en manos de él. Ambos sostuvieron la mirada durante un instante. Al fin, Ellen dijo sonriendo.

—Buenos días, Richard.

—Buenos días.

—Hará un día espléndido.

—Sin duda —asintió él.

Tenían proyectada una excursión para aquel día. Se proponían visitar la granja de Leick, situada al Este a dos horas del lugar. Llevarían la comida, pero Leick tendría preparados unos cangrejos.

—Magnífico día para nuestra excursión —siguió diciendo Harland.

Ella no respondió. Estiró sus blancos brazos sobre la cabeza y bostezó. Su ademán fue delicioso. Después lo miró… y esperó. Harland sintió que el deseo le embargaba. Atravesó el breve espacio que separaba los dos lechos, se inclinó sobre ella y la beso. Ellen correspondió a su beso con frescos labios.

—Pero, Richard, ¿qué es eso? —dijo—. Tendré que darte las gracias. Hace tiempo que no me besabas sin que te lo pidiera.

Se echó a reír. Al hablar, su voz parecía enronquecida.

Harland quiso reaccionar. Dio un paso atrás, como si estuviera ante un precipicio y se detuviese junto a la orilla por miedo de caer. Se acercó a la ventana y contempló el mar. Sintió como si unas manos fuertes y poderosas le arrastrasen de nuevo hacia el lecho en que Ellen reposaba, y estuvo a punto de abandonar la lucha, de acercarse y declararse vencido.

Pero en aquel momento algo que apareció sobre las aguas llamó súbitamente su atención. La cabeza oscura de una foca surgía entre las olas; en la distancia parecía una cabeza humana. Junto a ella, muy cerca, se divisaba la blanca embarcación de un pescador que sin duda había anclado allí desde el amanecer para pescar langostas. La foca se acercó al bote sumergiéndose en el agua unas veces y surgiendo de nuevo al poco rato.

Harland no pudo evitar que los recuerdos asaltasen su mente. Se vio a sí mismo en el Cerro de la Luna, sobre un montículo, contemplando con unos gemelos otro bote pequeño y blanco desde donde Ellen miraba al lago. La cabeza de Danny aparecía y desaparecía entre las aguas, como la foca, y al fin se hundió para siempre.

Tomó una rápida decisión. Se volvió bruscamente hacia Ellen y dijo:

—Esto no puede continuar, Ellen. Hemos de poner fin a esta situación. Tengo que apartarme de ti para siempre. ¡Tengo que dejarte!

Después de un momento que a ambos se les antojó muy largo, Ellen dijo haciendo una mueca burlona:

—Bueno, Richard, no hay necesidad de que lo tomes tan a pecho. Sigo opinando que hemos tenido suerte. Hace un día magnífico para ir de excursión.

6

Como no tenían prisa, tomaron la carretera de Ellsworth, pasando por Sullivan y dejando atrás la playa de la Bahía de Frenchman, hasta llegar a Cherryfield. El tiempo era espléndido. Ellen nunca había estado tan animada. Gozaba de la belleza de cuanto la rodeaba: el mar, la playa, las montañas lejanas, el cielo brillante…

Por unos atajos llegaron a la casa de Leick. La granja, situada muy cerca del mar, había pertenecido a sus padres, y como éstos habían muerto hacía tiempo, cuando Leick no trabajaba en el bosque o acompañaba a los Harland vivía allí completamente solo. Salió a su encuentro para darles la bienvenida, y luego los invitó a entrar. Harland conocía la casita desde la infancia, pero no así Ruth y Ellen, quienes deseaban verla y admirarla.

Pensaban comer en la playa, a media milla de distancia. Leick tenía preparados unos cangrejos en una caja de madera llena de hielo. Cogió un recipiente para hervirlos y emprendieron la marcha hacia la rocosa playa. En un recodo vieron una pequeña escollera construida con peñascos y vigas de madera.

—¿Habéis visto? Una escollera —dijo Ellen—. ¿Quién la hizo, Leick? No se ven casas por aquí.

—Yo mismo —repuso el leñador.

—¿Hasta dónde llega?

—Hasta el nivel de la marea baja.

—¡Cuánto trabajo para nada! —exclamó Ellen—. ¿Por qué la hizo?

Leick llenó la olla de agua salada y la colocó sobre dos piedras. Luego encendió el fuego y repuso en tono irónico.

—No lo sé exactamente. Sólo sé que me gusta de vez en cuando contemplar mi obra. Me agrada pensar que persistirá después de mi muerte.

Ellen se echó a reír, pero Harland vio que se mordía los labios. Ruth dijo comprensivamente:

—Desde luego. A todos nos gusta dejar, si podemos, huellas de nuestro paso por el mundo.

—En efecto, señorita —repuso Leick—, aunque no sea más que una escollera que no sirva para nada.

Ellen dijo de pronto:

—Ven conmigo, Ruth. Quiero dar un paseo.

Ambas desaparecieron. Leick siguió atizando el fuego. Luego dijo que Ellen tenía muy buen aspecto. Harland repuso:

—Sí. Estuvo mal del estómago hace poco, pero ahora se encuentra muy bien.

Siguió una larga y extraña pausa. El agua comenzó a hervir, y Leick se apresuró a echar en ella los cangrejos. Ellen y Ruth no tardaron en aparecer.

En la magnífica cesta que Russ Quinton le había regalado a Ellen en otra ocasión había llevado Ruth ensalada de patatas, bocadillos de mantequilla, buñuelos de chocolate helado y los termos llenos de café. Cuando los cangrejos estuvieron cocidos, Ruth preparó una salsa compuesta de manteca derretida, zumo de limón, sal, pimienta, mostaza y unas gotas de salsa de Worcestershire. Con piedras rompieron el caparazón de los cangrejos, y con los dedos y los dientes sacaron la parte comestible. Brillaba el sol, y todos parecían muy dichosos. Al sacar los termos, Ruth dijo desolada:

—Me olvidé de traer el té para Leick. Pero hay bastante café, por si le apetece.

—No me gusta —dijo Leick—, pero no se preocupe. Nunca tomo té a esta hora, excepto cuando estoy en el bosque.

Ruth sirvió el café en tazas de papel.

—Toma tu azúcar, Ellen —dijo, y sacó un sobre de la cesta—. Sé que Dick lo toma sin azúcar, como yo.

Ellen cogió el sobre y lo guardó en el bolsillo de su amplia y suave chaqueta de gamuza.

—No me sirvan aún el café. No he terminado todavía —dijo.

Transcurridos unos minutos rogó a Ruth que lo sirviese, y sacando el sobre del bolsillo se puso ella misma el azúcar. Cuando hubieron terminado, se levantaron y arrojaron al fuego las servilletas, las tazas y los platos de papel. Después se tumbaron sobre la mullida arena, para gozar del agradable sol de setiembre y contemplar las olas que rizaban la superficie del mar.

Leick y Harland limpiaron la olla con jabón y arena. Luego Harland llenó su pipa y se sentó. Hablaron poco. Leick dijo que pensaba ausentarse, pues tenía trabajo para el invierno en los bosques del Norte.

—Dos o tres días más, y no me hubiesen encontrado aquí. Han venido a tiempo —dijo.

Así transcurrió la agradable tarde. Al fin, el sol comenzó a ponerse, y Harland creyó llegado el momento de regresar. De pronto, Ellen se incorporó y le dijo a Ruth algo en voz baja y turbada. Harland no pudo comprender lo que decía, pero le alarmó el simple sonido de su voz. Se levantó y se acercó a ellas. Ellen le miró y dijo con el rostro contraído:

—¿No te parece estúpido, Richard? Me siento mal otra vez… —antes de que él pudiera responder, se retorció apoyando ambas manos en el estómago y gritando—: ¡Oh! ¡Oh! Parece como si hubiera tragado fuego, o como si hubiesen encendido una hoguera en mi interior.

Ruth se arrodilló a su lado.

—Llevémosla a la casa, Dick —dijo—. Será mejor acostarla.

Ellen siguió gritando y lamentándose. Harland y Leick formaron un asiento

entrecruzando las manos, y de este modo emprendieron el regreso.

Ellen se abrazó al cuello de los dos hombres. Al principio iba erguida, a pesar de lo cual Ruth la sujetaba por detrás. Ni un solo momento dejó de quejarse. Al fin, su malestar creció hasta el punto de que pidió que la bajaran. Estaba mareada. No podía resistir más. La acostaron en el suelo, donde siguió retorciéndose de dolor. Cuando éste se hizo menos agudo, apoyó la cabeza en el pecho de Ruth.

—Buscaré algo para conducirla —dijo Leick. Y se alejó hacia su casa.

Ellen siguió vomitando, y al fin pudo decir entrecortadamente:

—Esto es terrible, Ruth. Estoy ardiendo por dentro. ¡Dadme algo de beber!

—Tranquilízate, querida —dijo Ruth—. Pronto te sentirás bien.

—¡Agua! —gritó Ellen.

Harland se dirigió velozmente hacia la casa para buscarla, pero Ruth le llamó.

—Es inútil. Su estómago no soportaría ni el agua. Esperemos a Leick. Tenemos que acostarla.

Ellen sentía que todo daba vueltas alrededor; tenía el rostro cubierto de sudor y los labios amoratados y entreabiertos. Harland la miró emocionado, notando que renacía en él la ternura que en otro tiempo había sentido por ella y reprochándose lo sucedido últimamente entre los dos. Leick regresó llevando trabajosamente sobre los hombros una puerta que había sacado de sus goznes, y bajo el brazo una almohada y unas mantas. La colocaron sobre aquellas improvisadas angarillas, la taparon y la condujeron a la casa de Leick, donde la acostaron en el amplio lecho que había pertenecido a los padres de éste.

—Avise a un médico, Leick. Es imprescindible. Entretanto, la desnudaremos y la pondremos cómoda.

—Bien, señorita —dijo Leick—. Llamaré al doctor Seyffert. Como no tengo teléfono, iré personalmente.

—Coge el coche —dijo Harland, y Leick le obedeció precipitadamente.

Harland y Ruth desnudaron a Ellen. De cuando en cuando tuvieron que interrumpir su tarea porque se lo impedían los espasmos de ella. Ruth halló en un cajón una antigua camisa de dormir que había pertenecido a la madre de Leick. Se la puso a Ellen y luego le dio un poco de agua, que no llegó siquiera a tragar. Su estado oscilaba entre el letargo y el dolor, y a veces parecía desmayada.

Se hizo de noche. Harland buscó unas luces y las encendió. Así aguardaron la vuelta de Leick.

—El doctor vendrá en seguida —dijo Leick al entrar—. He tenido que buscarle por todas partes. Me costó trabajo dar con él. Estaba en casa de Pitcher, al otro lado del pueblo. ¿Cómo sigue la enferma?

—Bastante mal —dijo Harland—. He presenciado otros ataques de esta clase, pero nunca la vi tan mala.

—Pueden quedarse aquí a pasar la noche —dijo Leick—. Hay sitio de sobra. Yo mismo prepararé la cena.

—No tenemos otro remedio —repuso Harland—. Es imposible moverla por ahora.

Se sentó junto a Ellen. Sus ojos se encontraron. Por un momento pareció que iba a hablar. Pero se mordió los labios como arrepentida. Volvió hacia el otro lado la cabeza y cerró los ojos. Al oír su jadeante respiración, Harland se sintió angustiado. Se acercó a Ruth, que dijo para tranquilizarle:

—No te preocupes. Se pondrá bien en cuanto la vea un médico.

El doctor Seyffert llegó al fin. Era muy alto y huesudo; tendría aproximadamente unos cincuenta años, y ejercía su profesión en el pueblecillo, con un sueldo fijo que le pagaban a modo de subsidio. Estaba acostumbrado a cuidar ancianos, viejas y niños, y a tratar enfermedades simples, de los riñones o del corazón. Leick le había hablado ya de lo que tenía Ellen. Cuando se acercó a ésta dijo con la recia voz que le caracterizaba:

—Ya es hora de que ustedes, los veraneantes, se den cuenta de que es una imprudencia comer cangrejos, y después helado. Tal vez uno de esos cangrejos no fuera muy fresco. Quizás estuviese en estado de descomposición, cargado de tomaína. Pronto desaparecerá todo eso. Bastará con un poco de mostaza y de clara de huevo.

Aprovechando un momento de calma en sus sufrimientos, Ellen dijo mirándole con ojos inexpresivos:

—A Leick no le gustará que hable usted así de sus cangrejos, doctor —e intentó sonreír.

—¡Ah! Conque no le gustará, ¿verdad? —exclamó bruscamente el doctor—. Pues que se fastidie. Le guste o no le guste, es la verdad.

—Tal vez no hayan sido los cangrejos, doctor —se atrevió a decir Harland—. Mi esposa ha padecido con anterioridad ataques parecidos a éste.

—Quizá sea una alergia —dijo el doctor dándose importancia. Se quitó la americana, se arremangó la camisa y añadió—: En fin, no importa… La curaremos con un vómito.

Y se dirigió a la cocina para preparar cuanto necesitaba.

—No me inspira mucha confianza como médico —murmuró Ellen.

Harland le acarició la mano, y Ruth dijo amablemente:

—No te preocupes, querida. Estoy segura de que te curará.

Ellen volvió la cabeza de un lado a otro, para mirarlos a los dos. Después preguntó en un murmullo:

—Haréis todo lo posible por salvarme, ¿verdad?

La ironía de su tono fue para Harland como una puñalada.

En aquel instante, el doctor entró de nuevo en la habitación.

—Ahora veremos —dijo bruscamente.

Durante las horas que siguieron, mientras Leick permanecía en la cocina, y Ruth paseaba nerviosamente por la habitación, Harland no se movió del lado de la

enferma. Sentía todos los dolores que ella experimentaba. Al ver ensombrecida su belleza deseo ardientemente haberse mostrado más cariñoso aquella mañana. Ellen sudaba sin cesar y tenía el rostro casi amoratado. Su respiración era cada vez más difícil. El doctor le administró una serie de vómitos que no hicieron sino aumentar su malestar, sus convulsiones y sus lamentos. Harland preguntó al fin si creía que el tratamiento era adecuado. Pero el doctor no le dejó terminar la frase.

—Es un envenenamiento y hay que curarlo de algún modo —se limitó a decir—. Si no elimina el veneno está perdida.

—¡Veneno!

E hizo un esfuerzo para erguirse y seguir hablando. Pero no pudo lograrlo y se desplomó…

El doctor lamentó que aquel colapso no le permitiera seguir ingiriendo los medicamentos que le preparaba. La enferma ni siquiera podía rechazarlos. En cuanto a él, estaba casi tan exhausto como ella. Todos miraban a Ellen. Ésta, con los ojos cerrados y los labios entreabiertos, seguía respirando con dificultad. Harland murmuró unas palabras, pero ella se limitó a hacer un leve movimiento con la cabeza y no respondió. Harland le dijo al doctor:

—Estoy seguro de que nada tienen que ver los cangrejos en todo esto. Se trata de uno de sus ataques habituales. Su médico de cabecera afirma que es un caso de intolerancia gástrica debido a una excitación nerviosa. También lo ha calificado de gastritis semiaguda.

—¿Semiaguda nada más? —refunfuñó el médico—. Yo la llamaría agudísima.

Harland comprendió que estaba desorientado. Pero le vio sonreír, como quien recobra el ánimo de pronto. Luego dijo alegremente:

—En todo caso, no importa. La curaremos. Otros más graves que ella se han salvado.

Harland lamentó no disponer de un médico más eficiente, pero era medianoche, e ir a buscar un doctor a Bar Harbor, a Ellsworth o a Bangor era una locura. Recordó que, según muchos, los médicos de pueblo entienden bastante más que los especialistas de moda. Además, para tratar un caso de indigestión no era necesario ser una eminencia.

Pasaron las horas, y Ellen fue empeorando en vez de mejorar como parecía lógico. Harland lo olvidó todo a fuerza de sufrir por ella, que estaba casi en estado comatoso y tenía el cutis extremadamente oscuro.

Durante sus convulsiones contraía la boca, y de sus labios surgía una saliva espesa y oscura. Al fin pareció quedarse dormida.

Ruth dijo esperanzada:

—¡Magnífico! Cuando despierte estará mejor.

Pero Harland, al mirar al médico, vio algo en su expresión que le alarmó. El aspecto de la enferma, su color y su entrecortada respiración contribuyeron también más a acrecentar su inquietud.

Ninguna mujer tan pequeña y delicada como Ellen hubiera soportado tales sufrimientos. Sentado en su lecho, Harland pensó en sus patéticos esfuerzos por conquistarle y conseguir su perdón. El doctor Saunders, que tan bien la conocía, había dicho que una contracción, una alteración nerviosa o un esfuerzo mental podían ocasionar fácilmente un ataque. ¿Y si él se hubiese rendido? ¿Si hubiera accedido a sus deseos aquel día, bajo los robles de la playa? En este caso, tal vez Ellen no estuviese enferma, moribunda…

Súbitamente se dio cuenta de que no había remedio, de que iba a morir. Ruth pareció también comprenderlo. Llamaron al doctor, que estaba en aquel instante en la cocina. El buen hombre comenzó otra vez a preparar medicamentos, y Harland dijo:

—Creo que todo eso huelga, doctor. Déjela tranquila.

Poco después, Ellen había dejado de existir.

Al darse cuenta de lo que acababa de suceder, el doctor Seyffert tosió ligeramente.

—En fin —dijo—, no había remedio.

Sus palabras sonaron graves y solemnes en el silencio de la tranquila habitación.

—No pudimos hacer más por ella —añadió el doctor—. Es un caso de gastritis aguda, y así lo haré constar en el certificado de defunción —hizo una pausa, como si esperara que alguien lo contradijese, pero al ver que Ruth y Harland continuación en silencio, añadió—: Si estaba delicada del estómago y había tenido otros ataques parecidos, opino que fue una terrible imprudencia comer cangrejos, mariscos o cualquier otra cosa igualmente dudosa. Fue una locura —nadie le respondió. El buen hombre siguió diciendo con el ceño fruncido—: Lamento no haber podido salvarla. Estoy seguro de que hice cuanto fue materialmente posible. Si lo dudan, si desean hacer preguntas, podemos consultar con quienes quieran.

Como sus palabras exigían una respuesta, Ruth se decidió a hablar.

—¡Oh, no, doctor! —dijo—. De nada serviría ya una consulta.

Se inclinó y hundió la cabeza en el lecho donde yacía Ellen. El doctor Seyffert miró a Harland desafiadoramente.

—Opino lo mismo, doctor.

¿Qué importaba todo lo demás? Ellen había muerto. Tal vez si hubiera acudido a tiempo a otro médico la habrían salvado. Pero ya todo era inútil. De nada servían reproches ni dudas.

—Estoy seguro de que hizo usted cuanto estaba en su mano. Se lo agradezco mucho.

El doctor Seyffert saludó inclinándose y salió dejándolos solos con Ellen. Durante un momento oyeron todavía su voz recia, charlando con Leick en la cocina.

7

La tragedia dejó a Harland anonadado. Se sentó en la cocina, con el rostro entre las manos y los brazos apoyados en las rodillas, mientras Leick y Ruth se cuidaban de los desagradables trámites que siguen a una muerte.

A media mañana, Ruth le convenció para que descansase un rato. Medio dormido creyó oír el rumor de un coche en el exterior y varios ruidos en el cuarto donde yacía el cadáver de Ellen, pero, a pesar de ello, no se movió. Cuando Ruth le despertó más tarde, no supo en principio dónde se hallaba ni recordaba lo que había sucedido.

—Se han llevado a Ellen, Dick —dijo Ruth dulcemente—. Tenemos que irnos nosotros también… Vamos a Boston. Leick nos acompañará hasta Bangor, para que podamos coger el tren, de modo que lleguemos a casa al mismo tiempo que ella.

Harland accedió a todo. Admiraba y agradecía la fortaleza y la seguridad de Ruth. Deseaba confiarse a ella, explicarle la verdad que atormentaba su mente. De no haber sido por su actitud intransigente, Ellen hubiera vivido aún. Hermosa, sonriente, enamorada… «Hubiera tenido que acabar perdonándola —pensó después—. Habría sucumbido. Me amaba, y era tan hermosa, tan hermosa».

Su pena era desgarradora. El dolor y la desesperación le hacían sentirse responsable de todo lo sucedido.

Ciertamente, le hubiese gustado explicar a Ruth todo aquello. Pero era imposible confesar a nadie la verdad. La confesión hubiera sido una cobardía, algo bajo e indigno. Tenía que expiar solo su crimen. No obstante, Ruth debió de adivinar algo, pues a la mañana siguiente, en Boston, dijo como queriendo tranquilizarle:

—Ellen fue muy dichosa a tu lado. Dick. ¡Hiciste tanto por su felicidad!

Harland se mordió los labios, como si pudiera con su gesto frenar la confesión que acudía a ellos. Luego dijo:

—Creo que nadie podría ser tan dichoso como lo fuimos nosotros en el Cerro de la Luna.

—Lo sé —afirmó Ruth—. Ella misma me lo dijo hace pocos días. Hablábamos de nosotros tres. Ellen decía que nuestras vidas volvían paulatinamente a su cauce normal. Dijo que era muy dichosa, pero que nunca volvería a ser tan feliz como durante el pasado verano, a tu lado, en el Cerro de la Luna.

A Harland le pareció oír el tono irónico de Ellen al pronunciar esas palabras. Después, Ruth añadió:

—También me dijo que le habías prometido llevar sus cenizas allí.

—¿Sus cenizas? —preguntó—. ¿Al Cerro de la Luna?

—Sí, sus cenizas —respondió Ruth, atónita al ver su evidente sorpresa—. ¿Lo habías olvidado? Dijo que te lo pidió durante unos momentos de dicha intensa. Que te obligó a prometérselo estando en la pequeña loma que domina el lago.

Una ráfaga de recuerdos dulces, punzantes y hermosos envolvió a Harland. ¡Había sido un momento tan bello! Estaban solos él y Ellen, mientras Danny dormía. El tiempo era magnífico; el cielo, profundo como la misma eternidad. Por sus venas

corría su sangre ardiente y juvenil. Recordó que Ellen, antes de volver a la cabaña, se había puesto en pie, con los brazos abiertos y extendidos, como si quisiera abarcar desde aquel punto elevado la belleza suprema que les rodeaba. Recordó sus palabras: «Richard, Richard, ¡qué bello es todo esto!».

Recordó también su propio terror al oírle formular el ruego a que Ruth se refería en aquellos momentos. Con los ojos de la imaginación la vio tal como entonces, y asintió:

—Sí, Ruth; lo recuerdo perfectamente.

Cumpliría en lo futuro la promesa que había estado a punto de olvidar.

Fueron juntos a Bangor, hasta donde las condujo Leick. Éste llevó el coche de Harland a Boston, pues Richard no pensaba volver a Maine. En consecuencia, regresaron en tren hasta Bangor, y allí se separaron. Leick iba hacia el Norte, para talar una región de abetos e instalar allí un depósito de madera. Tenía que remontar el río.

—Jed Hatcher, que es vecino mío, cerrará mi casa y cuidará de que nada falte de ella —afirmó—. Le pondré una postal.

Después, tras despedirse de Leick, Harland tomó un avión y cruzó los cielos, describiendo círculo tras círculo sobre las azules aguas del lago familiar.

El día era claro y sereno. El otoño recién iniciado ponía su suave nota de color en el verde bosque y en las granjas que fueron dejando atrás. Se elevaron hasta alcanzar una altura de muchos miles de pies. Al llegar al lugar preciso, Harland esparció las cenizas de Ellen, y al ver con qué facilidad se escurrían por entre sus dedos, deseó lanzarse él también al vacío. Sin poder evitarlo, y porque la deseaba intensamente después de haberla perdido, un recuerdo acudió a su mente. Vio a Ellen describiendo círculos en lo más alto de la pradera de Nuevo México, adonde llevó las cenizas de su padre para esparcirlas en el lugar que adoró. Así también Harland, con su perdón magnánimo, situaba a Ellen para siempre en su Cerro de la Luna.

Cuando hubo esparcido la última partícula de polvo, Harland se resistió a marchar.

¡Sería tan hermoso, tan consolador, arrojarse él también del avión, y, como una hoja al impulso del viento, danzar en el aire y hundirse en las azules aguas de aquel lago, en dónde Danny y Ellen le darían cariñosa bienvenida!

Pero aquello sería una cobardía.

Hizo al piloto una leve señal, y volaron de nuevo hacia el Oeste, para volver al mundo.

Capítulo XI

1

Durante los días que pasaron juntos en Bar Harbor, Ellen se mostró con Ruth más cariñosa y amable que nunca. Después de muerta Ellen, Ruth pensó que jamás habían estado tan cerca la una de la otra. Ellen incluso parecía buscar su compañía. En cierta ocasión en que Harland se fue solo hasta la cima con el «Cadillac», Ruth, sentada junto a la ventana de su habitación, vio que Ellen se acercaba por el jardín. Sin duda había estado en el taller que había pertenecido a su padre. Ambas pasaron una tarde deliciosa. Ellen seguía opinando que Ruth podía hacer lo que quisiera del pabellón.

—Si en realidad me decido a continuar el trabajo de papá, ten por seguro que no lo haré aquí, sino en otro taller cualquiera que yo misma me encargaré de instalar. No me gusta siquiera entrar en él. Vengo ahora de allí, de hacer una prueba, y sigo creyendo que no me veo con ánimos.

Casi siempre acababan hablando de Harland. Ellen dijo que su extraña actitud —que incluso Ruth había podido observar— se debía a una tristeza profunda producida por la imposibilidad de tener descendencia en lo futuro.

—Siempre ha deseado tener un hijo —solía decir, y Ruth no tenía más remedio que asentir.

—Verdaderamente, es muy triste que no puedas tenerlos, Ellen, pero Dick hallará en ti muchas compensaciones, las suficientes para olvidar toda amargura.

—¡Oh, claro que sí! He de poner en ello todo mi empeño —convino Ellen en voz baja y anhelante, como si hablase consigo mismo—. ¡Fuimos tan felices en el Cerro de la Luna!

Al hablar de la serena paz de aquellos días dichosos, sus ojos se nublaron.

—Por regla general no estábamos solos. Danny nos acompañaba. Era muy bueno y le queríamos mucho… Pero entre Richard y yo parecía existir siempre un secreto que nos unía misteriosamente. Si nos mirábamos a los ojos, una especie de corriente eléctrica nos sacudía. Pero había también otros momentos en que podíamos marchar juntos al bosque, a la loma que servía de mirador, o a la playa situada al extremo del lago. Entonces era como si tañesen todas las campanas del mundo, como si el aire, la tierra y el cielo dejasen oír la misma deliciosa música —Ellen miró a Ruth con ojos maliciosos y continuó—: Tal vez no debiera contarte estas cosas. Puede que no me entiendas… —pero Ruth sonrió, y Ellen siguió hablando como si lo hiciese consigo misma—: Un día en que nos hallábamos en la loma de que antes te hablé fui feliz a su lado. Muy feliz… Tanto, que en un momento la vida, la muerte y nuestro propio amor parecieron unirse para no formar más que una sola cosa. Le hice prometer que a mi muerte (no creo vivir mucho tiempo, y, además, no me interesa; no quiero envejecer) llevaría mis cenizas a ese lugar. Cuando llegue la hora recuérdale su promesa, Ruth. No dejes que la olvide… De olvidarla, ten por seguro que mi

fantasma os perseguiría incesantemente —añadió riendo.

Después de haber cumplido la última voluntad de Ellen con respecto a sus restos, Harland volvió a Boston.

Inmediatamente se encaminó al pisito de Ruth. La encontró desayunándose. Ella le preparó unos huevos y una taza de café, y después charlaron extensamente, del pasado y del futuro.

—Ruth —dijo Harland de improviso—, he venido a decirte que me voy de viaje.

Se detuvo súbitamente. Ruth se dio cuenta de que tenía necesidad de confiarse a ella.

—No me es posible seguir aquí ni en ninguno de los sitios donde he vivido con Ellen. Tengo que ver lugares desconocidos, tratar seres que nunca he tratado. Soy como… como un pobre perro viejo y enfermo. Quiero estar solo —añadió moviendo la cabeza, triste y aturdidamente.

—¿Vas a estar fuera mucho tiempo?

—No lo sé —repuso él—. Ni siquiera sé adónde voy. Creo que iré a Londres o a París. Quizá pase el invierno en Italia y la primavera en Inglaterra. Hasta que tenga más ánimos y pueda trabajar —después dándose cuenta de que ella también tenía sus problemas, preguntó—: Y tú, ¿piensas seguir aquí?

—Desde luego —respondió Ruth—. Puesto que tengo que rehacer mi vida, vale más que lo haga en un ambiente que al menos me resulte familiar.

—Creí que me aconsejarías lo mismo a mí.

—No, no, Dick, nada de eso. Creo que haces muy bien marchándote —repuso ella, que no quería influir sobre él en lo más íntimo.

—Salgo el martes para Nueva York —dijo él en tono impersonal—. Es decir si tú no mandas lo contrario.

—No, Dick. Sigo opinando que haces muy bien marchándote —respondió Ruth.

2

Harland partió. Una o dos semanas después de su marcha, Russ Quinton, que estaba en Boston por asuntos de su carrera, fue a visitar a Ruth. Por lo muy ligado que estuvo siempre a su vida pasada, ésta se alegró sinceramente al verle.

Estaba un poco más grueso y un poco más calvo, pero tenía el mismo personalísimo modo de andar —con los pies planos, como un pato— e igual sonrisa, pronta y amable.

—Vine a saludarla. Ya sabe cuánto apreciaba y respetaba al profesor Berent.

—Y yo me alegro mucho de verle.

—Lamento no haber podido venir a raíz de la muerte de Ellen. Estaba fuera y sólo lo supe a mi regreso. Sentí una pena horrible.

Ruth se limitó a asentir.

Russ siguió preguntando:

—Y míster Harland, ¿dónde está?

—De viaje. ¡Estaba tan impresionado!

—Me gustaría escribirle unas líneas expresándole mi pesar por lo sucedido.

—Ni él mismo sabía dónde iba. No dejó dirección. Tal vez esté en Londres o en París… No se trazó ningún plan…

—¿Cree que volverá algún día?

Era la misma pregunta que ella se hacía. Contestó rápida:

—Creo que sí, que volverá un día u otro.

—Un novelista debe tomar las cosas más a pecho que el resto de los mortales, ¿verdad? —dijo Quinton pensativo. Luego añadió—: Alguien me dijo el invierno pasado que Ellen iba a tener un hijo.

Ruth se dio cuenta de que su frase equivalía a una pregunta. Por eso se apresuró a responder:

—Sí, pero abortó. Fue en primavera.

—¿De veras? ¡Cuánto lo siento! La verdad es que el pobre Harland tiene una racha de mala suerte. Primero su hermano, después el niño, y por último su mujer.

Una ola de recuerdos envolvió a Ruth. No obstante, siguió escuchando.

—He hablado con el doctor Seyffert. Dice que Ellen padeció muchísimo. Comprendo que para usted no sería muy agradable verla soportar tanto.

Ruth se limitó a asentir. Sentía un nudo en la garganta que no le permitía hablar. No sólo por la angustia que sentía pensando en Ellen, sino porque comenzaba a enojarse, sin poder evitarlo, ante la insistencia de Quinton.

—Por si fuera poco, perdió también a su madre.

—Sí, a mamá también.

Interiormente hizo votos porque Quinton se marchase y la dejase sola de una vez. Pero él siguió recreándose en la tragedia pasada. Hay personas que sienten un goce morboso comentando las miserias humanas.

—El doctor Seyffert dijo que nunca había presenciado una muerte como la de Ellen.

—Ellen padecía del estómago desde que era niña. Había tenido varios ataques graves.

—Sí, eso dijo el doctor. De todos modos, creo que la culpa es de Leick. Debió asegurarse de que los cangrejos no estaban en mal estado.

—No creo ni una palabra de eso —declaró Ruth—. Ellen no estaba fuerte todavía. Había tenido un ataque parecido hacía muy poco. Supongo que no pudo resistir el segundo.

—¿No cree que pudo deberse a… la comida?

—¿Por qué? Comió lo mismo que nosotros —dijo Ruth moviendo nerviosamente la cabeza—. Bueno, para ser exactos, bastante menos que nosotros. Ellen nunca comía mucho. Nosotros, en cambio, estábamos hambrientos.

—No querrá decir que comieron todos del mismo cangrejo.

Ruth le miró asombrada. Comenzaba a hallar enojosa su insistencia. Sin embargo, respondió cortésmente:

—Claro que no. Pero Ellen tampoco se comió uno entero. Dejó un poco, que nos repartimos los demás.

—¿Y nadie se sintió indispuesto?

—No. Estoy segura de que no fue la comida, sino su estado, su propia debilidad.

Ansiosa de terminar el interrogatorio, y deseando al mismo tiempo complacerle, dijo:

—Ahora recuerdo que tomó algo que nosotros no probamos. Azúcar en el café. Míster Harland y yo acostumbramos a tomarlo amargo. Y a Leick no le gusta el café —sonrió de lo absurdo de sus propias palabras y añadió con una sonrisa—: No irá usted a creer que el azúcar pudo hacerle daño, ¿verdad?

—No sé… Pero, dígame, ¿es cierto que míster Harland ordenó la incineración?

—Sí, ella lo había pedido.

—¿Y es verdad que esparció las cenizas en determinado rincón del Cerro de la Luna desde un aeroplano?

—¿Cómo? ¿También sabe usted eso? —preguntó ella asombrada.

—Naturalmente. Se ha comentado mucho. ¡Es tan original! —y añadió sonriendo —: Además, ya sabe usted cómo es la gente de Maine. El caso es que me gustaría saber de qué murió Ellen. El doctor Seyffert afirma que usted no quiso que la viese otro médico, ni que fuese efectuada la autopsia.

—Pues yo… Bueno, nosotros…, no creímos que eso pudiera remediar la situación.

—Tal vez hubiese servido de mucho. Al menos, en un caso parecido, sabrían los médicos a qué atenerse.

—Lo siento, pero no se me ocurrió —dijo Ruth. E instintivamente se situó a la defensiva.

—Es natural, después de todo —dijo Quinton levantándose. Ruth se tranquilizó —. En fin, quizá nos veamos en verano, si es que vuelve usted a Maine.

—Creo que sí —respondió Ruth.

—Tal vez para entonces esté míster Harland de regreso.

—No lo sé, en realidad.

—Bueno. Me voy. He tenido un gran placer…

Y le tendió la mano.

Ruth le acompañó hasta el ascensor. Cuanto éste desapareció y se quedó sola, volvió a entrar en el piso. Estaba confusa e inquieta. Tenía el presentimiento de que la visita de Quinton no era tan casual como éste había querido aparentar. Sin saber por qué, tuvo miedo. Pero desechó todo temor por parecerle absurdo.

Russ Quinton era como una vieja solitaria solterona: chismoso, lleno de curiosidad, ansioso por saber detalles morbosos de cuanto podía pasar a su alrededor,

como suele suceder a muchos. Imaginó su entrevista con el doctor Seyffert; su interrogatorio, escrupuloso y exacto; su terrible insistencia. Sintió un estremecimiento de disgusto. Porque, al fin y al cabo, aunque habitualmente hallaba Ruth simpático a todo el mundo, sintió siempre por Quinton cierta antipatía.

Súbitamente pensó que Russ Quinton nunca había perdonado a Ellen ni a Dick. Supuso que incluso se había alegrado al saber cuánto había padecido Ellen antes de morir.

3

En diciembre recibió la primera carta de Harland. Estaba fechada en París, pero en ella decía que salía inmediatamente para Egipto.

No he hecho nada en absoluto —decía—. *No he trabado conocimiento con nadie. Voy olvidando las caras que dejo tras de mí. No tengo ganas de escribir, ni siquiera una carta. Ésta es la primera que escribo desde que me marché, exceptuando una o dos de negocios. Recientemente oí hablar a un conocido de una excursión al Nilo, y he decidido marchar a Egipto. Como ves soy igual que una hoja que se mece al capricho del viento.*

Ruth halló aquel invierno interminable y aburrido. Por primera vez desde que era niña estaba libre de responsabilidades; ni siquiera tenía dificultades económicas. El profesor Berent, aun antes de recibir una fortuna de manos de Glen Robie, gozaba de muy buena posición. Había depositado un crédito para mistress Berent y otro para cada una de sus hijas, que en caso de muerte sin sucesión deberían de pasar de una cualquiera a la superviviente o supervivientes en partes iguales. El resto de su fortuna, y según su testamento, debía ser repartido equitativamente entre las tres. Así, pues, desde que murieron mistress Berent y Ellen —aunque la fortuna de ésta tenía que ser repartida, de acuerdo con su testamento, entre Harland y Ruth—, ésta podía considerarse una mujer rica. Como no le gustaba la inactividad, decidió comenzar un cursillo para secretarias, pues deseaba ser útil a Harland si decidía volver algún día.

En febrero recibió una carta de Richard fechada en Calcuta.

Salgo próximamente para la China —decía en ella—. *De este modo habré dado la mitad de la vuelta al mundo. Así, vaya donde vaya, estaré iniciando el regreso al hogar. Puede que siga hacia adelante; puede que retroceda. No lo sé todavía. Pero lo cierto es, Ruth, que me siento renacer. Durante mi viaje por el Nilo conocí a un hombre que logró interesarme enormemente. Llegué incluso a sacar mi libreta y a tomar algunas notas de lo que decía. Si un día me decido a escribir historias cortas, él será el héroe de la primera. Pero no sé si saldré*

airoso de mi cometido. En todo caso, su vida merece una novela, y yo no tengo ánimos para escribir tanto.

Con excepción de este párrafo y de otros dos en que hablaba de sí mismo, su carta era una detallada descripción de cuanto iba viendo. Unas veces escribía con ironía y otras con ternura y comprensión, pero siempre su estilo resultaba ágil y simpático. Al leer su carta, Ruth se dio cuenta de lo que sucedía y se alegró infinitamente. Las heridas de Richard comenzaban a cicatrizarse. Estaba en camino de ser otra vez un hombre normal.

En marzo llegó otra carta. Procedía de Hong-Kong, y era más larga que las anteriores. Su lectura dejó a Ruth muy animada. Decía así:

Por fin he llegado a comprenderme a mí mismo, es decir, a mi yo de antes. ¿Te importa que me confíe al papel, aunque sólo sea para poner en orden mis ideas? Voy a exponer lo que podríamos llamar mi diagnóstico. Creo que alcancé la fama demasiado pronto. Cuando murió mi padre y mi familia quedó en una difícil situación, recuerdo que me desesperé. A esta desgracia sucedieron otras que me hicieron pensar que había llegado al límite del sufrimiento. Un desengaño amoroso fue la culminación de mis males. De aquella experiencia surgió mi primer libro. Luego, el camino del éxito se abrió ante mí. Empecé a mirar a los demás con olímpico desprecio, pensando que no eran sino míseras criaturas indignas de mi interés. Observaba sus defectos, y apenas aprobaba sus virtudes. Me imaginé no omnipotente, pero sí superior a los demás seres. El mundo se convirtió en un drama de interés relativo que yo miraba con franca condescendencia.

Nunca he sido muy piadoso (no lo soy ahora tampoco), pero comienzo a sentirme atraído por el concepto de la palabra «religión». No quiero ser como muchos, que vuelven los ojos hacia la religión simplemente porque son desgraciados. No; acepto mi derrota, pero todavía no me ha reformado. Necesito una buena lección. Había llegado a un punto en que todos mis amores, mis amistades y mis afectos estaban concentrados en Danny. Creo que le quise siempre, pero que su sencilla y total adoración me emocionaba y hasta me enorgullecía. De ahí mi esfuerzo por conservarla. Era el punto débil de mi fortaleza. Por eso creo que fue castigado mi orgullo precisamente en el «bien de mi alma». Su enfermedad fue como un duro golpe, como suele decirse, pero no bastó para vencerme. Todavía me consideraba superior. Cuando me di cuenta de que Ellen me amaba, decidí no casarme con ella. Quizá la experiencia de lo sucedido con Danny me había enseñado que amar es sufrir, y egoístamente quería hacerme invulnerable a los sufrimientos, a las lágrimas y a las penas, es decir, a todo lo que suele atormentar a los demás hombres.

Estaba plenamente decidido a conservar mi libertad. De no ser por nuestra

aventura del desfiladero, que nos acercó mutuamente, nunca me habría casado con Ellen. En los momentos de más peligro, cuando nos enfrentamos con la muerte, el instinto de la reproducción parece despertarse en nosotros con inusitada violencia. Tal vez a eso se deba que cuando un hombre y una mujer llegan a una isla desierta después de un naufragio y viven en ella durante largo tiempo tengan forzosamente que enamorarse. Ambos sucumben al instinto biológico, al deseo innato de perpetuar la especie. La sensación del peligro es ciertamente un lazo de unión entre dos personas de distinto sexo. Los obliga a caer a uno en brazos del otro sin darse cuenta.

Eso debió de sucedemos a Ellen y a mí; al menos a mí… Tal vez al día siguiente hubiese reaccionado, pero el encanto de las horas que pasamos juntos en el desfiladero me dominaba aún. Por eso nos casamos. Al principio me consideré muy feliz. Ellen me permitía hacer cuanto deseaba. Intentaba algunas veces oponerse a mi voluntad por medio de pequeños ardides, pero nunca se enfrentó conmigo abiertamente. Estaba orgulloso de ella y de mi matrimonio. Tal vez al ver las pobres piernas de Danny debí recelar, comprender que no era invulnerable. Pero me cegaba la seguridad en mí mismo y en mis opiniones, mi arrogancia y mi orgullo.

Entonces estalló la tempestad. Los golpes se sucedieron. Primero Danny; después, mi hijo; luego Ellen. Crac, crac, crac… Fueron tres golpes a la mandíbula. ¿Quién se enorgulleció de mantener la cabeza erguida mientras su frente sangraba? Mi frente no sangraba, sino que se inclinaba hacia el suelo, aunque en mi interior siguiera creyéndome un ser privilegiado, más sabio, más inteligente y más fuerte que los demás. Lo único que llegué a admitir es que mi buena estrella se había oscurecido. Pero esto no significaba que adelantase lo más mínimo en el camino de la humildad.

No pretendo afirmar que he cambiado, pero sí que durante los últimos meses he conocido a muchas personas —hombres y mujeres— y algunas realmente grandes. Me he visto a su lado empequeñecido, y he perdido arrogancia. No toda, pero sí bastante. Hasta he podido darme cuenta de que aun en mi profesión tengo mucho que aprender.

Nada hasta hoy me impidió creer que fuese un genio de la literatura. Ahora, quizá porque he perdido algo de mi antigua facilidad o tal vez porque se ha desarrollado en mí un agudo espíritu crítico, me parece mi trabajo más lento y difícil, y en modo alguno satisfactorio.

Puede que esté por fin aprendiendo a ser un hombre, y, ciertamente, ya era hora.

Ruth leyó esta carta una y otra vez, defendiendo a Harland de los ataques que se hacía a sí mismo a través de aquellas páginas. Releyó sus novelas, y llegó a la conclusión de que el estilo de Dick era muy parecido al de Kipling en sus primeros

libros: seguro de sí mismo, creyéndose infalible, burlándose de la debilidad de los demás, como si estuviese sobre una cima desde la cual contemplase a la raza humana con tolerante comprensión.

Pero no cabe duda de que las mejores obras de Kipling son las de sus primeros tiempos, cuando aún no había perdido el entusiasmo juvenil.

Hubiera sido preferible que Harland siguiese siendo el mismo, ya fuese para bien o para mal, porque, ¿hay alguien capaz de realizar una gran obra sin estar de antemano convencido de su grandiosidad y sin saberse previamente capaz de llevarla a cabo? Ruth deseaba por encima de todo el triunfo definitivo de Richard Harland. Quería verle convertido en un gran hombre.

Su primera intención fue escribirle, pero no se vio con ánimos. Siguió aguardando. Ocho meses después de su marcha llegó otra carta, esta vez procedente de Honolulú, a un director cinematográfico que le había convencido para marchar a Hollywood.

He firmado un contrato con él —decía alegremente—. Consta de dieciséis páginas escritas a máquina, pero sólo se especifican nuestros mutuos compromisos. Debo escribir un argumento para una película. Pienso permanecer aquí dos o tres días. Escríbeme unas líneas si tienes tiempo.

Y a continuación daba su dirección.

Ruth le contestó en seguida. Después se cruzó entre ambos frecuente correspondencia. A juzgar por sus cartas, Harland parecía lleno de entusiasmo y muy interesado en su trabajo. Había esbozado el argumento que pensaba escribir, y el jefe del estudio lo había aceptado.

Tengo que entrevistarme con el director, las estrellas, el productor y el encargado de hacer el guión técnico de mi historia. Existe aquí la creencia general de que si un solo hombre es capaz de escribir un buen argumento, dos o tres hombres juntos han de hacerlo todavía mejor. Es como un aeroplano conducido por tres pilotos. Como cada uno de ellos tiene su criterio y sus teorías, es fácil prever el fin. El aparato volará de modo deficiente, y su lugar de aterrizaje será difícil de precisar.

Más tarde las cartas de Harland acusaban cierta impaciencia. El trabajo no adelantaba mucho.

Llegó el mes de junio, y Ruth partió hacia Bar Harbor. Como la casa grande no había sido alquilada aún, se instaló en ella, vigilando los trabajos que se llevaban a cabo en lo que había sido taller del profesor Berent, que Ruth quería convertir en casita de recreo.

Las cartas de Harland reflejaban su desencanto. Los obstáculos se multiplicaban. En agosto se declaró definitivamente vencido.

Me marcho —escribía—. *El productor, que charla más que una cotorra, y sus satélites, han recortado tanto mi argumento que nada queda de la primitiva historia que escribí. Les he dicho que estoy harto y que me voy. Nadie ha protestado. Espero estar de vuelta dentro de ocho o diez días.*

Ruth pensaba quedarse en Bar Harbor hasta setiembre, pero la carta le hizo cambiar de idea. Interrumpió su veraneo y volvió a Boston. Quería estar allí para darle a Harland la bienvenida.

4

A raíz de la marcha de Harland, y siguiendo las indicaciones de éste, Ruth ofreció un empleo a mistress Huston. La buena mujer se negó a aceptarlo.

—Por él trabajaría aunque no pudiera, pero ahora que ya no me necesita prefiero tomarme un descanso, que creo merecer de sobra.

Ruth no dejó de mantener contacto con la anciana servidora, que se había ido a vivir con una hija casada. En primavera, mistress Huston volvió al hogar de los Harland. A decir verdad, prefería su independencia, las tareas familiares, a permanecer inactiva en casa de su hija. Cuando Ruth volvió a Boston telefoneó en seguida a mistress Huston, y se ofreció a ayudarla en el arreglo de la casa.

—Todo está arreglado desde hace muchos meses —dijo mistress Huston orgullosamente—, por si míster Harland se presentaba de improviso. Todo está como a él le gusta.

La alegría de Ruth aumentaba conforme se acercaba la fecha de regreso de Harland. Se dio cuenta de que durante el tiempo que duró su ausencia no había hecho más que esperar su vuelta. Al fin llegó el día ansiado, y cuando a última hora de la tarde sonó el teléfono, Ruth descolgó el receptor emocionada.

—¿Eres tú, Ruth? —preguntó Harland. Su voz le pareció más enérgica y juvenil.

—Sí, Dick. A juzgar por tu voz, estás perfectamente.

—En efecto, soy el Richard de antes —respondió él—. Llegué hace una hora. ¿Dónde vamos a celebrarlo?

—¿Por qué no vienes a cenar?

—No. Tenemos mucho que hablar, y no quiero que nos interrumpan. Vamos al «Copley». ¿Te parece bien a las siete?

—Perfectamente.

—Iré a buscarte —dijo él—. Tenemos materia para charlar veinticuatro horas seguidas.

Ruth colgó el receptor, y al hacerlo se dio cuenta de que tenía los ojos húmedos y que temblaba de felicidad. Miró el reloj que había sobre la repisa de la chimenea. Dick tardaría aún tres horas en llegar, y ella tenía muchas cosas que hacer. Comenzó a lavarse el pelo. Luego empleó media hora en arreglarse las uñas. Después escogió el traje. No esperaba que Dick se fijase en su atavío, pero sin embargo, era un asunto de suma importancia. Dudó si ponerse un traje de noche. ¿Y si Dick se presentaba de etiqueta? Quiso telefonear para preguntárselo, pero no se atrevió. Por fin, y como la noche era muy templada, se decidió por un lindo traje estampado que le pareció adecuado.

Cuando estuvo lista se miró largamente al espejo y acabó por reírse de sí misma.

—Eres tonta —dijo en voz alta dirigiéndose a la figura que se reflejaba en el espejo—. Estás tan nerviosa como una muchacha que va a su primer baile. No puedes ni siquiera disimular tu excitación —luego movió la cabeza y añadió—: Y bien, ¿qué tiene eso de malo? ¿Por qué has de disimular tu alegría? ¿Por qué ocultar que te alegras de verle otra vez?

El timbre sonó al fin, y Ruth corrió a abrir la puerta en cuanto oyó que el ascensor se detenía en su rellano. Harland entró lanzando una breve exclamación de gozo.

—¡Qué alegría verte otra vez! —dijo, estrechándole primero la mano y besándola después en ambas mejillas.

Ruth sintió que las lágrimas acudían a sus ojos.

—¡Qué tonta soy! —dijo riendo—. No sé por qué lloro. Tienes muy buen aspecto, Dick.

Estaba tostado por el viento y el sol. Tenía los ojos brillantes. Tal vez estuviera un poco más grueso. Ruth expresó en voz alta cuanto pensaba.

—También tú estás muy bien —dijo él—. ¡Cielos! No me di cuenta de las ganas que tenía de verte hasta el momento en que salí de Chicago —la miró largamente. Luego preguntó—: ¿Estás lista?

—Sí —repuso ella, sonriendo al pensar en las muchas horas que había necesitado para estar lista—. Cuando quieras, Dick —añadió.

Era absurda, completamente absurda aquella intensa felicidad que la embargaba.

5

Fue una noche perfecta. Ambos estaban muy alegres, y sólo dejaban de charlar para bailar cuando la música los invitaba. Harland dijo de pronto:

—Había olvidado que bailabas muy bien. ¿Te acuerdas de Sea Island?

—No bailo casi nunca —respondió ella.

—Tampoco yo —dijo él—. Pero hoy tengo ganas de bailar. De haber sabido lo bien que iba a pasarlo a mi regreso, hubiese vuelto antes, Ruth.

Permanecieron allí hasta que el local estaba vacío. Después pasearon por la

Explanada, y como la noche era cálida y agradable, se resistían a romper el encanto de aquellas primeras horas que pasaban juntos. Cuando la dejó a la puerta de su casa, el cielo aclaraba ya.

Durante aquel otoño se vieron a menudo, unas veces porque iban a un partido de fútbol y otras porque Harland se presentaba en casa de Ruth para pedirle un cóctel, seguro siempre de ser bien recibido.

Juntos celebraron el Día de Acción de Gracias. Marcharon al campo y comieron en una posada, donde permanecieron muchas horas contemplando el fuego de la chimenea. También pasaron juntos las Navidades, y ambos se vieron obligados a declinar la invitación de algunos amigos.

—La Navidad fue creada para celebrarla en familia —dijo Harland—, y ambos somos nuestra única familia. Por lo tanto tenemos que pasarla juntos y pasarla bien.

Ruth se empeñó en pasar la Nochebuena con un grupo de amigos, y fueron cantando villancicos alrededor de la cocina, deteniéndose de vez en cuando para beber algo.

En el mes de enero, Harland fue a esquiar. Ruth le echó mucho de menos. Como no sabía esquiar, él se ofreció voluntariamente a enseñarla. Desde entonces marchaban a menudo a los grandes campos nevados buscando una fácil pendiente en donde practicar. A la vuelta cenaban en cualquier rincón que hallasen en el camino. Esta simpática camaradería llegó a constituir para ambos el mayor de los placeres. Ruth era feliz viéndole dichoso. Se acostumbró a no trazar planes, para estar libre siempre que a él se le ocurriese proponerle uno. Como solía hacer en el pasado, Harland le había besado el día de su llegada con verdadero afecto fraternal. Se comportaban como dos hermanos. Pero Ruth no tardó en darse cuenta de que sentía algo más, un sentimiento más hondo y profundo. A veces tenía miedo de que él lo adivinase, sospechando que la verdad destruiría su alegre compañerismo.

Harland trabajaba de nuevo. Había decidido volver a escribir la novela que comenzó tiempo atrás.

—En realidad, la empecé antes de que Danny cayese enfermo —explicó—. Cuando me casé con Ellen la modifiqué. A pesar de todo, la encuentro ahora estúpidamente absurda. No tiene «salsa»; ni siquiera «carne», como esas mujeres que pasan hambre para conservar la figura.

Solía leerle párrafos de su obra, y Ruth le daba su opinión cuando él se la pedía. Sus comentarios no eran casi nunca favorables.

—Claro que eso es sólo mi opinión.

—Comprendo, comprendo. Y no te preocupes porque no nos pongamos de acuerdo. Me ayuda mucho discutir contigo. No te dejes vencer. Defiende tus ideas y dame siempre tu opinión franca. Es el mejor estímulo que puedes ofrecerme.

En el estilo de Harland había algo que la indignaba; una intolerancia absoluta, nacida de la inexperiencia. Los críticos habían dado en llamar a eso «gracia satírica», y, complacido ante el calificativo, Dick hacía en aquella obra una constante crítica de

las locuras y miserias humanas.

Ruth hallaba su tesis demasiado severa.

—Te complaces en burlarte de las tonterías que pueden cometer los seres humanos, y lo logras a la perfección —le dijo—. En realidad, creo que eso es muy fácil. Todos somos ridículos desde ciertos puntos de vista, pero también en otros aspectos somos admirables. Burlarse de los semejantes es muy fácil. Todos podemos hacerlo. Lo que ya no es tan fácil es alabar lo bueno que existe en los demás. Temo que tu libro no sea de mi preferencia. Tú te ríes de la gente, y yo creo que la mayor parte de esa gente es buena.

—¡Por Dios, Ruth! Mira alrededor y te convencerás de que tengo toda la razón —protestó Harland riendo.

—Mirarlos… Eso es lo que te limitas a hacer tú. Pero, ¿por qué? ¿Por qué te conformas con eso? ¿Por qué no intentar penetrar en su interior, estudiarlos? Pronto verías que muchas cosas de las que parecen ridículas a simple vista tienen una explicación en la preocupación, en las dificultades y en el miedo que el individuo puede experimentar. Contempla el cotidiano esfuerzo que realizan, su trabajo, su actividad…, aunque a veces no les agrade lo que se ven obligados a hacer —su tono se hizo más grave—. En el mundo, Dick, hay muchos seres desgraciados, personas cuya vida está llena de problemas, pero que resisten, que alzan la cabeza y heroicamente siguen luchando; que ocultan sus penas afirmando ante la esposa que todo marcha bien, y que hacen lo posible por sacar adelante su hogar, y proporcionar a sus hijos una existencia más dichosa que la que ellos tuvieron. Hay muchos de estos héroes en el mundo, Dick.

—Y de las mujeres, ¿no tienes nada que decir? —preguntó él con ironía.

Ruth se ruborizó intensamente, pero respondió con una sonrisa:

—Veo que quieres burlarte de mí, pero no importa. Me he propuesto decirte cuanto pienso. También las mujeres, o la mayor parte de las mujeres, son admirables. Sí, sé lo que vas a decirme: que llevamos sombreros ridículos, que leemos libros estúpidos, que jugamos muy mal al *bridge* y que charlamos como cotorras. Pero todas o casi todas cumplimos con nuestro deber. Lo que sucede es que a vosotros los novelistas os gusta la gente extraordinaria o escribir sobre lo que hace esta gente. Pero, ¿por qué no escribes sobre los sucesos vulgares que nos ocurren a las personas vulgares?

—Pues, porque, si lo hiciera, vosotros, los seres vulgares no leeríais mis novelas. La novela, como los periódicos, surge de la tragedia, del drama, de lo inesperado… Con todo esto puede fabricarse una noticia de interés. Si hubiésemos de aceptar tu teoría, los periódicos tendrían que publicarse con los siguientes titulares: «Hoy no hay noticias de importancia. Cien millones de americanos siguen viviendo normalmente».

—¿Y qué mal hay en ello, si es la pura verdad? —preguntó ella riendo, sin querer ceder—. Creo que un buen novelista podría escribir con ese tema una obra magnífica,

una obra que a todos nos gustaría leer —le miró fijamente y añadió con sinceridad—: En suma, Dick, que preferiría que en vez de burlarte de las acciones ridículas de tus semejantes ensalzases sus gestas gloriosas en el vivir cotidiano.

—Encuentro lo primero mucho más divertido.

—Lo comprendo. Es lo mismo que hacen algunos críticos, que prefieren comentar un libro mediocre para poder lucirse con frases irónicas y tajantes. Suelen llenar muchas páginas para decir que lo encuentran malo y demostrar así su talento.

—Pero, oye, Ruth, el héroe de mi obra es un buen hombre. Debes reconocer que no le faltan las virtudes fundamentales.

—Sí. Tiene toda clase de virtudes, menos la principal.

—¿Cuál es?

—La humildad. Sin humildad no hay tolerancia, ni amistad, ni bondad verdadera. Tu personaje siempre está dispuesto a la crítica…

—Es justiciero. Al fin y al cabo, también Jesucristo fue justiciero.

—Pero Jesucristo condena los pecados graves. Tu héroe, en cambio, condena pequeñeces. ¿Quieres decirme por qué gasta energías criticando, por ejemplo, los sombreros?

—Según la Biblia, Jesucristo criticó una vez a alguien por su filacteria. ¿No tiene eso algo que ver con los sombreros?

—No sabía que te dedicases a leer la Biblia —dijo ella sorprendida.

—¡Bah! —repuso él con cierta timidez—. Un escritor debe leerlo todo. La verdad es que durante mi viaje casi la leí toda, aunque me salté lo aburrido y poco interesante: precisamente los Hechos de los Apóstoles. El Antiguo Testamento es maravilloso.

—Bueno, pero, ¿por qué la empezaste a leer? —preguntó Ruth mirándole.

—¡Oh! He oído decir que muchos han hallado consuelo en la Biblia, y decidí probar yo también. Lo necesitaba —luego añadió sinceramente—: El caso es que encontré ese consuelo, Ruth, o al menos me sentí mejor después de leerla. Me emocionó pensar que tantos millones de seres antes que yo hubiesen estudiado reverentemente las mismas páginas. ¿Sabes una cosa? Yo tardo dos años en escribir una novela, a veces tres… Pero para escribir la Biblia se necesitaron más de mil setecientos. Pero no es eso todo. Una infinidad de hombres la escribieron, y cientos de ellos consagraron su vida entera a copiar sus conceptos, a corregir todo posible error. Los llamaron escribas. Tenían que hacer las copias, contar las letras de cada libro, y contar cuántas veces se repetía en el libro la misma letra. De este modo podían descubrir cualquier error. Un libro compuesto de ese modo a través de los siglos, antes de que fuese inventada la imprenta, tiene que ser forzosamente magnífico.

Fue entonces, mientras le miraba fijamente a los ojos y le oía hablar, cuando Ruth se dio cuenta de que le amaba, de que le amaría siempre. Sonrió y había tan orgullosa ternura en su sonrisa que Harland le preguntó:

—¿Qué pasa…?

—Nada, me alegro de todo eso por ti.

Harland se echó a reír.

—Ése es uno de tus trucos favoritos. Siempre te alegras de todo por los demás. Tal vez por eso seas tan deliciosa —hizo una pausa, y el corazón de Ruth pareció dejar de latir. Esperó. Temía que Harland se hubiese dado cuenta de la verdad. Pero él guardó el manuscrito y añadió—: En fin, estaría aquí toda la noche. Has de aprender a echarme, Ruth.

En el segundo invierno que siguió a la muerte de Ellen gozaron de muchos momentos parecidos. Habían formado un pequeño mundo aparte y no le permitían a nadie la entrada. Harland declinaba corrientemente toda invitación, y lo mismo hacía Ruth. Si en alguna ocasión rechazaba él la insistente súplica de algún amigo, para poder llevar a Ruth a esquiar a un lugar apartado, se lo decía a ella. Ambos rehuían a la gente y cenaban en una modesta posada. Sus escapadas tomaban así un carácter clandestino que los divertía. Parecían dos conspiradores.

Al llegar la primavera proyectaron muchas excursiones a lagos escondidos que él conocía. Llevarían unas chuletas, y las asarían en una buena hoguera.

Pero el tiempo no se mostró propicio. Sin embargo, el día anterior al de Pascua comenzó a mejorar. Harland llamó el sábado por teléfono.

—Te llamé esta tarde sin localizarte. ¿Qué te parece si fuésemos mañana a Humarock? Haremos la cena en la playa, y si hace un buen día como hoy creo que incluso podremos bañarnos.

—Lo siento, Dick, pero es imposible.

—¿Imposible? —Ruth percibió claramente su decepción.

—Es que… es domingo de Pascua, y siempre me ha gustado ir a la iglesia ese día.

A decir verdad, Ruth solía ir a la iglesia todos los domingos, pero el regreso de Harland alteró esta costumbre, ya que los domingos salían de excursión.

—¿Es domingo de Pascua?

—Sí.

Aun por teléfono, Ruth se dio cuenta de que vacilaba, luego, Harland dijo apresuradamente lo que ella esperaba:

—Escucha. ¿Hay alguna ley que prohíba que yo te acompañe?

Ruth se llevó una mano a la garganta. Se sentía inmensamente feliz. Luego dijo:

—¡Oh, no, claro que no! Las iglesias no tienen muchas leyes.

—¿A qué hora quieres ir?

Ruth dijo la hora.

—Pasaré a recogerte. Si quieres que te diga la verdad, no he puesto los pies en una iglesia desde que era niño e iba al colegio.

—Entonces, creo que ya es hora de que vayas, Dick —repuso ella.

Pero cuando colgó el receptor lanzó un hondo suspiro. Era tan dichosa, que casi no podía respirar.

6

Su proyectada excursión a la playa no fue suspendida sino aplazada. Ruth sólo era dichosa haciendo lo que él deseaba hacer. Gozaron de muchas veladas deliciosas y de charlas muy agradables en el atardecer tranquilo y silencioso. Hablaban con voz queda bajo las estrellas, junto a los leños apagados de la hoguera en la que habían hecho la comida. Iban siempre muy lejos, huyendo de las carreteras, frecuentando y buscando los caminos solitarios, siempre sin rumbo fijo. Unas veces se dirigían a la derecha y otras a la izquierda, siguiendo a veces un callejón sin salida y viéndose obligados a volver sobre sus pasos. Cuando descubrían un lugar atractivo, al que llevaba el volante, en ese momento se lo apreciaba.

Más tarde, Ruth hablaba orgullosamente de sus posesiones en Lincoln, de Sudbury, o de las que se hallaban junto al río en Sherborn. Harland también era dueño de ellas.

Había un lugar que ambos hallaban singularmente atractivo. Lo descubrieron cerca de Lincoln, y Ruth llevaba el volante. Había tomado una carretera que de pronto se convertía en camino rústico. A través de grandes plantaciones de robles y pinos llegaron a una especie de pradera cubierta de césped, por donde serpenteaba el río y en la que concluía el camino. Al oír sus voces surgió de un rincón una hermosa garza azul, que voló sobre las aguas cercanas. Vieron cómo seguía la corriente del río hasta hallar nuevo acomodo.

—¿Por qué no cenamos aquí? —dijo Ruth—. Me encanta este sitio.

—A mí también —repuso él—, y no sé por qué.

—Me recuerda aquel hermoso lugar donde estuvimos pescando… con Ellen.

—Parece como si la civilización estuviese tan lejos de aquél como de aquí —dijo Harland—. Si no fuese por ese camino que por cierto deja mucho que desear, no hay el menor rastro de un ser humano por los contornos.

Bajaron del coche y se acercaron a la ribera del río. Un pez —seguramente una trucha, y de gran tamaño, según creyó distinguir Harland— luchaba por cazar una mosca.

—La próxima vez que vengamos traeré la caña de pescar —dijo Harland—. Y si ese animalito se deja ver le voy a dar trabajo.

Se tumbaron en la pequeña pradera verde, a la sombra de unos robles. Durante dos horas habló él de su trabajo, y Ruth le escuchó, haciendo como de costumbre algunos comentarios. Cuando el sol declinaba encendieron el fuego e hicieron la cena. El humo ahuyentó a los mosquitos, y pudieron permanecer allí hasta que oscureció. Ninguno de los dos tenía deseos de romper el encanto del momento. Pero tuvieron que ponerse en marcha.

Una vez en el coche, Harland dijo mirándola y sonriendo dulcemente:

—Se está muy bien, ¿verdad?

—Lo mismo digo yo —respondió ella, feliz al escucharle.

—Nos llevamos muy bien, ¿verdad?

—Sí —asintió Ruth—, perfectamente.

Durante el camino de regreso permanecieron ambos silenciosos. Ruth encontró enervante aquel silencio. No había nada comparable a aquella marcha en la cálida oscuridad, junto al ser querido. Pensó que era como estar casada, despertarse a medianoche y sentir a su lado el cuerpo del esposo amado, encontrando en esa proximidad la evidencia de su fuerza, de su vigor, de su tranquilo y sincero amor por ella. Ruth se burló de tan absurda idea, pero la siguió acariciando como algo muy querido.

La siguiente vez que volvió a verle, Harland estaba preocupado por su nuevo libro. Hacía unas semanas que ella adivinaba su creciente descontento. Ahora aquel descontento se exteriorizaba en las palabras.

—Creo que no es culpa del libro, sino mía, Ruth —confesó—. Estoy… evolucionando, y no sé cómo ni por qué. Estoy cambiando cada día más. Me he dado cuenta al releer hoy lo que tenía hecho antes de escribir las últimas cien páginas. Si tuviera que empezarlo ahora, no lo haría de la misma forma. —Ruth guardó silencio, y Harland continuó—: Temo que mi obra esté hecha de retazos. Cuando la empecé era simplemente un muchacho arrogante y orgulloso que se creía muy sabio. Después me casé con Ellen, creí tener una nueva y más profunda visión de las cosas, e introduje bastantes cambios en el original. Ahora… Este invierno, después de varios meses de no mirarlo siquiera, revisé mi trabajo otra vez. Y he llegado a la conclusión de que parece un producto de Hollywood, es decir, como si tres autores diferentes hubiesen colaborado en ella. Soy siempre el autor, pero en mí existen tres personas distintas. El muchacho que comenzó a escribir podía haberla terminado y darse por satisfecho. También hubiese podido hacerlo el marido de Ellen. Pero no yo, es decir, mi actual yo. Siento la tentación de romper las cuartillas para siempre. ¿Qué puede haberme sucedido? —preguntó ingenuamente. Luego se echó a reír y continuó—: El mundo comienza a parecerme un lugar magnífico: la gente, agradable y simpática. Cuando leo lo que he escrito acerca de ella no creo ni una sola palabra, Ruth.

—Tal vez estés cansado o envejecido.

—¿Cansado? En mi vida me he encontrado mejor, física y espiritualmente. No, no estoy cansado ni envejecido. Tengo ganas de trabajar y de terminar ese dichoso libro, porque he pensado un nuevo argumento. Éste será el libro que tú deseas que escriba, Ruth. Una historia sencilla con personajes sencillos. Veo a mis protagonistas: gente vulgar, pero buena y heroica. Con ese aspecto quiero que puedan contemplarlos mis lectores. Sólo que…, ¡diablos…!, antes he de terminar la novela que tengo entre manos.

—¿Por qué? —preguntó ella, mirándole y sintiéndose plenamente dichosa.

—Pues… no lo sé. No me gusta darme por vencido. Odio la cobardía.

—No creo que dejarla sin terminar pueda ser una cobardía. Algunas veces se

demuestra el valor aceptando la derrota. Es mejor que seguir luchando a sabiendas de que no se conseguirá la victoria.

—Eres maravillosa —dijo él sonriendo y cogiéndole cariñosamente una mano—. Tu filosofía puede hacer frente a todos los problemas.

—Deja el libro y no pienses más en él. Vete a pescar con Leick. Regresa dentro de un mes y vuelve a leer el manuscrito. Sólo entonces sabrás a qué atenerte.

—Tal vez siga tu consejo —dijo él pensativo—. ¿Sabes, Ruth? Más de una vez he pensado que me gustaría volver al río desde el cual contemplamos tan de cerca aquel horrible incendio. Pero quiero aguardar a que crezca la vegetación.

A pesar de que había sido ella quien le aconsejó marchar, Ruth se alegró de que no partiese. Harland se quedó en Boston, y juntos fueron dos veces a Lincoln, a su rincón preferido junto al río. En ambas ocasiones intentó pescar aquella trucha, pero fracasó. Y, a decir verdad, no le dolió el fracaso. Durante una tercera visita al lugar, mientras se hallaban sentados junto a la hoguera medio apagada, a la luz de la luna, oyeron el ruido de un motor a sus espaldas.

Un coche se aproximaba. Percibieron una voz de muchacho y una risa de mujer. Después, el coche que se alejó.

—He aquí una nueva prueba de lo que he cambiado, Ruth. Hace algún tiempo me hubiera burlado de ellos y de su estúpido galanteo. Ahora los miro con simpatía, porque seguramente están enamorados, y supongo que eso debe de formar parte de su búsqueda de la belleza.

Ella se limitó a asentir. La rama verde que Harland acababa de echar al fuego se secó y reavivó por un momento la hoguera. A su resplandor, Ruth observó que él la miraba fijamente. Sostuvo la mirada, sintiendo como si su corazón estuviese a punto de estallar.

—Ruth —dijo Harland al fin—, ¿crees que estoy enamorado de ti?

Ruth guardó silencio. No se atrevía a hablar. Se daba cuenta de que el momento que tanto había deseado y que le parecía increíble había llegado al fin. Le miró, y vio claramente que Harland aguardaba una respuesta. Pero la pregunta había logrado sorprenderla. Fue como un relámpago que brillara de pronto en la oscuridad. Y lo mismo que la luz del relámpago ilumina momentáneamente el paisaje, así también la pregunta, después de los primeros momentos de sorpresa, iluminó su alma y vio claramente muchas cosas que hasta entonces le habían parecido oscuras. Y en el largo silencio que siguió —de la misma manera que la fugaz luz del relámpago parece persistir y hace que conserve nuestra retina una visión exacta del paisaje—, su clara y exacta visión persistió también. Cuando contestó, lo hizo con rapidez y sinceridad:

—Creo que sí, Dick. Es más, espero que sí, porque yo también te amo.

El silencio tuvo en aquellos momentos una pulsación casi humana. Una llama brilló de pronto y se apagó después. Las sombras les rodearon de nuevo. Harland cogió un puñado de hierba, que echó sobre los rescoldos. La oscuridad se hizo completa, y en ella resonó con más fuerza su voz.

—¿Qué significa enamorarse? ¿Estuve en realidad enamorado de Ellen? Una noche, en el pabellón de pesca de Nuevo México, me di cuenta de que si lo deseaba podía casarme con ella. Pero decidí que no lo deseaba. Más tarde vivimos la extraordinaria aventura del desfiladero. Creí que no lograríamos vencer el peligro, y algo pareció despertar en mí. No fue sólo el deseo. Fue algo más sólido y permanente, un ansia inmensa de poseerla no por un momento, sino para siempre. Cuando llegamos al rancho, ese sentimiento casi había desaparecido. No obstante, me casé. Y Ellen, es decir, su cuerpo pequeño y delicioso, fue para mí el compendio de cuanto pude desear en el mundo.

Ruth creyó que él había olvidado su presencia. Harland continuó:

—Me hizo crecer a mis propios ojos. Llegué a creerme todopoderoso. Congeniábamos como suelen congeniar los que se aman, estimulados por su propio cariño. Nunca discutimos. Al menos en el sentido corriente de la palabra. Es cierto que últimamente no pareció eso normal entre nosotros.

Guardó silencio. Ruth creyó que meditaba algo que por fin decidió no decir.

Después murmuró:

—Lo que estoy tratando de explicarte, Ruth, es que por ti no siento lo que sentí por ella.

—Lo sé —dijo Ruth, sintiéndose cada vez más dichosa.

—Si en verdad amaba a Ellen no es amor lo que siento por ti.

Una llama brilló otra vez en la hoguera, iluminando el rostro de Harland.

—Soy feliz a tu lado —continuó éste—. Me siento bueno, amable y hasta virtuoso, y eso es muy agradable. Contigo, todo el mundo me agrada. Cuando estaba junto a Ellen no existía nadie más. Ella bastaba para llenar mi mundo. En cambio, contigo parecen aguzarse mis sentidos y sé apreciar mejor a cuantos me rodean, incluso el paisaje y las cosas. Todo resulta más bello si lo contemplo junto a ti, y me pregunto: ¿es eso amor?

—El amor no es más que una palabra, quizá mucho más difícil de definir que todas las demás.

—En efecto. Es imposible enumerar todas las definiciones que existen sobre esta palabra. El amor no es más que lo que cada cual cree que es. Y yo creo que, efectivamente estaba enamorado de Ellen. Sólo que en el mismo hecho de amarla terminaba mi amor.

—Amarte a ti, si es que en verdad te amo, es sólo… el principio —luego añadió quedamente—: Perdona mi rudeza, pero quiero que comprendas lo que siento. Cuando abrazaba a Ellen, no existía nada más para mí. Si en cambio algún día llego a abrazarte a ti, el abrazo será como una parte de algo inmenso, mucho más grande que nosotros mismos. Será un pequeño incidente dentro de un gran plan. Mi amor por Ellen terminaba en eso, en amarla. Mi amor por ti será un simple aspecto de nuestra vida, importante porque por el hecho de amarte podrás ser la madre de mis hijos —hizo una pausa y añadió en voz baja—: Serás mi esposa, Ruth. Ellen nunca llegó a

serlo.

Las llamas seguían iluminando la escena. Ruth dijo suavemente:

—Seremos muy dichosos, Dick.

—¿Quieres casarte conmigo?

—Quiero estar siempre junto a ti —dijo ella en tono solemne, como si sus palabras formasen parte de un rito—, vivir junto a ti, compartir tus penas y tus alegrías, tus responsabilidades y tu trabajo, tu fracaso y tu éxito. Quiero dártelo todo y recibirlo todo de ti. Quiero que formemos juntos un solo ser. Si esto es el matrimonio, quiero casarme contigo.

Harland se levantó y pisoteó los rescoldos cuidadosamente, hasta apagar la última brasa. Cogió el cacharro que había utilizado para hacer el café, lo llenó de agua y la vertió sobre las cenizas. Ruth se levantó y esperó en las sombras hasta que él se acercó. A los pocos instantes estaba en sus brazos.

La sangre pareció correr con más fuerza por sus venas, y lo mismo debió de sucederle a él. Llena de felicidad, Ruth se echó a reír, pero su risa se ahogó en un murmullo. Harland dijo al fin con voz ronca y solemne:

—¡Gracias, gracias, Dios mío!

—También yo doy gracias a Dios —dijo Ruth en voz baja. Y una misma plegaria agradecida surgió de sus labios y de su corazón.

7

Se casaron pocos días después, en la sacristía de la iglesia a la que acudían desde aquel domingo de Pascua. A la boda no asistieron invitados. Cuando se suscitó la cuestión, Harland dijo que debía ser Ruth quien decidiese.

—Por lo que a mí respecta, sólo hay media docena de personas a las que me gustaría invitar. Pero, naturalmente, haremos las cosas en grande, si tú lo prefieres.

—De invitar a seis personas tendría que invitar a sesenta, para no quedar mal, y de invitar a dos tendría que invitar a media docena. Por lo tanto, lo mejor será que prescindamos de los dos.

Al fin decidieron presentarse solos ante el cura.

—Después de todo, somos los realmente interesados —dijo ella. Luego añadió—: Es curioso que ni tú ni yo tengamos amigos íntimos. Mientras vivió mamá, salía muy poco, y aunque he conocido a docenas de muchachos y muchachas, siempre he sido algo arisca —le miró fijamente y prosiguió—: Tal vez porque, aunque estabas ausente, pensaba en ti demasiado para fijarme en los demás.

—¿Sospechabas entonces que me querías?

—Honradamente, debo confesar que no se me había ocurrido. Pero ahora, al mirar hacia atrás, comprendo que hace mucho tiempo que te amaba. Tal vez desde el día del incendio. ¿Recuerdas cómo exploramos juntos el bosque? Fui tan feliz a tu

lado… Mi dicha fue fácil, alegre, como las burbujas de algunos vinos al ser expuestos mucho rato al sol. Era la primera vez que me sucedía, y no supe adivinar la verdad. No volví a experimentar esa sensación hasta que regresaste de tu viaje —sonrió—. Anteriormente me habías besado muchas veces, pero aquel día no me besaste por ser hermana de Ellen, sino por mí misma.

—Algo parecido sentí yo la tarde en que merendamos junto al río —dijo Harland —, sólo que no fue la primera vez que lo experimentaba —luego añadió, pensativamente—: ¿Recuerdas aquella noche en Nuevo México, cuando Ellen desapareció en las montañas y no regresó hasta el amanecer? *Mistress* Robie y yo estábamos sentados en la veranda cuando de pronto surgiste de la oscuridad para tranquilizarnos. Te encontré encantadora, y pensé que eras, al mismo tiempo, amable y fuerte. Me gustó además tu manera de andar. ¿Crees —preguntó gravemente— que estaba entonces enamorado de ti, que lo estuve después, y siempre?

—Sé lo que estás pensando —dijo ella interrumpiéndole—, pero te equivocas. Ni tú ni yo traicionamos a Ellen jamás.

—Una vez me acusó de estar enamorado de ti.

—Lo mismo hizo conmigo. Dijo que yo estaba enamorada de ti. Pero no era cierto, Dick. Ni en tu caso ni en el mío. Se equivocaba. Si Ellen viviese, tú y yo nunca hubiéramos llegado a esto —le cogió una mano y se la estrechó con fuerza, orgullosamente.

Harland volvió a referirse a aquel día en que contemplaron el horrible incendio, recordando todos y cada uno de los incidentes.

—Algún día volveremos allí —dijo al fin—, cuando los campos comiencen a llenarse de vegetación y haya desaparecido toda sombra de la tragedia. Tal vez el año próximo, o el otro. Podríamos comprar aquel terreno y edificar una casita, tal como planeamos cuando lo exploramos juntos.

—Sería magnífico —dijo ella—. A ti te gusta la soledad. En cuanto a mí, nunca podré sentirme sola a tu lado. Además, tendría tanto trabajo que no podría aburrirme aunque quisiera.

Tú trabajarías por las mañanas, y por las tardes ambos cuidaríamos del huerto y de las flores.

—Y de nuestros caballos y de nuestros perros —dijo él—. Tendremos al menos una docena de perros, muchos caballos y varias vacas y corderos.

—Parece como si quisieras quedarte a vivir allí para siempre. ¿O es que piensas llevarte todos esos animales cada primavera, y retirarlos en otoño? En ese caso necesitamos una nueva Arca de Noé para poderlos transportar por el río.

—Naturalmente. Los animales penetrarían en ella por parejas. Sólo que no me convence el plan. Lo mejor sería que alguien se quedase a vivir allí y cuidase de nuestros tesoros.

—Tal vez, Leick…

—No sé. A decir verdad, nunca he llegado a comprender a Leick. Aceptará si la

idea le agrada. Está acostumbrado a hacer su capricho —hizo una pausa y añadió—: Me estoy encariñando con la idea. ¿Qué te parece si fuésemos allá este verano? Podríamos, después de comprado el terreno, instalar un campamento provisional.

—¿Y tu libro, Dick?

—No sé ya qué pensar de mi libro —repuso él sombríamente—. Si te parece, cuando nos casemos iremos en el coche a vagabundear por ahí, sin rumbo fijo, durante unas semanas. ¿O es que prefieres otra cosa?

—No, Dick. Me gusta vagabundear contigo.

—Después, cuando volvamos, revisaré el libro. Si me parece tan malo como ahora, lo romperé. Me interesa mucho más el argumento que se me ha ocurrido.

—Has trabajado tanto en éste…

—Lo sé, lo sé. Soy exigente con mi trabajo, pero la experiencia me ha servido de mucho.

Se casaron, y partieron sin dejar dirección. La quincena que Harland predijo se fue alargando. Al principio siguieron la ruta del Oeste, procurando evitar las ciudades populosas, sin prisas, buscando siempre el lugar más pintoresco. Se paraban a veces para charlar con algún granjero y pedir agua a su mujer o para comprar algo en una tienda sin importancia, o para cambiar impresiones con el dueño de algún pequeño hotel que escogiesen para pernoctar. Como esta clase de establecimientos nunca eran muy atractivos, Harland compró camas portátiles, utensilios de cocina y gran cantidad de provisiones. Así, cuando el tiempo era bueno, se quedaban a dormir al aire libre en un lugar pintoresco. Seguían las carreteras al azar, y cada día era para ellos una nueva aventura. El mundo les parecía tranquilo y sereno. Cierta noche, y obedeciendo a un impulso de apasionada ternura, Ruth le abrazó fuertemente y dijo emocionada:

—Dick, amor mío, nunca creí que en el mundo se pudiese ser tan feliz como lo somos tú y yo. ¿Crees que esta felicidad será duradera —preguntó tratando de hallar una seguridad—, que podremos conservarla siempre?

Harland respondió, orgulloso y confiado:

—Claro que sí. ¿Por qué no había de durar?

—Odio la idea de volver a la rutina del mundo.

—Para nosotros, el mundo nunca podrá ser una rutina. Cada día encerrará nuevas maravillas que sólo tú y yo podemos gozar y admirar.

Los domingos asistían a la iglesia de algún pueblecillo cercano. Contemplar a los fieles, incómodos con sus trajes domingueros que olían ligeramente a naftalina, era un placer para ellos. Antes de que la ceremonia comenzase, las mujeres se reunían en la parte exterior de la iglesia formando grupos, sonrientes, haciendo comentarios y chismorreando.

—No comprendo por qué me gustan tanto esas pequeñas iglesias de pueblo —dijo Harland cierto día al alejarse de una de ellas—. El predicador no era más que un chiquillo, y su sermón fue sencillo, casi pueril. No obstante, me gustó también.

—No creo que sea tan importante lo que se «saque» de la iglesia como lo que se «lleve» a ella, especialmente en esos pequeños templos de aldea. Cuando estoy dentro no dejo de pensar en la multitud de fieles que se han sentado en el mismo lugar a través de los siglos y que ahora reposan en los pequeños cementerios cercanos. Los imagino sentados en los bancos que me rodean. Veo sus rostros, sencillos, amables, bondadosos, honrados. El mundo está lleno de seres así, Dick, de personas que durante la semana pueden pecar de cien maneras, pero que acuden a la iglesia los domingos…

—¿Por qué lo hacen? ¿Por qué acuden con tanta regularidad?

—¡Qué sé yo! Tal vez encuentren en ella algo que no se puede expresar con palabras. Tal vez lo hagan por compañerismo, seguros de que, mientras rezan, miles de fieles de todo el mundo les acompañan.

—Entonces, ¿por qué no va más gente a las iglesias?

—Creo que los que no van son los que pudiéramos llamar «intermedios», los que no son ni demasiado inteligentes ni demasiado tontos. Los sabios y los ignorantes tienen siempre un fondo común de ingenuidad. Sólo los «intermedios» lo han perdido. Los coches, las radios, los medios de comunicación, al agrandar su mundo, han estrechado su mente. Y hay tantas cosas en ese mundo y tantas otras en su imaginación, que forzosamente han de vacilar como si estuvieran perdidos, sin hallar la firme roca de una convicción adonde asirse. Un día oyeron pregonar ciertos principios, y al día siguiente pueden oír cómo los mismos son negados. Y así llegan a no creer en nada, a ser descreídos en lugar de creyentes. En cambio, en aquel viejo mundo de antes, tan pequeño que sus fronteras podían alcanzarse en una sola jornada a caballo o a pie, era la iglesia el único centro y el ministro del Señor la única fuente de bondad. La existencia, en vez de ser como hoy una perpetua confusión, era simple, sencilla y fácil.

—No se puede decir que el sacerdote que acabamos de escuchar sea una «fuente de verdad eterna». No obstante, si uno se deja guiar, si se somete, sale de su iglesia reconfortado, como si hubiese trabado amistad con una persona encantadora.

Durante todas aquellas semanas gozaron de muchas horas de interesante charla. Cada día cambiaban de itinerario. Avanzaron en dirección Oeste hasta Wisconsin, antes de volver al hogar. Como hacía mucho calor, fueron entonces hacia el Norte, hacia el Canadá. Luego hacia el Este, y por fin hacia el Sur, hasta Maine.

Desde Skowhegan pusieron un telegrama a *mistress* Huston avisándole su próxima llegada. Harland telegrafió a Leick —antes le había escrito explicándole sus planes— diciéndole que a primeros de agosto pensaban volver al río para estudiar la edificación de una casa en aquellas soledades. Esta idea se iba haciendo más firme a medida que iba pasando el tiempo.

Al llegar a Boston, ante su casa de Chestnut Street, Harland cogió a Ruth en brazos para atravesar el umbral, siguiendo la tradicional costumbre. *Mistress* Huston se apresuró a mostrarle a Harland un montón de correspondencia, y Ruth se ofreció

para ayudarle a despacharla al día siguiente.

—Ya sabes que quiero ser tu secretaria —dijo—. Pronto acabaremos con toda — añadió ella.

Pero las cartas quedaron allí durante mucho tiempo sin que nadie se ocupase de abrirlas.

Mistress Huston explicó que aquella mañana había telefoneado míster Quinton.

—Dije que esperaba a ustedes para la cena —explicó—, y anunció su visita para esta misma noche.

Harland trató de protestar, pero ella no le dejó.

—Le dije que me parecía prematuro —continuó *mistress* Huston—, que los señores tendrían ganas de estar solos la primera noche de su vuelta, pero él alegó que era importantísimo y urgente.

Ruth comprendió por la expresión de Harland que estaba sorprendido, es decir, desagradablemente sorprendido.

—¿Qué querrá? —preguntó.

—No tengo la menor idea —respondió ella perpleja y sintiendo una extraña congoja.

—Bueno, que venga. No se quedará mucho rato —dijo Harland echándose a reír.

Capítulo XII

1

Antes de marchar, Harland había dado instrucciones a mistress Huston para que los enseres personales de Ruth fuesen trasladados a la casa de Chestnut Street. En la noche de su llegada, y mientras Harland cargaba con las maletas, la buena mujer quiso mostrar orgullosamente el trabajo realizado. Todos los cajones de Ruth estaban colocados en armarios y cajones. Ruth tuvo para todo una sonrisa de aprobación. Cuando quedaron solos, se apresuró a abrazar a Harland y a darle un beso.

—Veo que te adora —dijo—. Si no me porto bien contigo es capaz de arañarme.

—Si ves que las cosas se ponen feas, finge que estás enferma —dijo él con ironía —. Si te ve delicada te perdonará cuanto puedas hacerle.

Su primera cena de casados en el hogar fue algo delicioso. Harland llegó a olvidar la anunciada visita de Quinton, la muerte de Danny y lo que el Fiscal hubiese podido adivinar. Cuando se dirigían al saloncito, sonó el timbre de la puerta. Como mistress Huston estaba en la cocina, Harland se levantó diciendo:

—Debe de ser Quinton.

Y fue a abrir. En efecto, era Quinton, pero no estaba solo. Le acompañaban un hombre y una mujer. Quinton entró rápidamente en la estancia seguido por los otros dos.

—Buenas noches, míster Harland —dijo dándose importancia—. Le presento al comisario Hatch y a mistress Parkins, mi secretaria.

Harland sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo. No obstante, estrechó la mano del comisario y se inclinó ante mistress Parkins. Ruth se acercó a saludarlos y rogó que pasasen al salón. No estaba inquieta, o al menos lo aparentaba. Sólo Harland adivinó su nerviosismo y se colocó a su lado frente a la chimenea, sin dejar de mirar atentamente a Quinton y a sus acompañantes.

Hatch era un hombre alto y grueso, que seguramente comía demasiado. Se sentó en un diván y comenzó a dar vueltas al sombrero que tenía entre las rodillas. Miraba cuanto le rodeaba, y parecía impresionado. Mistress Parkins era joven aún. Tenía una boca de trazo duro y firme. Evidentemente, estaba pendiente de lo que Quinton pudiera hacer o decir. Vio que éste cogía una silla y se sentaba, e inmediatamente le imitó, sentándose a su lado. Se quitó los guantes, sacó del monedero un cuaderno de taquigrafía y una pluma, y aguardó en actitud expectante.

Ruth dijo, esforzándose en que su tono resultara amable:

—Son ustedes nuestros primeros visitantes. Acabamos de llegar.

—Tal vez nos aguardaran ustedes a la puerta —dijo Harland intentando sonreír.

—Estamos aquí por cuestiones profesionales —dijo Quinton carraspeando—. Deseo hacerles unas preguntas. De estar presente su abogado, míster Harland, él le aconsejaría que no respondiese. Porque he de advertirle que mi secretaria, mistress

Parkins, anotará cuanto diga, y que sus declaraciones podrán ser empleadas en contra suya.

Harland tuvo de pronto la certeza de que Quinton sabía todo lo concerniente a la muerte de Danny. Vio que mistress Parkins comenzaba a escribir. Sintió húmedas las manos y la frente cubierta de sudor. Cuando fue a hablar, su voz estuvo a punto de fallarle. A pesar de todo, fingió una ignorancia absoluta y preguntó bruscamente:

—¿Adónde diablos quiere usted ir a parar?

—No soy yo quien debe responder, míster Harland —dijo Quinton—, sino quien ha de preguntar. Claro que usted puede negarse a contestar, pero tenga en cuenta que esa circunstancia quedará debidamente anotada.

Sentada aún junto a Harland, al lado mismo de la chimenea, Ruth creyó que debía intervenir en la conversación, y dijo inesperadamente seria:

—¿No cree que huelga tanto misterio? ¿A qué viene todo esto? Tendremos mucho gusto en contestar a cuantas preguntas tenga usted a bien dirigirnos.

Harland se dijo que, como ella no conocía el episodio de la muerte de Danny, no tenía nada que ocultar. En cambio, él… Se sabía culpable… Era un martirio preguntarse interiormente qué es lo que en realidad había descubierto Quinton, y cómo y por qué medios lo descubrió. Ciertamente, no sería Leick quien le hubiese denunciado. Éste, aunque Harland estaba seguro de que había adivinado la verdad desde un principio, no hubiera sido capaz de delatarle. Pero Quinton sabía algo, o al menos lo sospechaba. ¿A qué, si no, podía deberse su inesperada visita?

Tan seguro estaba que era ése el motivo, que quedó sorprendido al oírle hablar. Porque, ciertamente, no fue a Danny a quien se refirió el fiscal.

—Me interesa conocer algunos datos acerca de la última excursión que realizaron ustedes, mistress Harland, el día que murió Ellen.

—¿La excursión? —preguntó Ruth asombrada.

Harland quedó tan sorprendido como ella. De momento se alegró tanto de que no fuese la muerte de Danny el objeto de la visita, que apenas pudo coordinar sus ideas.

—Sí, la excursión —dijo Quinton—. ¿O es que la han olvidado por completo?

Su tono fue tan irónico que Harland, desaparecidos sus temores, comenzó a molestarse.

—Oiga, ¿qué significa esto? —dijo secamente.

Pero Quinton le hizo callar con un ademán, como hubiese podido hacer con un chiquillo entrometido.

—Bueno, míster Harland, vamos por partes. Será mejor que se limite a hablar cuando se le pregunte. Ahora estoy interrogando a mistress Harland.

Ruth le tocó el brazo para obligarle a callar.

—¿Qué es lo que desea saber? —preguntó dirigiéndose a Quinton.

—Empezaremos por el principio —dijo éste—. ¿De quién partió la idea de la excursión?

—Pues… la verdad es que no lo recuerdo —repuso Ruth. Y miró a Harland—.

Creo que fue míster Harland. Quería ver a Leick. Decidimos llevarnos la comida a la casa de Leick. Eso es todo.

—¿Le agradó a su hermana esa idea?

—Naturalmente.

Una ligera pausa seguía a cada respuesta de Ruth. Sólo el ruido de la pluma de mistress Parkins sobre el papel rompía el silencio. Harland, mirando a Hatch con el ceño fruncido y escuchando su fuerte respiración, comprendió que el obeso policía estaba a punto de dormirse.

—Bien —dijo Quinton—. ¿Y qué comieron ustedes?

—Intentaré recordarlo —respondió Ruth—. Creo que ensaladilla, bocadillos, pan, mantequilla, buñuelos y café. No creo que hubiese nada más. Es decir, sí. Tomamos también helado.

—¿Y cangrejos?

—Sí. Leick preparó algunos.

Hatch dejó escapar un desagradable ruido producto de su mala digestión. Quinton le miró como reconviniéndole, y él trató de excusarse con unas torpes frases.

—¿Quién preparó la comida?

—Mistress Freeman, mi cocinera, y yo.

—¿Cómo llevaron todo eso hasta el lugar escogido?

—En una cesta. Precisamente la que usted le regaló a Ellen —dijo Ruth. Y añadió —: También llevamos limones, mostaza, salsa Worcestershire, sal y pimienta. Siempre hago una salsa para los cangrejos, y no quise romper la tradición.

—¿Llevaron también crema de leche y azúcar para el café?

—No nos gusta la crema de leche. En cuanto al azúcar, recuerdo que llevé un poco para Ellen.

—Me consta que el azucarero de la cesta se había extraviado…

—En efecto —dijo Ruth—. Tuve que llevarla en un sobre.

—¿Sólo ella tomó azúcar en el café?

—Sí, sólo ella.

Harland se limitaba a escuchar y a observar. Miraba a Ruth y a Quinton como si estuviese contemplando un interesante partido de tenis.

—¿Ella misma puso el azúcar en su taza de café?

—Sí.

—Y después de comer, ¿qué hicieron?

—Ellen y yo nos tendimos sobre la hierba. Míster Harland y Leick continuaron junto a la hoguera.

—¿Tardó mucho Ellen en sentirse indispuesta?

Ruth cerró los ojos por unos momentos.

—Sí. Al atardecer.

—¿Dónde estaba?

—Creo haber dicho antes que a mi lado.

—¿Y qué hizo usted entonces?

La voz de Quinton se iba haciendo cada vez más dura y tajante.

—Míster Harland y Leick intentaron conducirla hasta la casa de éste, pero Ellen se encontraba tan mal que fue imposible. Leick fue a buscar una puerta donde tenderla; la empleamos a manera de angarillas. Una vez en la casa, la acostamos, y Leick fue en busca de un médico.

—¿Tardó mucho en morir?

—Precisamente al amanecer.

—¿No se separó usted de su lado?

—Ni un momento.

El recuerdo de aquellas horas de mortal angustia distrajo a Harland, que no pudo seguir minuciosamente la conversación. Quinton continuó hablando. Preguntó por la salud de Ellen y por los ataques que había tenido. Las respuestas de Ruth hacían revivir la dolorosa noche en que Ellen padeció y murió.

—¿Cuándo se dieron cuenta de que el doctor Seyffert no aliviaba en lo más mínimo a la enferma? —preguntó Quinton.

—No lo sé. Supongo que debió de ser bastante después de ponerse enferma.

—¿Intentó entonces llamar a otro médico?

—Hubiera tardado muchas horas en llegar, pues había que ir a Bangor a buscarle. Nuestro médico de Bar Harbor estaba a la sazón en Nueva York.

Pero Quinton repitió la misma pregunta, y su tono casi resultó ofensivo:

—¿Llamó entonces a otro médico?

—No —repuso Ruth sonrojándose al oír su tono.

—¿Y usted? —inquirió Quinton volviéndose a Harland.

—¡Tampoco! —gritó éste perdiendo los estribos—. Estaba demasiado preocupado. Todos estábamos preocupados al ver que Ellen se moría. Pero, bueno, ¿a qué viene este interrogatorio?

—Bien. Se dieron cuenta de que Ellen se moría, pero optaron por dejarla morir —siguió diciendo Quinton.

—¿Quiere decirme a qué viene todo esto? —insistió Harland—. Vamos, hable.

—Modere su genio, míster Harland —repuso Quinton, y se volvió hacia Ruth para preguntar—: Su padre tenía la costumbre de coleccionar pájaros y otros animales, ¿no es cierto? Creo que los disecaba.

—En efecto.

—¿Tenía un taller en Bar Harbor?

—Sí. Y otro en Boston.

—Tengo entendido que últimamente ha transformado usted ese taller de Bar Harbor, que lo ha convertido en casita de recreo.

—Sí. Mi intención es alquilar la casa grande. Me basta con la pequeña.

—¿Qué ha hecho con todo lo que su padre tenía allí?

—Algunas cosas las entregué al Museo de Historia Natural de esta ciudad. Otras

las empaqueté, y están guardadas.

—¿No tiró nada?

—Pues, sí, tiré muchas cosas. Todo lo que me pareció que no podría ser de utilidad.

Quinton pareció vacilar un momento. Luego preguntó:

—¿Cómo conservaba su padre las pieles de los animales?

—Espolvoreándolas de arsénico, como es natural.

—¿Encontró arsénico en el taller de Bar Harbor el día que hizo la limpieza general?

—Sí. Un tarro lleno, y otro hasta la mitad.

Harland miró a Ruth y vio que palidecía.

—¿Qué hizo con el veneno?

—Cogí ambos frascos, junto con otros de aspecto dudoso, subí a un bote y los vacié en alta mar, tirando los tarros vacíos.

—¿Quiere decir que arrojó al mar el arsénico?

—Sí.

—¿Todo el arsénico?

—Sí.

—Sabía que era peligroso, ¿verdad?

—Naturalmente.

—¿Cuándo llevó a cabo esa operación?

—El verano pasado —respondió Ruth mordiéndose los labios.

—¿Sabe lo que hizo Ellen con el azúcar restante, es decir, con el sobre?

—No. Supongo que lo volvería a guardar en la cesta.

—Los demás no tomaron azúcar, ¿verdad?

—No.

—Y usted lo sabía. Sabía de antemano que ni usted ni míster Harland lo tomarían.

—En efecto.

—También sabía que Leick no tomaría café.

—Naturalmente. No era la primera excursión que realizábamos en compañía de Leick aquel verano. Tenía intención de llevar un poco de té para él, pero me olvidé.

—De manera que sabía usted perfectamente que sólo Ellen necesitaría azúcar, ¿no es cierto?

—Supongo que sí.

La voz de Ruth se iba haciendo por momentos más débil.

Harland gritó furioso:

—Basta, Quinton. No contestaremos más preguntas absurdas si no nos dice usted los fines que persigue.

Quinton le miró fijamente, con una de sus amables y habituales sonrisas.

—¿Ha observado si su esposa ha mentido?

—Claro que no ha mentido. Ha dicho la verdad.

—¿Cree que ha omitido algún detalle?

—He dicho que basta, Quinton. ¿Qué diablos sucede?

Quinton miró a mistress Parkins y preguntó:

—¿Lo anotó usted todo, Sophy?

Luego, al ver que ésta asentía, se volvió hacia Harland y dijo:

—Bien. Hasta ahora me he dirigido a mistress Harland. Ahora le toca a usted. Sólo quiero hacerle una pregunta —dijo en tono triunfante—. Si yo le dijese que Ellen murió envenenada, que le administraron una fuerte dosis de arsénico, ¿qué respondería?

Tan grande fue la sorpresa de Harland que se desplomó sobre una silla. Quinton prosiguió implacable:

—No se preocupe por mí. No tengo prisa. Medite. Si yo le dijese eso, ¿qué respondería?

2

La inesperada pregunta de Quinton le hizo recordar a Harland dos escenas de su vida pasada.

El día que salieron de Boston camino del Norte, Ellen intentó en vano hacer las paces apelando a todos sus medios de seducción. Al darse cuenta de su fracaso, había dicho:

—Bien, sigamos… —hizo una pausa— hasta Bar Harbor. Y en la mañana del día de su muerte, cuando la cabeza de una foca se hundía en las aguas hizo recordar a Danny y exclamar casi fuera de sí: «¡Tenemos que terminar para siempre!», ella le había dicho entonces—: Bueno, Richard, no te pongas tan trágico. Hace un día maravilloso para… —y aquí otra extraña pausa—, nuestra excursión.

¿Cómo no comprendió entonces lo que veía ahora tan claramente? ¿Cómo no adivinó sus intenciones? Comprendió la verdad. Al darse cuenta de lo que había perdido para siempre, Ellen decidió terminar de una vez y suicidarse.

Guardó silencio, que Quinton rompió para preguntar:

—Y bien, ¿qué respondería, míster Harland?

—Diría que es imposible.

En realidad, se había propuesto ser leal a la memoria de Ellen. A nadie le importaba lo que él hubiese podido adivinar.

—No sólo es posible, sino cierto —respondió Quinton—. ¿Sabe cómo mueren las personas que ingieren una dosis de arsénico? ¿Conoce los síntomas?

—No.

—Pues yo sí —dijo Quinton, disfrutando con la descripción—. Suelen vomitar, sienten terribles dolores de estómago y tienen una sed insaciable. Padecen también fuertes calambres, y se retuercen desesperadamente. En sus últimos momentos, su

estado es a veces comatoso.

Harland sintió un escalofrío. Tuvo que apretar los dientes para que no viesen que le castañeteaban. Ruth le apretó el brazo cariñosamente como para infundirle valor.

Quinton siguió preguntando:

—¿Acaso no fue así como murió Ellen?

—Eso no prueba nada —repuso Harland.

—Cualquier médico verdaderamente entendido hubiese diagnosticado que Ellen murió envenenada con arsénico.

—Pero, ¿quién diablos pudo administrárselo?

—Todos sabemos que mistress Harland le dio azúcar para el café —dijo Quinton señalando a Ruth—. Sabía perfectamente que sólo Ellen lo usaría, y lo preparó especialmente para ella. Mi opinión es que ese azúcar contenía arsénico.

Harland no pudo contenerse. Su protesta fue enérgica y sincera.

—Todo eso es una condenada mentira.

—No es mentira —dijo Quinton, y tan seguro parecía de sí mismo que Harland tuvo que callar. Pero, sin embargo, callar era aceptar su teoría. Y Quinton estaba acusando deliberadamente a Ruth. Al darse cuenta, Harland olvidó su intención de respetar la memoria de Ellen y gritó:

—Suponiendo que eso fuese cierto, que Ellen muriese envenenada, estoy seguro de que se suicidó.

—Ha tardado muy poco en llegar a esa conclusión, ¿verdad? —comentó Quinton secamente. Luego preguntó—: A propósito, ¿por qué no autorizaron la autopsia? El doctor Seyffert lo sugirió, pero mistress Harland —al nombrarla se volvió hacia ella — se opuso. Al parecer, usted estaba por completo de acuerdo con ella.

—Nadie habló de autopsia.

—El doctor Seyffert propuso consultar con otros médicos.

—Sí, cuando Ellen ya había muerto.

—Bueno, bueno, olvidemos eso —dijo Quinton casi amablemente—. Ahora, otra pregunta. ¿Por qué incineraron su cadáver?

—Ellen misma me lo había pedido.

—¡Qué raro! Yo tenía entendido que había dispuesto que la enterrasen en el cementerio de Mount Auburn.

—No, míster Quinton —dijo Ruth interviniendo de pronto en la conversación—. Ellen quería que incinerasen su cadáver. Me lo dijo pocos días antes de morir. Afirmó que se lo había dicho a míster Harland hacía tiempo, y me hizo prometer que cuando llegase la ocasión yo se lo recordaría.

—Qué coincidencia, ¿verdad? ¡Qué extraño que dijese eso poco antes de morir! Es como si presintiese que podía sucederle algo.

—¡Claro que lo sabía! —gritó Harland de pronto—. Tenía que saberlo, puesto que pensaba envenenarse. Ya le he dicho que Ellen debió de suicidarse.

Quinton se levantó solemnemente y dijo con voz grave:

—Lo siento, pero el Fiscal no cree en un suicidio. Por el contrario, acusa a mistress Harland de asesinato.

En el silencio que se hizo de pronto, la palabra «asesinato» halló un eco prolongado. Harland vio que Quinton, la mecanógrafa y el comisario miraban a Ruth. La ciñó por el talle como queriendo protegerla, pero no pudo decir una palabra.

Quinton se levantó.

—Eso es todo —murmuró—. Comprendan que podría detenerla inmediatamente si quisiera, pero si ambos se muestran razonables preferiría coger un coche y salir para Maine.

Harland miró a Ruth. Al parecer, no estaba demasiado nerviosa. Después de admirar su actitud, dijo dirigiéndose a Quinton:

—Voy a nombrar un abogado. Quiero deshacer todo este absurdo enredo.

Pero Ruth movió la cabeza y dijo:

—No busquemos más complicaciones, Dick. Además —añadió sonriendo y volviéndose a Quinton—, entiendo de leyes lo suficiente para saber que nada resolveríamos. Puede obligarnos a seguirle si así lo desea. Será mejor que le acompañemos a Maine.

3

Quinton propuso que hicieran el viaje en su coche, en el cual cabían los cinco perfectamente. Pero la idea le pareció a Harland intolerable.

—Prefiero ir en mi coche. Pueden seguirnos a cierta distancia. Le aseguro que no pensamos escapar —dijo con ironía.

—No puedo aceptarlo, míster Harland. En caso de que intentasen huir tendríamos que disparar. Prefiero vigilar de cerca a mistress Harland.

Ruth se sometió fácilmente.

—Comprende, Dick, que él no hace sino cumplir con su deber —dijo.

Pero Harland repuso enfurecido:

—Me niego a ello rotundamente. No hacemos sino darle facilidades. Si luchamos, si resistimos, sé que le retendríamos aquí más de tres semanas.

—No vamos a luchar, Dick —dijo Ruth sin perder la serenidad.

—Desde luego, siempre que míster Quinton se avenga a razones —contestó Harland—. Si se niega, la lucha comenzará en este mismo instante. Mistress Harland y yo viajaremos solos en nuestro coche. En caso contrario tendrá que llevarnos a rastras.

Hatch se levantó al oír estas palabras.

—De eso me encargo yo —murmuró.

Pero Quinton le interrumpió.

—Espere, Joe. Les seguiremos a corta distancia. No quiera ser más severo de lo

estrictamente necesario, mistress Harland —añadió dirigiéndose a Ruth.

—Estoy segura de ello —respondió Ruth—, y también de que me permitirá arreglar mi maletín antes de marchar.

—Siempre que deje que Sophy la acompañe.

Ruth salió seguida de mistress Parkins, y llamó a mistress Huston para que la ayudase. La maleta de Harland estaba aún sin deshacer. Al comprobarlo, Dick decidió aprovechar el tiempo. Llamó a Roger Pryde, su abogado, que, aunque no era en modo alguno especialista en criminología, le prometió buscar un buen abogado que pudiera encargarse de su caso y reunirse con ellos al día siguiente en Maine.

Antes de las once de la noche se pusieron en marcha. Harland y Ruth iban en su coche, y Quinton, Hatch y mistress Parkins los seguían de cerca.

Harland estaba tan nervioso que apenas podía conducir. Por eso, más que por consideración a Quinton, iba muy despacio. Su cólera crecía por momentos. Tenía las mejillas rojas, los labios apretados y las manos crispadas sobre el volante. Sentada a su lado, Ruth pasó una mano por su brazo. Cuando al fin notó que los músculos del brazo de Harland se aflojaban, dijo aliviada:

—¿Te sientes mejor, querido?

—Dime, Ruth, ¿es real todo esto? —preguntó él—. ¿No será simplemente una horrible pesadilla?

—La acusación de que soy víctima hace que me sienta mucho más importante —dijo Ruth intentando animarle. Sólo un momento su voz pareció quebrarse.

—Es absurdo —dijo Harland—. Quinton debe de odiarme porque en otro tiempo Ellen me prefirió a mí. Puede formular la acusación que se le antoje. Mañana mismo pondremos en claro todo esto.

—Pero supongamos por un momento que aquel azúcar contuviese arsénico en realidad, Dick. ¿Cómo ha podido saberlo Quinton?

A decir verdad, Harland no había tenido tiempo de meditar en la situación.

—No sé. Es muy extraño…

—¿Qué se hizo de la cesta de la merienda, Dick?

—Debimos de dejarla en la playa. No recuerdo bien.

—Probablemente, Leick la recogió.

—Es imposible. No volvió a la casa de la playa. Nos acompañó a Boston, ¿recuerdas? Y luego marchó a los bosques. Nos separamos en Bangor.

—No obstante, pudo recogerla aquella misma noche, mientras nosotros estábamos con Ellen. Tuvo tiempo de sobra, después de acompañar al médico.

Antes de contestar, Harland meditó largamente.

—Si Leick la recogió, no puede habérsela entregado a Quinton. Y aun suponiendo que lo hubiese hecho, ¿no se sirvió Ellen todo el azúcar?

—Creo que no. Recuerdo que puse mucho en el sobre y que lo cerré. Ella rompió una esquina y echó en su taza el que quiso.

—Debió entonces de guardar el sobre en la cesta. Y Quinton, de una forma u otra,

ha logrado hacerse con él —dijo Harland con amargura—. O tal vez mienta… Quizá lo pusiera él allí.

—No lo creo capaz.

—¿Sabes, Ruth? —dijo Harland de pronto—. Creo que Ellen se suicidó.

—¿Por qué, Dick? ¿Qué motivos tenía para hacerlo?

Harland vaciló antes de contestar. ¡Hacía tanto tiempo que había decidido sellar los labios! Pero comenzaba a pesarle demasiado el silencio. Optó por confesar:

—Le había dicho que pensaba separarme de ella. Hacía tiempo que lo había decidido, pero sólo aquella mañana me atreví a decírselo.

Ruth palideció intensamente. Fijó los ojos en la carretera, pero con una mano apretó suavemente el brazo de Harland.

Y entonces Harland le dijo lo que había creído que nunca llegaría a confesar. Le contó cómo murió Danny, y escuchó las frases de cariñosa compasión de Ruth. No omitió detalles. Desatada su lengua, parecía hallar un placer en hablar.

—Ellen ignoraba que yo estaba enterado —siguió diciendo Harland—. Tardó bastante en saberlo. El caso es que aquel día, mientras yo intentaba reanimar a Danny, me dijo que íbamos a tener un hijo. Comprenderás que no podía confiar a nadie la verdad, ni siquiera darle a entender que había visto lo que sucedió. Intenté sacar todo el partido posible de la situación, no matar para siempre nuestro cariño. Tal vez lo hubiese logrado si el niño llega a vivir, pero… murió. Discutimos aquel mismo día. Me acusó de estar enamorado de ti (ahora comprendo que tenía razón y que ya por entonces debía de amarte), y me hizo perder la serenidad hasta el punto de decirle encolerizado que sabía que había matado a Danny. Después —continuó Harland—, intentó por todos los medios reconquistarme, sin conseguirlo. Creo que por eso se suicidó.

Ruth le cogió una mano y se la besó varias veces.

—¡Ah, querido —murmuró—, cuánto has sufrido!

—Todo acabó desde que supe que me amabas.

—Quiero que seas dichoso. Quiero ser muy buena para ti.

—Lo has sido ya. Lo eres aún.

—¡Pensar que hemos llegado a esto! Me importa más por ti que por mí.

Siguieron avanzando en silencio. Ruth se acercó a él. Las luces de los faros de Quinton iluminaban la escena. Harland podía, inclinando la cabeza, contemplar claramente los ojos serenos y profundos de Ruth. Cuando sus miradas se encontraban, Ruth sonreía.

—¿Por qué se habrá metido Quinton en esto? —preguntó Harland de pronto. Ruth no respondió, y él prosiguió—: Tal vez ha planeado largamente su venganza. Quizás haya esperado hasta este momento, en que somos tan felices, para herirnos mejor.

—Basta, querido. Deja de atormentarte. Esperemos a saber algo concreto.

—Eres maravillosa.

—Tú también lo eres.

—¿Por qué te olvidas de ti por completo? —protestó él—. ¿No comprendes que es a ti a quien acusan?

—Sólo pienso en ti, querido. Quisiera librarte de este sufrimiento, evitártelo por cualquier medio.

—¿Sufrimiento? —dijo él con repentina y extraña energía—. Nada de eso, Ruth. Agradezco la ocasión que me permite luchar por ti, hacer algo por ti. Quinton me ha hecho un favor. Me ha dado la oportunidad de demostrarte cuánto te quiero.

—No tienes que demostrármelo —repuso ella sonriendo—. Sé perfectamente que me quieres.

—Bueno, pues lo demostraré al resto del mundo —dijo Harland.

En aquel momento llegaron a Portsmouth, cerca de Maine. Al pasar el puente, el coche que los seguía apresuró la marcha y les tomó la delantera. Luego se detuvo en medio del camino. Harland frenó. Quinton y Hatch se acercaron a ellos.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Harland con aspereza.

La sonrisa de Quinton fue como un grito de triunfo.

—Que estamos en Maine. Mistress Harland, puede considerarse detenida. Tengo una orden de arresto contra usted, dictada por la policía de este Estado. Se le acusa de asesinato. Harland, el resto del viaje lo hará usted en compañía de Hatch. Está requerido como testigo. Mistress Harland, subirá a mi coche. Irá usted conmigo.

4

Perry Harbor es una ciudad de dos o tres mil habitantes, y se extiende en la falda de una montaña y sobre el mar. Sus calles son casi todas paralelas a la plaza que en forma de triángulo se abre en su centro, rodeada de blancos arces y altísimos olmos. La cárcel se halla en la misma cumbre de la montaña. El Palacio de Justicia está situado un poco más allá de la plaza antes mencionada.

Harland, junto con Hatch, que dormía profundamente, y el coche de Quinton sirviéndole de guía, llegó a las diez de la mañana. Siempre tras el coche de Quinton, se detuvo ante las puertas de la prisión en donde Ruth había de albergarse. Entró con ella y soportó a su lado la rutina de las formalidades de rigor. Sólo dispusieron de un instante de soledad.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó él.

—Perfectamente, querido. He dormido hasta que amanecía —repuso Ruth sonriendo—. Pero estoy desfallecida. Espero que aquí den bien de comer.

—Antes de que anochezca estarás en libertad —prometió Harland. Pero ella le cogió suavemente una mano.

—No pierdas la cabeza, Dick. Nos hará falta mucha paciencia. Todo esto será muy largo.

Quinton dijo entonces algo, y Harland le dio un beso de despedida. Ruth siguió

resignada a su carcelero, desapareciendo tras una pesada puerta. Quinton y Harland quedaron solos.

—Supongo que también me detendrá a mí —dijo Harland.

—Supone mal. Está usted en libertad provisional —repuso Quinton—. Confío que no intentará huir.

Había tal seguridad en su voz, que Harland se sintió impotente para luchar.

—Estaré en el hotel —se apresuró a decir—. ¿Cómo puede arreglarse la fianza para que Ruth quede en libertad?

—Es imposible —respondió Quinton—. ¿Se da usted cuenta de que está acusada de asesinato?

—¡Vamos, Quinton! Sabe perfectamente que eso es absurdo.

—El fiscal no lo cree así, míster Harland.

—Pero, ¿a qué viene todo esto? Hace más de dos años que Ellen murió.

—Carecía hasta ahora de pruebas suficientes. La noticia de su matrimonio, míster Harland, me hizo investigar… Y los hechos se aclaran maravillosamente.

—¿Qué hechos?

—Bueno, los motivos… Entre ellos, el que Ruth le amaba. Sólo entonces, tuve la prueba de que Ellen murió envenenada con arsénico, y que ese arsénico fue mezclado al azúcar que le suministraron en el café. Encontré el sobre en la cesta.

—¿Cómo consiguió la cesta?

—Poco importa eso. Lo esencial es que la tengo en mi poder.

—El arsénico pudo ser colocado en ella después de la muerte de Ellen.

—No —respondió su interlocutor moviendo enérgicamente la cabeza—. Tendrá que enfrentarse con la realidad de los hechos, míster Harland. El sobre de azúcar que le dieron a Ellen contenía arsénico.

—Entonces, sólo la misma Ellen pudo ponerlo allí —insistió Harland, fiel a su teoría.

—Fue Ruth quien llenó de azúcar el sobre. Y nadie más que Ruth quien lo cerró y luego lo entregó a Ellen.

Quinton se interrumpió para dirigirse a la puerta.

—Perdone, míster Harland. Tengo trabajo. Si le interesa puede hallarme en mi despacho. Tal vez vaya a verle al hotel.

Harland le siguió hasta la calle. Mistress Parkins aguardaba en el coche de Quinton. En cuanto a Hatch había desaparecido.

Harland se dirigió a un hotel llamado «Perry House» y dio su nombre en el registro. Observó claramente que el hombrecillo sentado ante un pupitre con una plancha de mármol le miraba con curiosidad, aunque en silencio. Tomó la maleta de Harland y una llave, y le guió hasta una habitación del segundo piso que daba a una calle en donde abundaban los garajes y los almacenes. Harland vio a lo lejos las aguas de la estrecha bahía. El «Perry House» era un hotel antiguo y, sin duda alguna, pasado de moda. El empapelado estaba deteriorado: la alfombra gastada, y la cama de

hierro hundida por el centro, como rendida por los pesos que se había visto obligada a soportar. Los cuadros que adornaban los muros eran casi familiares, de aquellos que se vendían en serie a últimos del pasado siglo. Los marcos dorados estaban sucios por el paso de generaciones de moscas. El ambiente olía a polvo, carbón, humo y desinfectantes. Harland logró abrir las ventanas después de luchar con ellas, golpeando los marcos hasta que las manos le dolieron. Después se tendió en el lecho, donde permaneció un rato inmóvil, con los brazos cruzados y la mente hecha un caos. Los ojos le escocían. Deseaba dormir y no podía conciliar el sueño. Súbitamente se dio cuenta de que tenía hambre. Se mojó la cara en el lavabo y bajó al vestíbulo. Vio que el comedor estaba cerrado, pero en un pequeño restaurante de la esquina le sirvieron un frugal almuerzo: dos huevos pasados por agua, que desde luego, hubiesen estado mejor revueltos, y un café tan malo que, aunque habitualmente lo prefería sólo, lo tomó con leche y con bastante azúcar para quitarle el mal gusto.

Volvió a su habitación, y a los pocos minutos llamaron a la puerta.

Creyó que sería Roger Pryde, pero al abrir la puerta vio a una desconocida. Era baja y vieja; a decir verdad, extraordinariamente baja y extraordinariamente vieja. Su rostro estaba cubierto de arrugas, y sus ojos parecían mayores tras los gruesos cristales de sus gafas; su cabello surgía a mechones de un sombrero absolutamente ridículo. Harland la miró detenidamente, y luego preguntó:

—¿Quién es usted?

—Miss Batten —respondió amablemente la desconocida con una voz muy tenue —. Trabajo en el periódico de la localidad, y colaboro en la Prensa de Boston.

Harland había olvidado por completo a la Prensa. Mentalmente imaginó los titulares de los periódicos de la tarde y de la mañana siguiente. Sus libros le habían hecho bastante popular para excitar la curiosidad general. Se había visto siempre acosado por periodistas femeninos y masculinos que intentaban siempre conocer sus opiniones y su vida. Reconociendo el valor de la publicidad, Harland se mostró siempre amable y atento con ellos, y, recordando sus meses de principiante en el *Transcript*, durante los cuales tuvo que entrevistarse con innumerables personas que no conocía, solía tratarlos bien. Estaba seguro de que la conversación era para ellos tan aburrida como para él mismo. Ciertamente, nunca había temido a la Prensa.

De pronto, la mujer que tenía ante sí logró excitar todos sus temores, porque tras ella adivinó a una multitud de redactores, editores y linotipistas aguardando…, aguardando para ofrecer al público de toda la nación una sensacional historia. «La esposa de un afamado autor detenida por asesinato»; «Mistress Harland acusada de envenenamiento»; «Novelista en triángulo amoroso». Su mente imaginó más de cien frases igualmente desagradables. Desde el siguiente día, su historia aparecería en la primera página de todos los periódicos de la localidad.

Por eso, y a pesar de que miss Batten era pequeña y frágil, vio tras ella un poderoso ejército, y decidió darle cuanta beligerancia se merecía.

—Siéntese —dijo Harland—. Siéntese usted, por favor.

Miss Batten obedeció. Su paso era corto e inquieto, como el de una gallina.

—Sabemos por míster Quinton que mistress Harland ha sido detenida. También conocemos la acusación que pesa sobre ella —explicó—. He enviado a Boston un reportaje sobre el caso. Lo lamento, pero…

—Comprendo, comprendo.

Miss Batten vaciló, como si quisiera darle tiempo para pensar. Siguió hablando de ella, y al oírla, Harland comenzó a encontrarla simpática.

—El dinero que obtengo con el trabajo que pudiéramos llamar «extra» no lo gasto; lo pongo en el Banco. Cuando haya reunido lo suficiente, me tomaré unas buenas vacaciones. Un año entero. Pienso dar la vuelta al mundo —a pesar de su edad, parecía llena de entusiasmo juvenil—. Creo que dentro de dos años tendré la suma necesaria. Claro que no abundan aquí las noticias sensacionales, pero en veinte años he conseguido algunas.

—Supongo que ésta le habrá parecido magnífica. Es un buen tema —dijo Harland no sin cierta amargura.

—Sí, pero… Los periódicos importantes enviarán a sus propios reporteros. Esperamos que esta noche lleguen por lo menos doce. Tengo que darme prisa —aunque parezca imposible, miss Batten se ruborizó al hablar—. Que esto sirva de excusa para la molestia que con mi visita puedo causarle. No me gusta hacerlo. Comprendo que estará usted preocupado, pero, indudablemente, tendrá algunas declaraciones que hacer.

—Naturalmente —repuso Harland riendo con amargura—. Podría estar hablando durante toda una semana.

—¡Oh! —dijo miss Batten alarmada—. No pretendo tanto. Me conformaré con unas declaraciones.

—Comenzaré por ésta. Hemos sido víctimas del más alevoso, del más terrible insulto que…

—¿Le importa empezar otra vez? —dijo miss Batten interrumpiéndole—. La frase es demasiado fuerte. Y hasta infantil. Parece desprenderse de ella que son ustedes víctimas de una persecución, y nada más lejos de la verdad. Míster Quinton y el jurado no hacen sino cumplir con su deber.

Harland la miró con repentino respeto, y repuso admirado:

—¿Sabe usted, miss Batten, que yo también he sido periodista? En mi tiempo, los reporteros solíamos atormentar a la persona con quien nos entrevistábamos hasta ponerla furiosa y obligarla a decir lo que no deseaba. Según parece, usted tiene otro sistema.

—Desde luego —respondió miss Batten—. ¿Para qué atormentar a quien ya está atormentado de sobra?

—Gracias. Bien; ¿cómo cree que debería comenzar mi declaración?

—Verá usted. Le diré algunas cosas que quizás ignore. Míster Quinton ha dado sobre el caso un informe completo. Lamento no haberlo tenido a mano, porque lo

envié con mi artículo. Decía en él que su primera esposa murió envenenada con arsénico y que fue la actual mistress Harland quien puso el veneno en cierto sobre de azúcar que le dio a la difunta para el café. Dice que ese azúcar contenía arsénico.

—Comprendo. Quiere utilizar la Prensa como arma en su favor.

—Le diré un secreto, míster Harland —prosiguió diciendo su interlocutora—. El Fiscal General está de vacaciones. Creo que míster Quinton trata de beneficiarse con esta inesperada publicidad.

—¿Forma eso parte de su deber? —preguntó Harland sonriendo irónicamente.

—No, míster Harland. Su deber se limita a actuar contra los criminales. Pero es justo que saque cuanto provecho pueda de su trabajo mediante la publicidad. Creo que usted debería hacer lo mismo. Valerse de la Prensa. Por ejemplo…, dígame, ¿es cierto que la primera mistress Harland murió envenenada?

—No sé una palabra de eso.

—¿Estaba usted a su lado cuando murió?

—Naturalmente.

—¿Sospechó entonces las causas de su muerte?

—No. Hacía mucho tiempo que padecía del estómago. No era el primer ataque que tenía. Me pareció uno de tantos, si bien más intenso.

—Míster Quinton afirma que hay pruebas convincentes de que fue envenenada.

—El Jurado tiene la palabra, ¿no cree?

—Sí, sí, desde luego. Pero si es cierto que murió envenenada, ¿qué opina usted de ello?

Harland dudó antes de contestar. No sabía si hablar con sinceridad y decir lo que creía: que Ellen se había suicidado. Adivinó las preguntas que se suscitarían, todas ellas incontestables. Antes de decidirse a hablar, oyó decir a miss Batten:

—Retiro esa pregunta, míster Harland. No le veo dispuesto a contestar. Será mejor para usted que diga que no sabe nada de nada, que todo le ha sorprendido profundamente, que le parece algo irreal, una especie de pesadilla. Será mucho mejor, ¿no cree?

—Tiene usted razón —dijo Harland agradecido—. Además, es cierto. Nada puedo decir porque nada sé. Sólo de una cosa estoy seguro: de que mi esposa es inocente.

—Desde luego.

—Le agradeceré que componga a su gusto el artículo, procure que no quede demasiado mal y que diga lo más acertado. Y alárguelo cuanto pueda, miss Batten. Saque todo el partido posible de la situación.

—Es usted muy amable. De todos modos, tendré cuidado. ¿Quiere leer el artículo antes de que lo entregue?

—Si usted lo cree oportuno…

Miss Batten se levantó.

—Bien, ya veremos cómo queda. No quiero ahora molestarle más. Y gracias por

su amabilidad.

Antes de salir murmuró solícita:

—Creo sinceramente que le conviene dormir. Desnúdese y métase en la cama. Si lo desea, puedo traerle píldoras para los nervios. Tengo en casa las que suelo usar desde hace años.

—Gracias —respondió Harland—. Estoy seguro de que dormiré perfectamente.

Cuando estuvo a la puerta se volvió para decir:

—¡Ah! Y si algún día tiene usted noticias interesantes para la Prensa, espero que se acuerde de mí.

—Desde luego —prometió Harland.

Cuando se quedó solo, se extrañó de sentirse mucho más animado. Indudablemente, miss Batten le había proporcionado un inesperado consuelo. Decidió seguir su consejo. Se desnudó y se acostó. A los pocos instantes dormía como bajo los efectos de una droga.

5

Dormía aún cuando Roger Pryde llamó a su puerta. Tenía diez años más que Harland; era muy alto y de cabellera oscura y rebelde, tan rebelde que se había resignado hacía tiempo a ir mal peinado. Cuando terminó sus estudios en la Facultad de Harvard, comenzó a trabajar con su padre, abogado también, que se dedicaba a cuestiones mercantiles y de impuestos. Se casó con una muchacha a quien conocía desde la infancia. Había estado varias veces con su esposa en casa de Harland, invitado a cenar. Igualmente Ellen y Richard habían cenado en la suya. Comunicó a su cliente y amigo que había contratado los servicios de Nathaniel Pettingill, el mejor criminalista de Maine, para defender a Ruth. Se abstuvo en absoluto de hacer preguntas, y Harland se lo agradeció profundamente. Cuando míster Pettingill llegó, se mostró más curioso. Era de alta estatura, cargado de espaldas y de mirada soñolienta. Sin embargo, su inteligencia era viva y despierta. Harland no tardó en respetarle y apreciarle. Atendiendo a las respuesta perspicaces de míster Pettingill, Harland explicó cuanto sabía, omitiendo únicamente lo ocurrido con Danny. Haría cuanto estuviese en su mano por Ruth, pero confesar que Ellen dejó morir a Danny no podía beneficiar en nada a aquélla.

Cuando el abogado le preguntó su opinión, Harland dijo que Ellen le amaba y que al darse cuenta de que le había perdido para siempre decidió suicidarse.

—No hay defensa posible en ese hecho, a menos que pueda ser probado —reflexionó Pettingill—. ¿Sería capaz de declarar así como testigo y afrontar cuantas preguntas pueda su declaración suscitar?

—Escúcheme —respondió Harland con vehemencia—. Estoy dispuesto a todo. Sería capaz de coger el edificio de la prisión sobre mis hombros y arrojar hasta el

último ladrillo a la bahía si eso hubiera de ayudar a Ruth. Diré la verdad o mentiré; ambas cosas si es necesario. Pero déjeme que añada que todo eso es ridículo. No sé si reírme de tanta ridiculez o si chillar por la tragedia que representa para nosotros. Me gustaría darle un buen puñetazo a Quinton.

—Con lo cual nada arreglaría —observó el abogado sonriendo.

—Quinton sabe perfectamente que todo es mentira. Conoce a Ruth desde hace muchos años.

—¿Tiene algo en contra de ustedes? —preguntó Pettingill.

—Que me casé con Ellen.

—Comprendo —dijo Pettingill—. Quinton no habrá perdonado el ultraje. Pero tampoco se atrevería a tanto sin contar con una buena base para la acusación. En fin, me entrevistaré con él. Le sonsacaré.

—¿Cree que conseguirá una información?

—Desde luego. Supongo que la acusación no tratará de sorprendernos.

Al regresar de su entrevista con Quinton, Pettingill parecía grave y preocupado.

—El caso, a simple vista, es como sigue —explicó—. Motivos: la muerte de mistress Harland beneficiaba mucho a la segunda mistress Harland, que era su heredera. (Bueno, será mejor que las llame a las dos con el nombre propio. De este modo evitaremos confusiones). La muerte de Ellen permitía a Ruth casarse con usted. Al parecer, Ruth podía fácilmente procurarse arsénico. Ella misma declara que preparó el azúcar para Ellen. Además, sabía perfectamente que sólo Ellen iba a tomar azúcar en el café.

Harland asintió. Pettingill siguió diciendo:

—Quinton dice que Leick vio cómo Ellen colocaba el sobre en la cesta. Analizado el azúcar, se descubrió que contenía arsénico. Los síntomas de la enfermedad de Ellen coinciden con los síntomas del envenenamiento por arsénico. Y, por último, parece ser que en la habitación de Ruth, en su casa de Bar Harbor, se ha encontrado escondido un frasco de arsénico.

—¡Todo eso es ridículo! —exclamó Harland haciendo un ademán de impotencia y riendo con desesperación—. ¡Es una locura!

Míster Pettingill sonrió.

—¿Preferiría usted que la causa fuese sobreseída?

—¡No! —gritó Harland—. Nada de eso: ¿Es que no ha leído usted la Prensa de Boston? ¿No se da cuenta de que pronto lo sabrá todo el país? Veinte periodistas procedentes de Boston, Nueva York, Portland y Augusta llegarán esta noche para entrevistarse conmigo y hacerme hablar. No es que quiera hacerles reproches. Es su trabajo. Lo que quiero decir es que todos los habitantes de los Estados Unidos sabrán muy pronto que Ruth ha sido detenida por haber envenenado a Ellen. Sobreseer la causa sería contraproducente, como el antiguo veredicto escocés de «libertad por falta de pruebas». Tenemos que ventilar el asunto ante los jueces y ante el público.

Cuando Pettingill habló con Ruth obtuvo una respuesta parecida. Harland

sospechó que el abogado había consultado con ella sólo para comparar las reacciones de los dos.

—Quiero que se celebre la vista. Si usted consiguiera un sobreseimiento, el público podría pensar que habíamos hecho trampa. Quiero enfrentarme con la justicia para que todos conozcan la verdad. Y cuanto antes mejor —añadió con una ligera sonrisa—. En realidad, este hotel no resulta muy cómodo.

—Desde luego. Quinton tiene pruebas suficientes para exigirlo —repuso Pettingill con franqueza. Luego preguntó mirando a uno y a otro—: ¿Sospechan por qué ha tardado tanto en mover este asunto? Hace tiempo que Ellen murió.

Ni Harland ni Ruth supieron qué contestar. Pero no tardaría en saber a qué atenerse, y por dos distintas fuentes de información. Cierto día, miss Batten se presentó en el hotel para ver a Harland. Pettingill había intentado activar el asunto, pero faltaban unas semanas para celebrarse la vista. El motivo de su visita fue confiar a Harland unas habladurías que habían llegado a sus oídos, por mediación de cierta amiga, empleada en la oficina de Quinton.

—Suelo obtener por su conducto buen material para mis reportes —explicó miss Batten—. Pero, por favor, no diga a nadie cómo ha sabido lo que voy a confiarle. Mi amiga me dice que hace algún tiempo míster Quinton recibió una carta que le dejó muy excitado. Llamó a mistress Parkins y al comisario Hatch, y juntos fueron a buscar una cesta que tenía en su casa. Con dicha cesta se trasladaron a casa de cierto químico de Augusta. Después se entrevistaron con un tal doctor Seyffert, con Leick Thorne, con mistress Freeman, la cocinera de los Berent en Bar Harbor, y con otras personas. A su vuelta hizo la acusación.

—¿Una carta? —preguntó Harland extrañado.

—Sí —repuso ella—: Supongo que un anónimo. Al menos, nadie ha podido saber su procedencia. Creí que este dato podría interesarle.

Harland asintió agradecido. Ni él ni Ruth adivinaron de quién podía ser la carta. Dos o tres días después, Roger Pryde, que había regresado a Boston hasta que comenzase la vista, escribía a Harland lo siguiente:

He recibido una información importante. El viejo Carlson, del «Security Trust», estuvo empleado en nuestras oficinas tiempo atrás. Entre las muchas fortunas que ha administrado figura la del profesor Berent y la de Ellen después de la muerte de sus padres. Esta mañana me ha hecho ciertas confidencias, que está dispuesto a jurar que son veraces.

Dice que ocho o diez días antes de morir, Ellen fue a hacer testamento, dándole a la vez un sobre cerrado que sólo debía abrir en caso de que su esposo se casase si ella faltaba. Al enterarse de su boda con Ruth, cumplió lo prometido, y halló dentro otra carta cerrada, dirigida a Quinton, y una nota rogándole que cursara dicha carta si usted se casaba con Ruth.

En caso de que usted hubiese contraído matrimonio con otra mujer, dicha

carta debía ser destruida sin abrirla. Aquel mismo día la envió por correo. No sabe lo que decía ni quiere que este asunto trascienda si no es absolutamente necesario. Tiene por norma mantener secreta la voluntad de sus clientes, pero como sabe que somos amigos pensó que esta información podía sernos de utilidad. Puede decir a míster Pettingill cómo hemos sabido esta noticia.

Inmediatamente llevó Harland la carta a Pettingill, quien la estudió con atención.

—Bien, ¿qué le parece? —preguntó.

—No tengo la menor idea —repuso Harland moviendo la cabeza y llevándose ambas manos a la frente—. Ni siquiera puedo adivinarlo —confesó—. ¿No sería posible que Quinton le leyese esa carta?

—Lo dudo —dijo el otro—. Tampoco creo que esa carta pueda constituir una prueba, a menos que exista en ella una declaración jurada, cosa que no creo. Es posible que Quinton alegue que la carta no es una prueba, para no tener que enseñármela. No. Tendremos que aguardar. Le obligaremos a mostrarla ante el Jurado. A menos que —miró a Harland fijamente— Ellen haya escrito algo que no quiera usted que se haga público.

—¡De ninguna manera! —exclamó Harland—. No tenemos nada que ocultar —dudó un momento, recordando la muerte de Danny, pero pronto alejó esta idea de su mente—. No tenemos nada que ocultar —repitió—. Ruth y yo queremos claridad ante todo. Claridad y franqueza.

Pettingill carraspeó. Harland comprendió que se había dado cuenta de su ligera vacilación. El abogado se limitó a decir:

—Bien. Consultaré con *mistress* Harland.

Ruth se mostró de acuerdo con su esposo.

—La verdad no nos asusta, míster Pettingill —insistió—. Sé que algunas veces los abogados ocultan datos que pueden perjudicar a sus defendidos, pero no es éste el caso. No sé lo que Ellen pudo escribir en esa carta, pero ningún daño conseguirá hacernos. Y si dice mentiras, probaremos que son sólo eso: mentiras…

Míster Pettingill dijo pensativamente:

—Bien, eso puede impresionar favorablemente al Jurado. Comprenderá que no queremos ocultar ni el más pequeño indicio. A decir verdad, los miembros del Jurado odian que los abogados ocultemos a sabiendas datos que ellos desean saber. En fin, veremos cómo acaba esto.

Así fueron transcurriendo las semanas, hasta que al fin llegó el día señalado para la vista.

Capítulo XIII

1

Las largas semanas de espera fueron para Ruth más llevaderas gracias a su amable guardiana de la prisión. Se llamaba mistress Hayward, y era viuda desde hacía unos años. Poseía un carácter alegre, y tenía dos hijos de más de diez años. Solía sentarse ante la celda de Ruth y hacer punto tranquilamente, sin dar tregua a su lengua ni por un momento.

—Cuando se acostumbre no lo pasará aquí tan mal como cree —dijo el primer día que la vio—. Para mí, esto es un hogar. Mi padre fue *sheriff* durante veinte años, y puede decirse que me crié en la cárcel. La casa del *sheriff* está exactamente al lado de este edificio, y es como una prolongación del mismo. Cuando quedé viuda y me ofrecieron el empleo, acepté gustosa. Era como volver a casa. Claro que mi trabajo es circunstancial, pues sólo presto servicio cuando la persona detenida es una mujer, lo que no es muy frecuente. Además suelen ser mujeres vulgares… Su caso es distinto. Me encanta estar aquí.

Ruth preguntó si su trabajo le parecía deprimente.

—Verá usted —murmuró ella con una risita ahogada—. Por el hecho de tener que trabajar, todos los empleos parecen al principio deprimentes. No soy muy activa, pero cuando uno se acostumbra, la cárcel no es peor que otros lugares, y muchos de los detenidos son gente simpática, algunas veces más simpática que la que anda por las calles. Además —añadió sonriendo—, necesito dinero. Tengo que mantener a mis dos hijos, y el trabajo es interesante. Todos los casos son distintos.

Cuando llegó el día señalado para la vista, mistress Hayward avisó a Ruth para que se preparase, haciendo con su presencia menos difícil la escena.

—Es hora de partir —dijo mirándola con aire de aprobación y añadiendo a renglón seguido—: Está usted muy bonita.

Después la ayudó a ponerse el abrigo e intentó animarla con su conversación.

—El *sheriff* nos llevará hasta el Palacio de Justicia. El comisario Hatch nos acompañará. Creo que tiene interés en que la Prensa publique su fotografía. Pero no se lo tome a mal. En realidad, es un buen hombre.

Cuando, escoltada por el *sheriff* Sohier, llegó al coche que aguardaba en la calle, Ruth se enfrentó con seis fotógrafos que la enfocaron con sus cámaras, las cuales, al cubrir sus rostros casi por completo, les daban un extraño aspecto de monstruos. Hatch aguardaba en el interior del coche, en el asiento delantero.

El *sheriff* se sentó al volante, y Ruth y mistress Hayward en el asiento posterior. Los fotógrafos subieron a otros coches, y la comitiva se puso en marcha. Al llegar al Palacio de Justicia, Ruth tropezó de nuevo con ellos. Al penetrar en los oscuros pasillos del interior no pudo menos que sentir un profundo alivio. El *sheriff* abría paso entre la multitud curiosa, hasta que por fin mistress Hayward y Ruth se hallaron

solas. La espera fue breve. A los pocos minutos, Ruth entró en la sala escoltada por mistress Hayward y por el comisario Hatch.

Al principio creyó que había en ella cientos de personas, y vaciló antes de entrar. Había sentido como si la atravesasen las fijas miradas de muchos ojos. Hatch la cogió de la mano, conduciéndola firmemente al lugar que le fue destinado, entre Harland y míster Pettingill. Roger Pryde, sentado junto a éste, se incorporó levemente cuando ella se aproximó, saludándola con una sonrisa. Harland le apretó cariñosamente la mano. Hatch y mistress Hayward se sentaron detrás de la acusada.

Haciendo un esfuerzo, Ruth miró alrededor. La sala en donde se iba a celebrar la vista estaba situada en el segundo piso del edificio. Sus grandes ventanales daban a tres calles distintas. Con excepción del lugar en que debían de sentarse los miembros del Jurado, todos los bancos y sillas estaban ocupados. Más allá del estrado, frente al lugar destinado al Jurado, habían unas mesas largas, reservadas a los periodistas. Ruth calculó que había unos treinta entre mujeres y hombres. Algunos la miraban; otros escribían, y los demás hacían un apunte de sus rasgos en cuadernos de dibujo. Quinton, mistress Parkins, el Fiscal General, Shumate, y un joven desconocido se hallaban ante una mesa muy próxima, casi al lado de la suya. El juez Andrus ocupó su asiento. Era un hombrecillo de mejillas sonrosadas, cabello blanco y anchas cejas hirsutas y negras que contrastaban con el resto del rostro.

Cerca de él, bajo la alta tarima en que estaba colocado su sillón, se hallaba un empleado judicial, y en el extremo izquierdo, junto al lugar en que debían declarar los testigos, estaba el taquígrafo oficial dispuesto a tomar buena nota de la vista.

La elección del jurado no fue molesta. Míster Pettingill siguiendo instrucciones de su cliente, no intentó siquiera obstruir los trámites, pero Quinton fue más exigente. Al cabo de una hora, el Jurado estaba constituido, y Quinton se levantaba para abrir la sección.

Ruth se dio cuenta de que para estar a la altura de las circunstancias Quinton se había vestido cuidadosamente. Su traje era flamante: el cuello, tal vez demasiado apretado; tenía el cabello brillante y muy bien peinado. Por una vez, siquiera, en su rostro no brillaba la sonrisa habitual. Sus mejillas estaban enrojecidas, y Ruth pensó que pronto comenzaría a sudar. No obstante, hubo de reconocer sus dotes de orador. Sus frases fueron concisas y cuidadas. A pesar de su proverbial valor, Ruth sintió miedo.

—Ante nosotros comparece, Ruth Harland, acusada de haber envenenado con arsénico a Ellen Berent, primera esposa de Richard Harland, el día cinco de setiembre de hace dos años. Desde entonces, la acusada se ha convertido en la señora de Harland.

Ruth oyó su nombre en labios de Quinton con absoluta indiferencia. Le parecía que hablaba de otra persona, de una desconocida. Quinton siguió diciendo:

—Ellen Berent Harland era hija del profesor Berent y de mistress Berent, familia que durante muchos años tuvo en Bar Harbor su residencia veraniega. Ruth Berent

Harland era sobrina del profesor, hija de un hermano, pero al quedar huérfana, siendo muy niña el matrimonio Berent la adoptó legalmente. Ellen y Ruth se criaron como hermanas.

Al oírle, a la mente de Ruth acudió el recuerdo de su lejana infancia. Los celos de Ellen y sus malos tratos, la ternura del profesor Berent… Pero por encima de todos los fantasmas, la voz de Quinton se elevó tajante:

—El profesor Berent la trató siempre como a una hija. Era muy rico, y en valores asignó importantes créditos a su esposa e igualmente a Ellen y a Ruth. El resto de su fortuna debía ser a su muerte repartida en partes iguales entre las tres. Si Ellen moría, la fortuna de Ruth quedaba doblada, hasta alcanzar la cifra de un millón de dólares.

«La avaricia, la codicia —prosiguió Quinton—, han inducido en el pasado a muchos hombres y mujeres al crimen, pero es mi deseo hacer constar que en el caso de Ruth Berent fue algo más que una simple ansia de dinero lo que la hizo dar muerte a su hermana.

»Hace cuatro años (los hará precisamente este verano), mistress Berent, Ellen y Ruth fueron a pasar unos días a cierto rancho de Nuevo México, perteneciente a un buen amigo de la familia. Richard Harland estaba invitado también. A las dos semanas de convivir en el mismo lugar, Harland se casó con Ellen».

Al pronunciar la última frase, la voz de Quinton se hizo más dura y acerada. Ruth comprendió su reacción. Recordaba con toda claridad su cólera al llegar al rancho, demasiado tarde para evitar aquel matrimonio.

El Fiscal llenó un vaso de agua, bebía unos sorbos y continuó:

—La acusación tiene pruebas suficientes para demostrar que, apenas transcurridos dieciocho meses de su matrimonio, míster Harland comenzó a buscar deliberadamente la compañía de Ruth, dejando a su esposa, por aquel entonces encinta, sola siempre en su hogar. Existe la creencia de que ya por entonces el matrimonio no se llevaba bien. Ustedes tendrán que decidir si eso es cierto. No obstante, la situación se prolongó durante ocho meses, y en ese tiempo míster Harland siguió mostrando su solicitud por Ruth. Veintiséis meses después de la boda de Ellen con míster Harland, las dos hermanas, míster Harland y Leick Thorne salieron de excursión. Se dirigían a una pequeña granja que éste posee a unas cuarenta millas al sur de esta población. Los cuatro comieron lo mismo, con excepción de una cosa. Ellen tomó azúcar en el café. Ruego a todos que tengan presente este detalle. Y también que la acusada sabía perfectamente que sólo a Ellen le gustaba el café con azúcar y que sólo ella había de tomarlo. A última hora de la tarde del mismo día, mistress Harland (me refiero a Ellen) se puso enferma. Muy enferma. Leick y míster Harland la condujeron como pudieron a la casa cercana, y el primero corrió en busca de un médico. No obstante, cuando amanecía, Ellen dejó de existir.

»Es sabido que, desgraciadamente, muchos envenenamientos quedan sin descubrir. Si el criminal es lo bastante inteligente, sabe muy bien qué droga usar: una

que produzca los mismos efectos que cualquier enfermedad normal. Por ejemplo… Ellen padecía del estómago y había sufrido varios ataques graves. Pues bien, su enfermedad tuvo un carácter similar, y el médico que la atendía, después que míster Harland le puso en antecedentes de cuantos ataques aquejaron a la enferma previamente, declaró en el certificado de defunción que mistress Harland había muerto de “gastritis aguda”. Durante dos años siguieron las cosas su cauce normal, sin que nadie sospechara el envenenamiento de la víctima.

»También es sabido que cuando se sospecha que determinada persona fue envenenada se ordena la exhumación del cuerpo y la autopsia. Si, en efecto, la víctima murió envenenada, y especialmente si el producto empleado es arsénico, es fácil comprobarlo; el médico en cuestión preguntó si deseaba que un colega examinara el cadáver, pero Ruth y míster Harland se negaron. Llevaron el cuerpo de Ellen a Boston, donde, siguiendo las indicaciones de míster Harland fue efectuada la incineración, a pesar de que Ellen había expresado su deseo de que su cuerpo reposase en el cementerio, de manera normal, míster Harland hizo lo que quiso de esas cenizas. De esta manera, la autopsia se hizo imposible.

Al oír esto, Ruth murmuró seguidamente al oído de míster Pettingill:

—Todo eso es mentira. Ellen misma insistió en la incineración. Nos lo dijo a Dick y a mí.

El abogado asintió, y con un ademán le indicó que guardara silencio, Quinton prosiguió:

—En el pasado mes de junio, Ruth Berent contrajo matrimonio con míster Harland. Después han ocurrido algunos hechos que nos han obligado a llegar a la conclusión de que Ellen Harland murió envenenada con arsénico. Ya he dicho que los excursionistas, en el día de autos, comieron lo mismo, con excepción del azúcar que Ellen puso en su café. El azúcar restante quedó en la cesta que llevaron consigo a la playa. Analizado este azúcar, se descubrió que contenía arsénico.

»El profesor Berent murió antes que Ellen se casara. Tenía la manía de disecar animales. Para conservar las pieles utilizaba arsénico. Antes y después de su muerte, y así como también antes y después de la muerte de Ellen, fue muy fácil para Ruth conseguir un poco de dicho veneno.

»La acusación demostrará que Ruth Harland, que tenía dos buenos motivos para desear la muerte de Ellen, preparó la cesta de la merienda y, consecuentemente, el azúcar, y que ella misma entregó el azúcar a su hermana el día de la excursión.

Míster Pettingill se levantó de pronto. Ruth observó no sin cierta sorpresa que, aunque en sus anteriores entrevistas su abogado le había parecido un hombre elegante, no iba en aquella ocasión muy bien vestido. Llevaba un traje muy usado e incluso mal planchado. Al hablar ni siquiera hizo el menor intento para lucirse.

—Si Su Señoría me lo permite —dijo—, protesto por la manera especialísima con que mi colega Quinton ha expuesto el caso. No debería decir que «demostrará», sino que «hará todo lo posible por demostrar». Sólo el Jurado puede decidir si lo

demuestra o no.

Antes de que el juez respondiese, Quinton le interrumpió a su vez:

—Mi colega tiene razón. Rectifico. Intentaré demostrar la verdad de los hechos.

—Con la venia de Su Señoría —insistió de nuevo míster Pettingill—, no creo que los acontecimientos pueden concretamente ser calificados de «hechos». ¿No sería mejor llamarlos «suposiciones»?

—La acusación acepta la protesta —volvió a decir Quinton—: No queremos predisponer al Jurado en contra de la acusada, sino llegar a descubrir la verdad sobre la muerte de Ellen Harland.

Míster Pettingill se sentó. Quinton se volvió de nuevo al Jurado.

—La acusación intentará también probar, señores del Jurado, que en un registro efectuado en la casa de Bar Harbor, se halló en las habitaciones de la acusada, en un lugar que sólo ella conocía, un pequeño frasco de arsénico que decidió ocultar a todos, incluso después de la muerte de Ellen, no sé por qué causa.

—Con la venia de Su Señoría —dijo míster Pettingill levantándose de nuevo—, sugiero que mi colega se limite a hablar «de lo que sabe». Si empezamos a hablar de todo «lo que no sabemos», vamos a estar aquí hasta el próximo invierno.

Un murmullo de exclamaciones y risas acogió sus palabras. Quinton enrojeció. El juez Andrus dijo con su habitual monotonía.

—Esta última frase, «no sé por qué causa», ha de ser retirada.

Quinton, sudando como Ruth había previsto, se retractó. Luego prosiguió:

—La acusación intentará probar —y recalcó maliciosamente la palabra «intentará»— que Ruth Berent y Richard Harland se casaron el pasado mes de junio. La acusación demostrará, gracias a los hechos, que ella hacía tiempo que le amaba, que le quiso antes de contraer matrimonio con él y aun antes de morir su hermana —vaciló un instante y luego continuó—. Para demostrar que una persona es reo de asesinato es necesario, en primer lugar, probar que el asesinato fue realmente cometido; en segundo, que el acusado tuvo motivos y ocasión para perpetrarlo, y, por último, probar a plena satisfacción del Jurado que, contando con el motivo y la ocasión, el acusado cometió el crimen.

»Pues bien, la acusación probará que el azúcar que Ellen puso en su café aquel día contenía arsénico; que tanto su agonía como los síntomas de su enfermedad concuerdan con los acostumbrados en la persona que ha tomado arsénico, y, en suma, que Ellen Harland fue envenenada y que se cometió un crimen.

»Ruth Harland, la acusada, tuvo oportunidad para perpetrarlo. Tenía arsénico a su disposición. Mezcló el veneno al azúcar, que había de dar a su hermana, y se lo dio a la víctima durante la excursión, a fin de que ésta endulzase a su gusto el café. Ruth Harland, la acusada, tenía dos motivos para inducirla a cometer el crimen. A la muerte de Ellen Harland resolvería la posibilidad de su matrimonio con Richard Harland.

»Por eso, el cinco de setiembre, hace justamente dos años, la acusada, con

premeditación y alevosía, administró a su hermana una dosis de mortal veneno, y a la mañana siguiente Ellen había dejado de existir.

En la sala reinó por unos instantes un terrible silencio. Ruth se apretó las manos nerviosamente. Quinton se volvió entonces hacia los que le acompañaban, y tras una breve consulta se dirigió de nuevo al Jurado:

—La acusación requiere como testigo al doctor Emil Seyffert.

2

Ruth no había vuelto a ver al doctor Seyffert desde la noche en que murió Ellen. Le pareció más viejo, pero su voz tan ronca como antes. Tal vez su presencia poco agradable le hubiera impedido prosperar, obligándole a ejercer en una pequeña ciudad de Maine. Seguramente si hubiese sido más amable, si su voz y sus maneras hubieran acertado a infundir confianza y consuelo a sus pacientes, habría llegado a ser un médico de fama. La tragedia de su fracaso era precisamente que éste no quedaba justificado.

Sometido al interrogatorio de Quinton, explicó cómo fue llamado una noche a la casa de Leick, donde presenció los horribles sufrimientos de Ellen. Hábilmente le llevó Quinton por el camino de la deseada información. Por fin, afirmó que Ellen sufrió un desvanecimiento del que ya no logró despertar.

—Bien, doctor —preguntó Quinton—. Pero, dígame, ¿no cambió unas palabras con míster Harland antes de su muerte?

—No.

—¿La oyó usted hablar?

—Dije que tal vez hubiera comido cangrejos en mal estado, y ella contestó que Leick iba a molestarse si me oía.

—¿Dijo alguna otra palabra más, entonces o después?

El doctor pareció vacilar. Luego se sonrojó. No obstante, respondió:

—Sí. Dijo una.

—¿Quiere decirnos cuál fue?

—«Veneno».

Con un escalofrío que recorrió su espina dorsal, Ruth recordó que aquello era cierto.

—¿Está usted seguro de que dijo «veneno»?

—Sí.

—Gracias. Y díganos, ¿es cierto que propuso usted que otros médicos la viesen?

—Cuando ya había muerto —dijo el doctor más tranquilo—. Me pareció que tal vez desearan saber la opinión de un colega con respecto a las causas que pudieron provocar la muerte.

—¿Es que no estaba usted seguro de su propio diagnóstico?

Míster Pettingill trató de levantarse, pero antes de que lo hiciera el doctor Seyffert gritó:

—No se trata de eso.

Míster Pettingill parpadeó y volvió a sentarse.

—Al oírla murmurar la palabra «veneno», ¿receló usted algo? ¿Por eso solicitó la cooperación de otro doctor?

—Repito que no se trata de eso. Sabía perfectamente a qué atenerme con respecto a su enfermedad.

—¿Cómo reaccionaron los presentes ante su indicación?

—Su hermana, es decir la acusada, dijo rotundamente que no. Míster Harland la apoyó.

—Eso es todo —murmuró Quinton. Pero cuando el doctor iba ya a abandonar su sitio, añadió—: Aguarde. Tal vez míster Pettingill desee hacerle alguna pregunta.

Pettingill les preguntó con voz baja a Ruth y Harland.

—¿Es cierto que Ellen pronunció la palabra «veneno»?

—Sí —respondió Ruth lanzando un suspiro—. El doctor Seyffert no cesaba de administrarle vómitos. Dick se opuso. Entonces, el doctor dijo que se trataba de un envenenamiento, que estaba saturada de veneno. Ellen no hizo sino repetir esta última palabra.

El abogado se levantó. Con su alta figura desgarbada, parecía cada vez más inofensivo.

—Bien —comenzó a decir en tono amable y amistoso—, veo que, profesionalmente, es usted un hombre de experiencia. ¿Qué edad tiene, doctor?

—Cincuenta y un años.

—Supongo que toda la vida habrá ejercido su carrera, quiero decir, desde que terminó sus estudios. Habrá visto sanar a muchos y morir a muy pocos…

—Desde luego.

—Según el certificado de defunción firmado por usted, mistress Harland murió de una indigestión, ¿no es cierto?

—Sí. Gastritis aguda. Es lo mismo.

—¿Era ésta su opinión?

—Sí, y sigue siéndola —repuso el doctor con voz vibrante.

Hasta Ruth se sonrió. Quinton tendría que probar que el médico sufría un error, demostrar que en vez de gastritis se había tratado de envenenamiento. Pero el doctor Seyffert tenía la testarudez de la ignorancia, y jamás reconocería su error. Seguro de esto, Pettingill intentaba mostrar al Jurado, compuesto en su mayoría por granjeros y campesinos de la comarca, el carácter ingenuo del médico rural. Quería que se diesen cuenta de que el testigo, médico de cabecera de muchos de ellos, era un hombre sencillo por quien forzosamente habían de sentir simpatía. En suma, estaba preparando el fracaso del paso que Quinton iba a dar a continuación.

—En todo caso, contamos con su opinión —dijo Pettingill—. Según ésta, se trató

realmente de una indigestión. Ha afirmado usted que ejerce su carrera hace veinte o treinta años, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y sigue pensando que mistress Harland enfermó a causa de algo que comió, por ejemplo, cangrejos en malas condiciones?

—Sí.

—¿Cree que fue eso lo que le produjo el envenenamiento?

—Sí.

—¿Por eso le administró vomitivos?

—Sí, para hacer expulsar el veneno.

—¿Se opuso alguien a eso?

—Como la enferma se debilitaba por momentos, su esposo preguntó si en realidad era aquello necesario.

—¿Qué respondió usted a eso?

—Dije que había de eliminar el veneno de algún modo.

—¿Fue entonces cuando la enferma pronunció la palabra «veneno»?

—Sí.

—¿Qué cree que quiso dar a entender?

—No quiso dar a entender nada. Estaba delirando.

—Entonces, ¿no tomó usted en serio lo que dijo?

—No sabía lo que decía.

Míster Pettingill se inclinó.

—Muchas gracias, doctor. Eso es todo.

Antes de que el doctor Seyffert abandonase el lugar que ocupaba, Quinton se levantó de pronto y dijo bruscamente:

—Una pregunta más, doctor. Después que la enferma pronunció la palabra «veneno», ¿añadió algo más?

—No.

—Así, pues, la última palabra que pronunció antes de morir fue «veneno», ¿no es cierto?

—Sí.

—Nada más.

Quinton se volvió y llamó al segundo testigo, el doctor McGraw. Tenía éste una cabeza leonina con una cabellera encrespada y abundante. Quinton se dirigió a él en tono respetuoso.

—¿Su nombre?

—Robert Winston McGraw.

—¿Profesión?

—Médico forense de Suffilk, Massachusetts.

—¿Cuánto tiempo hace que ocupa ese cargo?

Míster Pettingill se levantó de un salto.

—No es necesario que se esfuerce en acreditar ante nosotros el nombre del doctor McGraw, mi querido colega —dijo en tono amable—. Todos sabemos que es una eminencia.

Quinton fingió ignorar la interrupción y prosiguió el interrogatorio. El doctor McGraw habló de su larga experiencia en casos de muerte violenta.

—Ahora, doctor —dijo Quinton—, voy a leerle un informe acerca de ciertos síntomas.

Sacó una hoja de papel del cajón de su mesa y comenzó a leer un informe, basado en las declaraciones del doctor Seyffert, en el que se especificaban las fases porque Ellen había pasado antes de morir. Cuando hubo terminado, preguntó:

—¿Podría usted, doctor, con arreglo a este informe, determinar las causas de esa muerte?

El doctor McGraw vaciló. Ruth tuvo la seguridad casi absoluta de que el médico no sentía simpatía por Quinton, y que incluso le consideraba incompetente y orgulloso. Comprendió también que había dado su testimonio en tantos juicios parecidos que sabía mucho mejor que Quinton cómo tenía que ser llevado el interrogatorio. Al fin, respondió con cierta brusquedad:

—No.

Quinton se sonrojó como si hubiese recibido un desaire inesperado. Se volvió de espaldas, vaciló y se enfrentó otra vez con el testigo.

—Suponiendo que hubiera tenido a su cargo a una enferma que presentase síntomas parecidos, ¿cómo hubiese usted procedido?

Míster Pettingill volvió a levantarse.

—Con la venia de Su Señoría —dijo amablemente—. Creo que mi colega da demasiados rodeos, y eso ha de ser molesto para él. A todos nos interesa saber lo que piensa el doctor McGraw de la muerte de mistress Harland. La defensa tiene especial empeño en que nada se oculte a los señores del Jurado. Por lo que a nosotros respecta, puede el testigo entrar en detalles sin tanto preámbulo inútil.

Los ojos del juez brillaron bajo sus negras cejas. Dirigiéndose a Quinton, dijo:

—La defensa no opone reparos a que el testigo exponga a su modo el criterio sobre la muerte de mistress Harland.

Quinton se sonrojó de humillación, pero aprovechó la oportunidad para decir:

—Doctor, tenga la bondad de darnos su opinión de acuerdo con los datos expuestos.

La voz del doctor McGraw sonó gravemente en el silencio de la sala:

—De los datos expuestos se desprende que esa mujer murió de una agudísima irritación digestiva. Pudo ser gastroenteritis, gastritis producida por causas naturales, envenenamiento producido por tomaína o algo por el estilo. También pudo deberse al arsénico o a cualquier irritación artificial. En todos los casos en que una súbita indigestión ocasione la muerte repentina del enfermo sin que haya podido especificarse la causa, está indicada la autopsia. De lo contrario, es casi imposible

diagnosticar. Examinando el contenido del estómago del enfermo, aún antes de morir, probablemente se encontraría arsénico si el envenenamiento se hubiera debido a este producto. También, naturalmente, mediante la exhumación del cadáver puede llegarse a una conclusión. Pero sin hacer la autopsia es imposible diagnosticar con exactitud las causas que han motivado la muerte a que nos referimos.

Quinton preguntó con su insistencia habitual:

—Pero, ¿pudo tratarse de un envenenamiento a causa del arsénico?

—Existe esa posibilidad.

Quinton no insistió, y como Pettingill no hizo ninguna pregunta, se requirió la presencia del doctor Rowan, de Augusta, cuya declaración fue casi idéntica a la del doctor McGraw. Después declaró un tal míster Martinsbury, a quien Ruth no había visto nunca, el cual aseguró que la incineración del cuerpo de Ellen fue llevada a cabo debidamente, y sus cenizas entregadas a Harland. Con esto terminó la sesión.

Ruth pasó aquellas breves horas de descanso en una habitación del Palacio de Justicia, en la que tanto a ella como a Hatch y a mistress Hayward les sirvieron el almuerzo en una bandeja. El policía, que tenía un apetito excelente, comió mucho y en silencio, después de lo cual, y para hacer mejor la digestión, durmió una ligera siesta. Mistress Hayward no dejó de charlar mientras comía. Cuando terminó, sacó un calcetín a medio tejer y se entregó a su trabajo, haciendo chocar ágilmente las agujas y hablando alegremente de sí misma y de sus problemas. Su lengua se movía con la misma rapidez que las agujas. Ruth la escuchaba interesada y muchas veces divertida. De ese modo, el tiempo pasó rápidamente.

3

Cuando el juez Andrus volvió a ocupar su puesto en el estrado, Quinton llamó a declarar a Leick. Ruth no había vuelto a verle desde su detención. Se dio cuenta de que el buen hombre la miraba emocionado, como queriendo demostrarle su lealtad. Sorprendida, Ruth vio que Quinton no interrogaba a Leick acerca de la excursión realizada por todos a la playa. En cambio, omitiendo toda suerte de preguntas preliminares, se refirió al momento en que Ellen había comenzado a quejarse del dolor de estómago. Hizo que Leick contase cómo él y Harland condujeron a la enferma hasta la casa, y cómo ella se desmayó durante el camino.

—Cogí unas mantas y saqué una puerta de sus goznes —explicó Leick—, la cual usamos como angarilla para poder transportarla.

—¿Qué ocurrió después? —apremió Quinton.

—Me enviaron en busca de un médico.

—¿Tardó mucho en volver?

—Dos horas aproximadamente, a pesar de la prisa que me di. No fue tan fácil hallar al doctor. Estaba oscureciendo.

—¿Qué sucedió luego?

—Él doctor Seyffert se hizo cargo de la enferma. Yo fui a la cocina a preparar la cena.

—¿Cenaron todos?

—Sí. De uno en uno. Los otros dos, entretanto permanecían junto a la enferma.

—¿Entró alguna vez en la habitación donde mistress Harland agonizaba?

—No. Mistress Harland estaba acostada.

—¿La oyó hablar?

—No.

—¿Qué sucedió después de su muerte?

—¡Oh…! Míster Harland estaba rendido. Cuando se marchó el doctor se acostó. Al amanecer, míster Harland me envió a telefonear a la funeraria, y nos preparamos para marchar a Boston.

—Exactamente.

—¿Volvió usted a la playa, al lugar donde realizaron la excursión?

—Sí. Antes de salir para Boston.

—¿Con qué propósito? ¿Por qué volvió a la playa?

—Para recoger algunas cosas. Tenía que partir para los bosques del Norte a la semana siguiente, para trabajar en la instalación de un almacén de maderas y en la limpieza de unos caminos. No podía volver hasta la primavera. Fui a recoger la olla en que cocimos los cangrejos y la cesta de la merienda.

Quinton se volvió a mistress Parkins, quien sacó de debajo de la mesa ante la que se sentaba una cesta, que Quinton mostró a Leick.

—¿Ha visto esto alguna vez?

—Sí. Es la cesta de que he hablado —dijo Leick—, o, al menos, una muy parecida.

—Solicito de Su Señoría que la cesta sea convenientemente identificada —se volvió hacia míster Pettingill y añadió—: ¿Tiene usted alguna objeción que hacer?

Pettingill cogió la cesta y la llevó hasta donde Ruth y Harland estaban sentados. Ruth dijo serenamente:

—Es la nuestra. Recuerdo este pequeño rasguño en el asa —la abrió y la halló vacía—. Repito que es la nuestra.

—La defensa no tiene nada que oponer —dijo entonces Pettingill dirigiéndose al juez.

—¿Abrió usted la cesta en aquella ocasión? —preguntó Quinton a Leick.

—No.

—¿La había abierto antes?

—Para comer los cangrejos tuvimos que utilizar algunos tenedores. Cuando terminamos, los limpié con arena y los guardé en la cesta junto con los termos. Lo mismo hice con el cangrejo que sobró.

—¿Recuerda si alguien tomó aquel día azúcar en el café?

—Solamente ella.

—Al decir ella, ¿se refiere usted a la difunta?

—Sí.

—¿Dónde estaba el azúcar?

—En un sobre. Recuerdo que tuvo que romper una esquina.

—¿Vio usted ese sobre después que mistress Harland lo utilizó?

—Sí. Ella misma lo volvió a guardar en la cesta.

—¿Qué hizo usted con la cesta cuando la hubo recogido?

—La llevé a mi casa y la guardé junto con la olla.

—¿Dónde ha vuelto a verla?

—Aquí, hace pocos minutos.

Quinton se volvió hacia el juez y dijo:

—Con la venia de Su Señoría, y si la defensa no se opone, quisiera ahora que este testigo se retirase para ser llamado más tarde. Me propongo demostrar con toda evidencia que se cometió un crimen.

El juez Andrus miró interrogativamente a míster Pettingill. Éste se levantó y dijo:

—Con la venia del Jurado, haré observar que Leick Thorne fue una de las tres únicas personas que, aparte de Ellen, estuvieron presentes en la excursión. Sería muy interesante conocer su versión.

—Me propongo llamar de nuevo al testigo a declarar —dijo Quinton.

—Bien —dijo Pettingill mirando al tribunal—, dejemos que mi colega desarrolle su teoría.

El juez Andrus asintió, y Quinton dijo:

—Eso es todo por el momento.

—Nada más —dijo míster Pettingill—. Nos reservamos el derecho de interrogar más tarde al testigo.

Leick abandonó su sitio, y Quinton se sentó después de murmurar unas palabras al oído del Fiscal General, el cual se levantó y dijo:

—Con la venia de Su Señoría, la acusación requiere al testigo Rusell Quinton.

4

Al sonar el nombre de Quinton, en la sala llena de público creció la expectación. Quinton prestó juramento y ocupó el lugar que como testigo le correspondía. Míster Shumate, de pie ante él, comenzó a interrogarle. Al mirarlos sintió Ruth que su corazón latía más aprisa, y se preguntó cuál sería el testimonio que Rusell Quinton podría ofrecer. Tras las primeras frases de rigor, míster Shumate preguntó:

—Dígame, míster Quinton, ¿es cierto que tuvo usted oportunamente noticia de la muerte de mistress Ellen Harland?

—Es cierto.

—¿Y que como resultado de esa información decidió usted hacer algo?

—Sí.

—¿Quiere hacer el favor de decirnos qué fue lo que hizo?

—Me hallaba en New Brunswick cazando patos cuando ella murió —explicó Quinton—. Sólo unos días después de mi regreso supe la noticia. Conocía a Ellen y a su padre desde hacía muchos años, y, naturalmente, sentía por ella un gran afecto. Visité al doctor Seyffert para conocer detalles.

—Continúe, por favor.

—Después de hablar con él fui a ver a Leick —prosiguió Quinton—. No estaba en su casa, pero hallé abierta la puerta y entré. En el suelo, junto a la puerta que daba a la cocina, vi una olla de gran tamaño y una cesta de las llamadas «de merienda».

—¿Se trata de esta cesta que aquí ve?

—Es la misma, en efecto.

—¿La había visto antes alguna vez?

—Sí. Fue un regalo que yo mismo le hice a Ellen Berent antes de que se casara con míster Harland.

—¿En concepto de qué le hizo ese regalo?

—Éramos… amigos —respondió Quinton. Ruth se preguntó por qué no decía la verdad, por qué no decía que él y Ellen estuvieron prometidos. Pero Quinton continuó hablando—. Cuando murió su padre fui a Boston a verla. Un día fuimos de excursión a cierta playa que hay cerca de la ciudad. Con tal motivo compré esa cesta y se la regalé.

—¿Qué hizo cuando halló la cesta en casa de Leick?

—La abrí.

—¿Cuánto tiempo hacía que mistress Harland había muerto?

—Diez o quince días.

—¿Qué encontró dentro de ella?

—La garrapiñera estaba llena de agua, y un cangrejo flotaba en ella. Vi también unos termos, tenedores, un salero, una botellita de salsa Worcestershire, un tarro de mostaza, un bocadillo durísimo y algunos buñuelos de chocolate —hizo una pausa. Luego añadió—: Tal vez no viese en aquellos momentos todo lo que la cesta contenía. Recuerdo que me limité a echar una ojeada. No toqué nada.

—¿Qué hizo después?

—Cogí la cesta y la metí en mi coche.

—¿Por qué?

—Fui un gran amigo de Ellen. Yo se la había regalado. Pensé que a ella le gustaría saber que había vuelto a mi poder.

—¿Quiere decir que se la llevó consigo?

—Sí, a mi casa. En el camino de regreso tiré el cangrejo, el bocadillo y el resto de la comida.

—¿Guardó en la cesta algo más?

—No.

—¿Se la llevó a su casa?

—Sí. La guardé en el desván.

—¿La limpió primero, o la hizo limpiar por otras personas?

—No. Pensé que tenía derecho a retenerla en mi poder y la escondí tras unos baúles.

—¿Cuándo volvió a verla?

—El dieciocho del pasado mes de junio.

—¿En qué circunstancias?

—El comisario Hatch, mistress Parkins y yo fuimos a mi casa. Mostré al primero la cesta en cuestión, y él la sacó de su escondite. Siguiendo mis instrucciones, mistress Parkins la selló con un papel engomado. Luego nos trasladamos en coche hasta Augusta y le entregamos la cesta a míster Catterson.

—Desde el momento en que depositó la cesta en el desván de su hogar hasta el instante en que el comisario Hatch la sacó de allí, ¿había usted vuelto a verla o a tocarla?

—No, señor.

—¿Sabe si lo hicieron otras personas?

—Que yo sepa, no. Estoy seguro de que nadie la había visto allí.

—Ahora, míster Quinton, dígame, ¿es cierto que visitó la casa que poseían los Berent en Bar Harbor?

—Sí.

—¿En qué circunstancias?

—El diecinueve de junio fui allí con el comisario Hatch, mistress Parkins y mistress Freeman, el ama de llaves.

—¿Con qué pretexto?

—Llevaba una orden de registro. Me interesaba registrar minuciosamente el lugar.

—¿Encontró algo durante ese registro?

—Una botella que contenía unos polvos blancos.

El Fiscal General se volvió hacia mistress Parkins, la cual, de una maleta que tenía bajo la mesa, sacó una botella. Era de cuello ancho y tapón de cristal. Ruth la reconoció en seguida. Había contenido sales de tocador, y solía guardarla en su cuarto de baño.

—¿Es ésta la botella?

Quinton la cogió.

—Sí, es ésta.

—¿Dónde la encontró? —preguntó míster Shumate.

—En un dormitorio del segundo piso, en la parte sudeste del edificio, escondida tras un trozo desprendido de zócalo.

—¿Qué hizo con ella?

—La cogí cuidadosamente, después de haberme envuelto la mano en un pañuelo. Procurando no tocarla con las manos desnudas, la sellé en presencia de mistress Parkins y del comisario Hatch. También en presencia de éstos entregué esa botella a míster Catterson, químico oficial.

—¿Sabe qué hizo con ella?

—Siguiendo mis instrucciones, hizo que míster Norton examinase las huellas digitales. Luego analizó los polvos que contenía.

—A propósito, ¿qué hizo míster Catterson con la cesta que usted le llevó?

—Rompió los sellos en mi presencia, sacó todo lo que había en ella y analizó también el contenido de un sobre que halló en su interior.

El Fiscal General se volvió hacia míster Pettingill y dijo:

—La defensa tiene la palabra.

Antes de levantarse, míster Pettingill cambió unas palabras con Harland y con Ruth:

—Es imposible rebatir esa historia. Cuenta con el constante testimonio de su secretaria y de Joe Hatch. Sólo me queda preguntarle por qué fue en busca de la cesta y por qué quiso registrar la casa de Bar Harbor. Si hago esto mencionará la carta de Ellen, y tendremos que tratar de esa carta… Tal vez la difunta escribiera en ella algo que no nos interese sacar a relucir. No quiero aceptar responsabilidades. ¿Qué les parece a ustedes?

—No sé nada de esa carta —contestó Ruth rápidamente—, pero recuerdo muy bien la botella. Contenía sales de tocador y la guardaba en mi cuarto de baño. Me la regalaron en mi cumpleaños, pero sólo la había usado una o dos veces. No me había dado cuenta de su desaparición. En cuanto al lugar del escondite, Ellen lo descubrió cuando éramos pequeñas y compartíamos esa habitación. Solía llamarlo su «escondrijo secreto». Me hizo prometer que nunca intentaría curiosear en él. El carpintero debió de olvidar clavar algún clavo, de modo que una de las tablas del zócalo podía levantarse levemente.

Pettingill asintió.

—¿Qué me dice de la carta?

Ruth miró a Harland, como consultándole.

—No queremos mantener nada oculto, míster Pettingill. Me interesa conocer el contenido de esa carta —murmuró Harland.

Pettingill vaciló.

—Bien —dijo—. Acepto su criterio de que la carta no puede perjudicarnos. —Pero pensó: «Esto significa caer en la trampa que Quinton acaba de tenderme, pero en fin…».

Se levantó: conservaba la misma actitud que adoptó desde que entró en la sala. Parecía viejo, débil y humilde.

—Bien, míster Quinton, eso de la cesta de la comida es completamente nuevo para mí —observó con un tono interesado—. Quiero asegurarme de que lo he

comprendido perfectamente. Veamos. Al parecer, hurtó usted esa cesta llena de cangrejos en mal estado porque era un regalo que hizo en otro tiempo a mistress Harland y quería conservarla como recuerdo, ¿no es así?

—No creo que mi acción pueda ser calificada de hurto.

—Bueno, cada cual tiene su opinión —dijo míster Pettingill—. Muchos de nosotros, los que vivimos en el campo, hemos dejado un día la puerta abierta y al volver hemos echado algo de menos. Si no se demuestra que algún vecino lo cogió en calidad de préstamo la verdad es que nos ponemos furiosos y llamamos ladrones a quienes se llevaron el objeto en cuestión. Otras veces, los veraneantes se llevan cosas pequeñas, como recuerdo de unos días de vacaciones. Todo eso es muy desagradable para los propietarios del lugar. No comprendo cómo la persona que lleva a cabo la hazaña se obstina en no calificarla de hurto.

Quinton no respondió. Ruth comprendió que estaba preparado para aquel ataque. Conservó la serenidad y guardó silencio. Pettingill dijo bruscamente:

—Me parece que debía usted de experimentar algún recelo cuando decidió esconderla en el desván.

Quinton siguió silencioso. Pettingill preguntó entonces:

—¿Es que en su casa nunca se hace lo que suele llamarse una limpieza general?

—Mi madre solía hacerla con gran minuciosidad. Pero hace tiempo que murió. Nadie ha limpiado el desván desde entonces.

—En fin, no crea que personalmente me preocupen mucho las limpiezas caseras —dijo míster Pettingill—. Prosigamos. Ha dicho usted que está completamente seguro de que nadie vio la cesta ni metió nada dentro desde que usted la hurtó de la casa de Leick hasta que el comisario Hatch la sacó de su escondite.

—Sí, estoy seguro —repuso Quinton.

—Bien. Y ahora, míster Quinton, vamos a hablar de la botella que encontró de modo tan providencial en la casa que los Berent poseían en Bar Harbor. Ha dicho usted que se envolvió cuidadosamente la mano en un pañuelo antes de tocarla, ¿verdad?

—Sí.

—¿Por qué?

—No quería borrar las huellas digitales que pudiera haber en ella.

—Es decir, que no quiso dejar las suyas marcadas en ella.

—Sí.

—Ahora bien, si usted pudo coger la botella sin dejar marcadas sus huellas, lo mismo pudo hacer la persona que la colocó en el escondrijo, ¿no es cierto?

Quinton vaciló.

—En efecto, suponiendo que se le ocurriese —repuso.

—Se le hubiera ocurrido a cualquiera que tuviese interés en no dejar sus huellas en la botella.

—Puede que sí.

—Y si así lo hizo, es lógico que sus huellas no aparezcan en la botella, ¿verdad? También es lógico que sólo estuviesen marcadas las huellas de la persona que había utilizado la botella con anterioridad, ¿no es cierto?

—Supongo que sí.

—Bien —dijo entonces Pettingill—. Trataré de explicarme mejor. Supongamos que la botella perteneciera a mistress Ruth Harland. En este caso es lógico que sus huellas digitales estuviesen marcadas en ella. Sigamos con la suposición. Si Ellen, valiéndose de un pañuelo, se hubiese apoderado de esa botella y la hubiera escondido en el lugar donde luego fue hallada, tendría marcadas las huellas digitales de Ruth, pero no las de Ellen, ¿no es así?

Quinton apretó los labios antes de responder.

—Supongo que sí.

—Creo que supone usted bien —dijo míster Pettingill en tono burlón—. Y ahora, mi querido colega, volvamos a la cesta. Creo que ha dicho usted la verdad en lo que a ella se refiere. Nadie confesaría haber cometido un hurto si no fuera cierto. No obstante, hay algo que no acabo de entender. Creo que ha omitido usted un detalle, y nosotros queremos llegar al fondo de la verdad. Cuantas más cosas sepamos, tanto mejor para todos. Me referiré concretamente a lo que deseo saber. Ha dicho usted que escondió la cesta en el desván de su casa, en donde permaneció dos años sin que le dedicase un minuto de atención. Al parecer, nunca subió usted a echarle un vistazo pensando en mistress Harland ni en nada parecido. Y de pronto resulta que la cesta excita su interés hasta tal punto que sube al desván con su secretaria y el comisario Hatch. Y, por si fuera poco, cogen la cesta y se la llevan a Augusta para que míster Catterson la examine. Vamos a ver, míster Quinton, ¿a qué se debe eso?

—Oportunamente recibí una información en la que se me decía que mistress Harland había sido envenenada. Pensé que la cesta podía proporcionarme una pista.

—Bien, por fin llegamos al fondo del asunto. Prosiga. ¿Quién le proporcionó tan interesante y detallada información?

Ruth apretó las manos bajo la mesa, con tanta fuerza que se clavó las uñas y se hizo daño. Luego trató de sobreponerse a su emoción. Quinton dijo:

—Recibí una carta.

—¿La lleva consigo?

—La tengo aquí —dijo Quinton, sacando de su bolsillo un sobre cerrado y sellado. Míster Pettingill lo examinó cuidadosamente, dándole vueltas entre sus manos.

—Me permito hacer constar a Su Señoría, aunque tal vez sea excederme, que el sobre está sellado y que algunas firmas figuran en el dorso. ¿Hará míster Quinton público su contenido más tarde? —su pregunta fue dirigida a Quinton.

—Lo haré cuando llegue el momento oportuno.

—Perfectamente —repuso Pettingill—. Deseo que proceda usted como crea más conveniente. Tal vez no haya llegado aún ese momento. No quisiera forzar su

opinión. Propongo un descanso de algunos minutos para que discutamos esta cuestión en privado y ante el juez.

—La vista se aplaza durante quince minutos —dijo el juez Andrus. Y mientras el Jurado salía de la sala, llamó a Pettingill y a Quinton, quienes le siguieron a un salón contiguo. El fiscal Shumate se unió a ellos…

5

El descanso, durante el cual permanecieron reunidos Pettingill, Quinton, el Fiscal General y el juez Andrus, duró treinta y cinco minutos en lugar de los quince anunciados. Ruth continuó sentada en el mismo lugar, junto a Harland. Tras ella, el comisario Hatch dormitaba. En los bancos repletos de público los murmullos eran cada vez más fuertes. De no haber sido porque pasó aquel rato intentando tranquilizar a Richard, Ruth hubiese hallado más amarga la espera. Harland no cesaba de enjugarse el sudor que le humedecía la frente y de moverse nerviosamente en su asiento. Ruth hubiera deseado abrazarle, acariciarle, proporcionarle un poco de paz… Con tantos ojos fijos en ellos, no se atrevió ni a tocarle la mano. Se limitó a decirle en voz muy baja:

—Querido, haz como si te hablase del proceso y déjame decirte cuánto te amo.

—¿Qué supones que dice esa carta? —preguntó él abatido.

—No sigas atormentándote. Mírame a los ojos. Quiero que estés seguro de mi cariño. Pronto terminará todo esto y podremos ser felices otra vez —luego añadió para distraerle—: Volveremos al rincón que tanto amamos, Dick, junto al río. Construiremos allí un mundo ideal para nosotros solos.

—Es demasiado tarde para ir este año.

—Nunca es demasiado tarde, amor mío. Nos quedaremos hasta que nieve y el río se hiele. Contrataremos una multitud de obreros, que trabajarán todo el invierno aplanando la tierra y trasplantando árboles, flores y arbustos. Construirán una casa. Tendremos tanto que hacer, que la tarea nos llevará muchos años. Comenzaremos tan pronto como acabe este desdichado asunto.

—No sabemos ni cómo va a terminar —repuso Harland sombríamente.

—¡Claro que lo sabemos! Mucho ruido y pocas nueces. Verás como dentro de dos o tres días habrá terminado todo.

Hizo cuanto estuvo en su mano para infundirle su fortaleza y su fe, hasta lograr animarle un poco. Míster Pettingill volvió a su lado.

—Sonría —dijo en voz baja. Ruth observó la agitación que se reflejaba en sus ojos—. Procure, mientras me escucha, aparecer tranquila y dichosa.

Ruth le obedeció, y Harland intentó hacer lo mismo.

—La carta es de Ellen —continuó Pettingill—. Dice que usted intentó envenenarla dos veces. La primera, en Bar Harbor, con un pastel de manzana,

inmediatamente después de morir ahogado el hermano de su esposo. La segunda, en Boston, con un plato de *curry*. Afirma que teme que lo intente por tercera vez, y que si muere y su esposo contrae matrimonio con usted, Quinton puede estar seguro de que usted la ha matado.

Ruth miró a Harland sin perder la sonrisa, que fue en su rostro una máscara.

Luego dijo:

—Las dos veces padeció uno de sus ataques acostumbrados, ¿recuerdas?

Harland asintió. No se veía con fuerzas para pronunciar una sola palabra. Entretanto, Quinton y míster Shumate volvieron a sus lugares respectivos, Pettingill sonrió, para desconcertar a quien le mirase en aquel momento.

—Puedo hacer que esa carta no sea leída en público —indicó—. No es admisible como prueba. El juez accederá si yo lo solicito.

—Que no se lea, por favor —murmuró Harland.

—Nada de eso —dijo Ruth—. Diga lo que diga, todo es mentira. Y no nos dan miedo las mentiras —añadió apretando la mano de Harland—. No te preocupes, amor mío.

Harland la miró fijamente, y después se volvió hacia el abogado.

—Creo que Ruth tiene razón —dijo más tranquilo—. Confieso que he perdido la serenidad. Ella, en cambio, conserva la calma. Haremos lo que ella indique.

El Jurado volvió a sus puestos, y el juez Andrus a su estrado.

Pettingill dijo:

—Perfectamente. Pero le advierto que va a ser realmente desagradable e incluso doloroso.

Quinton ocupó el lugar reservado a los testigos, y el defensor se acercó a él para continuar el interrogatorio.

—Prosigamos, míster Quinton. Estaba usted diciéndonos que había recibido una carta. ¿La ha leído alguien, aparte de usted?

—No.

—Diga al Jurado qué hizo con ella al recibirla.

—Después de haberla leído, la cerré y la sellé en presencia de testigos. Está todavía sellada.

—Diga quienes son los testigos.

—Mi secretaria, mistress Parkins, y el comisario Hatch.

—¿Cree que podrían identificar el sobre sellado?

—Sí.

—Y cuando lo hayan hecho, ¿nos leerá usted esa carta?

—Sí.

—Perfectamente. Aguardaremos. Nada más por ahora.

Quinton volvió a su puesto de fiscal y llamó a mistress Parkins y a Hatch como testigos. Ambos identificaron el sobre que contenía la carta de Ellen. Luego explicaron cómo recuperaron la cesta y cómo fue descubierta la botella. Sus

declaraciones fueron idénticas a las de Quinton. Pettingill se abstuvo de hacer preguntas.

—Es tan inútil como emprenderla a cabezazos con un muro —le dijo a Ruth en voz baja.

—Es evidente que mistress Parkins le ama —murmuró ella.

—Es un verdadero torneo —dijo él con cierta sequedad—. Pareja contra pareja.

—Si la defensa no tiene inconveniente —dijo Quinton— propongo a Su Señoría que demos comienzo a la lectura de la carta en cuestión.

Míster Pettingill se levantó y dijo:

—Exijo que me sea entregada. Soy yo quien debe leerla, para saber si puede ser una prueba. —Quinton vaciló, sin saber qué hacer. Míster Pettingill añadió—: Vamos, ábrala.

Quinton la abrió y se la entregó. Pettingill cogió la carta y se acercó al juez. Ambos tardaron bastante rato en leerla. Ruth sintió que su corazón latía fuertemente. En la sala reinaba un profundo silencio. Pettingill se acercó a su asiento, pero permaneció en pie. Luego dijo:

—¿Puedo preguntar a mi colega con qué propósito nos presenta esta carta?

—Para responder a una de sus preguntas. Si no recuerdo mal me ha preguntado usted por qué decidí investigar la muerte de mistress Harland.

—Con la venia de Su Señoría —dijo el abogado defensor—, me permito hacer constar que esta carta no puede ser considerada como una prueba.

Quinton le interrumpió rápidamente:

—También yo me permito observar a Su Señoría que durante el interrogatorio a que me sometió la defensa se me ha preguntado por qué decidí investigar la muerte de mistress Harland. Esta carta es mi respuesta. Y como una respuesta es la consecuencia de una pregunta, la presentación de esta carta es completamente válida.

—Si Su Señoría lo permite —explicó míster Pettingill—, diré que mi colega se ha excedido también esta vez. No intento retirar esa carta ni hacer objeciones en cuanto a su lectura se refiere. Lo que quiero es demostrar al Jurado que nada de lo que en ella se dice puede ser considerado como prueba contundente. Sólo bajo esa condición accederemos a su lectura para que mi colega Quinton pueda explicarnos por qué se decidió a intervenir en el asunto.

El juez Andrus pareció vacilar. Luego se dirigió al Jurado.

—Si existiese la menor objeción por parte de la defensa, retiraríamos esa carta inmediatamente. Como, al parecer, no hay ninguna —añadió mirando a Pettingill no sin cierta sorpresa—, autorizaremos su lectura. Pero, señores del Jurado, es nuestro deber hacer constar que su contenido no puede ser considerado como prueba, y que no tienen el deber de aceptar ni rechazar esos hechos. Han de tomar esa carta como lo que realmente es: el motivo por el cual se creyó necesario investigar acerca de una muerte —luego se volvió hacia Quinton y añadió—: Puede leer esa carta a los señores del Jurado.

6

Quinton cogió la carta y volvió a su asiento. Durante unos momentos conversó con el Fiscal General. Míster Shumate se levantó.

—Con la venia de Su Señoría —dijo—, desearía que el testigo míster Quinton compareciese de nuevo a declarar.

Quinton lo hizo así.

—Veamos, míster Quinton —comenzó a decir el Fiscal General—, ¿reconoce usted esta carta?

—Sí. La recibí el dieciocho de junio.

—¿A quién iba dirigida?

—A mí.

—¿Quién la firmaba?

—Ellen.

—¿Reconoció usted la letra?

—Sí.

—¿A quién pertenecía?

—A mistress Ellen Harland.

El Fiscal General pareció vacilar. Se volvió hacia Pettingill como esperando una interrupción. Éste lanzó un suspiro, y como si realizase un gran sacrificio se levantó y cogió una hoja de la carta, que mostró a Ruth y Harland.

—Supongo que es su letra, ¿verdad? —preguntó en voz baja.

Ambos contemplaron con curiosidad el papel. Harland, asombrado, dijo:

—Efectivamente, es su letra.

Ruth asintió. No se veía con ánimos para hablar. Pettingill devolvió la carta a Quinton. El Fiscal General le miró, esperando que dijese algo, pero míster Pettingill guardó silencio. El interrogatorio continuó:

—¿Tiene fecha esa carta? —preguntó el Fiscal General a Quinton.

—Sí.

—¿Quiere decírnosla?

—Veintinueve de agosto de hace dos años, seis días antes de que mistress Harland falleciese.

—Puede proceder a su lectura.

Ruth se dio cuenta de que Harland se movía nerviosamente en el asiento. Deseó de nuevo acariciarle para infundirle valor. Pero cuando Quinton comenzó a leer, olvidó a Harland, lo olvidó todo, con la angustia de escuchar. Quinton leía lenta, cuidadosamente. Tan grande era el silencio que reinaba en la sala, que nadie perdió una sola sílaba.

Mi querido Russ:

Te escribo esta carta porque en otro tiempo significábamos mucho el uno para el otro, porque quizá me ames todavía y porque excepto tú, no hay nadie que me quiera ya. Richard y yo saldremos mañana o pasado para Bar Harbor. Ruth nos ha invitado a pasar unos días en su casa. Sé que se aman y que quieren deshacerse de mí. Ruth ha intentado envenenarme tres veces. Tal vez la próxima logre su propósito.

Quizá me equivoque. Puede que cometa con ella una terrible injusticia. Si así fuera, nunca leerás esta carta. La he depositado en manos de míster Carlson, en el Banco, dentro de un segundo sobre en el que he escrito:

«Para ser abierta en caso de que mi marido vuelva a casarse después que yo muera».

Dentro de este sobre pondré una nota para míster Carlson, rogándole que dé curso a esta carta si míster Harland se casa con Ruth. En cambio, si contrae matrimonio con otra mujer, míster Carlson destruirá esta carta sin abrirla, porque esto probaría que me había equivocado.

Si llegas a leerla, puedes tener la seguridad de que he sido envenenada por Ruth.

Ruth amaba a Harland casi desde que le conoció. Pero él me prefirió a mí. Tú conocías la afición de mi padre, su manía por disecar animales. Tanto en su taller de Bar Harbor como en el de Boston hay frascos de arsénico. Después que murió el hermano de míster Harland permanecí en Bar Harbor con Ruth mientras mi esposo volvía al Cerro de la Luna. ¿Recuerdas que fuiste a verme? Cuando la cocinera tuvo el día libre, Ruth hizo la comida. Mamá estaba en la cama, y comimos en su habitación. Cuando fui a sentarme, Ruth me dijo: «No, éste es mi sitio. El tuyo es aquél». No obstante, me pareció que la comida era igual en todos los platos: chuletas de cordero, ensalada y pastel de manzana ligeramente espolvoreado de azúcar. Creo que el azúcar de mi pastel contenía arsénico, pues aquella noche caí enferma. Mi estómago ardía, tenía una sed horrible, y no toleraba el agua.

No obstante me repuse. Quedé entonces encinta, y, a pesar del disgusto que sentíamos aún por la muerte de Danny, mi esposo y yo fuimos muy felices aquel otoño. Pero míster Harland comenzó a cambiar poco a poco, alejándose de mí y aproximándose cada vez más a Ruth, a quien iba a ver casi todos los días.

En la primavera perdí a mi hijo y perdí también a mi esposo, pues después del desgraciado acontecimiento me excluyó de su vida. Intenté atraerlo a toda costa, planeé una excursión, pero él insistió en llevar a Ruth. Creo que hasta los guías notaron que prefería su compañía a la mía. Durante el incendio del bosque, ellos estaban juntos. Aquella noche durmieron uno en brazos del otro.

Hacía pocos días que Ruth había intentado envenenarme de nuevo. Habíamos cenado en su casa, y me dio «curry», que siempre me gustó mucho.

Sirvió los platos en la cocina. Vi que en el mío había señales de un polvo blanco, pero no sospeché nada. Tal vez pusiera demasiado arsénico o quizá muy poco, pero el caso es que me salvé, a pesar de que estuve enferma durante varios días.

Supongo que no cejará en su propósito y que lo intentará de nuevo, pero no me importa. Míster Harland ya no me ama, y estoy cansada, muy cansada. Si muero durante los días que vamos a pasar en Bar Harbor, supongo que será porque Ruth me envenene. Sospecho que ha guardado un frasco que probablemente consiguió en el taller de mi padre, cuando, a raíz de la muerte de mi madre, vendimos muchas cosas. De niñas dormíamos ambas en el dormitorio que hoy es suyo, en el segundo piso del ala sudeste. Junto a la ventana de la parte oriental hay en el zócalo una tabla que puede levantarse fácilmente. Si Ruth tiene arsénico en su poder, sólo allí puede haberlo guardado. Si lo tiene en Boston, puede haberlo escondido en cualquier lugar, ya que no vive con nosotros.

Si muero y Harland no se casa con Ruth, habré cometido un error. Pero si se casa con ella, leerás esta carta y tal vez veas la manera de castigar a los culpables. He dicho a míster Carlson que quiero que me entierren en Mount Auburn. He leído que la presencia del arsénico en el cuerpo de una persona puede descubrirse aun varios años después de su muerte. Si de veras me mata (me ha odiado siempre, como suelen odiar las hijas adoptivas a los verdaderos hijos de quienes las adoptaron), castígala y véngame, aunque sólo sea por la promesa que te di en otro tiempo. He llorado mucho mi conducta. Me reprocho enormemente que Harland me convenciese para faltar a mi promesa.

Adiós, Russ. Te he querido siempre.

Ellen.

Quinton terminó de leer y paseó la mirada atenta por la doble fila que formaba el Jurado y por los espectadores, hasta fijar los ojos en el Fiscal General, que permanecía inmóvil ante él.

Míster Shumate cogió la carta y la entregó al secretario.

—Tome nota de esto —dijo. Y añadió volviéndose a Quinton—: Nada más.

Quinton siguió aguardando. Pettingill se aproximó a él.

—Mi querido colega —dijo—, creo haberle oído manifestar, cuando hablaba de la cesta, que era usted amigo de Ellen. ¿Me permite preguntarle si eran muy amigos?

—Sí.

—¿Hasta qué punto?

—Estábamos prometidos. Íbamos a casarnos.

Ruth miró a mistress Parkins, que había enrojecido y tenía los ojos bajos.

—¿Desde cuándo?

—Desde que murió su padre. A raíz de la muerte del profesor, Ellen y yo nos prometimos.

Quinton estaba muy pálido y su voz era fría como el hielo.

—¿Qué sucedió para que se rompiese el compromiso?

—Ellen decidió casarse con míster Harland.

—¿Quiere decir que cuando fue al rancho de Nuevo México estaba todavía prometida con usted?

—Sí.

—¿Le avisó al menos que pensaba casarse con míster Harland?

—Sí.

—¿Le invitó a la boda?

—No.

—¿Fue usted a Nuevo México?

—Sí.

—¿A la boda?

—Cuando llegué ya habían contraído matrimonio y se habían marchado.

Míster Pettingill asintió satisfecho y volvió a su asiento. Quinton se levantó, habló un momento con el Fiscal General y luego dijo en voz alta:

—Testigo Joseph Catterson.

7

Cuando míster Catterson apareció en el pasillo, los espectadores, que habían pasado unos momentos de tensión, lanzaron un suspiro. El químico era un hombre de aspecto frágil; tenía el cabello rubio y escaso, y sus ojos claros brillaban tras las gafas. Hablaba con lentitud, como si estuviese elaborando una fórmula. Evidentemente, tenía miedo de contradecirse. Aturdida aún por la carta de Ellen, Ruth apenas oyó cómo Quinton comenzaba el interrogatorio, cómo obligaba a míster Catterson a describir su actividad profesional, cómo le fue entregada la cesta, de qué modo fue ésta abierta y los objetos que contenía. Mas por fin llegaron al punto culminante: al sobre en donde se había encontrado cierta cantidad de azúcar.

—¿Azúcar? —repitió Quinton.

—Eso creí al principio —respondió el químico. Sus respuestas eran secas como balazos.

—¿Fue acertada su primera impresión?

—No. Siguiendo sus instrucciones, analicé el producto.

—Descríbanos ese análisis —dijo Quinton.

Catterson obedeció.

—¿Qué consecuencia sacó de ese análisis?

—Que me había equivocado. El azúcar contenía un sesenta por ciento de

arsénico.

—¿Recuerda que pocos días después volví a verle, míster Catterson?

—Sí.

—Diga al Jurado de lo que hablamos durante aquella entrevista.

—Me entregó un paquete sellado. Contenía una botella a medio llenar de polvos blancos.

—¿Es ésta la botella?

—Sí.

—¿Qué hizo después?

—Siguiendo sus instrucciones, llamé a míster Norton para que tomase las huellas digitales en ella impresas. Después analicé su contenido.

—¿Qué había dentro de ella?

—Arsénico puro.

Quinton aguardó unos momentos. Luego se volvió.

—¿La defensa desea hacer alguna pregunta?

Pero Pettingill negó con la cabeza, y el químico se retiró.

Norton, experto en huellas digitales, fue llamado luego a declarar. Era un hombre pesado y sencillo. Tenía el bigote absurdamente largo y oscuro que era como un gesto de desafío hacia un mundo que seguramente no acababa de agradarle. En efecto, había huellas digitales en el frasco. Comparadas con las de la acusada, habían resultado exactas. Luego, míster Norton mostró las fotografías de todas las huellas. Terminada su declaración, míster Pettingill se negó a hacer preguntas.

La vista se suspendió hasta el día siguiente.

Cuando mistress Hayward la tocó en un hombro para avisarle que podía levantarse, Ruth sintió una repentina sensación de pena. No quería dejar a Harland. Le dolía verle tan abatido, con los ojos hundidos y las mejillas pálidas. En voz baja y llena de ternura dijo:

—Anímate, amor mío. Duerme bien. Mañana te sentirás mejor.

—Esta noche iremos a verte míster Pettingill y yo.

Ruth movió la cabeza.

—No vengas, Dick. Temo que sea demasiado para ti. Vete a pasear con Leick. Sal de la ciudad. Vete al campo. —Harland quiso protestar, pero ella le interrumpió rápidamente—: ¡Por favor, Dick! Me preocupo más por ti que por mí —luego añadió dirigiéndose a Pettingill—: Convénzale usted. Yo estoy perfectamente. Tampoco usted debe venir si no es estrictamente necesario.

—Puede que no vaya a verla yo tampoco —dijo el abogado—. Será mejor que duerma usted, que descanse todo lo que pueda. El fiscal espera terminar mañana al mediodía, y será usted la primera en declarar. —La miró sonriendo amablemente. Luego añadió—: Quinton ha podido lucirse hoy. Mañana nos luciremos nosotros. La tendré declarando hasta que la vista se aplace.

—¿Es absolutamente necesario que ella declare?

—¡Oh! Quiero hacerlo, Dick —dijo Ruth casi alegremente—. Es la primera vez que se me ofrece la posibilidad de responder.

Pero en cuanto se halló sola en la estrecha celda de la prisión, en la parte alta de la ciudad, pareció abandonarla todo su valor. Comprendía el mal efecto que la carta de Ellen habría causado en todos los presentes. Observó que, al terminar la sesión, los periodistas se acercaron ávidamente a Quinton, para solicitar copias de la misma.

Por un momento sintió un odio profundo hacia Ellen, hacia aquella Ellen egoísta y soberbia que vivió sólo para sí misma y que después de muerta la injuriaba de una forma irreparable.

Tras un rato de meditación pensó que también Ellen debió de sufrir mucho por amar a Harland con locura y saberle perdido para siempre.

Era algo tan lógico en Ruth excusar las faltas de los demás, que tal vez hubiese perdonado a Ellen la calumnia de que la había hecho víctima. Lo que nunca podría perdonarle es que hubiese hecho a Harland tan desgraciado.

8

El primer testigo de Quinton aquella segunda mañana de la vista fue mistress Freeman, que durante muchos años fue ama de llaves y cocinera de la casa que los Berent tenían en Bar Harbor. Vestida de negro, sofocada por lo ceñido de sus ropas y por el nerviosismo propio de la situación, habló al principio con voz quebrada, como la de un pobre adolescente asustado. Hasta que se tranquilizó. Quinton se limitó a hacerle preguntas intrascendentes sobre su familia, su esposo y los inviernos pasados en el hogar. Sólo cuando comprendió que había recobrado la calma comenzó a hablar de su trabajo en casa de los Berent. Mistress Freeman respondió entonces con una sombra de resentimiento, como si comprendiese que las preguntas anteriores habían sido sólo un pretexto.

—¿Ha muerto mistress Berent? —preguntó Rusell Quinton.

—Sin duda.

—Cuando ella murió, ¿abandonó usted su empleo en casa de los Berent?

—Nada de eso. Miss Ruth siguió necesitando mis servicios.

—Así, pues, ¿ha seguido abierta la casa grande?

—En verano, sí. Pero están arreglando el pabellón que en otro tiempo fue taller del profesor. Miss Ruth quería vivir en él y alquilar la casa grande.

—¿Recibió alguna vez la visita de los esposos Harland?

—Sí.

—¿Recuerda una ocasión en que, durante la estancia del matrimonio Harland, proyectaron una excursión a la playa y llevaron consigo la comida?

Al darse cuenta de que por fin habían llegado al punto básico del interrogatorio, la voz de mistress Freeman pareció quebrarse. Comenzó a hablar, se detuvo y luego

prosiguió:

—Sí. Fue precisamente el día en que murió miss Ellen.

—¿Quién preparó la comida en aquella ocasión? ¿Puede recordarlo?

—Recordaré toda mi vida, punto por punto, todo lo que sucedió aquel día.

—¿Quiere explicarnos lo sucedido? —indicó Quinton.

La testigo lanzó un suspiro y repuso:

—Miss Ruth me advirtió la noche anterior que no tenía que preparar comida para aquel día. Por la mañana entró en la cocina con una cesta.

—Permítame —la interrumpió Quinton—. ¿Es ésta la cesta?

—Sí, ésta es —respondió ella—. Me mandó hacer café y unos bocadillos de pan con mantequilla. Cogió un poco de ensalada y unos buñuelos de chocolate mientras yo envolvía los bocadillos y llenaba los termos; luego lo pusimos todo en la cesta.

—¿Puso algo más que no haya mencionado?

—Una botellita de salsa de Worcestershire, mostaza, mantequilla y limones para hacer la salsa de cangrejos.

—¿Algo más?

—Había en la cesta un frasco con sal y otro con pimienta. Miss Ruth cogió un poco de azúcar y lo metió en un sobre.

—¿La vio usted poner el azúcar en el sobre?

—Sí.

—Cuente lo sucedido.

—Ya lo he dicho. Cogió un sobre y lo llenó de azúcar.

—¿Cómo era ese sobre?

—Como los que hay en la biblioteca. De color gris y de este tamaño, aproximadamente —dijo indicando el tamaño con las manos.

—¿Igual que éste? —preguntó Quinton mostrando el sobre que míster Catterson había identificado anteriormente.

—En efecto. Podría jurar que es el mismo.

—¿Qué hizo la acusada con el sobre cuando guardó el azúcar en él?

—Lo colocó dentro de la cesta.

—¿Lo cerró antes?

—Sí, creo que sí.

—¿Empleó para ello la lengua?

—Se humedeció un dedo y mojó la parte engomada.

Ruth estaba demasiado alerta para no comprender el móvil de la pregunta de Quinton. Quería demostrar al Jurado que, al no emplear la lengua, como muchas veces suele hacerse, intentó evitar la posibilidad de que una pequeña partícula de arsénico penetrase en su boca. Estaba ya a punto de decir algo a míster Pettingill, cuando la siguiente pregunta de Quinton la contuvo.

—¿Recuerda usted al profesor Berent, mistress Freeman?

—Desde luego.

—¿Sabe usted si tenía alguna manía?

—¿Se refiere usted a su afición de coleccionar pájaros disecados?

Quinton asintió. Luego preguntó:

—¿Cómo conservaba las pieles?

—Con arsénico.

—¿Cómo lo sabe?

—Le había visto trabajar con miss Ellen en el pequeño taller de la playa. Me consta que guardaba allí frascos de arsénico.

—¿Qué aspecto tenía ese arsénico?

—Parecía harina o azúcar refinado.

—¿Recuerda usted el día del mes de junio en que fui a visitarla?

—¿Cuándo me hizo tantas preguntas?

—No. La última vez.

—¿Cuándo le acompañaron mistress Parkins y aquel caballero gordo?

—Sí, el comisario Hatch.

—Recuerdo perfectamente ese día.

—Diga lo que sucedió en tal ocasión.

—Pues, como llevaban con ustedes una orden de registro y yo tenía la llave de la casa, tuve que abrir y permitirles la entrada.

—¿Nos acompañó, mientras se efectuaba el registro?

—¡Claro que sí!

—¿Sabe si nos llevamos algo al salir?

—Sí. Una botella. Fue hallada en un extraño escondrijo, en la habitación de miss Ruth.

—¿Es ésta la botella?

—Sí. Ésta es.

—¿La había visto antes?

—Sí. Contenía sales de tocador. La tenía miss Ruth en su cuarto de baño.

—¿Conocía usted el escondrijo en cuestión?

—No.

Quinton se inclinó y dijo:

—Bien. Esto es todo.

Míster Pettingill murmuró al oído de Ruth:

—¿Es cierto todo eso? ¿Fue así como sucedió todo? Ruth asintió con una leve inclinación de cabeza y dijo:

—Sí. Sólo que falta algo. Fue Ellen, quien me recordó que llevase el azúcar para el café.

—¿Oyó eso mistress Freeman?

—Supongo que sí. Ellen estaba en la cocina.

—¿Cerró usted el sobre tal como ha descrito esa mujer?

—Sí. Acostumbro a cerrarlos así siempre. Me molesta el sabor de la goma. En la

biblioteca teníamos un cilindro de cristal con agua debajo para mojar la superficie engomada.

—¿Puso dentro del sobre azúcar en polvo?

—Sí. Mistress Freeman no pudo hallar en ninguna parte el azúcar en terrones.

Pettingill asintió y se acercó a la testigo.

—Perfectamente, mistress Freeman —dijo—. Creo que la he comprendido muy bien. Sólo deseo hacerle una pregunta. ¿Solía preparar siempre miss Ruth la cesta de la comida cuando iban de excursión?

—Si no lo hacía ella, lo hacía yo.

—¿Pero nunca Miss Ellen?

—No. Nunca iba por la cocina.

—¿Nunca? ¿No entró aquella mañana en la cocina?

Mistress Freeman pareció experimentar un repentino interés y dijo con energía:

—Es cierto. Estaba en la cocina. Cuando yo entré, ya estaba allí.

—¿Qué hora era?

—Me levanto siempre a las siete en punto.

—¿Y afirma que miss Ellen estaba a esa hora en la cocina?

—Sí. Había puesto al fuego un cacharro con agua y buscaba el café. Dijo que míster Harland estaba en la playa y quería hacerle una taza.

Ruth seguía el interrogatorio con verdadero interés. Era realmente increíble que Ellen bajase tan temprano a la cocina. Míster Pettingill quería seguramente resaltar esta circunstancia, pues volvió a decir:

—Ha dicho usted antes que miss Ellen no aparecía nunca por la cocina. Debió de sorprenderla mucho encontrarla allí aquella mañana.

—Efectivamente. Era la primera vez en su vida que se tomaba esa molestia.

—¿Dónde estaba cuando usted entró?

—En la despensa. Ya le he dicho que estaba buscando el café. Lo cierto es que lo tenía ante los ojos y no había sabido verlo.

—¿Volvió a entrar en la cocina aquella mañana?

—Ahora que recuerdo, volvió a entrar mientras miss Ruth preparaba la comida. Se ofreció a ayudarla, lo cual me hizo mucha gracia. Por regla general, se preocupaba muy poco de ayudar a su hermana.

—¿Fue su ofrecimiento tan insólito como para que se sorprendiera usted?

—Sí.

—¿Y ayudó en algo?

—No. Estábamos terminando el trabajo.

—¿Dijo algo más?

—Pues… —vaciló, tratando de recordar—. Sí, dijo algo más. Recomendó a miss Ruth que no se olvidase de llevar azúcar para el café.

—¿Fue entonces cuando miss Ruth recurrió al sobre?

—Sí.

—¿La vio miss Ellen realizar esa operación?

—Sí. Recuerdo que incluso se burló de ella por utilizar para tal cosa un sobre con el nombre de la casa: «Grayledges». Miss Ellen dijo que era una extravagancia emplear un sobre para eso, y miss Ruth contestó que había más sobres que papel y que para algo tenían que usarlos.

—Así, pues, en la casa había muchos sobres como aquél, ¿no es cierto?

—Sí, señor, muchos.

—¿Podría usted distinguir uno de otro?

—No, a menos que estuviesen escritos.

—¿Dónde estaban esos sobres?

—En la mesa de la biblioteca.

—¿Formaba parte de su trabajo limpiar el polvo de esa habitación?

—Lo hacía muchas veces. Otras lo hacía miss Ruth. Me ayudaba mucho en las faenas de la casa.

—Responda. ¿Limpió usted alguna vez el polvo de aquella mesa?

—Siempre que hacía limpieza general.

—¿Puede describirnos cómo era la mesa?

—Era lisa, con algunos pequeños departamentos.

—¿Recuerda con toda clase de detalles lo que había en esos departamentos y sobre la mesa?

—Naturalmente. Tenía que cambiarlo todo de sitio cuando limpiaba el polvo. En los departamentos había sobres, papeles y algunas postales; sobre la mesa, un tintero de cristal, un pisapapeles en forma de bola del tamaño de un huevo, una bandejita con plumas y mangos, una carpeta, un secante, una caja de cristal para guardar los sellos y un pequeño aparato con un cilindro de cristal bajo el cual solía ponerse agua, y que se utilizaba para pegar los sobres y los sellos.

—He dicho usted que había un aparato para pegar los sobres. ¿No solían utilizar la lengua para ello?

—No. Tanto a mistress Berent como a los demás, les desagradaba el sabor de la goma.

—Comprendo. Ha dicho usted que miss Ruth no cogió azúcar del azucarero. ¿Es que no había terrones?

Mistress Freeman, que no quería reconocer una falta en su calidad de ama de llaves, repuso rápidamente:

—Creo que alguien debió de esconderlos.

La frase fue para Ruth como una descarga eléctrica. Había olvidado el azúcar de terrones, no dando a su desaparición la menor importancia. Pero mezclar arsénico a un terrón de azúcar no hubiese sido fácil, y Ellen debió de pensar en eso.

—¿Esconderlos? —dijo míster Pettingill—. Esto debió de ser molesto para usted.

—Naturalmente.

—¿Cuándo vio ese azúcar por última vez?

—Se había acabado dos días antes, por lo que encargué un par de paquetes. Llegaron precisamente la tarde anterior. Yo mismo los coloqué en la despensa. No obstante, por la mañana habían desaparecido.

—¿Tampoco quedaban terrones en el azucarero?

—No. Recuerdo que miss Ruth estuvo mirando, pero estaba vacío. Yo misma quise convencerme, ya que la noche anterior estaba mediado.

Al comprobar la previsión, la deliberada maldad de Ellen, Ruth sintió náuseas. La angustia la ahogaba. Tragó saliva y se esforzó en seguir escuchando. Pettingill prosiguió calmosamente el interrogatorio.

—¿Encontró usted más tarde los dos paquetes de azúcar extraviados?

—Sí. En la primavera siguiente, cuando hice limpieza en la despensa. Estaban en el último rincón, tras el saco de harina.

—¿Cree que pudieron caer allí por casualidad?

—¡Imposible! Estaban colocados de manera que sólo moviendo el saco fue posible esconderlos. Quienquiera que lo hizo tuvo que arrodillarse y hacer un gran esfuerzo.

—Comprendo —dijo Pettingill—. Bien, mistress Freeman, ¿recuerda usted cómo iba vestida miss Ellen aquella mañana?

—Llevaba un traje estampado —repuso mistress Freeman después de meditar un momento—. Amarillo con flores.

—¿Llevaba algún abrigo o alguna bufanda?

—Sí. Llevaba una vieja chaqueta de piel que se hizo especialmente para cuando acompañaba al profesor Berent en sus excursiones. Tenía grandes bolsillos, pues los necesitaba para meter las tijeras, los cuchillos, el algodón y cuantos utensilios necesitaban si cazaban un ejemplar.

—¿Tenía muchos bolsillos?

—Sí, dos a cada lado y uno mayor en el forro interior. Solía regresar con ella manchada de sangre. Yo se la lavé muchas veces. Era de gamuza, y podía lavarse con agua y jabón.

Pettingill hizo una pausa y miró a Quinton. Luego dijo:

—Nada más por ahora.

Como tampoco Quinton parecía tener más preguntas que hacer, mistress Freeman se retiró.

Leick fue llamado de nuevo a declarar. Quinton le hizo hablar de sus relaciones con Harland, de sus excursiones y los veranos que habían pasado juntos en el Cerro de la Luna, haciendo resaltar el cariño que sentía Leick por Harland. Así llegaron al día de la famosa excursión a la playa.

—Hablemos un poco de los cangrejos. ¿Recuerda dónde los pescó?

—En el mar, con unas cestas especiales —dijo Leick.

—¿Quién los hirvió?

—Yo.

—¿Qué pasó cuando estuvieron cocidos?

—Abrimos algunos, porque los necesitábamos para la salsa, y mistress Harland…

—¿Qué mistress Harland?

—Miss Ruth hizo la salsa.

—¿Qué sucedió después?

—Los comimos.

—¿Bebieron algo?

—Ellos tres tomaron café. Yo no bebí nada.

—¿Recuerda algo con respecto al azúcar que sirvió para el café?

—Ella pidió azúcar, y mistress Harland se lo dio.

—Tenga la bondad de llamar a las señoras por el nombre que entonces llevaban. Mistress Harland pidió azúcar, y miss Ruth Berent se lo dio, ¿no es eso? —dijo Quinton.

—Sí.

—¿Dónde estaba guardado el azúcar?

—En un sobre. Ella lo rompió por una esquina y echó un poco en su taza.

—¿Se refiere usted a mistress Harland?

—Sí.

—¿Se sirvió mistress Harland una segunda taza?

—No lo sé.

—¿Qué pasó con el azúcar restante?

—Ella dobló el extremo que había roto, para que el azúcar no se derramase, y volvió a ponerlo en la cesta.

—¿Era un sobre parecido a éste?

—Muy parecido.

—Y ahora —dijo Quinton cambiando de tono—, vamos a referirnos al último verano que estuvo viva mistress Harland. ¿Es cierto que realizó un viaje con su esposo y con la acusada?

—Sí. Fuimos al Miminegouche a pescar.

—Eso está en el Canadá, ¿no es cierto?

—Sí.

Quinton le hizo describir el viaje y el gran incendio del bosque. Luego preguntó:

—Supongo que acamparían en tiendas, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Cómo dormían?

—Ella y mistress Harland lo hacían en la tienda mayor; míster Harland y yo, en una de las pequeñas. Los dos guías ocupaban la tercera.

—Es decir, que las dos señoras dormían juntas. Así, pues, el matrimonio no compartía una tienda.

—Eso es.

Resultaba evidente que Leick hablaba porque le obligaban a ello.

—Refiriéndonos al verano anterior, el que pasaron en el Cerro de la Luna, ¿puede decirnos si las relaciones entre míster y mistress Harland eran afectuosas por aquellos días?

—Sí.

—¿Igual que al verano siguiente, en su viaje al Miminegouche?

—Tom Pickett y Simón Verity, los guías, estaban siempre presentes. Es lógico que ante ellos…

—Comprendemos perfectamente lo que quiere decir —dijo Quinton cortésmente —. Sus demostraciones de afecto no eran tan frecuentes.

—Hay que tener en cuenta que los guías…

—Deje que sea el Jurado quien tenga en cuenta lo que desee y responda usted estrictamente a mi pregunta. Sus relaciones durante ese viaje, ¿eran o no tan afectuosas como lo fueron el verano anterior en el Cerro de la Luna?

—Creo que no, que eran más frías…

—Dice que durante el incendio se hizo usted cargo de mistress Harland. ¿Cómo lograron escapar del fuego?

—Seguimos río arriba hasta ponernos a salvo.

—¿Dónde estaban los demás?

—En dirección opuesta, río abajo.

—¿Cómo lograron reunirse con ellos?

—Cuando el incendio se extinguió y pudimos emprender el viaje, remamos río abajo hasta dar con ellos.

—¿Dónde los encontraron?

—En un banco de grava que había en medio del río.

—¿Dormidos o despiertos?

—Los guías estaban despiertos.

—¿Y míster Harland y miss Ruth?

—Dormidos.

—¿Los vio usted dormidos?

Leick miró a Harland angustiado.

—Sí, los vi dormidos —repuso.

—¿En qué posición?

—Tumbados en la arena.

—¿Muy cerca el uno del otro?

—Muy cerca —respondió Leick con los labios apretados y los ojos brillantes de cólera.

—Describa esa posición.

Leick pareció vacilar un momento. Después dijo atropelladamente:

—Míster Harland la tenía abrazada por la cintura, seguramente para darle calor.

Quinton esbozó una sonrisa y le dejó el sitio a míster Pettingill, quien se levantó lentamente.

—¿Ha dormido usted alguna vez al aire libre, en una noche fría, y sin mantas? —preguntó.

—Sí, señor.

—¿Acompañado?

—Algunas veces, sí.

—¿Cómo lo hacían?

—Lo más cerca posible el uno del otro —dijo Leick algo más aliviado—. Es la única forma de entrar en calor.

—El día del incendio, ¿dónde estaba usted pescando con Ellen Harland?

—Algo más arriba del campamento.

—¿Y las otras dos canoas?

—En dirección opuesta, río abajo.

—¿Puede saberse por qué?

—Mistress Harland, es decir, miss Ruth, había descubierto un lugar que le gustó mucho, y quería que fuésemos todos a explorarlo. Pero ella se negó a acompañarlos. Se empeñó en que fuesen los demás.

—De modo que si Ruth y míster Harland marcharon juntos fue siguiendo las reiteradas insistencias de Ellen, ¿no es cierto?

—En efecto.

—Perfectamente. Ahora, aunque mi colega Quinton le haya interrogado ya dos veces acerca del sobre de azúcar, quiero volver a hablar de él una vez más. ¿Quién sirvió el café?

—Mistress Harland.

—¿Miss Ruth?

—Sí.

Incluso Ruth se sintió emocionada al ver que para Leick sólo existía una mistress Harland y que no podía acostumbrarse a llamar de ese modo a Ellen.

—¿Todas las tazas? ¿Sin más interrupción que la estrictamente necesaria?

Leick frunció el entrecejo. Indudablemente, acababa de recordar algún dato que antes le había pasado inadvertido.

—No. Ella dijo que aún no había terminado de comer; rogó a mistress Harland que aguardase un poco.

—¿Quiere decir que eso fue dicho por mistress Ellen Harland? —dijo Pettingill pacientemente.

—Sí.

—¿Se habló del azúcar?

—Sí. Ella le preguntó a mistress Harland si se había acordado de llevarlo, y ésta sacó el sobre y se lo entregó.

—Es decir, que Ellen lo pidió y Ruth se lo entregó, ¿verdad?

—Sí, señor.

—¿Antes de que Ruth sirviese el café?

—Sí, antes.

—¿Se fijó en lo que hizo Ellen con el sobre antes de servirse azúcar?

—Sí. Lo metió en su bolsillo.

—¿En su bolsillo?

—Sí. Llevaba una vieja chaqueta de piel con grandes bolsillos.

—¿Qué hizo después?

—Cuando tuvo el café servido, sacó el sobre, lo rompió por una esquina, puso azúcar en la taza y volvió a guardarse el sobre en el mismo bolsillo.

—Antes declaró que había guardado el sobre en la cesta. ¿Cuándo hizo esto?

—Cuando terminó de tomar el café, mientras nosotros limpiábamos los cacharros. Arrojamos al fuego los platos y las servilletas de papel y los caparazones de los cangrejos, guardando en la cesta todo lo demás.

Ruth seguía el interrogatorio con gran interés, preguntándose qué fines perseguía míster Pettingill.

—¿Quién cerró la cesta?

—Yo. Ella y mistress Harland se tumbaron en un lugar cercano y míster Harland y yo nos quedamos charlando junto al fuego. Más tarde, cuando hube limpiado la olla y los tenedores con arena, guardé éstos en la cesta y la cerré.

Quinton se limitó a hacer una observación antes de que el testigo se retirase:

—¿Vio usted a miss Berent entregar el sobre a mistress Harland y cómo ésta lo guardaba en la cesta?

—Sí —asintió Leick.

Quinton le dejó marchar. Luego le gritó al comisario que estaba en la puerta:

—Simón Verity.

Ruth no había vuelto a ver a Simón desde que abandonaron el río, y al ver la diferencia que se había operado en su aspecto no pudo evitar una sonrisa. Con su traje modesto y holgado parecía feliz, seguro de sí mismo y de sus movimientos, pero en aquellos momentos, vestido con un traje nuevo, impecablemente afeitado y con el brillante cabello formando una especie de onda sobre el ojo derecho, estaba ridículo. Pensó que tanta elegancia podía acabar con él, y se preguntó cómo había logrado Quinton convencerle para que desde tan lejos acudiese a declarar.

Comenzó el interrogatorio. Quinton le hizo describir el viaje por el río, y al fin preguntó:

—¿Observó usted si durante aquellos días el matrimonio Harland se trataba cariñosamente?

—Claro que sí —respondió Simón sin vacilar—. Se besaban cada mañana.

—¿Ella le besaba a él, o era él quien besaba a ella?

—Por regla general, yo aparentaba estar muy ocupado y volvía la vista a otro lado. Me consta por experiencia que para un beso bastan dos personas.

Entre el público se dejó oír un murmullo de regocijo. Quinton murmuró secamente:

—Imagino que su experiencia será muy grande.

—Puede que mayor que la de muchos —dijo Simón.

El juez los llamó al orden. Quinton siguió preguntando:

—¿Qué relaciones mantenían o aparentaban mantener míster Harland y miss Ruth Berent?

—Amistosas.

—Durante el gran incendio de la selva, mientras mistress Harland estaba con Leick, ¿se mostró míster Harland atento con miss Berent?

—Hizo por ella cuanto pudo.

—¿Estuvo siempre a su lado?

—Todos estábamos a su lado. No podíamos separarnos.

—¿Vio usted si llegó a tocarla?

—Miss Berent estaba fatigada. Él la ayudó, lo mismo que hubiese hecho otro cualquiera.

—No importa lo que otro hubiese hecho. ¿Qué fue lo que hizo él?

—El baño prolongado (estuvimos muchas horas en el agua) debilita enormemente —explicó Simón—. Miss Berent apenas podía sacar la cabeza a flote. Por lo tanto, míster Harland se situó tras ella, pasó una mano por su cintura y la sujetó.

—¿Quiere decir que la abrazó?

—Sí, para evitar que se ahogase.

—El Jurado decidirá cuáles fueron los motivos que impulsaron a míster Harland a abrazarla. En todo caso, quedamos en que la abrazó.

—Sí.

—¿Duró mucho tiempo ese abrazo?

—Sí.

—¿Cuánto?

—Casi todo el tiempo que permanecimos en el agua.

—Volvamos ahora a la noche que pasaron en el banco antes mencionado, en medio del río. ¿Durmieron ustedes?

—Naturalmente. Hacía muchas horas que no dormíamos.

—¿Cómo y dónde durmieron míster Harland y miss Berent?

—Arreglamos un lecho de arena, apartando convenientemente las cenizas, y durmieron en él.

—¿Muy lejos de ustedes?

—A pocos metros.

—¿Quién fue el primero en despertar? —preguntó Quinton.

—Yo. Después despertó Tom.

—Cuando se despertaron, ¿cómo estaban ellos colocados?

—Opino que seguramente miss Berent sentiría frío y…

—No importa lo que opine usted. Diga lo que vio…

—Él la tenía abrazada, sin duda para darle un poco de calor.

—El motivo del abrazo no puede usted conocerlo. Lo cierto es que la tenía abrazada. Describa la posición.

—Estaban apoyados sobre el lado izquierdo. La espalda de ella rozando el pecho de él. Míster Harland rodeaba con sus brazos la cintura de ella.

—¿Con ambos brazos?

—Sí.

A Ruth le pareció que todos los presentes la miraban con morboso interés, y alzó la cabeza con orgullo. No obstante recordó claramente la cólera que había visto reflejada en la mirada de Ellen al descubrirlos aquella mañana. Quinton se volvió hacia Pettingill y dijo triunfalmente:

—Eso es todo.

Pettingill se inclinó hacia Ruth.

—¿Es cierto que Ellen la vio en esa posición?

—Sí.

—Bien. Mejor será hacerlo constar.

Se levantó, se acercó al testigo y le hizo describir la llegada de Ellen. No añadió más.

Quinton llamó a Tom Pickett. Éste se mostró asustado y nervioso. Era obvio que sus simpatías estaban de parte de Ruth. Su declaración fue casi idéntica a la de Simón. Míster Pettingill no le hizo ninguna pregunta.

Siguieron las declaraciones de tres testigos más. Mistress Huston, enfadada y casi furiosa, no sólo por las preguntas que Quinton le dirigía, sino porque se veía obligada a dominar su lengua y a responder lo estrictamente necesario, manifestó que, durante los meses en que Ellen estuvo encinta, Harland salió solo casi todas las noches.

—Y hacía muy bien —añadió—. A su lado siempre tenía que…

—¡Silencio! —dijo Quinton interrumpiéndola—. Limítese a responder a las preguntas, por favor. Vamos a ver, ¿cuándo había de nacer la criatura?

—Según el médico, en mayo; pero si quiere saber mi opinión, creo que…

—Está bien, en mayo. Durante los meses de marzo y abril, ¿salía míster Harland menos de casa?

—Ya le he dicho que ella no le dejaba. Y en los últimos tiempos, cuando intentó…

—¿La dejaba sola con frecuencia en el mes de abril?

—Sí. Ella le obligaba a salir. Le interesaba estar sola para poder…

—¿Cuántas veces salía míster Harland? ¿Una vez por semana? ¿Cuatro? ¿A diario?

—Ella era quien le hacía salir, para poder pintar a su antojo, correr arriba y abajo y hacer toda clase de…

—Le pregunto qué es lo que hacía él.

—Y yo he de decirle lo que hacía ella. Sólo he dicho la mitad. Estoy segura de que quería provocar…

Quinton la interrumpió decidido. Comenzaba a ponerse nervioso. Sólo Richard comprendió lo que la buena mujer quiso dar a entender. Por unos momentos se puso de parte de Quinton, esperando que el Fiscal General pudiera hacerla callar.

—Le ruego que se limite a responder a mis preguntas —insistió Quinton una vez más—, sólo a mis preguntas.

—¡Sonambulismo! ¡Vaya una estupidez! —exclamó mistress Huston. Y movió la cabeza todavía más indignada.

Quinton volvió a preguntar:

—En resumen, acaba usted de decirnos que, hasta el día en que ocurrió el aborto, míster Harland salió casi todas las noches. ¿Es cierto?

—Ya le he dicho que sí. Pero ella…

—Eso es todo —dijo Quinton inclinándose.

—¿Quiere decir que no voy a poder explicar mi opinión sobre lo que…?

—Eso es todo —repitió Quinton, y miró a Pettingill, que se levantó. Antes de que éste se acercase a la testigo, Harland le asió por un brazo y murmuró en voz baja:

—Prefiero que no siga interrogándola.

—Pero —dijo Pettingill mirándole con aire de duda—, es evidente que quiere añadir algo a su declaración, algo que quizás interese al Jurado.

—No obstante, repito lo que le he dicho —insistió Harland.

Quería salvar la memoria de Ellen.

—Siempre ha opinado que Ellen quiso perder al niño —explicó—, pero no deje que ahora lo diga, por favor.

Pettingill miró a Ruth.

—Haga lo que dice Dick, míster Pettingill.

Así, pues, forzado por sus clientes, Pettingill no hizo ninguna pregunta.

Quinton llamó entonces a Alice Murphy.

Era la doncella que había servido a Ruth y a mistress Berent en Boston. Dijo que, en efecto, míster Harland visitaba la casa muy a menudo, y que algunas veces no veía a mistress Berent, sino solamente a miss Ruth.

Después declaró míster Carlson, no sin antes demostrar su disconformidad por tener que discutir en público los asuntos particulares de sus clientes. De su declaración se desprendía que la fortuna del profesor Berent había ido a parar íntegramente a manos de Ruth.

—¿Cuándo vio por última vez a mistress Harland, míster Carlson?

—El treinta de agosto de hace dos años.

—¿Cinco o seis días antes de su muerte?

—Sí.

—¿Por qué motivo?

—Fue a verme por asuntos de negocios.

—¿Qué clase de negocios?

—Quiso hacer testamento. También me consultó otras cosas.

—¿Quién debía ser albacea testamentario cuando ella muriese?

—Yo mismo.

—¿Hablaron de algo más? ¿Le dio mistress Harland algunas instrucciones, aparte de lo que hace referencia al testamento?

—Me entregó un sobre cerrado.

Quinton le hizo explicar la historia de aquel sobre, interesándose por lo que hizo con él.

—¿Le dio otras instrucciones?

Míster Carlson lanzó un suspiro. Luego exclamó:

—Tuvimos una conversación.

—¿Sobre qué?

—Quería que alguien se encargase de cuidar la sepultura de su madre en el cementerio de Mount Auburn. Yo le dije que Ruth se había cuidado de eso.

—¿Dijo algo más acerca de Mount Auburn?

—Sí. Que le había dicho a míster Harland que quería ser enterrada allí cuando muriese.

—¿Dónde estaba usted cuando ocurrió su muerte?

—Pescando truchas en Laurentians.

—Cuando a su regreso se enteró de que habían incinerado su cuerpo, ¿qué dijo? O, mejor dicho, ¿qué hizo?

—Nada, míster Harland había salido para el extranjero. Creo que pensaba dar la vuelta al mundo. En todo caso, era demasiado tarde. Además, no tenía por qué intervenir. Ellen no me dio instrucciones a ese respecto. Simplemente dijo que quería ser enterrada allí, y que así se lo había pedido a su esposo.

—¿Se lo había pedido o se lo había dicho?

—Se lo había pedido —admitió míster Carlson.

Quinton manifestó que había terminado el interrogatorio del testigo. Pettingill dijo que no tenía ninguna pregunta que hacer.

Luego, Quinton cedió su puesto a Pettingill, que al levantarse dijo sonriente a Harland y a Ruth:

—Quinton prometió probar que ustedes dos están casados, pero yo digo que eso es un hecho reconocido.

Quinton se volvió para hablar con míster Shumate.

—Con la venia de Su Señoría —dijo luego—, éste es el caso que presenta la acusación.

El juez Andrus aplazó la vista por quince minutos.

9

Cuando hubo transcurrido aquel intervalo y míster Pettingill se dirigió al Jurado,

Ruth pensó que parecía más que nunca un infeliz granjero del contorno, luchando por descubrir la verdad y dudando de su propio poder de deducción. Pero también se dio cuenta de que precisamente por eso el público parecía sentir por él gran simpatía, del mismo modo que hallaba a Quinton insoportable.

Comenzó a murmurar en tono vacilante:

—Bien, caballeros, comprendo que han de estar un poco confusos ante el asunto que nos ocupa. Creo también que sólo nos queda una solución para llegar al fondo de él: coger todos los hechos innegables, ponerlos en orden y ver cuál es el resultado obtenido.

»Hemos de tener sumo cuidado en separar lo que sabemos que es cierto de lo que los demás dicen que es cierto. Como ejemplo de mis palabras, tomemos por un momento la carta que mi colega Quinton nos ha leído. El juez les advirtió que no tomasen en consideración nada de lo que esa carta pudiera decir. Pero la mayoría de los hechos reseñados no son sino suposiciones de una pobre mujer. Quiero a mi vez examinarlas, para mostrar cuáles son las cosas que deben ustedes creer y las que han de pasar por alto.

»Veamos, por ejemplo, lo siguiente: *mistress* Ellen Harland declara en esa carta que ella y míster Harland pensaban ir a Bar Harbor para visitar a Ruth. Esto es un hecho cierto. Hay testigos suficientes para probar que el viaje se llevó a cabo. Míster Harland y *mistress* Ruth Harland y varias otras personas aquí presentes darán fe de ello.

»Pero casi a continuación declara la finada que están enamorados. Eso no pasa de ser una suposición. Tal vez ni siquiera llegue a eso. Quizá lo escribiera sin creer lo que decía, sólo deseando impresionar a un tercero, hacérselo creer a quien tenía luego que leer su carta. Tal vez estuviera loca o celosa. Ya sabemos de lo que es capaz una mujer. En todo caso, no existen pruebas. Por lo tanto, y para ser sensatos, tenemos que pasar por alto esa cuestión.

»Dice la finada en otro párrafo de su carta que quiere que ésta sea destruida a menos que míster Harland y *miss* Ruth lleguen a contraer matrimonio. En cambio, si esto ocurriese, exigía venganza. Eso dice en su carta. Pero de nuevo eso es una suposición. Aunque parezca razonable, no existen pruebas. Las mujeres saben siempre perfectamente los fines que persiguen. A mí me parece que la carta en cuestión es un producto típico del despecho. Por eso seguramente la escribió.

»En toda ella no hace sino mezclar absurdamente hechos reales y meras suposiciones. Dice que se amaban, pero no ofrece prueba alguna definitiva de que eso fuese cierto. Dice que en los talleres de Boston y de Bar Harbor había arsénico. Éste es un hecho que puede ser probado. Ella misma lo había usado y podía disponer de él a su antojo. Acusa después a Ruth de haberla envenenado, pero no lo asegura. Dice que “cree” que su pedazo de pastel de manzana estaba espolvoreado de arsénico. Ése es uno de los conceptos de la carta que ni siquiera hay que tomar en consideración, porque de estar presente la finada, Su Señoría no podría autorizarla a expresar lo que

ella “creía”. Tendría que limitarse a decir lo que positivamente sabía con certeza.

»Lo mismo diré de este plato de *curry* en el que vio también señales de un polvo blanco, sin que “se le ocurriese pensar nada”. Ahora bien, yo les pregunto: si alguien hubiera intentado envenenarlos anteriormente y les ofreciese un plato que ustedes creyesen que podía contener veneno, ¿no es lógico “pensar algo”? Yo, al menos, pensaría muchas cosas.

»En la sala se dejó oír un murmullo general de aprobación. Pettingill continuó:

—Toda la carta es igual. Su Señoría dijo antes que no tenían que tomarla como prueba. Yo enumero algunos de sus hechos, para demostrar que deben ustedes tener sumo cuidado en discernir qué conceptos son hechos reales y cuáles son suposiciones.

»Voy ahora a referirme a los hechos probados y ciertos que yo veo en esta causa.

»Metódicamente comenzó a enumerar todos esos hechos, comenzando por el matrimonio de Ellen y Harland hasta llegar el día de la fatal excursión y la muerte de Ellen. Al oírle, experimentó Ruth una sensación de esperanza. La simple exposición de esos hechos era desalentadora. El propio Quinton no hubiera podido pintar más negra la situación. Las frases de Pettingill eran decididas y fuertes. Sonaban como golpes violentos. Ruth llegó a creer que nunca acabaría de hablar.

—Éstos son realmente los hechos a que debemos atenernos, los hechos reales. Han sido suficientemente probados por varios testigos, y no es nuestra intención negarlos. Pero en lo que respecta a la declaración del fiscal de que todo eso prueba que Ruth puso arsénico en el azúcar que entregó a Ellen, no estoy conforme. En eso, querido colega —dijo volviéndose a Quinton—, discrepamos totalmente.

»Porque me consta que eso no sucedió. Y cuando exponga a su consideración otros hechos reales que conozco, también a ustedes les constará lo mismo.

»Lo que sucedió es, en verdad, muy sencillo. Ellen Harland se suicidó. Antes de terminar dejaré demostrado cómo y por qué lo hizo, y el asunto quedará para todos perfectamente claro.

»Al llegar a este punto de su discurso, míster Pettingill miró el reloj y se volvió hacia el juez.

—Con la venia de Su Señoría —dijo—, mi primer testigo será *mistress* Ruth Harland. Faltan sólo cinco o seis minutos para que la vista se aplace para comer. Sugiero que sea aplazada desde ahora.

El juez Andrus dio su conformidad, y pocos momentos después el Jurado salía de la sala.

Capítulo XIV

1

Los días que precedieron al comienzo de la vista fueron terribles para Harland. Permaneció en Perry Harbor para poder ver diariamente a Ruth. Cuando se entrevistaba con ella fingía un optimismo y una animación que estaba muy lejos de sentir. Cuando estaba solo, su desolación era terrible.

Míster Pettingill iba a verle a menudo para consultarle. En cuanto a Leick, con excepción de algún día que tuvo que ir a su granja por asuntos imprescindibles, permaneció a su lado, en el mismo hotel, dispuesto a guardar silencio o a charlar, según Harland quisiera, demostrándole así su lealtad. Roger Pryde le hizo dos visitas. La pequeña miss Batten se las ingenió para verle casi a diario, demostrándole una sincera simpatía. A pesar de todas las personas que le rodeaban constantemente, Harland se sentía terriblemente solo. Cuando un día antes de comenzar la vista, empezaron a llegar testigos de diversos lugares del país —mistress Huston, indignada con los acontecimientos; míster Carlson, gruñendo y malhumorado; el doctor McGraw, grave e impresionado; el atildado míster Catterson, y, por último, Simón Verity y Tom—. Harland se entrevistó con ellos en un salón del hotel. No pudo evitar un estremecimiento lo mismo que un paciente cuando ve a las enfermeras preparar los utensilios para la operación e intenta adivinar la opinión del doctor.

Las horas que pasó en la sala, soportando el informe de Quinton, fueron también difíciles. Al llegar al episodio de la carta de Ellen sintió como si alguien le hubiese desnudado su alma en presencia del mundo entero. Sufrió intensamente por sí mismo. Pero así como el goce compartido es doblemente dulce, así también es más intenso el sufrimiento si se comparte con el ser amado. Harland sufrió más por Ruth que por él.

El día en que Quinton terminó su informe, a la hora de comer, Harland no pudo probar bocado, ni siquiera hablar. Tanto Pettingill como Roger Pryde estaban de acuerdo en que el informe de Quinton había sido perfecto.

—Tiene la habilidad de un abogado —dijo Pettingill comentando las pruebas aportadas por el fiscal—. Comenzó por probar que la finada pudo morir a consecuencia del arsénico, y también que la palabra «veneno» fue la última que pronunció. Su teoría es que mistress Harland sabía que había sido envenenada, y que en su último momento quiso darlo a entender. Consiguió demostrar que el azúcar preparado por Ruth contenía arsénico, según testimonio del químico. Probó también que Ellen y usted, míster Harland, no estaban en buenas relaciones, y que en cambio se llevaba usted perfectamente con Ruth. Asimismo, probó que descuidaba usted mucho a Ellen mientras estuvo encinta, siempre en beneficio de Ruth. Una y otra vez recordará al Jurado la misma frase: que usted y Ruth durmieron juntos aquella noche a la orilla del río. El Jurado se acordará del significado vulgar de la expresión «dormir juntos» y Quinton procurará que no se den cuenta de que fue un acto

inocente. Ha probado también que el cuerpo de Ellen fue incinerado, a pesar de que ella quería ser enterrada en el cementerio de Mount Auburn.

»En cuanto a nuestra defensa, hay que basarla en los hechos siguientes: que ella misma planeó su muerte haciendo que Ruth apareciese culpable; que escondió el azúcar en terrones; que preparó pruebas en contra de Ruth, y que preparó todo este fantástico asunto. Claro que hay cosas que no pudo prever. Por ejemplo, que Quinton robase la cesta de la merienda de casa de Leick. Ella no podía saber eso. Hay algunas lagunas en nuestras hipótesis. Definitivamente, creo que será difícil convencer al Jurado de que Ellen se suicidó.

—No obstante —dijo Roger—, hay un factor a nuestro favor. Todos los testigos interrogados, hasta los presentados por la acusación, sienten simpatía hacia Ruth, y es evidente que no la sentían por Ellen. El Jurado lo ha comprendido así.

—Conformes. También el Jurado sentirá preferencia por Ruth. Yo me encargo de ello —dijo Pettingill—. Ésa es la base de nuestra defensa: que todos quieren a Ruth y miran a Ellen con antipatía. En fin —añadió apartando a su lado su servilleta—, ha llegado el momento de marchar.

Cuando, pocos minutos después, y a ruegos de míster Pettingill, Ruth, con aquel delicioso paso que la caracterizaba, se dirigió desde la silla que ocupaba hasta el lugar en que debía declarar, Harland sintió que la angustia le ahogaba. Los ojos le ardían. Quiso rebelarse ante la fuerza de su destino que no le permitía protegerla. Pero pronto llegó a olvidarlo todo, preocupado únicamente de escuchar.

Pettingill comenzó su interrogatorio con las frases de rigor, dichas en voz pausada y amable, sin prisas. Le preguntó cómo se llamaba.

—Mistress Ruth Harland —respondió Ruth. Comenzó hablando en voz baja, pero pronto elevó el tono hasta hacerse escuchar de todos.

—¿Su nombre de soltera?

—Ruth Berent.

—¿El de su padre?

—Sthepen Berent.

—¿Vive aún su padre?

—Murió cuando yo tenía dos años.

—¿Vive su madre?

—Murió a poco de nacer yo.

—Su padre, Sthepen Berent, ¿era pariente del profesor Berent, padre de la primera mistress Harland?

—Sí. Eran hermanos.

—¿Qué sucedió al morir su madre?

—Mi padre me envió a vivir con el profesor y mistress Berent.

—¿Qué pasó cuando murió su padre?

—Me adoptaron legalmente.

—¿Era Ellen Berent mayor que usted?

—Tenía dos años más.

—¿Se criaron como hermanas?

—Sí.

—¿Cuándo supo usted que no lo eran en realidad?

—Lo he sabido siempre. Recuerdo a mi padre todavía, o al menos creo recordarle.

—¿Dónde vivía el profesor Berent?

—En Boston en invierno y en Bar Harbor en verano.

—¿Le quería usted mucho?

—Sí, mucho.

—¿Y a mistress Berent?

—También.

—¿Y a Ellen?

—También.

Míster Pettingill siguió interrogándola hábilmente. Así, sin darse cuenta, Ruth habló de su infancia, de su adolescencia, de su vida entera. Como un hábil artista que con varias pinceladas logra maravillosos efectos, Pettingill consiguió con sus preguntas que el Jurado conociese toda la vida de Ruth. También, sin hacer que Ruth criticase a Ellen, condujo el interrogatorio de manera que el carácter de Ellen quedó perfectamente dibujado. Así pudo el Jurado darse cuenta de cómo ésta monopolizó a su padre, se burló de su madre y lo supeditó todo a su propio capricho y placer. Pero tan hábil fue su actuación que ni por un solo momento dejó Ruth de defender a Ellen, de esforzarse en combatir el mal concepto que el Jurado pudiera formar de ella. Quinton debió de darse cuenta de lo que sucedía, porque una vez interrumpió el interrogatorio para protestar. Pettingill arguyó que, para emitir un veredicto justo, el Jurado tenía que conocer el carácter de Ruth, y que para eso nada mejor que oírla. A través de las preguntas de Pettingill y de las respuestas de Ruth, Harland vio más clara y luminosa la figura de la mujer amada, y se sintió más enamorado aún.

Llegaron a los últimos años del profesor Berent, y a la fecha de su muerte.

—¿Dónde fue enterrado?

—Se incineró su cuerpo, y sus cenizas fueron esparcidas en una pradera situada en la cumbre de una montaña de Nuevo México.

—¿Por qué?

—Le había pedido a Ellen que lo hiciera.

—¿Estaban enteradas de eso mistress Berent y usted?

—No. Sólo se lo dijo a ella.

—¿Le agradó a mistress Berent la idea?

—No. Ellen dijo que era la última voluntad del profesor, pero mistress Berent no dio mucho crédito a sus palabras. No obstante, Ellen tenía un testigo, míster Quinton. Como mistress Berent no parecía muy inclinada a creerla, Ellen envió a buscar a míster Quinton, que se presentó en Boston.

—¿Qué sucedió entonces entre Ellen y míster Quinton?

—Se prometieron.

—¿Y cómo se trasladaron las cenizas del profesor a Nuevo México?

—Mistress Berent, Ellen y yo las llevamos al rancho de míster Robie.

—¿Quién estaba por entonces en el rancho?

—Míster Harland. Estaba invitado, lo mismo que nosotras.

—¿Sucedió algo entre Ellen y míster Harland?

—Se casaron antes de que nos marchásemos del rancho.

—¿Qué pensó su madre de esa boda?

—Rogó a Ellen que esperase, que tratara a míster Quinton con más consideración.

—¿Sí?

—Ellen se negó. El hermano menor de míster Harland estaba en Georgia, bastante enfermo. Míster Harland se dirigía a su lado. Ellen le dijo a mamá que quería casarse en seguida para marcharse con él.

—Tenga presente que debe decir únicamente lo que sepa. ¿Oyó usted la conversación que sobre ese motivo tuvieron Ellen y mistress Berent?

—Sí.

—¿Tomó parte en la discusión?

—Ellen me pidió mi opinión. Yo me puse de su parte. Dije que ellos eran los interesados y quienes debían decidir.

—¿Cuándo volvió a ver a míster Quinton después de la boda?

—Estuvo en el rancho. Ellen le había puesto un telegrama rompiendo el compromiso y notificándole su inmediata boda.

—¿Dijo algo que pueda usted recordar?

—Sí. Dijo que de haber llegado a tiempo hubiese impedido la boda.

—¿Dijo de qué medios se habría valido para impedirla?

—No.

Harland miró a Quinton y luego al Jurado. Se dio cuenta de que los miembros de éste miraban a Quinton con atención. Míster Pettingill siguió interrogando a Ruth. Ésta habló del siguiente invierno que pasaron como siempre en Boston, poniendo de manifiesto su lealtad y su fidelidad hacia mistress Berent. Habló de los días de Sea Island, cuando Harland y Ellen fueron a hacerles una visita.

—¿Qué pensaba entonces mistress Berent de ese matrimonio?

—Sentía una gran simpatía por míster Harland. Vio que el carácter de Ellen había mejorado mucho y lo atribuyó al influjo de su esposo. Así se lo dijo a él.

—¿Dijo eso en presencia de usted? —preguntó Pettingill—. Tenga en cuenta que sólo puede declarar aquello sobre lo que esté segura.

—Oí cómo le decía a míster Harland que simpatizaba mucho con él, y también que agradecía su comportamiento con Ellen. Reconoció que ésta había mejorado mucho. Lo mismo me dijo a mí.

Pettingill prosiguió haciendo preguntas, hasta llegar al episodio de la muerte de

Danny, la enfermedad de Ellen y el embarazo de ésta. Ruth dijo que en aquellos días míster Harland iba casi siempre diariamente a visitarlas a ella y a su madre.

—¿A las dos?

—Mamá estaba delicada y apenas se levantaba de la cama. Si dormía o estaba fatigada, sólo me veía a mí. Si se encontraba bien, pasaba a su habitación y le hacía compañía. Muchas veces, cuando algún asunto me obligaba a salir, permanecía a su lado mientras duraba mi ausencia.

Habló luego de la prematura muerte del niño y de la pena que Harland había experimentado con tal motivo. Explicó sus múltiples esfuerzos para consolarle y animarle. No ocultó nada. Respondió a todas las preguntas con exactitud. A través de sus palabras vivió Harland de nuevo la angustia del pasado y sufrió renovados tormentos. Después habló Ruth del incendio del bosque, de su aventura en el río y de cómo creyó morir, añadiendo que sólo gracias a Harland, que la mantuvo a flote tantas horas, consiguió salvarse. No ocultó que la tenía abrazada por la cintura.

—¿Le agradaba a usted el contacto de sus brazos?

—Sí. Estaba tan fatigada que no me sentía con fuerzas para seguir luchando.

—¿Dónde durmieron la noche antes de ser encontrados por Ellen y Leick?

—Sobre la arena, uno junto a otro. Recuerdo que estaba muy débil y que sentía un frío horrible. Debí de buscar su proximidad. No sé si le desperté. El caso es que, sin decir nada, me rodeó con sus brazos.

—¿Cuándo se despertó?

—Cuando llegaron Leick y Ellen. Al abrir los ojos vi a Ellen frente a mí, mirándonos.

—¿La abrazaba aún míster Harland?

—Sí.

—¿Qué cree que pensó Ellen?

—Se puso furiosa.

—¿Cómo lo sabe? ¿Es que demostró de algún modo ese furor?

—Lo adiviné en su mirada y en el tono de su voz.

—¿Qué dijo?

—Dijo que era mejor que despertase también a míster Harland.

—¿Discutieron luego?

—No. Ellen se dominó en seguida.

Describió después la vuelta a Boston y su marcha a Bar Harbor más tarde.

—¿Es cierto que aquel verano la visitaron míster Harland y Ellen?

—Sí.

—¿Sostuvo usted con Ellen alguna conversación interesante en aquella ocasión?

—Sí. Ellen se mostró conmigo encantadora, más cariñosa y amable que nunca.

—¿Dónde y cuándo solían hablar?

—En cualquier sitio; donde estuviéramos.

—¿Se refirió alguna vez a la posibilidad de su muerte?

—Sí.

—¿Cuándo?

—La tarde del día anterior al escogido para la excursión.

—¿En qué circunstancias?

—Yo me hallaba en mi dormitorio descansando. Miré por la ventana y la vi acercarse por el jardín. La llamé. Ellen fue a vestirse y me dedicó toda la tarde. Ambas lo pasamos muy bien, sin hacer nada, charlando.

—¿Dónde estaba míster Harland?

—Había ido a escalar el «Cadillac».

—¿Le dijo Ellen dónde había estado?

—Sí. En el taller de papá. Al principio parecía decidida a apropiárselo para continuar su trabajo, pero aquella tarde precisamente me confesó que no se veía con ánimos, que pensaba demasiado en él entre aquellas paredes. Me aconsejó que lo desalojara y que lo transformase en una casita de recreo para mi uso.

—¿Lo hizo así?

—Sí. Al verano siguiente.

—Decía usted que aquella tarde de verano estuvieron ustedes en su dormitorio y que… A propósito, ¿dónde está situado su cuarto de baño?

—Junto a mi dormitorio.

—¿Entró Ellen en él aquella tarde?

—No recuerdo… ¡Oh, sí! Me pidió el palito de las uñas.

—¿El qué?

Ruth sonrió.

—Un palito que se utiliza al arreglarse las uñas para bajar la cutícula. Me levanté para buscarlo, pero Ellen se me adelantó y entró en el cuarto de baño. A los pocos momentos volvía a sentarse a mi lado.

Míster Pettingill se volvió hacia una mesa en donde estaban depositados los objetos considerados como pruebas.

—Le ruego que examine esta botella. ¿La reconoce?

—Sí. Era mía. Contenía sales de tocador.

—¿Dónde la vio por última vez?

—En mi cuarto de baño.

—¿Cuándo?

—No lo sé exactamente.

—¿Estaba allí aquel día?

—No lo sé. Hacía mucho tiempo que no usaba esas sales.

—Bien. Continúe explicándonos lo que dijo Ellen acerca de la posibilidad de su muerte.

—Me contó lo felices que habían sido ella y míster Harland el verano anterior en el Cerro de la Luna. Dijo que le había hecho prometer que cuando ella muriese llevaría sus cenizas a aquel lugar. Quería que fueran esparcidas sobre el lago. Me

pidió que cuando llegase el momento le recordara a míster Harland su promesa. Dijo que si no cumplíamos lo prometido su fantasma nos perseguiría después de su muerte.

—¿Eso fue todo lo que dijo acerca de su posible muerte?

—Sí. Bueno, hay algo más. Pero no recuerdo si lo dijo aquel día o en otra ocasión. Ellen había dicho que no quería llegar a vieja, que esperaba morir en plena juventud.

—Y ahora, vamos a referirnos al día de su muerte.

Harland sintió un estremecimiento, pero míster Pettingill no parecía preocupado. Su voz, lo mismo que la de Ruth, seguía siendo tranquila.

El interrogatorio prosiguió. Ruth describió minuciosamente cuanto sucedió el día de la excursión. Habló también de la agonía de Ellen y de sus sufrimientos; del terrible viaje a Boston; de la marcha de Harland a Bangor, llevando las cenizas de Ellen; del viaje que Harland emprendió inmediatamente por el extranjero; de sus meses de soledad; de la vuelta de Harland; de los ratos agradables que habían pasado juntos el invierno siguiente, y, por último, de su matrimonio. Al oírla revivió Harland todas aquellas horas felices. Se sentía más orgulloso de ella que nunca. La miró y creyó verla radiante, como si una luz interior emanase de ella y le diese fuerzas para afrontar la ávida curiosidad del público que llenaba la sala.

Míster Pettingill miró al reloj que pendía de la pared.

—Bien, eso es todo. No obstante, deseo hacerle unas pocas preguntas. ¿Era Ellen una persona sana?

—Toda su vida padeció del estómago. Había tenido algunos ataques.

—¿Cuántos?

—Creo recordar una docena desde que éramos niñas.

—¿Eran ataques graves?

—Al menos sufría mucho. Tenía dolores, náuseas y malestar general.

—¿Había necesidad de llamar al médico?

—Siempre.

—¿Recuerda si después de la muerte de Danny sufrió uno de esos ataques?

—Sí.

—¿Fue diferente a los demás?

—A mi me pareció igual.

—¿La asistió un médico en aquella ocasión?

—Sí, y una enfermera.

—¿Es cierto que antes del ataque comió algún manjar preparado por usted?

—Sí.

—¿Por qué?

—Era el día de salida de mistress Freeman, la cocinera. Como sólo teníamos una sirvienta, tuve que cocinar yo.

—¿Espolvoreó usted con arsénico el pedazo de pastel de manzana que sirvió a

Ellen?

La pregunta fue tan brusca e inesperada que Harland se estremeció. Pero si Ruth experimentó alguna sorpresa supo disimularla con entereza.

—No —repuso simplemente.

Harland sintió que la sala llena de público estaba pendiente del interrogatorio. Tras él oyó el ruido de las plumas de los reporteros.

Míster Pettingill preguntó:

—¿Es cierto que en Boston, antes de trasladarse a Bar Harbor, volvió Ellen a comer un plato hecho por usted?

—Sí, Ellen y míster Harland cenaron en casa. Les di *curry.*

—¿Puso usted arsénico en el *curry*?

La pregunta resultó tan desagradable como la otra. Harland sintió como una bofetada en pleno rostro. Miró a Ruth. Seguramente había sentido también el ataque, pues palideció y contestó con voz débil:

—No.

—¿Qué sucedió después de esa cena?

—Tuvo otra violenta indigestión. Otro de sus ataques.

—¿La asistió algún médico en esa ocasión?

—Sí.

—Y con respecto a la enfermedad que le ocasionó la muerte, ¿puede decirme si era igual a esos otros ataques?

—Al principio parecía igual. Después fue empeorando hasta que murió.

—Tendremos que volver a la excursión, aunque sea repetir el tema. ¿Tomó Ellen algo que ustedes no probasen?

—Sí. Un poco de azúcar en el café. Nosotros no lo probamos.

Harland se preparó para oír la pregunta que sabía iba a producirse, y que se hacía ya por tercera vez.

—¿De dónde sacó ese azúcar? Tengo que referirme de nuevo a este asunto.

Ruth empezaba a fatigarse. Pero respondió con presteza:

—Cuando arreglaba la cesta, Ellen me rogó que no me olvidase de poner en ella un poco de azúcar para su café. Busqué unos terrones, y al no dar con ellos puse azúcar en polvo dentro de un sobre, lo cerré con cuidado y lo guardé en la cesta. Cuando, después de comer, Ellen me pidió el azúcar, no hice sino darle ese sobre.

—¿El mismo que había usted llenado de azúcar?

—Creía que era el mismo. Es decir, tenía que ser el mismo.

—¿De dónde cogió ese azúcar?

—Del barrilito en donde se guardaba.

—¿Y el sobre?

—De la mesa de la biblioteca.

—¿Era el único sobre de esa clase que había allí?

—No. En un departamento había muchos más, tal vez dos docenas.

—He aquí un sobre. ¿Cree que puede ser éste?

Ruth lo examinó atentamente.

—Parece el mismo. Todos son exactos.

—Ha sido probado con testigos que este sobre de azúcar contenía arsénico. ¿Sabe algo de este asunto?

—No.

—¿Asesinó a su hermana?

—No —dijo Ruth con los labios muy pálidos, pero sin perder su tono sereno.

—¿Acaso alguna vez, mientras Ellen vivía, le deseó la muerte?

—No.

Míster Pettingill preguntó entonces más amablemente:

—¿Estaba usted enamorada de míster Harland antes de que Ellen muriese?

—No.

—¿Cuándo se dio cuenta de que le amaba?

—En cualquier momento después que regresó de su viaje alrededor del mundo.

—Pensándolo mejor, ¿cree que le amaba hacía tiempo?

Ruth sonrió con franqueza y repuso:

—Ésa es la pregunta que suelen hacerse los enamorados —hizo una pausa y miró a Harland con ternura. Luego añadió—: Ahora me doy cuenta de que le he amado siempre. Es más, siempre le amaré.

Pettingill se volvió hacia Quinton.

—Su prueba, mi querido colega —dijo suavemente.

Pero no en balde había calculado el tiempo. Al terminar de hablar, y antes de que Quinton pudiera levantarse, el juez Andrus notificó que la vista quedaba aplazada.

2

Harland pudo hablar con Ruth un breve instante, y hasta estrechar su mano cariñosamente.

—Nunca te había querido tanto —murmuró a su oído. Y sintió que los dedos de ella temblaban entre sus manos. La vio súbitamente postrada, vencida, como si la tensión del interrogatorio, teniendo que soportar la mirada de cien ojos curiosos, hubiese sido demasiado aun para ella, tan fuerte y valerosa.

Luego salió seguida de mistress Hayward y del comisario Hatch. Pettingill, Roger Pryde y Harland salieron juntos del Palacio de Justicia. Pryde estrechó fuertemente la mano de Harland cuando estuvieron solos.

—Tienes suerte —dijo—. Es una mujer maravillosa.

Harland quiso reír, pero la risa murió en su garganta.

—Pues no me siento afortunado —dijo—. Sería capaz de matar a Quinton, a todo el público y hasta a esos odiosos periodistas.

—Calma, calma —recomendó Pryde—. Has de dominar ese genio. Seguramente, Quinton le dará mañana un mal rato.

Harland se limitó a apretar los puños. Antes de llegar al hotel donde se hospedaba, Leick se unió a ellos. Harland le invitó a cenar. Lo hicieron en la habitación de míster Pettingill, y en silencio. Cuando hubieron terminado, comentaron ampliamente la situación.

—Mistress Harland ha sido una magnífica testigo —dijo Pettingill—. Estoy seguro de que resistirá el interrogatorio de mañana. Pero su declaración es puramente negativa, es decir, que se limita únicamente a negar. Quinton alegará que si en realidad ha envenenado a Ellen, lo lógico es que lo niegue. No obstante confío en que el Jurado crea en ella. Mi idea principal fue descubrir su carácter bondadoso, hacerla simpática, impresionar agradablemente al Jurado.

—Creo que lo ha logrado plenamente —dijo Roger Pryde.

—Bien. Hemos negado la acusación que se nos hacía —continuó diciendo el abogado—. Pero es evidente que Ellen murió asesinada por la acción del arsénico. Lo mismo digo con respecto al frasco que perteneció a Ruth; es indudable que contenía arsénico y que en él se hallaron sus huellas digitales. Tampoco puede negarse que Ruth y míster Harland, aún en vida de Ellen se profesaban un sincero y mutuo afecto. Así, pues, ¿qué vamos a hacer ahora? —vaciló. Todos se dieron cuenta de que había olvidado la presencia de los demás y que hablaba consigo mismo—. Naturalmente podemos citar nuevos testigos, a los médicos que la asistieron y que estarán dispuestos a afirmar que, a pesar del pastel de manzana y del *curry*, lo de Ellen fue en ambos casos una indigestión. Pero también eso es una evidencia negativa nada más, pues Quinton los obligará a reconocer que, en efecto, podía ser una indigestión, pero igualmente podía tratarse de un envenenamiento a juzgar por los síntomas —hizo una pausa para mirar a Harland pensativamente—. Puesto que queremos demostrar al Jurado que Ellen se suicidó, no nos queda más remedio que confesar que sus relaciones con ella, míster Harland, no eran precisamente armoniosas en los últimos tiempos —más que una observación, la frase fue una pregunta. Pero Harland siguió silencioso, y su interlocutor continuó—: A propósito; Ruth me ha dicho que Ellen no podía tener más hijos. ¿Es cierto?

—Sí —asintió Harland—. Lo supe cuando se lo dijo a Ruth. A decir verdad, el doctor nunca me dijo nada en ese sentido.

—Lo citaremos como testigo —dijo Pettingill—. Comprobaremos si Ellen era una mujer inclinada a la melancolía. ¿Cómo se llamaba ese médico?

—Patrón.

—Apunte ese nombre, míster Pryde —dijo Pettingill. Roger obedeció, y el abogado continuó diciendo—: Será mejor que le telefonee en seguida. Veremos lo que nos dice.

Roger salió para poner en práctica las instrucciones recibidas. Leick sacó la pipa y comenzó a desmenuzar el tabaco entre las manos.

—Si seguimos la teoría del suicidio —continuó Pettingill pensativamente—, tendremos que demostrar al menos cómo pudo hacerlo. Podemos alegar que Ellen vio cómo Ruth metía el azúcar en el sobre, y que preparó otro mezclado con arsénico, que guardó en uno de los bolsillos de su chaqueta. Una vez en la playa, cambió los sobres. Pero era más sencillo decir que cambió los sobres en Bar Harbor, o tal vez incluso en el coche, durante el camino.

—¿Por qué? —preguntó Harland, sin comprender.

—Porque de haber efectuado el cambio en la playa tuvo necesariamente que deshacerse del que contenía el azúcar. Y eso no pudo hacerlo, debido a que estuvo constantemente al lado de usted y de Ruth. De haberlo dejado dentro del bolsillo de su chaqueta, hubiese sido encontrado después por quien se hizo cargo de sus ropas.

—Comprendo —dijo Harland—. Supongo que fue Ruth quien se hizo cargo de ellas, y hubiese hallado ese segundo sobre en uno de los bolsillos de su chaqueta de haber estado allí.

—Hablaré de esto con Ruth —decidió Pettingill—. Tal vez mistress Harland sepa algo. Vamos a ver. Creo recordar que marcharon directamente a Boston, desde la casa de Leick. ¿Qué hicieron con las ropas que Ellen llevaba puestas?

Harland pareció dudar, y Leick contestó:

—Llevárnoslas también. Míster Harland hizo un paquete y lo metió en el coche. Recuerdo que sacó de los bolsillos, cigarrillos, cerillas, unas gafas de sol, un monedero y un pañuelo.

—¡Qué lástima! —exclamó Pettingill—. Si lográramos averiguar el paradero del sobre, no tardaríamos en poner las cosas en claro.

En aquel instante regresó Roger Pryde.

—Dick —murmuró rápidamente—, el doctor Patrón está al teléfono, pero se empeña en hablar contigo. Ética profesional, según supongo. He dicho a la telefonista que conecte con esta habitación.

Harland tomó el aparato y oyó la voz del doctor Patrón.

—Habla Richard Harland, doctor. Seguimos la teoría del suicidio, y estamos estudiando el asunto. ¿Podría decirme usted si Ellen era una mujer melancólica?

—Nada de eso —murmuró el doctor Patrón—. Era una mujer perfectamente sana.

—Creí que como usted había dicho que ya no podía tener hijos…

—¿Qué no podía tener hijos? —repitió el doctor con sorpresa e indignación.

—Eso dijo Ellen.

—¡Qué tontería! —exclamó el doctor—. Podía haber tenido una docena si hubiese querido. Su constitución física era perfecta.

Harland pareció vacilar.

—Aguarde un momento, por favor —dijo, y se volvió a míster Pettingill—. Dice el doctor Patrón que podía tener cuantos hijos hubiese querido. Recuerdo que al principio sospeché que Ellen dijo eso sólo para que Ruth no se extrañase de que no tuviésemos hijos —luego preguntó—: ¿Quiere que le pida que venga a prestar

declaración?

Pettingill vaciló.

—No —decidió al fin—. Se lo diremos mañana por la noche.

Cuando vio que Harland colgaba el receptor, se acarició la barbilla y murmuró pensativamente:

—Es muy interesante. Por fin llegamos al terreno psicológico —miró a Harland y prosiguió—: Creo haberle oído decir que mistress Huston opina que Ellen se deshizo del hijo que había de nacer. Tal vez el doctor Patrón pueda aclarar eso.

—No creo que él pueda asegurar nada —dijo Harland repentinamente angustiado —. Mejor será olvidarlo.

—Si queremos probar, no sólo que se suicidó, sino que lo planeó todo deliberadamente para que Ruth apareciese culpable, hemos de demostrar al Jurado que Ellen era una mujer egoísta, celosa y mala.

Harland guardó silencio. Se produjo una pausa, que Leick rompió para decir:

—He estado pensando en lo del sobre, míster Pettingill. Creo que ella debió de echarlo al fuego.

—Es posible —respondió el abogado pensativamente. De pronto se levantó, como si quisiera dar por terminada la charla—. En fin, creo que todos estamos fatigados. Míster Harland, será mejor que se retire a descansar. Mañana le tocará a usted.

Harland se dirigió a su habitación. Cuando estuvo solo pensó con angustia en el día siguiente. No obstante, estaba más decidido que nunca a hacer por Ruth cuanto estuviese en su mano.

Se acostó y no tardó en dormirse con el sueño profundo de quien toma un estupefaciente.

3

No volvió a ver a Ruth hasta el día siguiente en la Sala, cuando se sentó junto a ella. Tuvo tiempo de estrecharle la mano antes de que ella fuera a declarar. Quinton se levantó para comenzar el interrogatorio.

—Bien, mistress Harland —comenzó diciendo—. Ha negado usted su culpabilidad, de modo que no espero que confiese haber envenenado a su hermana. De todos modos, hay unas cuantas preguntas que me interesa hacerle. Retrocedamos al tiempo en que vendió su casa de Boston. ¿Es cierto que había en el piso alto un taller donde su padre disecaba animales?

—Sí.

—¿Es cierto que había arsénico en ese taller?

—Sí.

—¿Entró en él después de la muerte del profesor?

—Sí. Ellen y yo entramos para ponerlo todo en orden, y…

—Es a usted a quien interrogo. Me interesan sus movimientos, no los de Ellen.

Pero Ruth continuó como si no la hubiese interrumpido:

—… y luego entraba yo de cuando en cuando para limpiar el polvo.

—¿Por qué había de limpiar el polvo si no lo habitaban?

Ruth sonrió.

—Temo que no sea usted una buena ama de casa.

—En todo caso, de su declaración se desprende que entraba usted a menudo en el taller con un pretexto u otro.

—Sí, bastante a menudo.

—Después que murió su madre, ¿vendió usted la casa?

—La vendimos. Era de Ellen y mía.

—Pero fue usted quien la limpió y sacó cuanto había en ella, ¿verdad?

—¿Quiere que le diga lo que sucedió?

—Eso es precisamente lo que deseo —repuso Quinton inclinándose.

—Perfectamente —asintió Ruth—. El caso es que Ellen y yo decidimos vender la casa. Ellen me visitó para discutir lo que haríamos con los muebles. Sugirió que tal vez al Museo le interesasen algunas de las cosas de mi padre. Después entró en el taller e insistió en que la dejase sola un momento. Según me dijo, quería despedirse de nuestro padre. Pocos minutos después se reunió conmigo.

Harland vio con alegría que la pregunta de Quinton había dado a Ruth ocasión de probar que también Ellen había entrado en el taller por aquel tiempo.

—Al día siguiente, un empleado del Museo fue a recoger cuanto creyó de interés —añadió Ruth.

—Lo que nos interesa, mistress Harland, es saber qué hizo usted del arsénico que había en aquella habitación. Supongo que llegaremos a este punto.

—Desde luego. Cuando el empleado del Museo acabó su trabajo y se llevó cuanto creyó oportuno, hice limpieza general. En cuanto al arsénico, lo arrojé al horno y lo quemé.

—¿Había mucho?

—Dos tarros. Uno lleno y otro casi vacío.

—Supongo que no declarará usted que guardó un poco de arsénico. Pero al menos dígame si podría haberlo guardado si lo hubiese deseado.

—Desde luego. Podía haberlo guardado todo, pero no lo hice.

—¿Estaba usted completamente sola cuando realizó la limpieza de que habla?

—Sí.

Quinton la hizo describir, a continuación, el taller de Bar Harbor, e igualmente quiso saber qué había hecho del arsénico que encontró en él. Ruth dijo que lo había hecho desaparecer el mismo verano en que murió Ellen.

—¿Estaba el arsénico en el taller antes de que muriese su hermana?

—Sí.

—¿Y usted tenía la llave?

—Estaba colgada de un clavo en la puerta trasera de nuestra casa.

—¿Cogió usted un poco de arsénico y lo metió en un frasco, que escondió luego en un rincón de su dormitorio tras el zócalo?

—No.

—¿Pero conoce ese escondrijo?

—Sí, Ellen…

—¿Lo conocía alguien más?

—Ellen precisamente.

—Ellen hace casi dos años que ha muerto.

—Creo que éramos ella y yo las únicas que conocíamos el escondrijo a que usted se refiere.

—¿Hacía tiempo que no lo utilizaba usted?

—Nunca lo había utilizado. Ellen lo descubrió cuando éramos niñas. Supongo que el carpintero se olvidó de clavar unos clavos y que…

—No nos importa lo que usted pueda suponer. Resulta que usted y Ellen solían utilizarlo para esconder algunas cosas. ¿No es cierto?

—Era Ellen quien lo hacía. Un día que entré de pronto en nuestro dormitorio la sorprendí escondiendo un libro en aquel lugar. Se puso furiosa porque había descubierto su secreto, y me hizo prometer que no se lo revelaría a nadie. También me hizo prometer que nunca intentaría averiguar lo que había en aquel escondrijo.

—¿Siempre se mostró tan sumisa, tan rendida a los deseos de Ellen?

—Todos hacíamos lo que Ellen deseaba.

—¿Y nunca escondió nada en aquel lugar?

—Nunca.

—Mire esta botella. ¿La reconoce?

—Sí.

—Dígame por qué.

—Era mía. Me la regalaron.

—¿Cuándo?

—El día de mi cumpleaños, en agosto, un año antes de que muriese mi madre y Ellen.

—¿El verano que hizo usted la limpieza en el taller de Bar Harbor?

—No. Ya he dicho que hice esa limpieza después de morir Ellen.

—Volvamos a la botella. ¿Qué contenía?

—Sales de tocador. La usé una o dos veces, y la dejé en Bar Harbor al marchar a Boston. En mi cuarto de baño.

—¿Cuándo volvió a verla?

—No estoy muy segura. El año que murió Ellen fui en agosto a Bar Harbor, quince días antes de que llegasen Ellen y míster Harland. No recuerdo haber visto la botella después. Pero tal vez lo haya olvidado. De todos modos, creo que no he vuelto

a verla hasta ahora, en esa sala.

—¿Cuándo notó su falta?

—Nunca me di cuenta que había desaparecido.

—¿Qué sales de tocador emplea usted habitualmente?

—Ninguna, porque suelo ducharme —dijo Ruth sonriendo—. Empleé esas sales dos o tres veces, porque me las habían regalado y quería probarlas. Pero después me olvidé de ellas.

—¿Cuándo tocó esta botella por última vez?

—No puedo recordarlo. No recuerdo ni haberla visto desde el año antes de morir Ellen.

Quinton siguió acosándola a preguntas, sin que Ruth perdiese la serenidad. Por fin llegaron al día de la excursión, y de nuevo hubo de especificar todos sus actos durante aquel día.

—¿Preparó usted dos termos de café?

—Sí.

—¿Conocía usted mucho a Leick Thorne?

—Lo mismo que ahora. No había vuelto a verle desde entonces.

—¿Dónde lo conoció?

—Lo traté principalmente durante el viaje al Canadá.

—¿Notó entonces que Leick Thorne no tomaba café?

—Sí. Los otros dos guías tomaban café para el desayuno, pero él se desayunaba con té.

—¿Tomaba azúcar con el té?

—Sí.

—¿Cómo no llevó aquel día té para Leick?

—Me olvidé.

—¿Tiene usted la costumbre de olvidar los gustos de sus servidores?

—Creo que no.

—¿No lo hizo usted a propósito, porque de esa manera evitaba tener que llevar azúcar para Leick?

—No se me ocurrió siquiera. Olvidé el té. Eso es todo.

—Pero si se le hubiese ocurrido, se habría dado cuenta de que al no llevar té, y por el simple hecho de no gustarle el café, era innecesario llevar azúcar para él, ¿verdad?

—Supongo que sí.

—Mistress Harland, cuando, ya en trance de muerte, intentó su hermana decirle que había sido envenenada, ¿por qué no hizo nada por salvarla?

—No creo que intentara decirme nada de eso —repuso Ruth enérgicamente—, y, en todo caso, hicimos todo lo posible por salvarla.

—¿Oyó usted su patética exclamación, la trágica palabra «veneno»?

—Sí.

—¿Qué pensó que quería decir con ella?

—No pensé absolutamente nada.

—Entiendo. No pensó nada con respecto a Leick y el azúcar envenenado, y tampoco pensó nada cuando oyó decir a su hermana que había sido envenenada.

—No sabía que el azúcar estuviese envenenado.

Al ver su tacto, su seguridad al responder, Harland sintió a la vez ternura y orgullo. Pero Quinton volvió a atacar con nuevos bríos.

—¿Ama usted a míster Harland?

—Sí.

—¿Le conoció en Nuevo México?

—Sí.

—¿Le amó usted en cuanto le vio?

—No.

—¿Pasaron juntos dos semanas en aquel lugar?

—Ambos estábamos invitados en la misma casa.

—¿Le amaba cuando acabaron aquellas semanas?

—No.

—¿Dónde volvió a verle?

—En Sea Island.

—¿Fue allí donde se enamoró de él?

—No.

Harland sintió una repentina cólera. Con los puños crispados murmuró por encima del hombro de míster Pettingill.

—¿Por qué no le obliga a callar?

Quinton continuó preguntando:

—Le volvió usted a ver en Bar Harbor. ¿Fue allí donde se enamoró de él?

Míster Pettingill se levantó.

—Con la venia de Su Señoría —dijo—, no quiero privar a mi colega de que aproveche todos los medios a su alcance para lograr sus fines. Pero en este caso es sólo una opinión lo que desea saber, y eso no me parece pertinente.

—Con la venia de Su Señoría —dijo Quinton a su vez al juez—, el amor no es «una opinión». Es una reacción física, un hecho positivo. Hubo un tiempo en que la acusada no amaba a míster Harland. No obstante, llegó más tarde a amarle. Quiero fijar el momento en que ocurrió ese cambio.

Pero aunque el juez le autorizó a continuar, Quinton decidió abandonar el tema y volvió a referirse a la casa de Boston y al arsénico. A la mitad de su interrogatorio preguntó inesperadamente:

—¿Estaba usted enamorada de míster Harland cuando ocurrió la muerte de Danny?

—No.

—Y después del aborto de su hermana, cuando con tan buena voluntad consoló a

míster Harland, ¿estaba enamorada de él?

—No.

—¿Qué hizo para consolarle?

Harland contuvo la respiración. Pero Ruth contestó serena y tranquila:

—Le dije todo lo que suele decirse en esos casos… Además, le llevé a la cama y le obligué a descansar.

—¿A qué cama le llevó? ¿De quién era esa cama? ¿Le desnudó usted misma?

Las preguntas fueron rápidas y tajantes, pero Ruth respondió serena y dulcemente, quitándoles así toda mala intención. Quinton volvió a referirse al frasco de sales y a continuación abandonó ese tema para preguntar:

—¿Estaba usted enamorada de míster Harland el día que murió Ellen?

Harland miró a Ruth y la vio palidecer. Adivinó su sufrimiento, y se apresuró a indicar a míster Pettingill la conveniencia de un aplazamiento para que ella pudiera descansar. Pero el abogado murmuró:

—Déjela. Sabe perfectamente lo que hace. ¿No se da cuenta de que está venciendo a Quinton? Harland comprendió que era cierto.

Quinton seguía haciendo preguntas, avanzando y retrocediendo al comenzar las declaraciones de Ruth. Como un animal que se debate furioso para hallar un lugar por dónde escapar de la trampa que le han tendido insistía desesperadamente en el tema de su amor por Harland.

—¿Le quiere ahora? ¿Le amaba cuando se casó con él? ¿Estaba enamorada de él una semana antes de casarse? ¿Un mes antes? ¿Un año antes?

La serenidad de Ruth le enfurecía. Estaba sofocado y sudoroso. Su voz era cada vez más estridente y excitada. Ante la insistencia de las preguntas, el público que llenaba la sala comenzó a protestar, y el juez Andrus tuvo que ordenar silencio. Los periodistas, sentados ante una larga mesa, llegaron a abandonar la pluma para contemplar a Quinton con mirada burlona. Por fin, éste gritó:

—Bueno, mistress Harland. Mi pregunta es sumamente sencilla. ¿Por qué no puede responder? ¿Cuándo se enamoró de míster Harland?

Ruth vaciló antes de responder. Después dijo sonriente:

—Míster Quinton, si alguna vez hubiera usted amado de una forma sincera, total, absoluta, podría darse cuenta de que su pregunta es imposible de contestar. El amor no es una explosión, un impacto, una bomba. Comienza lentamente, de un modo dulce. Luego, a través de muchas horas y de muchos días, va creciendo hasta hacerse cada vez más fuerte y hermoso. Hoy amo a Dick más que nunca, y le amaré cada día más, hasta que me muera.

Quinton había sido derrotado, y así lo comprendió él mismo, pero aún tuvo valor para decir una última frase:

—Con lo cual quiere decir que hace mucho tiempo que le amaba —y sin dejarla tomar de nuevo la palabra añadió rápidamente—: Eso es todo.

Ruth miró a míster Pettingill interrogativamente, y éste se levantó para

acompañarla hasta su silla. La deferencia de sus ademanes era más elocuente que las palabras. Todos los ojos siguieron a Ruth hasta que se sentó. Después, míster Pettingill se volvió hacia Harland y dijo pausadamente:

—¿Tiene la bondad, míster Harland?

4

Harland se sorprendió de lo concisas que fueron al principio las preguntas de Pettingill y sus propias respuestas. En realidad, le hizo hablar un poco de su boda con Ellen, del primer año de su vida matrimonial, antes de que Danny muriese, y de los meses en que ella había estado encinta.

—Durante el período que precedió al accidente que costó la vida de su hijo, ¿fueron sus relaciones afectuosas o no?

Harland vaciló. El recuerdo de aquellos meses en que la muerte de Danny había sido como una espada desnuda entre los dos acudió de pronto a su memoria. Pero no quería hablar de Danny a menos que fuera absolutamente preciso.

—Sí. Afectuosas y normales —repuso.

—¿Continuaron siéndolo hasta que ella murió?

—No.

—¿Por qué?

Harland se sintió flaquear. El abogado nunca le había presionado tanto en sus conversaciones privadas, y siempre aceptó sus evasivas. Se preguntó a qué se debía tanta insistencia.

—Teníamos algunas diferencias —dijo lentamente, midiendo las palabras.

—¿Puede ser más explícito?

—Antes de que perdiésemos a nuestro hijo decidimos ocupar distintas habitaciones, y después continuamos separados.

—¿Quiere decir que no volvieron a dormir en la misma habitación?

—No, excepto durante nuestra última visita a Bar Harbor.

—¿De quién partió la idea de separación?

—De ella.

—A propósito, ¿hablaron ustedes alguna vez de la posibilidad de tener otro hijo?

—Me dijo que no podía tener más hijos.

Quinton hizo ademán de levantarse, pero al parecer cambió de idea y continuó inmóvil. Pettingill siguió diciendo:

—¿Insistió ella en mantener la separación de habitaciones que indicó en un momento dado?

Harland suspiró y se asió con fuerza a la barandilla que rodeaba el lugar en donde prestaba declaración. Evidentemente, estaba furioso. Su tono se fue haciendo sombrío.

—No —repuso con voz ronca, maldiciendo mentalmente a míster Pettingill por haberle hecho aquella pregunta.

—¿Y usted?

—Sí.

—Así pues, aunque la idea de dormir en distintas habitaciones partió de mistress Harland, fue después mantenida por usted, ¿no es cierto?

—Sí —repuso Harland secamente.

—¿Le pidió ella que volviesen a dormir juntos?

—Sí.

—¿Y usted rehusó?

—Sí.

Aunque algo tarde, Harland comenzó a comprender el plan de Pettingill. Si tenían que probar que Ellen se suicidó, había de basar esa teoría en su desesperación ante el hecho de que él ya no le amase. Hasta aquel momento no se dio cuenta de que dicha teoría le colocaba en un plano completamente absurdo, y que así tendría que considerarlo el público que llenaba la sala y el mundo entero. Por un momento se rebeló. Pero, decidido a todo por el bien de Ruth, acabó resignándose. Su voz se hizo más fuerte y enérgica.

—¿Por qué? —preguntó míster Pettingill.

—No tenía el menor deseo. En realidad, había dejado de amarla.

Al ver la rapidez con que se movían las plumas de los periodistas comprendió la pobre opinión que todos formarían de él. Pero, por amor a Ruth, soportó la ignominia con orgullo.

—De su declaración se desprende que mistress Harland quiso reanudar la vida marital con usted y que usted se negó a ello. ¿Es verdad?

—Sí, es verdad.

—¿Alguien se dio cuenta de lo que sucedía?

—No. Aparentemente, nada había cambiado entre nosotros.

—Pero, ¿sabían los criados que dormían ustedes en habitaciones distintas?

—Sí. Le dijimos a mi ama de llaves que la salud de mistress Harland lo exigía.

—¿Por cuánto tiempo se esforzó mistress Harland en buscar la reconciliación?

—Hasta el día en que murió.

—¿Y usted rehusó siempre?

—No lo hice de modo definitivo hasta el día de la excursión. Habíamos discutido el asunto a menudo. Yo creí…, es decir, ambos creíamos que las cosas podrían arreglarse alguna vez —recordó el día en que se dirigieron de Boston a Bar Harbor, cuando Ellen se mostró tan encantadora en la playa. Luego añadió—: Creí que mis sentimientos podrían cambiar.

—¿Se dio cuenta después que era imposible?

—Sí.

—¿Cuándo?

—El día de la excursión, el día en que ella murió. Aquella misma mañana le comuniqué que había decidido dejarla para siempre.

Él mismo halló absurdas sus palabras. Comprendía lo antipática que debía resultar su actitud. Todo el mundo vería en él al hombre testarudo que a fuerza de rechazar a su esposa llevaba a ésta al suicidio.

—¿Se mostró ella afligida o desesperada? ¿Le hizo reproches?

—No dijo nada.

—¿Cuándo supo usted que había dejado de amarla?

—Unos meses antes.

—¿Unos meses antes de que muriera?

—Sí. Pocas semanas después de morir nuestro hijo.

—¿Pudo ella prever su decisión?

—No lo sé. A decir verdad, no estaba demasiado seguro de poder cumplirla.

—¿Es que…, le dio usted alguna esperanza? ¿Estuvo a punto de rendirse alguna vez?

—No —dijo Harland. Y repitió luego más seguro—: No.

—¿Era mistress Harland de carácter impresionable, fácil a la emoción, sensible?

—No.

—¿Estaba a veces deprimida? ¿Solía llorar sin motivo? ¿Era nerviosa?

—No.

—¿Discutían ustedes a menudo?

—Raras veces. Y aún así, eran discusiones sin importancia.

—¿Le amenazó con abandonarle alguna vez?

—No.

—¿Amenazó con suicidarse?

—No.

—¿Hablaba algunas veces de la posibilidad de su muerte?

—Sí, algunas veces.

—¿Recuerda usted alguna ocasión determinada?

—Sí. Una vez me dijo que no quería llegar a vieja, y otra me hizo prometer que cuando muriese llevaría sus cenizas al Cerro de la Luna. En esta ocasión añadió que si olvidaba cumplir su voluntad su fantasma me perseguiría siempre. Pero esto lo dijo bromeando.

—¿Bromeando? ¿Acaso hoy no se hace realidad su amenaza? ¿No le persigue su fantasma?

Antes de que Harland pudiera replicar, Quinton se levantó para protestar enérgicamente, y míster Pettingill retiró la pregunta.

Luego inquirió:

—Cuando murió, ¿sospechó usted que su muerte pudiese no ser natural?

—No.

—¿Le apenó mucho su muerte?

—Lamenté haberle dicho cuanto le dije aquella mañana; haberla hecho desgraciada.

—¿Desgraciada? Creo haberle oído decir que Ellen no se mostró apenada.

—Pero yo sé lo que en realidad sentía.

Pettingill miró a Quinton interrogativamente. Al ver que éste continuaba inmóvil, siguió diciendo:

—¿Qué hizo usted unos días después de la muerte de mistress Harland?

—Me fui de viaje. Puede decirse que di la vuelta al mundo.

—¿Por qué?

—No deseaba volver a ver un rostro conocido.

—¿Por qué?

—Estaba…, desesperado porque Ellen había muerto.

—¿Estaba usted enamorado de la actual mistress Harland?

—No.

—¿Cuándo se dio cuenta de que la amaba?

—En realidad, es ahora cuando me doy cuenta de cómo la quiero —dijo Harland mirando a Ruth.

—Después de volver a Boston, ¿tardó mucho en darse cuenta de que la amaba?

—No lo supe hasta pocos días antes de casarnos.

El reloj señalaba que la hora del aplazamiento estaba ya próxima.

—Eso es todo —dijo Pettingill, y Harland lanzó un suspiro. Antes de que el juez Andrus pudiese hablar, Quinton se levantó rápidamente.

—Con la venia de Su Señoría, sé que nos queda poco tiempo —dijo—, pero deseo hacer dos preguntas.

Se acercó a Harland y le miró fijamente.

—¿Quiere darnos a entender, míster Harland —dijo con aspereza—, que cuando murió su esposa le amaba a usted, pero usted no la correspondía?

—Sí.

—¿Y pretende que su persistente negativa a reconciliarse con ella fue lo que la indujo a suicidarse?

Harland se humedeció los labios y carraspeó, pero antes que pudiera responder, Quinton se volvió hacia el juez y dijo:

—Me reservo el derecho de continuar el interrogatorio después.

El juez Andrus vaciló, miró a Harland y luego asintió. La vista quedó aplazada.

5

Al levantarse, Harland sintió que la vista se le nublaba y que temblaban sus rodillas. Por la última pregunta de Quinton comprendió que aún tenía que enfrentarse con lo peor. De pronto deseó que sucediera algo grave, una catástrofe que le

impidiese continuar. Antes de separarse de él, Ruth le apretó cariñosamente la mano. Pettingill y Roger Pryde le acompañaron al hotel.

—Todo marcha bien —dijo el primero.

—A mí me ha parecido un infierno —repuso Harland—. ¿Era necesario que yo quedase en una posición tan ingrata?

Pettingill le miró y dijo suavemente:

—Míster Harland, ¿se da cuenta de la gravedad del caso que nos ocupa? El fiscal acusa a mistress Harland de haber envenenado a Ellen. Si no presentamos una teoría convincente, con hechos que concuerden tanto o más que los suyos, pueden condenarla. Nuestra teoría se basa en el hecho de que Ellen se suicidó porque usted había dejado de amarla. Usted es el único que puede convencer al Jurado. Si le hice tantas preguntas molestas fue en bien de Ruth. Confieso que me sorprendió que Quinton ni siquiera me interrumpiese. Tal vez por la antipatía que siente hacia usted goce viéndole en posición tan desairada. Supongo que esta tarde hará cuanto esté en su mano para dejarle en ridículo. Pero cuanto mejor consiga usted demostrar al Jurado que se portó mal con Ellen, más dispuesto se hallará éste a creer la teoría del suicidio.

Harland tuvo que aceptar abiertamente los hechos.

—Comprendo —dijo.

Contemplaron en silencio cómo les servían la comida. Después, cuando el camarero salió de la habitación, míster Pettingill continuó gravemente:

—No lo olvide. Recuerde siempre que Ruth está en peligro, y que cuanto más despreciable aparezca usted a los ojos de todos, más segura es la posición de Ruth. Otra cosa… Lógicamente, antes de que el Jurado acepte la teoría del suicidio, querrá saber por qué Ellen lo planeó todo de forma que Ruth apareciese culpable. Se preguntarán sin duda qué clase de mujer era, capaz de escribir una carta como la que fue leída ante todos. No es que esta carta pueda ser considerada como prueba (temo que haya sido un error que ya no podemos evitar el haber dejado a Quinton leerla en voz alta), pero no se borrará fácilmente de la mente de nadie; la mitad de los oyentes creerán cuanto se dice de ella. Nuestro fin, míster Harland, es desacreditar la memoria de Ellen. Quinton le atormentará esta tarde para saber las causas de sus desavenencias conyugales. Yo no he presionado demasiado, pero estoy seguro de que él lo hará. Me consta que lo hará. Nunca ha querido usted confesármelo. Pero él se saldrá con la suya. Le hará hablar.

—Sí, sí, comprendo —murmuró Harland.

—Por regla general, nunca quiero encargarme de un asunto en el que mi cliente no me demuestre plena confianza —dijo Pettingill—. Si acepté defender a mistress Harland fue porque estaba convencido de antemano de que es inocente. La admiro a ella y le respeto a usted. Lamento sinceramente el mal rato que esta tarde le aguarda, pero nada puedo hacer por evitarlo. Puedo, en cierto modo, protegerle con interrupciones y hasta con protestas. Lo haré si lo desea, pero preferiría no tener que

hacerlo. Hasta ahora hemos dejado que el Jurado se entere de todo, y es una buena medida. No quiero que de pronto parezca que tenemos algo que ocultar. Y recuerde que aunque tenga que decir algo desagradable, algo que mancille la memoria de Ellen, siempre será Ruth la que saldrá ganando.

—Procuraré mostrarme a la altura de las circunstancias.

—Perfectamente —dijo Pettingill—. Y ahora no coma si no tiene hambre. Y, sobre todo, procure no perder los estribos. Estoy seguro de que Quinton hará cuanto esté en su mano por ponerle en ridículo. No olvide que es a Ruth y no a usted a quien se juzga. Cuanto más bajo logre Quinton situarle, más decidido estará el Jurado a aceptar el suicidio de Ellen.

6

Cuando la vista se reanudó, y aunque Harland hizo todo lo posible por aparentar una calma que estaba muy lejos de sentir, era evidente su nerviosismo. Era como si todos los órganos vitales de su cuerpo se retorciesen de dolor.

El feroz ataque que aguardaba por parte de Quinton tardó en presentarse. En realidad, el tono que empleó éste al principio fue casi amable.

—Míster Harland —comenzó diciendo—, hablemos un poco de su primer matrimonio, de su vida junto a la primera mistress Harland. ¿La conoció en Nuevo México?

—Sí.

—Diga al Jurado cómo era Ellen. Me refiero a su apariencia física.

—Era muy hermosa.

—¿Cree usted sinceramente que lo era?

—Sí.

—¿Cuántos días tardaron en casarse a partir de la fecha en que se conocieron?

—Dos semanas.

—¿La cortejó usted en ese tiempo?

—Nos veíamos a diario.

—¿En qué circunstancias?

—Estábamos todos reunidos en el pabellón de pesca.

—Confío en que pueda ser más explícito. ¿Cuándo la vio por primera vez?

—En el tren, camino del Oeste.

Cuando contó que Ellen se había dormido leyendo su novela sonaron algunas risas. A continuación describió sus diversos encuentros con Ellen, la cacería de pavos, el día en que ella esparció las cenizas de su padre en la pradera de las cumbres, su salida a la mañana siguiente con la exclusiva idea de encontrarla, su paseo a la luz de la luna, el camino de vuelta, el día en que se marcó el ganado, y, por último, la aventura del desfiladero. Quinton le escuchó pacientemente. Al fin preguntó:

—¿Fue así como la cortejó?

—Su pregunta da una impresión equivocada —repuso Harland—. Yo no la cortejé nunca. Era soltero y me agradaba serlo. Pero al cabo de diez días me di cuenta de que existía entre nosotros una misteriosa atracción. Comprendí que, si se lo pedía, Ellen sería mi mujer.

—¿De veras? —preguntó Quinton interesado—. ¿Y cómo llegó a tener esa seguridad?

—Ellen me había dicho… —Harland sintió una maliciosa satisfacción. Miró a Quinton y siguió diciendo:

—Me había dicho que estaba prometida a usted, pero que nunca sería su esposa. Finalmente se quitó el anillo que usted le había dado, e hizo que yo me fijara en ello. Comprendí lo que eso podía significar.

—¿Quiere decir que fue ella quién le cortejó a usted?

Quinton parecía imperturbable.

—Comprendí que se casaría conmigo si se lo pedía.

—¿Y qué actitud adoptó usted?

—Decidí no casarme con ella. Prefería seguir siendo soltero.

—¿Qué le hizo cambiar más tarde de opinión?

—Nuestra aventura en el desfiladero. El peligro nos aproximó. Cuando pudimos considerarnos a salvo, me di cuenta de que la amaba.

—¿Se lo dijo?

—Sí.

—¿Qué respondió ella?

Harland recordaba perfectamente la escena. Las palabras de Ellen adquirían en aquellos momentos una gran fuerza expresiva.

—Dijo: «Nunca te dejaré escapar».

—¿Se casaron en seguida?

—Dos días después. Fue ella quien insistió.

—¿Se mostraba usted reacio? —preguntó Quinton amablemente.

—No, pero no veía motivo de tanta prisa.

—Bien, míster Harland, no quiero que interprete mis palabras con animosidad. No intento burlarme de usted, ni sugerir que es usted presuntuoso. Me limito a enumerar los hechos. De su declaración se desprende que una mujer joven y hermosa, prometida a otro hombre, se enamoró de usted, le cortejó, le conquistó y se empeñó en casarse en seguida, a pesar de que usted no estaba demasiado convencido. ¿Es ésta la verdad de los hechos?

Harland enrojeció, pero repuso:

—Sí.

—Perfectamente. ¿Y cuánto tardó en comenzar a arrepentirse de haberse dejado conquistar?

Harland vaciló. Quinton murmuró como para ayudarle:

—¿Fue feliz durante el primer mes de su matrimonio?

—Muy feliz.

—¿Y durante el segundo, y el tercero, y el cuarto?

—Sí.

—¿Se trasladaron a Georgia desde Nuevo México?

—Sí.

—¿Dónde tenía usted a su hermano convaleciente de un ataque de parálisis infantil? ¿En un sanatorio?

—Sí.

—¿Estaban solos en el mundo su hermano y usted…, descontando a Ellen?

—Sí.

—¿Cuándo salieron de Georgia y vinieron al Norte?

—Casi un año después de mi matrimonio.

—En el mes de junio llegaron a Boston, en dirección al Cerro de la Luna. ¿Estaba todavía enamorado de Ellen?

—Sí.

—Quedamos en que en junio la amaba aún. ¿Y en julio?

—Lo mismo.

—¿Y en agosto?

Harland había adivinado adonde quería Quinton ir a parar. Tenía que preparar la evasiva.

—Mi hermano se ahogó en agosto.

—Sería un rudo golpe para usted.

—En efecto.

—¿Influyó en su amor por Ellen?

Harland pareció vacilar un momento. Al fin dijo con voz ahogada:

—Influyó de un modo decisivo. Danny significaba mucho para mí.

—¿Y ella también?

—Sí, ella también.

—Bien. Así, pues, Danny se ahogó en agosto. ¿Seguía usted amando a Ellen en setiembre?

Harland se sintió desfallecer, como si misteriosas ligaduras oprimiesen su pecho.

—Sí, pero de otro modo…

—¿De qué modo?

—Íbamos a tener un hijo.

—Acaba de decir que sus sentimientos hacia mistress Harland cambiaron en determinado momento. ¿Debo comprender que ese cambio se efectuó estando ella encinta?

—Sí —repuso.

Harland vaciló.

—Perfectamente —dijo Quinton, satisfecho del interrogatorio—. Por fin las cosas

se aclaran. Afirma usted que su amor por Ellen cambió mientras estaba encinta. ¿Puede describir ese cambio?

—Supongo que hasta entonces la amé porque era hermosa y porque me amaba. Cuando supe que íbamos a tener un hijo, la quise sólo por eso.

—¿Porque iba a ser la madre de su hijo?

—Sí.

—¿Tiernamente? ¿Devotamente? ¿De forma exclusiva?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué durante esa época comenzó a demostrar especial preferencia por la acusada?

Sorprendido por la pregunta, Harland sintió una repentina sensación de angustia. No obstante, respondió:

—La propia Ellen me pedía que fuese a ver a su madre y a Ruth.

—Pero hasta el momento en que ocurrió el accidente que hizo abortar a su esposa, y a pesar de su constante atención por Ruth, ¿siguió usted amando a Ellen tiernamente, devotamente, de una forma exclusiva?

—No demostré por Ruth lo que llama usted una constante atención.

—¿La veía muy a menudo?

—Sí.

—¿Casi a diario?

—Sí.

—¿No cree que eso puede ser calificado de «constante atención»?

—No. También veía a diario a mistress Huston, mi ama de llaves, y a nadie se le ha ocurrido decir que le prestara «constante atención».

—Comprendo. Así, pues, durante ese período en que iba usted casi a diario a ver a Ruth seguía amando a Ellen tiernamente, devotamente, de una forma exclusiva, ¿no es eso?

Harland repuso con voz ronca:

—Sí.

—¿Cuándo dejó de amarla así?

—Mis sentimientos cambiaron mientras ella estaba encinta.

—¿Durante el período en que veía a Ruth casi diariamente?

—¡No, no, antes! —gritó Harland.

Quinton le miró en silencio durante un instante. Luego dijo:

—Temo no comprenderle. Tal vez desee usted empezar otra vez y cambiar algunos conceptos de su declaración. Ha dicho antes que hasta que ocurrió el accidente que hizo abortar a Ellen la amaba usted tiernamente, devotamente, de una forma exclusiva. ¿Mantiene que eso es cierto?

—Dije que la amaba como lo que iba a ser: la madre de mi hijo.

—¿Pero no tiernamente, devotamente, de una forma exclusiva?

—Si lo que quiere usted decir es que estaba enamorado de otra, le aseguro que se

equivoca.

—No se trata de lo que yo quiera decir, míster Harland, sino de lo que ha querido decir usted. ¿Intenta evadir una respuesta clara y definitiva en este sentido?

Harland no respondió, y Quinton volvió a insistir:

—Vamos, responda a mi pregunta.

—Tal vez no la haya interpretado bien.

—Intentaré expresarme de otro modo. Veamos míster Harland. Confiesa que antes de que Ellen quedara encinta la amaba usted de un modo, pero que después cambiaron sus sentimientos hacia ella. Explique los motivos.

Harland le miró. El cambio a que Quinton se refería había ocurrido precisamente cuando supo que era responsable de la muerte de Danny, y Harland no quería hablar de eso. Quinton volvió a decir:

—Tal vez no me haya oído usted bien. Voy a repetir mi pregunta. ¿Por qué cambiaron sus sentimientos hacia ella?

Harland sintió que se ahogaba. Contestó vacilante:

—Me niego… a responder… a esa pregunta.

Sabía que el juez podía exigirle que respondiese, pero comprobó aliviado que Quinton se sometía.

—No quiero presionarle. Continuemos. Míster Harland, ¿era Ellen una mujer celosa?

Harland vio que le tendía una trampa.

—No tenía motivos para serlo.

—¿Pero era celosa? ¿O es ésta otra pregunta a la que prefiere no contestar?

—Tenía celos de mi trabajo, claro que no seriamente.

—¿Tenía celos de la acusada?

Luchando por dominar su nerviosismo, Harland respondió con cautela:

—Mistress Harland, es decir, Ellen, tenía un carácter muy dominante. Había monopolizado a su padre, y estaba empeñada en monopolizarme a mí.

—Eso no es responder a mi pregunta. ¿Estaba celosa de Ruth?

—Tenía celos de todo.

—¿Hasta de Ruth?

—De todos.

—Míster Harland, exijo una respuesta concreta. ¿Estaba Ellen celosa de Ruth? ¿Le acusó a usted alguna vez de estar enamorado de Ruth?

—Sí.

—¿Y era cierto?

—No.

—¿Qué respondió usted cuando ella le acusó de tal cosa?

—Le dije que si volvía a repetirlo me alejaría de ella para siempre.

—Comprendo.

Harland empezó a temer la calma de Quinton.

—Presumo que esa conversación, durante la cual Ellen le acusó de estar enamorado de Ruth, ocurrió después de la época que tuvo tan manifiesta influencia en su vida e hizo cambiar sus relaciones. ¿Es así?

—Sí.

—¿Antes de la muerte de Ellen?

—Sí, unas semanas antes.

—A pesar de lo cual, en apariencia, y hasta que murió Ellen, sus relaciones seguían siendo igualmente afectuosas y normales, ¿no es cierto?

—Sí.

—Bien, míster Harland. Voy a decirle lo que yo creo que sucedió. Fue el súbito afecto hacia Ruth, el cariño que tal vez latía en su subconsciente, sin que usted se diera cuenta de él, lo que le hizo alejarse de Ellen.

—Eso no es cierto.

—¿Se quejaba Ellen, durante la época de su embarazo, de sus asiduidades hacia Ruth?

—No. Al contrario. Era ella quien insistía en que fuese a ver a Ruth.

—¿Y usted iba a verla?

—Sí.

—¿Casi cada día?

—Con frecuencia. Casi cada día, sí.

—¿Dejando a su esposa encinta sola en su hogar? —dijo Quinton.

Harland se humedeció los labios antes de responder:

—Sí. Ella insistía en que saliera. No quería que estuviese a su lado.

—¿Es posible que en realidad ignorase usted sus verdaderos deseos?

—Sólo puedo referirme a los deseos que ella expresaba.

—Las mujeres dicen a veces lo contrario de lo que piensan. Tal vez Ellen quisiera que permaneciese usted a su lado, deseando su amor y su compañía. Las mujeres embarazadas suelen desear más que nunca la compañía del esposo.

—Ellen no pensaba así.

—¿Insiste usted en que no fue su creciente afecto por Ruth lo que le impulsaba a abandonar a su esposa casi a diario mientras estuvo encinta?

—Sí, sigo pensando lo mismo.

—Creo que su separación espiritual y física de su esposa debió de tener otros motivos que no quiere usted confesar.

—En efecto —dijo Harland, que ante la actitud suave del otro se sentía más osado.

—El día de autos, al rehusar usted reconciliarse con ella, ¿pensaba dejarla para siempre?

—Sí.

—¿Llegó a esa conclusión porque Ellen le acusó de nuevo de estar enamorado de Ruth?

—No. Nunca repitió esa acusación.

—No obstante, usted llegó a esa conclusión, y así se lo comunicó a Ellen, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Por qué motivo?

Harland recordó de pronto el momento en que, asomado a la ventana de su cuarto de Bar Harbor y deseando abrazar a Ellen, vio la cabeza de una foca desaparecer en las aguas oscuras, lo mismo que Danny. Pero le era imposible explicar todo aquello.

—Llegué a esa conclusión después de muchos meses de meditar… y sufrir.

—¿Sugiere que porque aquel día mató usted en Ellen la esperanza de recuperar su amor quiso ella suicidarse?

—Sí —repuso Harland apretando los dientes.

—¿Estaba presente cuando ella falleció?

—Sí.

—¿Sospechó el verdadero motivo de su muerte?

—No. Creí que se trataba de un ataque de gastritis.

—¿Cuál fue la última palabra que ella pronunció?

Harland cerró los ojos. Sentía en los oídos un extraño zumbido. Al fin dijo en voz baja:

—Veneno.

—¿No se le ocurrió que ella sabía que había sido envenenada y que quería darlo a entender con esa palabra?

—No. El doctor Seyffert acababa de decir que…

—Lo sé. Dijo que podía ser un envenenamiento. En cuanto a Ellen, aun entre las angustias de la agonía comprendió lo que habían hecho con ella e intentó decírselo, dárselo a entender, para que usted la salvara. ¿No es cierto?

—No. Dijo eso como podía haber dicho otra cosa. Estaba delirando.

—Pero dijo «veneno». ¿Es que no oyó usted esa palabra?

Harland no pudo responder. Quinton cambió entonces de tono.

—Veamos, míster Harland —siguió diciendo—. Su matrimonio con Ellen duró unos dos años. ¿Llegó usted a comprender su carácter?

—Sí.

—¿Quiere hacer el favor de leer esta carta? —dijo Quinton, y le entregó la de Ellen.

Harland la cogió. Tenía los ojos nublados.

—¿En voz alta? —preguntó con voz ronca.

—No. Puede leerla para sí. Pero léala toda.

Harland le obedeció. La leyó sin perder una línea. Era Ellen quien la había escrito, aquella Ellen que tanto había amado y a la que parecía estar aún un poco unido; porque el matrimonio es algo que va más allá de ceremonias y de leyes, más allá del amor y de la muerte. Leyó la carta distraído, pensando en las horas pasadas

juntos, cuando el mundo dejaba de existir para ambos y se confundían en una sola sus existencias.

Leyó lentamente. Cuando hubo terminado, Quinton cogió la carta y preguntó:

—Ahora, míster Harland, conociendo como conocía a Ellen, responda con sinceridad. ¿La creía usted capaz de haber escrito una carta semejante, si no era verdad?

—Sí —respondió—, la creía capaz.

La voz de Quinton se hizo más dura.

—¿La creía capaz de planear su suicidio y de preparar el terreno para que su propia hermana fuese acusada de crimen?

—Sí, la creía capaz —repitió Harland.

Había en su actitud un repentino aire de triunfo. Era la crisis que Pettingill había previsto. Vio que Quinton se mostraba sorprendido de su respuesta, y que por ello elevaba extraordinariamente el tono de su voz. Harland, en cambio, parecía cada vez más tranquilo.

—¿Quiere decir que creía a Ellen capaz de acusar a su hermana de asesinato sabiendo que era falso?

Quinton había enrojecido, como si su antiguo amor por Ellen surgiese potente y avasallador.

—No eran hermanas.

—No intente soslayar la respuesta. Es lo que ha venido haciendo durante todo el interrogatorio. Conteste. ¿La creía capaz de eso?

—Ellen era capaz de todo.

—¿Quiere dar a entender que Ellen era un monstruo?

Harland, seguro de lo que hacía, repuso simplemente:

—Era un monstruo.

Quinton palideció intensamente.

—¿Dispuesta a enviar a presidio de por vida a una mujer inocente?

Harland repuso serena y claramente:

—Había sido con anterioridad la causa de la muerte de un niño inocente.

Entre el público que llenaba la sala se dejó oír un prolongado rumor de ansiedad. Se oyó cómo la punta del lápiz de algún periodista se rompía y el crujido del cortaplumas al afilarlo. Quinton se irguió como si hubiese recibido un golpe en pleno rostro. Sus labios se entreabrieron. Vaciló.

—¿Se refiere al hijo que habían de tener?

—Me refiero a mi hermano Danny —repuso Harland.

Quinton guardó silencio. Después se acercó al fiscal general Shumate, con quien mantuvo un breve diálogo en voz baja. Harland no se atrevió a mirar a Ruth, y fijó los ojos en sus manos, que se asían con fuerza a la barandilla.

De pronto sintió una extraña paz, la paz de la sumisión… Y la aceptó gustoso.

En medio del silencio, el juez hizo sonar el martillo y anunció un breve descanso.

7

Cuando Harland volvió a su sitio, míster Pettingill se levantó y salió al corredor. Alarmado, Harland le preguntó a Ruth:

—¿Adónde va?

—Leick ha mandado un recado diciendo que necesitaba verle —respondió Ruth. Luego le cogió del brazo y añadió—: ¡Oh, amor mío! ¿Por qué has dicho eso?

Harland sonrió.

—No te preocupes —repuso—. El momento peor ya ha pasado.

Entretanto, Quinton y el Fiscal General seguían hablando en voz baja. Harland los observó lo mismo que un boxeador contempla a su contrincante entre dos asaltos. La mano de Ruth seguía apoyada cariñosamente sobre su brazo. Harland la acarició. Se dio cuenta de que Roger Pryde los observaba, y se volvió para mirar a los periodistas. Estaba seguro de que al día siguiente todos los periodistas de la ciudad reproducirían su declaración, y que su historia sería lanzada a los cuatro vientos con todo lujo de detalles. El Fiscal General abandonó la Sala. Quinton dijo algo a mistress Parkins, y ésta tomó rápidamente unas notas.

Terminado el breve descanso, Harland fue llamado otra vez a declarar. Pettingill no había regresado aún. Quinton se enfrentó de nuevo con Harland. Al hablar, su voz era tranquila y su actitud serena.

—Bien, míster Harland. Su declaración abre un nuevo campo a la investigación. Vamos a referirnos a su hermano. Retrocedamos al momento de su fallecimiento. ¿Cuándo y cómo ocurrió?

—Se ahogó en el lago del Cerro de la Luna, en el mes de agosto, un año después de mi matrimonio con Ellen.

—¿Qué edad tenía?

—Catorce años.

—¿Estaba inválido?

—Tuvo un ataque de parálisis infantil. Las piernas le quedaron prácticamente inútiles.

—¿Podía nadar?

—Era un entusiasta de ese deporte. Aquel verano atravesó el lago a nado.

—¿A qué hora murió?

—A primera hora de la tarde.

—¿Quién estaba con él?

—Ellen y yo.

—¿Dónde estaba Leick?

—Había ido a la ciudad en busca de provisiones.

—Vayamos por orden. Comencemos por el desayuno. ¿Qué hizo usted después de desayunarse?

—Fui a trabajar a mi despacho, que se hallaba situado en el pabellón donde se guardaban los botes.

—¿Vio a Ellen y a Danny aquella mañana?

—Los oí remar en el lago.

—¿A qué hora?

—No me fijé.

—¿Trabajó mucho rato?

—Hasta que me cansé. En el Cerro de la Luna no nos preocupaba nunca el tiempo.

Harland había recobrado la serenidad.

—¿Qué pasó después?

—Cuando terminé de trabajar me dirigí a la casa. No había nadie en ella. Recordé que los había oído remar por el lago, y me dirigí a cierta loma cercana que nos servía de observatorio. Desde allí se veía el lago en toda su extensión.

—¿Pudo usted distinguirlos?

—Vi el pequeño esquife a media milla de distancia. Cogí los gemelos que guardábamos habitualmente en aquel lugar y los enfoqué hacia la embarcación.

Vaciló. Quinton le apremio:

—Vamos, ¿qué es lo que vio?

—Vi a Ellen sentada en el esquife. A una distancia de veinte pies, Danny luchaba por salir a flote, sin que ella hiciera el menor movimiento por ayudarle. Ella le dejó ahogar.

Le sorprendió que pudiese hablar de aquello con tanta tranquilidad, que conservara tan férreo dominio sobre sí mismo.

—¿Ellen sabía nadar?

—Era una excelente nadadora, mucho más experta que yo.

—¿Qué hizo entonces?

—Corrí al embarcadero y salté a una canoa automóvil. En ella me dirigí velozmente hacia ellos. Estaban en la parte oeste, cerca de un terreno que se introduce en el lago y a uno de cuyos extremos hay unos arrecifes peligrosos que yo conocía perfectamente. Con el sobresalto, me olvidé de la embarcación y me hice una herida en la cabeza. Entonces nadé hasta la orilla —hizo una pausa, pero esta vez Quinton no le apremió para que continuara—. Vi que Ellen se zambullía procurando hallar a Danny. El esquife se alejaba, abandonado a la corriente. Me desnudé y me arrojé al agua, pero había allí bastante profundidad y era difícil llegar al fondo. Por fin, Ellen encontró el cuerpo de Danny y lo sacó a la superficie.

—¿Qué pasó después?

—Llevé a Danny a la orilla e intenté reanimarle, pero había muerto.

—¿Qué hizo ella entretanto?

—Se arrojó al agua y recuperó el esquife. En él llevamos el cadáver de Danny.

—Ha dicho usted antes que ella… —se interrumpió para mirar un trozo de papel

que tenía en la mano— que ella dejó morir deliberadamente a un niño inocente. ¿Qué quiso decir con eso?

—El propósito de Danny era atravesar a nado el lago por aquel lugar. Ella le seguía en el esquife, para ayudarle a subir si se fatigaba. Danny sufrió un calambre, y ella le dejó ahogar.

—Sin embargo, ha dicho usted antes que vio cómo se arrojaba al agua para buscarle.

—He dicho que vi cómo le dejaba ahogar sin ayudarle.

—Pero intentó salvarle. Fue ella quien encontró el cuerpo.

—Le dejó ahogar consciente de lo que hacía.

—¿Cómo lo sabe?

—Me lo dijo ella misma.

—¿Aquel mismo día?

—No, meses después.

—¿La acusó usted entonces de lo que había hecho?

—No.

—¿Por qué?

—En el primer momento, porque la impresión fue demasiado fuerte y me dejó aturdido. La amaba apasionadamente, y el saberla capaz de dar muerte a mi hermano fue para mí como si me asestaran un mazazo en la cabeza. Después, antes de que yo pudiera decir nada, me aseguró que íbamos a tener un hijo. No tuve más remedio que callar por nuestro hijo. Nunca le dije que estaba enterado de la verdad hasta después del accidente que motivó la muerte de nuestro hijo.

—¿No tenía ningún motivo para permitir que Danny se ahogara?

—Le odiaba porque creía que le robaba mi cariño. No quería tenerle con nosotros. Me pedía constantemente que le enviase a cualquier sitio para poder quedarse a solas conmigo.

—¿Declaró usted el hecho a las autoridades?

—No. Decidí protegerla con mi silencio. No podía acusar de asesinato a mi propia esposa, y menos teniendo en cuenta que íbamos a tener un hijo. Inventé una mentira, que repetí primero a Leick y luego a todos. Dije que Danny había salido en la canoa automóvil, y que se había caído al agua cuando la embarcación chocó contra unas rocas. Afirmé que Ellen y yo estábamos nadando junto a la playa del oeste del lago, y que no vimos el accidente.

—¿Dice usted que eso fue una mentira?

—Sí.

—¿La creyó Leick?

—Al menos, pareció aceptarla. En todo caso, temiendo que descubriera mis huellas y adivinase que fui yo quien chocó con la roca, me levanté al día siguiente muy temprano (la noche anterior había enviado a Leick en busca de Joe Severin) y volví al lugar del suceso donde borré toda huella.

—En otras palabras —dijo Quinton con calma—, que no sólo se abstuvo de declarar lo sucedido, sino que encubrió el crimen de Ellen, mintió para protegerla y destruyó todas las pruebas que hubiesen demostrado su culpabilidad, ¿no es eso? ¿Se da cuenta de que se hace cómplice de un crimen?

—Sí.

—Míster Harland, ¿es usted también cómplice del asesinato de Ellen?

Ante el brusco ataque, Harland enrojeció, pero su voz siguió siendo firme.

—Ellen no fue asesinada. Se suicidó —dijo tranquilamente.

—¿Afirma usted que Ellen causó la muerte de Danny y que usted destruyó las pruebas de su crimen?

—Sí.

Quinton se volvió hacia el abogado defensor, ya presente.

—Puede usted interrogarle, míster Pettingill —dijo con desdén.

Míster Pettingill se levantó calmosamente y se acercó a Harland.

—Bien, míster Harland. Le ha dicho usted a mi colega que Ellen le insistió varias veces para que enviase a Danny a otro lugar a fin de poder quedarse a solas con usted.

—Sí, señor.

—¿Adónde quería enviarle?

—Primero quiso dejarle en Warm Springs durante todo el verano, mientras nosotros marchábamos al Cerro de la Luna.

—¿Y después?

—En el curso de nuestro viaje nos detuvimos en Boston, donde quiso dejar a Danny con mistress Huston. Después me pidió que lo dejase en Bar Harbor con Ruth.

—¿Qué contestó usted?

—Dije que sólo nosotros podíamos ser responsables de Danny, y que si no iba con nosotros nos quedaríamos con él.

—Comprendo. Así, ¿cree usted que cuando vio que podía dejarle ahogar y verse libre de él para siempre, aprovechó la oportunidad que se le presentaba?

—Sí.

—Muchas gracias. Y ahora, vayamos por partes. Mi colega le preguntó antes si creía usted a Ellen capaz de planear su suicidio de tal modo que a ojos de todo el mundo fuese su hermana Ruth culpable de su muerte. Usted ha respondido que sí. ¿Es eso cierto?

—Sí, señor.

—Le preguntó por qué la creía capaz de semejante acción, y usted dijo que porque había dejado ahogar a su hermano. ¿Es cierto todo eso?

—Sí, señor.

—Volvamos ahora al día de su aventura en el desfiladero, cuando se declaró usted a Ellen. ¿Qué le dijo ella?

—Que nunca me dejaría escapar.

—Y ahora, después de muerta, su fantasma surge del sepulcro para castigarle a usted a través de la persona de Ruth por habérsele escapado.

Quinton se levantó para protestar. Evidentemente, estaba furioso.

—Eso es todo —dijo Pettingill. Y volvió a su asiento.

Quinton hizo una mueca de desprecio, y Harland, temblando por la terrible agitación, regresó al lado de Ruth.

8

Después que Harland terminó su declaración se dejó oír en la sala un largo murmullo de expectación. Pettingill miró el reloj y dijo:

—Bien, como Su Señoría puede ver, tenemos tiempo de interrogar a otro testigo antes de aplazar la vista. Acabo de tener noticias de él, y espero que su declaración sea de interés. No emplearemos más de cinco minutos. Testigo Leick Thorne.

Al ver que Leick se aproximaba. Harland sintió renovarse su interés. Se preguntaba qué iba a suceder. Pettingill comenzó a decir:

—Vamos a ver, Leick. Sé que ya ha declarado usted con anterioridad y que ha sido interrogado acerca de aquella fatal excursión a la playa, el día que murió Ellen. Tenemos que volver a referirnos a ese hecho. ¿Recuerda algo importante que antes omitiese decir?

—Sí, señor.

—¿Quiere tener la bondad de decírnoslo?

—Sí. Cuando ella terminó de comer…

—Cuando dice «ella», ¿a quién se refiere?

—A Ellen, naturalmente —repuso Leick con aspereza. Y prosiguió—: Cuando ella terminó de comer tenía en la falda unas servilletas de papel que no había usado aún. Las enrolló y las arrojó al fuego. El rollo comenzó a arder, y yo me distraje viendo cómo ardía. A los pocos instantes comenzó a salir de él un humo denso en forma de columna del grueso de un lápiz. Después el humo se transformó en llama, y del centro surgió una especie de líquido oscuro que parecía alquitrán y que, como éste, al arder producía un chasquido continuo, hasta quedar convertido en cenizas.

—¿A qué pudo deberse esa circunstancia?

—No lo supe entonces. Pero aunque todos hablaban y reían, yo permanecí contemplando el fuego y diciéndome que aquel rollo de papel había ardido de un modo muy extraño.

—Sospecho que mi colega Quinton preferirá que no diga usted lo que pensaba. Diga otra vez qué fue lo que vio.

—Todo sucedió tal como he explicado —dijo Leick—. Lió en forma de rollo unas servilletas de papel que…

—¿De qué tamaño era ese rollo?

—De unas seis pulgadas de largo por una de grueso.

—Continúe.

—Lo arrojó al fuego, y comenzó a arder por ambos extremos. Luego, del centro surgió primero una columnita de humo y después una pasta pardusca parecida al alquitrán, que al caer sobre las brasas, se redujo inmediatamente a cenizas.

—¿Había visto alguna vez algo parecido?

—No.

—¿Lo ha vuelto a ver a partir de entonces?

—Sí, señor.

—¿Cuándo?

—Hoy mismo.

—¿En qué circunstancias?

—La pasada noche, meditando acerca de aquella excursión, se me ocurrió que…

—No importa lo que se le ocurrió. Diga lo que hizo y lo que vio.

—Me dirigí a la playa y encendí una hoguera más o menos en el lugar en que debió de encenderse el fuego aquel día. Antes compré unas servilletas de papel y llevé un poco de azúcar, que previamente metí en un sobre. Puse ese sobre entre las servilletas de papel y las enrollé. Luego eché al fuego ese rollo.

—¿Y qué ocurrió?

—Sucedió lo mismo que aquel día. Del rollo surgieron el mismo humo, las mismas llamas y la misma pasta pardusca que luego quedó reducida a cenizas.

Míster Pettingill se volvió hacia Quinton. Luego dijo:

—Eso es todo.

Harland comprendió la suprema importancia de la declaración de Leick. Si Ellen se suicidó valiéndose de un sobre de azúcar previamente preparado con arsénico que llevó consigo para cambiar en determinado momento, tuvo forzosamente que deshacerse del otro sobre. La declaración de Leick demostraba cómo pudo hacerlo desaparecer. Se preguntó si Quinton quedaría convencido. Pero éste se limitó a mirar a Leick y a decir en tono casi indiferente:

—Es usted un antiguo amigo de míster Harland, ¿verdad?

—No lo ponga usted en duda.

—Si él o mistress Harland le necesitasen, haría usted cualquier cosa por ellos, ¿no es cierto?

—Naturalmente. Son dos excelentes personas.

—¿Podría incluso recordar lo que nunca ha sucedido?

—No sé cómo podría recordarlo si realmente no sucedió.

—¿Pero lo podría inventar?

—Sí, si fuera para ello lo bastante listo.

—Creo que, en efecto, es usted demasiado listo —dijo Quinton. Y añadió—: Eso es todo.

9

Tal fue el regocijo de Harland ante la declaración de Leick, que olvidó sus sufrimientos de aquella tarde. Cuando llegó la hora del aplazamiento, vio que en los ojos de Pettingill se reflejaba una satisfacción que no podía ocultar.

—Creo que esta noche dormirá tranquila, mistress Harland. Mañana conocerá el fallo. Por la noche estará usted en libertad.

—Es Dick quien me preocupa. Me ha preocupado siempre mucho más que yo —confesó Ruth. Y añadió mirando a Harland—: Ha sido terrible para ti. Me hago cargo. Siempre te habías portado con Ellen con tanta lealtad…

Antes de que Harland pudiese responder, mistress Hayward le dio un leve tirón del brazo, diciendo:

—Es hora de marchar, señora. Pueden venir a verla esta noche, si lo desean.

—Será mejor que la dejemos descansar —dijo Pettingill—. Ya sabe, duerma tranquila.

Ruth apretó la mano de Harland y salió de la sala. Harland, Pettingill y Roger Pryde volvieron al hotel para reunirse en la habitación del primero.

El abogado estaba del mejor humor. Sacó una botella y unas copas.

—Creo que ha llegado el momento de brindar —declaró—. Señores, la guerra ha terminado —llenó las copas y añadió gravemente—: Por Leick…

Bebieron y Roger observó:

—Es raro que no se le ocurriera antes todo eso.

—¿Sería capaz de mentir por usted? —preguntó Pettingill a Harland.

Harland contestó sin vacilar:

—Desde luego. No hay nada que Leick no fuese capaz de hacer por mí.

El abogado se acarició la barbilla. Luego dijo dirigiéndose a Roger Pryde:

—Leick dice que hasta anoche no supo que este asunto pudiese ser en realidad importante. Me oyó decir que si Ellen cambió el sobre durante la cena tuvo que deshacerse del que puso Ruth en la cesta, y comenzó a reflexionar en esto, imaginando cómo pudo haberlo logrado. Entonces se le ocurrió que aquel rollo de papel había ardido de un modo muy extraño. No obstante, no dijo nada. Quiso primero hacer un experimento para asegurarse de que es así como arde el azúcar. Al menos —añadió—, eso es lo que me ha contado Leick. No pude ni hacerle vacilar, y eso que lo intenté. ¿Se fijaron en que Quinton ni lo intentó siquiera?

—No me gusta pensar que podamos ganar el asunto a base de un testimonio falso —confesó Roger. Y me pregunto—: ¿Por qué Quinton no atacó a Leick?

—No se atrevió. De fracasar ese interrogatorio, las cosas habrían empeorado considerablemente. Prefirió despreciarlo. En todo caso, si Leick ha mentido hay que reconocer que ha organizado su mentira maravillosamente.

Harland dijo pensativamente:

—Estoy convencido de que siempre supo la verdad con respecto a Danny. Desde

aquel día cambió su actitud hacia Ellen. Durante nuestra excursión por el río no consintió en perderla de vista. También el día de la excursión pude observar que no apartaba los ojos de ella. Si miente con respecto a lo del rollo de papel, nadie podrá saberlo.

—No me interesa saber si ha mentido —añadió Pettingill alegremente—. Me gustaría ver a Quinton esta noche. Estoy seguro de que también él va a probar el experimento, a quemar rollitos de papel rellenos de azúcar en diversas hogueras, hasta que amanezca.

—¿Es cierto que el azúcar arde así? —preguntó Roger.

—Confieso que lo ignoro —dijo Pettingill.

Harland refirió entonces algo que podía tener relación con el asunto, porque los novelistas suelen saber siempre un poco de todo.

—He oído hablar de cómo puede quemarse un terrón de azúcar valiéndose de una cerilla. Sólo existe una posibilidad: poner en los extremos del terrón la ceniza de un cigarrillo. Me lo dijo un químico amigo. La ceniza sirve en ese caso de catalizador.

Un camarero entró para servir la cena. Y como Pettingill, tan perfecto gastrónomo como el comisario Hatch, prefería comer en silencio, hablaron poco. Cuando el camarero hubo alzado los manteles, el abogado llenó su pipa.

—Bien —dijo después—. Creo que hemos logrado una victoria definitiva. Todo lo que Quinton afirmaba que había hecho Ruth queda demostrado que pudo también hacerlo Ellen. Y, por si fuera poco, nosotros hemos ido más lejos. Hemos dicho que Ellen llevó consigo un segundo sobre conteniendo azúcar con arsénico, el cual utilizó para endulzar su café, volviendo a colocarlo en la cesta y arrojar al fuego el de Ruth en medio de un rollo hecho con servilletas de papel.

Roger, olvidando todo recelo, dijo satisfecho:

—Lo cual pone fin al problema.

—Exactamente —dijo Pettingill—. Claro que mi colega Quinton dirá que Leick miente porque desea ayudar a míster Harland. Pero no importa. El Jurado creerá en Leick, de la misma manera que creerá la historia de la muerte de Danny —miró a Harland con simpatía y añadió—: Como dije a mi querido colega cuando confesó que verdaderamente había robado la cesta que le interesaba, nadie es capaz de declararse culpable de un delito a menos que sea cierta su culpabilidad. Quiero decir que no todos los hombres hubiesen sido tan valientes como usted ha demostrado al hablar como lo hizo. Su recompensa es la siguiente: el Jurado creerá sus palabras. Juzgará mala a Ellen y buena a Ruth. Estoy seguro de que saldrá absuelta, tan seguro como me llamo Pettingill.

Roger dijo:

—Además, en caso de que todavía haya dudas, pueden presentarse más testigos. El doctor Patrón, los médicos que atendieron a Ellen en otras ocasiones, cuando estuvo enferma, y también se puede…

—No, Pryde —dijo Pettingill interrumpiéndole—: Cuando un caso está

prácticamente ganado es mejor no complicarlo más. Ruth será absuelta. Cuando el Jurado emita el veredicto, respiraré tranquilo.

—¿Está completamente seguro? —dijo Roger.

—Sí. Ruth está a salvo. No tenemos que preocuparnos más por ello —hizo una breve pausa. Luego se volvió hacia Harland y añadió—. Temo que ahora tengamos que comenzar a preocuparnos por usted. Su declaración, aun sin la prueba de Leick, hubiese bastado para salvar a Ruth, pero le ponía igualmente en situación violenta. Ellen, permitiendo que Danny se ahogara sin tenderle una mano, cometió sin duda un crimen. En caso de que alguien que tenga a su cargo el cuidado de otra persona deje de hacerlo, deliberada e intencionadamente, se hace reo de homicidio casual y hasta, si las circunstancias empeoran, reo de asesinato —luego continuó—: Ellen acompañó a Danny para ayudarle en caso de necesidad. Era su deber, su responsabilidad. El niño tuvo un contratiempo, y ella nada hizo por salvarlo, a pesar de que eso hubiera sido fácil. Si Danny se hubiese asido al bote, y ella le hubiera quitado los dedos del lugar a que se agarraba, eso habría sido «asesinato». Si únicamente le dejó ahogar, es «homicidio casual».

Harland dijo en tono sombrío:

—Para mí es como si le hubiese asesinado. Fue ella quien le metió en la cabeza la idea de la travesía. Yo le había dicho muchas veces que no debía intentar nada parecido mientras yo no estuviese con ellos. Creo que cuando le instó a que lo hiciese pensó que algo parecido podía suceder.

—No obstante, es homicidio casual —repitió Pettingill—. En cuanto a usted, conocía lo sucedido y no dio parte a la policía. Y no es eso todo. Se entretuvo en destruir deliberadamente toda prueba del crimen cometido, lo cual le convierte en encubridor. Eso es más serio. Quinton perderá su caso contra mistress Harland, pero se vengará en usted. Creo que mañana mismo, mientras se vea el final de la vista, Cushing, su ayudante (el muchacho aquel que estuvo sentado junto a él sin decir palabra durante el juicio), presentará un resumen de su declaración, acusándole seguidamente de encubridor del crimen, y posiblemente también de homicidio. Supongo que mañana, a más tardar, será usted detenido.

—Comprendo —dijo Harland repentinamente angustiado—. Cuando le dije a Ellen que sabía lo que había hecho me contestó que yo era tan culpable como ella. Ahora comprendo lo que quiso decir y cuánta razón tuvo.

—Sólo existe una defensa posible: discutir si lo que Ellen hizo fue o no fue crimen. Pero prefiero no llegar a eso. El caso es que ha declarado usted que, en su opinión, Ellen había pensado en la posibilidad de suprimir a Danny de una manera u otra, y también ha declarado que oportunamente destruyó las pruebas. Ahora es absolutamente imposible volverse atrás.

—Me reconozco culpable —dijo Harland abatido.

—Es lo mejor —convino Pettingill—. Procuraré obtener su libertad, o al menos que su pena sea corta. Pero temo que tenga que ir a la cárcel.

Harland sintió una gran opresión en el pecho. Hizo un esfuerzo y sonrió. Luego dijo:

—Si Ruth ha podido resistir unos días, también podré resistir yo.

—Temo que haya de estar bastante más que ella —dijo el abogado—. En fin, veremos qué puede hacerse por usted.

10

Cierto que Harland pudo hablar con aparente calma mientras estuvo acompañado. Pero una hora más tarde, en la soledad de su habitación, se sintió aterrorizado, hasta tal punto que estuvo tentado de salir del hotel, buscar espacio libre fuera de las cuatro paredes de su habitación. Vivía mentalmente los largos meses de encierro que tal vez le aguardaban. Pensó en los innumerables presos que se habían vuelto locos, y en otros que se libraron de la locura escondiendo algo entre la tierra que cubría el suelo de su celda y buscándolo después hasta dar con él, o marcando cada día una rayita en la pared, o contemplando el cielo por entre los barrotes de la ventana y fijando su atención en determinada hoja de un árbol. En cierta ocasión, durante sus días de periodista, había visitado la prisión de Charlestown, en donde Jesse Pomeroy cumplía condena. Recordaba perfectamente que la celda no le pareció entonces tan terrible. Larga y estrecha, alfombrada, con un amplio ventanal por donde entraba la luz a raudales, y con las paredes cubiertas de fotografías, era una habitación agradable, si bien sólo el cielo podía contemplarse desde ella.

Le horrorizaba pensar que pudiera pasarse toda la vida en una celda, privado en absoluto de movimiento y libertad, o un año, o un solo día. ¡Olía tan mal aquella cárcel! A pintura fresca, a sudor humano y a desinfectantes. Sintió un estremecimiento.

Dejó de pensar en la prisión, imaginando varias posibilidades agradables: que el Jurado no le declarase culpable, que el juez intercediese, que las autoridades le perdonasen, o que con la ayuda de Ruth y de Leick consiguiese huir hacia las soledades de la selva, donde no volvería a ver un rostro humano, excepto aquellos dos tan amados.

Así, durante todas las horas en que el mundo se llena de tinieblas y sombras, Harland vivió una terrible pesadilla. Las luces grises del amanecer, al penetrar por su ventana, fueron para él como el rostro amarillento y lívido de un carcelero que le diese los buenos días. Luego las nieblas se disiparon. Los colores se hicieron más brillantes. El sol se elevó en el horizonte y le acarició con sus rayos, como queriendo decirle que quizá lo que tanto temía no llegara a suceder.

Cuando al fin triunfaron el sol y la luz, Harland, ya más tranquilo, tuvo que enfrentarse con la realidad.

Se sentó al borde del lecho, pensando en su vida hasta aquel momento. Y por

último, sin comprender el extraño y supremo alcance de su movimiento, cayó de rodillas en el suelo y hundió la cabeza entre los brazos. Después elevó al cielo una plegaria. No fue una oración sabida. Las palabras surgían humildes y sencillas, siguiendo el dictado de sus pensamientos.

—He cometido en la vida muchos errores —dijo en voz alta—. Tantos o quizá más que los otros hombres. Pero Ruth me ama. Y soy el más rico de todos los mortales. Incomparablemente afortunado. Nadie puede robarme eso. Tengo su amor. Contando con él lo afrontaré todo sin quejas. Tengo que hacer mucho para ser digno de ella y de su amor, y haré cuanto esté en mi mano por conseguirlo.

La humilde plegaria llevó una dulce paz a su espíritu. Y el mismo hombre que pasó la noche despierto, luchando con fantasmas, permaneció de rodillas junto al lecho revuelto, apoyado en los brazos, que le servían de almohada, profunda y pacíficamente dormido.

Capítulo XV

1

Ruth sabía mejor que nadie lo difícil que había sido para Harland confesar la historia de la muerte de Danny, no ya al Jurado, sino al juez, a los periodistas que aguardaban con la pluma ávida y pronta, al público que llenaba la Sala y, a través de ellos, al mundo entero. Aquella noche, aunque físicamente separados, sus pensamientos y sus sueños volaron hacia él. Por eso, cuando al día siguiente sonó la hora de presentarse en el Palacio de Justicia, anheló disponer aunque fuese de un breve instante para hablar a solas con Dick. Al verle se dio cuenta por su aspecto que estaba más tranquilo y sereno, lo cual le hizo sentir un gran consuelo. Murmuró unas palabras llenas de ternura y amor, y luego se sentó a su lado. No tenía necesidad ni de estrechar su mano para sentir el lazo de unión que entre ellos existía. Antes de que el juez se sentara, Ruth le dijo a Harland mirando hacia el lugar que Quinton ocupaba:

—Ese muchacho que siempre ha acompañado a míster Quinton no ha venido hoy.

—¿Te refieres a míster Cushing? —preguntó Harland recordando la profecía de Pettingill—. ¡Bah! Puede que haya ido a pescar —añadió sonriendo.

Cuando el juez y los miembros del Jurado hubieron tomado asiento, míster Pettingill, con harta sorpresa de Ruth, se levantó para elevar a definitivas sus conclusiones. Ruth le escuchó con cierto desánimo. En su opinión, tenía que hacerse algo más, presentar más testigos, defender más la causa. Pero no sabía, naturalmente, discernir el qué. Poco familiarizada con los procedimientos judiciales, no sabía siquiera lo que a continuación iba a ocurrir. Después de una breve consulta con el Fiscal General, Quinton se levantó para exponer también sus conclusiones. Siguieron los informes de rigor.

Pettingill habló despacio y serenamente. A juzgar por su actitud tranquila se hubiera dicho que estaba de acuerdo con el Jurado, seguro de su decisión. Ruth se sintió conquistada por su personalidad, e igual les ocurrió a cuantos la rodeaban.

—Nos ocupamos hoy en un caso verdaderamente excepcional —comenzó Pettingill—. Tenemos una mujer que muere y cuya muerte tanto por el médico que la asistió en sus últimos momentos como por su esposo, por su hermana y por Leick, es achacada a causa natural. Si su esposo no hubiese vuelto a casarse, a nadie se le hubiera ocurrido investigar el caso. Por lo tanto, y como antes he dicho, éste es un asunto extraño.

»Ellen Berent Harland era también una mujer extraña. Nuestra principal tarea es demostrar cuál era su verdadera personalidad.

Tras lo cual analizó en voz alta diversas frases del juicio, repitiendo algunas declaraciones de distintos testigos que incluso Ruth había olvidado, haciendo una minuciosa biografía de Ellen desde su más temprana edad, iluminando con destreza los hechos, refiriéndose a datos familiares, a sucesos normales de la vida cotidiana de

sus oyentes para lograr una perfecta claridad. Escuchándole, Ruth, maravillada, se dijo que Pettingill, que no conoció a Ellen, había llegado a entenderla mucho mejor que ella. Aclaró detalles y conceptos que Ruth no comprendía, y le hizo recordar cosas que había olvidado y que le habían parecido inexplicables. Varias palabras de mistress Berent, que en otro tiempo se le antojaron absurdas, divertidas o producto de su mal genio, cobraban, oyendo a Pettingill, un nuevo significado. Cuando éste describió la devoción apasionada que Ellen sintió hacia su padre, Ruth creyó oír la voz de mistress Berent diciendo ante la mesa de Glen Robie a la hora de cenar: «Me asombra que no quiera dormir con él». Al oírle hablar de la persecución de que Ellen hizo víctima a Harland, recordó otra escena y otras palabras de la anciana. Cuando Ellen quiso pasear a la luz de la luna y le dijo a Harland que la acompañara, mistress Berent había dicho: «Recuerda la anécdota de la mosca y la araña».

Una docena de frases satíricas acudieron a su memoria.

«Creí que míster Harland tenía más sentido común», había dicho cuando vio el triunfo de su hija.

«Se lo comerá vivo», aseguró cuando Harland dijo que deseaba casarse con Ellen.

«Ruth, Ellen tiene algo que ver con eso. Siempre había odiado al pobre Danny», había dicho al enterarse de la muerte del muchacho.

Y por fin, cuando supo la caída de Ellen y la pérdida del niño, había afirmado: «Nunca ha habido un caso de sonambulismo en nuestra familia».

Al escuchar a Pettingill creía Ruth oír a mistress Berent, o al menos, verla asentir a todas sus manifestaciones.

Valiéndose de los testimonios que todos oyeron durante el juicio, Pettingill trazó con suprema habilidad un retrato de Ellen, tan parecido y exacto que Ruth no pudo evitar un estremecimiento. Pensaba en el pasado, viendo realidades que antes no había querido ver.

De pronto dejó de soñar. Pettingill comenzaba a hablar de ella. Comparaba su vida a la de Ellen.

—Tenemos, caballeros, a dos mujeres, en este caso Tillen y Ruth. Las conocen ahora tan bien como yo. Piensen en ellas mientras intento reconstruir lo sucedido. Ambas pueden haber realizado muchas de esas cosas. Es nuestra obligación, o, mejor dicho, la obligación de ustedes, decidir cuál de las dos las ha cometido.

»Veamos ahora el testimonio del fiscal. Dice la acusación que Ruth, que poseía medio millón de dólares ambicionaba la fortuna de Ellen, y también que ambicionaba al esposo de Ellen. Sigue diciendo la acusación que, para asegurarse ese dinero y ese hombre, Ruth tomó una cantidad de arsénico del taller de su padre, escondió el azúcar en terrones y mezcló el veneno al azúcar en polvo que llevó para Ellen durante una excursión a la playa; que escondió luego en su habitación el arsénico sobrante, y que dio a su hermana el azúcar envenenado, viendo cómo se lo tomaba y viéndola también morir. Dice la acusación que el arsénico permaneció escondido en el mismo lugar de su dormitorio, sin que Ruth se cuidase de hacerlo desaparecer; que Ruth lo

dejó allí por espacio de dos años, y que ni siquiera intentó quitarlo de aquel lugar después de haberse casado con míster Harland.

»Eso es, resumiendo, lo que según la acusación ha hecho Ruth. Ahora bien, la han oído ustedes declarar, han podido juzgar su carácter, han aprendido a conocerla. No pueden, por lo tanto, creerla autora de esos crímenes. Es incapaz de matar a nadie ni por todo el oro del mundo. Nunca ha realizado un acto reprobable. Tampoco es lo que pudiéramos llamar una "maniática sexual" dispuesta a matar a su hermana para poder casarse con el marido de ésta. Y muchísimo menos es lo bastante tonta para, en caso de haber cometido el crimen, guardar el arsénico sobrante en su habitación durante tanto tiempo. Caballeros, repito que Ruth no es capaz de eso. No es de esa clase de mujeres.

»Y ahora hablemos de Ellen. La defensa dirá lo que cree que ésta hizo. Ellen sí era extraña y absorbente, sobre todo con los hombres a quienes amó. Por ejemplo, su padre. Le quiso tanto que consiguió alejarle de todos, hasta de su esposa. Muerto su padre, Ellen puso todo ese cariño en Harland, e hizo cuanto estuvo en su mano para casarse con él. Cuando comprendió que era suyo, dijo gravemente: "Nunca te dejaré escapar". Cuando se dio cuenta de que Danny era su rival, suprimió a Danny. No le asesinó directamente, pero desde luego, fue un crimen lo que cometió. Míster Harland presenció la escena. Vio cómo ella dejaba que Danny se ahogase, y aunque tomó la decisión de protegerla y encubrir su crimen, la odió con todas las fuerzas de su ser. Intentó seguir a su lado porque es leal y caballeroso y ella era, a pesar de todo, su esposa, pero no dejó de odiarla.

»En vano intentó Ellen reconquistarle. Fracasó siempre. Y cuando se enteró de que quería separarse de ella, tomó la determinación de suicidarse. No podía vivir sin él. Pero le había dicho que nunca le dejaría escapar, y cumplió al pie de la letra su promesa. Aun después de muerta, su sombra se cerniría sobre Harland, le aprisionaría. Para ello planeó el suicidio de manera que la culpa recayese en él y en Ruth.

»Estaba familiarizada con el arsénico desde hacía tiempo, y optó por él. El problema estribaba en la forma de usarlo. Tenía que tomarlo precisamente cuando Ruth preparase un plato especial para ella, y eso sólo era posible viviendo a su lado. De ahí su interés en marchar a Bar Harbor. Se preparó con tiempo. Lo tenía todo previsto. Sabía el odio que míster Quinton sentía por Harland, y le escribió una carta. En ella le decía dónde podía ser hallado el arsénico, y también dónde había decidido que la enterrasen. La realidad era muy distinta. Había pedido a míster Harland que su cadáver fuese incinerado, adivinando que esta circunstancia sería un agravante para él en lo futuro.

»La excursión a la playa el día de autos fue una excelente oportunidad. Sólo ella tomaba azúcar en el café. Dejó que Ruth preparase un sobre con azúcar, y ella preparó otro mezclado con arsénico. Pero como el veneno no podía ser mezclado al azúcar en terrones, se levantó aquella mañana muy temprano, bajó a la cocina y

escondió los paquetes de esa clase de azúcar para obligar a Ruth a usarla en polvo. Ella misma recordó a Ruth que no olvidase el azúcar, y preparó un sobre igual, que guardó en el bolsillo de su chaqueta. Mientras comían, en la playa, tomó el sobre que le daba Ruth. Alegando que aún no había terminado de comer, guardó éste en el bolsillo, y más tarde sacó el otro sobre que previamente había preparado. Cuando hubo tomado su café, colocó el segundo sobre en el interior de la cesta. Tomó después disimuladamente el primero de Ruth, y lo enrolló en unas servilletas de papel, echándolo al fuego. Leick vio cómo ardía.

»Más tarde comenzó a sentirse mal. Tal vez por pura casualidad pronunció la palabra "veneno" antes de morir, o tal vez en el último instante tuvo miedo de la muerte. Personalmente creo que quería asegurar la investigación que podía seguir a su muerte, diciendo al doctor Seyffert que había sido envenenada. Pero no pudo terminar de hablar, porque seguidamente expiró.

»Ésta es la verdad. Era una mujer extraña, absurda, celosa, despiadada. Una mujer mala. Podía hacer todo eso. Estaba dispuesta a hacerlo. Y lo hizo —su voz era tajante, glacial—. Porque era capaz de eso y de mucho más.

»Pettingill siguió hablando. Su crudeza, sus frases descarnadas e implacables hicieron estremecer a Ruth. Cuando por fin terminó su informe, en la sala se oyó un suspiro general de alivio. Incluso los miembros del Jurado se movieron de sus asientos, fatigados de la prolongada inmovilidad. Ruth comprendió que el interés había sido absoluto durante todo aquel tiempo.

Pettingill volvió a su silla, y Quinton tomó entonces la palabra. Desde el primer momento comenzó por atacar a Harland en vez de atacar a Ruth, hasta el punto de que ella quiso protestar en voz alta. No obstante, miró a Harland, y le vio tan tranquilo que olvidó su propósito. Pronto comprendió que Quinton, sabiendo su derrota, convencido de que el Jurado la declararía inocente, quería hacer a Harland blanco de su rencor, y tanto odio, tanto veneno destilaban sus palabras, que en aquel momento casi sintió lástima de él.

Ni siquiera intentó probar la culpabilidad de Ruth. Es más, casi llegó a reconocer su inocencia. Sólo dos veces se refirió a la acusación de que la había hecho víctima.

—Míster Harland afirma que Ellen le amaba tanto que incluso mató a Danny y se suicidó luego por su amor. Pues bien, la acusación declara que Ruth bien pudo amarle lo bastante para matar a Ellen. Veamos, caballeros. Podemos escoger entre las dos teorías. Ambas habrá que basarlas en los exagerados encantos físicos de míster Harland. Su fatal belleza indujo a cometer crímenes y suicidios. No obstante, yo me pregunto el motivo. Pueden contemplarle. No le veo tan distinto de los demás hombres. Tiene, como todos, unas facciones normales: dos ojos, dos orejas, una nariz y una boca. ¿Cuál es ese misterioso encanto que le hace irresistible para las mujeres? —Luego gritó exaltado—: Acusa a su difunta esposa de haber asesinado a su hermano, y confiesa que es encubridor del crimen. Pues bien, yo le acuso no sólo de encubrir aquél, sino de hacer lo mismo con éste.

Con excepción de estas dos breves alusiones, su discurso estuvo dedicado a atacar a Harland. Fue a él a quien acusaba, no a Ruth. Su misma violencia le ridiculizaba. Oírle y observarle era como contemplar el vergonzoso exabrupto de alguien que hubiese perdido por completo el dominio de sí mismo. Ruth se alegró de que terminase de una vez.

Cuando Quinton acabó su informe, el juez miró el reloj. El discurso había sido tan violento como breve, de modo que quedaba aún media hora disponible. El juez habló a su vez. Su parlamento fue corto y a la vez desapasionado.

—Caballeros, deben recordar que no estamos aquí para juzgar la muerte de Danny Harland, pues esto se ha suscitado después y de modo alguno ha sido el motivo del juicio. No es míster Harland el acusado, sino Ruth Harland. Es la muerte de Ellen Harland lo que debemos tratar. No tienen que decidir si Ellen Harland se suicidó. Es mucho más sencilla su tarea. Sólo deben decir si Ruth Harland administró a su hermana una dosis de arsénico con la deliberada idea de asesinarla, en cuyo caso han de dictar sentencia de culpabilidad, o si dudan que Ruth Harland haya cometido el crimen, en cuyo caso han de declararla inocente.

Cuando terminó de hablar y la vista se dio por terminada, Pettingill le dijo a Ruth:

—Señora, creo que puedo ya felicitarla. El Jurado terminará de comer (no es cuestión de despreciar una comida de balde) y luego emitirá el veredicto. A las tres estará usted libre.

—No pienso en mí, sino en Dick.

—Ya oyó lo que dijo el juez… No es Harland el acusado. Quinton sabe perfectamente que está derrotado. Su discurso casi lo ha reconocido abiertamente. No hizo sino descargar la cólera que sentía.

Ruth miró a Harland, pero de nuevo mistress Hayward la tocó y hubo de seguirla. Terminada la comida, durante la cual, y como siempre, había permanecido el comisario Hatch silencioso como un pobre perro hambriento, mistress Hayward dijo alegremente:

—Bien, señora. Temo que el *sheriff* haya perdido una buena inquilina, y que yo me haya quedado sin empleo.

—¿Lo cree usted de veras?

—Sin duda alguna. Y si Russ Quinton no fuese lo estúpido que es, esta causa nunca se hubiese visto en esa sala. Basta con mirarla para comprender que es usted incapaz de matar a una mosca.

—Se lo agradezco mucho. Ha sido usted siempre muy amable conmigo.

—¿Por qué no? —repuso la otra riendo—. Sólo lamento que la vista de la causa no se prolongue. Mientras estoy aquí sigo cobrando —se volvió exasperada hacia el contrario—. ¡Por el amor de Dios, Joe —exclamó—, deja ya de engullir! Parece como si nunca hubiese hecho una comida decente.

El buen hombre sonrió con la boca llena, y mistress Hayward dijo dirigiéndose de nuevo a Ruth:

—Fue terrible para su esposo, ¿verdad? Vi claramente que le desagradaba desenmascararla. Los hombres son así. No les gusta confesar que han sido engañados. En todo caso, es un buen hombre.

—¡Oh, claro que lo es! Pienso dedicar mi vida entera a hacerle dichoso.

A las dos y veinte le comunicaron que el Jurado, después de deliberar, estaba dispuesto a emitir su fallo.

Al entrar de nuevo en la sala sintió Ruth que sus rodillas temblaban. Sin embargo, cuando llegó el momento de levantarse para escuchar el veredicto, lo hizo con serenidad, mirando al Jurado con la cabeza erguida.

Un momento después estaba en libertad.

Hasta entonces no se dio cuenta de los temores y del peligro sufrido. Se desplomó en una silla, y por un instante creyó que iba a desmayarse. Sus ojos se nublaron. Todo se estremeció alrededor. Muchas personas desconocidas se acercaron a ella para felicitarla y expresar su satisfacción por el fallo emitido. En cuanto a los fotógrafos, hacían verdaderos equilibrios para retratarla desde todos los ángulos. Para acrecentar su confusión, observó que míster Pettingill había desaparecido llevándose a Harland. Preguntó a Roger Pryde adonde habían ido, pero éste respondió con indiferencia:

—Tenían que hablar con míster Quinton. Hemos quedado en encontrarnos en el hotel.

—¿Qué sucede? —preguntó ella alarmada—. ¿Pasa algo?

—Nada, nada —dijo Pryde cogiéndola de un brazo—. Vamos al hotel. Allí les aguardaremos.

Ruth se sometió sin protestas, pero al llegar a la habitación de míster Pettingill exigió que se le dijera la verdad. Roger le dijo cuanto sabía y lo que adivinaba.

—Quinton rogó a míster Pettingill que llevase a Harland a su despacho. Sospecho que le acusan de encubridor en el asunto de Danny. Están arreglando su fianza.

Ruth se llevó una mano a la boca para ahogar un sollozo. Después comenzó a hacer preguntas, pero Roger nada pudo añadir. Aguardaron, y durante el rato que duró la espera logró Ruth recobrar su serenidad habitual. De ese modo, cuando Harland entró al fin en compañía de Pettingill, corrió a su encuentro y le abrazó.

2

Habían convenido que Harland se presentaría al día siguiente ante el juez Andrus para declararse culpable, sin ofrecer resistencia ni defenderse, según les explicó Pettingill.

Ruth quiso protestar de tan abierta rendición, pero el abogado siguió opinando que era la mejor solución.

—Estoy segura de que te pondrán en libertad, Dick —dijo confiada.

Harland miró a Pettingill, que repuso:

—Haré lo posible por lograrlo, señora. El juez Andrus es justo, pero también recto. El asunto está demasiado claro. Desde cualquier punto de vista es indudable que míster Harland es culpable de lo que le acusan. De ponerle en libertad, como deseamos, otros podrían cometer la misma falta con la esperanza de ser puestos también en libertad —movió la cabeza significativamente—. No, señora. Temo que míster Harland tenga que ir a la cárcel —dijo al fin.

Pensando en *mistress* Hayward, Ruth preguntó:

—¿Aquí?

—En Thomaston.

—¿Por mucho tiempo?

—No lo creo —Ruth respiró más tranquila. Pettingill añadió—: Tal vez uno o dos años, quizá un poco más.

Ruth palideció intensamente y le miró. En sus ojos se reflejaba el terror y la desesperación. Sintió que sus rodillas se doblaban otra vez. Hubiese caído al suelo de no haberla sujetado Harland.

Permaneció entre sus brazos hasta que se sintió un poco más fuerte. Los otros habían abandonado la estancia.

Estaban solos ella y Harland. Y como no tenían que separarse hasta el día siguiente, dispondrían de unas maravillosas horas de dicha.

Ruth apoyó la cabeza en el pecho de su esposo y se puso a llorar.

—No quiero aumentar tus preocupaciones, Dick, pero no puedo remediarlo. Tengo que llorar.

Él la consoló, y al cabo de un rato, Ruth pudo sonreír.

—Thomaston es una ciudad encantadora —acabó por decir—. Buscaré una linda casita, y así podré verte a diario.

—No creo que te autoricen.

—Bueno, pues te veré tan a menudo como me lo permitan. Harland hizo con la cabeza un ademán negativo y dijo:

—Nada de eso. No quiero que lo hagas. No quiero que vayas a verme a la prisión. Leick puede llevarme tus cartas. El verte, sólo haría más difícil mi problema.

—No quiero separarme de ti.

—Tampoco yo lo quiero. No nos separaremos en cuanto haya pasado todo esto. Y, entretanto, también estaremos juntos con nuestros pensamientos. He reflexionado mucho de ayer a hoy —continuó—, y sé lo que vamos a hacer. ¿Recuerdas aquel lugar junto al río, allí donde, bromeando, planeamos construir nuestro hogar?

—Claro que lo recuerdo —dijo ella abrazándole—. Fue en él donde comencé a amarte.

—Quiero que vuelvas allí. Llévate a Leick. Mi pensamiento estará con vosotros. Nunca me alejaré de ti. Y cuando pueda, correré a tu lado. Quiero hallarte allí, esperándome en el hogar que habrás preparado para mí.

Ruth se negó. No quería marchar tan lejos de él. La discusión duró largo rato. Al

fin, Ruth se dio por vencida. Juntos trazaron sus planes. Discutieron el terreno que comprarían, dónde podría edificarse la casa, el estilo de ésta, y, en fin, qué árboles debían plantar cuando la tierra fuese abonada. También discutieron la forma de aprovechar la fuerza de aquella cascada que habían admirado juntos. Ruth dijo que tal vez el paisaje, arrasado por el terrible incendio, sería deprimente y triste, pero él respondió:

—Depende de cómo se mire, porque en el bosque no todo es belleza. Recuerda que al avanzar por él vimos troncos abatidos, raíces muertas. Cierto que antes era verde, pero en el fondo todo estaba podrido, gastado. Todo era viejo. El incendio, al asolar el suelo, cubrió de ceniza las heridas, purificó todo lo muerto y dejó el terreno dispuesto para un hermoso renacer. Es como tu vida, Ruth, y la mía —añadió pensativamente—. También nosotros, como aquella tierra, hemos sido arrollados por la fuerza devastadora de un incendio. Había muchas cosas en mi vida que necesitaban la purificación del fuego. Todas han desaparecido ya. Esta mañana me arrodillé y recé, Ruth. Creo que es la primera vez que lo he hecho. Luego me encontré mejor —la besó en los labios y añadió sonriendo—: Lo que me espera acabará de purificarme. Quedaré limpio como el bosque, listo para una nueva siembra, dispuesto a dar fruto sano y abundante —la besó en los ojos y prosiguió—: Tú no necesitas purificarte, amor mío. Lamento que hayas tenido que compartir mis penas…

—Quisiera compartirlo todo contigo, Dick —murmuró ella. Y ambos guardaron silencio, como si en él encontrasen una suprema compenetración.

Capítulo XVI

1

Jem Verity dominaba como un cacique en la pequeña aldea de Hazelgrove. Hasta los mismos que le criticaban por tener que someterse abiertamente no tenían más remedio que reconocer que de él emanaba una maravillosa fuerza de sugestión. Era también prudente y listo, y sabía adivinar lo que podía ser una buena oportunidad en los negocios. Y, por si todo esto fuera poco, Jem Verity poseía algo más.

Simón Verity, el viejo guía que condujo la canoa de Ruth durante aquella inolvidable excursión por el río, había trabajado a las órdenes de Jem, durante los largos meses que Harland permaneció en la cárcel, en la gran empresa por éste acometida. Un día trató de definirle a Ruth ese «algo».

—¿Por qué le siguen ustedes y le obedecen tan ciegamente? ¿Qué ven en él? —había preguntado ella con curiosidad.

Antes de responder, Simón llenó una pipa. Después dijo:

—Pues el caso es, señora, que no puedo decírselo. Jem es, desde luego, listo y simpático, pero no es eso todo. Cualquiera podría hacer las cosas que él hace, porque nunca hace nada realmente extraordinario. En cambio, cuando nos manda hacer algo, llegamos a creer que eso es perfecto. Con lo cual no quiero decir que creamos que su orden es simplemente sensata o un buen negocio. No. Llegamos a creer que es lo único que se debe hacer. No me gustaría tener que decirlo en presencia de él, señora, pero creo…, que lo que pasa es que Jem es lo que suele decirse una buena persona.

Ruth recordó que Simón había dicho algo parecido en otra ocasión. Pensó que, en efecto, tenía razón. La bondad de Jem no resultaba ofensiva para los demás. No era un altruista. Cuando proponía un trabajo o un plan, y aseguraba que era un buen asunto, lo era sin ningún género de dudas, y así se demostraba con el tiempo. Claro que él se aprovechaba del consejo, pero, ¿acaso no es eso un buen sistema de altruismo? En todo caso, Jem Verity había logrado hacer de Hazelgrove una aldea ejemplar. Porque tenía siempre el cuidado de conservar su casa, su almacén y su garaje en perfecto estado —o sea, magníficamente pintados y arreglados—, y porque estaba siempre dispuesto a dar los materiales sobrantes a una segunda persona, había en el pueblo otras muchas viviendas tan bien cuidadas y conservadas como la suya. Porque cada semana limpiaba su jardín, y porque tenía en éste flores muy bellas, había en Hazelgrove otros jardines limpios y otras flores hermosas. Porque tenía establecidos en el pueblo un buen número de negocios florecientes, muchos habitantes del lugar podían ganarse la vida honradamente, y, en fin, porque tenía un magnífico toro y un buen caballo semental, el ganado de las granjas de los contornos era de calidad inmejorable. Sus cosechas, por otra parte, eran un ejemplo para todos. Forzoso es comprender que esa magnífica superioridad se reflejaba en cuantos estaban a su alrededor.

Aquel otoño en que Harland empezó a cumplir condena en Thomaston, Leick y Ruth se presentaron en Hazelgrove para hablar con Jem y consultarle un importante plan. Nadie mejor que él para facilitarles un grupo de hombres capaces de poner en práctica su idea, y para allanar con sus sabios consejos toda dificultad. Y por cierto que surgieron muchas durante aquel invierno y aun durante el verano. Pasó un año, y al verano siguiente, conforme se aproximaba para Harland la hora de la libertad, Leick envió su canoa, que había de servirles para marchar río abajo, a Hazelgrove. Luego escribió a Jem notificándole el día en que estarían de vuelta, rogándole al mismo tiempo que tuviese preparada la gasolinera de Wes Barrell para conducirlos a través del lago.

La oficina de Correos estaba instalada en el almacén. El día que llegó la carta se hallaban allí reunidos media docena de hombres, entre ellos Wes Barrell, Simón Verity y otros que habían trabajado para Ruth y que habían aprendido a quererla y a respetarla. Jem les dio la noticia.

—Nos conviene que se instalen ahí cerca. Será una garantía de trabajo para muchos de nuestros hombres. Creo que nuestra obligación es ser amables con ellos —al ver que cuantos le escuchaban parecían conformes, siguió diciendo—: No me extrañaría nada que míster Harland prefiriera huir de nosotros al principio. En realidad, creo que se portó magníficamente y que ha demostrado ser un hombre cabal, pero no me sorprendería que creyese justamente lo contrario, que imaginase que todos le odiamos y le despreciamos —sus oyentes se mostraron de acuerdo, y Jem continuó—: En cuanto a mí, he sentido siempre gran simpatía por míster Harland. Me fue simpático desde el primer momento en que le vi, cuando vinieron a pescar el año del incendio. Y lo mismo que yo pensaron Tom y Simón, que les sirvieron de guías en aquella excursión. En cuanto a ella, nos consta que es una gran mujer, y que sabrá hacerle feliz. Tiene que serlo por el mero hecho de estar casado con ella. Una mujer hace siempre de su marido lo que quiere, cuando en realidad está enamorada. Supongo que, cuando venga míster Harland, no tendrá ganas de ver ni saludar a nadie. Mi plan es que, en efecto, no vea a nadie en el poblado cuando vuelva, que no tropiece más que con quien sea estrictamente necesario. Así no tendrá que violentarse en lo más mínimo. Wes —añadió dirigiéndose a éste—, tú eres el encargado de conducirle a través del lago. Sé que cuando vuelvas a tu casa tu mujer te agobiará a preguntas. Eso no importa. Pero yo, en tu caso, nada diría a míster Harland, a menos que él me preguntase. Puedes decir a tu mujer lo que prefieras, inventar algo para dejarla satisfecha.

—Me callaré —dijo Wes—. En realidad, creo que el pobre hombre ya ha sufrido bastante —y añadió lealmente—: La vieja no es mala. Solamente curiosa. Pero si le digo que no se meta en esto, me obedecerá. No le gusta molestar a nadie, ni herir sentimientos. Además, aprecia mucho a míster Harland.

—Pero, ¿y yo? —dijo Simón, dudando—. ¿No le extrañará que no vaya a saludarle?

—Es mejor que te apartes de su camino —dijo Jem—. Más adelante tendrá tiempo sobrado para charlar con nosotros, y hasta se alegrará de hacerlo. Pero no el primer día. A mí me sucedería lo mismo en su caso.

Sentada en un imponente taburete, *mistress* Verity dijo:

—No, Simón, no. No creo que le interese ver tu cara de caballo —su tono era amablemente burlón—, ni la de ninguno de los presentes. Creería que todos le miramos con curiosidad, como a un bicho raro, criticándole después a sus espaldas.

Como Leick decía en su carta que Harland necesitaba licencia de armas y permiso de residencia en el bosque, Jem habló con Ed Sullivan y con Will Parish.

—Pero es que Mamie está deseando verle. Ya sabes que ella y *mistress* Harland se han hecho muy amigas. *Mistress* Harland está empeñada en que vaya a visitarlos con Mamie y los niños, y así tuve que prometérselo.

—En tu caso, yo esperaría a que repitiesen la invitación —dijo Jem—. Estoy seguro de que míster Harland no tendrá al principio muchas ganas de visitas. En todo caso, *mistress* Harland tiene la palabra. Te aconsejo que no le hagas perder el tiempo con los trámites de la licencia, y lo mismo te digo a ti, Will, con respecto al permiso. Procurad ser breves, y no le hagáis hablar.

—Diré a mi madre que no salga de casa. El caso es que leyó de cabo a rabo cuanto publicaron los periódicos con respecto al juicio, y siente una gran admiración por la actitud de míster Harland. Querrá sin duda felicitarle. Pero no sé si a él le agradará.

—Creo que no. ¿Por qué no le acompañáis tú y Ed hasta el embarcadero, en cuanto estén en regla los papeles? Wes estará esperando allí. Los demás… creo que será mejor que se quiten de en medio. Si desde el primer momento demostramos que nadie piensa espiar su actitud ni meterse en sus asuntos, es más probable que se quede que si se siente espiado, y si se queda nadie más que nosotros saldremos ganando. Ésa sería al menos mi actitud si me hallase ahora metido en su pellejo.

Como no había entre sus oyentes ningún escéptico, a nadie se le ocurrió responder que, en efecto, todos se beneficiarían…, pero principalmente Jem, por ser dueño del floreciente almacén del poblado en que los Harland tendrían que proveerse. Nadie puso reparos al plan de Jem. Estaba demostrado que lo que convenía a Jem Verity convenía a todos a la corta o a la larga.

Por eso cuando Harland y Leick llegaron a Hazelgrove encontraron la aldea tan solitaria. Sólo un suceso estuvo a punto de alterar el plan. Cuando Jem se presentó en la estación para recibirlos —sin duda preocupado por la importancia de su papel—, tuvo poco cuidado al frenar y fue a parar a la cuneta llena de lodo, donde el vehículo quedó atascado. Como quiera que el tren llevaba retraso, llamó a Chet Morrow y a sus dos hijos para que le ayudasen a empujar el coche, y en el momento en que lo sacaban de la cuneta se oyó el ruido del tren. Los tres hombres, siguiendo el impulso de una natural curiosidad, se quedaron en el andén unos momentos. También ellos habían trabajado para Ruth en la gran obra. El tren se detuvo, y de él bajaron Harland

y Leick. Mientras éste se cuidaba con Jem del equipaje, Harland quedó solo. Chet y sus hijos, que no sabían si quedarse o marcharse, seguían mirándole con curiosidad. Cuando Leick y Jem regresaron, éste se acercó a ellos y les dijo en voz baja:

—¡Fuera de aquí! ¡No os quedéis mirando como estúpidos!

—¡Pobrecillo! ¡Tiene tan mal aspecto! —exclamó Chet con simpático interés.

—¿Crees que si te hallaras en su lugar lo tendrías mejor? —dijo Jem—. Vamos, Chet, déjalo en paz. Y ahora marchaos de aquí.

Chet y sus hijos le obedecieron.

Al llegar al poblado, Jem dejó a Harland y a Leick en casa del alcalde y volvió luego en busca del equipaje y a recoger a Wes Barrell. Una vez en el embarcadero, no descansó hasta que vio que Barrell se acercaba en compañía de Leick, escoltados por Will y Ed.

Después, Jem, Ed y Will se sentaron al pie del depósito de gasolina, mientras Leick y Wes cargaban el equipaje en la embarcación. Jem no dejaba de vigilar la playa, para asegurarse de que nadie aparecía por allí. Ed, el más joven del grupo, dijo en voz baja:

—Salta a la vista que está muy decaído.

—Todo pasará —dijo Will por su parte—. No le falta valor. Ha demostrado tenerlo de sobra para soportar cuanto ha soportado.

—De haberme encontrado en su lugar —declaró Ed— hubiese matado a aquella endiablada mujer el mismo día que dejó ahogar al niño. ¡Hacerle daño a un niño! No podría soportarlo… No podría…

—Seguro que si le hubiese roto la cabeza nadie habría protestado —respondió Will.

En cuanto a Jem, se limitó a decir pensativamente:

—El tiempo lo arreglará todo. Ni siquiera me ha dirigido la palabra. ¿Y a vosotros, muchachos?

—Tampoco. Leick fue el único que habló.

—¿Teníais los papeles preparados?

—No —respondió Ed—. Había comenzado a extender la licencia cuando Mamie me dijo que si la encontraba preparada adivinaría que habíamos estado hablando de él. Decidí aguardar y terminarla en su presencia.

—¿Y por qué no me avisaste? —protestó Will—. Yo, en cambio, tenía listo el permiso. Ahora comprendo que Mamie tenía razón.

—No tuve tiempo de prevenirte. Había oído el silbido del tren. A propósito, esta mañana se me ocurrió la idea de que tal vez no deba yo darle una licencia de armas a un hombre que sale de la cárcel, pero me figuro que nadie se enterará de esta irregularidad, ¿verdad?

—Ni siquiera se ha dignado mirarnos —observó súbitamente Jem—. No me sorprendería que estuviese ahora pensando algo bien distinto de la realidad: que todos le odiamos, que le despreciamos… En fin, ella se encargará de hacerle cambiar de

opinión. Si ha conseguido formar un paraíso en medio de una tierra incendiada y desierta, este otro milagro ha de ser sencillísimo para ella.

—¡Demonios! No sé lo que daría por acercarme a él y estrecharle la mano. Me gustaría incluso darle unos cariñosos golpecitos en la espalda —dijo Ed.

—Es mejor que no lo hagas —aconsejó Jem—. Nadie sabe cómo reaccionaría. No tardará en convencerse de que en el mundo todavía hay buena gente.

Pronto estuvo cargada la embarcación. Trepidó el motor. Los tres hombres vieron cómo el bote se perdía a lo lejos. Avanzaba hacia el lado del sol, y pronto fue una pequeña mancha oscura en medio de un paisaje radiante. Ed levantó una mano como saludando y dijo en voz baja:

—¡Buena suerte!

—En realidad —reflexionó Will—, tiene mal aspecto, pero el río y los bosques harán mucho por él.

—Ha sufrido mucho —dijo Jem satisfecho de todo—. Su camino ha sido áspero, pero ella cambiará todo eso. Sabrá hacerle feliz.

Se levantaron para volver a sus ocupaciones.

Pero siguieron pensando en Harland aun después que la embarcación hubo desaparecido. Y en sus pensamientos se mezclaba un cúmulo de buenos deseos.



BEN AMES WILLIAMS (7 March 1889 – 4 February 1953) fue un novelista y escritor de cuentos; escribió cientos de cuentos y más de treinta novelas durante el curso de su vida. Entre sus novelas más conocidas se hallan: *Todos los hermanos fueron valientes* (1919), *Noche tenebrosa* (1928), *Cuando llegue la primavera* (1940), *Extraña mujer* (1941), *Que el cielo la juzgue* (1944), *House Divided* (1947), y El Invicto (1953). Varias de sus novelas fueron adaptadas al cine. Su escritura atravesó una amplia gama de géneros y dio muestra una considerable experiencia en varios campos divergentes.

Notas

[1] *Hazelgrove*: Bosquecillo de avellanos. <<